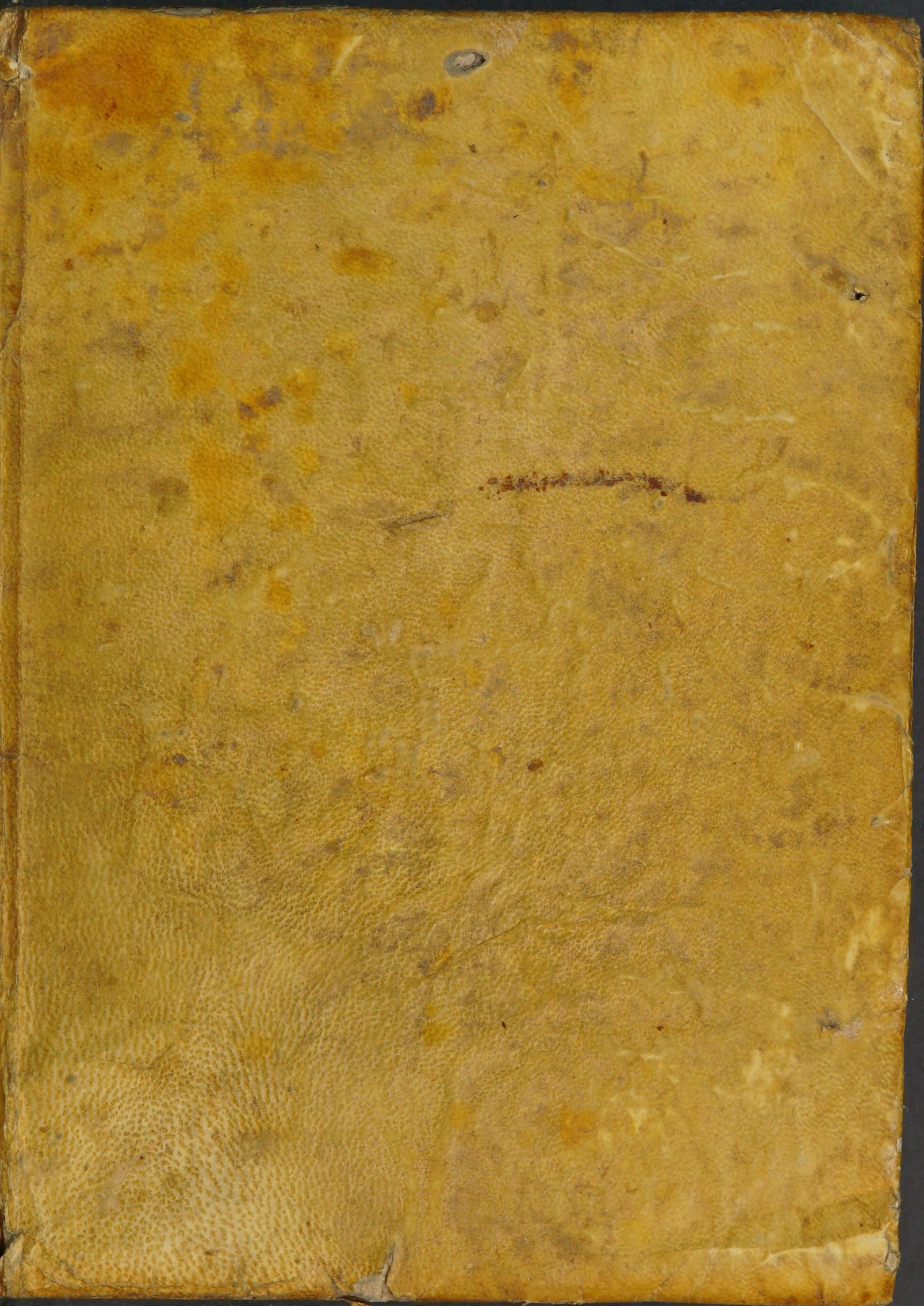


Guzman de Alfarache=1750







Sam

Alemán, Mateo

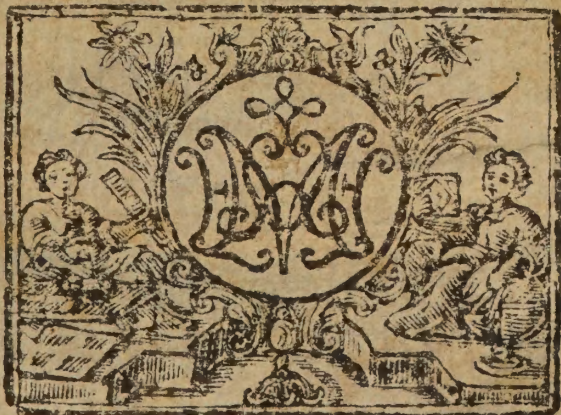
PRIMERA, Y SEGUNDA PARTE
DE LA VIDA, Y HECHOS
DEL PICARO
GUZMAN DE ALFARACHE,

ESCRITA POR MATHEO ALEMAN,
Criado del Rey nuestro Señor,
NATURAL, Y VECINO DE SEVILLA.

DEDICADO

AL SEÑOR DON JOSEPH BERMUDEZ,
del Consejo de S. M. en el Real de Castilla.

CORREGIDO, Y ENMENDADO EN ESTA IMPRESSION.

Año  1750.

CON LICENCIA.

EN MADRID : En la Imprenta de Lorenzo Francisco Mojados, impresso à su costa.

Juan José Fernández

AL SEÑOR
DON JOSEPH BERMUDEZ,
DEL CONSEJO DE S. M.
EN EL REAL, Y SUPREMO
DE CASTILLA, &c.

SEÑOR.



EIMPRIMIÒ eſte Libro en el año de 723. Don Juan de Montes y Reyes, y tuvo la feliz eleccion de ſolicitar el patrocinio de V. S. y la dicha de lograrle, para repetir al Publico, y renovar la memoria de la Vida, y Hechos de Guzmàn de Alfarache; y yo hè hallado la fortuna de encontrar abierto aſsi eſte camino, para ſolicitar de V. S. la proſecucion de ſu aſylo en eſta poſterior reimpreſsion, enmendada

de algunos defectos que tenia ; y como fuera en mi grave reprehensible ineptitud perder la ocasion de seguir la feliz segura senda, que me dexò deparada, juzgo tambien fuera irregularidad inesperada, de la noble genial benignidad de V. S. abstraerse de proseguir el favor à quien igualmente rendido le solicita, omitiendo referir las elevadas prendas de V. S. por no ofender su modestia ; y asi, confio merecer à V. S. esta gracia, pues parece la pido de justicia, &c.

El mas rendido servidor de V. S.

Lorenzo Francisco Mojados.

SUMA

SUMMA DE LA LICENCIA.

TIENE Licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Lorenzo Francisco Mojados, para que pueda reimprimir este Libro, intitulado: *Vida, y Hechos de Guzmàn de Alfarache*, su Autor Mathèo Alemàn, como mas largamente consta de su Original, despachado en el Oficio de D. Joseph Antonio de Yarza, Secretario de su Magestad, y Escrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Consejo, à que me remito.

D. Joseph Antonio de Yarza.

FEE DE ERRATAS.

ESTE Libro, intitulado: *Vida, y Hechos de Guzmàn de Alfarache*, su Autor Mathèo Alemàn, està fielmente impresso, y corresponde al antiguo, que sirve de Original. Madrid, y Noviembre 19. de 1750.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera.

Corrector General por S. Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TASSARON los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro, intitulado: *Vida, y Hechos de Guzmàn de Alfarache*, su Autor Mathèo Alemàn, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su Original, &c. Madrid, y Noviembre 20. de 1750.

D. Joseph Antonio de Yarza.

AL

AL DISCRETO LECTOR.



UELEN algunos, que sueñan cosas pesadas, y tristes, bregar tan fuertemente con la imaginacion (que sin haver movido) despues de recordados, assi quedan molidos, como si con un fuerte Toro huvieran luchado à fuerzas. Tal hè salido del prohemio passado, imaginando en el barbarismo, y numero desigual de los ignorantes; à cuya censura me obliguè, como el que sale à voluntario destierro, y no es en su mano la buelta. Empeñème con la promessa de este Libro, me hà sido forzoso seguir el embite, que hice de falso. Bien veo de mi rudo ingenio, y cortos estudios, fuera muy justo temer la carrera, y haver sido esta libertad, y licencia demasiada; mas considerando no haver libro tan malo, donde no se halle algo bueno, serà possible, que en lo que faltò el ingenio, supla el zelo de aprovechar que tuve, haciendo algun virtuoso efecto, que sentì bastante premio de mayores trabajos, y digno del perdon de tal atrevimiento. No me serà necessario con el discreto largos exordios, ni prolijas arengas; à su correccion me allano, su amparo pido, y en su defensa me encomiendo.

Y tu, deseososo de aprovechar, à quien verdaderamente considerè quando escrivia esta Obra, no entiendas que haverlo hecho, fuè acaso movido de interès, que nunca lo pretendì, ni me hallè con caudal suficiente. Alguno querrà decir, que llevando bueltas las espaldas, y la vista contraria, encamino mi Barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto; pues doyte mi palabra, que se engaña, y à solo el Bien Comun puse la proa, si de tal bien fuesse digno, que à ello sirviesse. Muchas cosas hallarà de rasguño, y bosquejadas, que dexè de matizar, por causas que lo impidieron: otras estàn algo mas retocadas, que huì de seguir, y dàr alcance, temeroso, y encogido de cometer alguna pensada ofensa. Haz como leas lo que leyeres, y no te rias de la conseja, y se te passe el consejo: recibe lo que te doy, y el animo con que te los ofrezco: no los eches, como barreduras, al muladar del olvido: mira que prodrà ser escobilla de precio: recoge, junta essa tierra, metela en el crysol de la consideracion, dale fuego de espiritu, y hallaràs algun oro que te enriquezca. Y pues que no ay cosa buena, que no proceda de las manos de Dios, ni tan mala, de que no resulte alguna gloria, y en todo tiene parte: abraza, recibe en tì provechosa, dexan-

xando lo no tal, ò malo, como mio; aunque estoy i confiado que las cosas, que no pueden dañar, suelen aprovechar muchas veces. En el discurso podràs moralizar, segun se te ofreciere, larga margen te queda: lo que hallares, no grave, ni compuesto, esso es ser de un Picaro el sugeto de este Libro: las tales cosas, aunque seràn muy pocas, picardea con ellas, que en las mesas explendidas manjares ha de haver de todos gustos, vinos blancos, y suaves, que alegrando, ayuden à la digestion, y musicas que entretengan. VALE.

VIDA,



VIDA, Y HECHOS DE GUZMAN DE ALFARACHE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO,

EN QUE CUENTA QUIEN FUE SU PADRE.

EL deseo que tenia (curioso Lector) de contarte mi vida, me daba tanta priessa para engolfarte en ella, sin prevenir algunas cosas, que (como primer principio) es bien dexarlas entendidas, porque siendo essenciales à este discurso, tambien te seràn de no pequeño gusto, que me olvidaba de cerrar un portillo, por donde me pudiera entrar curando qualquier terminista de mal Latin, redarguyendome de pecado porque no procedi de la difinicion à lo difinido, y antes de contarla, no dexè dicho quienes, y quales fueron mis padres, y confuso nacimiento, que en su tanto, si de ellos huviera de escrivirse, fuera sin duda mas agradable, y bien recibida, que esta mia tomarè por mayor lo mas importante, dexando lo que no me es licito, para que otro haga la vaza. Y aunque à ninguno conviene tener la propiedad de la Hiena, que se sustenta desenterrando cuerpos muertos, yo asseguro, segun oy hay en el mundo censores, que no les falten Chronistas; y no es de maravillar, que aun esta pequeña sombra querràs de ella inferir, que les corto de tixera, y temeraria-

mente me daràs mil atributos,que ferà el menor de ellos tonto, ò necio, porque no guardando mis faltas, mejor defcubrirè las agenas. Alabo tu razon por buena; pero quierote advertir, que aunque me tendràs por malo, no lo quifiera parecer, que es peor ferlo, y honrarfe de ello; y que contraviniendo à un tan fanto precepto, como el quarto, del honor, y reverencia que les debo, quifiera cubrir mis flaquezas con las de mis mayores, pues nace de viles, y baxos penfamientos tratar de honrarfe con afrentas agenas, fegun de ordinario fe acoftumbra, lo qual condeno por necedad folemne de fiete capas, como fiefta doble, y no lo puede fer mayor, pues defcubro mi punto, no falvando mi yerro el de mi vecino, ò deudo. Siempre vemos vituperado el maldiciente, mas à mi no me fucede afsi; porque adornando la hiftoria (fiendome neceffario) todos diràn: Bien aya el que à los fuyos fe parece, llevandome eftas bendiciones de camino. Demàs, que fue fu vida tan fabida, y todo à todos tan manifiefto, que pretenderlo negar feria locura, y à refto abierto dàr nueva materia de murmuracion; antes entiendo, que les hago (fi afsi decirfe puede) manifiefta cortesìa en expreffar el puro, y verdadero texto, con que defmentirè las gloffas que fobre èl fe han hecho, pues cada vez que alguno algo de ello cuenta, lo multiplica con los ceros de fu antojo, una vez mas, y nunca menos, como acuda la vena, y fe le pone en capricho: que hay hombre, fi fe le ofrece propofito para quadrar fu quento, desharà los Pyramides de Egypto, haciendo de la pulga gigante, de la prefuncion evidencia, de lo oìdo vifto, y ciencia de la opinion, folo por florear fu eloquencia, y acreditar fu difcrecion. Afsi acontece de ordinario, y fe viò en un Cavallero Eftrangero, que en Madrid conocì, el qual como fueffe aficionado à Cavallos Efpañoles, defeando llevar à fu tierra el fiel retrato, tanto para fu gufto, como para enfeñarlo à fus amigos, por fer de Nacion muy remota, y no fiendole permitido, ni pofsible llevarlos vivos, teniendo en fu cafa los dos mas hermofos de talle, que fe hallaban en la Corte, pidiò à dos famofos Pintores, que cada uno le retrataffe el fuyo, prometiendo, demàs de la paga, cierto premio al que mas en fu arte fe efmeraffe. El uno pintò un overo con tanta perfeccion, que folo faltò darle lo impofsible, que fue el alma, porque en lo demàs (engañando à la vifta, por no hacer del natural diferencia) cegàra de improvifo qualquier defcuidado entendimiento. Con efto folo acabò fu quadro, dando en todo lo del reftante claros, y obfcuros en las partes, y fegun que convenìa.

El otro pintò un rucio rodado,

do, color de Cielo, y aunque su obra muy buena, no llegò con gran parte à la que os he referido; pero esmeròse en una cosa de que èl era muy diestro; y fuè, que pintando el Cavallo, à otras partes, en las que hallò blancos, por lo alto dibujò admirables lexos, nubes, arreboles, edificios arruinados, y varios encasamentos. Por lo baxo del suelo cercano cantidad de arboledas, yervas floridas, prados, y riscos, y en una parte del quadro, colgando de un tronco los jaezes, y al pie de èl estaba una silla gineta, tan costosamente obrado, y bien acabado, quanto se puede encarecer. Quando viò el Cavallero sus quadros, aficionado (y con razon) al primero, fue el primero à que puso precio, y sin reparar en lo que por èl pidieron, dando en premio una rica sortija al ingenioso Pintor, lo dexò pagado, y con la ventaja de su pintura. Tanto se desvaneciò el otro con la suya, y con la liberalidad franca de la paga, que pidiò por ella un excessivo precio. El Cavallero, absorto de haverle pedido tanto, y que apenas pudiera pagarle, dixo: Vos, hermano, por què no considerais lo que me costò aqueste otro lienzo, à quien el vuestro no se aventaja? En lo que es el Cavallo (respondiò el Pintor) v.md. tiene razon; pero arbol, y ruinas hay en el mio, que valen tanto como el principal de essotro. El Cavallero replicò: No me convenia, ni era necessario llevar à mi tierra tanta valumba de arboles, y carga de edificios, que allà tenemos muchos, y muy buenos: demàs, que no les tengo la aficion que à los Cavallos, y lo que de otro modo, que por pintura no puedo gozar, esso huelgo de llevar. Bolviò el Pintor à decir: En lienzo tan grande pareciera muy mal un solo Cavallo, y es importante, y aun forzoso para la vista, y ornato, componer la pintura de otras cosas diferentes, que la califiquen, y dèn lustre, de tal manera, que pareciendo assi mejor, es muy justo llevar con el Cavallo sus guarniciones, y silla, especialmente estando con tal perfeccion obrado, que si de oro me diessen otras tales, no las tomarè por las pintadas. El Cavallero, que yà tenia lo importante à su deseo (pareciendole lo demàs impertinente, aunque en su tanto muy bueno) y no hallandose tan sobrado, que lo pudiera pagar, con discrecion le dixo: Yo os pedì un Cavallo solo, y tal como por bueno os lo pagarè, si me lo quereis vender: los jaezes quedaos con ellos, ò dadlos à otro, que no los he menester. El Pintor quedò corrido, y sin paga, por su obra añadida, y haverse alargado à la eleccion de su alvedrio, creyendo, que por mas composicion le fuera mas bien premiado, y gratificado su trabajo.

Comun, y general costumbre ha

ha sido, y es de los hombres, quando les pedìs reciten, ò refieran lo que oyeron, ò vieron, ò que os digan la verdad, y substancia de una cosa, enmascararla, y afeytarla, que se desconoce como el rostro de la fea. Cada uno le dà sus matizes, y sentidos, yà para exagerar, incitar, aniquilar, ò divertir, segun su passion le dicta. Assi lo estira con los dientes, para que alcance la lima, y pule para que entalle, levantando de punto lo que se les antoja, graduando, como Conde Palatino, al necio de sabio, al feo de hermoso, y al cobarde de valiente, quilatando con su estimacion las cosas, no imaginando cumplen con pintar el Cavallo, si lo dexan en cerro, y desenjaezado, ni dicen la cosa, sino la comentan como mas viene à cuento à cada uno. Tal sucediò à mi padre, que respecto de la verdad, yà no se dice cosa que lo sea. De tres han hecho trece, y los trece trecientos, porque à todos les parece añadir algo mas, y de estos algos han hecho un mucho, que no tiene fondo, ni se le halla suelo, reforzandose unas à otras añadiduras, y lo que en su lugar cada una no prestaba, muchas juntas hacen daño. Son lenguas engañosas, y falsas, que como saetas agudas, y brasas encendidas, les han querido herir las honras, y abrasar las famas, de que à ellos, y à mi resultan cada dia notables afrentas. Podràsme bien creer, que si valiera elegir de adonde nos pareciera, que de la masa de Adàn procuràra escoger la mejor parte, aunque anduvieramos al puñete por ellos; mas no vale esso, sino à tomar cada uno lo que le cupiere, pues el que lo repartiò, pudo, y supo bien lo que hizo: èl sea loado, que aunque tuve jarretes, y manchas, cayeron en sangre noble de todas partes: la sangre se hereda, y el vicio se pega: quien fuere qual debe, serà como tal premiado, y no purgarà las culpas de sus padres. Quanto à lo primero, el mio, y sus deudos fueron Levantiscos: vinieron à residir à Genova, donde fueron agregados à la Nobleza; y aunque de alli no naturales, los havrè aqui de nombrar como tales. Era su trato el ordinario de aquella tierra, y lo es yà, por nuestros pecados, en la nuestra, cambios, y recambios por todo el mundo. Hasta en esto lo persiguieron, infamandolo de logrero; muchas veces lo oyò à sus oìdos, y con su buena condicion passaba por ello. No tenian razon, que los cambios han sido, y son permitidos. No quiero yo loar, ni Dios lo quiera, que defienda ser licito lo que algunos dicen, prestar dinero por dinero sobre prendas de oro, ò plata por tiempo limitado, ò que se queden rematadas: ni otros tratillos palados, ni los que llaman cambio seco, ni que corra el dinero de feria en feria, donde jamàs tuvieron hombre, ni trato,

que llevan la voz de Jacob, y las manos de Esaù, y à tiro de escopeta descubren el engaño: que las tales, aunque se las achacaron, yo no las vì; ni de ellas darè señas: mas lo que absolutamente se entiende cambio, es obra indiferente, de que se puede usar bien, y mal, y como tal (aunque injustamente) no me maravillo, que no debiendola tener por mala, se repruebe; mas la evidentemente buena, sin sombra de cosa que no lo sea, que se murmure, y vitupere, esso es lo que me assombra. Decir, si viesse à un Religioso entrar à la media noche por una ventana en parte sospechosa, la espada en la mano, y el broquèl en el cinto, que và à dàr los Sacramentos, es locura, que ni quiere Dios, ni su Iglesia permite, que yo sea tonto, y de lo tal, evidentemente malo, sienta bien. Que un hombre rece, frequente virtuosos exercicios, oyga Missa, confiesse, y comulgue à menudo, y por ello le llamen hypocrita, no lo puedo sufrir, ni hay maldad semejante à esta. Tenia mi padre un largo Rosario entero de quince dieces, en que se enseñò à rezar (en lengua Castellana hablo) las cuentas gruessas mas que avellanas, este se lo diò mi madre, que lo heredò de la suya: nunca se le caìa de las manos: cada mañana oìa su Missa, sentadas ambas rodillas en el suelo, juntas las manos, levantadas del pecho arriba, el sombrero encima de ellas: arguyeronle maldicientes, que estaba de aquella manera rezando para no oìr, y el sombrero alto para no vèr. Juzguen de este juicio los que se hallan desapassionados, y digan si haya sido perverso, y temerario, de gente desalmada, sin conciencia. Tambien es verdad, que esta murmuracion tuvo causa, y fue su principio, que haviendose alzado en Sevilla un su compañero, y llevandole gran suma de dineros, venia en su seguimiento, tanto à remediar lo que pudiera del daño, como à componer otras cosas. La nave fue saqueada, y èl, con los mas que en ella venian, cautivò, y llevado à Argèl, donde medroso, y desesperado, el temor de no saber como, ò con què bolver en libertad, desesperado de cobrar la deuda por bien de paz, como quien no dice nada, renegò. Allà se casò con una Mora hermosa, y principal, con buena hacienda: que en materia de intères, (por lo general de quien siempre voy tratando) sin perjuicio de mucho numero de nobles Cavalleros, y gente grave, y principales, (que en todas partes hay de todo) dirè de passo lo que en algunos deudos de mi padre conocì el tiempo que los tratè. Eran amigos de solicitar casas agenas, olvidandose de las proprias: que se les tratasse verdad, y de no decirla: que se les pagasse lo que se les debia, y no pagar lo que debian-

bian: ganar, y gaſtar largo, dieſſe donde dieſſe, que yà eſtaba rematada la prenda, y como dicen, à Roma por todo. Sucediò, pues, que aſſegurado el compañero de no haver quien le pidieſſe, acordò tomar medios con los acreedores preſentes, poniendo condiciones, y plazos, con que pudo quedar de alli en adelante rico, y ſatisfechas las deudas.

Quando eſto ſupo mi padre, naciòle nuevo deſeo de venirſe con ſecreto, y diligencia, y para engañar à la Mora, la dixo, ſe queria ocupar en ciertos tratos de mercancìas. Vendiò la hacienda, y pueſta en zequies (moneda de oro fino Berberiſca) con las mas joyas que pudo, dexandola ſola, y pobre, ſe vino huyendo, y ſin que algun amigo, ni enemigo lo ſupiera, reduciendoſe à la Fè de Jeſu-Chriſto, arrepentido, y lloroſo, delatò de sì miſmo, pidiendo miſericordioſa penitencia, la qual ſiendole dada, deſpues de cumplida, paſsò adelante à cobrar ſu deuda. Eſta fue la cauſa porque jamàs le creyeron obra que hicieſſe buena. Si otra les piden, diràn lo que muchas veces (con impertinencia, y ſin propoſito) me dixeron: Que quien una vez ha ſido malo, ſiempre ſe preſume ſerlo en aquel genero de maldad. La propoſition es verdadera, pero no hay alguna ſin excepcion. Què ſabe nadie de la manera que toca Dios à cada uno, y ſi conforme dice una autentica, tenia yà reintegradas las coſtumbres?

Veis aqui, ſin mas acà, ni mas allà, los linderos de mi padre; porque decir, que ſe alzò dos, ò tres veces con haciendas agenas, tambien ſe le alzaron à èl. No es maravilla, los hombres no ſon de azero, ni eſtàn obligados à tener como los clavos, que aun à ellos les falta la fuerza, y ſuelen ſoltar, y afloxar: eſtratagemas ſon de Mercaderes, que donde quiera ſe practican en Eſpaña, eſpecialmente donde lo han hecho grangerìa ordinaria. No hay de que nos aſſombrèmos, allà ſe entienden, allà ſe lo hayan, à ſus Confeſſores dàn larga cuenta de ello, ſolo es Dios el Juez de aqueſtas coſas, mire quien los abſuelve lo que hace. Muchos veo que lo traen por uſo, y à ninguno ahorcado por ello: ſi fuera delito, mala coſa, ò hurto, claro eſtà que ſe caſtigàra, pues por menos de ſeis reales vemos azotar, y echar cien pobres à las galeras. Por no ſer contra mi padre, quiſiera callar lo que ſiento, aunque ſi he de ſeguir al Philoſopho, mi amigo es Platon, y mucho mas la verdad, conformandome con ella; perdone todo viviente, que canonizò eſte caſo por muy gran bellaquerìa, digna de muy exemplar caſtigo. Alguno del Arte mercante me dirà: Mirad por què Conſiſtorio de Pontifice, y Cardenales và determinado:

do: quien mete al idiota, galeote, picaro, en eftablecer leyes, ni calificar los tratos, que no entiende? Yà veo que yerro en decir lo que no ha de aprovechar, que de buena gana fufriera tus oprobrios, en tal que fe caftigàra, y tuviera remedio efta honrofa manera de robar, aunque mi padre eftrenàra la horca. Corra como corre, que la reformacion de femejantes cofas importantes, y otras que lo fon mas, vàn de capa caìda, y à mi no me toca, es dàr voces al lobo, tener el Sol, y predicar en defierto.

Buelvo à lo que mas le achacaron, que eftuvo prefo por lo que tu dices, ò à ti te dixeron. Que por fer hombre rico, y como dicen el padre Alcalde, y compadre el Efcrivano, fe librò, que hartos indicios huvo para fer caftigado. Hermano mio, los indicios no fon capaces de caftigo por sì folos. Afsi te pienfo concluir, que todas han fido confejas de horneras, mentiras, y falfos teftimonios levantados, porque confeffandote una parte, no negaràs de la mia fer jufto defenderte la otra. Digo, que tener compadres Efcrivanos es conforme al dinero con que cada uno pleytèa: que en robar à ojos viftas tienen algunos el alma del Gitano, y haràn de la Jufticia el juego de paffa paffa, poniendola en el lugar que fe les antojàre, fin que las Partes lo puedan impedir, ni los Letrados lo fepan defender, ni el Juez juzgar. Y antes que me huya de la memoria, oye lo que en la Iglefia de San Gil de Madrid predicò à los Señores del Confejo Supremo un docto Predicador un Viernes de la Quarefma. Fuè difcurriendo por todos los Miniftros de Jufticia, hafta llegar al Efcrivano, el qual dexò de induftria para la poftre, y dixo: Aqui ha parado el carro, metido, y fonrodado eftà en el lodo, no sè como falga, fi el Angel de Dios no rebuelve la pifcina: confieffo, feñores, que de treinta, y mas años à efta parte tengo viftas, y oìdas confefsiones de muchos pecadores, que caìdos en un pecado, reincidieron muchas veces en èl, y à todos, por la mifericordia de Dios, que han falido de èl reformando fus vidas, y conciencias. Al amancebado confumieron el tiempo, y la mala muger: y al jugador defengañò el tablajero, que como fanguijuela de unos, y otros, poco à poco chupa la fangre: oy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vafele quedando, y los que juegan fin èl. Al famofo ladron reformaron el miedo, y la verguenza. Al temerario murmurador la perlesìa, de que pocos efcapan. Al fobervio, fu mifma miferia lo defengaña, conociendofe que es lodo. Al mentirofo pufo freno la mala voz, y afrentas, que de ordinario recibe en fus mifmas barbas. Al defatinado blasfemo corrigieron continuas reprehenfiones de fus amigos, y deudos. Todos, tarde, ò

ò temprano,sacan fruto, y dexan, como la culebra, el habito viejo, aunque para ello se estreche: à todos he hallado señales de su salvacion: en solo el Escrivano pierdo la quenta, ni le hallo enmienda mas oy que ayer, este año que los treinta passados, que siempre es el mismo, ni sè como se confiessa, ni quien le absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio) porque informan, y escriven lo que se les antoja, y por dos ducados, ò por complacer al amigo, y aun à la amiga (que negocian mucho los mantos) quitan las vidas, las honras, y las haciendas, dando puerta à infinito numero de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar à diestro, y à siniestro la hacienda agena; y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero puesto en las palmas de las manos, al punto se convierte en sangre, y carne, no lo pueden bolver à echar de sì, y al mundo, y al diablo sì. Y assi me parece, que quando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo he llegado à tratar) al entrar en la Gloria diràn los Angeles unos à otros, llenos de alegria: *Letamini in Domino*, Escrivano en el Cielo, fruta nueva, fruta nueva. Con esto acabò su Sermon. Què hayan buelto al Escrivano! Passe: tambien sabrà responder por sì, dando à su culpa disculpa, que el yerro tambien se puede dorar, y diràn, que son los Aranceles del tiempo viejo, que los mantenimientos cada dia valen mas, que los pechos, y derechos crecen, que no les dieron de valde los Oficios, que de su dinero han de sacar la renta, y pagarse de la ocupacion de su persona. Y assi debiò de ser en todo tiempo, pues Aristoteles dice, que el mayor daño que puede venir à la Republica, es de la venta de los oficios; y Alcameno Espartano, siendo preguntado: Còmo serà un Reyno bienaventurado? Respondiò: Que menospreciando el Rey su propia ganancia; mas el Juez, que se lo dieron gracioso en confianza, para hacer oficio de Dios, y assi se llaman Dioses de la tierra, decir de este tal, que vende la justicia, dexando de castigar lo malo, y premiar lo bueno, y que si le hallàra rastro de pecado, lo salvàra, niegolo, y con evidencia lo pruebo. Quien ha de creer haya en el mundo Juez tan malo, descompuesto, ni desvergonzado (que tal serìa el que tal hiciesse) que rompa la ley, y le doble la vara un monte de oro? Bien que por aì dicen algunos, que esto de pretender oficios, y judicaturas và por ciertas indirectas, y destiladeras, ò por mejor decir, falsas relaciones con que se alcanzan, y despues de constituidos en ellos, para bolver algunos à poner su caudal en pie,

ſe buelven como pulpos. No hay poro, ni coyuntura en todo ſu cuerpo, que no ſean bocas, y garras: por alli les entra, y agarran el trigo, la cebada, el vino, el azeyte, el tocino, el pan, el lienzo, ſedas, joyas, y dineros: deſde las tapicerìas, haſta las eſpecerìas, deſde ſu cama, haſta la de ſu mula, deſde lo mas granado, haſta lo mas menudo, de que ſolo el arpòn de la muerte los puede deſaſir; porque en comenzandoſe à corromper, quedan para ſiempre dañados con el mal uſo, y aſsi reciben, como ſi fueſſen gages: de manera, que no guardan juſticia, diſsimulan con los ladrones, porque les contribuyen con las primicias de lo que roban, tienen ganado el favor, y perdido el temor, tanto el mercader, como el regaton, y con aquello cada uno tiene ſu Angel de guarda comprado por ſu dinero (ò con lo mas dificil de enagenar) para las impertinentes neceſsidades del cuerpo, demàs del que Dios les diò para las importantes del alma. Bien puede ſer, que algo de eſto ſuceda, y no por eſſo ſe ha de preſumir; mas el que diere con la codicia en ſemejante baxeza, ſerà de mil uno mal nacido, y de viles penſamientos, y no les quieras mayor mal, ni deſventura: conſigo lleva el caſtigo, pues anda ſeñalado con el dedo: es murmurado de los hombres, aborrecido de los Angeles, en publico, y ſecreto vituperado de todos; y aſsi, no por eſte han de perder los demàs: y ſi alguno ſe quexa de agraviado, debes creer, que como ſean los pleytos contiendas de diverſos fines, no es poſsible que ambas partes queden contentas de un juicio, quexoſos ha de haver, con razon, ò ſin ella; pero advierte, que eſtas coſas quieren ſolicitud, y maña, y ſi te falta, ſerà la culpa tuya, y no ſerà mucho que pierdas tu derecho, no ſabiendo hacer tu hecho, y que el Juez te niegue la juſticia, que muchas veces la dexa de dàr al que le conſta tenerla, porque no la prueba, y lo hizo el contrario bien, mal, ò como pudo, y otras por negligencia de la parte, ò porque les falta fuerza, y dineros con que ſeguirla, y tener opoſitor poderoſo; y aſsi no es bien culpar Jueces, y menos en ſuperiores Tribunales, donde ſon muchos, y eſcogidos entre los mejores; y quando uno, por alguna paſsion, quiſieſſe precipitarſe, los otros no la tienen, y le iràn à la mano. Acuerdome, que un labrador en Granada ſolicitaba (por ſu intereſſe) un pleyto en voz de Concejo, contra el Señor de ſu pueblo, pareciendole que lo havia con Pero Creſpo el Alcalde de èl, y que pudiera traer los Oìdores de la oreja; y eſtando un dia en la Plaza nueva mirando la portada de la Chancillerìa, que es uno de los mas famoſos edificios (en ſu tanto) de todos los de Eſpaña,

y

y à quien (de los de su manera) no se le conoce igual en estos tiempos, viò que las Armas Reales tenian en el remate à los dos lados la justicia, y fortaleza. Preguntandole otro Labrador de su tierra, què hacia? Por què no entraba à solicitar su negocio? le respondiò: Estoy considerando, que estas cosas no son para mi, y de buena gana me fuera para mi casa, porque en esta tienen tan alta la justicia, que no se dexan sobaxar, ni la podrè alcanzar.

No es maravilla (como dixe) y lo serìa, aunque uno la tenga, no sabiendo, ni pudiendola defender, si se la diessen. A mi padre se la dieron porque la tuvo, la supo, y pudo pleytear; demàs, que en el tormento purgò los indicios, y tachò los testigos de publica enemistad, que deponian de vanas presumpciones, y de vano fundamento.

Yà oygo al murmurador, diciendo la mala voz que tuvo, rizarse, afeytarse, y otras cosas que callo, dineros que bullian, presentes que cruzaban, mugeres que solicitaban, me dexan la espina en el dedo. Hombre de la maldicion, mucho me aprietas, y cansado me tienes: pienso de esta vez dexarte satisfecho, y no responder mas à tus replicatos, que serìa proceder en infinito aguardar à tus tosisterìas; y assi no digo que dices disparates, ni cosa de que no puedas obtener la parte que quisieres, en quanto la verdad se determina; y quando los pleytos andan de esse modo, escandalizan, mas todo es menester. Librete Dios de Juez con leyes de encaxe, y Escrivano enemigo, y de qualquier de ellos cohechado. Mas quando te quieras dexar llevar de la opinion, y voz del vulgo (que siempre es la mas flaca, menos verdadera, por serlo el sugeto donde sale) dime como cuerdo, todo quanto has dicho es parte para que (indubitablemente) mi padre fuesse culpado? Y mas que si es cierta la opinion de algunos Medicos, que lo tienen por enfermedad, quien puede juzgar si mi padre no estaba sano? Y à lo que es tratar de rizados, y mas porquerìas, no lo alabo, ni à los que en España lo consienten, quanto mas à los que lo hacen: lo que le vì, el tiempo que lo conocì, te puedo decir, era blanco, rubio, colorado, rizo, y creo de naturaleza tenìa los ojos grandes, turquesados; traìa copete, y sienes ensortijadas: si esto era proprio, no fuera justo, dandoselo Dios, que se tiznàra la cara, ni arrojàra en la calle semejantes prendas; pero si es verdad, como dices, que se valìa de untos, y artificios de sebillos, que los dientes, y manos que tanto le loaban, era à poder de polvillos, hieles, jabonetes, y otras porquerìas, confessarète quanto de èl dixeres, y serè su capitàl enemigo, y de todos los que de cosa semejante tratan; pues

pues demàs que son actos de afeminados maricas, dàn ocasion para que de ellos murmuren, y se sospeche toda vileza, viendolos embarrados, y compuestos con las cosas tan solamente à mugeres permitidas, que por no tener bastante hermosura, se ayudan de pinturas, y barnices à costa de su salud, y dinero; y es lastima de vèr, que no solo las feas son las que aquesto hacen, sino aun las muy hermosas, que pensando parecerlo mas, comienza en la cama por la mañana, y acaban à medio dia, la mesa puesta; de donde (no sin razon) digo que la muger, quanto mas miràre la cara, tanto mas destruye la casa. Si esto es, aun en mugeres, vituperio, quanto lo serà mas en los hombres?

O fealdad sobre toda fealdad! afrenta de todas las afrentas! no me podràs decir, que amor paterno me ciega, ni el natural de la patria me cohecha, ni me hallaràs fuera de razon, y verdad; pero si en lo malo hay descargo, quando en alguna parte huviera sido mi padre culpado, quiero decirte una curiosidad, por ser este su lugar, y todo sucediò casi en un tiempo: à ti te servirà de aviso, y à mi de consuelo, como mal de muchos.

El año de mil quinientos y doce, en Rabena, poco antes que fuesse saqueada, huvo en Italia crueles guerras: y en esta Ciudad naciò un monstruo muy estraño, que puso grandissima admiracion. Tenia de la cintura para arriba todo su cuerpo, cabeza, y rostro de criatura humana; pero un cuerno en la frente. Faltabanle los brazos, y diòle Naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciegalo: tenia en el pecho figurada la (Y) Pytagorica, y en el estomago, àzia el vientre, una Cruz ✠ bien formada. Era Ermafrodito, y muy formados los dos naturales sexos. No tenia mas de un muslo, y en èl una pierna, con su pie de milano, y las garras de la misma forma: en el nudo de la rodilla tenia un ojo solo. De aquestas monstruosidades tenian todos muy grande admiracion; y considerando personas muy doctas, que siempre semejantes monstruos suelen ser prodigiosos, pusieronse à especular su significacion, y entre las mas que se dieron, fue sola bien recibida la siguiente: Que el cuerno significaba orgullo, y ambicion: las alas inconstancia, y ligereza: falta de brazos, falta de buenas obras: el pie de ave de rapiña, robos, usuras, y avaricias: el ojo en la rodilla, aficion à vanidades, y cosas mundanas: los dos sexos, sodomìa, y bestial bruteza. En todos los quales vicios abundaba por entonces toda Italia, por lo qual Dios la castigaba con aquel azote de guerras, y dissensiones; pero la ✠ y la (Y) eran señales buenas, y dichosas, porque la (Y) en el pecho significaba virtud. La Cruz en el vientre, que si

(re-

(reprimiendo las torpes carnalidades) abrazassen en su pecho la virtud,les darìa Dios paz,y ablandarìa su ira. Vès aqui (en caso negado) que quando todo corra turbio, iba mi padre con el hilo de la gente, y no fue solo el que pecò, harto mas digno de culpa serìas tu si pecasses, por la mejor escuela que has tenido: tenganos Dios de su mano, para no caer en otras, ò semejantes miserias, que todos somos hombres.

CAPITULO II.

EN QUE GUZMAN DE *Alfarache prosigue contando quienes fueron sus padres, y principio de conocimiento, y amores de su madre.*

BOlviendo à mi quento,yà dixe (si mal no me acuerdo) que cumplida la penitencia, vino à Sevilla mi padre, por cobrar la deuda, sobre que huvo muchos dares, y tomares, demandas, y respuestas, y si no se huviera purgado en salud,bien creo que le faltàra en Arestin, mas como se labrò sobre sano, ni se pudieron coger por seca, ni descubrieron blanco donde hacerle tiro. Huvieron de tomarse medios, el uno por no pagarlo todo, y el otro por no perderlo todo, del agua vertida cogiòse lo que se pudo: con lo que le dieron bolviò el naype en rueda. Tuvo tales, y tan buenas entradas, y suertes, que ganò en breve tiempo de comer, y aun de cenar. Puso una honrada casa; procurò arraygarse,comprò una heredad jardin en San Juan de Alfarache, de mucha recreacion, distante de Sevilla poco mas de media legua, donde muchos dias, en especial por las tardes el Verano, iba por su passatiempo, y se hacian banquetes. Aconteciò, que como los Mercaderes hacian lonja para sus contrataciones en las gradas de la Iglesia Mayor, que era un anden, ò passeo hecho à la redonda de ella, por la parte de afuera tan alto como à los pechos, considerado desde lo llano de la calle, à poco mas, ò menos, todo cercado de gruessos marmoles, y fuertes cadenas, estando alli mi padre passeandose con otros Tratantes, acertò à passar un Christianissimo à lo que se supo, era hijo secreto de cierto personaje. Entròse tràs la gente hasta la pila del Bautismo,por vèr à mi madre,que con cierto Cavallero viejo de Habito Militar (que por serlo,comia mucha renta de la Iglesia) eran padrinos: ella era gallarda, grave, graciosa, moza, y de mucha compostura. Estuvola mirando todo el tiempo que diò lugar el exercicio de aquel Sacramento, como abobado de vèr tan peregrina hermosura, porque con la natural suya, sin traer aderezo en el rostro, era tan curiosa, y bien pues-

puesto el de su cuerpo, que ayudandose unas prendas à otras, toda en todo, ni el pincìl pudo llegar, ni la imaginacion aventajarse. Las partes, y facciones de mi padre, yà las dixe.

Las mugeres, que les parece à los tales hombres pertenecer à la divinidad, y que como los otros no tienen passiones naturales, echò de ver con el cuidado que la miraba, y no menos entre sì holgaba de ello, aunque lo dissimulaba, que no hay muger tan alta, que no huelgue ser mirada, aunque el hombre sea muy baxo: los ojos parleros, las bocas callando, se hablaron, manifestando por ellos los corazones, que no consienten las almas velos en estas ocasiones. Por entonces no huvo mas de que se supo ser prenda de aquel Cavallero, dama suya, que con gran recato la tenia consigo. Fuese à su casa la señora, y mi padre quedò rematado, sin poderla un punto apartar de sì. Hizo para bolver à verla muy extraordinarias diligencias; pero si no fuè en algunas fiestas en Missa, jamàs pudo de otra manera en muchos dias. La gotera caba la piedra, y la porfia siempre vence, porque la continuacion en las cosas las dispone. Tanto cabò con la imaginacion, que hallò traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas, que suelen ser las tales ministros de Satanàs, con que mina, y postra las fuertes torres de las mas castas mugeres, que por mejorarse de mongiles, y mantos, y tener en sus caxas otras de mermelada, no havrà traycion que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan. A esta, pues, acariciandola con palabras, y regalandola con obras, iba, y venia con papeles; y porque la dificultad està toda en los principios, y al enhornar suelen hacerse los panes tuertos, èl se daba buena maña; y por haver oìdo decir, que el dinero allana las mayores dificultades, siempre manifestò su fee con obras, porque no se la condenassen por muerta. Nunca fuè perezoso, ni escaso: comenzò (como dixe) con la dueña à sembrar, con mi madre prodigamente à gastar, y ellas alegremente à recibir; y como al bien la gratitud es tan debida, y el que recibe queda obligado al reconocimiento, la dueña lo solicitò de modo, que à las buenas ganas que mi madre tuvo, fue llegando leño à leño, y de flacas estopas levantò brevemente un terrible fuego, que muchas livianas burlas, acontecen hacer pesadas veras. Era (como lo has oìdo) muger discreta, querìa, y recelaba, iba, y venia à su corazon, como al oraculo de sus deseos, poniendo el pro, y el contra, yà lo tenia de la haz, yà del embès, yà tomaba resolucion, ò

yà

yà bolvìa à conjugar de nuevo. Ultimamente, què no corrompe la plata, y què no el oro? Este Cavallero era hombre mayor, escupia, tosia, quexabase de piedra, riñon, y orina: muy de ordinario lo havia visto en la cama desnudo à su lado, no le parecìa como mi padre, de aquel talle, ni brio; y siempre el mucho trato (donde no hay Dios) pone enfado: las novedades aplacen, especialmente à mugeres, que son de suyo noveleras, como la primera materia, que nunca cessa de apetecer nuevas formas. Determinabase à dexarlo, y mudar de ropa, dispuesta à saltar por qualquier inconveniente, mas la mucha sagacidad suya, y largas experiencias, heredadas, y mamadas al pecho de su madre, la hicieron camino, y ofrecieron ingeniosa resolucion, y sin duda el miedo de perder lo servido, la tuvo perplexa en aquel breve tiempo, que de otro modo yà estaba bien picada, que lo que mi padre le significò una vez, el diablo se lo repitiò diez, y assi no estaba tan dificultosa de ganarse Troya. La señora mi madre hizo su cuenta: En esto no pierde mi persona, ni vendo alhaja de mi casa; por mucho que à otros dè, soy como la luz, entera me quedo, y nada se me gasta. De quien tanto he recibido, es bien mostrarme agradecida, no le he de ser avarienta, con esto coserè à dos cabos, comerè con dos carrillos; mejor se assegura la nave sobre dos ferros, que con uno; quando el uno suelte, queda el otro asido. Y si la casa se cayere, quedando el palomar en pie, no le han de faltar palomas. En esta consideracion, tratò con su dueña el como, y quando serìa. Viendo, pues, que en su casa era imposible tener sus gustos efecto, entre otras muchas, y buenas trazas que se dieron, se hizo por mejor eleccion la siguiente.

Era entrado el Verano, fin de Mayo, y el Pago de Gelves, y San Juan de Alfarache el mas deleytoso de aquella comarca, por la fertilidad, y disposicion de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana, que le hace el Rio Guadalquivir famoso, regando, y clarificando con sus aguas todas aquellas huertas, y florestas, que con razon (si en la tierra se puede dàr conocido Paraìso) se debe à este sitio el nombre de èl; tan adornado està de frondosas arboledas, lleno, y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes despejadas, frescos ayres, y sombras deleytosas, donde los rayos del Sol no tienen en tal tiempo licencia, ni permission de entrada. A una de estas estancias de recreacion concertò mi madre, con su medio matrimonio, y alguna de la gente de su casa, venirse à holgar

gar un dia, y aunque no era à la de mi padre la heredad adonde iban, eſtaba un poco mas adelante, en termino de Gelves, que de necefsidad ſe havia de paſſar por nueſtra puerta. Con eſte cuidado, y ſobre-concierto, cerca de llegar à ella, mi madre ſe comenzò à quexar de un repentino dolor de eſtomago; ponia el achaque al freſco de la mañana, de do ſe havia cauſado, fatigòla de manera, que le fuè forzoſa dexarſe caer de la jamua, en que en un pequeño Sardeſco iba ſentada, haciendo tales extremos, geſtos, y ademanes (apretandoſe el vientre, torciendo las manos, deſmayando la cabeza, deſabrochandoſe los pechos) que todos la creyeron, y à todos amancillaba, teniendola compaſsiva laſtima. Comenzabanſe à llegar paſſageros, cada uno daba ſu remedio; mas como no havia de donde traerlo, ni lugar para hacerlo, eran impertinentes; bolver à la Ciudad impoſsible; paſſar de alli dificultoſo; eſtarſe quedos enmedio del camino, yà puedes vèr el mal comodo; los accidentes crecian; todos eſtaban confuſos, no ſabiendo que hacerſe. Uno de los que ſe llegaron (que fue de propoſito echado para ello) dixo: Quitenla del paſſage, que es crueldad no remediarla, y metanla en la caſa de eſta heredad primera: todos lo tuvieron por bueno, y determinaron, en tanto que paſſaſſe aquel accidente, pedir à los caſeros la dexaſſen entrar: dieron algunos golpes aprieſſa, y recio: la caſera fingiò haver entendido que era ſu ſeñor, y ſaliò diciendo: Jeſus! Jeſus! ay Dios, perdone V.md. que eſtaba ocupada, y no pude mas: bien ſabìa la vejezuela todo el cuento, y era de las que dicen: no chero, no ſabo: dotrinada eſtaba en lo que havia de hacer, y de mi padre prevenida, demàs que no era lerda, y para ſemejantes achaques tenia en ſu ſervicio lo que havia meneſter; y en eſto, entre las mas ventajas la hacen los ricos à los pobres, que los pobres aunque buenos, ſiempre ſon ellos los que ſirven à ſus malos amos, y los ricos, aunque malos, ſirviendoſe de buenos, ſon ſolos los bien ſervidos. Mi buena muger abriò ſu puerta, y reconocida la gente, dixo, con diſsimulo: Mal hora, que imaginè que era nueſtro amo, y no me ha dexado gota de ſangre en el cuerpo, de como me tardaba. Y bien, què es lo que mandan los ſeñores? Quieren algo ſus mercedes? El Cavallero reſpondiò: Muger honrada, que nos deis lugar donde eſta ſeñora deſcanſe un poco, que le ha dado en el camino un grave dolor de eſtomago. La caſera, moſtrandoſe con ſentimiento, peſaroſa, dixo: Noramala ſea, què dolor mal empleado en ſu cara de roſa: entren en buen hora, que todo eſtà à ſu ſervi-

vicio. Mi madre à todas estas no hablaba, y de solo su dolor se quexaba. La casera haciendola las mayores caricias que pudo, les diò la casa franca, metiendolos en una sala baxa, donde en una cama, que estaba armada, tenia puestos en rima unos colchones: presto los desdoblò, y tendidos, luego sacò de un cofre sabanas limpias, y delgadas, colcha, y almohadas, con que le aderezò en que reposasse. Bien pudiera estàr la cama hecha, el aposento lavado, todo perfumado, ardiendo los pevetes, y los pomos vaheando, el almuerzo aderezado, y puestas à punto muchas otras cosas de regalo: mas alguna de ellas, ni la casera llegàra à la puerta, ni tenerla menos que cerrada convino, antes aguardò à que llamassen, para que no pareciera cautela, que pudiera engendrar sospecha, de donde viniera facilmente à descubrirse la encamisada, que tal fue la de este dia. Mi madre con sus dolores desnudòse, metiòse en la cama, pidiendo à menudo paños calientes, que siendole traìdos, haciendo como que los ponia en el vientre, los baxaba mas abaxo de las rodillas, y aun algo apartados de sì, porque con el calor le daban pesadumbre, y temia no le causassen alguna remocion, de donde resultàra afloxarse el estomago. Con este beneficio se fue aliviando mucho, y fingiò querer dormir, por descansar un poco. El pobre Cavallero, que solo su regalo deseaba, se holgò de ello, y la dexò en la cama sola: luego cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fue à desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriesse, ni hiciesse ruido, y à la buena de nuestra dueña dexò en guarda, en tanto que ella recordara, y llamasse. Mi padre no dormìa, que con atencion lo estaba oyendo todo, y acechando lo que podia por la entrada de la llave de la cerradura del postigo de un retrete, donde estaba metido; y estando todo muy quieto, y avisadas la dueña, y casera, que con cuidado estuviessen alerta para darles aviso con cierta seña secreta, quando el Patron bolviesse, abriò su puerta para vèr, y hablar à la señora: en aquel punto cessaron los dolores fingidos, y se manifestaron los verdaderos. En esto se entretuvieron dos horas largas, que en dos años no se podrìa contar lo que en ellas passaron.

Yà iba entrando el dia con el calor, obligando al Cavallero à recogerse: con esto, y deseo de saber la mejorìa de su enferma, y si alli havian de quedar, ò passar adelante, le hizo bolver à visitarla. En el punto fueron avisados, y mi padre con gran dolor de su corazon se bolviò à encerrar donde primero estaba.

Entrando su viejo galan, se mos-

moſtrò adormecida, y que al ruido recordaba. Hizo luego un melindre de enojada, diciendo: Ay! valgame Dios! por què abrieron tan preſto, ſin quererme dexar que repoſaſſe un poco? El bueno de nueſtro paciente la reſpondiò: Por tus ojos, niña, que me peſa de haverlo hecho, pero mas de dos horas has dormido. No, ni media, replicò mi madre, que ahora me pareciò cerraba el ojo, y en mi vida no he tenido tan deſcanſado rato (no mentia la ſeñora, que con la verdad engañaba) y moſtrando el roſtro un poco alegre, alabò mucho el remedio que le havian hecho, diciendo, que le havia dado la vida. El ſeñor ſe alegrò de ello, y de acuerdo de ambos concertaron celebrar alli ſu fieſta, y acabar de paſſar el dia, porque no menos era el jardin ameno, que el donde iban, y por eſtar no lexos, mandaron bolver la comida, y las mas coſas que allà eſtaban. En tanto que de eſto ſe trataba, tuvo mi padre lugar como ſalir ſecretamente por otra puerta, y bolverſe à Sevilla, donde las horas eran de à mil años, los momentos largo ſiglo, y el tiempo que de ſus nuevos amores careciò, penoſo infierno. Yà quando el Sol declinaba, ſerìan como las cinco de la tarde, ſubiendo en ſu cavallo, como coſa ordinaria ſuya, ſe vino à la heredad. En ella hallò aquellos ſeñores, moſtrò alegrarſe de verlos, pesòle de la deſgracia ſucedida, de donde reſultò el quedarſe, porque luego le refirieron lo paſſado. Era muy cortès, la habla ſonòra, y no muy clara, hizo muy diſcretos, y diſsimulados ofrecimientos, de la otra parte no le quedaron deudores; trabòſe la amiſtad con muchas veras en lo publico, y con mayores los dos en lo ſecreto, por las buenas prendas que eſtaban de por medio.

Hay diferencia entre buena voluntad, amiſtad, y amor. Buena volnntad es la que puedo tener al que nunca vì, ni tuve dèl otro conocimiento, que oìr ſus virtudes, ò nobleza, ò lo que pudo, y baſtò moverme à ello. Amiſtad llamamos à la que comunmente nos hacemos, tratando, y comunicando, ò por prendas que corren de por medio: de manera, que la buena voluntad ſe dice entre auſentes, y amiſtad entre preſentes: pero amor corre por otro camino: ha de ſer forzoſamente reciproco, traslacion de dos almas, que cada una de ellas aſsiſta mas donde ama, que à donde anìma. Eſte es mas perfecto, quanto lo es el objeto, y el verdadero, el divino: aſsi debemos amar à Dios ſobre todas las coſas, con todo nueſtro corazon, y con todas nueſtras fuerzas, pues èl nos ama tanto; deſpues de eſte el conjugal, y del proximo; porque el torpe, y deshoneſto no merece, ni es digno de eſte nombre, como baſtardo; y

de qualquier manera, donde huviere amor, aì eſtaràn los hechizos, no ay otros en el mundo: por èl ſe truecan condiciones, allanan dificultades, y doman fuertes Leones; porque decir hay bebedizos, ò bocados para amar, es falſo, y lo tal ſolo ſirve de trocar el juicio, quitar la vida, ſolicitar la memoria, cauſar enfermedades, y graves accidentes. El amor ha de ſer libre, con libertad ha de entregar las potencias à lo amado, que el Alcayde no dà el Caſtillo quando por fuerza ſe lo quitan, y el que amaſſe por malos medios, no ſe le puede decir que ama, pues và forzado adonde no le lleva ſu libre voluntad.

La converſacion andaba, y de ella ſe pidiò juego: comenzaron una primera en tercio, ganò mi madre, porque mi padre ſe hizo perdidizo, y queriendo anochecer, dexando de jugar, ſalieron por el jardin à gozar del freſco. En tanto puſieron las meſas: traìda la cena cenaron, y haciendo para deſpues aderezar de ramos, y remos un ligero barco, llegados à la lengua del agua, ſe entraron en èl, oyendo de otros que andaban por el rio gran armonìa de concertadas muſicas, coſa muy ordinaria en ſemejante lugar, y tiempo. Aſsi llegaron à la Ciudad, y endoſe cada uno à ſu caſa, y cama, ſalvo el juicio del buen contemplativo, ſi mi madre, que qual otra Meliſendra, durmiò con ſu conſorte, el cuerpo preſo en Sanſueña, y en Parìs cautiva el alma.

Fue tan eſtrecha la amiſtad, que ſe hacian de aquel dia en adelante los unos à los otros, continuada con tanta diſcrecion, y buena maña, por lo mucho que ſe aventuraba en perderla, quanto ſe puede preſumir de la ſutileza de un Levantiſco tinto en Genoves, que liquìda, y apura, quanto mas merma por ciento, el pan partido à manos, ò el cortado à cuchillo. Y de una muger de las prendas, que he ſignificado, ſiendo de nacion Andaluza, criada en buena eſcuela, y curſada entre los dos coros, y naves de la Antigua, que antes havia tenido achaques, de donde ſin conſervar coſa propria, ni de reſpeto, el dia que aſſentò la compañia con el Cavallero, me jurò, que metiò de pueſto mas de tres mil ducados de ſolas joyas de oro, y plata, ſin el mueble de caſa, y ropas de veſtir. El tiempo corre, y todo tras èl: cada dia que amanece, amanecen coſas nuevas, y por mas que hagamos, no podèmos eſcuſar, que cada momento que paſſa, no lo tengamos menos de la vida, amaneciendo ſiempre mas viejos, y cercanos à la muerte. Era el buen Cavallero (como tengo ſignificado) hombre anciano, y canſado, mi madre moza, hermoſa, y con ſalſas: la ocaſion irritaba el apetito de manera, que ſu deſorden le abriò la ſepultura. Comenzò con flaquezas

de

de eſtomago, de medio en dolores de cabeza, con una calenturilla: deſpues à pocos lances acabò, relaxadas las ganas del comer: de treta en treta lo conſumiò el mal vivir, y al fin muriòſe ſin poderle dàr vida, la que èl juraba ſiempre que lo era ſuya, y todo mentira, pues lo enterraron, quedando ella viva.

Eſtabamos en caſa cantidad de ſobrinos, pero ninguno para con ellos mas de à mi de mi madre: los mas eran como pan de diezmo, cada uno de la ſuya, que el buen ſeñor (à quien Dios perdone) havia holgado poco en eſta vida, y al tiempo de ſu fallecimiento, ellos por una parte, mi madre por otra, aun el alma tenia en el cuerpo, y no ſabanas en la cama, que el ſaco de Ambares no fue tan riguroſo, con el temor del ſecreto. Como mi madre quaxaba la nata, era la ropera, tenia las llaves, y privanza: metiò con tiempo las manos donde eſtaba ſu corazon, aunque lo mas importante todo lo tenia ella, y de ello era ſeñora; mas viendoſe à peligro, pareciendole mejor dàr con ello ſalto de mata, que deſpues rogar à buenos, dieronſe todos tal maña, que apenas huvo con que enterrarlo. Paſſados algunos dias, aunque pocos, hicieron muchas diligencias para que la hacienda parecieſſe: clavaron cenſuras por las Igleſias, y puertas de caſas, mas alli ſe quedaron, que pocas veces quien hurta lo buelve; pero mi madre tuvo eſcuſa, que el que buen ſiglo haya le decia, quando viſitaba las monedas, y recorria los cofres, y eſcritorios, ò trayendo algo à ſu caſa: Eſto es tuyo, y para ti, ſeñora mia. Aſsi le dixeron Letrados, que con eſto tenia ſatisfecha la conciencia; demàs que le era deuda debida, porque aunque lo ganaba torpemente, no torpemente lo recibia. En eſta muerte vine à verificar lo que antes havia oìdo decir, que los ricos mueren de hambre, los pobres de ahitos, y los que no tienen herederos, y gozan bienes Ecleſiaſticos, de frio: y eſte podrà ſervir de exemplo, pues viviendo no le dexaron camiſa, y la del cuerpo le hicieron de corteſia: los ricos, por temor no les haga mal, vienen à hacerles mal, pues comiendo por onzas, y bebiendo con dedales, viven por adarmes, muriendo de hambre, antes que de rigor de enfermedad: los pobres, como pobres, todos tienen miſericordia de ellos, unos les embian, otros les traen, todos de todas partes les acuden, eſpecialmente quando eſtàn en aquel extremo; y como los hallan desflaquecidos, y hambrientos, no hacen eleccion, faltando quien ſe lo adminiſtre, comen tanto, que no pudiendolo digerir, por falta de calor natural, ahogandolos con viandas, mueren ahitos. Tambien acontece lo miſmo aun en los

Hospitales, donde algunas piadosamente captas, que por devocion los visitan, les llevan las faltriqueras, y mangas llenas de colacion, y criadas cargadas con espuertas de regalos; y creyendo hacerles con ello limosna, los entierran por amor de Dios. Mi parecer serìa, que no se consintiesse, y lo tal antes lo dèn al enfermero, que al enfermo, porque de alli saldrà con parecer del Medico cada cosa para su lugar mejor distribuìdo, pues lo que assi no se hace, es dañoso, y peligroso; y en quanto à caridad mal dispensada, no considerando el util, ni el daño, el tiempo, ni la enfermedad, si conviene, ò no conviene, los engargantan como à capones en cebadero, con que los matan. De aqui quede assentado, que lo tal se dè à los que administran, que lo sabràn repartir, ò en dineros, para socorrer otras mayores necessidades.

O què gentil disparate! què fundado en Theologìa! No veis el salto que he dado del banco à la popa! què vida de Juan de Dios la mia, para dàr esta doctrina. Calentòse el horno, y salieron estas llamaradas: podràseme perdonar, por haver sido corto: como encontrè con el cinco, llevèmelo de camino, assi lo havrè de hacer adelante las veces que se ofrezca: no mires à quien lo dice, sino à lo que se te dice, que el bizarro vestido que te pones, no se considera si lo hizo un corcobado: yà te prevengo para que me dexes, ò te armes de paciencia. Bien sè que es impossible ser de todos bien recibido, pues no ay vasija que mida los gustos, ni balanza que los iguale, cada uno tiene el suyo, y pensando que es el mejor, es el mas engañado, porque los mas los tienen muy estragados.

Buelvo à mi puesto, que me espera mi madre, yà viuda del primer posseedor, querida, y tiernamente regalada del segundo. Entre essas, y essotras, yà yo tenia cumplidos tres años, cerca de quatro; y por la cuenta, y reglas de la licencia femenina tuve dos padres, que supo mi madre ahijarme à ellos, y alcanzò à entender, y obrar lo impossible de las cosas: vedlo à los ojos, pues agradò igualmente à dos señores, trayendolos contentos, y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo, el uno me lo llamaba, y el otro tambien; quando el Cavallero estaba solo, le decia que era un estornudo suyo, y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos: quando hablaba con mi padre, afirmaba que èl era yo, cortado la cabeza, que se maravillaba, pareciendole tanto (que qualquier ciego lo conociera solo con passar las manos por el rostro) no haverse descubierto: echandose de vèr el engaño, mas que con la ceguedad que la amaban, y confianza que hacian de los dos,

no

no se havia echado de vèr, ni puesto sospecha en ello; y asi cada uno lo creyò, y àmbos me regalaban: la diferencia sola fue ser, en el tiempo que viviò el buen viejo, en lo publico, y el estrangero en lo secreto, el verdadero; porque mi madre lo certificaba despues, haciendome largas relaciones de estas cosas; y asi protesto no me pàre perjuicio lo que quisieren calumniarme, de su boca lo oì, su verdad refiero, que serìa gran temeridad afirmar qual de los dos me engendrasse, ò si soy de otro tercero: en esto perdone la que me pariò, que à ninguno està bien decir mentira, y menos al que escrive: ni quiero que digan, que sustento disparates, mas la muger que à dos dice que quiere, à entrambos engaña, y de ella no se puede hacer confianza. Esto se entiende por la soltera, que la regla de las casadas es otra: quieren decir, que dos es uno, y uno ninguno, y tres bellaquerìa; porque no haciendo cuenta del marido (como es asi la verdad) èl solo es ninguno, y èl con otro hacen uno, y con èl otros dos, que son por todos tres, equivalen à los dos de la soltera: asi que conforme à su razon cabal està la cuenta, sea como fuere. El Lebantisco mi padre, que pues ellos lo dixeron, y cada uno por sì lo afirmaba no es bien que yo apele, las partes conformes, por suyo me llamò, por tal me tengo, pues de aquella melonada quedè legitimado con el santo matrimonio; y estame muy mejor, antes que diga un qualquiera, que soy mal nacido, y hijo de ninguno. Mi padre nos amò con tantas veras, como lo diràn sus obras, pues atropellò con este amor la idolatrìa del què diràn, la comun opinion, la voz popular, que no le sabian otro nombre, sino la Comendadora, y asi respondìa por èl, como si tuviera colada la Encomienda: sin reparar en esto, ni darsele un cabello por essotro, se desposò, y casò con ella. Tambien quiero que entiendas, que no lo hizo à humo de pajas, cada uno sabe su cuento, y mas el cuerdo en su casa, que el necio en la agena. En este tiempo intermedio, aunque la heredad era de recreacion, essa era su perdicion, el provecho poco, el daño mucho, la costa mayor, asi de labores, como de banquetes: las tales haciendas pertenecen solamente à los que tienen otras muy assentadas, y acreditadas sobre quien cargue todo el peso, que à la mas gente no muy descansada son polilla, que les come hasta el corazon, carcoma que se le hace ceniza, y cicuta en vaso de ambar. Esto por una parte, los pleytos, los amores de mi madre, y otros gastos, que ayudaron por otras, lo tenian harto delgado, à pique de dàr estallido, como lo havia de costumbre. Mi madre era guardosa, nada

da desperdiciada, con lo que en sus mocedades ganò, y en vida del Cavallero, y con su muerte recogiò, vino à llegar à casi diez mil ducados, con que se dotò. Con este dinero, hallado de refresco, bolviò un poco mi padre sobre sì, como torcida, que atizan en candil con poco azeyte: comenzò à dàr luz, gastò, hizo carroza, y silla de manos, no tanto por la gana, que de ello tenia mi madre, como por la ostentacion, que no le reconocieran su flaqueza. Conservòse lo menos mal que pudo: las ganancias no igualaban à las expensas, uno à ganar, y muchos à gastar: el tiempo por su parte apretar, los años caros, las correspondencias pocas, y malas, lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello, y su dueño: el pecado lo diò, y èl (creo) lo consumiò, pues nada luciò, y mi padre de una enfermedad aguda en cinco dias falleciò.

Como quedè niño de poco entendimiento, no sentì su falta, aunque yà tenia de doce años adelante, y no embargante que venimos en pobreza, la casa estaba con alhajas, de que tuvimos que vender para comer algunos dias. Esto tienen las de los que han sido ricos, que siempre vale mas el remanente, que el puesto principal de las de los pobres, y en todo tiempo dexan rastros, que descubren lo que fue, como las ruinas de Roma.

Mi madre lo sintiò mucho, porque perdiò bueno, y honrado marido: hallòse sin èl, sin hacienda, y con edad, en que no le era licito andar à rogar, para valerse de sus prendas, ni bolver à su credito; y aunque su hermosura no estaba distraìda, tenianla los años algo desgastada: haciasele de mal, haviendo sido rogada de tantos tantas veces, no serlo tambien entonces, y de persona tal, que nos pelechàra, que no lo siendo, ni ella lo hiciera, ni yo lo permitiera. Aun hasta en esto fui desgraciado, pues aquel juro que tenia se acabò, quando tuve de èl mayor necessidad; mal dixe se me acabò, que aùn estaba de provecho, y podia tener el dia que se puso tocas poco mas de quarenta años. Yo he conocido despues acà doncellas de mas edad, y no de tan buena gracia, llamarse niñas, y afirmar, que ayer salieron de mantillas; mas aunque à mi madre no se le conocia tanto, ella (como dixe) no diera su brazo à torcer, y antes muriera de hambre, que baxar escalones, ni faltar un quilate de su punto.

Veisme aqui sin uno, y otro padre, la hacienda gastada, y lo peor de todo cargado de honra, y la casa sin persona de provecho para poderla sustentar. Por la parte de mi padre no me hizo el Cid ventaja, porque atravesè la mejor partida de la Señorìa: por la

de

de mi madre no me faltaban otros tantos, y mas cachivaches de los abuelos. Tenia mas enxertos, que los cigarrales de Toledo, segun despues entendi: como cosa publicà lo digo, que tuvo mi madre dechado en la suya, y labor de que sacar qualquier obra virtuosa; y asi, por los proprios passos parece la iba siguiendo, salvo en los partos, que à mi abuela le quedò hija para su regalo, y à mi madre hijo para su perdicion. Si mi madre enredò dos, mi abuela dos docenas, y como pollos (como dicen) los hacia comer juntos en un tiesto, y dormir en un nidàl, sin picarse los unos à los otros, ni ser necessario echarles capirotes. Con esta hija enredò cien linages, diciendo, y jurando à cada padre que era suya, y à todos les parecia, à qual en los ojos, à qual en la boca, y en mas partes, y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar à quien pareciera en el escupir. Esto tenia por excelencia bueno, que la parte presente, siempre la llamaba de aquel apellido, y si dos, ò mas, havia el nombre à secas: el propio era Marcela, su dòn por encima despolvoreado; porque se compadecia menos dama sin dòn, que casa sin aposento, molino sin rueda, ni cuerpo sin sombra. Los cognombres, pues, eran como queria, yo certifico, que procurò apoyarla con lo mejor que pudo, dandole mas casas nobles, que pudiera un Rey de Armas, y fuera repetirlas una Letania. A los Guzmanes era donde se inclinaba mas, y certificò en secreto à mi madre, que à su parecer, segun le dictaba su conciencia, y para descargo de ella, creìa, por algunas indirectas, haver sido hija de un Cavallero deudo cercano à los Duques de Medina-Sydonia.

Mi abuela supo mucho, y hasta que muriò tuvo que gastar, y no fue maravilla; pues le tomò la noche, quando à mi madre le amanecia, y la hallò consigo à su lado, que el primer tropezòn le valiò mas de quatro mil ducados, con un rico Perulero, que contaba el dinero por espuertas. Nunca falleciò de su punto, ni lo perdiò de su deber, ni se le fue Christiano con sus derechos, ni diò al diablo primicia. Aun si otro tanto nos aconteciera, el mal fuera menos, ò si como nacì solo, naciera una hermanà, arrimo de mi madre, baculo de su vejèz, coluna de nuestras miserias, puerto de nuestros naufragios, dieramos dos higas à la fortuna. Sevilla era bien acomodada para qualquier grangerìa, y tanto se lleve à vender, como se compra; porque hay marchantes para todo, es patria comun, dehessa franca, nudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huerfanos, y capa de pecadores, don-

de todo es necesfsidad, y ninguno la tiene, ò sino la Corte, que es la mar, que todo lo sorbe, y adonde todo và à parar, que no fuera yo menos habil, que los otros, ni me faltàran entretenimientos, oficios, comisfsiones, y otras cosas honrosas con tal favor à mi lado, que era tenerlo en la bolsa; y à mal suceder, no nos pudiera faltar que comer, y beber como Reyes, que el hombre, que lleva semejante prenda que empeñar, ò vender, siempre tendrà quien le compre, ò le dè sobre ella lo necessario. Yo fuì desgraciado, como haveis oìdo, quedè solo, sin arbol que me hiciesse sombra, los trabajos acuestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligacion mucha, la facultad poca: ved si un mozo como yo, que yà galleaba, fuera justo, con tan honradas partes, estimarse en algo.

El mejor medio que hallè fue probar la mano, para salir de miseria, dexando à mi madre, y tierra. Hicelo asi, y para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre, puseme el Guzmàn de mi madre, y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio: con esto sali à vèr mundo, peregrinando por èl, encomendandome à Dios, y buenas gentes, en quien hice confianza.

CAPITULO III.

COMO GUZMAN SALIÒ de su casa un Viernes por la tarde, y lo que le sucediò en una Venta.

ERA yo muchacho, vicioso, y regalado, criado en Sevilla, sin castigo de padre, la madre viuda (como lo has oìdo) cebado à torreznos, molletes, y mantequillas, y sopas de miel rosada; mirado, y adorado mas que hijo de Mercader de Toledo, ò tanto: haciaseme de mal dexar mi casa, deudos, y amigos, demàs que es dulce amor el de la patria. Siendome forzoso, no pude escusarlo: alentabame mucho el deseo de vèr mundo, ir à reconocer en Italia mi noble parentela: sali, que no debiera (bien pude decir) tarde, y con mal, y creyendo hallar copioso remedio, perdì el poco que tenia: sucediòme lo que al perro con la sombra de la carne: apenas havìa salido de la puerta, quando sin poderlo resistir, dos Nilos rebentaron de mis ojos, que regandome el rostro en abundancia, quedò todo de lagrimas bañado: esto, y querer anochecer, no me dexaba vèr Cielo, ni palmo de tierra por donde iba. Quando lleguè à San Lazaro, que està de la Ciudad poca distancia, sentème en la escalera, ò gradas por donde su-

fuben à aquella devota Ermita. Alli hice de nuevo alarde de mi vida, y discursos de ella: quisiera bolverme, por haver salido mal apercebido, con poco acuerdo, y poco dinero para viage tan largo, que aun para corto no llevaba, y sobre tantas desdichas (que quando comienzan vienen siempre muchas enzarzadas unas de otras como cerezas) era Viernes en la noche, y algo obscura, no havia cenado, ni merendado: si fuera dia de carne, que à la salida de la Ciudad, aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevàra à alguna pasteleria à comprar un pastel con que me entretuviera, y enjugàra el llanto, el mal fuera menos. Entonces echè de vèr quanto se siente mas el bien perdido, y la diferencia, que hace de el hambriento el harto: todos los trabajos comiendo se passan; donde la comida falta, no hay bien que llegue, ni mal que no sobre, gusto que dure, ni contento que assista: todos riñen, sin saber por què, ninguno tiene culpa; unos à otros se la ponen, todos trazan, y son quimeristas, todo es entonces govierno, y philosofia. Vime con ganas de cenar, y sin que poder llegar à la boca, salvo agua fresca de una fuente que allì estaba: no supe què hacer, ni à què puerto echar: lo que por una parte me daba ossadia, por otra me acobardaba: hallabame entre miedos, y esperanzas, el despeñadero à los ojos, y lobos à las espaldas: anduve vacilando, quise ponerlo en las manos de Dios, entrè en la Iglesia, hice mi oracion breve, pero no sè si devota: no me dieron lugar para mas, por ser hora de cerrarla, y recogerse. Cerròse la noche, y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales, y llanto: quedème con èl dormido sobre un poyo del portal, acà fuera: no sè que lo hizo, sì es que por ventura las melancolìas quiebran el sueño, como lo diò à entender el Montañès, que llevando à enterrar à su muger, iba en piernas, descalzo, y el sayo al rebès, lo de dentro à fuera. En aquella tierra estàn las casas apartadas, y algunas muy lexos de la Iglesia; y passando por la Taberna, viò que vendian vino blanco, fingiò quererse quedar à otra cosa, y dixo: Anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo. Assi se entrò en la Taberna, y de un sorbido en otro, emborrachòse, y quedòse dormido: quando los del acompañamiento bolvieron del entierro, y lo hallaron tendido en el suelo, lo llamaron; èl recordando les dixo: Mal hora, señores, perdonen sus mercedes, que ma Dios non hay assi cosa, que tanta sed, y sueño poña como sinsaborios. Assi yo, que yà era del Sabado el Sol salido casi con dos horas, quando vine à saber de

mi: no sè si despertàra tan presto, si los panderos, y bayles de unas mugeres, que venian à velar aquel dia (con el tañer, y cantar) no me recordàran. Levantème, aunque tarde, hambriento, y soñoliento, sin saber donde estaba, que aùn me parecìa cosa de sueño: quando vì que eran veras, dixe entre mi: Echada està la suerte, vaya Dios conmigo, y con resolucion comencè mi camino; pero no sabìa por donde iba, ni en ello havia reparado. Tomè por el uno, que me pareciò mas hermoso, fuera donde fuera: por lo de entonces me acuerdo de las casas, y Republicas mal governadas, que hacen los pies el oficio de la cabeza: donde la razon, y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar despues un bezerro. Los pies me llevaban, yo los iba siguiendo, saliera bien, ò mal, à monte, ò à poblado. Quisome parecer lo que aconteciò en la Mancha con un Medico falso: No sabìa letra, ni havia nunca estudiado: traìa consigo gran cantidad de recetas, à una parte xaraves, y à otra de purgas; y quando visitaba algun enfermo (conforme al beneficio, que le havia de hacer) metia la mano, y sacaba una, diciendo primero entre sì: Dios te la depare buena, y assi le daba la con que primero encontraba. En sangrìas no havia cuenta con vena, ni cantidad, mas de apoco mas, ò menos, como le salia de la boca: assi se arrojaba por medio de los trigos. Pudiera entonces decir à mì mismo: Dios te la depare buena, pues no sabia la derrota que llevaban, ni à la parte que caminaba; mas como su Divina Magestad embia los trabajos segun se sirve, y para los fines que sabe, todos enderezados à nuestro mayor bien, si querèmos aprovecharnos de ello, por todo le debemos dàr gracias, pues son señales, que no se olvida de nosotros, à mi me comenzaron à venir, y me siguieron, sin dàr un momento de espacio, desde que comencè à caminar, y assi en todas partes nunca me faltaron; mas no eran estos los que Dios embiaba, sino los que yo me buscaba: hay diferencia de unos à otros, que los venidos de la mano de Dios, èl sabe sacarme de ellos, y son los tales minas de oro finissimo, joyas preciosissimas, cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir, y hollar; mas los que los hombres toman por sus vicios, y deleytes, son pildoras doradas, que engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dexan el cuerpo descompuesto, y desvaratado: son verdes prados, llenos de ponzoñosas vivoras, piedras (al parecer) de mucha estima, y debaxo estàn llenas de alacranes, muerte eterna, que engaña con breve vida.

Es-

Este dia, cansado de andar solas dos leguas pequeñas (que para mi eran las primeras que havia caminado) yà me pareciò haver llegado à los Antipodas, y como el famoso Colòn, descubierto un nuevo mundo: lleguè à una venta sudando, polvoroso, despeado, triste, y sobre todo, el molino picado, el diente agudo, y el estomago dèbil: serìa medio dia, pedì de comer, dixeron que no havia sino solos huevos, no tan malo si lo fueran, que à la bellaca de la ventera, con el mucho calor, ò que la zorra le matasse la gallina, se quedaron empollados, y por no perderlo todo, los iba encaxando con otros buenos; no lo lo hizo assi con migo, que quales ella me los diò, le pague Dios la buena obra: viòme muchacho, boquirrubio, cariampollado, chapeton: parecile un Juan de buena alma, y que para mi bastàra lo que quisiera. Preguntòme: De donde sois, hijo? Dixele, que de Sevilla: llegòse mas, y dandome con su mano unos golpecitos debaxo de la barba, me dixo: Y à donde và el bobito? O poderoso Señor! y còmo con aquel su mal resuello me pareciò que contraxe vejèz, y con ella todos los males: y si tuviera entonces ocupado el estomago con algo, lo trocàra en aquel punto, pues me hallè con las tripas junto à los labios. Dixele, que iba à la Corte, que me diesse de comer. Hizome sentar en un banquillo cojo, y encima de un poyo me puso un barredero de horno, con un salero hecho de un suelo de cantaro, un tiesto de gallinas lleno de agua, y una media hogaza, mas negra que los manteles. Luego me sacò en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplasto de huevos: ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles, y la huespeda, todo era de lo mismo. Hallème bozal, el estomago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacìas, comì, como el puerco la bellota, todo à hecho; aunque verdaderamente sentìa crugir entre los dientes los tiernecicos huessos de los sin ventura pollos, que era como hacerme cosquillas en las encìas. Bien es verdad, que se me hizo novedad, y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos, que solìa comer en casa de mi madre; mas dexè passar aquel pensamiento con la hambre, y cansancio, pareciendome que la distancia de la tierra lo causaba, y que no eran todos de un sabor, ni calidad: yo estaba de manera, que aquello tuve por buena suerte. Tan proprio es al hambriento no reparar en salsas, como al necessitado salir à qualquier partido: era poco, passèlo presto con las buenas ganas: en el pan me detuve algo mas, comilo à pausas, porque siendo muy malo, fue forzoso llevarlo

de eſpacio, dando lugar unos bocados à otros que baxaſſen al eſtomago por ſu orden: comencèle por las cortezas, y acabèle en el migajon, que eſtaba hecho engrudo; mas tal qual no le perdonè letra, ni les hice à las hormigas migaja de corteſìa mas que ſi fuera poco, y bueno. Aſsi acontece ſi ſe juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando primero en la mas madura, ſe comen deſpues la verde, ſin dexar memoria de lo que allì eſtuvo. Entonces comì (como dicen) à rempujones media hogaza, y ſi fuera razonable, y huviera de llenar à mis ojos, no hiciera mi Agoſto con una entera de tres libras. Era el año eſtèril de ſeco, y en aquellos tiempos ſolìa Sevilla padecer, que aùn en los proſperos paſſaba trabajoſamente, mirad lo que ſerìa en los adverſos: no me eſtà bien ahondar en eſto, ni el decir el por què, ſoy hijo de aquella Ciudad, quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra Regimiento con otra intencion, que para grangerìa, yà ſea publica, ò ſecreta: pocos arrojaron tantos millares de ducados para hacer bien à pobres, ſino à sì miſmos, pues para dàr medio quarto de limoſna, la examinan. Aſsi paſsò con un Regidor, que viendole un viejo de ſu pueblo exceder de ſu obligacion, le dixo: Como Fulano N. eſſo no es lo que juraſte, quando en Ayuntamiento os recibieron, que haviades de bolver por los menudos? El reſpondiò, diciendo: Yà no veis como lo cumplo, pues vengo por ellos cada Sabado à la carnicerìa? mi dinero me cueſtan; y eran los de los carneros. De eſta manera paſſa todo en todo lugar: ellos traen entre sì la maſa rodando, oy por mi, mañana por ti, dexame comprar, dexarete vender: ellos hacen los eſtancos en los mantenimientos: ellos hacen las poſturas como en coſa ſuya, y aſsi lo venden al precio que quieren, porque todo es ſuyo quanto ſe compra, y vende. Soy teſtigo, que un Regidor de una de las mas principales Ciudades del Andalucìa, y Reyno de Granada, tenia ganado, y porque hacia frio no ſe le gaſtaba la leche de èl, todos acudian à los buñuelos: pareciendole que perdia mucho ſi la Quareſma entraba, y no lo remediaba, propuſo en ſu Ayuntamiento, que los Moriſcos buñoleros robaban la Replublica: diò cuenta por menor de lo que les podian coſtar, y que ſalian à poco mas de doce maravedis, y aſsi los hizo poner à ocho, dandoles moderada ganancia: ninguno los quiſo hacer, porque ſe perdian en ellos; y en aquella temporada èl gaſtaba ſu eſquilmo en mantequillas, natas, queſo freſco, y otras coſas, haſta

que

que fue tiempo de cabaña, y quando comenzò à quesear, se los hizo subir à doce maravedis, como estaban antes, pero yà era verano, y fuera de sazon para hacerlos. Contaba èl este ardid, ponderando como los hombres havian de ser vividores: alexadonos hemos del camino, bolvamos à èl, que no es bien cargar solo la culpa de todo al Regimiento, haviendo à quien repartir. Dèmos algo de esto à Proveedores, y Comissarios, y no à todos, sino à algunos, y sea de cinco à los quatro: que destruyen la tierra, robando à los miserables, y viudas, engañando à sus mayores, y mintiendo à su Rey: los unos por acrecentar sus mayorazgos, y los otros por hacerlos, y dexar de comer à sus herederos. Esto tambien es diferente de lo que aqui he de tratar, y pide un entero libro: de mi vida trato en este, quiero dexar las agenas, mas no sè si podrè, poniendome los cabes de pala dexar de tirarles, que no hay hombre cuerdo à cavallo;quanto mas, que no hay que reparar de cosas tan sabidas: Lo uno, y lo otro todo està recibido, y todos caminan à viva quien vence: mas hay como nos engañamos, que somos los vencidos, y el que engaña es el angañado. Digo, pues, que Sevilla, por fas, ò por nefas (considerada su abundancia de frutos, y la carestìa de ellos) padece esterilidad, y aquel año huvo mas, por algunas desordenes ocultas, y codicias de los que havian de procurar el remedio, que solo atendian à su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres, ò quatro, que sin considerar los fines, tomaron malos principios, y endemoniados medios, en daño de su Republica. He visto siempre en todo lo que he peregrinado, que estos ricachos, poderosos, muchos de ellos son ballenas, que habriendo la boca de la codicia lo quieren tragar todo, para que sus casas estèn proveìdas, y su renta multiplicada, sin poner los ojos en el pupilo huerfano, ni el oìdo à la voz de la triste doncella, ni los ombros al reparo del flaco, ni las manos de caridad en el enfermo, y necessitado, antes con voz de buen govierno, govierna cada uno como mejor vaya el agua à su molino: publìcan buenos deseos, y exercitanse en malas obras, hacense ovegitas de Dios, y esquilmalas el diablo. Amassabase pan de centeno, y no tan malo: el que tenia trigo, sacaba para su mesa la flor de la harina, y todo lo restante traìa en trato para el comun: hacianse panaderos, abrasaban la tierra, los que debieran dexarse abrasar por ella. No te puedo negar, que tuvo esto su castigo, y que havia muchos buenos à quien lo malo parecia mal; pero en las necessidades no

ſe repara en poco, demàs que el tropel de los que lo hacian, arrinconaban à los que lo eſtorvaban, porque eran pobres, y ſi pobres, baſta, no te digo mas, haz tu diſcurſo.

No vès mi poco ſufrimiento, como no pude abſtenerme, y como ſin penſar corriò haſta aqui la pluma. Arrimaronme el acicate, y torcime à la parte que me picaba: no sè que diſculpa darte, ſino es la que dàn los que llevan por delante ſus beſtias de carga, que dàn con el hombre que encuentran contra una pared, ò le derriban por el ſuelo, y deſpues dicen, perdone. En concluſion, todo el pan era malo, aunque entonces no me ſupo muy mal: regalàme comiendo: alegrème bebiendo, que los vinos de aquella tierra ſon generoſos. Recobrème con eſto, y los pies canſados de llevar el vientre, aunque vacio, y de poco peſo, yà ſiendo lleno, y cargado, llevaban à los pies; y aſsi proſeguì mi camino, no con poco cuidado de ſaber què pudiera ſer aquel tañerme caſtañetas los huevos en la boca: fuì dando, y tomando en eſta imaginacion, y quando mas la ſeguìa, mas generos de deſventuras ſe me repreſentaban, y el eſtomago ſe me alteraba, porque nunca ſoſpechè coſa menos que aſqueroſa, viendolos tan mal guiſados, el azeyte negro, que parecia de ſuelos de candiles, la ſartèn puerca, y la ventera legañoſa. Entre unas, y otras imaginaciones encontrè con la verdad, y teniendo andada otra legua, con ſolo aquel penſamiento, fue impoſsible reſiſtirme; porque como à muger preñada, me iban, y venian eruptaciones del eſtomago à la boca, haſta que de todo punto no me quedò coſa en el cuerpo; y aun el dia de oy me parece, que ſiento los pobrecitos pollos piandome acà dentro. Aſsi eſtaba ſentado en la falda del vallado de unas viñas, conſiderando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal conſiderada partida, que ſiempre los mozos ſe deſpeñan tras el guſto preſente, ſin reparar, ni mirar el daño venidero.

CAPITULO IV.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache refiere lo que un Arriero le contò, que le havia paſſado à la Ventera de donde havia ſalido aquel dia, y una platica que le hicieron.

CONfuſo, y penſativo eſtaba recoſtado en el ſuelo ſobre el brazo, quando acertò à paſſar un Arriero, que llevaba la requa de vacio, à cargarla de vino en la Villa de Cazalla de la Sierra. Viendome de aquella manera, muchacho, ſolo, afligido, mi perſona bien tratada, comenzò (à lo que

que entonces de èl creì) à dolerse de mi trabajo, y preguntandome, què tenia! le dixe lo que en la Venta me havia passado. Apenas lo acabè de contar, quando le diò tan estraña gana de reir, que me dexò casi corrido, y el rostro, que antes tenia de color de difunto, se me encendiò en ira contra èl; mas como no estaba en mi muladar, y me hallè desarmado en un desierto, reportème por no poder cantar como quisiera, que es discrecion saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa, y los fines dudosos de conseguir en los principios se han de reparar, que son las opiniones varias, y las honras vidrosas, y si allì me descomidiera, quizà se me atreviera, y sin aventurar à ganar, iba en riesgo, y aun cierto de perder, que las conferencias se han de huir, y si forzoso las ha de haver, sea con iguales, y si con mayores, no à lo menos menores que tu, ni tan aventajados à ti, que te tropellen: en todo hay vicio, y tiene su cuenta, mas aun que me abstuve, no pude menos, que con viva colera decirle: Vos, hermano, me veis alguna coroza, ò de què os reis? El, sin dexar la risa, que pareciò tenerla por destajo, segun se daba la prisa, que abierta la boca, dexaba caer à un lado la cabeza, poniendose las manos en el vientre, y sin poderse yà tener en el asno, parecia q ... er dàr consigo en el suelo: por tres, ò quatro veces probò à responder, y no pudo: siempre bolvìa de nuevo à principiarlo, porque le estaba hirviendo en el cuerpo. Dios, y en hora buena, buen rato despues de sossegadas algo aquellas avenidas (que no suelen ser mayores las de Tajo) à remiendos, como pudo, medio tropezando, dixo: Mancebo, no me rio de vuestro mal sucesso, ni vuestras desdichas me alegran, riome de lo que à essa muger aconteciò en menos de dos horas à esta parte: Encontraste por ventura dos mozos juntos, al parecer Soldados, el uno vestido de una mezclilla verdosa, y el otro de vello in, un jubon blanco, muy acuchillado? Los dos de essas señas, le respondì, si mal no me acuerdo, quando salì de la Venta quedaban en ella, que entonces llegaron, y pidieron de comer. Essos, pues (dixo el Arriero) son los que os han vengado, y de la burla que han hecho à la Ventera es de lo que me rio: si vais esse viage, subid en un jumento de essos, y os dirè por el camino lo que passa. Yo se lo agradecì segun lo havia menester, rindiendole las palabras, que me parecieron bastar por suficiente paga, que à buenas obras, pagan buenas palabras, quando no hay otra moneda, y el deudor està necessitado. Con esto, aunque mal ginete de albarda, me pareciò aque la silla de manos, litèra, ò carroza de quatro cavallos; porque

que el socorro en la necessidad, aunque sea poco, ayuda mucho, y una niñeria suple infinito. Es como pequeña piedra arrojada en agua clara, que hace cercos muchos, y grandes, y entonces es mas de estimar, quando viene à buena coyuntura, aunque siempre llega bien, y no tarda si viene. Vì el cielo abierto, èl me pareciò un Angel, tal se me representò su cara, como la del deseado Medico al enfermo; digo deseado, porque como havràs oìdo decir, tiene tres caras el Medico: de hombre, quando lo vemos, y no lo havemos menester; de Angel, quando de èl tenemos necessidad; y de diablo, quando se acaban à un tiempo la enfermedad, y la bolsa, y èl por su interès persevera en visitar: como sucediò à un Cavallero en Madrid, que haviendo llamado à uno para cierta enfermedad, le daba un escudo à cada visita, el humor se acabò, y èl no de despedirse. Viendose sano el Cavallero, y que porfiaba en visitarle, se levantò una mañana, y se fue à la Iglesia: como el Medico lo viniesse à visitar, y no le hallasse en casa, preguntò à donde havia ido: no faltò un criado tonto (que para el daño siempre sobran, y para el provecho todos faltan) que le dixo donde estaba en Missa. El Dotor espoleando aprisa su mula, y andando en su busca, hallòlo, y dixole: Pues còmo ha hecho v. md. tan gran excesso, salir de casa sin mi licencia? El Cavallero, que entendiò lo que buscaba, y viendo que yà no le havia menester, echando mano à la bolsa, sacò un escudo, y dixo: Tome, señor Dotor, que à fee de quien soy, que para con v. md. no me ha de valer sagrado. Ved à donde llega la codicia de un Medico necio, y la fuerza de un pecho hidalgo, y noble. Yo recogì mi jumento, y dandome del pie, me puse encima: comenzamos à caminar, y à poco andado, alli luego, no cien passos, tràs el mismo vallado estaban dos Clerigos sentados, esperando quien los llevàra cavalleros à la buelta de Cazalla: eran de allà, y havian venido à Sevilla con cierto pleyto. Su compostura, y rostro daban à conocer su buena vida, y pobreza: eran bien hablados, de edad el uno hasta treinta y seis años, y el otro de mas de cinquenta. Detuvieron al Arriero, concertaron con èl, y haciendo como yo, subieronse en dos borricos, y seguimos nuestro viage. Era todavia tanta la risa del bueno del hombre, que apenas podia proseguir su cuento, porque soltaba el chorro tràs de cada palabra, como cosas de por vida, con cada quinientos un par de gallinas, tres veces mas lo reìdo, que lo hablado. Aquella tardanza era para mi lanzadas, que quien desea saber una cosa, querria que las palabras unas atropellassen à otras, pa-

para salir juntas, y presto de la boca. Grande fue la preñèz que se me hizo, y el antojo que tuve por saber el sucesso: rebentaba por oìrlo, esperaba de tal màquina, que havia de resultar una gran cosa: sospechè si fuego del Cielo consumiò la casa, y lo que en ella estaba, ò si los mozos la havian quemado, y à la Ventera viva, ò por lo menos, y mas barato, que colgada de los pies en una oliva la huviessen dado mil azotes, dexandola por muerta, que la risa no prometiò mucho menos; aunque si yo fuera considerado, no debiera esperar, ni presumir cosa buena de quien con tanta pujanza se reìa, porque aun la moderada en cierto modo causa facilidad, mucha imprudencia, poco entendimiento, y vanidad; y la descompuesta es de locos de todo punto rematados, aunque el caso la pida. Quiso Dios, y en hora buena, que los montes parieron un raton: dixonos en resolucion, con mil paradillas, y corcobos, que haviendose detenido à beber un poco de vino, y à esperar à su compañero, que atràs dexaba, viò que la Ventera tenia en un plato una tortilla de seis huevos, los tres malos, y los otros no tanto, que se los puso delante, y yendola à partir, le pareciò que un tanto se resistia, yendose unos tràs otros pedazos: miraron que lo podrìa causar, porque luego les diò mala señal, no tardò mucho en descubrir la verdad, porque estaban con unos altos, y baxos, que si no fuera solo à mì, à otro qualquiera desengañàra en verla; mas como niño debì passar por ello, ellos eran mas curiosos, ò curiales, espulgaronla de manera, que hallaron à su parecer tres bultillos, como tres mal quaxadas cabezuelas, que por estàr los piquillos algo que mas tosecuelos, deshicieron la duda, y tomando uno entre los dedos, queriendola deshacer, por su proprio pico hablò, aunque muerta, y dixo cuya era llanamente. Assi cubrieron el plato con otro, y de secreto se hablaron, lo que passò no lo entendiò, aunque despues fue manifiesto, porque luego el uno dixo: Huespeda, què otra cosa teneis que darnos? Havianle poco antes (en presencia de ellos) vendido un sabalo, tenialo en el suelo para escamarle, y respondiòles. De este, si quereis un par de ruedas, no que hay otra cosa. Dixeronla: Madre mia, dos assareis luego, porque nos querèmos ir, y si os pareciere, ved quanto quereis en todo de ganancia, y lo llevaremos à nuestra casa. Ella dixo, que hecho piezas, cada rueda le havia de valer un real, ni menos una blanca: ellos que no, que bastaba un real de ganancia en todo. Concertaronse en dos reales, que el mal pagador, ni cuenta lo que recibe, ni regatea en lo que le fian. A ella se le hacia de mal el

dario, aunque la ganancia en quatro reales dos, por solo un momento que le faltaron de la bolsa, la puso lana. Hizolo ruedas, asòles dos, con que comieron, metieron lo restante en una servilleta de la mesa, y despues de satisfechos, y mal contentos, en lugar de hacer cuenta con pago, hicieron el pago sin la cuenta, que el un mozuelo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fue donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja mortecina, y con terrible fuerza le diò en la cara con ella, fregandosela por ambos ojos: dexòselos tan ciegos, y dolorosos, que sin ossallos abrir, daba gritos como loca; y el otro compañero, haciendo como que le reprehendia la bellaquerìa, le esparciò por el rostro un poco de ceniza caliente, y assi se salieron por la puerta, diciendo: Vieja bellaca, quien tal hace, que tal pague. Ella era desdentada, boquisumida, hundidos los ojos, desgreñada, y puerca; quedò toda enharinada, como barbo para frito, con un gestillo tan gracioso de fiero, que no podia sufrir la risa quando de ello, y de èl se acordaba. Con esto acabò su cuento, diciendo, que tenia de que reirse para todos los dias de su vida: yo de que llorar (le respondì) para toda la mia, pues no fui para otro tanto, y esperè venganza de mano agena; pero yo juro à tal, que si vivo, ella me lo pague de manera, que se acuerde de los huevos, y del muchacho. Los Clerigos abominaron el hecho, reprobando mi dicho, haverme pesado del mal que no hice: bolvieronse contra mi, y el mas anciano de ellos, viendome con tanta colera, dixo: La sangre nueva os mueve à decir lo que vuestra nobleza muy presto me confessarà por malo, y espero en Dios hà de fructificar en vos de manera, que os pese por lo presente de lo dicho, y enmendeis en lo por venir el hecho.

Refierenos el Sagrado Evangelio por San Marcos, en el capitulo quinto, y San Lucas en el sexto: Perdonad à vuestros enemigos, y haced bien à los que os aborrecen. Haveis de considerar lo primero, que no dice: haced bien à los que os hacen mal, sino à los que os aborrecen; porque aunque el enemigo os aborrezca, es impossible haceros mal, si vos no quereis: porque como sea verdad infalible, que tendrèmos por bienes verdaderos à los que han de durar para siempre, y los que mañana pueden faltar, como faltan, mas propriamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos de ellos, pues en su confianza nos perdèmos, y los perdèmos, llamarèmos à los enemigos ciertos amigos, y à los amigos proprios enemigos, en razon de los efectos, que de los unos y otros vienen à resultar, pues na-

nace de los enemigos todo el verdadero bien, y de los amigos el cierto mal. Bien verèmos como el mayor provecho que podrèmos haver del mas fiel amigo de este mundo serà que nos favorezca, ò con su hacienda, dandonos lo que tuviere, ò con su vida, ocupandola en las cosas de nuestro gusto, ò con su honra, en los casos que se atravesàre la nuestra; y esto, ni essotro hay quien lo haga, ò son tan pocos, que dudo si en alguno pudiessemos dàr el exemplo en este tiempo. Mas quando assi sea, y todo junto lo hayan hecho, es mucho menos que un punto geometrico, si en lo que no es puede haver mas, y menos; porque quando me dè quanto tiene, yà es poca substancia para librarme del Infierno; demàs, que no se expenden yà las haciendas con los virtuosos, antes con otros tales, que les ayudan à pecar, y à essos tienen por amigos, y dàn su dinero. Si por mì perdiere su vida, no con ello se aumenta un minuto de tiempo en la mia: si gastàre su honra, y la estragàre, digo, que no hay honra que lo sea, mas de servir à Dios, y lo que saliere fuera de esto es falso, y malo: demanera, que todo quanto mi amigo me diere, siendo temporal, es inutil, vano, y sin substancia; mas mi enemigo todo es grano, todo es provechoso quanto de èl me resulta, queriendo valerme de ello, porque del quererme mal, saco yo el quererle bien, y por ello Dios me quiere bien: si le perdono una liviana injuria, à mì se me perdonan, y remiten infinito numero de pecados; y si me maldice, lo bendigo: sus maldiciones no me pueden dañar, y por mis bendiciones alcanzo la bendicion: *Venid benditos de mi Padre*: de manera, que con los pensamientos, con las palabras, con las obras, mi enemigo me las hace buenas, y verdaderas. Qual, si pensais, es la causa de tan grande maravilla, y la fuerza de tan alta virtud? Yo lo dirè: De que assi lo manda el Señor, es voluntad, y mandato expresso suyo; y si se debe cumplir el de los Principes del mundo, sin comparacion mucho mejor el del Principe Celestial, à quien se humillan todas las Coronas del Cielo, y tierra, y aquel decir: *Yo lo mando*, es un almivar que se pone à lo desabrido de lo que se manda, como si ordenassen los Medicos à un enfermo, que comiesse flor de azahar, nueces verdes, cascaras de naranjas, cogollos de cidros, raìzes de escorzonera, què diria? Tate, señor, no me deis tal cosa, que aun en salud un cuerpo robusto no podrà con ello; pues para que se pueda tragar, y le sepa bien, hacenselo confitar; de manera, que lo que de suyo era dificultoso de comer, el azucar lo ha hecho sabroso, y dulce. Esto mismo hace el almivar de la palabra de Dios: *Yo mando*,

que ameis à vueſtros enemigos. Eſtà una goloſina hecha en la miſma coſa, que antes nos era de mal ſabor; y aſsi, aquella en que hace mas fuerza nueſtra carne, aquello à que mas contradice, por ſer amargo, y anhelar à nueſtras concupiſcencias, diga el eſpiritu: Yà eſſo eſtà almivarado, ſabroſo, y dulce, pues Chriſto nueſtro Redemptor lo manda; y que ſi me hirieren la una mexilla, ofrezca la otra, que eſſa es honra, guardar con puntualidad las ordenes de los mayores, y no quebrantarlas. Manda un General à ſu Capitan, que ſe ponga en un paſſo fuerte, por donde havia de paſſar el enemigo, de donde, ſi quiſieſſe, podria vencerlo, y matarlo; mas dicele: Mirad que importa, y es mi voluntad, que quando paſsàre no le ofendais, no embargante que os ponga en la ocaſion, y os irrite à ello. Si quando el enemigo paſſaſſe fueſſe diciendo brabatas, y palabras injurioſas, llamando al Capitan cobarde, hariale por ventura en ello alguna ofenſa? No por cierto, antes debe reirſe de èl, pues como à vano, y à quien pudiera deſtruir facilmente, no lo hace, por guardar la orden que ſe le diò, y ſi la quebrantàra hiciera mal, y contra el deber, ſiendo merecedor de caſtigo. Pues què razon hay para no andar cuidadoſos en la obſervancia de las ordenes de Dios? Por què ſe han de quebrantar? Si el Capitan por ſu ſueldo, y (quando mas aventure à ganar) por una Encomienda eſtarà puntual; por què no lo ſerèmos, pues por ello ſe nos dà la Encomienda celeſtial? En eſpecial, quando el miſmo que hizo la ley, la eſtrenò, y paſsò por ella, ſufriendo de aquella ſacrilega mano del Miniſtro una gran bofetada en ſu ſacratiſsimo Roſtro, ſin por ello reſponderle mal, ni con ira. Si eſto padece el miſmo Dios, la nada del hombre, què ſe levanta, y gallardèa? Y para ſatisfaccion de una ſimple palabra (cargandoſe de duelos) eſpulga el duelo, buſcando entre infieles, como ſi fueſſe uno de ellos, lugar donde combatirſe, que mejor diriamos abatirſe à las manos del demonio ſu enemigo, huyendo de las de ſu Criador, del qual ſabemos, que eſtando de partida, cerrando el teſtamento, clavado en la Cruz, el Cuerpo deſpedazado, rotas las carnes, doloroſo, y ſangriento, deſde la planta del pie, haſta el pelo de la Cabeza, que tenia bañado en ſu precioſa Sangre, quaxada, y dura como un fieltro, con las crueles heridas de la Corona de eſpinas, queriendo deſpedirſe de ſu Madre, y Diſcipulo, entre las ultimas palabras, como por ultima manda, la mas encargada, y en la agonìa mas fuerte de arrancarſe el Alma de ſu divino Cuerpo, pide à ſu Eterno Padre perdon para los que alli le puſieron. Imitòlo San Chriſtoval, que dandole un gran bofe-

ton, acordandose del que recibiò su Magestad, dixo: Si yo no fuera, Christiano, me vengara; luego la venganza miembro es apartado de los hijos de la Iglesia nuestra Madre. Otro dieron à San Bernardo en presencia de sus Frayles, y queriendolo ellos vengar, los corrigiò, diciendo: Mal parece querer vengar injurias agenas, el que cada dia pide perdon de las proprias. San Estevan, estandolo apedreando, no hace sentimiento de los golpes fieros, que le quitan la vida, sino de vèr que los crueles Ministros perdian las almas, y dolido de ellas, pide à Dios entre las bascas de la muerte perdon para sus enemigos, especialmente para Saulo, que engañado, y zeloso de su ley, creìa merecer en guardar las capas, y vestidos à los verdugos, para que desembarazados le hiriessen con mas fuerza; y tanto pudo su oracion, que traxo à la Fè al glorioso Apostol San Pablo, el qual como Sabio Doctor, experimentado en esta doctrina, viendo ser importantissima, y forzosa à nuestra salvacion, dice: Olvidad iras, y nunca os anochezca con ellas. Bendecid à vuestros perseguidores, y no los maldigais; dadles de comer si tuvieren hambre, y de beber quando estèn con sed, que si no lo hicieredes, con la misma medida sereis medidos, y como perdonaredes, perdonados. El Apostol Santiago, dice: Sin misericordia, y con rigor de justicia seràn juzgados los que no tuvieren misericordia. Bien temeroso estaba, y resuelto en guardar este divino precepto Constantino Magno, que viniendole à decir como sus enemigos, por afrentarlo, en vituperio, y escarnio suyo le havian apedreado su retrato, hiriendole con piedras en la cabeza, y rostro, fue tanta su modestia, que despreciando la injuria, se tentò con las manos por todas partes de su cuerpo, diciendo: Què es de los golpes? Què es de las heridas? Yo no siento, ni me duele quanto haveis dicho que me han hecho: dando à entender, que no hay deshonra que lo sea, sino al que la tiene por tal; demàs, que no por esto haveis de entender, que quien os injuria se sale con ello, aunque vos no lo vengueis, y aunque se lo perdoneis de vuestra parte, que el agravio que os hizo à vos, tambien lo hizo à Dios, cuyo sois, y èl es Dueño de esta hacienda: que si en el Palacio de un Principe, ò en su Corte à uno se hiciere afrenta, se haria juntamente al señor de ella; y no bastarà el perdon del afrentado para ser perdonado absolutamente, porque con aquella sinrazon, ò agravio tambien estaràn injuriadas las leyes de esse Principe, y su casa, ò su tierra vituperada; y assi dice Dios: *A mi cargo està, y à su tiempo lo castigarè: mia es la venganza, yo la harè*

por mi mano. Pues desdichado del amenazado, si las manos de Dios lo han de castigar, mas le valiera no ser nacido. Asi, que nunca deis mal por mal, si no quisieredes que os venga mal: demàs, què mereceis en ello, y os pagareis de vuestra mano, que imitando al que os lo manda, os vendreis à simbolizar con èl: dad, pues, lugar à las iras de vuestros perseguidores, para poder merecer: bolvedles gracias por los agravios, y sacareis de ellos glorias, y descansos.

Mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina, que à este proposito me dixo, para poder aqui repetirla, porque todo era del Cielo finissima Escritura Sagrada: desde entonces propuse aprovecharme de ella con muchas veras; y si bien se considera, dixo muy bien. Qual hay mayor venganza, que poder haverse vengado? Què cosa mas torpe hay, que la venganza, pues es passion de injusticia, ni mas fea delante de los ojos de Dios, y de los hombres, porque solo es dado à las bestias fieras? Venganza es cobardìa, y acto femenil; perdon es gloriosa victoria: el vengativo se hace reo, pudiendo ser actor perdonando. Què mayor atrevimiento puede haver, que quiera una criatura usurpar el oficio à su Criador, haciendo caudal de hacienda, que no es suya, levantandose con ella, como propia? Si tu no eres tuyo, ni tienes cosa tuya en ti, què te quita el que dices que te ofende? Las acciones competen à tu dueño, que es Dios, dexale la venganza: el Señor la tomarà de los malos, tarde, ò temprano, y no puede ser tarde lo que tiene fin: quitarsela de las manos es delito, desacato, y desverguenza; y quando te tocàra la satisfacion, dime: què cosa es mas noble, que hacer bien? pues qual mayor bien hay, que no hacer mal? Uno solo, el qual es hacer bien al que no te le hace, y te persigue, como nos està mandado, y tenèmos obligacion: que dàr mal por mal, es oficio de Satanàs: hacer bien à quien te hace bien, es deuda natural de los hombres: aun las bestias lo reconocen, y no se enfurecen contra el que no las persigue: procurar, y obrar bien à quien te hace mal, es obra sobrenatural, divina escalera, que alcanza gloriosa eternidad, llave de Cruz, que abre el Cielo, sabroso descanso del alma, y paz del cuerpo. Son las venganzas vida sin sossiego, unas llaman à otras, y todas à la muerte. No es loco el que si el sayo le aprieta, se mete un puñal por el cuerpo? Què otra cosa es la venganza, sino hacernos mal, por hacer mal? quebrarnos los ojos por cegar uno? escupir al Cielo, y caernos en la cara? Admirablemente lo sintiò Seneca, que como

mo en la plaza le dieſſe una coz un enemigo ſuyo, todos le incitaban à que de èl ſe querellaſſe à la juſticia, y riendoſe, les dixo: No veis que ſerìa locura llamar un jumento à juicio? como ſi dixera: con aquella coz vengò como beſtia ſu ſaña, y yo la menoſprecio como hombre. Hay beſtialidad mayor, que hacer mal? ni grandeza, que iguale à deſpreciarlo? Siendo el Duque de Orliens injuriado de otro, deſpues que fue Rey de Francia, le dixeron que ſe vengaſſe (pues podia) de la injuria recibida; y bolviendoſe contra el que ſe lo aconſejaba, dixo: No conviene al Rey de Francia vengar las injurias de el Duque de Orliens. Si vencerſe uno à sì miſmo lo cuentan por tan gran victoria; por què venciendo nueſtros apetitos, iras, y rencores no ganamos eſta palma, pues demàs de lo por ello prometido (aùn en lo de acà) eſcuſarèmos muchos males, que quitan la vida, menguan la vana honra, y conſumen la hacienda? Hà buen Dios! como ſi yo fuera bueno, lo que à aquel buen hombre, oy debìa baſtarme! Paſsòſe con la mocedad, perdiòſe aquel teſoro, fue trigo que cayò en el camino. Su buena converſacion, y doctrina nos entretuvo haſta Cantillana, donde llegamos caſi el Sol pueſto, yo con buenas ganas de cenar, y mi compañero de eſperar el ſuyo, mas nunca vino: los Clerigos hicieron rancho aparte, yendoſe à caſa de un ſu amigo, y noſotros à nueſtra poſada.

CAPITULO V.

DE LO QUE A GUZMAN de Alfarache le aconteciò en Cantillana con un Meſonero.

LUego que dexamos à los camaradas, preguntè à la mia, donde irèmos? El me dixo: Hueſped conocido tengo, buena poſada, y gran regalador. Llevòme al meſon del mayor ladron, que ſe hallaba en la comarca, donde no menos huvo de que hacerte plato con que puedes entretener el tiempo, y por ſaltar de la ſartèn caì en la braſa, dì en Scyla, huyendo de Carybdis. Tenia nueſtro Meſonero para ſu ſervicio un buen jumento, y una yeguezuela Galiciana; y como aun los hombres en la neceſsidad no buſcan hermoſura, edad, ni trages, ſino ſolo tocas, aunque las cabezas eſtèn tiñoſas, no es maravilla, que entre brutos acontezca lo miſmo: eſtaban ſiempre juntos à un eſtablo, à un peſebre, en un prado, y el dueño no con mucho cuidado de tenerlos atados, antes de induſtria los dexaba ſueltos, para que ayudaſſen à repaſſar las lecciones à las otras cavalgaduras de los huſpedes; de lo qual reſultò, que la yegua

quedasse preñada de esta compañìa.

Es inviolable ley en Andalucìa no permitir junta, ni mezcla semejante, y para ello tienen establecidas gravissimas penas; pues como à su tiempo la yeguezuela pariesse un muleto, quisiera el mesonero aprovecharle, y que se criàra. Detuvole escondido algunos dias, con grande recato, mas como viesse no ser possible dexarse de sentir, por no dàr venganza de sì à sus enemigos, con temor del daño, y codicia del provecho, acordò este (Viernes en la noche) de matarlo: hizo la carne postas, echòlas en adobo, aderezò para este Sabado el menudo, assadura, lengua, y sessos. Nosotros (como dixe) llegamos à buena hora, que el huesped con Sol à honor, halla que cene, y cama en que se eche. Mi compañero, haviendo desaparejado, diò luego recado à su ganado: yo lleguè tal demolido, que (dando con mi cuerpo en el suelo) no me pude rodear por un gran rato: lleguè los muslos resfriados, las plantas de los pies hinchadas, de llevarlos colgando, y sin estrivos, las assentaderas batanadas, las ingles doloridas, que parecìa meterme un puñal por ellas, todo el cuerpo descoyuntado, y sobre todo hambriento. Quando mi compañero acabò de dàr cobro à su requa, viniendose para mì, le dixe: Serà bien que cenèmos, camarada? Respondiò, que le parecìa muy justo, que era yà hora, porque otro dia queria tomar la mañana, y llegar con tiempo à Cazalla, y hacer cargas. Preguntamos al Huesped, si havia que cenar? Respondiò, que sì, y aùn muy regaladamente. Era el hombre bullicioso, agudo, alegre, y decidor, y sobre todo, grandissimo bellaco: engañòme, que como le vì de tan buena gracia, y de antes no le conocia, mostrò buena pinta, y en decir que tenia todo buen recado, alegrème en el alma. Comencè entre mì mismo à dàr mil alabanzas à Dios, reverenciando su bendito nombre, que despues de los trabajos, dà descansos, con las enfermedades medicina: tràs la tormenta bonanza: passada la afliccion holgura, y buena cena tras la mala comida. No sè si os diga un error (de lengua) gracioso, que sucediò à un Labrador, que yo conocì en Olìas, Aldèa de Toledo: dirèlo, por no ser escandaloso, y haver salido de pecho sencillo, y Christiano viejo. Estaba con otros jugando à la primera, y haviendose el tercero descartado, dixo el segundo: Tengo primera, bendito sea Dios, que he hecho una mano; pues como iba el Labrador viendo sus naypes, hallòlos todos de un linage, y con el alegria de ganar la mano, dixo: No muy bendito, que ten-

go

go flux; ſi tal diſparete ſe puede traer à cuento, es eſte el lugar, por lo que me aconteciò. Mi compañero preguntò: Pues bien, què hay aderezado? Reſpondiòle el ſocarròn: de ayer tengo muerta una hermoſa ternera, que por eſtàr la madre flaca, y no haver paſto con la ſequìa del año, luego la matè de ocho dias nacida: el deſpojo eſtà guiſado, pedid lo que mandaredes. Tràs eſto, diciendo ayres bola, levantò la pierna, y en el ayre diò por delante una zapateta, con que me aliviè un poco, y me holguè mucho de oìrle decir, que havia menudo de ternera, que ſolo en mentarlo me enterneciò; y deſpidiendo el canſacio, con alegre roſtro, le dixe: Hueſped, ſacad lo que quiſieredes: al punto puſo la meſa, con ropa limpia en ella, el pan no tan malo como el paſſado, el vino bueno, un plato de freſca enſalada, que para tripas tan lavadas como las mias no era dè mucho momento, y ſe lo perdonàra por el vientre de ternera, ò una mano de ella, mas no me pesò, porque las premiſſas engañaban qualquiera diſcreto juicio, emborrachando el guſto de qualquier hombre hambriento. Dice bien el Toſcano, aconſejando, que de mugeres, marineros, ni hoſteleros no hagamos confianza en ſus promeſſas, mas que de los que ſe alaban à sì miſmos, porque de ordinario, por la mayor parte, regulado el todo, todos mienten. Tràs la enſalada comimos dos platillos, en cada uno una poca de aſſadura guiſada: digo poca, recelaba dàr mucha, porque con la abundancia, ſatisfecha la neceſsidad, à vientre harto fuera facil conocer el engaño: aſsi, yendo con tiento acechaba con el guſto que entrabamos en ello, y ponia mas hambre, deſeando de comer mas. De mi compañero no hay tratar de èl, porque naciò entre ſalvages, de padres brutos, y lo paladearon con un diente de ajo; y la gente ruſtica groſſera (no tocando à ſu bondad, y limpieza) en materia de guſto, pocas veces diſtingue lo malo de lo bueno: faltales à los mas la perfeccion en los ſentidos; y aunque vèn, no vèn lo que han de vèr, oyen, y no lo que han de oìr, y aſsi en los demàs, eſpecialmente en la lengua, aunque no para murmurar, y mas de hidalgos: ſon como los perros, que por tragar no maſcan, ò como el aveſtrùz, que ſe engulle un hierro ardiendo, y ſi le halla delante, ſe comerà un zapato de dos ſuelas, que en Madrid haya ſervido tres Ibiernos; porque yo le he viſto quitar con el pico una gorra de un page, y tragarſela entera; mas que yo, criado en regalo de padres politicos, y curioſos, no ſintieſſe el engaño, grande fue mi hambre, y eſta eſcuſa

me difculpa: el defeo de comer algo bueno era grande, todo fe les hizo à mis ojos pequeño: el traydor del Mefonero lo daba deftilado, no es maravilla, quando tuviera defectos mayores, me pareciera banquete formado. No has oìdo decir, que à la hambre no hay mal pan? digo que fe me hizo almibar, y me dexò golofo. Preguntè, fi havia otra cofa? Refpondiò, fi queriamos los feffos fritos en manteca, con unos huevos: diximos que sì, mas tardamos en decirlo, que èl en ponerlo por obra, y cafi en aderezarlos. En el interin, porque no nos aguaffemos, como poftas corridas, nos diò un paffeo de rebolltillos hechos de las tripas, con algo de los callos del vientre: no me fupo bien, oliòme à paja podrida: dile de mano, dexandolo à mi compañero, el qual entrò por ello, como en viña vendimiada: no me pefaba, antes me alegrè, creyendo que fi de aquello hiciera fu pafto, me cupiera mas de los feffos. Al rebès me faliò, que no por effo dexò de picar con tan buena gracia, como fi en todo aquel dia, ni noche huviera comido bocado. Pufieronfe los huevos, y feffos en la mefa, y quando viò la tortilla mi Arriero, diòfe à reir qual folìa, con toda la boca: yo me amohinè, creyendo que guftaba de refrefcarme la memoria, eftragandome el eftomago; y como el huefped nos miraffe à los dos, y eftuvieffe fobre afquas para oìr lo que deciamos, viendo fu defcompuefta rifa, tan mal fazonada, fe alborotò, creyendo que lo havia fentido, que à tal tiempo, fin haverfe ofrecido de què, no pudiera reirfe de otra cofa; y como el delinquente fiempre trae la barba fobre el ombro, y de fu fombra fe affombra, porque fu mifma culpa le reprefenta la pena, qualquier movimiento entiende que es contra èl, y que el ayre publìca fu delito, y à todos es notorio. Efte probreton, aunque bellaco, habituado en femejantes maldades, y curtido en hurtos, efta vez cortòfe con el miedo; demàs, que los tales de ordinario fon cobardes, y fanfarrones, porque imaginan, que uno raja, mata, hiende, y hace fieros. Yo te lo dirè, por atemorizar con ellos, y fuplir el defecto de fu animo, como los perros, que pocos de los que ladran muerden, fon guzquexos, todo ladrido, y alboroto, y de bolver à mirarlos huyen: nueftro Mefonero fe turbò, como digo, que es propio en quien mal vive temor, fofpecha, y malicia: perdiò los eftrivos, no fupo adonde ni como reparar, diciendo: Voto à tal, que es de ternera, no tiene de que reirfe, cien teftigos le darè fi es neceffario. Pufofele con eftas palabras el roftro encendido en fuego, que fangre pa-

re-

recia verter por los carrillos, y falirle centellas por los ojos de corage. El Arriero alzando el rostro, le dixo: Quien lo ha con vos, hermano, ni os preguntan los años que haveis? Hay arancèl en la posada, que ponga tassa de què, y quanto se ha de reir el huesped que tuviere gana? O ha de pagar algun derecho que estè impuesto sobre ello? Dexad à cada uno que llore, ò ria, y cobrad lo que os debiere: yo soy hombre, que si huviera de reirme de cosa vuestra, os lo dixera libremente: acordème aora por estos huevos de otros, que mi compañero comiò este dia tres leguas de aqui en la Venta. Tràs esto le fue refiriendo todo el cuento, segun de mì lo havia oìdo, y lo que despues passò en su presencia con los mancebos, que parecia estarse bañando en agua rosada, segun los afectos, risas, visages, y meneos con que lo decia. El Mesonero no cessaba de santiguarse, haciendo exclamaciones, llamando, y reiterando el nombre de Jesvs mil veces; y levantando los ojos al Cielo, dixo: Valgame nuestra Señora, que sea conmigo: mal haga Dios à quien mal hace su oficio; y como en hurtar èl era tan buen oficial, tenia por cierto no tocarle la maldicion, hurtando bien. Comenzòse à passear, siguiendo assombros, y extremos, voceaba: Còmo no se hunde aquella venta? Còmo consiente Dios, y dissimula el castigo de tan mala muger? Còmo esta vieja, bruja, y hechicera vive oy en el mundo, y no la traga la tierra? Todos los huespedes vàn quexosos de ella: todos veo que blasfeman su trato: ninguno sale sabroso: todos con pesadumbre, ò son todos malos, ò ella lo es, que no puede la culpa ser de tantos: por estas cosas, y otras tales no quiere nadie paràr en su casa, todos la santiguan, y passan de largo; pues à fee que podia estàr escarmentada del jubòn que trae debaxo de la camisa, con cien botones abrochado, y se lo vistieron por otro tanto. Mandado la tienen, que no sea Ventera, no sè como buelve al oficio, y no buelven à castigarla: no sè en què estriva, en algo debe de ir, como dixo la hormiga: mysterio debe tener, que con la misma libertad roba oy, que ayer, y como el año passado; y lo peor es, que hurta como si se lo mandassen, y debe de ser assi pues el Guarda, el Malsin, el Quadrillero, el Alguacil todos lo vèn, y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda: à estos tales trae contentos, y les pecha, con lo que à los otros pela; y assi es menester, que de otro modo se perdiera, y le bolvieran à dàr otro passeo: aunque mas pierde la mal aventurada en desacreditar su casa, que si diera buen recado, con buen trato, y termino, acudieran à ella, y de mu-

muchos pocos hiciera mucho, que llevando de cada camino un grano, abastace la hormiga su granero para todo el año: nadie la tuviera el pie sobre el pescuezo: maldita ella sea, que tan mala es. Quando aqui llegò, entendì que lo dexaba, mas bolviò, diciendo: Loada sea la limpieza de la Virgen Maria, que con toda mi pobreza, no hay en mi casa mal trato, cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero: limpieza de vida es lo que importa, y la cara sin verguenza descubierta por todo el mundo: lleve cada uno lo que fuere suyo, y no engañar à nadie. Aqui parò con el resuello, y no hizo poco: segun llevaba el trote, creì teniamos labor cortada para sobrecena; pero acabò con esto, dandonos para postre de la nuestra unas aceytunas gordales como nueces. Rogamosle, que por la mañana nos aderezasse un poco de ternera, encargòse de ello, y nosotros fuimos à buscar en que dormir, y en el suelo mas llano tendimos unas jalmas, donde passamos la noche.

CAPITULO VI.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache acaba de contar lo que sucediò con el Mesonero.

NO sè, si me pusieran enmedio de las plazas de Sevilla, ò à la puerta de mi madre, (quando amaneciò el Domingo) si huviera quien me conociera, porque fue tanto el numero de pulgas que cargò sobre mi, que pareciò ser tambien para ellas año de hambre, y les havian dado conmigo socorro; y assi, como si huviera tenido sarampion, me levantè por la mañana, sin haver parte de todo mi cuerpo, rostro, ni manos, donde pudiera darse otra picada en limpio: mas fueme la fortuna favorable, en que con el cansancio del camino, y la noche antes haver cargado la mano sobre el jarro mas de mi ordinario, dormì soñando paraìsos, y sin sentir alguna cosa, hasta que recordando mi compañero, con el cuidado de oìr Missa temprano, y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban, me despertò: nos levantamos con la luz, antes que el Sol saliesse: luego pidiendo el almuerzo se nos traxo, no me supo tan bien como à èl, que cada bocado parecìa darle en una pechuga de un pabo; nunca le pereciò haver comido mejor cosa, segun lo alababa: fueme forzoso tenerlo por tal en fè del gusto ageno, atribuyendo la falta heredada del asno de su padre à mi mal paladar; pero hablando verdad, ello era malo, y decia bien quien era. Hizoseme duro, y desabrido, y de lo poco que cenè quedè empachado, sin poderlo digerir en toda la noche; y aunque con temor

de

de ser del compañero reprehendido, dixe al huesped: Esta carne como està tan tiesa, y de tan mal sabor, que no hay quien hinque los dientes en ella? Respondiòme: No vè señor que es fresca, y no ha tomado el adobo. Mi camarada dixo: No lo hace el adobo, sino que este gentil-hombre se hà criado con rosquillas de halfajor, y huevos frescos, todo se le hace duro, y malo. Encogì los hombros, y callè, pareciendome que yà era otro mundo, y que à otra jornada no havia de entender la lengua; pero no me satisface con esto, quedè como resabiado, sin saber de què. Y entonces me vino à la memoria el juramento tan fuera de tiempo, que hizo la noche antes, afirmando que era ternera: Pareciòme mal, y que por solo haverlo jurado, mentìa; porque la verdad no hay necessidad que se jure, fuera del juicio, y de mucha necessidad: Demàs, que toda satisfaccion, prevenida sin quexa, es en todo tiempo sospechosa. No sè que me tuve, ò que me diò, que aunque realmente de cierto no concebì mal, tampoco presumì algun bien. Fue un toque de la imaginacion, en que no reparè, ni hice caso. Pedi la cuenta, y mi compañero dixo, que la dexasse, que èl darìa recaudo, hizome à una parte, dexelo, creyendo ser amistad, y que de tan poco escote, no me lo queria repartir. Quedèle agradecidissimo entre mì, sin cessar de cantarle alabanzas, que tan franco se mostrò desde que me hallò en aquel camino, dandome graciosamente cavallerìa, y de comer. Pareciòme, que todo havia de ser assi, hallando en toda parte quien me hiciera la costa, y llevàra cavallero. Alentème, comencè de olvidar la teta, como si acibar me pusieran en ella, y en todas las cosas que dexaba; y porque no se dixesse por mì, que de los ingratos estaba lleno el infierno: en tanto que èl pagaba, quise comedirme, llevandole à beber los asnos; bolvilos à sus pesebres, para que en quanto los aparejaba comiessen algunos bocados, y acabassen la cebada: ayudèle à todo, estregandoles las frentes, y orejas. En tanto que me ocupaba en esto, tenia mi capa puesta sobre un poyo, y como azogue al fuego, ò humo al viento, se desapareciò entre las manos, que nunca mas la vì, ni supe de ella. Sospechè si el huesped, ò mi compañero por burlarme la huviessen escondido: yà passaba de burlas, porque me juraron que no la tenian en su poder, ni sabìan quien la tuviesse: mirè àcia la puerta, estaba cerrada, que no la havian abierto: alli no havia mas que nosotros, y el solo huesped: pareciòme, y fue imposible faltar, y que la havria puesto en otra parte, donde no me acordaba: dime à buscar todo el meson,

ſon, y andando del palacio à la cocina, voy à parar à un traſcorral, donde eſtaba una gran mancha de ſangre freſca, y luego allì junto eſtendido un pellejo de un muleto, cada pie por ſu parte, que aun eſtaban por cortar; tenia tendidas las orejas, con toda la cabeza de la frente, luego à par de ella eſtaban los hueſſos de la cabeza, que ſolo faltaban la lengua, y ſeſos, donde confirmè mi duda. Salgo en un punto à llamar à mi compañero, à quien quando le enſeñè los deſpojos de nueſtro almuerzo, y cena, dixe: Pareceos aora, que no es todo alfajor, ni huevos freſcos lo que los hombres comen en ſus caſas? Eſto era la ternera, que con tanta ſolemnidad me alabaſteis, y el hueſped regalador que prometiſteis? Què os parece de la cena, y almuerzo que nos ha dado? Y què bien os ha tratado, el que no vende gato por conejo, ni obeja por carnero; el de la cara ſin verguenza, deſcubierta por todo el mundo; el que blasfemaba de la Ventera, y de ſu mal trato? El ſe quedò tan corrido, y admirado de lo que viò, que enmudeciò, y baxando la cabeza, ſe fue para comenzar à caminar; tal ſe puſo, que en todo aquel dia, haſta que nos apartamos, nunca palabra le oì, mas de para deſpedirnos, y eſſa que hablò entonces, la huviera de echar por los hijares, como ſabreis adelante.

Aunque para mì fue la pena, que cada uno podrà imaginar ſi ſemejante caſo le aconteciera; con todo eſſo, para eſtancar aquellos fluxos de riſa, con que por momentos me atraveſaba el alma, holguè de mi deſventura, que por lo que le tocaba, yà no me atormentàra tanto. Con eſto, y creer, que fueſſe ſueño peſar, que no tuvieſſe mi capa el hueſped, tomè alguna oſſadia. Tanto puede la razon, que aumenta las fuerzas, y anima los puſilanimes. Comencè con veras à pedirla, y èl con riſitas à negarla: hizome deſcomponer, haſta que le huve de amenazar con la juſticia; pero no le toquè pieza, ni hablè palabra de lo que havia viſto. Como el me viò muchacho, deſamparado, y un pobrete, enſoberveciòſe contra mì, diciendo, que me azotaria, y otros oprobios, dignos de hombres cobardes, y ſemejantes: mas como con los agravios los corderos ſe enfurecen, de unas palabras en otras venimos à las mayores, y con mis flacas fuerzas, y pocos años, arranquè de un poyo, y tirèle un medio ladrillo, que ſi con el golpe le alcanzàra, y tras un pilar no ſe eſcondiera, creo que me dexara vengado, mas èl ſe me eſcapò, y entrò corriendo en ſu apoſento, de donde ſaliò con una eſpada deſnuda. Mirad quien ſon eſtos feroces, que yà no trata de valerſe de ſus tan fuertes brazos, y robuſtos, contra los debiles, y tiernos

nos mios: olvidòsele el azotarme, y quiere ofenderme con fuerza de armas, siendo un simple, y desarmado pollo. Vinose contra mì, que yà temiendome de lo que fue, me previne de dos guijarros, que arranquè del empedrado del suelo: èl quando me viò con ellos en las manos, fuese deteniendo. A la grita, y vocerìa el meson alborotado, se convocò todo el barrio, acudiendo los vecinos, y con ellos gran tropel de gente, justicias, y Escrivanos: eran dos Alcaldes, llegaron juntos, queria cada uno advocar à sì la causa, y prevenirla: los Escrivanos, por sus intereses, decian à cada uno que era suya, metiendolos en mal. Sobre à qual pertenecia se comenzò de nuevo entre ellos otra guerrilla, no menos bien reñida, ni de menos alboroto, porque los unos à los otros desenterraron los abuelos, diciendo quienes fueron sus padres, no perdonando à sus mugeres proprias, y à las devociones, que havian tenido, quizà que no mentian, ni ellos querian entenderse, ni nosotros nos entendiamos. Llegaronse algunos Regidores, y gente honrada de la Villa, pusieronlos medio en paz, y asyeron de mì, que siempre quiebra la soga por lo mas delgado: el forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor, ni reparo, de esse assen primero. Quisieron saber, què havia sido el alboroto, y por què; pusieronme à una parte, tomaronme la confession de palabra, dixe llanamente lo que passaba; pero porque podian oìrme algunos, que estaban cerca, me apartè con los Alcaldes, y en secreto les dixe lo del machuelo: Ellos quisieron verificar primero la causa, mas pareciendoles haver tiempo para todo, comenzaron las diligencias por la prision del Mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito, y creyendo solo era por la capa, lo hacia todo risa, como cosa de burla, por la falta de informacion que havia, y de quien contestara con el Arriero de haverme visto entrar alli con ella. Mas como viò que poco à poco salian à plaza los pedazos de adobo, pellejo, y zarandajas del machuelo, quedò elado, tanto, que tomandole la confession, viendo presentes todos los despojos, confessando de plano, quedò convencido, y confessò quanto havia passado, sin que cosa negasse, ni tuvo animo para ello; que es muy cierto en los hombres viles, de vida infame, y mal trato ser pusilanimes, de poco pecho, como antes dixe, que sin darle tormento, ni amenazandole con èl, declarò sin serle pedido, hurtos, y bellaquerias que hizo, assi en aquel Meson, como siendo Ganadero, saltando caminos, de donde vino à tener caudal con que ponerse en trato. Yo à todo estaba el oìdo atento, si de entre

la colada salia mi capa; pero con el odio que me cobrò, la dexò entre renglones. Hice mis diligencias para que pareciesse, ninguna fue de provecho. Acabadas de tomar las declaraciones del Arriero, y mia, por ser forasteros, nos ratificaron en ellas. Y si por la pendencia me havian de llevar preso (como dicen, tràs paciente aporreado) huvo diversos pareceres, holgaronse de ello los Escrivanos, y lo pretendieron, mas uno de los Alcaldes dixo haver yo tenido razon, y ninguna culpa. Que què me pedian, pues iba en cuerpo, y me havian quitado la capa? Con esto me mandaron soltar, llevando à la carcel al Mesonero. Nosotros acabamos de cargar, y seguir nuestro camino, passamos por donde los Clerigos estaban esperando, cada uno tomò su cavallerìa; contèles el sucesso, quedaron admirados de ello, condoliendose de mi necessidad, mas como no la podian remediar, encomendaronlo à Dios. Yo, y mi compañero, con los alborotos, y breve partida, que casi saliamos huyendo, nos quedamos sin oìr Missa: yo la solia oìr todos los dias por mi devocion, desde aquel se me puso en la cabeza, que tan malos principios era impossible tener buenos fines, ni podia sucederme cosa buena, ni hacerseme bien. Y assi fue, como adelante lo veràs, que quando las cosas se principian, dexando à Dios, no se puede esperar menos.

CAPITULO VII.

COMO CREYENDO SER Ladron Guzmàn de Alfarache, fue preso, y haviendole conocido, lo soltaron. Promete uno de los Clerigos contar una Historia para entretenimiento del camino.

ANtiguamente los Egypcios, como tan agorèros, entre otros muchos errores que tuvieron, adoraban à la Fortuna, creyendo que la huviera: celebrabanla una fiesta el primer dia del año, poniendo sumptuosas mesas, haciendola grandes banquetes, y opulentos combites, en agradecimiento de lo passado, y suplicandola por lo venidero. Tenian por muy cierto ser esta Diosa la que disponìa en todas las cosas, dando, y quitando à su eleccion, porque como suprema, lo governaba todo. Hacian esto, por faltarles el conocimiento de un solo Dios verdadero, en quien adoramos, por cuya poderosa mano, y divina voluntad se rigen Cielo, y Tierra, con todo lo en ella criado, invisible, y visible. Pareciales cosa viva, vèr quando las desgracias comienzan à venir, como llegaban las unas, quando las otras dexaban, sin dàr hora de sossiego, hasta desmayar, y descomponer un hombre: y otras veces, que (como cobardes) acome-

metian de tropèl muchas à un tiempo, para dàr con la casa en el suelo; y por el contrario, no sube el ayre à la cumbre de los altos montes tan ligero como ella los levanta por medios, y modos no vistos, ni imaginados, no dexandolos firmes en uno, ni otro estado, de modo que el abatido desespere, ni el encumbrado confie. Si la lumbre de la Fè me faltàra, como à ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir, quando semejantes desgracias me vinieren: Bien vengas mal, si solo vienes. Quexème ayer de mañana de un poco de cansancio, y dos semipollos que comi, disfrazados en habito de romeros, para ser desconocidos: vine despues à cenar el hediondo vientre de un machuelo, y lo peor, comer de la carne, y seso, que casi era comer de mis proprias carnes, por la parte que à todos toca la de su padre, y para fin de desdichas, hurtarme la capa: poco daño espanta, y mucho amansa. Què conjuracion se hizo contra mì? Qual estrella infelice me sacò de mi casa? Si despues que puse el pie fuera de ella, todo se me hizo mal, siendo las unas desgracias presagio de las venideras, y aguero triste de lo que despues me vino, que como tercianas dobles iban alzandose con algun reposo. La vida del hombre malicia es en la tierra: no hay cosa segura, ni estado que permanezca perfecto, gusto, ni contento verdadero, todo es fingido, y vano: quiereslo vèr? pues oye:

Haviendo el Dios Jupiter criado todas las cosas de la tierra, y à los hombres para gozarlas, mandò, que el Dios Contento residiesse en el mundo, no creyendo, ni previniendo à la ingratitud que despues tuvieron, alzandose con el real, y el trueco, porque teniendo à este Dios consigo, no se acordaban de otro: à èl hacian sacrificio, à èl ofrecian las victimas, à èl celebraban con regocijo, y cantos de alabanzas. Indignado de esto Jupiter, convocò todos los Dioses, haciendoles un largo parlamento: diòles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues à solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pròdiga mano, siendo hechura suya, y haviendolo criado de no nada, que diessen su parecer, para remedio de semejante locura. Algunos, los mas benignos, movidos de clemencia, dixeron: Son flacos, de flaca materia, y es bien sobrellevarlos, que si fuera posible trocar nuestra suerte à la suya, y fueramos sus iguales, sospecho que hicieramos lo mismo: no se debe hacer caso de ello, y quando mucho, dandole una honesta correccion, tendrèmos por muy cierto, que serà bastantere medio por lo presente. Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y man-

daronle callar, que despues hablarìa. Bien quisiera en aquella ocasion indignar à Jupiter, por haverse ofrecido, como lo deseaba; mas obedeciendo por entonces, fue recapacitando una larga oracion, que hacer à su proposito, quando llegassen à su voto; pero entretanto no faltaron otros de condicion casi de su igual, que dixeron: Yà no es justo dexar sin castigo tan grave delito, que la ofensa es infinita, hecha contra Dioses infinitos, y assi debe ser infinita la pena: parecenos conviene destruirlos, acabando con ellos, no criando mas de nuevo, pues no es necessidad forzosa que los haya. Otros dixeron no convenir assi, mas que arrojandoles gran numero de poderosos rayos, los abrassasse todos, y criasse otros buenos. Assi fueron dando sus pareceres diferentes, de mas, ò menos rigor, conforme su calidad, y complexion, hasta que llegando à dàr Apolo el suyo, pedida licencia, y captada la benevolencia, con voz grave, y rostro sereno, dixo:

Supremo Jupiter, piadosissimo, la grave acusacion que haces à los hombres es tan justa, que no te se puede negar, ni contradecir qualquier venganza, que contra ellos intentes, ni tampoco puedo, por lo que te debo, dexar de advertir desapassionadamente lo que siento: Si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en èl criaste, y es imperfeccion en tì deshacer lo que hiciste, para quererlo enmendar, ni pesarte de lo hecho, que te desacreditas à tì mismo, pues tu poder de Criador se estrecha à tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos, y criar otros de nuevo, tampoco te conviene, porque les has de dàr, ò no libre alvedrio: si se lo dàs, han de ser necessariamente tales, quales fueron los passados; y si se lo quitas, no seràn hombres, y havràs criado en valde tanta màquina de Cielo, Tierra, Estrellas, Luna, Sol, composicion de Elementos, y mas cosas, que con tanta perfeccion hiciste: de modo, que te importa no se innove mas de en una sola cosa, con que se previene de remedio. Tu, señor, le diste al Dios Contento, que lo tuviessen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues todo pende de ella: si se supiera conservar en gratitud, y justicia, cosa fuera repugnante à la tuya no ampararlos, ampliandoles siempre los favores; mas pues lo han desmerecido, por inobediencia (restringiendo las penas) debes castigarlos, que no es bien que tyranamente possean tantos dones, para ofenderte con ellos; antes les debes quitar este su Dios, y en lugar suyo, embiarles al Descontento su hermano, pues tanto se parecen: con que de aqui adelante reconoceràn su miseria, y tu misericordia, tus bie-

nes,

nes, y sus males, tu descanso, y su trabajo, su pena, y tu gloria, tu poder, y su flaqueza, y por tu voluntad repartiràs el premio al que lo mereciere, con la benignidad que fuere tu gusto, no haciendolo general à buenos, y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza: con esto me parece quedaràn castigados, y reconocidos. Hàz aora (ò Jupiter clementissimo) lo que mas à tu voluntad sea conveniente, del modo que te sirvas.

Con este breve razonamiento acabò su oracion. Quisiera Momo (con la emponzoñada saña) acriminar el delito, por la enemistad vieja, que con los hombres tenia, y conocida su passion, reprobaron su parecer, loando todos el de Apolo: se cometiò la execucion de ello à Mercurio, que luego (desplegadas las alas, rompiendo por el ayre) baxò à la tierra, donde hallò à los hombres con su Dios del Contento haciendole fiestas, y juegos, descuidados què pudieran en algun tiempo ser enagenados de su possession. Mercurio se llegò donde estaba, y haviendole dado de secreto la embaxada de los otros Dioses, (aunque de mala gana) fuele forzoso cumplirla. Los hombres alteraronse del caso, y viendo que los llevaban su Dios, quisieron impedirlo, y procurando todos esforzarse à la defensa, asydos de èl, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Jupiter el caso, el motin, y alboroto, baxò al suelo, y como los hombres estaban asydos à la ropa, (usando de ardid) sacòles el Contento de ella, dexandoles el Descontento metido en su lugar, y proprias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevandoselo de alli consigo al Cielo, con que los hombres quedaron gustosos, y engañados, creyendo haver salido con su intento, teniendo su Dios consigo, y no fue lo que imaginaron.

Aùn este yerro vive desde aquellos passados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haverles el Contento quedado, y que lo tienen consigo en el suelo, y no es assi, que solo es el ropage, y figura que le parece, y el Descontento està metido dentro. Ageno vives de la verdad, si creyeres otra cosa, ò la imaginas: quiereslo vèr? advierte.

Considera del modo que quisieres las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, musicas, deleytes, y alegrias, y todo aquello à que mas te mueve la inclinacion, en el mas levantado punto que te podrà pintar el deseo. si te preguntàre, à donde vas? podrasme responder muy orgullloso, à tal fiesta de contento. Yo quiero que allà lo recibas, y te lo dèn, porque los jardines estàn muy floridos, y el son de las plateadas

aguas, y manantiales de aljofares, y perlas te alegraron: merendaste, sin que el Sol te ofendiesse, ni el ayre te enojasse: gozaste tus deseos, tuviste gran passatiempo, fuiste bien recibido, y acariciado; pues ningun contento pudo ser tal, que no se aguasse con alguna pesadumbre, y quanhaya faltado disgusto, no es possible que quando à tu casa buelvas, ò en tu cama te acuestes, no te halles cansado, polvoroso, sudado, ahito, resfriado, enfadado, melancòlico, doloroso, y por ventura descalabrado, ò muerto, que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias, y suelen ser visperas de lagrimas, no visperas que passe noche de por medio, al pie de la obra, enmedio de aquessa idolatrìa las has de verter, que no se te haràn mas largo. Vendràsme à confessar ahora, que la ropa te engañò, y la màscara te cegò: donde creiste que el contento estaba, no fue mas del vestido, y el descontento en èl. Vès yà como en la tierra no hay contento, y que està el verdadero en el Cielo? Pues hasta que allà lo tengas, no le busques acà.

Quando determinè mi partida, què de contento se me representò, que aùn me lo daba el imaginarla. Veìa con la imaginacion el Abril, y la hermosura de los campos, no considerando sus Agostos, ò como si en ellos huviera de habitar impassible: los anchos, y llanos caminos, como si no los huviera de andar, y cansarme en ellos: el comer, y beber en ventas, y posadas, como el que no sabìa lo que son Venteros, y si dieran la comida graciosa, ò si lo que venden fuera mejor de lo que has oìdo.

La variedad, y grandeza de las cosas, aves, animales, montes, bosques, y poblados, como si huvieran de traermelo à la mano, todo se me figuraba de contento, y en casa no lo hallè, sino en la buena vida: todo lo fabriquè pròspero en mi ayuda, que en cada parte donde llegàra, estuviera mi madre, que me regalàra, la moza, que me desnudàra, y traxera la cena à la cama, y me arropàra, y à la mañana me diera el almuerzo. Quien creyera, que el mundo era tan largo? Havia visto unas mapas, y pareciòme, que assi todo estaba junto, y atropellado. Quien imaginàra, que havia de faltarme lo necessario? No pensè que havia tantos trabajos, y miserias: mas ò como es el no pensè de casta de tontos, y propio de necios, escusa de barbaros, y acogida de imprudentes! que el cuerdo, y sabio siempre debe pensar, prevenir, y cautelar: hice como muchacho simple, sin entendimiento, ni govierno: justo castigo fue el mio, pues teniendo descanso, quise saber del bien, y mal. Quantas

tas cosas iba considerando quando salì del meson, sin capa, y burlado? quise comer de las hollas de Egypto, que el bien hasta que se pierde no se conoce. Todos ibamos pensativos, à mi buen Arrierro acabòsele la cosecha, y y risa con la burla del Mesonero: antes tiraba piedras à mi tejado; ahora encoge las manos, y las tiene quedas, viendo que es el suyo de vidrio. Menos mal discrecion es considerar antes que digan, lo que pueden oìr, y antes que hagan el daño, que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro, que à una libertad hay otra, lenguas para lenguas, y manos para manos: todas las cosas tienen su razon, y à todos conviene honrar, el que de todos quiere ser honrado. No consideras en tì, que aun tu secreto serà, ò puede ser para el otro publico, y te podrà responder con obras, ò palabras lo que no querràs oìr, ni padecer? No estrives en fuerzas, ni en poderìo, que si en tu rostro no dixere tu afrenta, iràla publicando à todo el mundo. No ganes enemigos, de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningun enemigo es bueno, por flaco que sea: de una centelluela se levanta gran fuego. Què cosa tan honrosa, què digna de hombres cuerdos, hidalgos, y valerosos, andar medio arrendados, y ajustados con la razon, para que no se les atrevan, y los pongan en ocasion! No vès como lo anduvo un Arriero? Yà iba callando, no se reìa, llevaba baxa la cara, que de verguenza no la levantaba. Los buenos de los Clerigos iban rezando sus horas, yo considerando mis infortunios, y quando todos, cada uno mas enfoscado en su negocio, llegaron dos quadrilleros en seguimiento de un Paje, que à su señor havia hurtado gran cantidad de joyas, y dinero, y por las señas que les dieron debia ser otro yo. Assi como me vieron, levantaron la voz, hà ladron, hà ladron, aqui os tenèmos, no podreis iros, ni escaparos. Luego à puñadas me apearon del hermano asno, y teniendome asydo, buscaron la requa, creyendo hallar el hurto: quitaron las enjalmas, tentaron las albardas, no perdonaron espacio de un garvanzo sin mirarlo. Decian: Ea, ladron, decid la verdad, que ahorcaros hemos aqui, si luego no lo dais. No querian oìrme, ni admitir disculpa, que à pesar del mundo (sin mas que su antojo) yo era el dañador. Dabanme golpes, empujones, y tornìscones, que me atormentaban, y mas por no dexarme hablar, ni pronunciar defensa; y aunque mucho me dolia, mucho me alegraba entre mì, porque daban al compañero mas al doble, y recio, como à encubridor, que decian era mio. No considе-

ſideras la perverſa inclinacion de los hombres, que no ſienten ſus trabajos, quando ſon mayores los de ſus enemigos? Yo iba mal con èl, que por ſu ocaſion perdì mi capa, y cenè burro: ſufria con menos peſadumbre el daño propio, por lo que cambiaba en el ageno: dabanle ſin piedad, pediànle que deſcubrieſſe dondè lo llevaba, ò quedaba guardado. El pobre hombre, que como yo, eſtaba inocente de tal coſa, no ſabìa què hacer: al principio creyo ſer burla, mas quando de la raya paſſaron, al diablo daba el muerto, y à quien lo lloraba: no ſe le hacia converſacion de guſto, ni quiſiera conocerme. Yà tenian eſpulgada la ropa, mirada, y rebuelta, y el hurto no parecia, ni el rigor de ſu caſtigo ceſſaba, y como ſi fueran juridicos jueces nos maltrataban cruadamente con obras, y palabras (quizà lo traìan por inſtruccion.) Yà canſados de aporrearnos, y noſotros de ſufrirlo, nos maniataron para llevarnos à Sevilla. Librete Dios de delito contra las tres Santas, Inquiſicion, Hermandad, y Cruzada; y ſi culpa no tienes, librete de la Santa Hermandad, porque las otras Santas, teniendo, como tienen, Jueces rectos, de verdad, ciencia, y conciencia, ſon los Miniſtros muy diferentes; y los ſantos Quadrilleros en general es gente nefanda, y deſalmada, y muchos, por muy poco juraràn contra tì lo que no hiciſte, ni ellos vieron, mas del dinero que por teſtificar falſo llevaron, ſi yà no fue jarro de vino el que les dieron. Son en reſolucion de caſta de porquerones, corchetes, ò velleguines, y por el conſiguiente ladrones paſſantes, ò punto menos, y como dirèmos adelante, los que roban à bola viſta en la Republica. Y tu Quadrillero de bien, que me dices que hablo mal, que tu eres muy honrado, y uſas bien tu oficio, yo te lo confieſſo, y digo que lo eres, como ſi te conociera. Pero dime (amigo para entre noſotros, que no nos oìga nadie) no ſabes tu, que digo verdades de tu compañero? Si tu lo ſabes, y ello es aſsi, con èl hablo, y no contigo. Yà eſtabamos deſpedidos de los Clerigos, que ſe iban à pie ſu camino, y noſotros el nueſtro: quereis oìrme lo que alli ſentì? pues fue ſin duda verme bolver à mi tierra de aquella manera, que los golpes recibidos, ni la muerte, ſi alli me la dieran, ſi à otra parte à caſo nos llevàran (ſiendo eſtraña) lo tuviera en poco, ſupueſto que iba ſalvo, y la verdad havia de parecer, y no ſer yo el que buſcaban. Eſtabamos atravillados como galgos, afligidos de la manera que puedes conſiderar, ſi tal te aconteciera. No sè como uno de aquellos benditos me mirò, que dixo al otro: Ola, hao, què te digo? creo que nos havemos enga-

gañado con la prieſſa. El otro reſpondiò: Como aſsi? Bolviòle à decir: No ſabes que el que buſcamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda, y eſte eſtà ſano? Leyeron la Requiſitoria, refirieron las ſeñas, y vieron, que caſi ſe engañaron en todas; y ſin duda que debian de traer gana de aporrear, y dieron en lo primero que hallaron. Luego nos deſataron, y pidiendo perdon, y licencia, ſe fueron, y nos dexaron bien pagados de nueſtro trabajo, quitandole al Arriero unos pocos de quartos para la viſta del pleyto, y remojar la palabra en la primera venta: no hay mal tan malo, de que no reſulte algo bueno. Si no me huvieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella, no echaràn de vèr ſi eſtaba ſano de mis dedos pulgares, y quando lo vinieran à mirar, no fuera en tiempo, y quiſiera primero haver padecido mil tormentos. En todo echè buena ſuerte, gaſtado, robado, hambriento, y deshechas las quixadas à puñetes, deſencaxado el peſcuezo à peſcozadas, y bañados en ſangre los dientes à moxicones: mi compañero, ſi no peor, no menos; y perdonen amigos, que no ſon ellos: ved què gentil perdon, y à què tiempo. Los Clerigos iban cerca, luego los alcanzamos: admiraronſe en vernos: ſupieron de mì la cauſa de nueſtra libertad, que mi compañero eſtaba tal, que no ſe atreviò à hablar, por no eſcupir las muelas. Cada uno ſubiò en ſu cavallerìa: comenzamos à picar, y no con los talones, que los de la albarda no alcanzaban: à fè os prometo, que tuvimos bien que contar del vendaje, y grangerìa de la feria. El mas mozo de los Clerigos dixo: Aora bien, para olvidar algo de lo paſſado, y entretener el camino con algun alivio, en acabando las horas con mi compañero, les contarè una hiſtoria, mucha parte de ella que aconteciò en Sevilla: todos le agradecimos la merced, y porque yà concluìan ſu rezado, eſtuvimos eſperando en ſilencio, y deſeo.

CAPITULO VIII.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache refiere la hiſtoria de los dos enamorados Ozmìn, y Daraxa, ſegun ſe la contaron.

LUego como acabaron de rezar, que fue muy breve eſpacio, cerraron los Breviarios, y metidos en las alforjas, ſiendo de los demàs con gran atencion oìdo, comenzò el buen Sacerdote la hiſtoria prometida, en eſta manera:

Eſtando los Reyes Catholicos, Don Fernando, y Doña Iſabèl ſobre el Cerco de Baza, fue tan peleado, que en mucho tiempo

de èl no ſe conociò ventaja en alguna de las partes; porque aunque la de los Reyes era favorecida con el grande numero de gente, la de los Moros (haviendo muchos) eſtaba fortalecida con la buena diſpoſicion del ſitio. La Reyna Doña Iſabèl aſsiſtìa en Jaèn, previniendo las coſas neceſſarias, y el Rey Don Fernando acudìa perſonalmente à las del Exercito. Tenialo dividido en dos partes; en la una plantada la artillerìa, y encomendada à los Marqueſes de Cadiz, y Aguilar, à Luis Fernandez Portocarrero, Señor de Palma, y los Comendadores de Alçantara, y Calatrava, con otros Capitanes, y Soldados: en la otra eſtaba ſu alojamiento, con los mas Cavalleros, y gente de ſu Exercito, teniendo la Ciudad enmedio cercada; y ſi por ella pudieran atraveſar, havia como diſtancia de media legua del un Real al otro, mas por ſerle impedido el paſſo, rodeaban otra media por la ſierra, y aſsi diſtaban una legua; y porque con dificultad podian ſocorrerſe, acordaron hacer ciertas cabas, y Caſtillos, que el Rey por ſu perſona muy à menudo viſitaba; y aunque los Moros procuraban impedir no ſe hicieſſen, los Chriſtianos lo apoyaban, defendiendolo valeroſamente, ſobre que cada dia no paſsò alguno, ſin que dos, ò mas veces eſcaramuzaſſen, haviendo de todas partes muchos heridos, y muertos; pero porque la obra no ceſſaſſe (ſiendo tan importante) ſiempre con los que en ella trabajaban, aſsiſtian de guarda noche, y dia las compañias neceſſarias. Aconteciò, que eſtando de guarda Don Rodrigo, y D. Hurtado de Mendoza, Adelantado de Cazorla, y Don Sancho de Caſtilla, les mandò el Rey no la dexaſſen, haſta que los Condes de Cabra, y Ureña, y el Marquès de Aſtorga entraſſen con la ſuya para cierto efecto. Los Moros, que (como dixe) ſiempre ſe deſvelaban, procurando eſtorvar la obra, ſubieron como haſta tres mil peones, y quatrocientos cavallos por lo alto de la ſierra contra Don Rodrigo de Mendoza. El Adelantado, y Don Sancho comenzaron con ellos la pelèa; y eſtando travada, ſocorrieron à los Moros otros muchos de la Ciudad. El Rey Don Fernando que lo viò, hallandoſe preſente, mandò al Conde de Tendilla, que por otra parte los acometieſſe, en que ſe travò una muy ſangrienta batalla para todos. Viendo el Rey al Conde apretado, y herido, mandò al Maeſtre de Santiago acometer por una parte, y al Marquès de Cadiz, y Duque de Naxera, y à los Comendadores de Calatrava, y à Franciſco de Bobadilla, que con ſus gentes acometieſſen por donde eſtaba la artillerìa. Los Moros ſacaron contra ellos otra tercera eſquadra,

y pelearon valentissimamente, assi ellos como los Christianos: y hallandose el Rey en esta refriega, visto por los del Real, se armaron à toda priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fue el numero de los que acudieron, que no pudiendo resistir los Moros, dieron à huir, y los Christianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta meterlos por los Arrabales de la Ciudad, à donde muchos Soldados entraron, y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las quales fue Daraxa, doncella Mora, unica hija del Alcayde de aquella Fortaleza. Era la suya una de las mas perfectas, y peregrina hermosura, que en otra se havia visto: seria de edad hasta diez y siete años no cumplidos; y siendo en el grado, que tengo referido, la tenia en mucho mayor su discrecion, gravedad, y gracia. Tan diestramente hablaba Castellano, que con dificultad se le conociera no ser Christiana vieja; pues entre las mas ladinas, pudiera passar por una de ellas. El Rey la estimò en mucho, pareciendole de gran precio: luego la embiò à la Reyna su muger, que no la tuvo en menos, y recibiendola alegremente, assi por su merecimiento, como por ser principal, descendiente de Reyes, hija de un Cavallero tan honrado, como por vèr si pudiera ser parte que le entregàra la Ciudad, sin mas daños, ni pelèas. Procurò hacerla todo buen tratamiento, regalandola de manera, y con ventajas, que à otras de las mas llegadas à su persona; y assi, no como cautiva, antes como à deuda la iba acariciando, con deseo, que muger semejante, y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea. Estas razones eran para no dexarla punto de su lado, demàs del gusto que recibia de hablar con ella, porque le daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de mas edad, y varon muy prudente, por quien todo huviera passado; y aunque los Reyes vinieron despues à juntarse en Baza (rendida la Ciudad, con ciertas condiciones) nunca la Reyna quiso deshacerse de Daraxa, por la gran aficion que la tenia, prometiendo al Alcayde su padre hacerle por ella particulares mercedes. Mucho sintiò su ausencia, mas diòle alivio entender el amor, que los los Reyes la tenian, de donde les havia de resultar honra, y bienes, y assi no replicò palabra en ello. Siempre la Reyna la tuvo consigo, y llevò à la Ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuesse Christiana, para disponerla poco à poco, sin violencia, con apacibles medios, la dixo un dia: Yà entenderàs, Daraxa, lo que deseo tus cosas, y gusto: en parte de pago de ello te quiero pedir una cosa en mi

ser-

ſervicio, que trueques eſſos veſtidos à los que te darè de mi perſona, para gozar de lo que en el habito nueſtro ſe aventaja tu hermoſura. Daraxa la reſpondiò: Harè con entera voluntad lo que tu Alteza me manda, porque haviendote obedecido, ſi hay algo en mi de alguna conſideracion, de oy mas eſtimarè por bueno, y lo ſerà ſin duda, que me lo daràn tus atavìos, y ſupliràn mis faltas. Todo lo tienes de coſecha, le replicò la Reyna, y eſtimo eſſe ſervicio, y voluntad con que le ofreces. Daraxa ſe viſtiò à la Caſtellana, reſidiendo en Palacio por algunos dias, haſta que de alli partieron à poner cerco ſobre Granada: que aſsi por los trabajos de la guerra, como para irla saboreando en las coſas de nueſtra Fè, le pareciò à la Reyna ſerìa bien dexarla en caſa de Don Luis de Padilla (Cavallero principal, muy gran Privado ſuyo) donde ſe entretuvieſſe con Doña Elvira de Guzmàn ſu hija doncella, à quienes encargaron el cuidado de ſu regalo; y aunque alli lo recibia, mucho ſintiò verſe lexos de ſu tierra, y otras cauſas, que le daban mayor pena, mas no las deſcubriò, que con ſereno roſtro, y ſemblante alegre moſtrò, que en ſer aquel guſto de ſu Alteza, lo eſtimaba en merced, y recibia por ſuyo.

Eſta doncella la tenian ſus padres deſpoſada con un Cavallero Moro de Granada, cuyo nombre era Ozmin: ſus calidades muy conformes à las de Daraxa: mancebo rico, galàn, diſcreto, y ſobre todo, valiente, y animoſo. Tan dieſtro eſtaba en la lengua Eſpañola, como ſi en el riñon de Caſtilla ſe criàra, y huviera nacido en ella: coſa digna de alabanza de mozos virtuoſos, y gloria de padres, que en varias lenguas, y nobles exercicios ocupan ſus hijos. Amaba à ſu eſpoſa tiernamente, y de modo idolatraba en ella, que ſi ſe le permitiera, en altares puſiera ſus eſtatuas. En ella ocupaba ſu memoria, por ella deſvelaba ſus ſentidos, de ella era ſu voluntad, y ſu eſpoſa reconocida, nada le quedaba en deuda. Era el amor igual, como las mas coſas en ellos, y ſobre todo un honeſtiſsimo trato en que ſe conſervaban: la dulzura de razones que ſe eſcrivian, los amoroſos recaudos que ſe embiaban, no ſe pueden encarecer: havianſe viſto, y viſitado, pero no tratado ſus amores à boca. Los ojos, parleros muchas veces, nunca perdieron ocaſion de hablarſe; porque los dos, de muchos años antes, y no muchos, pues ambos tenian pocos, para bien hablar, deſde ſu niñez ſe amaban, y las viſitas eran à deſeo. Enlazòſe la verdadera amiſtad en los padres, y amor en los hijos con tan eſtrechos nudos, que (de conformidad) todos deſearon bolverlo en parenteſco, y con eſte caſamiento tuvo

efec-

efecto; pero en hora desgraciada, y rigor de Planeta, que apenas acabo de concluirse, quando Baza fue cercada. Con esta rebuelta, y alborotos lo dilataron, aguardando juntarlos con mas comodidad, y alegria, para solemnizar con juegos, y fiestas, lo què aquella pedia, y casamiento de tan calificada gente. Daraxa, yà dixe quien era su padre: su madre fue sobrina, hija de hermana de Boabdelin, Rey de aquella Ciudad, que havia tratado el casamiento; y Ozmin primo hermano de Mahomet, Rey que llamaron Chiquito de Granada. Pues como sucediesse al rebès de sus deseos, mostrandose à todos la fortuna contraria, estando Daraxa en poder de Reyes, haviendola dexado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lastimas que dixo, suspiros que daba, tristeza que mostrò, à todos repartia, y ninguno salia con pequeña parte; mas como el daño fuesse tan solo suyo, y la pèrdida tan de su alma, tanto creciò el dolor en ella, que brevemente le cupo parte al cuerpo, adolesciendo de una enfermedad tan dificultosa de curar, quanto lexos de ser conocida, y los remedios distantes. Crecian los efectos con indicios mortales; porque la causa crecia, sin ser à proposito las medicinas, y lo peor, que el mal no se entendia, siendo lo mas essencial de su reparo. Assi de su salud los afligidos padres yà tenian perdida la esperanza; los Medicos la negaban, confirmandose con los accidentes: todos en esta pena, y el enfermo casi en la ultima, se le representò una imaginacion, de que le pareciò sacar algun fruto, y aunque con riesgo, mas puesto en parangòn del que tenia, no podia ser otro mayor; y con las ansias de la execucion, procurando alcanzar vèr à su querida esposa, cobrò aliento, y algun esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas, que podian dañarle: despidiò las tristezas, y melancolias: pensaba solamente como tener salud, con esto vino à cobrar mejorìa, à desesperacion de todos los que le vieron llegar à tal punto. Dice bien, que el deseo vence al miedo, atropella inconvenientes, y allana dificultades, y el alegrìa en el enfermo es el mejor jarave, y cordial pictima, y assi es bien procurarsela: quando alegre lo vieres, cuentalo por sano. Luego comenzò à convalecer, y apenas podia tenerse sobre sì, quando previniendose (para guia) de un Moro astuto, que à los Reyes de Granada sirviò mucho tiempo de espìa, joyas, y dineros para el viage, en un buen cavallo morcillo un arcabuz en el arzon de la silla, su espada, y daga ceñida (en trage Andaluz) salieron de la Ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabìan

la

la tierra. Passaron à vista del Real, y haviendolo dexado bien atràs, por sendas, y veredas iban à Loxa; quando cerca de la Ciudad su avara suerte los encontrò con un Capitan de Campaña, que andaba recogiendo la gente, que del Exercito huìa, desamparando la Milicia, pues como assi lo viesse, los prendiò. Fingiò el Moro tener passaporte, buscandolo, yà en el seno, yà en la faltriquera, y como no lo hallasse, y los viesse descaminados (tomando mala sospecha) los prendiò, para bolverlos al Real. Ozmin (sin alterarse alguna cosa, con libres palabras) aprovechandose del nombre de Cavallero, en cuyo poder estaba su esposa, fingiò ser hijo suyo, llamandose Don Rodrigo de Padilla, y haver venido à traer un recaudo à los Reyes de parte de su padre, y cosas de Daraxa, y por haver adolescido se bolvia. Otrosi le afirmò haver perdido el passaporte, y el camino, y que para tornar à èl, havian tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, que todavia insistia, queriendolos bolver, y no lo entendian. Solo fue su pretension, que un Cavallero tal, como representaba, le quebràra los ojos con algunos doblones, que no hay firma de General, que iguale al sello Real, y tanto mas, quanto en mas noble metal estuviere estampado. Para los mal trapillos, y Soldados de tornillo tienen dientes, y en ellos muestran su poder, executando las ordenes, que no en quien no pueden sacar algun provecho, que esso buscan. Ozmin, sospechando en lo que tantos fieros havian de paràr, bolviò à decirle: No entienda, señor Capitan, que me diera pena bolver atràs otra vez, ni diez, ni reyterar el camino lo estimàra en algo, si salud, como vè, no me faltàra; mas pues consta la necessidad que llevo, suplicole no reciba vejacion semejante, por el riesgo de mi vida. Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fue como si echàran vinagre al fuego, que luego dixò: Señor, v. md. vaya en buen hora, que bien se dexa entender de hombre tan principal, que no se và con la paga del Rey, ni desampara su campo, menos que con la ocasion que tiene: irèle acompañando hasta Loxa, donde le darè recaudo, para que con seguridad pueda passar adelante. Assi lo hizo, quedando muy amigos, y haviendo reposado, se despidieron, tomando cada uno por su via.

Con estas, y otras desgracias llegaron à Sevilla, donde por la relacion que traìa supo la calle, y casa donde Daraxa estaba. Diò algunas bueltas à diferentes horas, y en diversos dias, mas nunca la pudo vèr, que como no iba fuera, ni à la Iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor, y recrearse con su Amiga Doña Elvira.

vira. Viendo, pues, Ozmin la dificultad que tenia su deseo, y la nota que daba, como en comun la dàn en qualquier Lugar los forasteros, deseando saber quienes, y de donde son, què buscan, y de què viven, especialmente si passean una calle, y miran con cuidado à las ventanas, ò puertas, de alli nace la embidia, crece la murmuracion, sale de valde el odio, aunque no haya interessados.

Algo de esto se comenzaba, y fue forzoso (evitando el escandalo) cessar por algunos dias: el criado hacia el oficio como persona de poca cuenta; mas no descubriendosele camino, solo se consolaba con que por las noches (à deshora) passando por su calle, abrazaba las paredes, besando las puertas, y umbrales de la casa. En esta desesperacion viviò algun tiempo, hasta que por suerte llegò el que deseaba, que como su criado tuviesse cuidado de dàr algunas bueltas entre dia, viò que Don Luis hacia reparar cierta pared, sacandola de cimientos: asyò de la ocasion por el capote, aconsejando à su amo, que comprando un vestidillo vil, hiciesse como entrar por peon de Albañilerìa. Pareciòle bien: pusolo en execucion, dexò su criado por guarda de su cavallo, y hacienda en la posada, para valerse de ello quando se le ofreciesse, y assi se fue à la obra: pidiò, si havia que trabajar para un forastero? Dixèron que sì. Bien es de creer, que no se reparò de su parte en el concierto. Comenzò su oficio, procurando aventajarse à todos; y aunque con los disgustos que tenia, no havia cobrado entera salud, sacaba, como dicen, fuerzas de flaqueza, que el corazon manda las carnes. Era el primero que à la obra venia, siendo el postrero que la dexaba: quando todos holgaban, buscaba en que ocuparse, tanto, que siendo reprehendido de sus compañeros (que hasta en las desventuras tiene lugar la embidia) respondia, no poder estàr ocioso. Don Luis, que notò su solicitud, pareciòle servirse de èl en ministerios de casa, en especial del jardin. Preguntòle, si de ello entendia? Dixo que un poco, mas que el deseo de acertarle à servir, harìa que con brevedad supiesse mucho. Contentòse de su conversacion, y talle, porque de qualquier cosa lo hallaba tan suficiente, como solìcito.

El Albañil acabò sus reparos, y Ozmin quedò por jardinero, que hasta este dia nunca le havia sido possible vèr à Daraxa. Quiso su buena fortuna le amaneciesse el Sol claro, sereno, y favorable el Cielo, y deshecho el nublado de sus desgracias, descubriò la nueva luz, con que viò el alegre puerto de sus naufragios; y la primera tarde que exercitò el nuevo oficio, viò que su esposa se venia

so-

ſola paſſeando por una eſpacioſa calle, toda de arrayanes, moſquetas, jazmines, y otras flores, cogiendo algunas de ellas con que adornaba el cabello: yà por el veſtido la deſconociera, ſi el original verdadero no concertàra con el vivo traslado, que en el alma tenia; y viò, que tanta hermoſura no podia dexar de ſer la ſuya. Turbòſe en haver de hablarla, y tan vergonzoſo, como empachado, al tiempo que paſſaba, baxò la cabeza, labrando la tierra con un almocafre, que en la mano tenia. Bolviò à mirar Daraxa el nuevo jardinero, y por un lado del roſtro (aquello que comodamente pudo deſcubrir) ſe le repreſentò à la imaginacion el lugar donde ſiempre la tenia, por la mucha ſemejanza de ſu eſpoſo, de donde le vino una tan ſubita triſteza, que dexandoſe caer en el ſuelo (arrimada al encañado del jardin) deſpidiò un anſioſo ſuſpiro, acompañado de infinitas lagrimas; y pueſta la mano en la roſada mexilla, eſtuvo trayendo à la memoria muchas, que ſi en qualquiera perſeveràra, pudiera ſer verdugo de ſu vida. Deſpidiòlas de sì, como pudo, con otro nuevo deſeo de entretener el alma con la viſta, engañandola con aquella parte, que de Ozmin le repreſentaba. Levantòſe temblando todo el cuerpo, y el corazon alborotado, contemplando de nuevo en la imagen de ſu adoracion, que quanto mas atentamente ſo miraba, mas vivamente las tranſformaba en sì. Pareciale ſueño, y viendoſe deſpierta, temia ſer fantaſma: conociendo ſer hombre, deſeaba fuera el que amaba. Quedò perplexa, y dudoſa, ſin entender què fueſſe, porque la enfermedad lo tenia flaco, y falto de colores; mas en lo reſtante de facciones, compoſtura de ſu perſona, y ſobreſalto, lo averaban: el oficio, veſtido, y lugar la deſpedian, y deſengañaba. Peſabale del deſengaño, porfiando en ſu deſeo, ſin poder abſtenerſe de cobrarle particular aficion, por la repreſentacion que hacia; y con la duda de ſaber quien fueſſe, le dixo: Hermano, de donde ſois? Ozmin alzò la cabeza, viendo ſu regalada, y dulce prenda, y anudada la lengua en la garganta, ſin poder formar palabra, ni ſiendo poderoſo à reſponderle con ella, lo hicieron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua, que ſalia de ellos, qual ſi de dos repreſſas alzaran las compuertas; con que los dos queridos amantes quedaron conocidos. Daraxa correſpondiò con la miſma orden, vertiendo hilos de perlas por ſu roſtro. Yà quiſieran abrazarſe, ù à lo menos decir algunas dulces palabras, y regalados amores, quando entrò por el jardin Don Rodrigo, hijo mayor de Don Luis, que enamorado de Daraxa, ſiempre ſeguia ſus paſſos, procurando gozar

zar las ocasiones de estarla contemplando : ellos por no darle à entender alguna cosa,Ozmin bolviò à su labor, y Daraxa pasò adelante. Don Rodrigo conociò de su semblante triste , y ojos encendidos , novedad en su rostro; presumiò si havia sido algun enojo , y preguntòselo à Ozmin , el qual aunque no se havia bien buelto à recobrar del passado sentimiento, mas esforzandose por la necessidad que tenia de ello , le dixo : Señor , del modo que la viste , la vì quando aqui llegò, sin que conmigo hablasse palabra ; y assi no me lo dixo , ni sè qual sea su passion , especialmente , que siendo oy el dia primero que en este lugar entrè , ni à mi fuera licito preguntarla , ni à su discrecion comunicarmela. Con esto se fue de alli , con intencion de saberlo de Daraxa , mas en quanto en estas palabras se detuvo , ella se subiò à largo passo por un caracòl à su aposento , y cerrò tràs sì la puerta.

Algunas tardes,y mañanas passaban de estas los amantes , gozando en algunas ocasiones algunas flores , y honestos frutos del arbol de amor , con que daban alivio à sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos , deseando aquel tiempo venturoso , que sin zozobras , ni embarazos pudieran gozarse. No mucho,ni con seguridad tuvieron este gusto,porque de la continuacion extraordinaria , y verlos estàr juntos hablandose en Algaravia , y ella escusarse para ello de la compania de su amiga Doña Elvira , yà daba pesadumbre à todos los de casa , y à Don Rodrigo rabioso cuidado , que se abrasaba en zelos, no de entender que el jardinero tratasse cosa licita , ni amores , sì vèr que fuesse digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversacion , lo qual no hacia con otro alguno tan desembueltamente.

La murmuracion,como hija natural del odio , y de la embidia, siempre anda procurando como manchar, y obscurecer las vidas,y virtudes agenas, y assi en la gente de condicion vil , y baxa , que es donde hace sus audiencias , es la salsa de mayor apetito , sin quien alguna vianda no tiene buen gusto, ni està sazonada : es el ave de mas ligero buelo , que mas presto se abalanza, y mas daño hace.No faltò quien pasò la palabra de mano en mano, unos poniendo,y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar à lo llano la bola , y à los oìdos de Don Luis el chisme, creyendo sacar de ello su acrecentamiento,con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica, y trata grangear à las mayores à costa agena , con invenciones, y mentiras , quando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desan: oficio digno de aquellos à quien

la propria virtud falta, y por sus obras, ni persona merece. Diòles Don Luis oìdo atento à las bien compuestas, y afeytadas palabras que le dixeron: era Cavallero prudente, y sabio, no se las dexò estàr paradas donde se las pusieron: passòlas à la imaginacion, dexando lugar desocupado para que cupiessen las del reo: abriò el oìdo, no lo consintiò cerrado, aunque algo se escandalizò: muchas cosas pensaba, todas lexos de la cierta, y la que mas le turbò, fue sospechar si su jardinero era Moro, que con cautela huviera venido à robar à Daraxa: creyendo que assi serìa, cegòse luego; y lo que mal se considera, muchas veces, y las mas no ha salido bien la execucion por la puerta, quando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolviò à prenderlo: èl sin resistirse, no mostrandose triste, ni alterado, se consintiò encerrar en una sala; y dexandole con este seguro, fuese donde Daraxa estaba, que yà con el alboroto de los Ministros, y sirvientes lo sabìa todo, y aun de dias antes lo havia barruntado. Mostròse à Don Luis muy agraviada, formando quexas, como en la bondad, y limpieza de su vida se huviesse puesto duda, dando puerta, que con borron semejante cada uno pensasse lo que quisiesse, pues para qualquier mala sospecha havian abierto senda. Estas, y otras bien compuestas razones, con afecto de animo recitadas, hicieron à Don Luis (con facilidad) arrepentirse de lo hecho. Quisiera, segun Daraxa lo deshizo, nunca haver tratado de tal cosa, indignandose contra sì mismo, y contra los que le impusieron en ello; mas por no mostrarse facil, y que sin mucha consideracion se huviesse movido à cosa tan grave, dissimulando su arrepentimiento, la dixo de esta manera: Bien creo, y conozco, hija Daraxa, la razon que tienes, y lo mal que (con termino semejante) contra tì se ha procedido, sin haver primero examinado el animo de los testigos, que en tu ofensa han depuesto: conozco tu valor, el de tus padres, y mayores de quien desciendes: conozco que los meritos de tu persona sola tienen alcanzado de los Reyes mis Señores todo el amor, que un solo verdadero hijo puede ganar de sus amorosos, y tiernos padres, haciendote pròdigas, y conocidas mercedes. Con esto debes conocer, que te pusieron en mi casa, para que fuesses en ella servida con todo cuidado, y diligencia, en quanto fuesse tu voluntad, y que debo dàr de ti la cuenta, conforme à la confianza que de mi se hizo; por lo qual, y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder como quien eres, con el buen trato que à mi lealtad, y à lo mas refe-

ferido se le debe. No puedo, ni quiero pensar pueda en ti haver cosa que se desdiga, ni degenere; mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes (que este nombre se puso Ozmin quando entrò à servir de peon) acompañada de hablar en Arabigo, para desear todos entender lo que sea, ò qual fue su principio, sin haverle antes tu, ni yo visto, ni conocido; y esto satisfecho, à muchos quitaràs la duda, y à mi un impertinente, y prolixo desasossiego. Suplicote, por quien eres, nos absuelvas esta duda, creyendo de mi, que en lo que fuere possible serè siempre contigo en quanto se te ofrezca.

Curiosamente estuvo atenta Daraxa en lo que Don Luis le decia, para poderle responder, aunque su buen entendimiento yà se havia prevenido de razones para el descargo, si algo se huviera descubierto, mas en aquel breve termino (dexandolas pensadas) le fue necessario valerse de otras mas à proposito à lo que fue preguntada, con que facilmente, dexandolo satisfecho, descuidasse, cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo, segun solia, y dixo assi: Señor, y padre mio, que assi te puedo llamar, señor, por estàr en tu poder, y padre por las obras, que de tal me haces, mal corresponderia con lo que soy obligada, y à las continuas mercedes, que recibo de sus Altezas por tus manos, y con tus intercessiones en mi favor acrecientas, si no depositàra en el archivo de tu discrecion mis mayores secretos, amparandolos con tu sombra, y governandome con tu cordura, y si con la misma verdad no dexàra colmado tu deseo, que aunque trae à la memoria cosas, que me es forzoso recitarte, ha de ser para mi gran pesadumbre, y aun de no pequeño martyrio: con èl te quiero pagar, y dexarte deudor de mi sentimiento, y de lo que me mandas assegurado.

Yà, señor, havràs entendido quien soy, que te es notorio, y como mis desgracias, ò buena suerte (que no puedo hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno, ni loar lo otro) me traxeron à tu casa, despues de haverse tratado de casarme con un Cavallero de los mejores de Granada, deudo muy cercano, y descendiente de los Reyes de ella. Este mi esposo (si tal puedo llamarle) se criò, siendo como de seis, ò siete años, con otro niño Christiano cautivo, y de su misma edad, que para su servicio, y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comian, y dormian de ordinario, por lo mucho que se amaban (ved si eran prendas de amistad las que he referido) assi lo amaba mi esposo, como si igual,

ò deudo ſuyo fuera: de èl fiaba ſu perſona, por ſer muy valiente, era depoſito de ſus guſtos, compañero de ſus entretenimientos, herario de ſus ſecretos, y en ſubſtancia otro èl: ambos en todo tan conformes, que la ley ſola los diferenciaba, que por la mucha diſcrecion de ambos, nunca de ella ſe trataron, por no deshermanarſe. Mereciaio bien el cautivo (dixe mal, mejor dixera hermano, y tal debiera llamarlo) por ſu trato fiel, compueſtas coſtumbres, y hidalgo proceder, que ſi no conocieramos haver nacido de humildes padres labradores, que con èl fueron cautivos en una pobre alquerìa, creyeramos por cierto deſcender de alguna noble ſangre, y generoſa caſa. Eſte (haviendoſe tratado de mis bodas) era la eſtafeta de nueſtros entretenimientos, que como tan fiel, en otra coſa no ſe ocupaba: traìame papeles, y regalos, bolviendo los retornos debidos à ſemejantes portes; pues como Baza fueſſe entregada, y èl eſtuvieſſe alli, fue pueſto en libertad con los demàs cautivos que alli ſe hallaron. Mal ſabrè decir ſi el gozo de cobrarla fue tanto como el dolor de perdernos: de èl podràs facilmente ſaberlo, con lo demàs que quiſieres entender, porque es Ambroſio el que en tu ſervicio tienes, que para refigerio de mis deſdichas Dios fue ſervido que à el vinieſſe. Sin penſar le perdì, y acaſo le he buelto à hallar: con èl repaſſo los curſos de mis deſgracias, deſpues que en ellas me graduè: con èl alivio las eſperanzas de mi enemiga ſuerte, y entretengo la penoſa vida, para engañar el canſancio del prolixo tiempo. Si eſte conſuelo, por ſer en mi favor, te ofende, haz tu voluntad, que ſerà la mia en quanto la diſpuſieres. Don Luis quedò admirado, y enternecido tanto de la eſtrañeza, como del caſo laſtimoſo, ſegun el modo de proceder, que en contarlo tuvo, ſin pauſa, turbacion, ò accidente, de donde pudiera preſumirſe que lo iba componiendo; demàs, que lo acreditò vertiendo de ſus ojos algunas eficaces lagrimas, que pudieran ablandar las duras piedras, y labrar finos diamantes. Con eſto fue ſuelto de la priſion Ambroſio, ſin preguntarle alguna coſa, por no hacer ofenſa en ella à la informacion de Daraxa, ſolo poniendole los brazos al cuello, con alegre roſtro le dixo: Aora conozco Ambroſio, que debes tener principio de alguna valeroſa ſangre, y ſi eſta faltàra, tu la dieras por tus virtudes, y nobleza, que ſegun lo que de ti he ſabido, en obligacion te eſtoy por ello, para hacerte de oy mas el tratamiento que merezcas. Ozmin le dixo: En ello, ſeñor, haràs como quien eres, y el bien que recibiere, podrè preciarme ſiempre que de tu largueza, y caſa

me ha procedido. Con esto se le permitiò que bolviesse al jardin con la misma familiaridad que primero, y mas franca licencia: las veces que querian se hablaban, sin que alguno de ello yà se escandalizasse.

En este intermedio siempre tuvieron los Reyes cuidado de saber de la salud, y estado de las cosas de Daraxa, de que les era dado particular aviso, y se holgaban de saberlo, encomendandola mucho por sus cartas.

Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza, y meritos de la doncella, assi Don Rodrigo, como los mas principales Cavalleros de aquella Ciudad deseaban fuesse Christiana, pretendiendola por muger; mas como Don Rodrigo la tuviesse (como dicen) de las puertas adentro, era entre los demàs opositores el de mejor accion al comun parecer. El caso era llano, y la sospecha verisimil, pues de su condicion, costumbres, y trato ella tenia hecha experencia, y las obstentaciones de esta calidad, no suelen ser de poco momento, ni el escalon mas baxo haver uno hecho alarde publico de sus virtudes, y nobleza, donde por ellas pretende ser conocido, y aventajado; mas como los amantes tuviessen las almas trocadas, y ninguno posseyesse la suya, tan firmes estaban en amarse, quanto agenos de ofenderse. Nunca Daraxa diò lugar con descompostura, ni otra causa, que alguno se le atreviesse, aunque todos la adoraban: cada uno buscaba sus medios, y echaba sus redes, cercando con rodèos, mas ninguno tenia fundamento.

Visto por Don Rodrigo quan poco aprovechaban sus servicios, quan en valde su trabajo, y el poco remedio que tenia, pues en tantos dias passados de continua conversacion, estaba como el primero, vinole al pensamiento valerse de Ozmin, creyendo por su intercession alcanzar algunos favores, y tomandole por el mas acertado medio, estando una mañana en el jardin, le dixo: Bien sabràs, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes à tu Ley, à tu Rey, à tu natural, al pan que de mis padres comes, y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos: entiendo, que como Christiano, de la calidad que tus obras publican, has de corresponder à quien eres: vengo à ti con una necessidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra, y el rescate de mi vida, que està en tu mano, si (tratando con Daraxa) entre las mas razones la dispusieras con las buenas tuyas à que dexàra la Secta falsa que sigue, y se bolviera Christiana. Lo que de ello podrà resultar bien te es notorio; à ella salvacion, servicio à Dios, à los Reyes gusto, honra en tu patria,

y à mi totàl remedio, porque pidiendola por muger, vendrè à cacasarme con ella; y no serà poco el util que sacaràs de este viage, que siendote honroso, te serà juntamente provechoso, y tanto, quanto puede ponderar tu buen entendimiento, porque siendo de Dios galardonado, por el alma que ganas, yo de mi parte notificarè con muchas veras la vida que dieres, con la buena obra, y amistad que por intercession tuya recibiere: no dexes de favorecerme, pues tanto puedes; y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno. Y quando yà tuvo acabada de hacer su exortacion, Ozmin le respondiò lo siguiente:

La misma razon con que has querido ligarme (señor Don Rodrigo) te obligarà à que creas quanto deseo, que Daraxa siga mi Ley, à que con muchas veras infinitas, y diversas veces la tengo persuadida: no es otro mi deseo, sino el tuyo, y assi harè la diligencia en causa propria, como en cosa que soy tan interessado; pero amando tan de corazon à su esposo, y mi señor, tratar de bolverla Christiana, es doblarla la passion, sin otro fruto alguno, que aun en ella viven algunas esperanzas, que podria mudar la fortuna, dandose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido de ella, y siempre me hà dicho, y lo en que la he visto firme; mas para cumplir con lo que me mandas (no obstante que no ha de ser de fruto) la bolverè à hablar, y à tratar de ello, y te darè su respuesta. No mintiò el Moro palabra en quanto dixo, si huviera sido entendido, mas con el descuicuido de cosa tan remota, creyò Don Rodrigo, no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dixo; y assi (engañado) llevò alguna confianza, que quien de veras ama, se engaña con desengaños.

Ozmin quedò tan triste de vèr al descubierto la instancia, que en su daño se hacia, que casi salia de juicio con el zelo. De manera lo apretò, que de alli adelante no le pudo mas vèr el rostro alegre, pareciendole lo imposible, possible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor (como poderoso en su tierra, y casa) pudiera valerse de trazas, y mañas con que impedirle su intento, siendo qual era tanta su solicitud: temiase no se la mudassen, que las muchas baterias aportillan los fuertes muros, y con secretas minas los postran, y arruinan. Con este recelo discurria por el pensamiento à tragicos fines, y funestos acaecimientos, que se le representaban; mucho los temia, y algo los creia, como perfecto amador. Viendo Daraxa tantos dias tan triste à su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa, mas ni èl se la dixo, ni tratò algu-

ña cosa de lo que con Don Rodrigo havia passado. Ella no sabia què hacer, ni como poderlo alegrar, aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca, y firme corazon, exageradas con los hermosos ojos, que las enternecian con el agua que de ellos à ellas baxaban, assi le dixo:

Señor de mi libertad, Dios que adoro, y esposo que obedezco, què cosa puede ser de tanta fuerza, que estando viva, y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? Podrà por ventura mi vida ser el principio de vuestra alegria? ò como la tendreis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que està atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las nieblas de mi corazon: si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy à piedad os mueven, si no quereis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplicoos me digais, què os tiene triste? Aqui parò, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto, pues no la pudo responder de otro modo, que con ardientes, y amorosas lagrimas, procurando cada uno con las proprias enjugar las agenas, siendo todas unas, por estàr impedida la lengua. Ozmin con la opression de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto los resistiò, bolviendolos al alma, que le diò un recio desmayo, como si quedàra muerto. No sabia Daraxa què hacerse, con què bolverlo, ni como consolarle, ni pudo entender qual pudiera ser ocasion de tanta mudanza, en quien estaba siempre alegre. Ocupabase limpiandole el rostro, enjugandole los ojos, poniendo en ellas sus hermosas manos, despues de haver mojado un rico lienzo, que en ellas tenia, matizado de oro, y plata, con otras varias colores, entretexidas en ellas aljofares, y perlas de mucha estimacion. Tanto se transformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remediarla, que si se descuidàra un poco, los hallàra Don Rodrigo poco menos que abrazados; porque Daraxa le tenia la cabeza reclinada en su rodilla, y èl recostado en sus faldas, en quanto en sì bolvia, y haviendo yà cobrado mejorìa, queriendo despedirse, entrò por el jardin. Daraxa con la turbacion se apartò como pudo, dexandose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fue por su dueño puesto en cobro; y viendo que Don Rodrigo se acercaba, ella se fue, y ellos quedaron solos. Preguntòle, què havia negociado? Respondiòle lo que siempre, tan firme la hallo en el amor de su esposo, que no solo dexarà de ser (como pretendes) Christiana, pero que si lo fuera, por èl dexàra de serlo; bolvien-

dofe Mora, que à tal extremo llega fu locura, el amor de fu ley, y el de fu efpofo. Hablèla tu negocio, y à tì porque lo intentas, y à mì porque lo dixe, nos ha cobrado tal odio, que ha propuefto, fi de ello mas la hablo, no verme, y de tì, en verte venir, fe fue huyendo; afsi, que no te canfes, ni en ello gaftes tiempo, que ferà muy en vano. Entrifteciòfe mucho Don Rodrigo de tan refuelta refpuefta, dada con tal afpereza. Sofpechò, que antes Ozmin era en fu daño, que de provecho: pareciòle que à lo menos, quando Daraxa la diera tan defabrida, èl no debiera referirla con accion femejante, haciendofe cafi dueño del negocio, y es impofsible amor, y confideracion: tanto uno fe desbarata mas, quanto mas ama. Reprefentòfele la muy eftrecha amiftad, que fe decia tener con fu primero amo: pareciòle que aùn feria viva, y no de creer haverfe resfriado las cenizas de aquel fuego. Con efte penfamiento, reforzado de pafsion, fe determinò echarlo de cafa, diciendole à fu padre, quan dañofo era permitir donde Daraxa eftuvieffe, quien pudiera entretenerla con fus paffados amores, ni hablar de ellos en efpecial, fiendo la intencion de fus Altezas bolverla Chriftiana, y en quanto Ambrofio allì eftuvieffe, lo tenia por dificultofo. Hagamos, (dixo) feñor, el enfayo con apartarlos unos dias, en que veamos lo que refulta. No pareciò mal à Don Luis el confejo de fu hijo; y luego, formando quexas de lo que no las pudo haver (que al poderofo no hay pedirle caufa, y fuele el Capitan con fus Soldados hacer con dos ochos quince) lo defpidiò de fu cafa, mandandole que aun por la puerta no paffaffe. Cogiòle de fobrefalto, que aun defpedirfe no pudo; y obedeciendo à fu amo, fingiendo menor dolor del que fentia, facò de alli el cuerpo, prenda que tuvo, porque el alma tenia dueño, en cuyo poder la dexò.

Viendo Daraxa tan fubita mudanza, creyò que la trifteza paffada huviera nacido de la fofpecha de aquel nuevo fuceffo, y que yà lo fabìa. Con efto, juntandofe un mal à otro, pefar à pefar, y dolor à dolores, careciendo de vèr à fu efpofo, aunque la pobre feñora difsimulaba quanto podìa, era effo lo que mas la dañaba. Llore, gima, fufpire, grite, y hable el que fe viere afligido, que quando con ello no quite la carga de la pena, à lo menos la hace menor, y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan fin gufto defabrida, qual fe le conocia muy bien de fu roftro, y talle. No quifo el enamorado Moro mudar eftado, que como antes andaba, tal fe tratò fiempre, y en habito de trabajador feguia fu trabajada fuerte: en èl havia tenido la buena paffada, y efperaba otra con me-

mejorìa. Ocupabase ganando jornal en la parte que lo hallaba, yendo de esta manera probando ventura, por vèr si entrando en unas, y otras partes oyesse, ò supiesse algo que le importasse, que no por otro interesse, pues podia con larga mano gastar por muchos dias de los dineros, y joyas, que sacò de su casa. Mas assi por lo dicho, como por haverse dado à conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia, y andar mas desconocido, sin que sus designios le pudieran ser desbaratados, perseverò en èl por entonces. Los Cavalleros mancebos que servian à Daraxa, conociendo el favor que con ella Ozmin tenia, y que yà no servia en casa de Don Luis, cada uno lo codiciò para sì, por sus fines, que presto en todos fueron publicos. Adelantòse Don Alonso de Zuñiga, Mayorazgo en aquella Ciudad, Cavallero mancebo, galan, y rico, fiado que la necessidad, y su dinero, por medio de Ambrosio le dieran ganado el juego: mandòle llamar, concertòse con èl, hizole ventajas conocidas, diòle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad (si entre señor, y criado puede haverla, no obstante, que en quanto hombres es compatible, pero su proprio nombre comunmente se llama privanza) con que passados algunos lances, le vino à descubrir su deseo, prometiendole grandes interesses, que todo fue bolverle à manifestar las heridas, refrescando llagas; y si antes recelaba de uno, yà eran dos, y en poco espacio supo de muchos, que el amo le descubriò, y los caminos por donde cada uno marchaba, y de quien se valia: dixole, que otros nò queria, ni buscaba mas, que su buena inteligencia, creyendo por cierto serìa sola su intercessìon bastante à efectuarlo.

No sabrè decir, ni se podrà encarecer lo que sintiò verse hacer segunda vez alcahuete de su esposa, y quanto le convenia passar por todo con discreta dissimulacion. Respondiòle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con Don Rodrigo; y si con todos huviera de arrojarse, mucho le quedaba por andar, todo lo perdiera, y de nada tuviera conocimiento. (Paciencia, y sufrimiento quieren las cosas, para que pacificamente se alcance el fin de ellas.) Fuelo entreteniendo, aunque se abrasaba vivo: batallaba con varios pensamientos, y como por varias partes le daban guerra, y le tiraban garrochas, no sabìa donde acudir, ni tràs quien correr, ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuesse: la liebre una, los galgos muchos, y buenos corredores, favorecidos de alcones caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner à las honras fuego, y en muchas cosas, que se tienen por muy honradas, entran muchas se-

ñoras, que al parecer lo ſon, à dexarlo de ſer, debaxo de titulo de viſita, por las dificultades que en las proprias tienen, y otras por engaño; que de todo hay, todo ſe platìca; y para la gente principal, y grave, no ſe deſcuidò el diablo de otras tales cobijaderas, y cobijas. Todo lo temìa, y mas Don Rodrigo, à quien èl, y los otros competidores tenian gran odio, por ſu arrogancia falſa: cautelaba con ella, para que los otros deſiſtieſſen, deſmayados en creer ſerìa el origen de ella los favores de Daraxa. Hablabanle bien, querianle mal; vertianle almivar por la boca, dexando en el corazon ponzoña; metianlo en ſus entrañas, deſeando verſelas deſpedazadas, haciendole roſtro de riſa, y era la que ſuele hacer el perro à las aviſpas, que tal es todo lo que oy corre, y mas entre los mejores. Bolvamos à decir de Daraxa los tormentos que padecia, el cuidado con que andaba para ſaber de ſu eſpoſo, donde ſe fue, què ſe hizo, ſi eſtaba con ſalud, en què paſſaba, ſi amaba en otra parte; y eſto le daba mas cuidado, porque aunque las madres tambien lo tienen de ſus hijos auſentes, hay diferencia, que ellas temen la vida del hijo, y la muger al amor del marido, ſi hay otra que con caricias, y fingidos alhagos lo entretenga. Què dias tan triſtes aquellos, què noches tan prolixas, què texer, y deſtexer penſamientos, como la tela de Penelope, con el caſto deſeo de ſu amado Ulifes. Mucho dirè callando en eſte paſſo, que para pintar triſteza ſemejante, fuera poco el ardid que usò un pintor famoſo en la muerte de una doncella, que deſpues de pintada muerta en ſu lugar, puſo à la redonda ſus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos, y criados de la caſa en la parte, y con el ſentimiento que cada uno en ſu grado podìa tocarle; mas quando llegò à los padres, dexòlos por acabar las caras, dando licencia que pintaſſe cada uno en ſemejante dolor ſegun lo ſintieſſe; porque no hay palabras, ni pincèl que llegue à manifeſtar amor, ni dolor de padres, ſino ſolas algunas obras, que de los Gentiles havemos leìdo: aſsi lo havrè de hacer. El pincèl de mi ruda lengua ſerà brochon groſſero, y ha de formar borrones, cordura ſerà dexar à diſcrecion del oyente, y del que la hiſtoria ſupiere, como ſuelen ſentirſe paſſiones qual eſta: cada uno lo conſidere, juzgando el corazon ageno por el ſuyo. Andaba tan triſte, que las mueſtras exteriores manifeſtaban las interiores. Viendola Don Luis en tal extremo de melancolìa, y Don Rodrigo ſu hijo, ambos, por alegrarla, ordenaron una fieſta de toros, y juego de cañas, y por ſer la Ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntaronſe las qua-

drillas, de sedas, y colores diferentes cada una, mostrando los quadrilleros en ella sus passiones, qual desesperando, qual con esperanza, qual cautivo, qual amartelado, qual alegre, qual triste, qual zeloso, qual enamorado; pero la paga de Daraxa igual à todos.

Luego que Ozmin supo la ordenada fiesta, y ser su amo en ella quadrillero, pareciòle ser esta la mejor ocasion, y no perder tiempo de vèr su esposa, dando muestra de su valor, señalandose aquel dia; el qual como fuesse llegado al tiempo, que se corrian los toros, entrò en su cavallo, ambos bien aderezados: llevaba con un tafetan azul cubierto el rostro, y el cavallo tapados los ojos con una vanda negra: fingiò ser forastero: iba su criado delante con una gruessa lanza: diò à toda la plaza buelta, viendo muchas cosas de admiracion, que en ella estaban. Entre todo ello assi resplandecia la hermosura de Daraxa, como el dia contra la noche, y en su presencia todo era tinieblas. Pusose frontero de su ventana, donde luego que llegò, viò alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro, que à este punto soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado, y como un Leon de bravo. Assi como saliò, dando dos, ò tres ligeros brincos, se puso enmedio de la plaza, haciendose dueño de ella, con que à todos puso miedo: encarabase à una, y otra parte, de donde le tiraron algunas varas, y sacudiendolas de sì, se daba tal maña, que no consentia le tirassen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances, y ninguno perdido. Yà no se le atrevian à poner delante, ni havia quien à pie lo esperasse, aun de muy lexos: dexaronlo solo, que otros mas del enamorado Ozmin, y su criado, no parecian alli cerca. El toro bolviò al Cavallero como un viento, y fuele necessario sin pereza tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando el brazo derecho (que con el lienzo de Daraxa traìa por el molledo atado) con graciosa destreza, y galàn ayre le atravesò por medio del gatillo todo el cuerpo, clavandole en el suelo la uña del pie izquierdo, y qual si fuera de piedra, sin mas menearse, lo dexò alli muerto, quedandole en la mano un trozo de lanza, que arrojò por el suelo, y se saliò de la plaza. Mucho se alegrò Daraxa en verlo, que quando entrò, lo conociò por el criado, el qual tambien lo havia sido suyo, y despues en el lienzo del brazo. Todos quedaron con general murmullo de admiracion, y alabanza, encareciendo el venturoso lance, y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa, que ponderar el caso, hablandose los unos à los otros: todos lo vieron, y todos lo contaban;

à todos pareciò ſueño , y todos bolvian à referirlo , aquel dando palmadas , el otro dando voces; eſte hablaba de mano , aquel ſe admira ; el otro ſe ſantigua, eſte alza el brazo , y dedo, llena la boca, y ojos de alegria; el otro tuerce el cuerpo , y ſe levanta ; unos arqueando las cejas , otros rebentando de contento, hacen graciosſos matachines , que todo para Daraxa eran grados de gloria. Ozmin ſe recogiò fuera de la Ciudad , entre unas huertas de donde havia ſalido , y dexando el cavallo , trocado el veſtido , con ſu eſpada ceñida , bolviendo à ſer Ambroſio , ſe vino à la plaza. Puſoſe en parte donde vìa lo que deſeaba, y era viſto de quien le queria mas que à ſu vida. Holgaban en contemplarſe , aunque Daraxa eſtaba temeroſa , viendo e à pie, no le ſucedieſſe deſgracia. Hizole ſeñas, que ſe ſubieſſe à un tablado: diſsimulò, que no la entendia, y eſtuvoſe quedo en tanto que los toros ſe corrieron.

Veis aqui al caer de la tarde quando entran los del juego de cañas , en la forma ſiguiente:

Lo primero de todo trompetas, miniſtriles, y atabales, con librèas de colores , à quien ſeguian ocho acemilas cargadas con aces de cañas. Eran de ocho quadrilleros que jugaban , cada una ſu repoſtero de terciopelo encima , bordadas en èl con oro , y ſeda las armas de ſu dueño. Llevaban ſobrecargas de oro , y ſeda , con los garrotes de plata.

Entraron tràs eſto docientos y quarenta cavallos de quarenta y ocho Cavalleros , de cada uno cinco, ſin el que ſervia de entrada , que eran ſeis ; pero eſtos que entraron delante del dieſtro, venian en dos hileras de los dos pueſtos contrarios. Los primeros dos cavallos (que iban pareados) à cada cinco por vanda , llevaban en los arzones , à la parte de afuera , colgando las adargas de ſus dueños,pintadas en ellas enigmas, motes , pueſtas bandas , y borlas, cada una como quiſo. Los mas cavallos llevaban ſolamente ſus pretales de caſcabeles , y todos con jaezes tan ricos , y curioſos , con tan ſobervios bozales de oro , y plata , llenos de riquiſsima pedrerìa, quanto ſe puede exagerar : baſte por encarecimiento ſer en Sevilla , donde no hay poco , ni ſaben de èl , y que los Cavalleros eran amantes,competidores , ricos, mozos , y la dama preſente. Eſto entrò por una puerta de la plaza , y haviendo dado buelta por toda en torno, ſalian por otra que eſtaba junto à la por donde entraron , demanera , que no ſe impedian los de la entrada con los de la ſalida , y aſsi paſſaron todos.

Haviendo ſalido los cavallos, entraron los Cavalleros corriendo de dos en dos las ocho quadrillas: las librèas como hè dicho , ſus lan-

lanzas en las manos, que vibradas en ellas, parecian juntar los cuentos à los hierros, y cada hasta quatro, animando con alaridos à los cavallos, que heridos del agudo azicate, bolaban, pareciendo los dueños, y ellos un solo cuerpo; segun en las ginetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte del Andalucìa, como Sevilla, Cordova, Xerez de la Frontera, sacan los niños, como dicen, de las cunas à los cavallos, à la manera que se acostumbra en otras partes à darselos de caña; y es cosa de admiracion vèr en tan tiernas edades tan duros aceros, y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario exercicio. Dieron à la plaza buelta, corriendo por las quatro partes de ella, y bolviendo à salir, hicieron otra entrada como antes, pero los cavallos mudados, y embrazadas las adargas, y cañas en las manos.

Partieronse los puestos, y seis à seis (à la costumbre de la tierra) se trabò un bien concertado juego, que haviendo passado en èl como un quarto de hora, entraron de por medio algunos otros Cavalleros à esparcirlos, comenzando con otros cavallos una ordenada escaramuza los del uno, y otro puesto, tan puntual, que parecia danza muy concertada, de que todos en mirarla estaban suspensos, y contentos: esta desbaratò un furioso toro, que soltaron de postre. Los de à cavallo, con garrochones que tomaron, comenzaron à cercarlo à la redonda, mas el toro estabase quedo, sin saber à qual acometer: miraba con los ojos à todos, escarbando la tierra con las manos; y estando en esto esperando su suerte cada uno, saliò de travès un mal trapillo haciendole cocos: pocos fueron menester, para que el toro como un rabioso, dexando los de à cavallo, viniera para èl; bolviòse huyendo, y el toro lo siguiò hasta ponerse debaxo de la ventana de Daraxa, donde Ozmin estaba, que pareciendole haverse acogido el mozuelo à lugar privilegiado, y haciendo caso de injuria de su dama, y suya; si alli recibiera mal tratamiento, tanto por esto, como abrasado de los que alli havian querido señalar sus gracias, por medio de la gente saliò contra el toro, que dexando al que seguia, se fue para èl. Bien creyeron todos debia de ser loco, quien con aquel animo acometia para semejante bestia fiera, y esperaban sacarlo de entre sus cuernos hecho pedazos: todos le gritaban, dando grandes voces, que se guardasse. Su esposa, yà se puede considerar qual estarìa, no sè què diga, salvo que como muger, sin alma propia, yà el cuerpo no sentia de tanto sentir. El toro baxò la cabeza para darle el golpe, mas fue

hu-

humillarſele al ſacrificio, pues no bolviò à levantarla, que ſacando el Moro el cuerpo à un lado, y con eſtraña ligereza la eſpada de la cinta todo à un tiempo, le diò tal cuchillada en el peſcuezo, que partiendole los hueſſos del celebro, ſe la dexò colgando del gaznate, y papadas, y alli quedò muerto. Luego, como ſi nada huviera hecho, embaynando ſu eſpada, ſe saliò de la plaza; mas el populacho novelero, tanto algunos de à cavallo, como gente de à pie, lo comenzaron à cercar, por conocerlo: ponianſele delante, admirados de verlo, y tantos cargaron, que caſi lo ahogaban. En ventanas, y tablados comenzaron otro nuevo mormullo de admiracion, qual el primero, y en todos tan general alegria, y por haver ſucedido quando ſe acababan las fieſtas, que otra coſa no ſe hablaba ſino los dos maravilloſos caſos de aquella tarde, dudando qual fueſſe mayor, agradeciendo el buen poſtre que ſe les havia dado, dexandoles el paladar, y boca ſabroſa para contar hazañas tales por immortales tiempos.

Tuvo Daraxa eſte dia (como haveis viſto) ſalteados los placeres, aguada la alegria, los bienes falſos, y los guſtos deſabridos: apenas llegaba el contento de vèr lo que deſeaba, quando al momento la executaba el temor del peligro: tambien la martyrizaba el acordarſe de no ſaber con qual ocaſion otra vez lo veria, ni como apacentaria ſu corazon, ſatisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de ſu deſeo; y como el placer no llega à donde dexa el peſar, no ſe le pudo conocer en el roſtro ſi las fieſtas le huvieſſen ſido de entretenimiento, aunque le traron de ellas. Eſto, y quedar los galanes algo mas picados que antes, encendidos en la mucha hermoſura de Daraxa, deſeoſos como mas agradarla, y ocaſion con que bolver à verla, con aquel orgullo, y ſangre caliente, ordenaron una juſta, haciendo mantenedor à Don Rodrigo. El cartèl ſe publicò una de aquellas noches, con gran aparato de muſicas, y hachas encendidas, que las calles, y plazas parecian arderſe con el fuego: fixaronlo en la parte que à todos fuera notorio, pudiendo ſer leìdo. Havia una tela pueſta junto à la puerta que llaman de Cordova, pegada con la muralla (que la vì en mis tiempos, y la conocì, aunque maltratada) donde ſe iban à enſayar, y corrian lanzas los Cavalleros. Alli Don Alonſo de Zuñiga, como novèl, tambien ſe exercitaba, deſeoſo de ſeñalarſe, por la grande aficion que à Daraxa tenia.

Temiaſe perder en la juſta, y aſsi lo decia en la converſacion publicamente, no porque el animo, ni fuerzas le faltaſſen, mas co-

como la practica en las cosas, hacen à los hombres maestros de ellas, y con la teorica sola se yerran los mas confiados, èl no quisiera errar, hallabase atajado, y cuidadoso.

Por otra parte Ozmin deseaba tener de los enemigos los menos, y yà que èl no podia justar, ni le fuera posible, quisiera entràra en la tela qnien à Don Rodrigo derribàra la sobervia, por ser de quien mas se recelaba. Con este animo, y no de hacer à su amo servicio, le dixo: Señor, si me dàs licencia para decir lo que quiero, dirè lo que por ventura te podrà ser de algun provecho en ocasion honrosa. Don Alonso muy remoto, y descuidado, que le pudiera tratar de tales exercicios, creyendo antes fuessen cosas de sus amores, le dixo: Yà tardas, que crecen el pensamiento, y deseo hasta saberlo. He visto, le dixo, señor, que à la fiesta divulgada de esta justa es forzoso que salgas; y no me maravillo, que donde el premio de glorioso nombre se atraviessa, los hombres anden temerosos, con codicia de ganarlo. Yo tu criado te servirè, adiestrandote en lo que saber quieres de exercicios de cavallerìa, y en breve tiempo, de manera que sean de fruto mis lecciones: no te admire, ni escandalice mi poca edad, que por ser cosas en que me criè, tengo de ellas alguna noticia. Holgòse Don Alonso en oìrlo, y agradeciendoselo, dixo: Si lo que ofreces cumples, à mucho me obligas. Ozmin le respondiò: Quien promete lo que no piensa cumplir, lexos està de ello, entretiene, y busca achaques; mas el que està, como yo, donde no los puede haver (si no es loco) queda forzado à cumplir con obras mas de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercibir las armas de tu persona, y mia, que presto conoceràs quanto mas he tardado en ofrecerlo, que me podrè ocupar en salir de esta deuda libre, y no de la obligacion de servirte. Mandò luego Don Alonso aprestar lo necessario, y prevenido, se salieron à lugar apartado, à donde aquel dia, y los mas siguientes hasta el determinado de la justa, se ocuparon en exercicios de ella; de modo, que brevemente Don Alonso estuvo en la silla tan firme, y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen ayre, y llevando en ella tanta gracia, que parecia lo havia exercitado muchos años; à todo lo qual era de gran importancia (y assi le ayudaban) su gentileza de cuerpo, y buenas fuerzas.

De la destreza de subir à cavallo en ambas sillas, del proceder en las lecciones, del talle, compostura, termino, costumbres, y habla de Ozmin, le naciò à Don Alonso un pensamiento, ser imposible llamarse Ambrosio, ni ser

trabajador, sino trabajado, segun mostraba. Descubria por sus obras un resplandor de persona principal, y noble, que por algun vario sucesso anduviesse de aquella manera, y no pudiendo reportarse, sin salir de este cuidado, apartandolo à solas, en secreto le dixo: Ambrosio, poco havrà que me sirves, y à mucho me tienes obligado: tan claro muestran quien eres tus virtudes, y trato, que no lo puedes encubrir: con el velo del vil vestido que vistes, y debaxo de aquessa ropa, oficio, y nombre, hay otro encubrimiento. Claro entiendo por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes, ò por mejor decir, que me has tenido engañado; pues à un pobre trabajador que representas, es dificultoso, y no de creer sea tan general en todo, y mas en los actos de cavallerìa, y siendo tan mozo. He visto en tì, y entiendo, que debaxo de aquessos terrones, y conchas feas està el oro finissimo, y perlas orientales. Yà te es notorio quien soy, y à mi obscuro quien tu seas, aunque como digo, se conocen las causas de los efectos, y no te me puedes encubrir. Yo prometo por la Fè de Jesu-Christo, que creo, y Orden que de Cavallerìa mantengo, de serte amigo fiel, y secreto, guardando el que depositares en mi, ayudandote con quanto de mi hacienda, y persona pudiere: dame cuenta de tù fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de tì recibidas. Y Ozmin le respondiò: Tan fuertemente, señor, me has conjurado, assi me has apretado los usillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresion, que los tornos de tu hidalgo proceder fuera impossible; y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres, y tienes prometido, sabràs de mi, que soy Cavallero, natural de Zaragoza, en Aragon, es mi nombre Jayme Vives, hijo del mismo. Podrà haver pocos años, que siguiendo una ocasion fuy cautivo, y en poder de Moros, por una cautelosa alevosìa de unos fingidos amigos: si lo causò su embidia, ò mi desdicha, es cuento largo; sabrète decir, que estando en su poder me vendieron à un Renegado, y para el tratamiento que me hizo el nombre basta. Metiòme la tierra adentro hasta llevarme à Granada, donde me comprò un Cavallero Zegri de los principales de ella. Tenia un hijo de mi edad, que se llamaba Ozmin, retrato mio, assi en edad, como el talle, rostro, condicion, y suerte, que por parecerle tanto, le puso mas codicia de comprarme, y hacer buen tratamiento, causando entre nosotros mayor amistad. Enseñèle lo que pude, y supe, segun aprendì de los mios en mi tierra, y con la mucha frequentacion que en ella tenèmos en semejantes exer-

exercicios, de que no saquè poco fruto; porque tratando con el hijo de mi amo de ellos, aumentè lo que sabìa, que de otra manera pudiera ser lo olvidàra; y porque los hombres enseñando aprenden, de aqui vino à resultar afinarse en hijo, y padre la aficion que me tenian, fiando de mì sus personas, y hacienda. Este mozo estaba tratado de casarse con Daraxa, hija del Alcayde de Baza (mi señora, que tu tanto adoras) llegò à punto de tener efecto, por haverlo tenido las capitulaciones, si el cerco, y guerras no lo impidieran: fueles forzoso dilatarlo: Baza se rindiò, y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba, y venìa con presentes, y regalos de una Ciudad à otra: acertè à estàr en Baza, por mi buena dicha, quando vino à entregarse, y asi cobrè mi libertad con los mas cautivos de ella. Quise bolverme à mi tierra, faltòme dinero, tuve noticia que estaba en esta Ciudad un deudo mio: juntaronse dos cosas, el deseo de verla, por ser tan ilustre, y socorrer mi persona. Estuve aqui mucho tiempo, sin hallar à quien buscaba, porque las nuevas de ello fueron inciertas, y saliò cierta mi perdicion, hallando lo que no busquè, como acontece de ordinario. Ibame por la Ciudad vagando, con poco dinero, y mucho cuidado: vì una peregrina hermosura para mis ojos, quando para los otros no lo sea, porque solo es hermoso lo que agrada. Entreguèle mis potencias, quedè sin alma, no supe mas de mì, ni cosa possèa, que suya no sea: esta es Doña Elvira, hermana de Don Rodrigo, hija de Don Luis de Padilla mi señor; y como suelen decir, que de la necessidad nace el consejo, viendome tan perdido en sus amores, y sin remedio de como poderselos manifestar con las calidades de mi persona, tomè por acuerdo acertado escrivir mi libertad à mi padre, y que estaba en mil doblas empeñado, que me socorriera con ellas. Sucediò bien, que haviendomelas embiado, y un criado con un cavallo en que me fuesse, me valì de todo. Los primeros dias comencè à passearla la calle, dando bueltas à todas horas, pero no la podia vèr.

De la continuacion de mi passeo naciò en alguna gente cierta nota, y me traìan sobre ojos, de manera, que para desmentir las espìas, me convino el recato. Mi criado à quien dì parte de mis amores, considerando algunas cosas, me diò por consejo, como mas en dias, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador, y mudando el nombre, porque no se supiera quien fuesse, me pusiesse por peon de albañilerìa. Puseme à pensar què pudiera de ello sucederme, mas como para el amor, y muerte no

hay

hay caſa fuerte , todo lo vencì, todo ſe me hizo facil , determinème, y acertè. Aconteciòme un caſo no penſado , y fue , que acabada la obra, me recibieron por jardinero en la miſma caſa. Fue tal entonces mi buena dicha , creciò tanto mi luna , y el colmo de mi ventura , que el dia primero que aſſentè la plaza, y metì el pie dentro del jardin , fue hallarme con Daraxa: ſe admirò de verme , no menos yo de verla: dimos finiquito de nueſtras vidas , refiriendo nueſtras deſgracias , contandome las ſuyas , y yo las mias , y como los amores de ſu amiga me tenian de aquel modo. Supliquèle , que pues tenia tan clara noticia de mis padres , y mia , y de la ſangre de nueſtro linage, me favorecieſſe con ella , de modo , que por ſu mano, y buena interceſsion, vinieſſe (con el ſanto matrimonio) à gozar el fruto de mis eſperanzas. Aſsi me lo prometiò , y lo que pudo cumpliò ; mas como ſea tan avara mi fortuna , quando mas nueſtros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebraronſe los pimpollos , la flor ſe ſecò de un aſpero ſolano , royò un guſano la raìz, con que todo ſe acabò. Salì deſterrado de ſu caſa , ſin decirme la cauſa , cayendome de la mas alta cumbre de bienes , à la mas infima miſeria de males. El que de la lanzada matò el toro , el que de una cuchillada rindiò al otro , yo ſoy , que en ſu ſervicio lo hice, bien me viò , y conociò , y no poco ſe regocijò , que en el roſtro ſe lo conocì, ſus ojos me lo dixeron; y ſi en eſta ocaſion fuera poſsible, tambien me procuràra ſeñalar, por el guſto de mi dama,que eternizàra mis obras , dando à conocer quien ſoy , y lo que valgo. De no poder executar eſte deſeo rebiento de triſteza : ſi pudiera comprarlo , diera en ſu cambio la ſangre de mis venas. Vès aqui, ſeñor, te he he dicho todo el proceſſo de mi hiſtoria , y remate de deſgracias.

Don Alonſo (acabandole de oìr) le echò los brazos encima, apretandolo eſtrechamente : Ozmin porfiaba en tomarle las manos para beſarſelas , mas no ſe lo conſintiò , diciendo : Eſtas manos, y brazos en tu ſervicio ſe han de ocupar , para merecer ganar las tuyas : no es tiempo de cumplimientos , ni que ſe altere de como haſta aqui , en tanto que tu voluntad ordene otra coſa , y no te ponga cuidado la juſta , que en ella entraràs , no lo dudes. Otra vez quiſiera Ozmin bolver à tomarle las manos , baxando la rodilla en el ſuelo : Don Alonſo hizo lo miſmo , haciendoſe muchas ofertas, con la fuerza de nueva amiſtad. Aſsi paſſaron largas converſaciones aquellos dias, haſta que llegò el de la juſta , en que havian de ſeñalarſe. Yà dixe de Don Rodrigo , como por ſu arrogancia era ſecretamente mal quiſ-

to. Pareciòle à Don Alonſo haver hallado lo que deſeaba, porque juſtando Jayme Vives, eſtaba muy cierto el deſcomponerlo, humillandole la ſobervia. Ozmin por ſu parte tambien lo deſeaba, y antes de ſer hora de armarſe, (por vèr entrar à Daraxa en la plaza) ſe anduvo de eſpacio por ella paſſeando, admirandoſe de verla tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro, y ſeda, quantas no ſe pueden ſignificar, tanta variedad en las colores, tanta curioſidad en el ventanage, tanta hermoſura en las damas, riqueza de ſus aderezos, y veſtidos, concurſo de tan iluſtre gente, que toda junta parecia un ineſtimable joyèl, y cada coſa por sì precioſa piedra engaſtada en èl. Eſtaba la tela, que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atraveſaba por medio de ella el tablado de los Jueces en lugar acomodado, y frontero las ventanas de Daraxa; y de Doña Elvira: las quales en dos blancos palafrenes enjaezados (con guarniciones de terciopelo negro, y chaperìa de plata) con mucho acompañamiento entraron, y dando buelta por toda la plaza, llegaron à ſu aſsiento: luego (dexandola en èl) ſe faliò de ella Ozmin, porque yà querian entrar los mantenedores, los quales llegaron de alli à poco eſpacio muy bien aderezados. Comenzaron à ſonar los miniſtriles, trompetas, y otros inſtrumentos, tañendo ſin ceſſar haſta que ſe puſieron en ſu pueſto. Entraron juſtadores combatientes, y fue de los primeros Don Alonſo, que corridas las tres lanzas (y muy bien, pues fueron las mejores) luego ſe fue à ſu caſa. Yà tenia ganada licencia para un Cavallero amigo ſuyo, que fingiò eſperaba de Xerèz de la Frontera, y eſtaba Ozmin aguardando. Fueronſe à la tela juntos, y apadrinòlo Don Alonſo. Llevaba el Moro las armas negras de todo punto, el cavallo morcillo, ſin plumas la celada, y en ſu lugar por ellas hecha, con gran curioſidad, una roſa del lienzo de Daraxa, cierta ſeñal, en que luego por èl fue conocido de ella. Puſoſe en el pueſto, y quiſo la ſuerte que la primera lanza cupieſſe à un ayudante del mantenedor: hicieron ſeñal, partieron de carrera, Ozmin tocò al contrario en la viſta, donde rompiò la lanza, y bolviendole à dàr de reencuentro con lo tieſſo de ella, lo facò de la ſilla, dando con èl en el ſuelo por las ancas del cavallo; pero no le hizo mas mal, que el gran golpe de las armas. Para las dos ultimas lanzas entrò Don Rodrigo, el qual barreò la primera por encima del bracil izquierdo del Moro, quedando herido de èl en el guarda-brazo derecho, donde rompiò la lanza por tres partes. En la ultima desbarrò Don Rodrigo, y Ozmin rompiò la ſuya en la junta de la ba-

bera, dexandole en ella un pedazo de la astilla; creyeron todos quedaba mal herido, mas defendiòle el almete, aunque le hizo gran daño; y assi, el Moro, rotas las tres lanzas, saliò con victoria ufano, y mucho mas Don Alonso por haverlo apadrinado, que no cabia de contento. Salieron de la plaza, fuese à desarmar à su casa, sin dexarse conocer de otro alguno; y tomando su ordinario vestido, salieron por un postigo de la casa ocultamente, bolviendose à contemplar en su Daraxa, y vèr lo que en la justa passaba. Pusose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dàr las manos: mirabanse el uno al otro, empero èl siempre los ojos tristes, y ella tristissimos, pensando què lo pudiera causar, que su vista no le huviera alegrado. Estuvo confusa de haverle visto justar con armas, y cavallo todo negro. Todo le causò profundissima melancolìa, y tan de veras fue apoderandose de ella, cargandole tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas, quando rebentandole el corazon en el cuerpo (quitandose de la ventana) se fueron à la posada. Los que con ella estaban se admiraron como de alguna cosa no recibia contento, y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis, como prudente Cavallero, en las partes que de ello se trataba, satisfacia; y assi lo hizo à sus hijos aquella noche, que murmurando de ello, les dixo: El alma triste en los gustos llora: què cosa puede alegrar al ausente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en mas, quanto se gozan con los conocidos, y proprios: entre estraños puede haver holguras; pero no sienten, y tanto mas en el alma levantan el dolor, quanto en las agenas vèn alegria. No la culpo, ni me admiro, antes lo juzgo à su mucha prudencia, y lo atribuyo à cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hallase sin sus padres, lexos de su esposo, y (aunque libre) cautiva en tierra estraña, sin saber de su remedio, ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, pongase en el contrario puesto, sentirà lo que aquesto se siente, que no lo haciendo assi, es decir el sano al enfermo, que còma. Passada esta platica secreta entre ellos, trataron en publico lo bien que lo hizo el Xerezano, y como (aunque desearon saber quien huvisse sido) nunca Don Alonso dixo mas de lo primero, creyeron ser verdad. Las tristezas de Daraxa iban muy adelante, ninguno las acertaba, ni daba en el blanco, ni aun al terrero de quantos le assestaban; todos juzgaban al rebès, buscandole quantos entretenimientos podia darle: ninguno era capàz, ni quadraba en el circulo de sus deseos.

Te-

Tenia en el Aljarafe la casa, y hacienda de su mayorazgo, en un lugar Aldèa de Sevilla: era el tiempo templado, à bueltas del Febrero, la caza, y campo parece que alegran en tales dias: acordaron ir à holgarse allà una temporada, por no dexar de andar esta vereda, y vèr si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostrò algo mas buen rostro, creyendo si salia de la Ciudad, havria en el campo modos como vèr, y hablar à Ozmin. Aderezaron la recamara, y era cosa de alegria vèr tanto bullicio, qual que lleva los galgos de trailla, qual và con los podencos, y hurona, quales llevan alcones, qual el buho, qual su escopeta al ombro, ò la ballesta, otros con las acemilas cargadas, todos iban de trulla alborotados con la fiesta. Yà Don Alonso lo sabìa, y havia dicho à Ozmin, que sus damas iban de campo à cierta huelga; y como se quedaban allà por entonces, no sabiendo quando bolverìan. No les pareciò mal, por dos cosas: la una, que allà tendrian por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasion para no ser conocidos. Hacian las noches no claras, ni muy obscuras, no frio, ni calor, antes un agradable sossiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordaron probar la mano, y su buena ventura, caminando à vèr sus damas. vistieronse de labradores: assi salieron al poner el Sol en dos rocines, y antes de llegar al Aldèa un quarto de legua, se apearon en una caserìa, para que yendo à pie, no huviesse nota: entonces les huviera sucedido bien, si la fortuna no rodàra, y les bolviera las espaldas, porque llegaron à tiempo que las damas estaban en un balcon entretenidas en sus conversaciones. No se atreviò à llegar Don Alonso, por no espantar la caza, y dixo al compañero; que fuera solo à negociar por ambos, que pues Doña Elvira lo amaba, y Daraxa le conocia, no havia de que recelarse. Assi Ozmin poco à poco, (con cuidadoso descuido) se fue passeando por delante, cantando en tono baxo, como entre dientes, una cancion Arabiga, que para quien sabìa la lengua, eran los acentos claros, y para la que no, y estaba descuidada, le parecia el cantar de lala, lala. Doña Elvira dixo à Daraxa. Aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio, si supiessen aprovecharse de ellos: no consideras aquel salvage, què voz entonada, y suave que tiene, y và cantando la madre de los cantares? Es como el agua, que llueve en la mar sin provecho. Aora sabes, dixo Daraxa, que son las cosas todas como el sugeto en que estàn, y assi se estiman? Estos Labradores, por maravilla, si tiernos no se tras-

plantan en vida politica, y los ingieren, y mudan de tierras asperas à cultivadas, desnudandolos de la rustica corteza en que nacen, tarde, ò nunca podràn ser bien morigerados; y al rebès, los que son Ciudadanos de politico natural, son como la viña, que dexandola de labrar algunos años, dà fruto, aunque poco; y si sobre ella buelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aqui canta, no serà poderoso un Carpintero con hacha, ni azuela para desalavearlo, ni ponerlo de provecho; pena me dà oìrle aquel cantar de tortola: vamonos de aqui, si te parece, que es hora de acostarnos. Bien se havian entendido los amantes, ella el canto, y èl sus palabras, y el fin con que las dixo. Fueronse las damas, quedandose Daraxa un poco atràs, y en Arabigo le dixo, que esperasse. El quedò aguardando, y en tanto que bolvia, se passeaba por aquella calle. La gente villana siempre tiene à la noble (por propiedad oculta) un odio natural, como el lagarto à la culebra, el cisne al aguila, el gallo al francolin, el langostin al pulpo, el delfin à la ballena, el aceyte à la pez, la vid à la berza, y otros de este modo; que si preguntais, deseando saber, què sea la causa natural, no se sabe otra mas de que la piedra imàn atrae à sì el acero, Eliotropio sigue al Sol, el Basilisco mata mirando, la Celidonia favorece à la vista; que assi como unas cosas entre sì se aman, se aborrecen otras por influxo celeste, que los hombres no han alcanzado hasta oy razon que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto, no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades, y naturaleza diversa; mas hombres racionales, los unos, y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una doctrina, todos en todo lo que es hombres, tan una misma cosa, que todo el hombre naturalmente ame à todo hombre, y en esto haya este resabio, que aquella canalla endurecida, mas empedernida que nuez Galiciana, persiga con tanta vehemencia la nobleza, es grande admiracion. Andabanse tambien passeando aquella noche unos mozuelos, acertaron à vèr à los forasteros, y en aquel punto, sin mas causa, ni razon, sin darles alguna ocasion, comenzaron à convocarse, y llegados en tropa, vinieron diciendo: Al lobo, al lobo; y desembrazando piedra menuda (como si del Cielo lloviera) los apedrearon de manera, que les fue forzoso huìr, y no esperarlos; y assi se bolvieron, que lugar no tuvo Ozmin de despedirse. Fueronse donde estaban sus cavallos, y en ellos à la Ciudad, con animo de bol-

yer

ver la noche siguiente algo mas tarde, para no ser sentidos. De poco les aprovechò, que si rayos del Cielo cayeran, y con ellos pensàran ser deshechos, havia villano en ellos, que antes dexàra la vida, que de guardar el puesto, solo por hacer mal, y daño; pues apenas la otra noche havian metido los pies en el pueblo, quando junta una vandada de aquellos mozalvillos (haviendolos reconocido) qual con honda, qual à brazo, unos con azagayas, palos, y chuzos, otros con assadores, no dexando segura la pala, ò barredero del horno (como à perro que rabia) salieron à ellos; pero hallaronlos mas apercebidos, que la noche passada, porque yà traìan buenas cotas, cascos acerados, y rodelas fuertes. De la una parte vierades pedradas, palos, y alharidos, de la otra muy fuertes cuchilladas, y de entrambas tanto alboroto, que con el ruìdo parecia hundirse el pueblo con la travada guerrilla. Descuidose Don Alonso, y al atravesar de una calle le dieron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayò en tierra, sin hallarse con fuerzas para bolver mas à la pelèa, y como pudo se fue retirando, en tanto que Ozmin se iba entrando con ellos la calle arriba, haciendoles mucho daño, porque algunos, y no pocos quedaban heridos, y tres muertos. Creciendo el alboroto, se convocò el pueblo todo: tomaronle el passo, que no pudo huir, aunque lo probò à hacer. Por otra parte llegò un destripa terrones, y diòle con una tranca de puerta en un ombro, que le hizo arrodillar; mas no le valiò ser hijo del Alcalde, que antes que pudiera bolver à darle segundo (yendose para èl) de una cuchillada le partiò la cabeza por medio, como si fuera de cabrito, dexandole hecho un atùn en la playa, rendida la vida, en pago de su desverguenza. Tantos cargaron por una, y otra vanda, tanto le acosaron, que no pudiendose defender, quedò preso. Daraxa, y Doña Elvira vieron el ruìdo desde su principio, y el alboroto de la prision, como le ataron las manos atràs con un cordel, qual si fuera igual suyo. Unos, y otros lo maltrataron, dandole de puñadas, rempujones, y coces, haciendole mil ignominiosas afrentas, con que se vengaban del rendido. Què cosa tan fea, y torpe, solo de semejantes villanos, usada, como propia! Què os parece tal desgracia? Como lo sentirìa la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos, y muertos de la otra, y su honra enmedio, que haviendo de saber Don Luis el caso, forzoso es preguntaria què buscaba Ambrosio en el Aldèa. En esta confusion sacò de la necessidad consejo, previniendose de una carta, y cerrada la metiò en un cofrecillo suyo, para quando viniess-

nieſſe Don Luis hacer con ella ſu deſcargo. Yà era el otro dia amanecido, y la gente no ſe ſoſſegaba: havian embiado à la Ciudad à dàr noticia del caſo, para que ſe hicieſſe la informacion; y venido el Eſcrivano, comenzaron à examinar teſtigos: acudiò mucho numero de ellos (aun ſin ſer llamados) que los malos para el mal ſe combidan ellos miſmos, y ſe hacen amigos los enemigos. Unos juraron, que con Ozmin venian ſeis, ò ſiete: otros que salieron de caſa de Don Luis, y que de la ventana dixeron: Matadlos, matadlos; otros que eſtando los del pueblo ſeguros, y quietos, les acometieron; otros que los fueron à ſacar de ſus caſas con deſafio, ſin haver hombre que juraſſe verdad. Libreos Dios de villanos, que ſon tieſſos como encinas, y de ſu miſma calidad: el fruto dàn à palos, y antes dexaràn arrancarſe de quaxo por la raìz, quedando deſtruìdos, y ſus haciendas aſſoladas, que dexarſe doblar un poco; y ſi dàn en perſeguir, ſeràn perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, ſino ſolo hacer mal; y es lo malo, y peor, que pienſan los deſdichados que aſsi ſe ſalvan, y por maravilla ſe confieſſan de aquella ponzoña. Las muertes, y heridas quedaron averiguadas, y el hombre cargado de hierro à buen recaudo. Don Luis quando lo ſupo fue à la Aldèa, informòſe de ſu hija, dixole lo paſſado de la manera que havia ſido: preguntòſelo à Daraxa, dixole lo miſmo, y que ella embiò à llamar à Ambroſio, para darle una carta, que encaminaſſe à Granada, y antes que le pudiera llegar à hablar, lo havian apedreado eſtas dos noches; de modo, que (ſin haverſela dado) ſe le havia quedado eſcrita. Don Luis le pidiò ſe la enſeñaſſe, para vèr què podria embiar à decir; y à ſus eſcuſas ella hizo como que le peſaba de darla: no fue neceſſario rogarſelo mucho, pues otra coſa no deſeaba, y ſacandola de donde la tenia, dixo: Doyla porque ſe entienda mi verdad, y no ſe ſoſpeche, que eſcrivo coſas dignas de eſconderſe. Don Luis la tomò, y queriendola leer, viò que eſtaba en Arabigo, y no ſupo. Buſcò deſpues quien la leyeſſe, y lo que iba eſcrito era decir à ſu padre el cuidado en que vivia, por ſaber de ſu ſalud, que ella la tenia; y ſi el deſeo de verle no lo impidiera, eſtaba la mas contenta, y acariciada de Don Luis, que ninguno de ſus hijos; y aſsi le ſuplicaba, que en reconocimiento de eſta corteſìa, y buen hoſpedaje, lo regalaſſen con un preſente.

Como en ſemejantes alborotos las diſſenſiones crecen, y cada uno canoniza ſu preſuncion ſegun ſe le antoja, murmuraban de Don Luis, y de la gente de ſu caſa, y à èl ſe le ſubia la moſtaza à

las narices; mas como Cavallero cuerdo, tuvo mejor disimular en algo, y bolver à la Ciudad su casa, y gente.

Quando sucedieron estas cosas, yà Granada se havia rendido con los partidos, que sabemos por las historias, y aun oìmos à nuestros padres. Entre los Nobles que en ella quedaron, fueron los dos consuegros Alboacen, padre de Ozmin, y el Alcayde de Baza: ambos pidieron el Bautismo, deseando ser Christianos, y siendolo, el Alcayde suplicò à los Reyes le diessen licencia para vèr à Daraxa su hija: siendole otorgada, dixeron, que le mandarian avisar como, y quando seria. Alboacen, creyendo que su hijo serìa muerto, ò cautivo, hizo muchas diligencias para informarse donde pudieran darle alguna nueva, mas nunca descubriò rastro suyo. Estaba tan triste por ello, quanto lo pedia pèrdida de tal hijo, solo, de padres principales, y ricos. No lo sentia menos el Alcayde, pues por tan su verdadero hijo lo tenia, como propio padre, y por lo que Daraxa sentirìa quando le diessen tan pesarosas nuevas. Los Reyes por su parte embiaron à Sevilla su mandado, y que luego Don Luis partiesse à donde estaban, y traxesse consigo à Daraxa, con el respeto que de èl confiaban. Vistas las cartas, y entendida esta orden, ella quedò fuera de sì, por serle forzoso en esta ocasion hacer ausencia, sin saber el fin que havia de tener, y el estrecho en que dexaba el preso. Hallòse confusa, imaginativa, y triste, llamandose mil veces desdichada sobre la misma desdicha, y la mas lastimada de todas las mugeres. Queriendo atropellarlo todo, y perder con su esposo la vida, estuvo perplexa, y determinada de hacer un atrocissimo yerro, en señal del casto, y verdadero amor que à Ozmin tenia, mas era de buen juicio; y corriendo sus crueles imaginaciones, bolviendo sobre sì, determinò fiar sus desdichas en manos de la fortuna su enemiga, y esperando el fin que le daba, pues el ultimo mal era la muerte, no quiso desesperarse; mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lagrimas, que le rebentò de los ojos: todos creyeron era de alegria de bolver à su patria, y engañabanse todos: cada uno la alentaba, y ninguno la consolaba. Llegò Don Rodrigo à despedirse de ella, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dixo tales palabras: Bien pudiera, señor Don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones à las obras que de vos en esta ocasion pretendo, y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dexar de pedirla, ni vos de concedermela, por la mucha parte que teneis en ella. Yà sabeis la obligacion de hacer bien à quanto nos es-

estreche, si como ley natural divina con todos habla, y no hay barbaro que la ignore: esta tiene tanta fuerza , quantas mas razones se le alegan, entre las quales una principal, y no pequeña, es à los que dimos nuestro pan , y bastàra para que correspondiendo à quien sois, no fuera mi intercesion necessaria ; mas lo que quiero con ella pediros, es,que (como sabeis) Ambrosio fue criado de vuestros padres, y de los mios, tenemosle por ello particular deuda, y yo mayor, haviendolo puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo para ello causa suya, mas de mi proprio interesse : de mi mano està puesto en el peligro, de ello estoy hecha cargo, si librarme quereis de èl, si pretendeis obligarme al vuestro, para que siempre quede agradecida, ha de ser , que cargando sobre vuestro cuidado mi proprio deseo, acudais à su libertad , que es la mia, con las veras que os lo suplico ; Don Luis mi señor, antes que de aqui conmigo parta, harà su posible diligencia con sus amigos , y deudos, para que los unos ayudados de los otros en su ausencia, me saquen libre de esta deuda. Don Rodrigo se lo prometiò, y assi se partieron.

Como la pobre señora dexaba en tanto riesgo à su querido esposo, sentia su pena, y tanto mas, quanto mas de èl se alexaba, de manera, que quando à Granada llegò , no parecia ser ella. Llevaronla luego à Palacio, donde serà bien que la dexemos, y bolvamos al preso , à quien Don Rodrigo favorecia como si fuera su hermano. Don Alonso como escapò lastimado en los pechos, acostòse mal dispuesto ; pero en sabiendo que havian traìdo el preso à Sevilla, se levantò, y sin sossegar un momento, solicitaba el pleyto, qual si fuera suyo mismo; mas como las partes acusassen , y fuessen mal intencionados los actores, y los muertos, y heridos muchos,no lo pudieron defender, que no fuesse condenado à horca publica. Don Rodrigo se enojò de que à su padre, y à èl se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado. Por otra parte Don Alonso le defendia , diciendo, no poder permitirse fuesse ahorcado un Cavallero de noble sangre, tal como Jayme Vives, amigo suyo; que quando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvàran la vida , y en especial de muerte de horca, y debiera ser degollado. La justicia quedò confusa, sin saber què fuera el caso: Don Rodrigo le llama criado, y Don Alonso amigo: Don Rodrigo le defiende, pidiendo por Ambrosio; y alega Don Alonso por Jayme Vives, Cavallero natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes, de que toda la Ciudad era testigo, y en la justa, siendole padrino, derribò

al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir de esta duda, se resolvieron los Jueces en tomar su declaracion. Preguntaronle, si era Cavallero? Respondiò ser Noble, de sangre Real, pero no llamarse Ambrosio, ni Jayme Vives. Pidenle, que diga su nombre, y califique su persona. Respondiò, que por no descubrirse, escusarà la pena; y que haviendo de morir indubitablemente, no era necessario decirlo, ni de importancia padecer una, y otra muerte. Rogaronle dixesse, si havia sido el que Don Alonso decia, que tan señalado anduvo en los toros, y justa? Respodiò ser asi, pero no tenia los nombres que decian; y como tan de veras negasse su linage (pareciendoles hombre de calidad) fueronse deteniendo algo con èl, para verificar quien fuesse, y por què los dos Cavalleros lo defendian, y en general toda la Ciudad deseaba su libertad, y le estaban aficionados. Con esto despacharon à Zaragoza, que se averiguàra la verdad, y supiera su nacimiento; mas haviendose gastado algunos dias en ello, y hecho muchas diligencias, no se descubriò quien de èl diesse noticia, ni supiera quien pudiera ser el Cavallero de su nombre, ni señas. Traìdo este mal despacho, aunque le importunaron sus amigos, y la Justicia le requiriò diversas veces que se calificàra, jamàs lo quiso hacer, ni fue posible. Asi (passados los terminos) los Jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad, y valentìa, no pudiendo dexar de hacer justicia, siendo con importunacion pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

Daraxa, ni sus padres no dormian en quanto esto passaba, que yà tenian hecha relacion à sus Altezas de todo el caso. Dabanseles memoriales por momentos: Daraxa personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiendola de merced, y nada se respondìa; pero secretamente despacharon luego à Don Luis con su Real provision à las Justicias, para que en el estado que aquel pleyto estuviesse originalmente con el preso se lo entregassen, que asi convenìa à su servicio. Don Luis partiò con mucha diligencia, como le fue mandado; y la pobre Daraxa, padre, y suegro, se deshacian en lagrimas, considerando la priessa que la justicia se daria en despachar al pobre Cavallero, y que à sus peticiones, y merced suplicadà se respondiesse con tanto espacio. No sabian què decir de dilacion semejante, sin darles alguna buena, ni mala respuesta, ni esperanza. Causabales mucha pena; no alcanzaban lance con que remediarlo, ni lo havian dexado por in-

intentar, porque temian ſobre todo el peligro en la tardanza.

En quanto en eſto vacilaban, yà (como dixe) Don Luis caminaba muy aprieſſa, y con mucho ſecreto. El entraba por las puertas de Sevilla, Ozmin ſalia por las de la Carcel à ſer ajuſticiado: las calles, y plazas por donde lo paſſeaban eſtaban llenas de gente: todo el lugar con gran alboroto, no havia perſona, que no lloraſſe, viendo un mancebo tan de buen talle, y roſtro, valiente, y bien quiſto, por los famoſos hechos que publicamente hizo, y mayor dolor ponia vèr que morìa ſin querer confeſſar. Todos creìan lo hacia por eſcapar, ò dilatar la vida; mas palabra no hablaba, ni triſteza moſtraba en el roſtro, antes con ſemblante caſi riſueño iba mirando à todos. Pararonſe con èl un poco, para perſuadirlo à que confeſſaſſe, y no quiſieſſe aſsi perder el alma con el cuerpo: à nada reſpondia, y à todo callaba. Eſtando aſsi todos en eſta confuſion, y la Ciudad eſperando el eſpectaculo triſte, llegò Don Luis apartando la gente, para impedir la execucion. Los Alguaciles creyeron era reſiſtencia; pero con el temor que le tenian, por ſer arriſcado, y poderoſo Cavallero, deſamparando à Ozmin (con gran alboroto) fueron à dàr cuenta de lo paſſado à ſus mayores. Ellos venian à ſaber, què pudiera cauſar deſacato ſemejante. Saliòles Don Luis al encuentro con el preſo, enſeñòles la orden, y el recaudò de los Reyes, que con gran guſtò fue de ellos obedecida. Con mucho acompañamiento de todos los Cavalleros de aquella Ciudad, y comun alegria de ella llevaron à Ozmin à caſa de Don Luis, haciendo aquella noche una galana maſcara, poniendo muchas hàchas, y luminarias en las calles, y ventanas, por el general contento, y ſeñal de regocijo: quiſieran hacer las publicas aquellos dias, porque ſe ſupo entonces quien era; mas Don Luis no diò lugar à ello, que guardando la inſtruccion, ſe partiò con el preſo luego por la mañana, llevandolo muy regalado.

Haviendo llegado à Granada, lo tuvo conſigo ſecretamente algunos dias, haſta que ſus Altezas le mandaron llevar à Palacio. Quando le puſieron en ſu preſencia, ſe holgaron de verlo, y teniendolo ante sì, mandaron ſalir à Daraxa. Viendoſe los dos en lugar ſemejante, y tan agenos de ello, podràs por tu pecho ſer juez de la no penſada alegria que recibieron, y lo que cada uno de ellos pudiera ſentir. La Reyna ſe adelantò, diciendoles como ſus padres eran Chriſtianos, aunque yà Daraxa lo ſabia: pidiòles, que ſi ellos lo querian ſer, les haria mucha merced, mas que el amor, ni temor les obligaſſe, ſino ſolamente el de Dios, y de ſalvarſe; por-

porque de qualquiera manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas, y hacienda dispusiessen à su voluntad. Ozmin quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciendose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio, y diciendo, que queria ser baptizado, pidiò lo mismo en presencia de los Reyes à su esposa Daraxa, que los ojos no havia quitado de su esposo, teniendolos vertiendo suaves lagrimas, y bolviendolos entonces con ella à los Reyes, dixo: Que pues la voluntad de Dios havia sido darles verdadera luz, trayendolos à su conocimiento por tan asperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazon à lo mismo, y à la obediencia de los Reyes sus señores, en cuyo amparo, y Reales manos ponian sus cosas. Asi fueron baptizados, llamandolos à èl Fernando, y à ella Isabèl (segun sus Altezas) que fueron los padrinos de pila, y luego à pocos dias de sus bodas, haciendoles cumplidas mercedes en aquella Ciudad, à donde habitaron, y tuvieron ilustre generacion.

Con gran silencio veniamos escuchando aquesta historia, quando llegamos à vista de Cazalla, que pareciò haverla medido al gusto, aunque mas dilatada, y con alma diferente nos la dixo de lo que yo la he contado. El Arriero, que estuvo mudo desde que se comenzò (aunque todos tambien lo veniamos) yà hablò, y lo primero fue decir: Ea, señores, apeense, que he de ir por esta senda à los Lugares; y à mi me dixo: y èl, señor mancebito, hagamos cuenta. Aun este trago me queda por passar? dixe entre mì, porque crei haver sido amistad lo passado: cortème, no supe que responder otra cosa, mas de preguntarle, què le debìa por la cavallerìa de nueve leguas? Deme lo que mandare, como estos señores. De la mesa, y posada montò tres reales: hizoseme caro el vientre del machuelo; demàs, que para pagarlo no havia dinero; dixele: Hermano, lo del escote veislo aqui, pero la cavallerìa no la debo, que vos me combidasteis con ella sin pedirosla. Aun esso serìa el diablo, si quisiesse haver venido cavallero de valde. Bolvile à replicar: comenzamos à barajar sobre ello, pusieronse los Clerigos de por medio, y condenaronme que pagasse la cebada de mi jumento de aquella noche: paguèla, y hice balance de cuenta con la bolsa, sin dexar en ella mas de veinte maradis, con que me ajustè aquella noche: el mozo se fue à su hacienda, los Clerigos, y yo entramos en Cazalla, donde nos despedimos, yendose cada uno por su parte.

***



LIBRO SEGUNDO DE GUZMAN DE ALFARACHE.

TRATASE COMO VINO A SER PICARO, y lo que ſiendolo le ſucediò.

CAPITULO PRIMERO,

COMO GUZMAN DE ALFARACHE, SALIENDO de Cazalla, à la buelta de Madrid, en el camino ſirviò à un Ventero.



VESME aqui en Cazalla, doce leguas de Sevilla, Lunes de mañana, la bolſa apurada, y con ella la paciencia, ſin remedio, y acuſado ladron en profecìa. El dia primero ſentì mucho, aunque mas el ſegundo, porque creciò el cuidado, y lloviò ſobre mojado, havia dinero, y comia, que los duelos con pan ſon menos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa. El dia tercero fue caſi de muerte, cargò todo junto; hallème como perro flaco, ladrado de los otros, que à todos enſeña dientes, todos le cercan, y acometiendo à todos, à ninguno muerde: trabajos me ladraron, teniendome rodeado: todos me picaban, y mas que otro, no haver que gaſtar, ni modo con que buſcar el ordinario. Conocì entonces lo que es una blanca, y como el que no la gana no la eſtima, ni ſabe lo que vale, en tanto que no le falta, fue la primera vez que vì à la neceſſidad ſu cara de Herege. Por cifra entendì, y deſpues conſiderè ſus efectos: quantos torpes actos acomete? quantas atroces imaginaciones repreſenta? quantas infamias

mias ſolicita? à quantos diſparates eſpolea? y quantos impoſsibles intenta? Con eſte he viſto lo poco que ſe contenta nueſtra madre naturaleza, y por mucho que à todos dè, ninguno eſtà contento, todos viven pobres, publicando neceſsidad. O Epicureo, deſbaratado prodigo, que locamente dices: Comer tantos millares de ducados de renta! di que los tienes, y no que los comes; y ſi los comes, de què te quexas? Pues no eres mas hombre que yo, à quien podridas lantejas, cocoſas habas, duro garvanzo, y ratonado vizcocho me tiene gordo: no me diràs què lo cauſa? Yo no lo sè; mas yà tengas neceſsidad, ò te pongas en ella (que es lo que mejor puede creerſe) allà te lo hayas, mis duelos lloro: ella es maeſtra de todas las coſas, invencionera ſutìl, por quien hablan los tordos, picazas, grajos, y papagayos. Vi claramente como la contraria fortuna hace à los hombres prudentes; en aquel punto me pareciò haver ſentido nueva luz, que como en claro eſpejo me repreſentò lo paſſado, preſente, y venidero. Haſta oy havia ſido bozal, quadrabame bien el nombre: Hijo de la viuda, bien conſentido, y mal doctrinado. Tenia mucho por desbaſtar; el primer golpe de azuela fue el de eſte trabajo; de manera me eſcociò, que no lo sè encarecer: vime desbaratado, engolfado, ſin ſaber del puerto, la edad poca, la experiencia menos, debiendo ſerlo mas, y lo peor de todo, que (conociendo por preſagios mi perdicion) queriendo tomar conſejo, no conocia de quien poderlo recibir. Entrè conmigo en cuenta, hallemela muy mala, mucho cargo, y poca data; quiſiera no paſſar de alli, porque para ir adelante me faltaba recaudo, aunque tambien para bolverme: hizoſeme verguenza, yà que ſalì, quedarme (como dicen) al quicio de la puerta, à ojos de mi madre, amigos, y deudos. Valgame Dios, quantas coſas he viſto deſpues acà perdidas por eſte hizoſeme verguenza! Quantas doncellas lo han dexado de ſer, hallandoſe obligadas de un papel de confites, y unas coplas, ò porque un vano le hizo tañer à la puerta, y la enamorò con agena gracia de lo que cantò el otro por èl? Quantos majaderos han hecho fianzas, que han pagado la deuda, quedando perdidos, y ſus hijos à los Hoſpitales? Quanto dinero ſe preſtò, por hacer amiſtad, que ſe perdiò el amigo, y la deuda eſtà por cobrar, y quien lo diò no lo come, y el que lo recibiò lo tiene ſobrado, y no ſe atreven à pedirlo, por hacerles verguenza? Hagote ſaber (ſi no lo ſabes) que es la verguenza como redes de telarejo, ſi un hilo ſe quiebra, toda ſe deshace, por èl ſe và. Para las coſas de que puede reſultarſe da-

ño , y estrecharse notablemente, dexarla ir , quiebrale los hilos , y te asseguro , que no me digas mal por ello ; y el pesar que has de recibir, hecha la cosa que te piden, llevelo el que te la pide , y no la hagas , que es muy de tontos la verguenza para lo que les cumple. De ti mismo es bien que tengas verguenza , para no hacer (aun à solas) cosa torpe,ni afrentosa , que para lo mas , què sabes tu de què color es , ni què hechura tiene? Sueltala en lo que te importa , no la tengas encadenada, como à perro tràs la puerta de tu ignorancia: dale cuerda , corra, trote ; solo tèn verguenza de no hacer desverguenza (como dixe) pues lo que llamas verguenza, no es sino necedad. Si à mi se me hiciera verguenza , no gastàra en contarte los pliegos de papel de este volumen , y les pudiera añadir quatro ceros adelante ; mas voy por la posta , obligandome à decirte cosas mayores de mi vida , si Dios para ello me la concede. Digo que sentì mucho bolver sin capa , haviendo salido con ella , ni quedarme (à manera del hablar) en el barrio. Hicelo punto de honra, que haviendo tomado resolucion en partirme , fuera pusilanimidad bolverme. Ojo, pues, quien executa otro tal : Hicelo punto de honra. A las manos me venido la buena dueña , no creo saldrà de ellas con tocas en la cabeza : ella irà desmelenada, y sin reverendas : el agua la tengo à la boca , vengarme pienso , poniendola los pies sobre el pescuezo , echandola à fondo. Pluguiera Dios (orgulloso mancebito, hombre desatinado,viejo sin seso) yo entonces entendiera ,ò tu aora supieras lo que es honra , para los dislates que haces, y simplezas que sigues. No quiero assi discantar sobre el canto llano de mis palabras , yo te cumplirè la mia, diciendote quien es , con que seràs desengañado ; quedese apuntado , que presto le darè alcance. Hicelo punto de honra (dixe entre mi) confianza en Dios , que à nadie falta : con esto determinè passar adelante , y por entonces à Madrid , que estaba alli la Corte, donde todo florecìa, con muchos del Toyson,muchos Grandes,muchos Titulados , muchos Prelados , muchos Cavalleros , gente principal , y sobre todo , Rey mozo , recien casado. Pareciòme,que por mi persona , y talle todos me favorecieran , y allà llegado anduvieran à las puñadas,haciendo diligencia sobre quien me llevaba consigo. O què de cosas me ocurren juntas en esta simplicidad ! quanto distan las obras de los pensamientos que he hecho! què frito , què guisado , què facil es todo al que piensa ! què dificultoso al que obra ! Pintò la imaginacion , que es el pensar un bonito niño, corriendo por lo llano en un cavallo de caña , con

una rehilandera de papel en la mano, y el obrar un viejo cano, calvo, manco, y cojo, que fube con dos muletas à efcalar una muralla muy alta, y bien defendida. He dicho mucho? Pues digo que no es menos. Què bien fe difponen las cofas de noche à obfcuras, con el almohada! como faliendo el Sol, al punto las deshace, como à la flaca niebla en el Eftio! Quien me pudiera vèr quando efta cuenta hice, con quanto cuidado, y poca gana de dormir la fabriquè! fueron caftillos en arena, fantafticas quimeras apenas me veftì, que todo eftaba en tierra: tenia trazadas muchas cofas, ninguna faliò cierta, antes al revès, y de todo punto contrarias: todo fue vano, todo mentira, todo ilufion, todo falfo, y engaño de la imaginacion, todo cifco, y carbon, como teforo de duende.

Luego profegui mi camino, bufquè una cañita que llevar en la mano; pareciòme que con ella era llevar capa, pero no me honraba, ni abrigaba tanto: fervíame de fuftentar el brazo, para dàr aliento à los pies. Acertaron à paffar dos de mula, creì, que yendo con ellos me harian la cofta. Pefcar con mazo no es renta cierta, ni el penfar es faber: no llevaban mozo, ni largo paffo, pero corto el animo, por lo que conmigo hicieron: dì à caminar, figuiendolos, y à tres leguas de alli hicieron medio dia. Yo rebentaba corriendo, y galopeando, por no quedarme atràs, que aun fu efpacio (para mis cortas fuerzas) era priefla. Eftos fueron hombres, ò mejor dixera beftias, que palabra no hablaron, y creo que de avarientos; y algunos lo fon tanto, que la faliva no daràn, fi faben que es medicina. Eftos miferables callaban, por no ayudarme fiquiera con buen entretenimiento: aun yà fi fueran diciendo cuentos, como el paffado, el canfancio no fe fintiera tanto, que la buena converfacion, donde quiera es manjar del alma, alegra los corazones de los caminantes, efparce los animos, olvida los trabajos, allana los caminos, entretiene los males, alarga la vida, y por particular excelencia lleva cavalleros à los de à pie. Llegamos à la pofada juntos, y yo tal, que de mì à un difunto havia poca diferencia; pero por grangear un pedazo de pan, eftamos obligados à falir de paffo, y olvidar puntillos. Hice mas de lo que pude, humillème, comedime à fervirlos, meterles las mulas en la cavalleriza, y entrar la ropa en el apofento. Ellos debian de tener falud, yo peftilencia, que al primer ofrecimiento me dixo el uno: A un lado, feñor galan, defviefenos de aqui. O traydores, enemigos de Dios! (dixe) con què caridad comienzan, què efperanza podrè tener me daràn la comida? O fi en el camino me rindie-

diere, me dexaràn ſubir en ancas de una mula? Sentaronſe à comer, apartème à un poyo que eſtaba enfrente, con penſar quizà me dieran algo de la meſa, pero nunca quiſieron. Llegò alli un Frayle Franciſco à pie, y ſudando: ſentòſe à deſcanſar, y de alli à poco ſacò de una talega en que llevaba pan, y tocino. Yo eſtaba tan traſpaſſado de hambre, que caſi queria eſpirar; y no atreviendome con palabras, de verguenza, ò cobardìa, con los ojos le pedì me dieſſe un bocado por amor de Dios. El buen Frayle (entendiendome) dixo con un ahinco, qual ſi le fuera la vida el darlo: Vive el Señor, aunque me quedàra ſin ello, y qual tu eſtàs aora, te lo diera: toma, hijo. Bondad immenſa de Dios! Eterna Sabidurìa! Providencia Divina! Miſericordia Infinita, que en las entrañas de la dura piedra ſuſtentas un guſano, y como con tu largueza celeſtial todo lo ſocorres! Los que podian, y tenían, con ſu avaricia, no me lo dieron, y hallelo en un mendìgo, y pobre Fraylecito: quien proprias neceſsidades no tiene, mal ſe acuerda de las agenas. La mia eſtaba preſente, vieronla, y mis pocos años, que iba rebentando, canſado de tenerles compañia, y no ſe compadecieron algo de mi neceſsidad. Mi buen Frayle partiò conmigo de ſu vianda, con que me dexò ſatisfecho. Si como aquel bienaventurado iba àcia Sevilla, llevàra mi viage, fuera mi reſcate, mas teniamos encontrado el camino. Al tiempo que ſe quiſo ir, diòme otro medio panecillo que le quedaba, y dixo: Vete con Dios, que ſi mas llevàra, mas te diera. Metilo en el forro del faldamento del ſayo, y fuime poco à poco mi camino: lleguè à tener la noche otras tres leguas adelante, donde cenè mi pan ſin otra coſa, ni huvo quien me la diera. Era jornada de Arrieros; juntaronſe algunos, mandòme el Ventero entrar à dormir al pajar, hicelo aſsi, paſsè mi trabajo, como el que mas no pudo. La cena fue ligera, bien ſe creerà ſin juramento, que no me levantè à la mañana empachado el vientre; y queriendo irme, pidiòme el hueſped un quarto de poſada, no lo tuve, ni ſe lo pude pagar: harto deſeò el traydor quitarme el ſayo, que era de buen paño: vime apretado, y caſi ſe raſaron los ojos de agua. Moviòſe à laſtima uno de los Arrieros, que no todos ſon blasfemos, y deſalmados, y dixo: Dexadlo, hueſped, que yo lo darè. Sus compañeros me preguntaron: Muchacho, de adonde eres? Donde vas? Reſpondiòles el que pagò por mì: Què le preguntais? perdido, no ſe le conoce? Amargo eſta de vèr que và huyendo de caſa de ſu padre, ù de ſu amo. Dixome el hueſped: Oyes mozuelo, quieres aſſentar ſoldada conmigo? No me pareciò para de preſen-

ſente malo, aunque ſe me hacia duro aprender à ſervir, haviendo ſido enſeñado à mandar. Dixele que sì. Pues entra, y quedate, que no quiero que me ſirvas de otra coſa, mas que en dàr paja, y cebada, teniendo buena cuenta con cada uno à quien la dieres. Harèlo, le reſpondì; y aſsi me quedè por algunos dias, comiendo ſin taſſa, y trabajando con ella, como por paſſatiempo, que haſta las noches quando venian los Arrieros, todo lo reſtante con paſſageros no era de conſideracion. Alli ſupe adovar la cebada con agua caliente, que crecieſſe un tercio, y medir falſo, raer con la mano, hinchar el pulpejo, requerir los peſebres; y ſi alguno me encargaba dieſſe recaudo à ſu cavalgadura, le eſquilmaſſe un tercio. Algunos mancebilletes de ligas, y vigotes venian à lo pulido, y ſin mozo, haciendo de Cavalleros: con los tales era el eſcudillar, porque llegabamos à ellos, y tomandoles las cavalgaduras, las metiamos en ſu lugar, donde les dabamos libranza ſobre las Ventas de adelante para la media paga, que la otra media recibian alli luego de ſocorro, aunque mal medida, y aun para ella tenia por coadjutores las gallinas, y lechones de caſa, ſi acaſo faltaba el borrico, y otras veces entraban todos à la parte, porque no ſe repara entre buenos en poquedades; pero à fee, que à la cuenta lo pagaban por entero: nueſtras bocas eran medidas, no teniendo conſideracion à poſturas, ni aranceles, porque aquellos no ſe guardan, ſolo ſe ponen alli para que ſe pague cada mes al Alcalde, y Eſcrivano los derechos de ello, y para tener un achaque, ſi tenian fixada la cedulilla, ò no, con que llevarles la pena. Las cavalgaduras, yà ſe ſabe lo que come cada una, y en quanto ſalen por cabeza de paja, cebada, y poſada. La cuenta de la meſa era para mì gracioſo entretenimiento; porque ſiempre nos arrojabamos al buelo, y eſtabamos dieſtros en decir: Tantos reales, y tantos maravedis, y hagales buen provecho, cargando ſiempre un real mas, que una blanca menos. Muchos como cuerdos lo pagaban luego; y algunos noveles, ù de la hoja, pedian de què, y era cortarſe las cabezas, porque (ſubiendo los precios à todo) ſiempre buſcabamos que añadir, aunque fueſſe de guiſar la olla, y venian à faltar dineros, los que pagaban como por mandamiento de apremio. La palabra del Ventero es una ſentencia difinitiva, no hay à quien apelar ſino à la bolſa, y no aprovechan brabatas, que ſon los mas quadrilleros, y (por ſu mal antojo) ſiguen à un hombre callando haſta poblado, y alli le probaràn, que quiſo poner fuego à la venta, y le diò de palos, ò le forzò la muger, ò hija,

solo por hacer mal, y vengarse. Teniamos tambien en casa unas añagazas de municion para provisiones de pobretes passageros, y eran ellas tales, que ninguno entràra en la venta à pie, que dexàra de salir à cavallo. Pues olvidesete algo, ponlo à mal cobro, que luego lo hallaràs. Què de robos, què de tyranìas, quantas desverguenzas, què de maldades passan en ventas, y posadas; què poco se teme à Dios, ni à sus Ministros, y Justicias, pues para ellos no las hay, ò es que vàn à la parte, y no es tal cosa de creer; pero yà se ignore, ò se entienda, serìa importante el remedio, que se dexan muchas cosas de seguir, y los acarreos detienen las mercaderìas, por la costa de ellos. Cessan los tratos por temor de Venteros, y Mesoneros, que por mal servicio llevan buena paga, robando publicamente. Soy testigo haver visto cosas, que en mucho tiempo no podria decir de aquestas insolencias, que si las oyeramos passar entre barbaros, como à tales los culpàramos: no es pues (prometo) la reformacion de los caminos, puentes, y ventas, no es lo que requerìa menos cuidado, que las muy graves, por el comercio, y trato, aunque yà quando yo de aquì salga, poco me quedarà que andar.

CAPITULO II.

COMO GUZMAN DE ALFARAche, dexando al Ventero, se fue à Madrid, y llegò hecho picaro.

SIendo aquella para mì una vida descansada, nunca me pareciò bien, y menos para mis intentos; porque al fin era mozo de Ventero, que es peor, que de ciego. Estaba en camino passagero; no quisiera ser alli hallado, y en aquel oficio, por mil vidas que perdiera. Passaban mozuelos caminantes de mi edad, y talle, mas, y menos; unos con dinerillos, y otros pidiendo limosna, dixe: Pues pese à tal, he de ser mas cobarde, ò para menos que todos? pues no me pienso perder de pusilanime. Hice corazon, y buen rostro à los trabajos, con que dexando mi venta, me fuy visitando las de adelante con alguna moneda de vellon, ganada en buena guerra, y de algunos mandados que hice: era poco, y consumiòse presto. Comencè à pedir por Dios; algunos me daban à medio quarto, y los mas me decian: Perdona, hijo. Con el medio quarto, y otros que se le arrimaban, comia segun alcanzaba el gaudeamus, y con el perdona hijo, no remediaba letra, y perecia. Dabase muy poca limosna, y no era maravilla, que en general era el año estèril, y si estaba mala la Andalucìa,

cia, peor quanto mas adentro del Reyno de Toledo, y mucha mas necesidad havia de los puertos adentro. Entonces oì decir: *Librete Dios de la enfermedad, que baxa de Castilla, y de hambre que sube del Andalucìa.*

Como el pedir me valia tan poco, y lo compraba tan caro, tanto me acobardè, que propuse no pedirlo, por extremo en que me viesse: fuimè valiendo del vestidillo que llevaba puesto; comencelo à desenquadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enagenadas, y otras por empeño, hasta la buelta; de manera, que quando llegue à Madrid, entrè hecho un gentil galeote, bien à la ligera, en calzas, y camisa: esso muy sucio, roto, y viejo, porque para el gasto fue todo menester. Viendome tan despedazado, aunque procurè buscar à quien servir, acreditandome con buenas palabras, ninguno se asseguraba de mis obras malas, ni queria meterme dentro de su casa en su servicio, porque estaba muy asqueroso, y desmantelado. Creyeron ser algun picaro ladroncillo, que les havia de robar, y acogerme. Viendome perdido, comencè à tratar el oficio de la florida picardia; la verguenza que tuve de bolverme, perdila por los caminos, que como vine à pie, y pesaba tanto, no pude traerla, ò quizà me la llevaron en la capilla de la capa, y asi debiò de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos, y calosfrios, que pronosticaron mi enfermedad. Maldita sea la verguenza que me quedò, ni yà tenìa, porque me comencè à desenfadar, y lo que tuve de vergonzoso, lo hice desemboltura, que nunca pudieron ser amigos el hambre, y la verguenza. Vì que lo passado fue cortedad, y tenerla entonces fuera necedad, y erraba como mozo, mas yo lo sacudì del dedo, qual si fuera vibora, que me huviesse picado. Juntème con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en las presas: hacia como ellos en lo que podia, mas como no sabia los acometimientos, ayudabales à trabajar, seguia sus passos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuime assi dando bordos, y sonando la tierra. Acomodème à la sopa, que la tenia cierta; pero havia de andar muy concertado reloxero, que faltando à la hora, prescrivia, quedandome à obscuras. Aprendì à ser buen huesped, esperar, y no ser esperado. No dexaba de darme pena tanto cuidado, y andar holgazan; porque en este tiempo me enseñè à jugar à la taba, al palmo, y al hoyuelo: de alli subì à medianos, supe el quince, y la treinta y una, quinolas, y primera: brevemente sali con mis estudios, y pasè à mayores, bolviendolos boca arriba, con topo, y hago. No trocàra esta vida de pi-

caro, por la mejor que tuvieron mis passados: tomè tiento à la Corte, ibaseme sutilizando el ingenio por horas; di nuevos filos al entendimiento, y viendo à otros menores que yo hacer con caudal poco mucha hacienda, y y comer sin pedir, ni esperarlo de mano agena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dè tu padre, con deseo de esta gloriosa libertad, y de que no me castigassen (como à otros) por vagamundo, acomodeme à llevar los cargos, que podian cargar mis ombros.

Larga es la cofradia de los asnos, pues han querido admitir à los hombres en ella, y han estado comedidos en llevar las immundicias con toda llaneza, por aliviarles el trabajo; mas hay hombres tan viles, que se lo quitan del seròn, y lo cargan sobre sì, por tener una azumbre mas de vino para beber: vèd à lo que se estiende su fuerza.

Dexando esto à una parte, te confiesso, que à los principios anduve algo tibio, de mala gana, y sobre todo temeroso, que como cosa nunca usada de mì, se me assentaba mal, y le entraba peor; porque son dificultosos todos los principios; mas despues que me fui saboreando con el almivar picaresco, de hilo me iba por ello à cierra ojos. Què linda cosa era, y què regalada! sin dedal, hilo, ni aguja, tenaza, martillo, ni barrena, ni otro algun instrumento, mas de una sola capacha, como los Hermanos de Anton Martin, aunque no con buena vida, y recogimiento, tenia oficio, y beneficio: era bocado sin huesso, lomo descargado, ocupacion holgada, y libre de todo genero de pesadumbre.

Poniame muchas veces à pensar la vida de mis padres; y lo que experimentè en la corta mia; lo que tan sin proposito sustentaron, y à tanta costa. O, (decia) lo que carga el peso de la honra, y còmo no hay metal que le iguale! à quanto està obligado el desventurado, que de ella huviere de usar! què mirado, y medido ha de andar! què cuidadoso, y sobresaltado! por quan altas, y delgadas maromas ha de correr! por quantos peligros ha de navegar! en què trabajo se quiere meter, y en què espinosas zarzas enfrascarse! Que diz que ha de estàr sujeta mi honra de la boca del descomedido, y de la mano del atrevido, el uno porque dixo, y el otro porque hizo lo que fuerzas, ni poder humano pudiera resistirlo? Què frenesì de Satanàs causò este mal abuso con el hombre, que tan desatinado lo tiene? Como si no supiessemos, que la honra es hija de la virtud; y tanto quanto uno fuesse virtuoso, serà honrado, y serà imposible quitarme la virtud, que es el centro della. Solo podrà la muger propria quitarmela (conforme à la opinion de

España) quitandosela à si misma; porque siendo una cosa conmigo, mi honra, y suya son una, y no dos, como es una misma carne, que lo mas es burla, invencion, y sueño. Vida dichosa, que no la conoces, ni sabes, ni tratas de ella. Pareciame, si quien la pretendia de veras abriera los ojos, considerando sin passion sus efectos, que diera en el suelo con la carga, primero que tocarla con la mano. Què trabajosa es de ganar! què dificultosa de conservar! què peligrosa de traer! y quan facil de perder, por la comun estimacion! Y si con el vulgo se ha de caminar à ella, es uno de los mayores tormentos que (à quien con quietud quisiere passar su carrera) le puede dàr la fortuna, ni padecer en esta vida; y con vèr à los ojos que assi passa, como si salvasse las almas, las dàn por ella. No haces honra de vestir al desnudo, ni hartar al necessitado, ni exercer como debes las obras de tu ministerio, y otras que sè, y las callo, y tu las conoces de ti mismo, y las dissimulas, creyendo que otro no te las entiende, siendo publicas, que las dexo de escrivir, por no señalarte con el dedo, y haces la del humo, y aun de menos. Hàz honra de que estè proveìdo el Hospitàl de lo que se pierde en tu botillerìa, ò despensa, que tus acemilas tienen sabanas, y mantas, y alli se muere Christo de frio: tus cavallos rebientan de gordos, y se te caen los pobres muertos à la puerta de flacos. Esta es honra, que se debe tener, y buscar juntamente, que lo que llamas honra, mas propriamente se llama sobervia, ò loca estimacion, que trae los hombres ethicos, y tisicos, con hambre canina de alcanzarla, para luego perderla, y con el alma, que es lo que se debe sentir, y llorar.

CAPITULO III.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache prosigue contra las vanas honras. Declara una consideracion que hizo, de qual debe ser el hombre con la dignidad que tiene.

AUnque era muchacho, como padecia necessidad, todo esto passaba con la imaginacion: antojabaseme, que la honra era como la fruta nueva por madurar, que dando por ella excessivos precios, todos igualmente la compran, desde el que puede, hasta el que no es bien que pueda; y es grande atrevimiento, y desverguenza, que compre media libra de cerezas tempranas un trabajador, por lo que le costaràn dos panes para sustentar sus hijos, y muger. O santas Leyes, Provincias virtuosas, donde en esto ponen freno, como à daño universal de la Republica! Compranla al fin, y comen de ella, sin limite, ni moderacion, que nunca se har-

hartan de comprarla, ni de comerla: hacen el cuerpo de mala ſuſtancia, engendrales mal humor, vienen deſpues à pagarlo con gentiles calenturas, ò acceſsiones, y otras congojoſas enfermedades. A fè que ha de coſtar mas de una purga tanto tragar de honra, nunca lo codiciè, ni le hice cara deſpues que la conocì. Tambien porque via eſcuderos, criados, y oficiales de obra uſada ſacarlos de ſus oficios para otros, de todo punto repugnantes, como el calor del frio, y tan diſtantes à ſu calidad, como el Cielo de la tierra: llamaſtelos ayer con tu criado, no dandoles mas de un vos muy ſeco, que aun apenas les cabia, yà te embian oy à llamar con vn portero, y para tu negocio ſe lo ſuplìcas, no canſandote de arrojarles mercedes, pidiendoles que te las hagan. Dime, no es eſſe que aora como fingido pabòn hace la rueda, y eſtiende la cola, el que ayer no la tenìa? Si, èl miſmo es, y el mal fuſte ſobre que dieron aquel boſquexo, preſto, caìda la pluma, quedarà lo que antes era; y ſi bien lo conſideras, hallaràs los tales no ſer hombres de honra, ſino honrados, que los de honra ellos la tienen de ſuyo, nadie los puede pelar, que no les nazca nueva pluma, mas freſca que la primera; mas los honrados, de otro la reciben: yà los vès, yà no los vès, tanto duran las mayas como Mayo; tanto los favores, como el favoreciente; paſſaſe, y queda cada uno quien es: aſsi los veìa ſalir ocupados à negocios graves, y de calidad, à quien un hidalgo de muy buen juicio, y partes pudiera acometer, y aun deſeàra alcanzar. Deciales yo deſde mi lecho. Donde vais, hermanos, con eſſos oficios? Y ſi me oyeran, pudieran reſponder: No sè, por Dios, allà nos embian para que nos aprovechemos, ganando quatro reales. Pues no conſideras, pobre de tì, que lo que llevas à cargo, no lo entiendes, ni es de tu profeſsion, y perdiendo tu alma, pierdes el negocio ageno, y te obligas à los daños en buena conciencia? No ſabes, que para ſalir de ello tienes neceſsidad forzoſa de ſaber mas que coſer, ò tundir, ò dàr el brazo à la ſeñora Doña fulana, que por dàr ella mano al perſonage de quien te lo alcanzò lo llevas? Preguntaronte por ventura, ò tu contigo miſmo hiciſte algun eſcrutinio, ſi te hallaràs capàz, con ſuficiencia, ſi lo podrias, ò ſabias hacer bien, ſin encargar la conciencia, yendote al infierno, y llevando contigo à quien te lo diò? Algun bachillèr aqui vecino, y creo debe ſer el Oficial del Barbero (que ſuelen ſer climaticos hablatiſtas) me reſponde: Podèmos: mira, cuerpo de tal, què negocio de tantas tretas, y dificultades; todos ſomos hombres, y ſabrèmos darnos maña, que una vez comenzados, ellos miſ-

mismos caminan, y se hacen. O què gran lastima, que aprendais el oficio quando venis à usar de èl! Teme el piloto el govierno de la nave (no solo en la tormenta, sino en todo tiempo, aun en bonanza, por varios acaecimientos que suceden) con ser en su arte diestro; y tu, que nunca viste la mar, ni conoces el arte de marear quieres governarla, y engolfarte donde no sabes? quien le pudiera decir à este mocito de guitarra: Y tu no vès que quando lo vienes à entender, ò à pensar que lo entiendes (que es mas cierto) yà lo tienes perdido, y al dueño de èl, con los dias que has ocupado, y disparates que has hecho? Usa tu oficio, dexa el ageno, mas no es culpa tuya, sino del que te lo encargò: cambio es que corre sobre su conciencia. Vamos adelante. Assi, pues, yo conocia gente miserable, y pobre, (y mañana se levantaban desconocidos, como el que se tiñe la barba, de viejo, mozo) entronizados, que esperaban ser saludados primero de otros à quien pudieran servir criados, y en oficios muy baxos. Yo me sabìa muy bien por donde corria, quien guiaba el carro, y por què se violentaba, sacandole de su curso, quitandolo à sus dueños, para darlo à los estraños. Tambien sentìa, que tenian razon los que de ello murmuraban, que debiendo dàr à cada uno lo que le viene de su derecho, lo havian corrompido la embidia, y la malicia, quedando infamados todos; porque quanto las dignidades hacen ser mas conocidos à los que no las merecen, tanto mas los hacen ser menospreciados; y ellas no se quedan sin su paga, que como afrentan à los que las tienen sin merecerlas tener, tambien quedan deshonradas, por haverse dado à tales personas, dexando (juntamente) al que las diò con infamia, detraccion, y obligacion.

Aqui se acaba de apear un pensamiento, que llegò de camino, de los de aquellos buenos tiempos: vendolo por mio, si no es essa la falta que le hallas: dirèlo, por haverme parecido digno de mejor padre: tu lo dispon, y compon segun te pareciere, enmendando las faltas; y aunque de picaros, cree que todos somos hombres, y tenemos entendimiento, que el habito no hace al Monge: demàs, que en todo voy con tu correccion.

Yà sabes mis flaquezas, quiero que sepas, que con todas ellas nunca perdì algun dia de rezar el Rosario entero, con otras devociones; y aunque te oigo murmurar, que es muy de ladrones, y rufianes no soltarlo de la mano, fingiendose devotos de nuestra Señora, piensa, y dì lo que quisieres, como se te antojàre, que no quiero contigo acreditarme. Lo primero, cada mañana oìa Missa, luego me ocupaba en ir à

mariſcar, para poder paſſar. Como una vez me levantaſſe tarde, y no bien diſpueſto, parecióme no trabajar: era fieſta, fuime à la Igleſia, oì Miſſa Mayor, y un buen Sermon de un Docto Aguſtino, ſobre el capitulo quinto de San Mathèo, donde dice: Aſsi dèn luz vueſtras buenas obras à viſta de los hombres, que miradas por ellos, dèn gracias, y alabanzas à vueſtro Padre Eterno, que eſtà en los Cielos, &c. Diò una rociada por los Ecleſiaſticos, Prelados, y Beneficiados, que no les havian dado tanto de renta, ſino de cargo, no para comer, veſtir, y gaſtar en lo que no es meneſter, ſino en dàr de comer, y veſtir à los que lo han meneſter, de quien eran mayordomos, ò propriamente adminiſtradores, como de un Hoſpital; que haverles encargado la tal mayordomìa, ò adminiſtracion, fue como à perſonas de mas confianza, menos intereſſadas, piadoſas, retiradas del ſiglo, y de ſus confuſiones, que con mas cuidado, y menos ocupacion podian acudir à eſte miniſterio: que abrieſſen los ojos à quien lo daban, como, y en quien lo diſtribuìan, que era dinero ageno, de que ſe les havia de tomar eſtrecha cuenta. Nadie ſe duerma, todo el mundo vele, no quiera penſar hallar la ley de la trampa, ni la invencion de la zancadilla para defraudar un maravedì, que ſerìa la ſiſſa de Judas. Dixo en general, que ſus tratos, y coſtumbres fueſſen como el farol en la Capitana, tràs quien todos caminaſſen, y en quien llevaſſen la mira, ſin empacharſe en otros tratos, ni grangerìas, de las que ſe encargaron con el voto que hicieron, y obligacion que firmaron en los libros de Dios, donde no puede haver mentiras, ni borrones. Harto me acordè de un amigo de mi padre, lo mal que diſtribuyò lo que cobrò, y del mal exemplo que dexò, y en tal parò èl, y ello. Muchas, y buenas razones dexo, que por la indecencia de mi profeſsion callo, y no es licito à mi habito referirlas. A la noche mi enfermedad crecìa, la cama no era muy buena, ni mas mullida, que un pedazo de eſtera vieja, en un ſuelo lleno de hoyos. Venia el ganado paciendo por la deheſſa humana del miſero cuerpo, recordè al ruìdo, huveme de raſcar, y comencème à deſvelar: fuime recapacitando todo mi Sermon pieza por pieza, entendì, que aunque hablò de Religioſos, tocaba en comun à todos, deſde la Tyara, haſta la Corona, deſde el mas poderoſo Principe, haſta la vileza de mi abatimiento. Valgame Dios! me puſe à penſar (que aun à mi me toca, y yo ſoy alguien, cuenta ſe hace de mi) pues què luz puedo dàr, ò como la puede haver en hombre de oficio tan obſcuro, y baxo? Sì, amigo (me reſpondìa) à ti te toca, y conti-

go habla, que tambien eres miembro de este cuerpo mystico, igual con todos en substancia, aunque no en calidad: lleva tus cargos bien, y fielmente, no los vendimies, ni cercenes, ni faltes en el camino, passando de la espuerta à los calzones, à tus escondrijos, y valsopetos, lo que no es tuyo, ni quieras llevar à peso de plata los passos que mueves, y tanto por carga de dos panes, como de dos vigas; moderate con todos, al pobre sirve de valde, dandolo à Dios de primicia: no seas deshonesto, glotòn, vicioso, ni borracho: tèn cuenta con tu conciencia, que haciendolo asi (como la viejecita del Evangelio) no faltarà quien levante su corazon, y los ojos al Cielo, diciendo: Bendito sea el Señor, que aun en picaros hay virtud; y esto en ti serà luz.

Pero à mi juicio de aora, y entonces, bolviendo à la consideracion prometida, con quien hablò mas, que à Religiosos, y Comunidad, fue con los Principes, y sus Ministros de Justicia, de quien iba hablando quando esta digresion hice, que verdaderamente son luz, y en aquel sagrado capitulo, ò en la mayor parte de èl, todo es luz, y mas luz, para que no aleguen que no la tuvieron. Considerè, que la luz ha de estàr como agente en algun paciente sugeto, en quien haga como en la cera, yà sea una hacha, ò lo que tu quisieres. Digo, averseme representado la tal persona, ò tu (como es verdad) ser la luz: tus buenas obras, tus costumbres, tu zelo, tu santidad es lo que ha de resplandecer, y darla. Pues què piensas, que es darte un Oficio, ò Dignidad? Poner cera en essa luz, para que ardiendo resplandezca. Què es el oficio de la luz? Ir con su calor llamando, y chupando la cera àcia sì, para alumbrar mejor, y sustentarse mas. Esso, pues, has de hacer de tu oficio, embeberlo, incorporarlo en essa luz de tus virtudes, y honesta vida, para que todos la vean, y todos las imiten, viendo tan rectamente, que ruegos no te ablanden, ni lagrimas te enternezcan, ni dones te corrompan, ni amenazas te espanten, ni la ira te venza, ni el odio te turbe, ni la aficion te engañe. Oye mas: Qual vèmos primero, la luz, ò la cera? no negaràs, que la luz. Pues hàz de manera, que tu oficio, que es la cera, se vea despues de tì, conociendo al oficio por tì, y no à tì por el oficio. Muchas veces acontece la cera ser mucha, y la luz poca, y ahogarse en ella: como si en un cirio guesso el pavilo fuesse sutìl; otras bolver la luz abaxo, y derritiendose la cera encima, luego apagarse: asi vèmos, que lo bueno en tì es tan poco, y el oficio que te dàn sobra tanto à la medida de tus meritos, que lo poco se te apaga, y quedas à obscuras: otras veces buel-

buelves al suelo tus virtudes, inclinaste mal, porque derrites el oficio encima, robando, baratando, forzando, menospreciando al pobre su causa, tratandola con dilacion, y la del rico con instancia: señalaste con rigor en el pobre, dispensando con el rico mansedumbre: al pobre atropellaste con sobervia, y al rico hablaste con veneracion, y crianza. Con esto se te acaba de morir, y se te gasta, quedando perdido. Hay otros, que hacen del oficio luz, (como dixe antes) y haviendolo ellos de ser, por el contrario, son la cera. Estos tales, què negocian, si sabes? Yo te lo dirè. Qual es la propiedad de la cera? Irse poco à poco gastando, y consumiendo, llevando la luz violentada tràs sì, hasta que se desaparecen el uno, y el otro, y quedan acabados: esto mismo les acontece: viven de manera, (teniendo escondidas las buenas obras, las virtudes, y lo bueno) que ni se precian de ello, ni lo estiman: estiman el oficio, que hicieron luz; vanlo violentando, por incorporarlo en sì, por desquilmarlo, por desnatarlo, y aun desangrarlo, y vanse poco à poco consumiendo con èl; viven mal, y mueren mal; qual vivieron, asi murieron. Què piensa el que se hace cera, quando à uno le quita su justicia, ò lo que justamente merece, y lo trasmonta en el idiota, que se le antoja? Sabes què? derritese, y gastase, sin sentir como ni de què manera; acabasele la salud, consumesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, muger, deudos, y amigos, en quien hacian estrivos de sus pretensiones, andan metidos en profundissimas melancolìas, sin saber dàr causa de que la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que temporalmente los castiga en la parte que mas les duele, demàs de lo que para despues les aguarda; y asi permite su Divina Magestad, para consuelo de los justos, à los que disolutamente pecan haciendo publicos agravios, y sinrazones, castigarlos à ojos de los hombres, para que lo alaben en su justicia, y se consuelen con su misericordia, que tambien lo es castigar al malo. Quieres tener salud, andar alegre, y sin essos achaques de que te quexas, estàr contento, abundar en riquezas, y sin melancolìas? toma esta regla: Confiessate como para morir: cumple con la difinicion de justicia, dando à cada uno lo que le toca por suyo: come de tu sudor, y no del ageno: sirvante para ello los bienes, y gages ganados limpiamente, andaràs con sabor, seràs dichoso, y todo se te harà bien.

A buena fè que mi consideracion me iba metiendo muy adentro, donde quizà perdiera pie, y fuera menester socorro. Yà me engolfaba, ò me puse à pique para de-

decir el por què, y como se hace algo de esto: si corre por interès, ò si por aficion, ò passion, quiero callar, y no havrà ley contra mi, ni secreto para mi, que al buen callar llaman santo; pues aun conozco mi excesso en lo hablado, que mas es doctrina de predicacion, que de picaro. Estos ladridos à mejores perros tocan, rompanse las gargantas, descubran los ladrones; mas ay, si por ventura les han echado pan à la boca, y callan.

CAPITULO IV.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache refiere un soliloquio que hizo; y prosigue contra las vanidades de la honra.

LArga digressión he hecho, y enojosa, yà lo veo, mas no te maravilles, que la necessidad à donde acudimos era grande, y si concurren dos, ò mas lessiones juntas en un cuerpo, es precepto acudir à lo mas principal, no poniendo en olvido lo menos. Assi corre en la guerra, y todas las mas cosas: yo te prometo, que no sabrè decir qual de las dos fuesse mayor, la que dixe, ò la que tomè, por lo que importan ambas; mas bolvamos à donde nos queda empeñada la prenda, siguiendo aquel discurso. Llevaba yo un dia en mi capacha, ò esportòn del Rastro un quarto de carnero à un Oficial Calceteero: hallème acaso unas coplas viejas, que à medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Bolviò mi dueño la cabeza, y sonriendose dixo: Valgate la maldicion, mal trapillo, y leer sabes? Respondile, y muy mejor escrivir. Luego me rogò, que le enseñasse à hacer una firma, y me lo pagaria. Preguntèle: Diga, señor, firma sola, para què la quiere, ò de què le puede aprovechar? El me respondiò: Para què? salgo à negocios, que me dà fulano mi señor, porque yo calzo à sus niños (y nombrò el personage) y queria siquiera saber firmar, por no decir que no sè, quando se ofrezca. Quedòse assi este negocio, y yo haciendo un largo soliloquio, que fui siguiendo buen rato, en esta manera:

Aqui veràs, Guzmàn, lo que es la honra, pues à estos la dàn. El hijo de nadie, que se levantò del polvo de la tierra, siendo vasija quebradiza, llena de agujeros, rota, sin capacidad, que en ella cupiera cosa de algun momento, la remendò con trapos el favor, y con la soga del interès, yà sacan agua con ella, y parece de provecho. El otro hijo de Pedro Sastre, que porque su padre, como pudo, y supo, mal, ò bien, le dexò que gastar; y el otro, que robando tuvo que dàr, y con que cochechar, yà son honrados, hablan de bobeda, y se meten en corro: yà les dàn lado, y silla,

quien antes los estimàra para Acemileros. Mira quantos buenos estàn arrinconados, quantos Habitos de Santiago, Calatrava, y Alcantara cosidos con hilo blanco, y otros muchos de la embejecida nobleza de Lain Calvo, y Nuño Rasura atropellados. Dime, quien les dà la honra à los unos, que à los otros quita? El mas, ò menos tener. Què buen Decano de la facultad, ò què gentil Rector, ò Maestre-Escuela! què discretamente gradùan, y què buen examen hacen! Dime mas: Y à què se obliga esse que lleva el oficio que decias primero, y essotro à quien el dinero entronizò en la sancta sanctorum del mundo? Y còmo queda el hombre discreto, noble, virtuoso, y de claros principios, de juicio sossegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cosa, que dexandole sin ella, se queda pobre, arrinconado, afligido, y por ventura necessitado à hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor? Mucho me pides, para lo poco que sabrè satisfacerte, mas dirè conforme à lo que alcanzo, lo que de ello entiendo.

Quanto para con Dios, son sus juicios ignotos à los hombres y à los Angeles: no me entremeto à mas de lo que con entendimiento corto puedo decir; y es, que èl sabe bien dàr à cada uno todo aquello que tiene necessidad para salvarse; y pues aquel oficio faltò, no convino, por lo que èl sabe; ò que con èl se condenàra, y lo quiere salvar, que lo tiene predestinado. Esto es quanto para el que se queda sin lo que merece; pero para el poderoso, que se lo quita, que no es Juez de intenciones, ni de corazones, y los puede examinar, y por lo exterior, que solo conoce, pervierte la provision, si havemos de hablar en lenguage rustico; regulando el celestial, digo: Que à la margen de la cuenta de este poderoso saca Dios (como acà solemos decir para advertir algo) un ojo, y dice luego: Què le tengo de pedir? què causa tuvo de este agravio, sabiendo que los tengo amenazados? Jueces de la tierra, porque no juzgasteis bien, os tengo aparejado durissimo castigo: yo residirè en la Synagóga de los Dioses, y los juzgarè. Lastima grande, que quieran (sabiendo esta verdad) hallarse delante de aquel Juez recto, y verdadero, con acusacion cierta, que los ha de condenar, y faltos de la restitucion, que deben, sin la qual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quiera remediar.

Verdad es, que no faltarà quien les diga: Si señor, bien pudistes, no pecastes, bien hicistes en darlo à vuestro deudo, conocido, amigo, ò al criado, que està mas cerca. Pues en verdad que no pudistes, porque lo quitastes de su lugar, y lo pusistes en el ageno. Buelve sobre tì, considera, hermano

no

no mio, que es yerro, que no pudiste, porque no pudiste, pecaste, y porque pecaste, no està bien hecho: no mires à dichos de tontos, ni de congraciadores en lo que te importa tanto, lo mejor serìa que te ciñesses, y viesses lo que te aprieta, y lo repassasses con tiempo, que hay Confessores de grandes absolvederas, que son como Sastres; dirante, que el vestido que ellos hicieron te entalla bien; pero tu sabes mejor si te aprieta, si te aflige, si te angustia, ò como te viene; y permite Dios, que porque no buscaste quien (viviendo, y governando) te dixesse verdades al tiempo de la muerte, agonizando, no haya quien te las diga, y te condenes. Vela con los ojos, abre los oìdos, y no dexes que te pongan las abejas de Satanàs la miel en ellos, ni hagan enjambre, que son caminos anchos de perdicion. Pero bolviendo à estos tales, quanto à Dios no dudo su castigo, y quanto à los hombres te sabrè decir, que abren puerta à la murmuracion, y que hagan de ello publica conversacion, diciendo (como dixe antes) los fines, que creì fueran secretos, teniendo lastima de tantos meritos tan mal galardonados, y de un trueco tan desproporcionado, viendo à los malos, por malos medios valer mas, y à los buenos con su bondad excluìdos, y desechados; mas yo te prometo que les tiene Dios contados los cabellos, y que ni uno se les pierda. Si los hombres les faltaren, consuelense que les queda buen Dios, que no les faltarà.

Assi que de este modo vàn las cosas, pues ni quiero mandos, ni dignidades; no quiero tener honra, ni verla: estate como te estàs, Guzmàn amigo; seanse en hora buena ellos la conseja del Pueblo, nunca se acuerden de tì, no entres donde no puedes libremente salir; no te pongas en peligro que temas; no te sobre, que te quiten, ni falte para que pidas: no pretendas lisonjeando, ni enfrasques, porque no te inquieten, procura ser usufructuario de tu vida, que usando bien de ella, salvarte puedes en tu estado: quien te mete en ruidos, por lo que mañana no ha de ser, ni puede durar? Què sabes, ò quien sabe del Mayordomo del Rey Don Pelayo, ni del Camarero del Conde Fernan-Gonzalez? Honra tuvieron, y la sustentaron, y de ellos, ni de ella se tiene memoria alguna; pues assi mañana seràs olvidado, ni se tendrà de tì. Para què es tanto ahinco, tanta sed, y tantos embarazos? uno para la comida, que aun es tanta la vanidad, que comer mucho, y desperdiciado califica, otro para el vestido, y otro para la honra. No, no, te està bien, y con tales cuidados no llegaràs à viejo, ò lo seràs antes de tiempo: dexa, dexa la hinchazon de estos gigantes, arrimalos

por las paredes, viſtete en Invierno de coſa que te abrigue, y el Verano que te cubra, no andando deshoneſto, ni ſobrado: come con que vivas, que fuera de lo neceſſario, es todo ſuperfluo, pues no por ello el rico vive, ni el pobre muere, antes es enfermedad la diverſidad, y abundancia en los manjares, criando viſcoſos humores, y de ellos graves accidentes, y mortales apoplexìas. O tu dichoſo dos, tres, y quatro veces, que à la mañana te levantas à las horas que quieres, deſcuidado de ſervir, ni ſer ſervido! que aunque es trabajo tener amo, es mayor tener mozo, como luego dirèmos. Al medio dia la comida ſegura, ſin pagar cocinero, ni deſpenſero, ni embiar por carbon mojado à la tienda, y que te traygan piedras, y tierra, y ſabe Dios por què ſe diſsimula, ſin cuidado de la gala, ſin temor de la mancha, ni codicia del recamado, libre de guardar, ſin recelo de perder, no embidioſo, no ſoſpechoſo, ſin ocaſion de mentir, y maquinar para privar, eſſo te importa: ir ſolo, que acompañado, aprieſſa, que deſpacio, riendo, que llorando, comiendo, que trepando, ſin ſer notado de alguno. Tuya es la mejor taberna, donde gozas del mejor vino; el bodegòn, donde comes el mejor bocado: tienes en la plaza el mejor aſsiento; en las fieſtas el mejor lugar; en el Invierno al Sol; el Verano à la ſombra: pones meſa, haces cama por la medida de tu guſto, ſin que pagues dinero por el ſitio, ni alguno te lo vede, inquiete, ni contradiga: remoto de pleytos, ageno de demandas, libre de falſos teſtigos, ſin recelo que te repartan, y por temas te empadronen, deſcuidado que te pidan, ſeguro que te decreten, lexos de tomar fiado, ni de ſer admitido por fiador, que no es pequeña gloria, ſin causa para ſer executado, ſin trato para executar, quitado de pleytos, contiendas, y devates; ultimamente ſatisfecho, que nada te oprima, ni te quite el ſueño, haciendote madrugar, penſando en lo que has de remediar.

No todos lo pueden todo, ni ſe olvidò Dios del pobre, camino le abriò con que viviesse contento, no dandole mas frio, que como tuvieſſe la ropa, y puede como el rico paſſar, ſi ſe quiere regalar; mas eſta vida no es para todos, y ſin duda el primer inventor debiò ſer famoſiſsimo Filoſofo, porque tan felice ſoſsiego tuvo principio de algun ſingular ingenio; y hablando verdad, lo que no es eſto, cueſta mucho trabajo, y los que aſsi lo paſſan, ſon los que lo padecen, y pagan, caminando con ſobreſaltos, contiendas, y moleſtias, liſonjeando, idolatrando, ajuſtando por fuerza, encaxando de mañana, trayendo de los cabellos lo que ni ſe

ſu-

ſufre, ni llega, ni ſe compadece; y cerrando los ojos à lo que importa vèr, los tienen de Lince, para que el util no ſe paſſe, ſiendo coſas, que les importàra mas eſtàr de todo punto ciegos, pues andan armando lazos, haciendo embelecos, deſvelandoſe en como paſſar adelante, poniendo trampas en que los otros caygan, porque ſe queden atràs: vanidad de vanidades, y todo vanidad. Què triſte coſa es de ſufrir tanto numero de calamidades, todas aſſeſtadas, ò (por menos mal decir) hechas puntales, para que la fragil, y deſventurada honra no ſe cayga, y el que la tiene mas firme, es el que vive con mayor ſobreſalto de reparos! Bolvia conſiderando ſin ceſſar, ni hartarme de decir: Dichoſo tu, que embuelto entre plomo, y piedras (con firmes ligaduras) la ſepultaſte en el mar, donde mas no ſalga, ni parezca!

Acordabaſeme lo que en las coſas domeſticas coſtaba un criado vellaco, ſiſador, mentiroſo, como los de ogaño, y ſi và por el atajo, ha de ſer tonto, puerco, deſcuidado, floxo, coſtàl de malicias, embudo de chiſmes, lenguàz en reſponder, mudo en lo que importa hablar, necio, y deſvergonzando en gruñir. Una moza, ò ama, que quiere ſervir de todo, ſucia, ladrona, con un hermano, pariente, ò primo, para quien deſtaja tantas noches cada ſemana, amiga de ſervir à hombre ſolo, de traer la mantilla en el ombro, y que le dèn racion, y ella ſe tiene cuidado de la quitacion, quando halla la ocaſion, y ha de beber un poquito de vino, porque es enferma del eſtomago. Si ſaliamos por las calles, donde quiera que ponia la mira, todo lo veìa de menos quilates, falto de ley, falſo, nada cabàl en peſo, ni medida: traslado à los carniceros, y à las gentes de las plazas, y tiendas; demàs de eſto, què deſeſperacion pone un Eſcrivano falſario, ò cohechado, contra quien la verdad no vale, que ſolo el cañon de ſu pluma es mas dañoſo, que ſi fuera de bronce reforzado: un Procurador mentiroſo, un Letrado reboltoſo, de mala conciencia, amigo de trampear, marañar, y dilatar, porque come de ello. Un Juez teſtarudo, de los de yo me entiendo, que ni ſe entiende, ni lo entiendo, andaba pretendiendo manſejòn, como toro en la bacada, y en ſaliendo, pareciò que le tiraron garrochas: llevò un veſtido, que para poderlo concertar, y ponerſelo, eran meneſter mas de mil cedulillas, y alvalà de guia, ò entrarle con una cuerda, como en el laberinto, y con aquella hambre nunca ſe pensò vèr harto; dè donde diere, no dexò roſo, ni belloſo, en todo hallò pecado: en eſte, porque sì, y en aquel, porque no. Quien como la Leona pu-

pudiera con bramidos dàr vida en estos cachorrillos (verdades muertas) para que alentados tuviessen remedio! Vamos por los Oficios. Considera el de uu Sastre, que tienen introducido tanto que se les ha de dàr para el pendòn, ò la obra no se ha de hacer, ò la tullen por hurtarlo: un Albañil, un Herrero, un Carpintero, y otro qualquier Oficial, sin que alguno se reserve, todos roban, todos mienten, todos trampèan, ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor, que se precian de ello. Bolvamos arriba, no se nos quede arrinconado un Boticario, que por no decir no tengo, ni desacreditar su botica, te darà los Jaraves trocados, los aceytes falsificados, no le hallaràs droga leal, ni compuesto conforme al arte; mezclando bautizan, y ligan como les parece substitutos de calidades, y efectos diversos, pareciendoles que và poco à decir de esto à essotro, siendo al contrario de toda razon, y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes, y redomas escopetas, y de las pildoras pelotas, ò balas de artillerìa. Pues el señor Doctor lo adova, y pensaràs que es menos: si no le pagas, dexa la cura; si le pagas, la dilata, y por ello algunas, ò muchas veces mata al enfermo; y es de considerar, que siendo las leyes hijas de la razon, si pides à un Letrado algun parecer, lo estudia, no se resuelve, sin primero mirarlo, con ser materia de hacienda; y un Medico, luego que visita, solo de tomar el pulso, conoce la enfermedad, ignota, y remota de su entendimiento, luego aplica remedios, que son mas verdaderamente medios para el sepulcro. No fuera bien (si es verdad su regla, que la vida es breve, el arte larga, la experiencia engañosa el juicio dificil) irse poco à poco, hasta enterarse, y ser dueños de los que quieren curar, estudiando lo que deben hacer para ello? Es cuento largo tratar de esto, porque todo anda rebuelto, todo apriessa, todo enmarañado: no hallaràs hombre con hombre, ni cosa con cosa, todos vivimos en assechanza los unos de los otros, como el gato para el ratòn, ò la araña para la culebra, que hallandola descuidada, se dexa colgar de un hilo, y asiendola de la cervìz, la aprieta fuertemente, no apartandose de ella, hasta que con su ponzoña la mata.

CAPITULO V.

COMO GUZMAN DE ALFARAche sirviò à un Cocinero.

LIbre me vì de todas estas cosas, à ninguna sujeto, excepto à la enfermedad, y para ella yà tenia pensado entrarme en un Hospitàl. Gozaba la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada, y discantada de Poetas, para cuya estimacion,

cion todo el oro, y riquezas de la tierra es poco precio. Tuvela, y no la ſupe conſervar, que como acoſtumbraſſe à llevar algunos cargos, y fueſſe fiel, y conocido, tenia cuidado de buſcarme un traydor de un Deſpenſero: dele Dios mal galardòn. Hacia confianza de mi, embiabame ſolo, que llevaſſe à ſu poſada lo que compraba. De eſta continuacion, y trato (que no debiera) me cobrò amiſtad, pareciòle mejor ſacarme de aquel oficio à ſollaſtre, ò picaro de cocina, que era todo quanto me pudo encaramar en grueſſo. Muchas veces me lo dixo, y una mañana me hizo una larga arenga de promeſas, fue ſubiendome à Corregidor de eſcalòn en eſcalòn; que ſi aprendìa bien aquel oficio, ſaliendo tal, entrarìa à la Caſa Real, y que ſirviendo tantos años, podrìa retirarme rico à mi caſa: mi fè hinchòme la cabeza de viento, y haſta probar, poco havia que aventurar. Llevòme al ſeñor mi amo (que yà nos conociamos:) quando allà lleguè (como ſi fuera la primera vez que nos vieramos) me dixo con mucho toldo: Bien, què dice aora poca ropa? A què bueno por acà el Cavallero de Illeſcas? Es meneſter algo? vienes à eſtàr conmigo? Yo eſtuve mal conſiderado, que quando le vì comenzar con el tono tan alto, havia de bolverle las eſpaldas, y dexarlo con ſu razon, y à la moſca, que es Verano. Embacème, ſin ſaber què reſponder, mas como à otra coſa no iba, le dixe: Si ſeñor. Pues entra conmigo, que ſi haces el deber (me dixo) no perderàs en ello. Bien ſeguro eſtoy (le reſpondi) que aſſentado con v. m. tendrè cierta la ganancia, pues no tengo de què me reſulte pèrdida. Preguntòme: Y ſabes lo que has de hacer? Bolvile à decir: Lo que me mandaren, y ſùpiere hacer, ò pudiere trabajar, que quien ſe pone à ſervir, ninguna coſa debe reuſar en la neceſsidad, y à todas las de ſu obligacion tiene alegremente de ſatisfacer, y para lo uno, y lo otro ſe ha de diſponer. El ſe contentò de mi platica, y entendimiento: aſſentì à mercedes, como gavilàn. Anduve à los principios con gran puntualidad, y èl me regalaba quanto podia; mas no ſolo à mis amos (que era caſado) procurè agradar, ſirviendo de toda broza en monte, y villa, dentro, y fuera de mozo, y moza, que ſolo faltò ponerme ſaya, y cubrir manto para acompañar à mi ama, porque las mas caſerìas, barrer, fregar, poner una olla, guiſarla, hacer las camas, componer el eſtrado, y otros meneſteres, de ordinario lo hacia (que por ſer ſolo, eſtaba pueſto à mi cargo) pero à todos los criados del amo procuraba contentar. Aſsi, acudia en un buelo al recaudo del Paje, como del Mayordomo, del Maeſtre-Sala, como del mozo de cavallos.

Uno me daba le compraſſe lo neceſſario; otro el que limpiaſſe la ropa; aqueſte que le enjabonaſſe un cuello; aquel que le llevaſſe la racion à ſu muger, y eſſotro à ſu manceba. Todo lo hacia ſin rezongar, ni haroncear. Nunca fui chiſmoſo, ni deſcubri ſecreto, aunque no me lo encargàran, que bien ſe me alcanzaba lo que havia licencia de hablar, y lo que era neceſſario callar. El que ſirve ſe debe guardar de eſtas dos coſas, ò ſe perderà preſto, ſiendo mal quiſto, y odioſo de todos. No reſpondia quando me reñian, ni daba ocaſion para ello: à los mandados era un penſamiento; donde havia de aſsiſtir, nunca faltaba; y aunque todo me coſtaba trabajo, nada ſe perdia: baſtabame por paga la loa que tenia, y lo bien que por ello me trataban de palabra, no faltando las obras à ſu tiempo.

Gran alivio es à quien ſirve un buen tratamiento, ſon eſpuelas, que pican à la voluntad para ir adelante, ſeñuelo, que llama los deſeos, y carro en que las fuerzas caminan ſin canſarſe. A unos es bien, y merecen ſervirſe de gracia, y à otros no, por ningun dinero; y ſobre todo reniego de amo, que ni paga, ni trata.

Entonces pude afirmar, que dexada la picardia, como reyna de quien no ſe ha de hablar, y con quien otra vida politica no ſe puede comprar, pues à ella ſe rinden todas las lozanìas del curioſo mèthodo de bien paſſar, que el mundo ſolemniza, aquella era (aunque de algun cuidado) por extremo buena; quiero decir, para quien, como yo, ſe huvieſſe criado con regalo. Parecióme en cierto modo bolver à mi natural, en quanto à la bocolica, porque los bocados eran de otra calidad, y guſto, que los del bodegòn, diferentemente guiſados, y ſazonados: en eſto me perdonen los de San Gil, Santo Domingo, Puerta del Sol, Plaza Mayor, y calle de Toledo, aunque ſus tajadas de higado, y torreznos fritos malos eran de olvidar.

Por qualquiera niñerìa que hiciera, todos me regalaban: uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo, ropilla, ò ſayo viejo, con que cubria mis carnes, y no andaba tan maltratado: la comida ſegura, y cierta, que aunque de otra coſa no me ſuſtentàra, baſtàra de andar eſpumando las ollas, y probando guiſados: la racion ſiempre entera, que à ella no tocaba. Eſto me hizo mucho daño, y el haverme enſeñado à jugar en la vida paſſada, porque lo que aora me ſobraba, como no tenia caſas que reparar, ni cenſos que comprar, todo lo vendia para el juego. De tal manera puedo decir, que el bien me hizo mal, que quanto à los buenos les es de aumento (porque lo ſaben aprovechar) à los malos es da-

dañoso, porque dexandolo perder, se pierden mas con èl. Asi les acontece, como à los animales ponzoñosos, que sacan veneno de lo que las abejas labran miel. Es el bien como el agua olorosa, que en la vasija limpia se sustenta, siendo siempre mejor, y en la mala luego se corrompe, y pierde. Yo quedè Doctor consumado en el oficio, y en breves dias me refinè de jugador, y aun de manos, que fue lo peor. Terrible vicio es el juego, y como todas las corrientes de las aguas vàn à parar à la mar, asi, no hay vicio que en el jugador no se halle: nunca hace bien, y siempre piensa mal; nunca trata verdad, y siempre traza mentiras; no tiene amigos, ni guarda ley à deudos; no estima su honra, y pierde la de su casa; passa triste vida, y à sus padres no se la desea; jura sin necessidad, y blasfema por poco interesse; no teme à Dios, ni estima su alma: si el dinero pierde, pierde la verguenza para tenerlo; aunque sea con infamia, vive jugando, y muere jugando, en lugar de cirio bendito, la baraja de naypes en la mano; como el que todo lo acaba de perder, alma vida, y caudal en un punto. Mucho experimentè de otros, no hablo lo que me dixeron, sino lo que mis ojos vieron. Quando las raciones no bastaban (porque para jugar no faltasse) traìa por la casa los ojos como hachas encendidas, buscando de donde mejor pudiera valerme. A las cosas de la cocina con facilidad ponia cobro, aprovechandome siempre de la comodidad, còmo de mì no pudiesse haver sospecha. Muchas cosas que hurtaba las escondia en la misma pieza donde las hallaba, con intencion, que si en mì sospechassen, sacarlas publicamente, ganando credito para adelante; y si la sospecha cargaba en otro, alli me lo tenia cierto, y luego me lo trasponia. Una vez me aconteciò un donoso lance, que como mi ama traxesse à casa otros amigos cofrades de Baco, pilotos de Guadalcanal, y Coca, y quisiesse darles una merienda, todos tocaban bien la tecla, pero mi amo (señaladàmente) era extremado musico de un jarro. Sacòles entre algunas fiambreras, que siempre tenia proveìdas, unas hebritas de tocino como sangre de un cordero. Yà de los embites hechos, estaban todos à treinta con Rey, alegres, ricos, y contentos, y con la nueva ofrenda bolvieron à brindarse, quedandose (y mi ama con ellos, que tambien lo menudeaba como el mejor danzante) que los pudieran desnudar encueros; tales lo estaban ellos: la polvoreda havia sido mucha, levantaronse los humos à lo alto de la chimenea; los unos cayendo, los otros tropezando, dando cada uno traspies, fuese como pudo, segun me lo contò un

un vecino, y mis amos à la cama, dexandose abierta la casa, la mesa puesta, y el vasillo de plata en que brindaron rodando por el suelo, y todo à beneficio de inventario. Yo acaso havia quedado en la cocina del amo aderezando sartenes, y assadores, juntando leña, y haciendo otras cosas del oficio. Luego como acabè la tarea, fuime à la posada, hallèla desaliñada, de par en par abierta, y el vasillo por tropiezo, casi pidiendome, que siquiera por cortesìa lo alzase: baxème por èl, mirè à todas partes si alguno me pudiera haver visto, y como no sintiesse persona, bolvime à salir pasito. No havia dado quatro passos, quando me tocò en el corazon una arma falsa: pusème à pensar, si havia havido hechizo, que era bien asegurarme mejor, y no ponerme en ocasion, que por interesse poco se aventurasse mucho, y algunos azotes à las bueltas. Bolvì à entrar, llamè dos, ò tres veces, nadie me respondiò; fuime al aposento de mis amos, hallèlos tales, que parecia estàr difuntos, y era poco menos, pues estaban sepultados en vino. El resuello que daban me dexò de manera, como si huviera entrado en alguna famosa bodega.

Quisiera con algunos cordeles atarlos por los pies à los de la cama, y hacerles alguna burla; pero pareciòme mas à cuento, y mejor la del vaso de plata, pusèlo à buen cobro. Haviendo assegurado el hurto, bolvime à la cocina, donde no faltò en que ocuparme hasta la noche, que vino mi amo con un terrible dolor de costado en las sienes, y estando en el hogar solo un tizo, me quiso aporrear, que para què gastaba tanta leña, que se quemarìa la casa. No estuvo aquella noche de provecho, como pude supli, cubriendo su falta; pusè à punto la cena, dimosla, y haviendo cumplido à todo, nos fuimos à dormir. Hallè à mi ama de mal semblante, y muy triste, los ojos baxos, y llorosos, ansiada, y pesarosa, sin hablar palabra, hasta que mi amo fue acostado. Preguntèla, què tenia, que tan mohina estaba? Respondiòme: Hay Guzmancico, hijo de mi alma, gran mal, gran desventura, amarga fui yo, desdichada la hora en que nacì, en triste signo me pariò mi madre. Yà yo sabìa donde la dolia, su botica fue mi faltriquera, y mi voluntad su medico; pero no, que todas aquellas compassiones no me la ponian, porque havia oìdo decir, que quando mas la muger lloràre, se le ha de tener lastima como à un ganso, que anda en el agua descalzo por Enero. No me moviò un cabello; mas fingiendo pesarme de su pena, la consolaba, que no dixesse tales palabras, rogandola me contasse què tenia, dandome parte de ello, que en lo que pudiesse haria por ella, como por

mi madre. Ay hijo, me respondiò, que traxo tu señor (en amarga hora) unos amigos à merendar, y entre todos me falta el vaso de plata: què harà tu amo quando lo sepa: mataràme por lo menos, hijo de mis entrañas: què harà por lo mas, le quise preguntar. Hiceme del pesante, abominando la bellaquerìa, y que no hallaba otro medio mas de que se levantasse por la mañana, y fuessemos à comprar à los Plateros otro como èl; y dixesse à su marido, que porque estaba viejo, y abollado, lo havia hecho limpiar, y aderezar, que con esto escusarìa el enojo: tambien le ofrecì, que si no tenia dineros, y lo hallasse fiado, tomasse mis raciones para pagarlo con ellas, ò las pidiesse adelantadas. Agradeciòmelo mucho, tanto por el consejo, como por el remedio: mas hizosele inconveniente salir de casa, y sola, temiendo que su marido no la viesse, porque era muy zeloso. Rogòme, que por un solo Dios lo fuesse yo à buscar, que dineros tenia para pagarlo: yo no deseaba otra cosa, porque havia puesto cuidado à quien, ò como pudiera venderlo, que me lo compràra, pues por mi persona era facil de creer que lo havia hurtado; mas con esta buena salida, fuime à los Plateros, dixe à uno que me lo limpiasse, y desabollasse, que estaba maltratado. Concertèlo en dos reales: pusieronlo qual si entonces acabàran de hacerlo. Bolvi à mi casa diciendo: Uno he hallado en la Puerta de Guadalaxara, pero tiene cincuenta y siete reales de plata, y no quieren por la hechura menos de ocho. A ella le pareciò una blanca, segun deseaba salir de aquel trabajo: contòme el dinero en tabla, y bolviselo à vender, como si fuera el mismo, ni se lo huviera hurtado, con que quedò contenta, y yo pagado; mas como se vino se fue, de dos encuentros me lo llevaron. Estos hurtillos de invencion de cosecha me los tenia, y la ocasion me los enseñaba; mas los de permissión siempre andaba con cuidado para saberlos usar bien, quando los huviera menester. Assi tenia costumbre de llegarme al tajo, donde repartian las porciones; atentamente veìa lo que passaba, y como en cada una iban dos onzas de menos, aprendì à jugar de dedillo, balanza, y golpete. Algunos le decian, que pesasse bien: el Despensero respondia, que enjugaba la carne, y que recibiendola en un peso, y en fiel, no podia dexar de hacer un poco de refaccion para las mermas de muchos, y en esto iba à decir la sexta parte. Despensero, Cocinero, Botiller, Veedor, y los Oficiales, todos hurtan, y decian venirles de derecho, con tanta publicidad, y desverguenza, como si lo tuvieran por executoria. No havia mozo tan desventura-

rado , que no ahorrasse los menudillos de las gallinas , ò de los capones , el jamòn de tocino , el contrapeso del carnero , las postas de ternera , salsas , especias , nieve , vino , azucar , aceyte , miel, velas ,carbòn , y leña , sin perdonar las alcomenias , ni otra cosa, desde lo mas necessario , hasta lo de menos importancia,que en una casa de un señor se gasta. Luego que alli entrè , no se hacia de mi mucha confianza , fui poco à poco ganando credito , agradando à los unos , contentando à los otros , y sirviendo à todos ; porque tiene necessidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos , es dàr dinero à logro , y sembrar en regadìo. La vida se puede aventurar para conservar un amigo, y la hacienda se ha de dàr para no cobrar un enemigo;porque es una atalaya , que con cien ojos vela como el dragòn sobre la torre de su malicia, para juzgar desde muy lexos nuestras obras. Mucho importa no tenerlo , y quien lo tuviere tratelo de manera , como si en breve huviesse de ser su amigo. Quieres conocer quien es? mira el nombre , que es el mismo del demonio , enemigo nuestro, y ambos son una misma cosa. Siembra buenas obras , cogeràs fruto de ellas , que el primero que hizo beneficios , forjò cadenas con que aprisionar los corazones nobles. En lo que me pude adelantar no me detuvo la pereza : no di lugar, que de mi se diessen quexas verdaderas,ni me traxeran en rebueltas: huì de los de este trato , y mas de chismosos , à quien con gran propiedad llaman esponjas;aqui chupan lo que alli esprimen : de los tales no se fien,apartense de ellos, aborrezcan su compañia , aunque en ella se interesse , porque al cabo ha de salirse con pèrdida , y descalabrado. No puede una casa padecer mayor calamidad , ni la Republica mas contagiosa pestilencia , que tener hombres cizañeros , y reboltosos, amigos de hablar en corrillos , y hacerlos. Siempre procurè con todos tener paz , por ser hija de la humildad; y el humilde que ama la paz,ama, y es amado del Autor de ella,que es Dios. Si malas compañias no me dañàràn , yo comencè bien , y corria mejor, comia, bebia,y holgaba , passando alegremente mi carrera.

Muchas veces (acabada la hacienda) me echaba à dormir à la suavidad de la lumbre, que sobraba de medio dia , ò de parte de noche , quedandome alli hasta por la mañana : quando en casa no havia que hacer , dabanme los bellacos de los mozos,y pajes mucho del sartenazo,culebras,y pesadillas ; echabanme libramientos, ahogandome à humazos. Tal vez huvo , que con uno me desatinaron por mucho rato, que ni sabìa si estaba en pie , ò si sentado ; y

si

ſi no me tuvieran, me hiciera la cabeza pedazos contra una eſquina, y à todo eſto paciencia, ſin deſplegar la boca, corrigiendome para conſervarme; que el que todo lo quiere vengar, preſto quiere acabar; larga ſe debe dàr à mucho, ſi no ſe quiere vivir poco; deſpreciando las injurias, queda corrido, y ſe canſa el que te las hace, que ſi te corrieſſes, quedarias cargado: en mì hacian anotomìa. Otras veces, para probarme, hicieron cevaderos, poniendome moneda donde forzoſamente huvieſſe de dàr con ella, querian vèr ſi era levantiſco, de los que quitan, y no ponen; mas como ſe las entendia, y les entregaba la flor, decia: No à mi, que las vendo, à otro perro con eſſe hueſſo; ſalto en vago haveis dado, no os alegrareis con mis deſdichas, ni hareis almoneda de mis infamias. Alli me lo dexaba eſtàr, haſta que quien lo puſo lo alzaſſe, teniendo cuenta que otro no lo traſpuſieſſe, y dixeſſen que yo. Otras veces lo alzaba, y daba con ello en manos de mis amos, andando con gran recato en hacer mis heridas limpias à lo ſalvo, como buen eſgrimidor, que dàr una cuchillada, y recibir una eſtocada, es dislate. Hurtaba lo que podia; pero de modo, que no ſe pudiera cauſar ſoſpecha contra mi. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenia, y à mi amo deſcuidado de mandarlo: en haviendo que trabajar, no aguardaba que me lo mandaſſen, era de todos mis compañeros el primero al pelar de las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer, y ſoplar la lumbre, ſin decir al otro, hacedlo vos, porque conſideraba, que no haviendo de holgar, ni eſtàr mano ſobre mano, tanto me daba trabajar en eſto, que en eſſotro, y era engañar de maña, con lo que era fuerza; ſiempre hacia lo que mas podia, y mejor ſabia, guardando el decoro al oficio. Aun el ave no eſtaba bien acabada de pelar, quando tomaba el almirèz, y molia mixturas para ſalſas, ò para guiſados. Traìa el herrage como eſpadas acicaladas; las ſartenes, que ſe pudieran limpiar con la capa; los cazos como eſpejos: guardabalo en ſus caxas, colgabalo en ſus clavos, donde ſolia eſtàr cada coſa, para darlo en la mano, quando fuera meneſter, ſin andarlo à buſcar, acordandome donde lo puſe: todo tenia lugar diputado, con mucha curioſidad, y concierto. Las horas que me ſobraban quando no havia que hacer, en eſpecial por las tardes, que ſiempre tenia mas lugar, los oficiales de caſa me daban ſus percances, que los llevaſſe à vender: ibame con ellos à las puertas de la carnicerìa, donde era nueſtro pueſto, y lo acudian à comprar los que lo havian meneſter. Algunas veces lo que llevaba era bueno, otras

no tal, y otras hediondo, y malo; mas todo resultaba de lo que llaman ellos provechos, y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado, que el Almoxarifazgo de Sevilla; lo ordinario, y siempre, nunca faltaban menudillos de aves, y despojos de terneras, perdices, gallinas, que se perdian andando en asador, ò perdigadas en el hervor de la olla, conejos dessollados, y mechados, con sus garrochitas de tocino ribeteados, como gabàn de Sayago, sin dexarles blanco del tamaño de una uña, donde no llevassen clavada una saeta: presas havia, que haviendose tardado en sacarse à vender, oliscaban: disfrazaban estas tales de manera, que parecian como nuevas: cada uno el que mas podia mejor afeytaba su hacienda. Vendia tambien lenguas de baca, cecina de jabalì, lomo en adovo, empanadas Inglesas de venado, piezas de tocino con tres dedos de tabla en gruesso: mirad, què derechos tan tuertos, y què provechos tan dañosos, para no sacarse cada dia facultades, empeñarse los Estados, y vender los Vassallos! Pobres de los señores, que no pueden, ò no saben, ò por mejor decir, no quieren consumir esta langosta, destruyendo tan dañosa polilla! Y desventurados de los que (para ostentacion) quieren tirar la barra con los mas poderosos; el ganapan con el Oficial, el Oficial con el Mercader, el Mercader con el Cavallero, el Cavallero con Titulado, el Titulado con el Grande, el Grande con el Rey, todos para entronizarse. Pues à fè que no es oficio holgado, y que el Rey no duerme, ni descansa con el reposo del ganapàn, ni come con el descuido del Oficial; y le aflige mas lo que la Corona le carga, que quanto el Mercader carga; mas le inquieta como tiene de proveer sus Armadas, que al Cavallero el aprestar sus armas; y no hay Titulo muy empeñado, que el Rey no lo estè mas, ni Grande tan grande, que los trabajos, y pesadumbres del Rey no sean mas grandes, y graves; èl vela, quando todos duermen. Por esso los Egypcios, para pintarlo, ponian un Cetro con un ojo encima: trabaja quando todos huelgan, porque es carro, y carretero; suspira, y gime quando todos rien, y son pocos los se duelen de èl, que no sea por su interesse, debiendo por sì solo ser amado, temido, y respetado. Pocos le tratan verdad, por ser odiados; pocos le desengañan, ellos saben el por què, y para què, y sabemos todos, que lo hacen por adelantarse à bolar arriba, sea como fuere, aunque sean las alas de cera, y hayan de caer en el mar de Icaro. La locura, y desvanecimiento de los hombres (como te decia) los trae perdidos en vanidades, y los que mas lastiman

son

son señores, y Cavalleros, que gastando sin necessidad, vienen à la necessidad; porque aun pocas expensas, muchas veces hechas, consume la substancia, vaseles cayendo la pluma pelo à pelo, de donde (quedado sin cañones) los llamaron pelones, ò peludos: luego se recogen à las Aldèas, ò Caserìas, donde dàn en criar cebones, gallinas, y pollos, contando los huevos de cada dia, haciendo de ellos caudal principal. Saquese de aqui en limpio, que si el rico se quisiere governar, le asseguro, que nunca serà pobre; y si el pobre se comidiere, que presto serà rico, acomodandose todos en todo con el tiempo: que no siempre le està bien al señor guardar, ni al pobre gastar. Entretenimientos han de tener; mas tenganse tales, que sean para entretenerse, y no para perderse. En las ocasiones ha de mostrarse cada uno conforme à quien es; pero no emparejandose todos lado à lado, pie con pie, cabeza con cabeza: si se alargàre el poderoso, detengase el escudero, no quiera con sus tres hacer lo que el otro con treinta; no considera que son abortos, y cosas fuera de su naturaleza, de que todos murmuran, riendose de èl, y gastada la substancia, se queda pobre arrinconado? no entiende el que no puede, que hace mal en querer gallear, y estirar el pescuezo? si es cuervo, y no sabe, ni puede mas de graznar, para què quiere cantar, y preciarse de voz, aunque el adulador le diga que la tiene buena, no vè que lo hace por quitarle el queso, y burlarlo? Lo mismo digo à todos, que cada uno se conozca à sì mismo, tiente el temple de sus aceros, no quiera gastar el hierro con lima de palo, y lo que èl murmura del otro, cierre la puerta, para que el otro no lo murmure de èl. A todos conviene dormir en un pie (como la grulla) en las cosas de la hacienda, procurando, yà que no se gasta, que no se robe, que el dexar perder no es franqueza, y con lo que hurtan Veedor, Cocinero, y Despensero (que son los tres del mohino) se pueden gratificar seis criados. No digo mas del robo de estos, que del desperdicio de essotros, pues todos hurtan, y todos llevan lo que pueden cercenar de lo que tienen à cargo, uno un poco, y otro otro poco: de muchos pocos se hace un algo, y de muchos algos un algo tan mucho, que lo embebe todo.

Gran culpa de esto suelen tener los amos, dando corto salario, y mal pagando, porque se sirven de necessitados, y de ellos hay pocos que sean fieles. Ponte à jugar en un resto lo que tienes de renta en un año, paga, y haz merced à tus criados, y seràs bien, y fielmente servido, que el galardon, y premio de las cosas hace al señor ser tenido, y respetado como tal, y po-

pone animo al pobre criado para mejor servir. Ay señor, que no daràn un real al sirviente mas importante, pareciendole que le basta el sueldo seco, y que en darselo, y su racion, està pagado. No señor, no es buena razon, que aquesso yà se lo debes, no tiene que agradecerte, con lo que no le debes lo has de obligar à mas de lo que te debe, y que con mas amor te sirva, que si no te alargas de lo que prometiste, siendo señor, no serà mucho que el criado se acorte, y no se adelante de aquello à que se obligò: como sucediò à un hidalgo cobarde, que haviendo sido demasiado, en confianza de su dinero, con otro hidalgo de valor, viendo que sus fuerzas, y animo eran flacos, quiso valerse de un mozo valiente, que le acompañaba. Atencion, que como una vez echasse su enemigo mano para èl, su criado le defendiò, con pèrdida del contrario, que lo retirò en quanto su señor se puso en salvo, y en esta question perdiò el mozo el sombrero, y la bayna de la espada. Esto se passò, fuese à su posada, mas nunca el amo le satisfizo la pèrdida, ni lo adelantò en alguna cosa; y como viniesse otra vez con un palo, y le diesse de palos el de la question passada, el criado se estuvo quedo, mirando como lo aporreaba. El amo daba voces, pidiendo socorro; à quien el mozo respondiò: Vuessa merced cumple con pagarme cada mes mi salario, y yo con acompañarle, como lo prometì, y el uno y el otro no estamos à mas obligados: assi, si quieres que salgan de su passo, aventajandose en tu servicio, de lo que pierdes tan desbaratadamente, ganales las voluntades, que serà ganar no te roben la hacienda, defiendan tu persona, ilustren tu fama, y deseen tu vida. O quantas veces vi llevar, y llevè tortas de manjar blanco, lechones, pichones, palominos, quesos de cien diferencias, y provincias, y otras infinitas cosas à vender, que es prolixidad referirlas, y faltan tiempo, y memoria para contarlas; solo quiero decir, que estas desordenes en todos, me hizo à mì como à uno de ellos: andaba entre lobos, y enseñème à dàr ahullidos. Yo tambien era razonable principiante, aunque por diferente camino, mas entonces perdì el miedo; soltème al agua sin calabaza, salì de buelo, todos jugaban, y juraban, todos robaban, y sisaban, hice lo que los otros. De pequeños principios, resultan grandes fines. Comencè (como dixe) de poco à jugar, sisar, y hurtar, fuime alargando el passo, como los niños que se sueltan en andar, hasta que yà lo hacia de lo fino, de à cienta la onza; y no lo tenia por malo (que aun à esto llegaba mi inocencia) antes por lìcito, y permitido. Compraba algunas cosillas que me hacian falta, ò lo

echaba en un topo, que siempre de los juegos buscaba los mas virtuosos, bueltos, ò carteta, para acabar presto, y acudir à mi oficio. Acuerdome una vez, que estando porfiando una suerte con otros mancebitos de mi talle en un corral de casa, se levantò gran grita: pareciò con la vocerìa hundirse la casa; mandò nuestro amo al Maestre-Sala mirasse què era aquello: hallònos en la brega fregando el delito; y excediendo de su comission, diònos una rociada de leña seca, sacudiendonos el polvo del hatillo, de manera, que nos levantò ronchas por todo el cuerpo debaxo de la camisa, con que tambien perdì mi credito ganado, trayendome de alli adelante sobre ojos, (como dicen) de donde comenzò mi totàl perdicion, de la manera que sabràs adelante.

CAPITULO VI.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache prosigue lo que le passò con su amo el Cozinero, hasta salir despedido de èl.

MUcho se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho mas debe estimarse aquel que sabe con virtud conservar lo ganado: mucho me forzaba la voluntad en agradar, aunque mas me tiraba la mala costumbre de la vida passada; y assi, lo que hacia (como cosa contrahecha) eran las obras de la mona: que la gloria falsamente alcanzada, poco permanece, y presto passa. Fui como la mancha de aceyte, que si fresca no parece, brevemente se descubre, y crece: yà no se fiaban de mì; llamabanme, uno, cedacillo nuevo, otro la gata de Venus; y se engañaban, que mi natural bueno era, y en el mio, ni lo aprendì, ni lo supe, y lo hice malo, y lo dispuse mal: enseñaronmelo la necessidad, y el vicio: allì me afinè con los otros ministros, y sirvientes de casa. Ladrones hay dichosos, que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial, y en mì mortal; fue muy bien, pues degenerè de quien era, haciendo lo que no debìa: perdime con las malas compañias, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que hechiza, Sol de Marzo, aspid sordo, y voz de Syrena. Quando comencè à servir, procuraba trabajar, y dàr gusto, despues los malos amigos me perdieron dulcemente; la ociosidad ayudò gran parte, y aun fue la causa de todos mis daños: como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdicion, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, es-

escardadera, que entresaca las buenas costumbres, hoz, que siega las buenas obras, trillo, que trilla las honras, carro, que acarrea maldades, y sylo en que se recogen todos los vicios. No puse los ojos en mi, sino en los otros; parecióme licito lo que ellos hacian, sin considerar, que por estàr acreditados, y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues assi havian de medrar, y para esso sirven à buenos. Quise meterme en docena, haciendome como èllos, no siendo su igual, sino un picaro desandrajado; pero si disculpas valen, y la que diere se me admite, como tan libremente veìa que todos llevaban este passo, parecióme la tierra de Jauja, y que tambien havia de caminar por allì, creyendo (como dixe) ser obra de virtud, aunque despues me desengañaron, que pensè bien, y entendì mal; porque la gracia de esta bula solo la concediò el uso à los Hermanos Mayores de la Cofadria de ricos, y poderosos, à los privados, à los hinchados, à los arrogantes, à los aduladores, à los que tienen lagrimas de Cocodrillo, à los alacranes, que no muerden con la boca, y hieren con la cola, à los lisonjeros, que con dulces palabras acarician el cuerpo, y con amargas obras destruyen el alma. Estos tales eran à quien todo les estaba bien, y en los como yo, era maldad, y bellaquerìa; engañème, con mi engaño me desemboltì de manera, que desde muy lexos me conocieran la enfermedad, aunque todo era niñerìa de poca estimacion: suelen decir, que el postrero que sabe las desgracias es el marido. De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una en los oìdos de mi amo; yà porque los agradaba, no querian ponerme mal, y me echàra de casa, ò yà porque aunque me lo reñian, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban; mas por algunos descuidos mios, y cosas que se traslucian algo, andaba yà escaldado mi amo conmigo, andabame à las espuelas para cogerme. Aconteciò, que lo llamaron para un banquete de un Principe Estrangero, nuevamente venido à la Corte: mandòme ir con èl, para trasponer el cebollino, resultas de la cocina, segun el uso, y costumbre. Luego que fuimos à la posada se nos hizo el entrego: mi amo comenzò à destrozar, dividir, y romper con grandissima destreza, poniendo generos aparte, y de cada cosa lo que le pertenecia, conforme à su arancèl, porque con otros cuidados no huviesse algun descuido, y se mezclassen las acciones, siendo justo dàr lo de Cesar à Cesar, y apossessionarse cada qual en su hacienda. Despues al cerrar de la noche haviame mandado traer costales: comenzòlos à estivar de maestro, y poniendomelos al ombro, à tiem-

tiempo, y de manera, que no pudiera ser visto, me hizo dàr quatro caminos, que ninguno me vagaba el resuello, segun iba de cargado: cada uno, y todos parecian el arca de Noè, y no sè si en ella huvo de tantos individuos, ò Dios despues los criò. Yà que tuve acabada mi faena, mandòme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar, y perdigar, en que ocupè gran parte de la noche. Al bueno de mi amo no se le cocia el pan, andaba con sobresalto, sin sossiego, cuidadoso que su muger estaba sola, y no podria poner en orden tanta hacienda, ò que no sucediesse algun torbellino; y con este alboroto me dixo: Guzmanillo, vete à casa, pon en cobro lo que llevaste, abre los ojos, y mira por todo, dì à tu señora, que acà me quedo; tèn cuenta con la casa, y en amaneciendo vèn aquì bolando. Hicelo assi, doy à mi ama el recaudo, pido garavatos, y sogas, puselas por unos corredores colgando al patio, allì ensartè los trofeos de la victoria. Era gloria de vèr la varia plumagerìa del capòn, de la perdiz, de la tortola, de la gallina, del pabo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas, y gansos, que sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecian salir de los viveros. Colguè à otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, javalì, carnero, lenguas, lechones, y cabritos: entapizòse nuestro patio à la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera que (mi fè te prometo) segun lo que allì campeaba, me pareciò havèr traìdo de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete Infantes de Lara, que no estaba con esto acabado: ello quedò muy bien acomodado, y yo muy de veras cansado, que lo trabajè muy bien, aunque se me luciò muy mal, pagandomelo peor. Mi ama vivia en un aposento baxo, dexòme como el escarabajo, la carga acuestas, y fuese à dormir; debiò de cenar salado, que cargò delantero, conforme à su costumbre antigua. Yo (acabada la tarèa) hice lo mismo, subime à la cama, hacia tanto calor, que por buen rato me entretuve rascando, y dando buelcos, hasta que con algunas malas ganas me dexè ir à media rienda por el sueño adelante; anduve galopeando con èl, y con la manta, que sabanas no se usaban dàr, ni mas que un jergòn viejo à los mozos de mi tamaño en aquella tierra, cuidadoso de madrugar, como mi amo me lo havia mandado. Veis aqui, Dios en hora buena (serìan como las tres de la madrugada, entre dos luces) oygo andar abaxo en el patio una escaramuza de gatos, que hacian banquete con un pedazo de abadejo seco, traìdo acaso por los texados de casa de algun vecino, y como de suyo son de mala condi-

dicion, que no ſabreis quando eſtàn contentos, como los viejos, ni quieren (aun) comer callando, que à todo gruñen, ò bien ſea que quieran decir que le ſabe bien, ò que no eſtà bueno de ſal, con el ruido de ſu pendencia me deſpertaron, puſeme à eſcuchar, y dixe: Serìa el diablo, ſi la peſadumbre de eſta buena gente fueſſe ſobre la capa del juſto, y eſtuvieſſen à eſtas horas riñendo por la partija de mis bienes; de modo, que pagaſſen mis hueſſos la carne que comieſſen, metiendome con mi amo en deuda, y en pendencia. Yo eſtaba en la cama, como nacì del vientre de mi madre, no creì que alguien me viera; ſalto en un penſamiento, y como ſi à mi linage todo le llevàran Moros, y aquella diligencia valiera ſu reſcate, doy à correr, y trompicar por las eſcaleras abaxo, por allegar à tiempo, y no fueſſe como en algunos ſocorros importantes acontece. Mi ama, como ſe acoſtò primero, llevòme muchas ventajas, y mas el eſtàr holgada, corria ſobre quatro dormidas, como guſano de ſeda, y frezaba para levantarſe: oyò el miſmo rebato, debiòſele de antojar que yo ſoñarìa, y en buena razon aſsi debiera ello ſer, parecìòle que no lo oyera. Ella, aunque ſe acoſtaba veſtida, ſiempre andaba encueros, y eſta vez lo eſtaba, ſin tener ſobre los heredados de Eva camiſa, ni otra cobija; y aſsi deſnuda, ſin acordar de cubrirſe, ſaliò corriendo deſvalida, con un candil en la mano à reparar ſu hacienda. Su penſamiento, y el mio fueron uno, el alboroto igual, y la diligencia en cauſa propria, el ruido de ambos poco, por venir deſcalzos. Veìſnos aqui en el patio juntos, ella eſpantada en verme, y yo aſſombrado de verla; ella ſoſpechò que yo era duende, ſoltò el candil, y diò un gran grito, yo atemorizado de la figura, y con el encandilado, di otro mayor, creyendo ſerìa el alma del Deſpenſero de caſa, que havia fallecido dos dias antes, y venia por ajuſtarſe de cuentas con mi amo: ella daba voces, que la oyeran de todo el barrio; yo con las mias fue poco no me oyeſſe toda la Villa. Fueſe huyendo à ſu apoſento, y yo quiſe hacer lo miſmo al mio; dieron los gatos à huìr, tropecè con un manſejòn de caſa en el primer eſcalòn, aſyòſeme à las piernas con las uñas, pensè que yà me llevaba el que à redro vaya, parecìò que me arrancaba el alma, doy de ocicos en la eſcalera, deſgarreme las eſpinillas, y deshiceme las narices. No podia ninguno de los dos entender, ò ſoſpechar al cierto lo que el otro fueſſe, como todo ſucediò preſto, y acudimos al ſonido de una miſma campana, haſta que yo caìdo en el ſuelo, y eſcondida ella dentro de ſu pieza, nos conocimos por las quexas, y llantos.

Con

Con esta alteracion (si el fresco de la mañana no lo hizo) à la señora mi ama le faltò la virtud retentiva, y afloxandosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su camara, me la dexò en portales, y patio, todo lleno de huessezuelos de guindas, que debia de comerselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo, y lavarlo, por estàr à mi cargo la limpieza. Allì supe, que las immundicias de tales acaecimientos huelen mas, y peor que las naturalmente ordinarias: quede à cargo del Philosopho inquirir, y dàr la causa de ello, baste que à costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testifico la experiencia. Quedò mi ama del caso corrida, y yo mas, que aunque varon, era muchacho, y en cosas tales no me havia desembuelto: tenia tanto empacho como una doncella, y quando fuera muy hombre, me avergonzàra de su verguenza. Pesòme muy de veras havetla visto, no quisiera tal acaecimiento por la vida; mas nunca la pude persuadir dexasse de creer malicia en mì, ni bastaron juramentos para ponerla en razon, ni encaminarla à mi inocencia. Desde aquel momento me perdiò toda buena voluntad, y supe despues de una vecina nuestra, à quien ella contò el caso, que sola su pena era no haverse hallado desnuda, sino haverse desanudado, que por lo demàs no se le diera un pito, que esso se quieren las que algo estàn de sì confiadas. Quando vì que nada bastaba, luego vì mala señal, y que me havia de levantar algun falso testimonio para echarme de casa, poniendome mal con su marido, como si (pobre de mì) huviera sido la culpa: nunca mas le conocì el rostro à derechas, ni atravesò palabra conmigo. Venido el dia claro, bolvì à mi tahona como me fue mandado; fuì à tender con mi amo, no despleguè mi boca de lo passado. Preguntòme si dexaba recaudo en lo de casa? dixele que sì: ocupòme en algunas cosas, y puedo certificar, que mi amo, y sus compañeros, yo, y los mios, ayudantes, y trabajadores, teniamos mas que hacer en poner cobro à lo hurtado, que sazòn à los manjares. Qual andaba todo, què sin orden, cuenta, ni concierto: què sin duelo se pedia: què sin dolor se daba: con què gloria se recibia: què poco se gastaba: quanto se rehundia. Pedian azucar para tortas, y para tortas azucar, dos, y tres veces para cada cosa. Estos banquetes tales llamabamos jubileos, porque iba el rio buelto, y sobre aguados los peces. Con esto creì, que pues era, como dicen, el pan de mi compadre, y el duelo ageno, que no tenia yo menos colmillos para ganar esta indulgencia, que tambien estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde, ni evilleta de

que-

hombre; y siquiera de las migajas caìdas debaxo de la mesa, aun sin querer igualarme à mis iguales, fuera licito valerme algo de la franqueza, gozando del varato. Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras, y piñones, calentar agua, y otras cosas: andaba con una camisilla vieja, y un juboncillo roto: de lo que cupo al quartèl de mi amo, havia una canasta de huevos, lleguème por un par, y echème entre camisa, y carnes unos pocos, y otros en las faltriqueras de los calzones: ved, yà que metì la mano, en lo que vine à empacharme; mas diciendo verdad, no lo hice tanto por el interesse, que fue una desventura, quanto por decir siquiera, que le dì un beso à la novia, y no se dixera que salì virgen, ò que yendo à la Corte no vì al Rey. El traydor de mi amo sintiòlo, y para santificarse con mi culpa, assegurando su fidelidad con mi hurto, estando el Veedor presente, y otros criados graves de casa, quando quise salir à poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegòse à mì como un Leon, y asiendome por los cabezones, me traxo à la melena, hollando entre los pies: bien podràs pensar qual se puso la mercaderìa de bien acondicionada, pues me los deshizo todos à puntillones, corriendo las claras, y yemas por las piernas abaxo. Sin duda (dixe entre mì) algun planeta gallinero me persigue. Quisiera decirle con la colera: Pues còmo, ladron, tienes la casa entapizada de lo que hurtaste, y yo llevè, y haces alharacas por seis tristes huevos que me hallaste? no vès que te ofendes con lo que me ofendes? Pareciòme mas acertado el callar, que el mejor remedio en las injurias, es despreciarlas. Mucho la sentì, por hacermela mi amo, que si fuera de un estraño, no la estimàra en tanto, mas huve de sufrir: no hice mas mudamiento, ni dì otra respuesta, que alzar los ojos al Cielo con algunas lagrimas, que à ellos vinieron. La vehetrìa del banquete se passò, y nos fuimos à casa; dixome mi amo por el camino: Què te digo, Guzmanillo, advierte, que lo que yò te dì, me importò mas de lo que piensas; yà sè que no tuve razon, mañana te comprarè unos zapatos por ello, y valdràn mas que los huevos. Alegrème con la manda, porque los que traìa estaban rotos, y viejos: mi ama le debiò de contar algunos males de mì, que desde que entramos en casa, siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasion llegasse de comprar zapatos, que sin ellos me quedè. Como lo havia torcido, procuraba de quitarle los tropezones de delante, sirviendole con mas cuidado que nunca, sin hacerle falta, ni à cosa de la cocina en un cabello. Un dia de fiesta, como era de costumbre,

ſe hicieron unas empanadas, y paſteles, de que ſobrò un poco de maſa, y otro dia Lunes havian de correrſe toros en la plaza: eſtaba en la baſura una canilla de baca caſi entera, yo tenia neceſsidad para holgarme de unas blanquillas, y en un penſamiento empanè mi zancarron, que como lo puſe, no diferenciaba por defuera de un hermoſo conejo: fuime con èl à mi pueſto, con animo de dàr alguna gatada; mas como eſtaba de prieſſa, no pude aguardar marchante: llegò à comprarmela un cano, y honrado eſcudero: hicele buena comodidad, concertela en tres reales y medio, vì el Cielo abierto, por bolverme preſto; mas quanta mi prieſſa era mucha, ſu flema era grande. Puſoſe debaxo del brazo un reportorio pequeñuelo, que llevaba en la mano, colgò del cinto los guantes, y lienzo de narices, luego ſacò una caxa de anteojos, y en limpiarlos, y ponerſelos tardò largas dos horas: fue deſtilando del bolſico de un garniel quarto à quarto, y poniendomelos en la mano, cada medio quarto le parecia quartillo, y le daba ſeis bueltas, mirandolo àcia el Sol. Apenas me vì con mi dinero, quando mi amo eſtaba conmigo, que con la falta que hice, saliò à buſcarme; aſyòme del brazo, diciendo: Què prendas me rematais, mancebo? El eſcudero eſtaba preſente à todo eſto, que no ſe lo quiſo llevar la maldicion, para deſcubrir mi ſecreto: hallème atajado, que no ſupe, ni pude darle autor, y por no tenerlo, quedò como libro prohibido, ò mercaderias vedadas, caſtigandome por ello, pues me peſcò las monedas, diciendo: Soltad, bellaco, ſois vos el que me alababan? La moſca muerta, el que hacia del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? Eſto tenia en mi caſa? A vos daba mi pan, y regalaba? No mas de un picaro? No me entreis mas en caſa, ni paſſeis por mi puerta, que quien ſe abate à poco, no perdonarà lo mucho, ſi ocaſion ſe le ofrece: y dandome un peſcozon, y un puntillon à un tiempo, y en preſencia de mi marchante (que nunca mi mala ſuerte lo deſpegò de alli con ſu flema) caſi me hiciera dàr en tierra: quedè tan corrido, que no ſupe reſponderle, aunque pudiera, y tuve harto paño, mas no ſiendome lìcito, por haver ſido mi amo, baxè la cabeza, y ſin decir palabra, me fui avergonzado, que es mas gloria huir de los agravios callando, que vencerlos reſpondiendo.

CAPITULO VII.

COMO DESPEDIDO GUZMAN de Alfarache de ſu amo, bolviò à ſer picaro, y de un hurto que hizo à un Eſpeciero.

EN qualquiera acaecimiento mas vale ſaber que haver; porque ſi la fortuna ſe revelàre,

nunca la ciencia desampara al al hombre: la hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimacion lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene. No hay quien dude los excessos, que à la fortuna hace la ciencia, no obstante que ambas aguijan à un fin de adornar, y levantar à los hombres. Pintaron varios Philosophos à la Fortuna en varios modos, por ser en todo tan varia: cada uno la dibuxò segun la hallò para sì, ò la considerò en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que mas favorece, para mayor trabajo le guarda. Es de vidrio, instable, sin sosiego, como figura esferica en cuerpo plano: lo que oy dà, quita mañana: es la resaca de la mar, traenos rodando, y bolteando, hasta dexarnos una vez en seco en las margenes de la muerte, de donde jamàs buelve à cobrarnos, en quanto vivimos, obligandonos como à representantes à estudiar papeles, y cosas nuevas, que salir à representar en el tablado del mundo. Qualquier vario acaecimiento la descompone, y roba, y lo que dexa perdido, y deshauciado, remedia la ciencia facilmente. Ella es riquissima mina descubierta, de donde (los que quieren) pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso rio, sin que se agote, ni acabe; ella honra la buena fortuna, y ayuda en la mala; es plata en el pobre, oro en el rico, y en el Principe piedra preciosa: en los passos peligrosos, en los casos graves de fortuna el sabio se tiene, y passa, y el simple en lo llano tropieza, y cae. No hay trabajo en la tierra, tormenta en el mar, ni temporal en el ayre, que contraste à la ciencia; y asi debe desear todo hombre vivir, para saber, y saber para vivir: son sus bienes perpetuos, estables, fixos, y seguros. Preguntaràsme, donde và Guzmàn tan cargado de ciencia? Què piensa hacer con ella? Para què fin la loa con tan largas arengas, y engrandece con tales veras? Què nos quiere decir? A donde ha de paràr? Por mi fè, hermano mio, à dàr con ella en un esportòn, que fue la ciencia que estudiè para ganar de comer, que es una buena parte de ella, pues quien hà oficio, hà beneficio, y el que otro no sabìa para passar la vida, tanto lo estimè para mi en aquel tiempo, como en el suyo Demosthenes la eloquencia, y sus astucias Ulises.

Mi natural era bueno, nacì de nobles, y honrados padres, no lo pude cubrir, ni perder, forzoso les havia de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los animos fuertes; y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los males se hacen mejores, sabiendo aprovecharse de ellos. Quien dixera,

xera, que tan buen servicio sacàra tan mal galardòn, por tan inopinada, y liviana ocasion? Salvo si no me dices, que anda tal el mundo; que por el mismo caso que uno es bueno, diestro en su oficio, y en èl hace como debe, por esso mismo lo descompone, y arrincona, para que todo se yerre! ò que à los que Dios tiene predestinados, tràs el pecado embìa la penitencia. Ojalà fuera yo tan dichoso, y me lo castigàra à cuerpo presente! Mi amo yà conmigo maleaba, que su muger lo indignò contra mì; qualquier cerrar de ojos bastàra, y aprovechàra poco, aunque me desvelàra mucho en quitarle las ocasiones. Yà estoy en la calle arrojado, y perseguido, sobre despedido, què harè? donde irè? ò què serà de mì? pues à voz de ladron salì de donde estaba: quien me recibirà de buena, ni de mala gana? Acordemè en aquella sazon de mis trabajos passados, como hallaron puerto en una espuerta. Buñolero solìa ser, bolvime à mi menester, no me pesò de haverlos tenido, pues assi me socorri de ellos, y es bien à veces tomarlos de voluntad, para que no cansen tanto los forzosos en la necessidad, y pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse à tenerlos, para mejor saber sufrirlos quando vengàn; demàs, que humillan à los hombres à cosas en que despues hallan fruto. No hay trabajo tan amargo, que (si quisieres) no saques de èl un fin dulce, ni descanso tan dulce con que puedas dexar de tener un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan à mi gusto acomodado, antes no huviera padecido trabajos, nunca con la bonanza de mi sollastrìa supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallàra tan à la mano de què me socorrer; què fuera entonces de mì? No consideras, què turbado, què afligido estarìa, y què triste, quitado el oficio, sin saber de què valerme, ni rincon adonde abrigarme? Con quanto ganè, juguè, y hurtè, ni comprè juro, censo, casa, ni capa, ò cosa con que me cobijar: haviase todo ido entrada por salida, comido por servido, jugado por ganado, y frutos por pension. Del mal el menos: con todas estas desdichas, mi caudal estaba en pie, la verguenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla, y quanto menos posseyere, le dolerân menos los yerros que hiciere. Yà me sabìa la tierra, y havia dineros para esportòn, mas antes de resolverme à bolverlo al ombro, visitaba las noches, y à medio dia los amigos, y conocidos de mi amo, si alguno por ventura quisiera recibirme, porque yà sabìa un poquillo, y holgàra saber algo mas, para con ello ganar de comer: algunos me ayudaban, entreteniendome con un pedazo de pan: debieron de oìr tales cosas

de mì, que à poco tiempo me despedian, sin querer acogerme: donde la fuerza oprime, la ley se quiebra. Con estas diligencias cumplìa à lo que estaba obligado, para no poder acusarme à mì mismo, que bolvia à lo passado, huyendo del trabajo; y te prometo, que lo amaba entonces, porque tenìa de los vicios experiencia, y sabìa quanto es uno mas hombre que los otros, quanto era mas trabajador, y por el contrario con el ocio. Mas no pude yà otra cosa, no sè que puede ser, que deseando ser buenos, nunca lo somos, y aunque por horas lo proponèmos, en años nunca lo cumplimos, ni en toda la vida salimos con ello; y es porque no querèmos, ni nos acordamos de mas de lo presente. Comencè à llevar mis cargos, comia lo que me era necessario, que nunca fue mi Dios mi vientre, y el hombre no ha de comer mas de (para vivir) lo que basta, y excediendo, es brutalidad, que la bestia se harta para engordar. De esta manera, comiendo con regla, ni entorpecìa el animo, ni enflaquecìa el cuerpo, ni criaba malos humores, tenia salud, y sobrabanme dineros para el juego. En el beber fui templado, no haciendolo sin mucha necessidad, ni demasiado, procurando ajustarme con lo necessario, assi por ser natural mio, como parecerme malo la embriaguèz en mis compañeros, que privandose del sentido, y razon de hombres, andaban enfermos, roncos, enfadosos de aliento, y trato, y los ojos encarnizados, dando traspies, y reverencias, haciendo danzas con los cascabeles en la cabeza, echando contrapassos atràs, y adelante, y (sobre toda humana desventura) hecho fiesta de muchachos, riza del pueblo, y escarnio de todos. Que los picaros lo sean, andar, son picaros, y no me maravillo, pues qualquiera baxeza les entalla, y se hizo à su medida, como à escoria de los hombres; pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debian ser abstinentes lo hagan? Que el Religioso se descomponga el gruesso de un pelo en ello, no solamente digo descomponga, pero aùn llegar à la raya de poderse notar en semejante vituperio, digan ellos mismos lo que sienten quando sienten, sino es que para llevar el absurdo adelante se disculpan con locuras, trayendo consequencias, que cometiendo un yerro, dàn en docientos; mas para sì todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar de ello, infamia usarlo, bellaquerìa paliarlo, cosa indigna de hombres no abominarlo.

Teniamos en la plaza junto à Santa Cruz nuestra casa propia comprada, y reparada de dinero ageno: alli eran las juntas, y fiestas: levantabame con el Sol; acudia con diligencia por aquellas

tenderas, y panaderos, entraba en la carniceria, hacia mi agosto las mañanas para todo el dia. Dabanme los parroquianos, que no tenian mozo, que les llevassen la comida: hacialo fiel, y diligentemente, sin faltarles un cabello; acreditème mucho en el oficio, de manera, que à mis compañeros faltaba, y à mi me sobraba para un Theniente que siempre me allegaba. Entonces eramos pocos, y andabamos de vagar; aora son muchos, y todos tienen en que ocuparse, y no hay estado mas dilatado que el de los picaros, porque todos dàn en serlo, y se precian de ello. A esto llega la desventura, hacer de las infamias bizarria, y honra de las baxezas, y de las veras burla.

Sucediò, que se dieron conductas à ciertos Capitanes, y luego que acontece lo tal, se publìca en el Pueblo, y en cada corrillo, y casa se hace Consejo de Estado. La de los picaros no se duerme, que tambien govierna como todos, haciendo discursos, dando trazas, y pareceres: no entiendas que por ser baxos en calidad, han de alexarse mas los suyos de la verdad, ò por ser menos ciertos: engañaste de veras, que es antes al contrario, y acontece saber ellos lo essencial de las cosas, y hay razon para ello; porque en quanto al entendimiento, algunos, y muchos hay, que si lo acomodassen lo tienen bueno; pues como anden todo el dia de una en otra parte, por diversas calles, y casas, y sean tantos, y anden tan divididos, oyen à muchos muchas cosas; y aunque suelen decir, que quantas cabezas, tantos pareceres, y si uno, ò un ciento disparan, diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia, nosotros, pues, (recogido todo lo de todos) en quanto se cenaba referiamos lo que en la Corte passaba, demàs, que no havia bodegòn, ni taberna, donde no se huviera tratado de ello, y lo oyeramos, que alli tambien son las aulas, y generales de los discursos, donde se ventilan questiones, y dudas, donde se limita el poder del Turco, reforman los Consejos, y culpan à los Ministros: ultimamente, alli se sabe todo, se trata en todo, y son legisladores de todo, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo à Ceres por ascendiente, conservando de vientre lleno, y si el mosto es nuevo, hierve la tinaja. Con lo que alli aprendiamos, venia despues à tratar nuestra junta de lo que nos parecia. Esta vez acertamos en decir, que aquestas compañias marcharian la buelta de Italia: fuese averando el caso, porque arbolaron las Vanderas por la Mancha adentro, subiendose desde Almodovar, y Argamasilla, por las margenes del Reyno de Toledo, hasta subir à Alcalà de Henares, y Guadalaxara, yendose siempre acercando al

Mar Mediterraneo. Pareciòme muy buena ocasion para la execucion de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban à hacer este viage, por conocer mi sangre, y saber quienes, y de què calidad eran mis deudos; mas estaba tan roto, y despedazado, que el freno de la razon me hacia parar à la raya, pareciendome impossible efectuarse, pero nunca me desvelaba en otra cosa: en esta iba, y venìa, sin poder apartarla de mì: de dia cabilaba en ello, y de noche lo soñaba; y si tiene lugar el proverbio del Romano, si quieres ser Papa, estampalo en la testa, en mì se verificò, que andando en este cuidado solìcito dandole mil trasiegos, me sentè à un lado de la plaza, junto à una tendera, donde solia ser mi puesto, y de mi Theniente; y estando con la mano en la mexilla, determinando de passar, aunque fuera por Mochilero, si mas no pudiera, y aun segun estaba, me sobraba, oì decir: Guzmàn, Guzmanillo: bolvi el rostro à la voz, y sentí, que un Especiero debaxo de los portales de junto à la carnicerìa me llamaba: hizome señas con la mano, que fuesse allà: levanteme por vèr què me queria, dixome: Abre esse esportòn. Echòme dentro cantidad de dos mil, y quinientos reales en plata, y en oro, y en quartos pocos. Preguntèle: A què calderero llevamos este cobre? Dixome: Cobre le parece al picaro? Alto, aguije, que lo voy à pagar à un Mercader forastero, que me vendiò algunas cosas para la tienda. Esto me decia, mas yo en otro pensaba, que era como darle cantonada; porque no la alegre nueva del parto deseado llegò al oìdo del amoroso padre, ni derrotado marinero con tormentas descubriò de improviso el puerto que buscaba, ni el rendido muro al famoso Capitàn que le combate le diò tal alegria, ni tuvo tan suave acento, qual en mi alma sentì, oyendo aquella dulce, y sonorosa voz de mi Especiero: ABRE ESSA CAPACHA. Gran palabra! letras, que de oro se me estamparon en el corazon, dexandolo colmado de alegria, y mas quando las calificaron, poniendome actualmente en quieta, y pacifica possession de lo que creì havia de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencè à dispensar de la moneda, trazando mi vida: carguè con ella, fingiendo pesar mucho, y me pesaba mucho mas, de que no era mas. Mi hombre comenzò à andar por delante, y yo à seguirle, con increìble deseo de hallar algun aprieto, ò concurso de gente en alguna calle, ò llegar à alguna casa donde hacer mi hecho: deparòme la fortuna à la medida del deseo una como assi me la quiero, pues entrando por la puerta principal, salì tres calles de allì, por un postigo, y dando bordos de esquina

en

en esquina, el passo largo, y no descompuesto, para no dàr nota, las fui trasponiendo con lindo ayre hasta la puerta la Vega, donde me dexè ir descolgando àcia el rio, atravesè à la Casa de el Campo, y ayudado de la noche, caminè (por entre aquella maleza de los alamos, chopos, y zarzas) una legua de alli. En una espesura hice alto, para (con maduro consejo) pensar en lo por venir, como fuesse de fruto lo passado; que no basta comenzar bien, ni sirve de mediar bien, si no se acaba bien: de poco sirven buenos principios, y mejores medios, no saliendo prosperos los fines. De què provecho huviera sido el hurto, si me hallàra con èl, sino perderlo, y à bueltas de èl quizàs las orejas, y haver comprado un cabo de año, si tuviera edad? Alli entrè en acuerdo de lo que fuera bien hacer; busquè donde el agua tenia mas fondo en la mayor espesura, y en ella hice un hoyo, y en las telas de mis calzones, y sayo (embuelta la moneda) la metì, cubriendola muy bien de arena, y piedras por defuera; puse una señàl, no porque me descuidasse, qui alli residia la vista por casi quince dias, pero para no turbarme despues, buscandola dos pies mas adelante, ò atràs, que fuera morirme, si quando metiera la mano, dexàra de assentarla encima, en especial, que algunas noches me alargaba de alli à los Lugares de la comarca por viandas para tres, ò quatro dias, bolviendo luego à mi alvergue, ensotandome en saliendo el Sol por aquel bosque del Pardo. De esta manera me entretuve en tanto que desmentì las espìas, y quadrilleros, que sin duda debieron de ir tràs de mi. Assi se perdiò el rastro, y pareciendome que todo estarìa seguro, para poder mudar el rancho, y marchar hice un pequeñuelo lio de los forros viejos, que del sayuelo me quedaron, donde metì embuelta la sangre de mi corazon; quedòme solo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desarrapado, y una rota camisa, pero todo limpio, que lo havia por momentos lavado: quedè puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortelanos. Anduve à escoger un par de garrotillos lisos; del uno colguè à las espaldas el precioso fardo, el otro llevè por bordòn en la mano: yà cansado, y harto de estàr hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una Guarda, ò qualquiera que alli me viera residir de assiento, no tomasse de mì mala sospecha, comencè à caminar de noche à obscuras por lugares apartados del camino Real, tomando à traviesas trochas, y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas de èl à un Soto, que llaman Azuqueca, que amanecì en èl una ma-

mañana. Metime à la ſombra de unos membrillos, para paſſar el dia; hallème ſin penſar junto à mi un mocito de mi talle, debia ſer hijo de algun Ciùdadano, que con tan mala conſideracion como la mia ſe iba de con ſus padres à vèr mundo. Llevaba liado ſu hatillo; y como era Cavallero novèl, acoſtumbrado à regalo, y la leche en los labios, canſabaſe con el peſo, que aun à sì miſmo ſe le hacia peſado llevarſe. No debìa de tener mucha gana de bolver à los ſuyos, ni de ſer hallado de ellos: caminaba como yo, de dia por los jarales, de noche por los caminos, buſcando madrigueras. Digolo, porque deſde que alli llegamos, haſta el anochecer, que nos apartamos, no ſaliò de donde yo. Quando ſe quiſo partir, tomando à peſo el fardo, lo dexò caer en el ſuelo, diciendo: Maldigate Dios, y ſi no eſtoy por dexarte. Yà nos haviamos de antes hablado, y tratado, pidiendonos cuenta de nueſtros viages, de donde, y quien eramos. El me lo negò, yo no ſe lo confeſsè, que por mis mentiras conocì que me las decia: con eſto nos pagamos, lo que mas pude ſacarle, fue deſcubrirme ſu neceſsidad. Viendo, pues, la buena coyuntura, y diſguſto que con el cargo llevaba, y mayor con el poco peſo de la bolſa, pareciòme ſerìa ropa de veſtir. Preguntèle, què era lo que llevaba, que tanto le canſaba? Dixome: Unos veſtidos. Tuve buena entrada para mis deſeos, y dixele: Gentilhombre, dariaos yo razonable conſejo, ſi lo quiſieredes tomar. El me rogò ſe lo dieſſe, que ſiendo tal, me lo agradecerìa mucho. Bolvile à decir: Pues vais cargado de lo que no os importa, deſhaceos de ello, y acudid à lo mas neceſſario: aì llevais eſſa ropa, ò lo que es, vendedla, que menos peſo, y mas provecho podrà haceros el dinero, que ſacaredes de ella. El mozo replicò diſcretamente (que ſon de buen ingenio los Toledanos) eſſe parecer bueno es, y lo tomàra; mas tengolo por impertinente en eſte tiempo, y conſejo ſin remedio es cuerpo ſin alma: què me importa quererlo vender, ſi falta quien me lo pueda comprar? A mi ſe me ofrece cauſa para no entrar en poblado à hacer trueco, ni venta, ni alguno que no me conozca querrà comprarlo. Luego le preguntè, què piezas eran las que llevaba? Reſpondiòme: Unos veſtidillos para remudar con eſte que tengo puesto. Preguntèle la color, y ſi eſtaba muy traìdo? Reſpondiò, que era de mezcla, y razonable. No me deſcontentò, que luego le ofrecì pagarſelo de contado, ſi me vinieſſe bien. El mozo ſe puſo penſativo à mirarme, que en todo quanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela, ni valia un comino, y trataba de ponerle ſu ropa en precio. Eſta imagi-

ginacion fue mia, que le debiò de passar al otro, y que debia de ser algun ladroncillo, que lo queria burlar; porque estuvo suspenso, regateando, si lo enseñarìa, ò no, que de mi talle no se podia esperar, ni sospechar cosa buena. Esta diferencia tiene el bien al mal vestido, la buena, ò mala presuncion de su persona, y qual te hallo, tal te juzgo, que donde falta conocimiento, el habito califica, pero engaña de ordinario, que debaxo de mala capa suele haver buen vividor. En el punto entendì su pensamiento, como si estuviera en èl, y para reducirlo à buen concepto, le dixe: Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno, y hijo de tan buenos padres como vos; hasta aora no he querido daros cuenta de mi, mas porque perdais el recelo, pienso darosla. Mi tierra es Burgos, de ella sali como salis, razonablemente tratado, hice lo que os aconsejo que hagais; vendi mis vestidos donde no los huve menester, y con la moneda que de ellos hice, y saquè de mi casa los quiero comprar, donde de ellos tengo necessidad; y trayendo el dinero guardado, y este vestido desarrapado, asseguro la vida, y passo libremente, que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro, y lo està en despoblado, sin temor de ladrones, que le dañen, ni de salteadores, que le assalten: si os place, vendedme lo que no haveis menester; y no os parezca que no lo podrè pagar, que sì puedo. Cerca estoy de Toledo, à donde es mi viage, holgarìa entrar algo bien tratado, y no con tan vil habito como llevo. El mozo deshizo su lio, sacò de èl un ferreruelo, calzones, ropilla, dos camisas, y unas medias de seda, como si todo se huviera hecho para mi: concertème con èl en cien reales, no valia mas, que aunque estaba bien tratado el paño, no era fino; descosì por un lado mi emboltorio, y de èl saquè los quartos que bastaron, que no le diò poca mohina quando reconociò la mala moneda, porque iba huyendo de carga, y no podia escusarla; mas consolòse que era menor que la passada, y mas provechosa para qualquier acontecimiento. De alli nos despedimos, èl se fue con la buena ventura, y yo (aunque tarde) aquella noche me entrè en Toledo.

CAPITULO VIII.

COMO GUZMAN DE ALFARAche, vistiendose muy galàn en Toledo, tratò amores con unas damas. Cuenta lo que passò con ellas, y las burlas que le hicieron, y despues en Malagòn.

SUelen decir vulgarmente, que aunque vistan à la mona de seda, mona se queda: esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepcion. Bien podrà uno

uno veſtirſe de buen habito, pero no por èl mudar el malo que tiene: podria entretener, y engañar con el veſtido, mas èl miſmo fuera deſnudo. Preſto me pondrè galàn, y en breve bolverè à ganapàn, que el que no ſabe con ſudor ganar, facilmente ſe viene à perder, como lo veràs adelante. Lo primero que hice à la mañana, fue reformarme de jubòn, zapatos, y ſombrero; al cuello del ferreruelo le hice quitar el tafetan que tenia, y echar otro de otra color: traſtexè la ropilla de botones nuevos, quitè las mangas de paño, y puſelas de buen tafetan, con que à poca coſta lo deſconocì todo, con temor que por mis pecados, ò deſgracia, no cayera en algun lazo donde viniera à pagar lo de antaño, y lo de ogaño, que buſcando al mozuelo, no me vieran ſus veſtidos, y achacandome haverlo muerto para robarlo, me lo pidieran por nuevo, y que diera cuenta de èl. Aſsi anduve dos dias por la Ciudad, procurando ſaber donde, ò en què Lugar huvieſſe Compañìas de Soldados: no ſupo alguno darme nueva cierta, andabame azotando el ayre. Al paſſar por Zocodovèr (aunque lo atraveſaba pocas veces, ỹ con miedo, y ſi ſalia de la poſada, era mal, y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ſer eſpiado, ſi fuera conocido) veo atraveſar de camino en una mula un Gentilhombre para la Corte, tan bien aderezado, que me dexò embidioſo. Llevaba un calzon de terciopelo morado, acuchillado largo en eſcaramuza, y aforrado en tela de plata, el jubòn de tela de oro, coleto de ante, con un bravato paſſamano Milanès, caſi de tres dedos en ancho; el ſombrero muy galàn, bordado, y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro, eſmaltadas de negro, y en cuerpo. Llevaba en el portamantèo un capote (à lo que me pareciò) de raja, ò paño morado, ſu paſſamano de oro à la redonda, como el del coleto, y calzones. El veſtido del hombre me puſo codicia, y como el dinero no ſe ganò à cabar, haciame cocos deſde la bolſa, no me lo ſufriò el corazon. A buena fè (le dixe) ſi gana teneis de danzar, yo os harè el ſon, y ſi no quereis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traeros acueſtas: cumplireos eſſe deſeo, ſatisfaciendo el mio bien preſto, y que no tarde. Fuime de alli à la tienda de un Mercader, ſaquè todo recaudo, llamè un Oficial, cortè un veſtido; dile tanta prieſſa, que ni fue (como dicen) oìdo, ni viſto, porque en tres dias me embaſaron en èl, ſalvo, que por no hallar buen ante para el coleto, lo hice de raſo morado, guarnecido con trencillas de oro; puſeme de liga pajada, con un rapacejo, y puntas de oro, à lo de Chriſto me lleve, todo muy à la orden. Aſſentabame

con el roſtro, que no havia mas que pedir, y en realidad de verdad, tuve quando mozuelo buena cara. Viendome tan galàn ſoldado, dì ciertas pabonadas por Toledo en buena eſtofa, y figura de hijo de algun hombre principal. Tambien recibi luego un paje bien tratado, que me acompañaſſe: acertè con un ladino en la tierra; parecióme, viendome entronizado, y bien veſtido, que mi padre era vivo, y que yo eſtaba reſtituìdo al tiempo de ſus proſperidades; andaba tan contento, que quiſiera de noche no deſnudarme, y de dia no dexar calle por paſſear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran. Amaneciò el Domingo, puſeme de obſtentacion, y dì de golpe con mi lozanìa en la Igleſia Mayor para oìr Miſſa, aunque ſoſpecho que mas me llevò la gana de ſer mirado. Paſſeela toda tres, ò quatro veces, viſitè las Capillas donde acudia mas gente, haſta que vine à parar entre los dos Coros, donde eſtaban muchas damas, y galanes; pero yo me figurè, que era el Rey de los gallos, y el que llevaba la gala, y como paſtor lozano, hice plaza de todo el veſtido, deſeando que me vieran, y enſeñar aun haſta las cintas, que eran del Tudeſco; eſtirème de cuello, comencè à hinchar la barriga, y atieſſar las piernas: tanto me deſvanecìa, que de mis viſages, y menços todos tenian que notar, burlandoſe de mi necedad; mas como me miraban, yo no miraba en ello, ni echaba de vèr mis faltas, que era de lo que los otros formaban riſas, antes me pareciò que los admiraba mi curioſidad, y gallardìa. De quanto à los hombres no ſe me ofrece mas que decirte; pero con las damas me paſsò un donoſo caſo, digno por cierto de los tan bobos como yo; y fue, que dos de las que alli eſtaban, la una de ellas natural de aquella Ciudad, y hermoſa por todo eſtremo, puſo los ojos en mi, ò por mejor decir, en mi dinero, creyendo que lo tenia quien tan bien veſtido eſtaba; mas por entonces no reparè en ello, ni la vì, à cauſa que me havia cebado en otra, que à otro lado eſtaba, à la qual, como la hice algunas ſeñas à lo niño, riòſe de mi à lo taymado. Parecióme que aquello baſtarìa, y que lo tenia negociado: fui perſeverando en mi ignorancia, y ella en ſus aſtucias, haſta que ſaliendo de la Igleſia, ſe fue à ſu caſa, y yo en ſu ſeguimiento poco à poco ibale por el camino diciendo algunos diſparates: tal era ella que (qual ſi fuera de piedra) no reſpondiò, ni hizo ſentimiento, pero no por eſſo dexaba de quando en quando de bolver la cabeza, dandome cara, con que me abraſaba vivo. Aſsi llegamos à una calle, junto à la Solana de San Ceb ian, donde vivia, y al entrar en ſu caſa, me pa-

pareciò haverme hecho una reverencia, y cortesìa con la cabeza, los ojos algo risueños, y el rostro alegre. Con esto la dexè, y me bolvì à mi posada por los mismos passos; y à muy pocos andados, vì estàr una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se le veìan los ojos, la qual me havia seguido; y sacando solamente los dos deditos de la mano, me llamò con ellos, y con la cabeza. Lleguè à vèr lo que mandaba, hizome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, à quien estaba obligado à agradecer la voluntad que me tenia, tanto por esto, quanto por su calidad, y buenos deudos, que gustarìa le dixesse donde vivia, porque tenia cierto negocio para tratar conmigo. Yà no cabìa de contento en el pellejo: no trocàra mi buena suerte à la mejor, que tuvo Alexandro Magno, pareciendome que penaban por mi todas las damas. Asi la respondia à lo grave, con agradecimiento à la merced ofrecida, que quando se sirviesse de hacermela, serìa para mi muy grande. En esta conversacion poco à poco nos acercamos à mi posada: ella la reconociò, y despidiendonos, entrème à comer, que era hora. Como yo no sabia quien fuera esta señora, ni nunca me pareciesse haverla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla: todo se me hacia tarde; fuime à su calle, di mas passeos, y bueltas que rocin de noria, y à buen rato de la tarde saliò (como à hurto) à hablarme desde una ventana: passamos algunas razones, y ultimamente me dixo, que aquella noche me fuesse à cenar con ella. Mandè à mi criado comprasse un capòn de leche, dos perdices, y un conejo empanado, vino del Santo, pan el mejor que hallasse, frutas, y colacion para la postre, y lo llevasse. Despues de anochecido, pareciendome hora, fui al concierto, hizome un gran recibimiento de bueno: yà era hora de cenar, pedile que mandasse poner la mesa; mas ella buscando novedades, y entretenimientos, lo dilataba. Metiòme en un laberinto, comenzandome à decir, que era doncella, de noble parte, y tenia un hermano travieso, y mal acondicionado, el qual nunca entraba en casa mas de à comer, y cenar, porque lo restante, dias, y noches ocupaba en jugar, y passear. Estando en esta platica, vès aqui que llamaron con grandes golpes à la puerta. Ay Dios (me dixo) perdida soy. Alborotòse mucho, con una turbacion fingida, de tal manera, que à otro mas diestro engañàra con ella; y aunque yà la señora sabìa el fin, y los medios como todo havia de caminar, se mostrò afligida de no saber què hacerse; y como si entonces la huviera ocur-

ocurriendo aquel remedio, me mandò entrar en una tinaja sin agua, pero con alguna lama de haverla tenido, y no bien limpia. Estaba puesta en el portal del patio, hizo lo que quiso, cubriòme con el tapador, y bolviendose à su estrado, entrò el hermano, el qual viendo la humareda, dixo: Hermana, vos teneis algo de brava con este humo, y lloverse la casa, gana teneis que salga huyendo de ella. Què tenèmos que cenar con tanta humareda? Entrò en la cocina, y como viesse nuestro aparato, saliò diciendo: Què novedad es esta? Qual de nosotros es el que se casa esta noche? De quando acà tenèmos esto en casa? Què aderezo de banquete es este, ò para què convidados? Esta seguridad tengo yo en vos? Esta es la honra que sustento, y dais à vuestros padres, y desdichado hermano? La verdad he de saber, ò todo ha de acabar en mal esta noche. Ella le diò no sè què descargos, que con el miedo, y estàr cubierto, no pude bien oìr, ni entender, mas de que daba voces, y haciendo del enojado, la mandò sentar à la mesa, y haviendo cenado, èl por su persona baxò con una vela, mirò la casa, y echò la aldaba à la puerta de la calle, y entrandose los dos en unos aposentos, se quedaron dentro, y yo en la tinaja. A todo esto estuve muy atento, y devoto, de suerte, que no me quedò oracion de las que sabìa, que no rezasse, porque Dios le cegàra, y no miràra donde estaba. Viendome yà fuera de peligro, apartando la tapadera, saquè poquito à poco la cabeza, mirando si la señora venìa, si tosìa, ò escupìa; y si el gato se meneaba, ò qualquiera cosa, todo se me antojaba que era ella; mas viendo que tardaba, y la casa estaba muy sossegada, salì del vientre de mi tinaja, qual otro Jonàs del de la Vallena, no muy limpio: mas fue mi buena suerte, que con el temor de malas cosas, que suelen suceder, y mas à muchachos, guardaba el buen vestido para de dia, valiendome por las noches del viejo, que antes havia comprado, y assi no me diò cuidado, ni pena. Di bueltas por la casa, lleguème al aposento, comencè à rascar la puerta, y en el suelo con el dedo, para que me oyera: era mal sordo, y no me quiso oìr. Assi se fue la noche en claro: quando vì que amanecia, lleno de colera, triste, desesperado, y frio, abrì la puerta de la calle, y dexandola empa-rejada, salì fuera como un loco, echando mantas, y no de lana, haciendo cruces à las esquinas, con determinacion de nunca bolverselas à cruzar. Pensando en mis desdichas lleguè al Ayuntamiento, y junto à èl tenian abierta la puerta de una pastelerìa, hartème de pasteles, picaros como yo, por serme de mejor sabor: con ellos passè al estomago el corage, que me

me ahogaba en la garganta: mi posada estaba cerca, llamè , y abriòme mi criado, que me aguardaba; desnudème, y metime en la cama. Con el rostro del enojo no podia tener sosiego , ni quaxar sueño: yà me culpaba à mi mismo , yà à la dama, yà mi mala fortuna ; y estando en esto (siendo de dia claro) vès aqui que llaman à mi aposento : era la moza que me havia seguido el dia passado, y venia su ama con ella ; sentòse à la cabecera en una silla , y la criada en el suelo junto à la puerta : la señora me pidiò larga cuenta de mi vida, quien era , y à què venia , y què tiempo tardarìa en aquella Ciudad ; mas yo todo era mentira, nunca la dixe verdad ; y pensandola engañar, me cogiò en la ratonera , fuila satisfaciendo à sus palabras, y perdì la cuenta en lo que mas importaba ; pues debiendola decir , que alli havia de residir de asiento algunos meses, la dixe que iba de passo ; ella por no perder los dados, y que no debia de apetecer amores tan de repelòn , quiso darmelo : comenzò à tender las redes en que cazarme ; assi al descuido , con mucho cuidado , iba descubriendo sus galas , que eran buenas , guarniciones de oro , y otras cosas , que traìa debaxo de una saya entera de gorgoràn de Italia ; y sacando unos corales de la faltriquera , hizo como que jugaba con ellos , y de alli à poco fingiò , que la faltaba un relicario que tenìa engarzado en ellos. Afligiòse mucho , diciendo ser de su marido ; y con esto se levantò , como que le importaba bolverse luego à su casa , por si allà se le huviera quedado, buscarlo con tiempo; y aunque le prometì dàr otro, y la dixe muchas cosas , y ofrecì promessas , no pude recabar con ella , que mas se esperasse. Asi se fue , dandome la palabra de venir otra vez à visitarme , y embiar à su criada en llegando à casa , para darme aviso si havia parecido la joya : yo quedè tristissimo que asi se huviesse ido , por ser , como dixe , en estremo hermosa, bizarra , y discreta : yo tenia gana de dormir , dexème llevar del sueño , mas no pude continuarlo dos horas. Como yà tenia cuidados, levantème à solicitarlos; en quanto me vestì se hizo hora de comer, y estando à la mesa, entrò la criada, la qual, como diestra, me entretuvo hasta que huviera comido, y dixome , que bolvia , por si por ventura , jugando su ama con el Rosario , se le huviesse alli caìdo la pieza ; todos la buscamos , mas no pareciò , porque no faltaba. Encareciòme , que no sentìa tanto su valor, como el ser cuya era: figuròme el tamaño, y la hechura, obligandome con buenas palabras à que le comprasse otra de mi dinero , prometiendome , que el dia siguiente al amanecer serìa conmigo su señora , porque saldrìa en achaque de ir à cierta romerìa.

Afsi me fui con ella à los Plateros, y le comprè un librito de oro muy galano, el qual la moza efcogiò, y yà el ama le havria echado el ojo: con èl fe quedaron, que nunca fupe mas de ama, ni moza; yà eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no fe me cocia, defeando faber la ocafion de la noche paffada, y fi havia fido burla; y olvidado de la injuria, bolvime à mi paffeo. Eftaba la feñora el roftro como trifte, y que me efperaba: llamòme con la mano, poniendo un dedo en la boca, y bolviendo atràs la cara, como fi huviera alguno à quien temer, y llegandofe à la puerta, dixo, que me adelantaffe àcia la Iglefia Mayor; hicelo afsi, ella tomò fu manto, y llegamos entrambos cafi à un tiempo; atravesò por entre los dos Coros, y faliò à la calle de la Chapinerìa, guiñandome de ojo, que la figuiera. Fuime tràs ella, entròfe en la tienda de un Mercader en el Alcanà, y yo con ella: diòme allì fatisfaciones, haciendo mil juramentos, no haver tenido culpa, ni haver fido en fu mano lo paffado. Hinchòme la cabeza de viento; crèila fus mentiras bien compueftas; prometiòme, que aquella noche lo enmendaria, y aunque aventuraffe perder la vida, la arriefgarìa por mì contenta. Rindiòme tanto, que pudiera amafarme como cera: comprò algunas cofas, que montaron como ciento y cinquenta reales, y al tiempo de la paga, dixo al Mercader: Quanto tengo de dàr de efta deuda cada femana? El refpondiò: Señora, no las doy por effe precio, ni vendo fiado; fi v. md. trae dineros, llevarà lo que ha comprado, y fi no perdone. Yo le dixe: Señor, efta feñora fe burla, que dineros tiene con que pagarlo; yo tengo fu bolfa; y foy fu Mayordomo: afsi facando de la faltriquera unos efcudos, por hacer grandeza con ellos, tambien faquè mi barba de verguenza, y à la dama de deuda. Al punto fe me reprefentò haver fido eftratagema para pagarfe adelantado, y no quedarfe burlado, como acontece con algunos; y no me pesò de lo hecho, pareciendome, que con mi buen proceder la tenia obligada, y no dicra mis dos empleos de aquel dia en las dos damas por Mexico, y el Perù. Afsi, la preguntè, fi fu promeffa feria cierta, y à què hora? affeguròmela fin duda para las diez de la noche. Ella fe fue à fu cafa, y yo à entretener el dia, pareciendome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me pufe mi veftidillo, y bolvì à la tahona; hice la feña concertada, que fue dàr unos golpes con una piedra por baxo de fu ventana, mas fue como darlos en la Fuente de Alcantara. Pareciòme quizà no feria hora, ò no podia mas; efperè otro poco, y afsi me eftuve hafta las doce de la noche, haciendo feñas à tiempos,

pos, mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansarse en vano, y burlerìa, que el que decia ser su hermano, era su galàn, y se sustentaban con aquellos embelecos, estando de concierto los dos para quanto hacian. Eran Cordoveses, bien tratadas las personas, y entre los mas tordos nuevos, que havian cazado, era un mancebito Escrivanito, recien casado, que picado de la señora, le havia dado ciertas joyuelas, y como à mi, lo llevaba en largas, haciendolo esperar, pechar, y despechar, mas quando èl conociò ser bellaquerìa, determinò vengarse. Aquella noche yo estaba yà cansado de aguardar, como lo has oìdo, y quando me queria ir, vès aqui veo venir un gran tropèl de gente; adelantème, pareciendome Justicia, y sentì que llamaron à la misma puerta: bolvì, acercandome un poco, por vèr què buscaba la turba-multa, y un Corchete (diciendo quien eran) hizo que abriessen. Quando entraron, me lleguè à la puerta, el Alguacil mirò toda la casa, y no hallò cosa de lo que buscaba. Yo quise decir: Miren las tinajas, y echar à huìr; à mi fè, que yà el Escrivanito sabìa si estaban empegadas, que cuidado tuvo en hacerlas mirar; mas como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que si se repara en ellas, no se conozcan facilmente, no faltò quien viò en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano; se quedò allì; y como se hacia el oficio entre amigos, dixo un Corchete: Aun este puño dueño tiene. La dama lo quiso encubrir, pero entretanto bolvieron à dàr buelta con mas cuidado; y pareciendole al Aguacil, que en un cofre grande que alli estaba pudiera caber un hombre, lo hizo abrir, donde hallaron al galàn, vistieronse los dos, y de conformidad los llevaron à la carcel. Yo quedè tan contento, quanto corrido; contento de que no me huviessen hallado dentro; y corrido de las burlas, que me havian hecho. Todo lo restante de la noche no pude reposar, pensando en ello, y en la otra señora que aguardaba, creyendo desquitarme con ella: figurabala entre mi muger de otra calidad, y termino. Todo aqnel dia la esperè, pero aun siquiera un recado me embiò, ni supe donde vivia, ni quien era. Vès aqui mis dos buenos empleos, y si me huviera sido mejor comprar cinquenta borregos. Estaba desesperado, y para consuelo de mis trabajos, à la noche quando fui à mi posada hallè un Alguacil forastero, preguntando por no sè què persona; yà vès lo que pude sentir. Dixele à mi criado, que me esperasse hasta la mañana; salì por la puerta del Cambròn, donde pensando, y passeando, passè casi hasta el dia, haciendo mis discursos,

ſos, què podia querer, ò buſcar aquel Alguacil, mas como amanecieſſe, pareciòme hora ſegura para ir à caſa, y mudar de veſtido, y poſada: aſegurè mi congoxa, porque no era yo à quien buſcaba, ſegun me dixeron. Salì à la Plaza de Zocodover, pregonaban dos mulas para Almagro, mas tardè en oìrlo, que en concertarme, y ſalir de Toledo; porque alli todo me parecia tener olor de eſparto, y ſuela de zapato. Aquella noche tuve en Orgàz, y en Malagòn la ſiguiente; pero con el ſobreſalto de que las noches antes no havia podido repoſar, lleguè tan dormido, que à pedazos me caìa, como dicen; mas diſpertòme otro nuevo cuidado, y fuè, que entrando en la poſada, ſe llegò à tomar la ropa una mozuela, mas que criada, y menos que hija, de bonito talle, gracioſa, y decidora, qual para el credito de tales caſas las buſcan los dueños de ellas. Hablèla, y reſpondiò bien; fuimos adelantando la converſacion de ſuerte, que concertò conmigo de hablarme, quando ſus amos durmieſſen. Puſo la meſa; dila una pechuga de un capòn; brindela, hizo la razon; quiſe aſyrla de un brazo, deſviòſe; yo por allegarla, y ella por huìr, caì de lado en el ſuelo: era la ſilla de coſtillas, cogiòme en medio, de que recibì un mal golpe, y ſucediera peor, porque ſe me cayò la daga deſnuda de la cinta, y dando con el pomo en el ſuelo, quedò arriba la punta, y ſe hincò por un brazo de la ſilla, que fue milagro no matarme, y concluyendo conmigo, dexàra pagados mis acreedores. Bolvila à preguntar, ſi eſperaria? Dixome, que ſi ſalta huvieſſe, yo lo veria, y otras algunas chocarrerias, con que ſe deſpidiò de mì. Las noches antes, yà te dixe lo mal que paſſaron, tal eſtaba, que fue impoſſible reſiſtirme, pero tuve deſeo de madrugar, aunque nunca durmiera; y aſsi, mandè à mis criados tomaſſen paja, y cebada para el pienſo de mañana, y lo metieſſen en mi apoſento; lo qual hecho, y haviendolo pueſto junto à la puerta, me la dexaron emparejada, y ſe fueron à dormir: aunque me executaba el ſueño, la codicia me deſvelaba; y no valiendo mi reſiſtencia, me puſe en manos del executor, durmiendo, como dicen, amedia rienda. Vès aqui deſpues de la media noche ſe ſoltò una borrica de la cavalleriza, ò bien ſi era del hueſped, y andaba en fiado por la caſa, ella ſe llegò à mi apoſento, y haviendo olido la cebada, metiò la cabeza para alcanzar algun bocado, y en llegando al harnero, meneòlo, y procurando entrar, ſonò la puerta: yo que eſtaba muy cuidadoſo, poco baſtaba para recordarme, yà pensè que tenia los toros en el coſo, eſtaba todavia ſoñoliento, pareciòme que no acerta-

taba con la cama, puseme sentado en ella, y llamèla. Como la borrica me sintiò, temiò, y estuvose queda, salvo que metiò una mano en el esportòn de la paja; yo creyendo que fuesse la señora, y que tropezaba en èl, saltè de la cama, diciendo: Entra, mi vida, daca la mano; alarguè todo el cuerpo para que me la diesse, toquela con la rodilla el hocico, alzò la cabeza, dandome con ella en los mios una gran cabezada, y fuesse huyendo, que si alli se quedàra, no fuera mucho (con el dolor) meterla una daga en las entrañas. Saliòme mucha sangre de la boca, y narizes, dando al diablo al amor, y sus enredos: conocì que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapàz era facil en creer, atranquè mi puerta, y bolvime à la cama.

CAPITULO IX.

COMO GUZMAN DE ALFARACHE, llegando à Almagro, sentò plaza de Soldado en una Compañia. Refierese de donde tuvo la mala voz: En Malagòn en cada casa un ladron, y en la del Alcalde hijo, y padre.

Como si el amor no fuesse deseo de inmortalidad, causado en un animo ocioso, sin principio de razon, sin sujecion à ley, que se toma por voluntad, sin poderse dexar con ella, facil de entrar al corazon, y dificultoso de salir de èl; assi jurè de no seguir su compañia. Estaba dormido, no supe lo que dixe; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no havia bien recordado: con esto no pude madrugar, quedème en la cama hasta las nueve del dia. Entrò à estas horas la muy tal, y qual, à darme satisfaciones de meson, que sus amos la encerraron, aunque bien creì que lo hizo de bellaca, y mentia; y assi la dixe: Vuestros amores hermana Lucia, mal enojado me han, comenzaron por silla, y acabaron en albarda. No me la bolvereis à echar otra vez, aderezadnos de almorzar, que me quiero ir: assaron dos perdices, y un torrezno, que sirviò de almuerzo, y comida, por ser tarde, y la jornada corta. Yà me queria partir, las mulas estaban à punto, era la mia mohina de condicion, y de mal proceder; quise subir en un poyo, para de alli ponerme en ella, y al passar por detràs, creo que me debia de querer decir, que no lo hiciesse, ò que me quitasse de alli; y como no supo hablar mi lengua, para que la entendiesse, alzando las piernas, y dandome dos cozes, me arrojò buen rato de sì: no me hizo mal, porque me alcanzò de cerca, y con los corbejones, aun esto mas me estaba guardado. Dixe algo levantada la voz: no hay hembra, que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula: subì en ella,

ella, y por el camino (visto las desgracias que havia tenido) les fui contando à mis criados lo de la burra, rieronse mucho de ello, y mas de mi poco entendimiento, en fiar de moza de venta, que no tiene mas del primer tiempo. Teniamos andadas dos largas leguas, y el mozo de apie quiso beber: daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dexamos olvidada; aun si por el retozo (dixo el mozo) hizo la señora presa en ella, porque no la traxessemos algo devalde. Mi page respondiò: Antes me parece que nos la hurtaron, por sacar adelante la fama de este pueblo. Entonces tuve deseo de saber, què origen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre traginando de una en otra parte, y oyen tratar de semejantes cosas à varias personas, me pareciò que podia preguntarselo à mi mozo de apie, y le dixe: Hermano Andrès, pues fuisteis Estudiante, y Carretero, y aora mozo de mulas, no me direis (si haveis oìdo) de donde se le quedò à este pueblo la opinion que tiene, y por què se dixo: En Malagòn en cada casa hay un ladron, y en la del Alcalde, hijo, y padre? El mozo respondiò, diciendo: Señor, v.m. me pregunta una cosa, que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto, y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere, y supiere, dexando à parte lo que no tiene color, ni sombra de verdad, y conformandome con la opinion de algunos à quien lo oì, de cuyo parecer fio el mio, por ser mas llegado à la razon, que en lo que no la tenèmos natural, ni por tradicion de escritos, quando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien havèmos de conformarnos; y assi, esto tiene origen, que corrè de muy lexos, en esta manera:

En el año del Señor de mil doscientos treinta y seis, Reynando en Castilla, y Leon el Rey Don Fernando el Santo, que ganò à Sevilla, el segundo año despues de fallecido el Rey Don Alonso de Leon su padre, un dia estaba comiendo en Benavente, y tuvo nueva, que los Christianos havian entrado en la Ciudad de Cordova, y estaban apoderados de las Torres, y Castillos del Arrabàl, que llaman Axarquia, con aquella puerta, y muro, y que por ser los Moros muchos, y los Christianos pocos, estaban muy necessitados de socorro.

Este mismo despacho havian embiado à Don Alvar Perez de Castro, que estaba en Martos, y à Don Ordoño Alvarez, Cavalleros principales de Castilla, de mucho poder, y fuerzas, y otras muchas

chas perſonas , que les dieſſen ſu favor , y ayuda. Cada uno de los que lo ſupieron acudiò al momento , y el Rey ſe puſo luego en el camino , ſin dilatarlo , no obſtante que le dieron la nueva en veinte y ocho de Enero , y el tiempo era muy trabajoſo de nieves , y frios. Nada ſe lo impidiò , que partiò al ſocorro , dexando dada orden que ſus vaſſallos partieſſen en ſu ſeguimiento , porque no llegaron à cien Cavalleros los que con èl ſalieron. Lo miſmo embiò à mandar à todas las Ciudades, Villas , y Lugares , embiaſſen ſu gente à eſta Frontera donde èl iba ; cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos , y rios , que no dexaban paſſar la gente. Juntaronſe en Malagòn cantidad de Soldados de diferentes partes,tantos , que con ſer entonces Lugar muy poblado, y de los mejores de ſu comarca , para cada caſa huvo un Soldado , y en algunas à dos, y tres. El Alcalde hoſpedò al Capitàn de una Compañìa , y à un hijo ſuyo , que traìa por Alferez de ella. Los mantenimientos faltaban,el camino ſe traginaba mal, padeciaſe neceſsidad , y cada uno buſcaba ſu vida, robando à quien hallaba què : un Labrador gracioſo, del propio Lugar , ſaliò de alli camino de Toledo , y encontrandoſe en Orgàz con una eſcuadra de Cavalleros , le preguntaron de donde era ? Reſpondiò , que de Malagòn ; bolvieronle à decir, què hay por allà de nuevo?Y dixo:Señores,lo que hay de nuevo en Malagòn , es en cada caſa un ladron, y en la del Alcalde , quedan hijo, y padre. Eſte fue el origen verdadero de la falſa fama que le ponen , por no ſaber el fundamento de ella ; y es injuria notoria en nueſtro tiempo , porque en todo eſte camino dudo ſe haga otro mejor hoſpedaje , ni de gente mas comedida , cada una en ſu trato. Tambien podrè decir , que havèmos viſto en èl hurtos calificados de mucha importancia. En eſto ibamos tratando por alivio del camino , quando de un caminante ſupe , que en Almagro eſtaba una Compañìa de Soldados : certificòme de ello , y alegrème grandemente , que ſolo eſſo buſcaba para ſalir de congoja. En llegando à la Villa, luego à la entrada de ella vì en la Calle Real en una ventana una vandera : paſsè adelante,y fuime à poſar à uno de los meſones de la plaza , donde cenè temprano,yendo luego à dormir,para reſtaurar algo de tantas malas noches paſſadas.El Meſonero,y hueſpedes , viendome llegar bien aderezado , y ſervido , preguntaban à mis criados , quien era , y como no ſabian otra coſa mas de lo que me havian oìdo , reſpondian , que me llamaba Don Juan de Guzmàn , hijo de un Cavallero principal de la Caſa de Toràl.A la mañana temprano mi paje me diò de veſtir , compuſe mis galas , y oìda una

una Missa, fui à visitar al Capitàn, diciendole, como venia en su busca para servirle. Recibiòme con mucha cortesìa, el rostro alegre, y lo merecìa muy bien el mio, vestido, y dineros que llevaba, que serìan poco mas de mil reales, porque los otros havian tomado buelo, y hicieron el del cuerbo, en vestidos, amores, y caminos. Assentòme en su esquadra, y à su mesa, tratandome siempre con mucha crianza; y en remuneracion de ello le comencè à regalar, y servir, echando de la mano como un Principe, qual si tuviera para cada Martes orejas, ò si como en cada Lugar havia de hallar otro Especiero, otro rio, y otro bosque à donde poder ensotarme tan sin miedo, y con tanta prodigalidad lo despedìa, y arrojaba en dos à siete, y en tres à once, visitaba tan à menudo las tablas de la vandera, que yà (ganando pocas veces, y perdiendo muchas) me adelgazaba. Con esto me entretuve, hasta que comenzamos à marchar, que para socorrer la Compañìa nos metieron en la Iglesia; de alli fuimos uno à uno saliendo, y quando à mi me llamaron, y el Pagador me viò, parecile muy mozo; no se atreviò à passar mi plaza, conforme à la instruccion que llevaba. Encoloricème en gran manera, tanto me encendì, que casi me descompuse à querer decir algunas libertades, que despues me pesàra, pues con ello quedaba obligado à mas de lo que era licito. O, lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocì un tiempo, que me mataban à cozes, y pescozones, y de ellos traìa tuerta la cabeza, callaba, y sufrìa, y aora estimè por el Cielo, lo que no pesaba una paja, encendiendome en colera rabiosa. Entonces experimentè como no embriaga tanto el vino al hombre, quanto el primer movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento, sin dexarle luz de razon; y si aquel calor no se passasse presto, no sè qual ferocidad, ò brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra. Passòseme aquel incendio subito, y reportado un poco, le dixe: Señor Pagador, la edad poca es, pero el animo mucho: el corazon manda, y sabrà regir el brazo la espada, que sangre hay en èl para suplir cosas muy graves. El me respondò con mucha cordura: Es assi, señor Soldado, y lo tal creo con mas veras de lo que se me puede decir, mas la orden que traygo es esta, y en excediendo de ella, lo pagarè de mi bolsa. No tuve que responder à sus buenas palabras, aunque las colores, que me sacò el enojo al rostro, no se me pudieron quitar tan presto. Al Capitàn pesò mucho de este agravio; recibiòlo como propio, en quitarle mi plaza, creyò que luego dexàra su Compañìa, y buelto contra el Pagador, se alargò con èl, de manera, que à

no ser tan compuesto en sufrir, se levantàra entonces algun grande alboroto. Sosegòse la pendencia, y el socorro hecho, el Capitàn vino à visitarme à la posada, diciendome con termino bizarro, lo que sentìa mi pesadumbre; y con palabras, y promessas honrosas, me dexò contento à toda satisfacion. Tal fuerza tiene la eloquencia, que como los cavallos dexan governarse de los buenos frenos, assi las iras de los hombres, las razones comedidas son poderosas à trocar las voluntades, mudando los animos yà determinados, reduciendolos facilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dexarlo, su oracion me persuadiera en quedarme. Estuvimos en la conversacion buen rato; y si và à decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos, y quan abatida estaba la Milicia, què poco se remuneraban servicios, què poca verdad informaban de ellos algunos Ministros, por sus propios interesses; como se yerran las cosas, porque no se camina derechamente al buen fin de ellas, antes al provecho particular, que à cada uno le sigue; y porque aquel sabe que el otro (aunque con buen zelo) govierna, y guia, lo tuerce, y desbarata, metiendo de traviessa sus enredos, por alcanzar à ser èl solo dueño; y por el mismo caso buscarà mil rodeos, y arcaduzes, y aliandose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga à parar à su puerta la danza, puestos los ojos à su mejor fortuna. Quiere ser semejante al Altissimo, y poner su silla en el Aquilòn, y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su Rey, pero las obras enderezadas para sì; como el trabajador, que levanta los brazos al Cielo, y dà con el golpe del azadòn en el suelo. Ordenan guerras, rompen paces, faltando à sus obligaciones, destruyendo la Republica, robando las haciendas, y al fin infernando las almas. Quantas cosas se han errado: quantas fuerzas perdido: quantos exercitos desbaratado; de que culpan al que no lo merece, y solo se causa porque lo quieren ellos, que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediere bien, resultàra mal para ellos, assi và todo, y assi se pone de lodo. Quiere v.md. vèr à lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, las colores lo que alienta, y pone fuerzas à un Soldado, para que con animo furioso acometa qualesquier dificultades, y empressas valerosas; en viendonos con ellas, somos ultrajados en España, y les parece que debèmos andar como solicitadores, ò hechos estudiantes capigorristas, enlutados, y con gualdrapas, embueltos en trapos negros. Yà estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre Español, que

que otro tiempo peleaba, y con la reputacion temblaba de èl todo el mundo, yà por nuestros pecados la tenèmos casi perdida: estamos tan fallidos, que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuimos, somos, y serèmos. Dè Dios conocimiento de estas cosas, y enmiende à quien las causa, yendo contra su Rey, contra su Ley, contra su Patria, y contra sì mismos. Aora, señor Don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad, y de los daños que causa la codicia en la privanza: de ella nace el odio, del odio la embidia, de la embidia disension, de la disension mala orden: infiera de alli adelante lo que podrà resultar: v md. no se aflija, que yà marchamos à Italia, en Italia es otro mundo, y le doy mi palabra de hacerle dàr una Vandera, que aunque es menos de lo que merece, serà principio para poder ser acrecentado. Agradecisselo mucho; despedimonos: èl quisiera irse solo, yo porfiaba en acompañarle à su posada, no me lo consintiò. Luego otro dia comenzò à marchar la Compañìa sin parar, hasta que nos acercamos à la Costa; y el señor Capitan à la mia, gastando largo. Estuvimos esperando que viniessen las Galeras; tardaron casi tres meses, en los quales, y en lo passado, la bolsa rendia, y la renta faltaba. La continuacion del juego tambien mediò priessa; y assi me descompuse, no todo en un dia, sino de todo en los passados. Yo quedè qual digan dueñas, pues vine à bolverme al puesto con la caña. Quanto sentì entonces mis locuras! Quanto reñì à mi mismo! Què de enmiendas propuse, quando blanca para gastar no tuve! Quantas trazas daba para consolarme, quando no sabìa en què arbol arrimarme! Quien me enamorò sin discrecion? Quien me puso galàn sin moderacion? Quien me enseñò à gastar sin prudencia? De què sirviò ser largo en el juego, franco en el alojamiento, prodigo con mi Capitàn? Quanto se halla trasero, quien en silla muy delantero? Quanta torpeza es seguir deleytes? De seso salìa en vèr mis disparates, que haviendome puesto en buen predicamento, no supe conservarme; yà por mis mocedades, ni era tenido, ni estimado. Los amigos, que con la prosperidad tuve; la mesa franca del Capitàn, y Alferez; la Esquadra en que me deseaban alistàr, parece que el Solano entrò por ello, y lo abrasò: passò como saeta, corriò como rayo en abrir, y cerrar de ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron à descomponer poco à poco, pieza por pieza; quedè degradado, fue el Obispo de San Nicolàs, respetado el dia del Santo, y yo hasta no tener moneda. Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenian, los que acudian à mis

fiestas, y banquetes (apurada la bolsa) me dieron de mano, ninguno me trataba, nadie me conversaba; y no solo esto, mas ni me permitian los acompañasse. Hediò el oloroso, fue mohino el alegre, deshonrò el honrador, solo por quedar pobre: y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar; mi trato, mi conversacion era yà con muchilleros, y en esso vine à parar, y es justa justicia, que quien tal hace, que asi lo pague.

CAPITULO X.

DE LO QUE A GUZMAN DE Alfarache le sucediò sirviendo al Capitàn, hasta llegar à Italia.

QUè agrio se me hizo de comenzar! què pesado de passar! què triste de padecer nueva desventura! mas yà sabìa de aquel menester, y en èl havia traìdo los atabales à cuestas; presto me hice al trabajo (que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan, y vacian como las azacayas, tan presto como suben, baxan.) Con una cosa quedè consolado, que en el tiempo de mi prosperidad ganè credito para la adversidad; y no lo tuve por pequeña riqueza, haviendo de quedar pobre, dexar estampado en todos que era noble, por las obras que de mì conocieron. Mi Capitàn me estimò en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso, y no pudo remediarme, porque aun à sì mismo no podia; conservòme (à lo menos) en aquel buen punto, que de mì conociò, luego que me tratò, teniendo respeto à quienes debian de ser mis padres. Necessitème à desnudarme, poniendo altiveces à una parte; bolvì à vestirme la humildad, que con las galas olvidè, y con el dinero menospreciè, considerando, que no me assentaban bien, vanidad, y necessidad. Que el poderoso se hinche, tiene de què, y con què: mas que el necessitado se desvanezca, es Camaleon, quanto traga es ayre sin substancia; y asi, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible, y escandaloso el pobre sobervio. Vì que no lo podia sustentar, dì en servir al Capitàn mi señor, de quien poco antes havia sido compañero, hicelo con el cuidado que al Cocinero: mandabame con encogimiento, considerando quien era, y que mis excessos, la niñèz, y mal govierno de mocedad me havian desbaratado, hasta ponerme à servirle, y estaba seguro de mì no haria cosa, que desdixesse de persona noble, por ningun interesse. Teniame por fiel, y por callado tanto como sufrido: hizome thesorero de su secreto, lo qual siempre le agradecì. Manifestòme su necessidad, y lo que pretendiendo havia gastado; el prolixo tiempo, y excessivo trabajo con que lo havia alcanzado;

rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el passo ligero, cursando los patios tardes, y mañanas. Contòme, que saliendo de Palacio con un Privado, porque se cubriò la cabeza en quanto se entrò en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida, y se lo diò à entender, dilatandole muchos dias el despacho, haciendole lastar, y padecer. Librenos Dios quando se juntan poder, y mala voluntad. Lastimosa cosa es, que quiera un Idolo de estos tales particular adoracion, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio, ò con figura de èl, y que se bolverà presto à entrar en el vestuario del sepulcro à ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira, hermano, que se acaba la farsa, y eres lo que yo, y todos somos unos. Asi se avientan algunos, como si en su vientre pudiessen sorber la Mar, y se divierten como si fuessen eternos, y se entronizan, como si la muerte no los huviesse de humillar. Bendito sea Dios, que hay Dios! Bendita sea su misericordia, que previno igual dia de Justicia.

Mi Capitàn me lastimò con su pobreza, porque no sabia con què remediarla, y tanto quanto un noble tiene mas necessidad, tanto se compadece de ella, mas el pobre, que el rico. Algunas joyas tenia para poder vender, mas honrabase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las havia menester, haciasele de mal deshacer lo mucho, para remediar lo poco. En el tiempo que tardaron las Galeras anduvimos por alojamientos. Con la confession, que mi amo me hizo, lo entendi, y el fin para que me la hizo, dixele: Yà señor tengo noticia experimentada de lo que son buena, ò mala suerte, prosperidad, y adversidad; en mis pocos años he dado muchas bueltas, lo que en mì fuere tendrè la lealtad, que debo à mi señor, y à quien soy: V.md. se descuide, que arriesgarè mi vida en su servicio, dando trazas, para que en tanto que mejor tiempo llegue, se passe lo presente con menos trabajo. Asi me encarguè de mas de lo que mis fuerzas, ni el ingenio prometian. De alli adelante hacia de oficio cosas de admiracion: en cada alojamiento cogia una docena de voletas, que ninguna valia de doce reales abaxo, y algunas huvo, que contribuyeron cinquenta: mi entrada era franca en todas las posadas, sin estàr en algunas segura de mis manos, ni el agua del pozo. Jamàs dexò mi señor de tener gallina, pollo, capon, ò palomino à comida, y cena; y pernil de tocino entero, cocido en vino cada Domingo: nunca para mì reservè cosa en los encuentros que hice, siempre le acudi con to-

todo el pio. Si en algun assalto me cautivaba el huesped, siendo poco, passaba por niñeria, y si de consideracion, el castigo era cogerme mi amo, en presencia de el que de mi se querellaba, y haciendome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho zapateado, por ser hueco sonaba mucho, y no me dolian: algunas veces havia padrinos, y me las perdonaban, mas quando faltassen, el castigo no era riguroso, ni levantaba roncha; y como sabìa que me daban mas por cumplir, que con gana, sin haverme tocado al sayo, levantaba el grito, que hundia la casa: de esta manera satisfaciamos, èl con su obligacion, y yo la necessidad, reparando la hambre, y sustentando la honra. Saliame por los caminos à tomar vagages, vendiales el favor, encareciendo à los dueños lo que me costaba bolverselos, pagandolo à dinero; los que nos daban en los Lugares, rescataba los que podia, hacialos escurridizos, y decia que se huyeron. En las muestras, y socorros metia quatro, ò seis mozos acomodados del pueblo, passabales las plazas; tal vez huvo, que metiendo uno en la Iglesia, por cima del hossario cinco veces, cobrò cinco socorros, y para el postrero lo puse un parche sobre las narices, para desconocerlo, y cada vez le trocaba el vestido, porque mi demasìa no descubriera la trampa controvandome la flor. Con estas travesuras, y otros embustes le valia mi persona tanto como quatro conductas. Estimabame como à su vida, mas era gran gastador, y haciasele poco.

Llegamos à Barcelona para embarcarnos, hallòse fatigado, sin moneda de Rey, ni traza de buscarla, ni alli podian ser las mias de provecho; sentilo melancolico, triste, y desganado: conocile la enfermedad, como Medico, que otras veces lo havia curado de ella. Ofreciòseme de improviso su remedio. Llevaba no sè quales joyuelas, y un Agnus Dei de oro muy rico, pensaba deshacerse de ello, y dixele: Señor, si de mi se puede hacer confianza, dème esse Agnus Dei, que le prometo bolverselo mejorado dentro de dos dias. Alegròse oyendome, y (como haciendo burla) me dixo: Qual embeleco tienes yà trazado, di Guzmanillo? Ay por ventura quaxadas algunas de las bellaquerìas que sueles? Y porque sabìa, que se podia fiar de mi habilidad su provecho, y de mi secreto su honra, y que su joya estaba segura, sin rogarselo muchas veces me lo diò, diciendo: Quiera Dios que me lo buelvas, y como lo piensas te suceda. Veslo aì: tomèlo, metilo en el pecho, guardado en una bolsilla, bien atada, y amarrada en un ojal del jubon. Fuime derecho en casa de un Platero confesso, gràn logrero, que

alli

allí havia, hicele larga relacion de mi persona, de la manera que vine à la Compañia, y lo mucho que en ella, en poco tiempo, havia gastado, reservando para mayor necessidad una joya muy rica que tenia, que si me la pagasse algo menos de su valor, se la daria; pero que se informasse primero de mì, quien era, y mi calidad, y en sabiendolo (sin decir para què lo preguntaba, teniendo bastante satisfaccion) se saliesse à la Marina, que allì lo esperaba solo. El hombre, codicioso de la pieza, se informò del Capitàn, Oficiales, y Soldados, hallando la relacion, que le pareciò bastante. Contestaron todos una misma cosa, ser hijo de un Cavallero principal, noble, y rico, que deseoso de passar à Italia, vine con dos criados, muy bien tratada mi persona, y con dineros, que todo lo desperdiciè como mozo, quedando perdido, qual me veìa. El confesso saliò donde lo esperaba, y me contò lo que le havian dicho, y estaba satisfecho, que seguramente podia comprar de mi qualquiera cosa. Pidiòme la joya para verla, que me la pagaria por lo que valiesse; dixele, que nos apartassemos à solas en parte secreta, y allì se la enseñaria. Fuimonos alargando un poco, y donde me pareciò lugar conveniente, metì la mano en el seno, y saquè el Agnus Die de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo havia pagado. Satisfizole al Platero, creciòle la codicia de comprarlo, porque demàs que estaba bien obrado, tenia piedras de precio. Pedile por èl ducientos escudos, y era muy poco menos lo que havia costado de lance; Comenzòlo à deshacer, baxandolo de punto, pusole cien faltas, y ofreciòme mil reales à la primera palabra: resolvime, que havian de ser ciento y cinquenta escudos, y los valia como un real; no queria baxar de allì. Sirva de aviso al que vende, que nunca baxe el precio en que ha de dàr la cosa, sino espere à que suba el comprador à lo que le puede llevar. Dimos, y tomamos; mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro; pareciòme que de allì no subirìa, y que bastaban para lo que yo pretendia, rematèselo. Bien deseò no apartarse, ni dexarme hasta tenerlo pagado, y que me fuesse con èl. Yo le dixe: Señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aqui me apartè à solas, fue con temor no me tomen este dinero, que tengo reservado para en llegando à Italia vestirme, y darme à conocer à deudos mios; y si algun Soldado me vè ir con v.md. bien ha de sospechar, que no es à comprar, sino à vender algo; y en sintiendo algunas blancas (como soy muchacho) me las han de quitar, y no me queda otro remedio. Vaya en buen hora, que aqui lo espe-

eſpero, vengan los eſcudos, y llevarà ſu joya, que le haga buen provecho, como deſeo. Mi razon le quadrò, partiò como un potro (de carrera) haſta la caſa por ellos. Yo havia dado aviſo à un mi compañero (de quien mi amo hacia confianza) que me eſtuvieſſe eſperando, y en dandole una ſeña, llegaſſe à mì ſecretamente. Puſoſe en acecho, y venido el Platero, contòme los eſcudos en la palma de la mano; tenia la joya en la bolſa, hice por quererla deſatar, y como eſtaba tan bien añudada, no pude. Tenia mi marchante colgada del cinto una caxa de cuchillos, pedile uno: (ſin ſaber para què) me lo diò, cortè la cinta con èl, dexando aſydo el nudo al jubòn como ſe eſtaba, y diſela con el Agnus Dei. El hombre ſe admirò, y dixo: Para què havia hecho tal? Reſpondile, que como no tenia carta, ni papel en que darſela embuelta lo hice, que no importaba, que yà la bolſa era vieja, y no tenia de ella neceſsidad, porque aquellos eſcudos havian de ir coſidos en una faja; èl tomò ſu joya como ſe la dì, metiòla en el ſeno, deſpedimonos, y fueſſe: hice à mi compañero la ſeña, y en llegando, dile los eſcudos, y avisèle, que aguijaſſe con ellos à caſa, y dandoſelos à mi ſeñor, le dixeſſe que yo iba luego. Aſsi me fui ſiguiendo à mi Platero, y aunque por ir à paſſo largo me llevaba ventaja, corrì tràs èl, haſta tener buena ocaſion, como la eſperaba. Al tiempo que emparejò con un corrillo de Soldados, agarro de èl con ambas manos, dando voces: al ladron, al ladron, ſeñores Soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no lo ſuelten, tenganlo, quitenle la joya, que me matarà mi ſeñor ſi voy ſin ella, y me la hurtò, ſeñores. Conocianme los Soldados, y como me oyeron, creyeron decìa verdad; tuvieron al hombre, para ſaber què havia ſido; y porque quien dà voces tiene mas juſticia, y vence las mas veces con ellas: yo daba tantas, que no le dexaba hablar, y ſi hablaba, que no le oyeſſen, haciendole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas, y juntas las rodillas en el ſuelo: Señores mios, que me matarà el Capitàn mi ſeñor, compadezcanſe de mi. Dabales laſtima mi tribulacion, preguntaron como havia ſido? No le dexè hacer baza; quiſe ganar por la mano, acreditando mi mentira, porque no encaxaſſe ſu verdad, que el oìdo del hombre, contrayendo matrimonio de preſente, con la palabra primera que le dàn, tarde la repudia, con ella ſe queda: ſon las demàs concubinas, vàn de paſſo, no ſe aſsientan: dixele, eſta mañana ſe dexò mi ſeñor el Agnus Dei à la cabecera de la cama, mandòme que lo guardaſſe, puſelo en la bolſa, metilo en el ſeno, y eſtando con eſte

buen hombre en la marina, lo saquè, y se lo enseñè; como era Platero, preguntèle lo que valia: dixome, que era de cobre dorado, y las piedras vidrios, que si lo queria vender: dixele, que no, que era de mi amo: preguntòme, y èl venderàlo? Respondile, no señor, digaselo v.md. Con esto me llevò en palabras, preguntandome quien era, de donde venia, y donde iba, hasta que nos vimos à solas, y sacando un cuchillo de aquella caxa, me dixo, que callasse, ò que me mataria. Sacòme del seno la joya, y como no la pudo desatar, cortòme la cinta, y fuese: busquenselo por un solo Dios. Viendo los Soldados la bolsa cortada, miraron al Platero, que estaba como muerto, sin saber què decir: sacaronle el Agnus Dei del seno, que lo llevaba en la bolsa como yo se lo havia dado: Echaba maldiciones, y juramentos, que se lo havia vendido, y que por mi mano, con aquel cuchillo cortè la bolsa, y en ella se lo dì, dandome por èl ciento y veinte escudos de oro: no lo creyeron, pareciendoles, que ni èl compràra de mi aquella pieza, pues havia de creer ser hurtada, y porque haviendome mirado, y rebuscado, no me hallaron dineros; con esta prueba lo maltrataron de obras, y palabras, que no le valian las que decia, y se lo quitaron por fuerza: fuese à quexar à la Justicia, pareci presente, y referi el caso segun antes lo havia dicho, sin faltar sylaba. Los testigos juraron lo que havian visto: pusose el negocio en terminos, que quisieron castigarlo, dieronle una fraterna, y echaronlo de alli, y à mi me mandaron que llevasse à mi amo la joya. Fuime à la posada, y en presencia de toda la gente se la entreguè.

La traycion aplace, y no el traydor que la hace: bien puede, obrando mal el malo, complacer à quien le ordena; pero no puede, que en su pecho no le quede la maldad estampada, y conocimiento de la bellaquerìa, para no fiarse de èl en mas de aquello, que le puede aprovechar. Por entonces no le pesò à mi amo del hecho, mas diòle cuidado: hallabase bien con mis travesuras, temiase de ellas, y de mì; con este rescoldo passò hasta Genova, donde haviendo desembarcado, y teniendo de mi servicio poca necessidad, me diò cantonada. Son los malos como las viboras, ò alacranes, que en sacando la sustancia de ellos, los echan en un muladar; solo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dexandolos despues para quien son. A pocos dias llegados, me dixo: Mancebico, yà estais en Italia, vuestro servicio me puede ser de poco fruto, y vuestras ocasiones traerme mucho daño: veis aqui para ayuda del camino, partios luego donde quisieredes. Diòme algunas mo-

monedas de poco valor, y unos reales Españoles, todo miseria, con que me fui de con èl. Iba la cabeza baxa, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que à ninguno dexò sin premio, ni se escapò del vicio sin castigo, y vituperio. Quisiera entonces decir à mi amo lo en que por èl me havia puesto, las necessidades que le havia socorrido, de los trabajos que le havia sacado, y tan à mi costa todo; mas considerè, que de lo mismo me hacia cargo, apartandome por ello de sì como miembro cancerado. Viendo mi desgracia, y creyendo hallar alli mi parentela, me diò por todo poco, fuime por la Ciudad tomando lengua, que ni entendìa, ni sabìa, con deseo de conocer, y ser conocido.



LIBRO TERCERO DE LA VIDA, Y HECHOS DE GUZMAN DE ALFARACHE.

TRATA EN ÉL DE SU MENDIGUEZ, y lo que con ella le sucediò en Italia.

CAPITULO PRIMERO.

COMO NO HALLANDO GUZMAN DE ALFARACHE los parientes que buscaba en Genova, se fue à Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron.



PARA los aduladores no hay rico necio, ni pobre discreto, porque tienen anteojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son; verdaderamente se pueden llamar polilla de la riqueza, y carcoma de la verdad. Reside la adulacion con el pobre, siendo su mayor enemigo, y la pobreza, que no es hija del espiritu, es madre

dre del vituperio, infamia general, disposicion à todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, pielago donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas, y pierden las almas. Es el pobre moneda que no corre, conseja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico: come mas tarde, lo peor, y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos, y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oìdo; si lo encuentran, huyen de èl; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, que es hechizero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida, todos le atropellan, y ninguno le favorece: Sus necessidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le dà, todos le quitan, à nadie debe, y à todos pecha. Desventurado, y pobre del pobre, que las horas del relox le venden, y compra el Sol de Agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas, y desaprovechadas vienen à ser comidas de perros, tal como inutil, el discreto pobre viene à morir comido de necios. Quan al rebès corre un rico, què viento en popa; con què tranquilo mar navega; què bonanza de cuidados; què descuido de necessidades agenas! sus alholies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceyte, sus escritorios, y cofres de moneda; què guardado el Verano del calor; què empapelado el Ibierno por el frio. De todos es bien recibido; sus locuras son cavallerìas; sus necedades sentencias: si es malicioso, lo llaman astuto: si prodigo, liberal: si avariento, reglado, y sabio: si murmurador, gracioso: si atrevido, desembuelto: si desvergonzado, alegre: si mordàz, cortesano: si incorregible, burlòn: si hablador, conversable: si vicioso, afable: si tyrano, poderoso: si porfiado, constante: si blesfemo, valiente; y si perezoso, maduro: sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve: todos cuelgan el oìdo de su lengua, para satisfacer à su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oràculo. Con lo que quiere sale; es Parte, Juez, y Testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y qual si lo fuesse passa por ella: como le acompañan, como se le llegan, como le festejan, como le engrandecen. Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y assi, donde bulle buena sangre,

y ſe ſiente de la honra, por mayor daño eſtiman la neceſsidad, que la muerte; porque el dinero calienta la ſangre, y la vivifica; y aſsi, el que no la tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos: no ſe puede hacer ſin èl alguna coſa en oportuno tiempo, executar guſto, ni tener cumplido deſeo. Eſte camino corre el mundo; no comienza de nuevo, que de atràs le viene al garvanzo el pico, no tiene medio, ni remedio: aſsi lo hallamos, aſsi lo dexamos, no ſe eſpere mejor tiempo, ni ſe pienſe que lo fue el paſſado: todo ha ſido, es, y ſerà una miſma coſa. El primero padre fue alevoſo; la primera madre mentiroſa; el primer hijo ladron, y fatricida. Què hay aora, que no huvo, ò què ſe eſpera de lo por venir? Parecernos mejor lo paſſado, conſiſte ſolo, que de lo preſente ſe ſienten los males, y de lo auſente nos acordamos de los bienes; y ſi fueron trabajos paſſados, alegra el hallarſe fuera de ellos, como ſino huviera ſido. Aſsi los prados, que mirados de lexos, es apacible ſu freſcura, y ſi llegais à ellos, no hay palmo de ſuelo acomodado para ſentaros: todo ſon hoyos, piedras, y baſura: lo uno vèmos, lo otro ſe nos olvida. Muy antigua coſa es amar todos la proſperidad, ſeguir la riqueza, buſcar la hartura, procurar las ventajas, y morir por abundancias; porque donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo à mi miſmo quebranto la lealtad, y me aborrezco. Aſsi me lo enſeñò el tiempo, con la diſciplina de ſus diſcurſos, caſtigandome con infinito numero de trabajos. Yà veo, que ſi quando à Genova lleguè, me conſideràra, no arrieſgàra, y ſi aquella ocaſion guardàra para mejor fortuna, no me perdiera en ella, como ſabràs adelante. Luego, pues, que dexè à mi amo el Capitàn, con todos mis harapos, y remiendos, hecho un eſpantajo de higuera, quiſe hacerme de los Godos, emparentando con la nobleza de aquella Ciudad, publicandome por quien era; y preguntando por la de mi padre, causò en ellos tanto enfado, que me aborrecieron de muerte; y es de creer, que ſi à ſu ſalvo pudieran, me la dieran, y aun tu hicieras lo miſmo, ſi tal hueſped te entràra por la puerta; mas harto me la procuraron, por las obras que me hicieron. A perſona no preguntè, que no me ſocorrieſſe con una puñada, ò bofetòn. El que menos mal me hizo fue eſcupirme à la cara, y decirme: Vellaco, marrano, ſois vos Genovès; hijo ſereis de una gran mala muger, que bien ſe os echa de vèr; y como ſi mi padre fuera hijo de la tierra, ò ſi huviera de docientos años atràs fallecido, no hallè raſtro de amigo, ni pariente ſuyo; ni deſcubrirlo pude, haſta que uno ſe llegò à mi con alhagos

de

de cola de ferpiente. O hijo de puta, viejo maldito, y como me engañò, diciendo: Yo, hijo, bien oì decir de vueftro padre, aqui os darè quien haga larga relacion de fus parientes, y han de fer de los mas nobles de efta Ciudad, à lo que creo; y pues haveis yà cenado, venios à dormir à mi cafa (que no es hora de otra cofa) de mañana darèmos una buelta, y os pondrè (como digo) con quien los conociò, y tratò gran tiempo. Con la buena prefencia, y gravedad que me lo dixo, fu buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hafta la cinta, un baculo en la mano, me reprefentaba un San Pablo. Fième de èl, feguilo à fu pofada, con mas gana de cenar, que de dormir, que aquel dia comì mal, por eftàr enojado, y fer à mi cofta, que temblaba de gaftar; mas como lo que nos dàn es poco, y fi nos cufta dineros, comèmos poco pan, y duro, y aun fe nos hace mucho, y blando, yà me hacia guardofo. Ibame cayendo de hambre, y mirad qual era mi huefped, pues como el Cordovès me dixo, que yà avrìa cenado; y fino fuera temiendo perder aquella coyuntura, no fuera con èl, fin vifitar primero una hofterìa, mas la efperanza del bien que me aguardaba, me hizo foltar el pajaro de la mano, por el buey que iba bolando. Luego como entramos, un criado faliò à tomar la capa, no fe la diò, antes en fu lengua eftuvieron hablando; embiòle fuera, y quedamonos à folas paffeando. Preguntòme por las cofas de Efpaña, por mi madre, fi le quedò hacienda, quantos hermanos tuve, y en què barrio vivia; fuile dando cuenta de todo con mucho juicio. En efto me entretuvo mas de una hora, hafta que bolviò el criado: no sè que recaudo le traxo, que me dixo el viejo: Aora bien, idos à dormir, y mañana nos verèmos. Ola, Antonia Maria, lleva efte hidalgo à fu apofento. Fuime con èl de una en otra pieza: la cafa era grande, labrada de muchos pilares, y lofas de alabaftro: atravefamos à un corredor, y entramos en un apofento, que eftaba al fin de èl: tenialo bien aderezado, con colgaduras de paños pintados de matices, à manera de arambeles; falvo, que parecia mejor: à una pared havia una cama, y à la cabecera un taburete; y como fi tuviera que defnudarme, acometiò el criado à quererlo hacer. Llevaba un veftido, que àun yo no me le acertaba à veftir, fin ir tomando guia, pieza en pieza, y ninguna eftaba cabàl, ni en fu lugar. De tal manera, que fuera impoffible difcernir, ò conocer qual era la ropilla, ò los calzones, fi los vieran tendidos en el fuelo. Afsi defatè algunos nudos, con que lo ataba por falta de cintas, y lo dexè caer à los pies de la cama, y fucio como eftaba, lleno de pio-

jos, metime entre la ropa, era buena, limpia, y olorosa: consideraba entre mì, si este buen viejo es deudo mio, y me hace cortesìa, y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio lleva, haràme de vestir, trataràme bien, pues estando tal me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo: de esta vez yo soy de la buena ventura. Era muchacho, no andaba, ni veìa mas de la superficie, que si algo supiera, y experiencia tuviera, debiera considerar, que à grande oferta, grande pensamiento, y à mucha cortesìa, mayor cuidado, que no es de valde, mysterio tiene, si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, ò engañar te quiere, ò te ha menester. Saliò fuera el criado, dexandome una lampara encendida: dixele, que la apagasse. Respondiò, que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciegalos grandes muy dañosos, y solo el remedio contra ellos era la luz, porque huìan à lo obscuro. Mas me dixo, que era tierra de muchos duendes, y que eran enemigos de la luz, y en los aposentos obscuros, algunas veces eran perjudiciales. Creìlo con toda la simplicidad del mundo Con esto se saliò; yo luego me levantè à cerrar la puerta, no por miedo de lo que me podian hurtar, mas con sospecha de lo que (como muchacho) me pudiera suceder. Bolvime à la cama, dormime presto, y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores, y sabanas me brindaban, y no me faltaba gana. Passado yà lo mas de la noche, declinaba la media, caminando al claro dia, y estando dormido como un muerto, recordòme un ruido de quatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cavalleras, y mascaras: llegaronse à mi cama, y diòme tanto miedo, que perdì el sentido, y sin hablar palabra me quitaron la ropa de encima; dabame priessa haciendo Cruzes, rezaba oraciones, invoquè à Jesvs mil veces; mas como eran demonios baptizados mas priessa me daban. Havian puesto sobre el colchòn, debaxo de la sabana una frazada: cada uno asyò por una esquina de ella, y me sacaron enmedio de la pieza: turbème tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni ossaba, ni podia desplegar la boca. Era la pieza bien alta, y acomodada; comenzaron à levantarme en el ayre, manteandome como à perro en Carnestolendas, hasta que ellos, cansados de zarandearme (haviendome molido) me bolvieron à poner à donde me levantaron, y dexandome por muerto, me cubrieron con la ropa, y se fueron por donde havian entrado, dexando la luz muerta: yo quedè tan descoyuntado, tan sin saber de mi, que siendo de dia, ni sabìa si estaba en Cielo, sì en Tierra.

ra. Dios, que fue servido de guardarme, supo para què. Serian como las ocho del dia, quiseme levantar, porque me pareciò, que bien pudiera, hallème de mal olor, el cuerpo pegajoso, y embarrado. Acordòseme de la muger de mi amo el Cocinero, y como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me afligì; mas yà no podia ser el cuervo, mas negro que las alas: estreguème todo el cuerpo, con lo que quedò limpio de las sabanas, y añudème mi hatillo. En quanto me tardè en esto estuve considerando, què pudiera ser lo passado, y à no levantarme descoyuntado, creyera haver sido sueño: mirè à todas partes, no hallaba por donde huviessen entrado; por la puerta no pudieron, que la cerrè por mis manos, y cerrada la hallè: imaginaba si fueron trasgos, como la noche antes me dixo el mozo: no me pareciò que lo serìan, porque huviera hecho mal en no avisarme, que havia trasgos de luz. Andando en esto alcè las colgaduras, para vèr si detràs huviera portillo alguno; hallè abierta una ventana, que salia al corredor, luego dixe: Ciertos son los toros, por aqui me vino el daño; y aunque las costillas parece que me sonaban en el cuerpo, como bolsa de trebejos de axedrèz, dissimulè quanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de alli. Cubrì muy bien la cama, de manera que no se viera (entrando) mi flaqueza, y por ella me dieran otro nuevo castigo. El criado que alli me traxo, vino casi à las nueve à decirme, que su señor me esperaba en la Iglesia, que fuesse allà; y porque alli no se quedàra el mozo, para ganarle ventaja, roguèle me llevàra hasta la puerta, que no sabrìa salir, llevòme à la calle, y bolviòse. Quando en ella me vì, como si en los pies me nacieran alas, y el cuerpo estuviera sano, tomè las de Villadiego, afufelas, que una posta no me alcanzàra; mas se huye, que se corre: mucho esfuerzo pone el miedo, yo me traspuse como el pensamiento; comprè vianda, y para ganar tiempo, iba comiendo, y andando, assi no parè hasta salir de la Ciudad, que en una taberna bebì un poco de vino, con que me reformè para poder caminar la buelta de Roma, donde hice mi viage, yendo pensando en todo èl, con què pesada burla quisieron desterrarme, porque no los deshonràra mi pobreza, mas no me la quedaron à deber, como lo veràs en la segunda parte.

CAPITULO. II.

COMO SALIENDO DE GENOVA Guzmàn de Alfarache, comenzò à mendigar, y juntandose con otros pobres, aprendiò sus Estatutos, y Leyes.

TAL salì de Genova, que si la muger de Lot hiciera lo que

yo, no se bolviera piedra. Nunca bolvì atràs la cabeza. Iba la colera en su punto, que quando hierve, por maravilla se sienten aun las heridas mortales; despues, quanto mas el hombre se reporta, tanto mas reconoce su daño. Yo escapè de la de Roncesvalles, como perro con vegiga; no havia ligadura fiel en toda mi humana fabrica, mas no lo sentì mucho, hasta que reposè, llegando à una Villeta diez millas de alli, que aportè sin saber por donde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca, y aporreado. O necessidad! quanto acobardas los animos, como desmayas los cuerpos; y aunque es verdad, que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias, menguando los sentidos de manera, que vienen à perderse con la paciencia.

Dos maneras hay de necessidad: una desvergonzada, que se convida, viniendo sin ser llamada: otra, que siendo convidada, viene llamada, y rogada. La que se convida, librenos Dios de ella, essa es de quien trato; huesped forzoso en casa pobre, que con aquella fuerza trae mil esses en su compañia; es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas las trayciones, mala de sufrir, y de ser corregida; faròl à quien siguen todos los engaños, fiesta de muchachos, folla de necios, farsa ridicula, funebre tragedia de honras, y virtudes; es fiera, fea, fantastica, furiosa, fastidiosa, floxa, facil, flaca, y falsa, que solo le faltaba ser Francisca; por maravilla dà fruto, que infamia no sea. La otra que convidamos, es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa, y agradable: dexanos la casa llena, hacenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios, y camino del Cielo. Es necessidad que se necessita, y no se necessitaba, levanta los animos, dà fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos, inmortalizando los nombres: cante sus alabanzas el valeroso Cortès, verdadero esposo suyo; tiene las piernas, y pies de diamante, el cuerpo de zafiro, y el rostro de carbunclo, resplandece, alegra, y vivifica. La otra su vecina, parece à la tendera sucia, todo es montòn de trapos de Hospitàl, asquerosa, no hay à quien bien parezca, todos la aborrecen, y tienen razon. Miren, pues, que tal soy yo, que de mì se enamorò, amancebòse conmigo à pan, y cuchillo, estando en pecado mortal, obligandome à sustentarla; para ello me hizo estudiar el arte briviatica, llevòme por essos caminos, oy en un Lugar, mañana en otro, pidiendo limosna en todos. Justo es dàr à cada uno lo suyo, y te confiesso, que hay en

Italia mucha caridad, y tanta, que me puso golosina el oficio nuevo para no dexarlo: en pocos dias me hallè caudaloso de manera, que desde Genova (donde salì) hasta Roma, donde parè, hice todo el viage sin gastar quatrin, la moneda toda guardaba, la vianda siempre me sobraba. Era novato, y echaba muchas veces à los perros, lo que despues vendido me valia muchos dineros. Quisiera luego en llegando vestirme, y tornar sobre mì; pareciòme mal consejo, bolvi diciendo: Hermano Guzmàn, ha de ser esta otra como la de Toledo? Y si estando vestido no hallas amo, de què has de comer? Estate quedo, que si bien vestido pides limosna, no te la daràn, guarda lo que tienes, no seas vano. Assentòseme, dile otro nudo à las monedas: aqui haveis de estaros quedas, que no sè quando os havrè menester. Comencè con mis trapos viejos, inutiles para papel de estraza, los harapos colgando, que parecia pizuelos de frisas, à pedir limosna, acudiendo al medio dia donde huviesse sopa, y tal vez huvo, que la cobrè de quatro partes. Visitaba las casas de los Cardenales, Embaxadores, Principes, Obispos, y otros Potentados, no dexando alguna que no corriesse: guiabame otro mozuelo de la tierra, y diestro en ella, de quien comencè à tomar lecciones. Este me enseñò à los principios como havia de pedir à los unos, y à los otros, que no à todos ha de ser con un tono, ni con una arenga: los hombres no quieren plegarias, sino una demanda llana, por amor de Dios: las mugeres tienen por devocion la Virgen Maria, à Nuestra Señora del Rosario, y assi Dios encamine sus cosas en su santo servicio, y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traydores, y de malas lenguas: esto les arranca el dinero de quaxo, bien pronunciado, y con vehemencia de palabras recitado. Enseñòme como havia de compadecer à los ricos, lastimar à los comunes, y obligar à los devotos. Dime tan buena maña, que ganaba largo de comer en breve tiempo. Conocia desde el Papa, hasta el que estaba sin capa: todas las calles corria, y para no enfadarlos (pidiendo à menudo) repartìa la Ciudad en quarteles, y las Iglesias por fiestas, sin perder punto. Lo que mas llegaba eran pedazos de pan: esto lo vendìa, y sacaba de èl muy buen dinero; compraban me parte de ello personas pobres, que no mendigaban, pero tenian la bola en el emboque: vendialo tambien à trabajadores, y hombres que criaban cebones, y gallinas; mas quien mejor lo pagaba eran Turroneros, para el alajù, ò alfaxor, que llaman en Castilla: recogia, demàs de esto, algunas viejas alhajas, que como era muchacho, y desnudo (compadeci-

dos de mì) me lo daban: Despues di en acompañarme con otros ancianos en la facultad (que tenian primores en ella) para saber governarme: ibame con ellos à limosnas conocidas, que algunos (por su devocion) repartian por las mañanas en casas particulares. Yendo una vez à recibirla en la del Embaxador de Francia senti otros pobres tràs mì, que decian: Este rapàz Español, que aora pide en Roma, nuevo es en ella, sabe poquito, y nos destruye (por lo que he visto) que haviendo una vez comido, en las mas partes que llega, si le dàn vianda, no lo recibe; destruyenos el arte, dando muestras que los pobres andamos muy sobrados; à nosotros hace mal, y à sì propio no sabe aprovecharse. Otro, que con ellos venia, les dixo: Pues dexadmelo, y callad, que yo lo disciplinarè, como se entienda, y no se dexe tan facil entender. Llamòme passico, y apatòme à solas; era diestrissimo en todo: Lo primero que hizo (como si fuera Proto-pobre) examinò mi vida, sabiendo de donde era, y como me llamaba, quando, y à què havia venido: dixome las obligaciones, que los pobres tienen à guardarse el decoro, darse avisos, y ayudarse como hermanos de Mesa, advirtiendome de secretos curiosos, y primores, que no sabia; porque en realidad de verdad, lo que primero aprendì de aquel muchacho, y otros pobretes de menor quantìa, todas eran raterìas, respecto de las grandiosas que alli supe: diòme ciertos avisos, que en quanto viva no me seràn olvidados; entre los quales fue uno, con que soltava tres, ò quatro pliegues al estomago, sin que me parasse perjuicio, por mucho que comiesse. Enseñòme à trocar à trascanton, con que hacia dos efectos, lastimaba, creyendo que estaba enfermo, y que aunque embasasse dos ollas de caldo, quedàra lugar para mas, y assi se publicasse la hambre, y miseria de los pobres.

Supe quantos bocados, y como los havia de dàr en el pan que me daban, como lo havia de besar, y guardar, què gestos havia de hacer, los puntos que havia de subir la voz, las horas à que cada parte havia de acudir, en què casas havia de entrar hasta la cama, y en quales no passar de la puerta, à quien no havia de importunar, y à quien pedir sola una vez, refiriòme por escrito las Ordenanzas mendicativas, advirtiendome de ellas, para evitar escandalo, y estuviesse instruido, que decian assi:

ORDENANZAS MENdicativas.

POR quanto las Naciones todas tienen su methodo de pedir, y por èl son diferenciadas, y conocidas, como son los Alemanes cantando en tropa, los Fran-

cefes rezando, los Flamencos reverenciando, los Gitanos importunando, los Portuguefes llorando, los Tofcanos con arengas, los Caftellanos con fieros, haciendofe mal quiftos, refpondones, y mal fufridos: A eftos mandamos, que fe reporten, y no blasfemen, y à los mas, que guarden la orden.

Iten mandamos, que ningun mendigo, llagado, ni eftropeado, de qualquiera de eftas Naciones, fe junte con las de otra, ni alguno de ellos haga pacto, ni alianza con ciegos rezadores, faltimbanco, Mufico, ni Poeta, ni con Cautivos libertados, aunque Nueftra Señora los haya facado de poder de Turcos, ni con Soldados viejos, que efcapan rotos del Prefidio, ni con Marineros, que fe perdieron con tormenta; que aunque todos convienen en la mendiguèz, la briva, y labia fon diferentes; y les mandamos à cada uno de ellos, que guarden fus Ordenanzas.

Iten, que los pobres de cada nacion, efpecialmente en fus tierras, tengan tabernas, y bodegones conocidos, donde prefidan de ordinario tres, ò quatro de los mas ancianos, con fus baculos en las manos: los quales diputamos para que alli dentro traten de todas las cofas, y cafos que fucedieren: dèn fus pareceres, y jueguen al rentoy, puedan contar, y cuenten hazañas agenas, y fuyas, y de fus antepaffados, y las guerras en que no firvieron, con que puedan entretenerfe.

Que todo mendigo trayga en las manos garrote, ò palo, y los que pudieren errados, para las cofas, y cafos que fe les ofrezcan, pena de fu daño.

Que ninguno pueda traer, ni trayga pieza nueva, ni de mediada, fino rota, y remendada, por el el mal exemplo que darìa con ella, falvo fi fe la dieron de limofna, que para folo el dia que la recibiere le damos licencia, con que fe deshaga luego de ella.

Que en los pueftos, y afsientos guarden todos la antiguedad de poffefsion, y no de perfonas, y que que el uno al otro no le ufurpe, ni defraude.

Que puedan dos enfermos, ò lifiados andar juntos, y llamarfe hermanos, con que pidan à remuda, y entonando la voz alta; el uno comience, donde el otro lo dexare, yendo parejos, y guardando cada uno fu cera de calle, y no encontrandofe con las arengas, cante cada uno fu plaga diferente, y partan la ganancia, pena de nueftra merced.

Que ningun mendigo pueda traer armas ofenfivas, ni defenfivas de cuchillo arriba, ni trayga guantes, pantuflos, ni anteojos, ni calzas atacadas, pena de las temporalidades.

Que puedan traer un paño fucio atado à la cabeza, tixeras, cuchillo lefna, hilo, dedal, agu-

ja , hortera , calabaza , esportillo, zurron , y talega ; como no sean costal , espuerta grande , alforjas, ni cosa semejante , salvo si no llevare dos muletas , y la pier na mechada.

Que traygan bolsa , bolsico , y retretes ; y cojan la limosna en el sombrero. Y mandamos , que no puedan hacer , ni hagan landre en capa , capote , ni sayo , pena, que siendoles atisvada, la pierdan por necios.

Que ninguno descorne levas, ni las divulgue , ni brame al que no fuere del arte professo en ella ; y el que nueva flor entreverare , la manifieste à la pobreza , para que se entienda , y sepa , siendo los bienes tales comunes , no haviendo (entre los naturales) estanco. Mas , por via de buena governacion , damos al Autor privilegio, que lo imprima por un año, y goce de su trabajo , sin que alguno sin su orden lo use , ni trate , pena de nuestra indignacion.

Que los unos manifiesten à los otros las casas de la limosna ; en especial de juego , y partes donde galanes hablaren con sus damas, porque alli està cierta , y pocas veces falta.

Que ninguno crie perro de caza , galgo , ni podenco , ni en su casa pueda tener mas de un gozquejo , para el qual damos licencia , y que lo trayga consigo atado con un cordel , ò cadenilla del cinto.

Que el que traxere perro , haciendolo baylar , y saltar por el aro , no se le consienta tener , ni tenga puesto, ni demanda en puerta de Iglesia , estacion , ò jubilèo, salvo que pida de passada por la calle , pena de contumàz , y rebelde.

Que ningun mendigo llegue al caxòn à comprar pescado , ni carne , salvo con extrema necessidad, y licencia del Medico , ni cante, taña , bayle , ni dance , por el escandalo , que en lo uno , y en lo otro darìa, lo contrario haciendo.

Damos licencia , y permitimos, que trayga alquilados niños hasta cantidad de quatro, examinando las edades , y puedan dos haver nacido de un vientre juntos, con tal , que el mayor no passe de cinco años ; y que si fuere muger, trayga el uno criando à los pechos; y si hombre, en los brazos, y los otros de la mano , y no de otra manera.

Mandamos , que los que tuvieren hijos , los hagan ventores, perchando con ellos las Iglesias, siempre al ojo , los quales pidan para sus padres , que estàn enfermos en una cama : esto se entienda hasta tener seis años , y si fueren de mas , los dexen volar , que salgan ventureros, buscando la vida , y acudan à casa con la pobreza à las horas ordinarias.

Que ningun mendigo consienta ni dexe servir à sus hijos , ni que aprendan oficios, ni les dèn amos,

que ganando poco trabajan mucho, y buelven passos atràs de lo que deben à buenos, y à sus antepassados.

Que el Invierno à las siete, ni el Verano à las cinco de la mañana ninguno estè en la cama, ni en su posada, sino que al salir el Sol, ò antes media hora vayan al trabajo, y otra media antes que anochezca se recoja, y encierre en todo tiempo, salvo en los casos reservados, que de nos tiene licencia.

Permitimosles que puedan desayunarse las mañanas echando tajada, haviendo aquel dia ganado para ello, y no antes; porque se pierde tiempo, y gasta dinero, disminuyendo el caudal principal; con tal, que el olor de boca se repare, y no se vaya por las calles, y casas jugando de punta de ajo, tajo de puerro, estocada de jarro, pena de ser tenidos por inhabiles, è incapaces.

Que ninguno se atreva à hacer embelecos, levante alhaja, ni ayude à mudar, ni trastejar, ni desnude niño, acometa, ni haga semejante vileza; pena que serà excluìdo de nuestra Hermandad, y Cofradia, y relaxado al brazo seglar.

Que passados tres años, despues de doce cumplidos en edad, haviendolos cursado legal, y dignamente en el arte, se conozca, y entienda haver cumplido la tal persona con el estatuto, no obstante que hasta aqui eran necessarios otros dos de javega, y sea tenida por professa, aya, y goce las libertades, y excempciones por nos concedidas, con que de alli adelante no pueda dexar, ni dexe nuestro servicio, y obediencia, guardando nuestras Ordenanzas, y so las penas de ellas.

CAPITULO III.

COMO GUZMAN DE ALFArache fue reprehendido de un pobre Jurisperito, y lo mas que le passò mendigando.

DEmàs de estas Ordenanzas, tenian, y guardaban otras muchas, no dignas de este lugar, las quales legislaron los mas famosos poltrones de Italia, cada uno (en su tiempo) las que le parecieron convenientes, que pudiera decir ser otra nueva Recopilacion de las de Castilla. Ilustrabalas entonces un Alberto por nombre proprio, y por el malo, Micer-Morcòn. Teniamoslo en Roma por Generalissimo nuestro. Merecia por su talle, trato, y loables costumbres la Corona del Imperio, porque ninguno le llegò de sus antecessores. Pudiera ser Principe de Poltronìa, y Archibribon del Christianissimo. Comiase dos mondongos enteros de carnero, con sus morcillas, pies, y manos, una manzana de baca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio, y postre, bebiendo con ellos

dos

dos azumbres de vino. Y con juntar èl solo mas de limosna, que seis pobres ordinarios de los que mas llegaban, jamàs le sobrò, ni vendiò comida que le diessen, ni moneda recibiò, que no la bebiesse; y andaba tan alcanzado, que nos era forzoso (como à vassallos de bien, y mal passar) socorrerlo con lo que podiamos. Nunca le vimos abrochado, ni cubierto de la cintura arriba, ni puesto ceñidor, ni media calza, traìa desdescubierta la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo como si se lo lardearan con tocino.

Este ordenò, que todo pobre traxesse consigo escudilla de palo, y calabaza de vino donde no se le viesse. Que ninguno tuviesse cantaro con agua, ni jarro en que beberla, y el que la bebiesse fuera en un barreño, caldero, tinajòn, ò cosa semejante, donde metiesse la cabeza como bestia, y no de otra manera. Que quien con la ensalada no brindasse, no lo pudiera hacer en toda aquella comida, ò cena, y quedasse con sed. Que ninguno comprasse, ni comiesse confites, conservas, ni cosas dulces. Que las comidas todas tuviessen sal, ò pimienta, ò se la echassen antes de comerlas. Que durmiessen vestidos en el suelo, sin almohada, y de espaldas. Que hecha la costa del dia, ninguno trabajasse, ni pidiesse. Comia echado, y en el Invierno, y Verano dormia sin cobija. Los diez meses del año no salia de tabernas, y bodegones. Teniamos (como digo) nuestras leyes, sabialas yo de memoria, pero no guardaba mas de las pertenecientes à buen govierno; y las tales, como si de mi observancia pendiera mi remedio. Toda mi felicidad era, que mis actos acreditàran mi profesion, y verme consumado en ella; porque las cosas una vez principiadas, ni se han de olvidar, ni dexar, hasta ser acabadas, que es nota de poca prudencia muchos actos comenzados, y acabado ninguno. Nada puse por obra, que soltasse de las manos antes de verle el fin, mas como estaba verde, y la edad no madura, ni sazonada, faltabame la practica, hallabame mas atajado cada dia en casos que se ofrecian, y en muchos erraba. Una fiesta de los primeros dias de Septiembre, como à la una de la tarde salì por la Ciudad con un calor tan grande, que no lo puedo encarecer, creyendo que quien me oyera pedir à tal hora, pensàra obligarme gran hambre, y me favorecieran con algo: quise vèr lo que à tales horas podia sacar, solo por curiosidad. Anduve algunas calles, y casas, de ninguna saquè mas de malas palabras, embiandome con mal: assi lleguè à una, donde toquè con el palo à la puerta, no me respondieron; bati segunda, y tercera vez, tampoco: buelvo à llamar algo recio, por ser la casa gran-

grande. Un bellacòn, mozo de cocina (que debia de estàr fregando) pusose à la ventana, y echòme por cima un gran paylòn de agua hirviendo, y quando la tuve acuestas dixo muy despacio: Agua và, guardaos de abaxo. Comencè à gritar, dando voces que me havian muerto; verdad es que me escaldaron, mas no tanto como lo acriminaba. Con aquello hice gente, cada uno decia lo que le parecia: unos, que fue mal hecho; otros, que yo tenia la culpa, que sino tenia gana de dormir, que dexara los otros dormidos. Algunos me consolaron, y entre los mas piadosos juntè alguna moneda, con que me fui à enjugar, y reposar. Iba entre mì diciendo: Quien me hizo tan curioso, sacando el rio de su madre? Quando podrè reportarme? Quando escarmentarè? Quando me contentarè con lo necessario, sin querer saber mas de lo que me conviene? Qual demonio me engañò, y sacò del ordinario curso, haciendo mas que los otros? Llegaba cerca de mi casa, y junto à ella vivia un viejo de casi setenta años de pobre, porque naciò de padres del oficio, y se lo dexaron por herencia, con que passò su vida. Era natural Cordovès (digolo para que sepais que era tinto en lana) traxolo su madre al pecho à Roma el año del Jubileo. Quando me viò passar de aquella manera, hecho un trapajo mojado, sucio, lleno de grasa, verzas, y garbanzos, me preguntò el sucesso, yo se lo contè, y el no podia tener la risa, y dixo: Tu, Guzmanejo, bien me temo no seas otro Benitillo, como te hierve la sangre, antes quieres ser maestro, que discipulo. No vès que haces mal en exceder de la costumbre? pues por ser de mi paìs, y muchacho, te quiero doctrinar en lo que debes hacer. Sientate, y considera, que no se ha de pedir por la siesta el Verano, y menos en las casas de hombres nobles, que en las de los oficiales: es hora desacomodada, reposan todos, ò quieren reposar, dales pesadumbre que nadie los despierte, y se enfadan mucho con importunidades.

En llamando à una puerta dos veces, ò no estàn en casa, ò no lo quieren estàr, pues no responden; passa de largo, y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero.

No abras puerta cerrada, pide sin abrirla, ni entrar dentro, que acontece abriendo (descuidados de lo que sucede) salir un perro, que se lleva media nalga en un bocado, y no sè como nos conocen, que aun de ellos estamos odiados; y si perro faltare, no faltarà un mozo desesperado, diciendo lo que no quieras oìr, si acaso con esso poco se contenta.

Quando pidas, no te rias, ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender

der ſalud, llevando el roſtro parejo con los ojos, la boca juſta, y la cabeza baxa.

Friegate las mañanas el roſtro con un paño, antes liento, que mojado, porque no ſalgas limpio, ni ſucio, y en los veſtidos echa remiendos, aunque ſea ſobre ſano, y de color diferente, que importa mucho vèr à un hombre mas remendado, que limpio, pero no aſqueroſo.

Aconteceràte algunas veces llegar à pedir limoſna, y el hombre quitarſe un guante, echar mano à la faltriquera, que te alegraràs, penſando que es para darte limoſna, y veraslè ſacar un lienzo de narices, con que ſe las limpia, no por eſſo te enſañes, ni lo gruñas, que por ventura eſtarà otro à ſu lado, que te la querrà dàr, y viendote ſobervio, te la quite.

Donde fueres bien recibido acude cada dia, que aumentando la devocion, crece tu caudal, y no te apartes de ſu puerta ſin rezar por ſus difuntos, y rogar à Dios que le encamine ſus coſas en bien.

Reſponde con humildad à las malas palabras, y con blandas à las aſperas, que eres Eſpañol, y por nueſtra ſobervia (ſiendo mal quiſtos) en toda parte ſomos aborrecidos, y quien ha de ſacar dinero de agena bolſa, mas conviene rogar, que reñir, orar, que renegar, y la becerra manſa mama de madre agena, y de la ſuya.

Donde no te dieren limoſna, reſponde con devocion: Loado ſea Dios. El ſe lo dè à vueſſas mercedes, con mucha ſalud, paz, y contento de eſta caſa, para que lo dèn à los pobres. Eſta treta me valiò muchos dineros, porque reſpondiendoles con tal blandura, las manos pueſtas, y levantandolas, con los ojos al Cielo, me bolvian à llamar, y daban lo que tenian.

Demàs de eſto, enſeñòme à fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del roſtro, alterar todo el cuerpo, y otros primores curioſos del arte; à fin que no ſe nos dixeſſe, que pues teniamos fuerzas, y ſalud, que trabajaſſemos. Hizome muchas amiſtades, tenia ſecretos curioſos de naturaleza con que ſe valìa: nada eſcondiò de mì, porque le parecì capàz, y entonces comenzaba, y como yà èl eſtaba el pie pueſto en el eſtrivo para la ſepultura, quiſo dexar Capellàn, que rogaſſe à Dios por èl; aſsi fue, que luego ſe muriò. Juntabamonos algunos à referir con quales exclamaciones nos hallabamos mejor: eſtudiabamoslas de noche, inventabamos modos de bendiciones: Pobre havia, que ſolo vivia de hacerlas, y no las vendia como farſas: todo era meneſter para mover los animos, y bolverlos compaſsivos. Los dias de fieſta madrugabamos à los perdones, previniendo buen lugar en las Igleſias, que no alcanzaba poco quien cogia la pila del agua ben-

bendita, ò la Capilla de la Estacion: saliamos à temporadas à correr la tierra, sin dexar Aldèa, ni Alquerìa de la comarca, que no anduviessemos, de donde veniamos bien proveìdos, porque nos daban tocino, queso, pan, huevos en abundancia, ropa de vestir, doliendose mucho de nosotros: pediamos un traguito de vino por amor de Dios, que teniamos gran dolor de estomago, donde quiera nos decian si teniamos en què nos lo diessen; llevabamos un jarrillo, como para beber, de algo menos de media azumbre, siempre nos lo hinchian; luego en apartandonos de la puerta lo vaciamos en una bota, que no se nos caìa, colgando atràs del cinto, en que cabìan quatro azumbres, y acontecìa hinchirla en una calle, que nos erà forzoso ir à casa, y echarlo en una tinajuela, para bolver por mas. De ordinario andabamos calzados, descalzos, y cubiertas las cabezas, yendo descubiertos, porque los zapatos eran unas chancletas muy viejas, y muy rotas, y el sombrero de lo mesmo; pocas veces llevabamos camisa, porque pidiendo à una puerta (con la humildad acostumbrada) nuestra limosna, si decian: Perdonad, hermano, Dios le ayude, otro dia darèmos; bolviamos à pedir unos zapatillos viejos, ò sombrero viejo, para este pobre que anda descalzo, y descubierto, al Sol, y al agua: bendito sea el Señor, que librò à vuesas mercedes de tanto afan, y trabajo como padecèmos, que èl se lo multiplique, y libre sus cosas de poder de traydores, dandoles la salud para el alma, y el cuerpo, que es la verdadera riqueza. Si tambien decian: En verdad, hermano, que no hay que daros, no lo hay aora: aùn quedaba otro replicato, pidiendo una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes, y curar las llagas de este desventurado pobre, que en el Cielo lo hallen, y los cubra Dios de su misericordia; por el buen Jesvs se lo pido, que no lo puedo ganar, ni trabajar, me veo, y me deseo, bendita sea la limpieza de Nuestra Señora la Virgen Maria: con esto, ò con essotro, de acero eran las entrañas, y el corazon de jaspe, que no se ablandaban. Escapabanse pocas casas de donde no saliesse prenda; y qualquier par de zapatos no podian ser tan malos, tan desechado el sombrero, ni la camisa que se nos daba tan vieja, que no valiera mas de medio real: para nosotros era mucho, y à quien lo daba no era de provecho, ni lo estimaba, era una mina en el cerro del Portosì. Teniamos Marchantes para cada cosa, que nos ponian la moneda sobre tabla, sahumada, y lavada con agua de Angeles; llevabamos de camino unos asnillos en que caminabamos (à ratos) en tiempo llovioso,

ſo, para poder paſſar los arroyos; y ſi atiſvabamos perſona, que repreſentaſſe autoridad, comenzabamos à plaguearle de muchos paſſos atràs, para que tuviera lugar de venir ſacando la limoſna; porque ſi aguardabamos à pedir al emparejar, muchos dexaban de darla, por no detenerſe, y nos quedabamos ſin ella; de eſſotro modo ſe erraban pocos lances: otras veces, que havia ocaſion, y tiempo, en diviſando tropa de gente, nos apareciamos à cojear, variando viſages, cargandonos à cueſtas los unos à los otros, torciendo la boca, bolteando los parpados de los ojos para arriba, haciendonos muchos coxos, y ciegos, valiendonos de muletas, ſiendo ſueltos, mas que gamos; metiamos las piernas en vendas, que colgaban del cuello, ò los brazos en orillos; de manera, que con eſto, y de buena labia, que Dios les dieſſe buen viage, y llevaſſe con bien à los ojos de quien bien querian, ſiempre valia dinero, y eſta llamabamos venturilla, por ſer en deſpoblado, y por ſuceder à veces muy bien, y en otras no llegar mas de lo que taſſadamente nos era neceſſario para el camino. Teniamos por excelencia (bueno ſobre todo) que no ſe hacia fieſta de que no gozaſſemos, teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuvieſſemos parte, oliamoſlo à diez barrios. No teniamos caſa, y todas eran nueſtras, que portal de Cardenàl, Embaxador, ò Señor, no podia faltar; y corriendo todo turbio, de los porticos de las Igleſias nadie nos podia echar; y no teniendo propiedad, lo poſſeiamos todo. Tambien havia quien tenia torreoncillos viejos, edificios arruinados, apoſentillos de poca ſuſtancia, donde nos recogiamos, que ni todos andabamos ventureros, ni todos teniamos pucheros; mas yo, que era muchacho, donde me hallaba la noche, me entregaba al ſiguiente dia; y aſsi, aunque los llevaba malos, la juventud reſiſtìa, teniendolos por muy buenos.

CAPITULO. IV.

EN QUE GUZMAN DE ALFArache cuenta lo que le ſucediò con un Cavallero, y las libertades de los pobres.

UNA verdadera ſeñal de nueſtra predeſtinacion es la compaſsion del proximo; porque tener dolor del mal ageno, como ſi fueſſe propio, es acto de caridad, que cubre los pecados, y en ella ſiempre habita Dios. Todas las coſas con ella viven, y ſin ella mueren; que ni el dòn de profecia, ni conocimiento de myſterios, ni eſciencia de Dios, ni toda la Fè, faltando caridad, es nada. El amor à mi proximo, como me amo à mì, es entre todos el mayor ſacrificio, por ſer hecho en el Templo de Dios vivo; y ſin du-

duda es de gran merecimiento, recibir uno tanto pesar de que su hermano le pierda, como placer de que èl mismo se salve. Es la caridad fin de los preceptos; el que fuere caritativo, el Señor serà con èl misericordioso en el dia de su justicia; y como sin Dios nada merezcamos por nosotros, y ella sea dòn del Cielo, es necessario pedir con lagrimas que se nos conceda, y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma, y durezas del corazon, que no serà deshechado el humilde, y contrito, antes le acudirà Dios con su gracia, haciendole señaladas mercedes; y aunque la riqueza (por ser vecina de lo sobervia) es ocasion à los vicios, desflaqueciendo las virtudes, à su dueño peligrosa, señor tyrano, y esclavo traydor; es de la condicion del azucar (que siendo sabrosa) con las cosas calientes calienta, y refresca con las frias. Es el rico instrumento para comprar la Bienaventuranza, por medios de la caridad; y aquel serà caritativo, y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre, se hiciere pobre à sì, porque con ello queda hecho Discipulo de Christo.

Yo estaba un dia en el zaguan de la casa de un Cardenàl, embuelto, y rebuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenia (por donde menos) tres telas, sin que se pudiera conocer de què color havia sido la primera: tenia un canto como una tabla para el tiempo, harto mejor que la mejor frazada, porque abrigaba mucho, y no la passara el ayre, agua, ni frio, ni (estoy por decir) un dardo. Entròle à visitar un Cavallero principal, en su persona, y acompañamiento, el qual como me viò de aquella manera, creyò debiera estàr malo de ciciones, y fue, que haviendome quedado alli la noche antes, como era Ibierno, y aventaba fresco, estabame quedo hasta que entràra bien el dia. Paròse à mirarme, y llamòme: saquè la cabeza, y con el susto de vèr aquel personage junto à mì (no sabiendo que pudiera ser) mudè la color; pareciòle que temblaba, y dixome: Cubrete hijo, estate quedo, y sacò de las faltriqueras lo que llevaba, que seria cantidad hasta trece reales y medio, y diòmelos; tomèlos, y quedè fuera de mì, tanto de la limosna, como vèr qual iba levantado los ojos. Creo por sin duda, debia decir: Bendigante, Señor, los Angeles, y tus Cortesanos del Cielo, todos los Espiritus te alaben, pues los hombres no saben, y son rudos; que no siendo yo de mejor metal, y no sè si de mejor sangre que aquel, yo dormì en cama, y èl en el suelo; yo voy vestido, y èl queda desnudo; yo rico, y èl necessitado; yo sano, y èl enfermo; yo ad-

admitido, y èl despreciado, pudiendo haverle dado lo que à mì me diste, mudando las plazas: Fuiste, Señor, servido de lo contrario, tu sabes por què, y para què: Salveme, Señor, por tu sangre, que essa serà mi verdadera riqueza, tener à tì, y sin tì no tengo nada. Digo yo, que aquel sabia verdaderamente grangear los talentos, que no considerando à quien lo daba, sino por quien lo daba, viendome, y viendose, mediò lo que llevaba con mano franca, y animo de compassion. Estos tales ganaban por su caridad el Cielo por nuestra mano, y nosotros lo perdiamos por la de ellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necessidad, lo quitabamos al que la tenia, usurpando nuestro vicio el oficio ageno. Andabamos comidos, bebidos, lomienhiestos; teniamos una vida, que los verdaderamente Senadores (y aun comedores) nosotros eramos, que aunque no tan respetados, lo passabamos mas reposadamente, y con menos pesadumbre. Dos cosas aventajabamos mas que todos ellos, ni que algun otro Romano, por calificado que fuesse. La una era la libertad en pedir sin perder, que à ningun honrado le està bien; porque la miseria no tiene otra mayor que hallarse un hombre tal, obligado alguna vez à ello, para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su proprio hermano, porque compra muy caro el que recibe, y mas caro vende quien lo dà al que lo agradece; y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siendole forzoso, porque aunque se lo dàn, le cuesta mucho pedirlo. Maste dirè qual sea la causa, que el pedir escuece, y duele tanto: Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para la eternidad, semejante à Dios (como èl dice) que quando le quiso hacer, assistiendo à ello la Santissima Trinidad, dixo: Hagamosle à nuestra imagen, y semejanza; (tambien te pudiera decir, como se ha de entender esto, mas no es este su lugar) quedò el hombre hecho, saliendo con aquel natural, todos inclinados à querernos endiosar, avecindandonos quanto mas podèmos, y simpre andamos con esta sed secos, y con esta hambre flacos. Vemos que Dios criò todas las cosas, nosotros querèmos lo mismo, y yà que no podèmos, como su Divina Magestad de nada, hacemoslo de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies, en el campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra, y assi en su natural cada cosa de las del mundo. Mirò las obras hechas de sus manos, parecieronle muy bien, como manos benditas, y poderosas: alegròse de verlas, que estaban à su gusto. Esso passa oy al pie de

ſa letra. Querèmos hacer, ò contrahacer; quan bien me parece el ave que en mi caſa crio, el cordero que nace en mi cortijo, el arbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardin ſale: como me huelgo de verla en tal manera, que aquello que no criè, hice, ò plantè, aunque ſea muy bueno, lo arrancarè, deſtruirè, y desharè, ſin que me dè peſadumbre: y lo que es obra de mis manos, hijo de mi induſtria, fruto de mi trabajo, aunque no ſea tal, como hechura mia, me parece, y la quiero bien. Del arbol de mi vecino, y del conocido, no ſolo quitarè la flor, y fruto, mas no le dexarè hoja, ni ramas, y ſi ſe me antojàre, cortarèle el tronco. Del mio me llega al alma, ſi hallo una hormiga que le dañe, ò pajaro que le pique, porque es mio; y en reſolucion todos aman ſus obras: aſsi en quererlas bien, me parezco al que me criò, y de èl lo heredè yo, En todos los mas actos es lo miſmo: es muy proprio en Dios el dàr, y muy impropriо el pedir, quando no es para noſotros miſmos, que lo que nos pide, no lo quiere para sì, ni le hace neceſsidad al que es remedio de toda neceſsidad, y hartura de toda hambre. Mucho tiene, y puede dàr, y nada le puede faltar: todo lo comunica, y reparte, qual tu pudieras dexar ſacar agua de la mar, y con mayor largueza, lo que và de tu miſeria à ſu miſericordia. Querèmos tambien parecerle en eſto: à ſu ſemejanza me hizo, à èl he de ſemejar, como à la eſtampa lo eſtampado: què locos, què perdidos, què deſeoſos, y deſvanecidos andamos todos por dàr al avariento; el guardoſo, el rico, el lògrero, el pobre, todos guardan para dàr, ſino que los mas entienden menos, como he dicho antes de ahora, que lo dàn deſpues de muertos. Si preguntaſſes à eſtos que llegan el dinero, y lo entierràn en vida, para què lo guardan? reſponderìan los unos, que para ſus herederos; otros, que para ſus almas; otros, que para tener que dexar, y todos deſengañados de que conſigo no lo han de llevar. Pues vès como lo quieren dàr, ſino que es fuera de tiempo, como un aborto, que no tiene perfeccion; mas al fin eſſe es nueſtro fin, y deſeo. Quan endioſado ſe halla un hombre, quando con animo generoſo tiene que dàr, y lo dà! Què dulce le queda la mano, y alegre el roſtro! Què deſcanſado el corazon! Què contenta el alma! Quitanſele las canas, refreſcaſe la ſangre, la vida ſe le alarga, y tanto mucho mas (ſin comparacion) quanto ſabe que tiene para ello, ſin temor que le harà falta.

De donde queriendo hacer lo que hace el que como à sì nos hizo, guſtamos tanto en el dàr, y ſentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fue tan franca,

ca, que haviendolos hecho (y de animo noble, que es otro don particular) se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrian padecer antes qualquier miseria, que pedir à otro que se la socorra. De estos es de quien se debe tener lastima, y estos son à quien à manos llenas havia todo el mundo de favorecer, y en esto se conoce quien les hace amistad, y se la muestra, que viendo al necessitado, le socorren sin que lo pida, que si aguardan à esse punto, ni le dà, ni le presta; deuda es que le paga, con logro lo vende, y con ventajas. Esse es el amigo, que socorre al amigo, y este llamo socorro, con el que corro: yo he de darlo, que no han de pedirlo, con èl he de correr, que no esperar, ni andar.

Si me detuve, y no te satisfice, perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Assi que la libertad en pedir solo al pobre le es dada, y en esto nos igualamos con los Reyes, y es particular privilegio poderlo hacer, y no ser baxeza, como lo fuera en los mas; pero hay una diferencia, que los Reyes piden al comun para el bien comun, por la necessidad que padecen, y los pobres para sì solos, por la mala costumbre que tienen. La otra libertad de los cinco sentidos, quien hay hoy en el mundo, que mas licenciosa, ni francamente goce de ellos, que un pobre, con mayor seguridad, ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzarè por èl, pues no hay olla que no espumèmos, manjar de que no probèmos, ni banquete donde no nos quepa parte. Donde llegò el pobre, que si oy en una casa le niegan, mañana no le dèn? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta, y podrà decir muy bien en qual se sazona mejor. El oir, quien oye mas que el pobre? que como desinteressados en todo genero de cosas, nadie se recela que los oiga, en las calles, en las casas, y en las Iglesias, en todo lugar se trata qualquier negocio, sin recelarse de ellos, aunque sea cosa importante. Pues de noche, durmiendo en plazas, y calles, què musica se diò, que no la oyessemos? Què requiebro huvo, que no lo supiessemos? Nada nos fue secreto, y de lo publico mil veces lo sabiamos mejor que todos, porque oìamos tratar de ello en mas partes que todos. Pues el vèr, quan francamente lo podiamos exercitar sin ser notados, ni haver quien lo impidiesse? Quantas veces me acusè, que pidiendo en las Iglesias, estaba mirando, y alegrandome? Quiero decir (para mejor aclararme) codiciando mugeres de rostros angelicos, cuyos amantes no se atrevieran, ni ossaran mirar, por no ser notados, y à nosotros nos era permitido. Oler, quien mas pudo oler, que nosotros, que nos llaman oledores de casas agenas? Demàs; que si el

olor es mejor, quanto nos es mas provechoſo nueſtro ambar, y almizcle (mejor que todos, y mas verdadero) era un ajo, que no faltaba de ordinario, preſervativo de contagioſa currupcion; y ſi otro olor queriamos, nos ibamos à una eſquina de las calles donde ſe venden eſtas coſas, y alli eſtabamos al olor de los coletos, y guantes aderezados, haſta que los polvillos nos entraban por los ojos, y narices. El tacto querràs decir, que nos faltaba, que jamàs pudo llegar à nueſtras manos coſa buena; pues deſengañaos ignorantes, que es diferente la pobreza de la hermoſura. Los pobres tocan, y gozan coſas tan buenas como los ricos, y no todos alcanzan eſte myſterio. Pobre hay, que con ſu mendiguèz, y pobreza ſuſtenta muger, que el muy rico deſeàra mucho gozar, y quiere mas à un pobre que la dè, y no la falte, que à un rico, que la infame; y quantas veces algunas damas me daban de ſu mano la limoſna (no sè lo que otros hacian) mas yo con mi mocedad la cogia con las mias, y en modo de reconocimiento devoto, no la ſoltaba haſta haverla beſado; mas eſto es gran miſeria, y boberia, que ſobre todas las coſas; guſto, viſta, olfato, oìdo, y tacto, el principal, y verdadero de todos los cinco ſentidos juntos, era el de aquellas rubias caras de los encendidos doblones, aquella hermoſura de patacones, realeza de Caſtilla, que ocultamente teniamos, y con ſecreto gozabamos en abundancia, que tenerlos para pagarlos, ò emplearlos, no es gozarlos: gozarlos, es tenerlos de ſobra, ſin haverlos meneſter mas de para confortacion de los ſentidos; aunque otros dicen, que el dinero nunca ſe goza haſta que ſe gaſta. Traìamoslos coſidos en unas almillas de remiendos, en lugar de jubones, pegados à las carnes. No havia remiendo, por ſucio, y vil que fuera, que no valiera para un veſtido nuevo razonable; todos manabamos oro, porque comiendo de gracia, la moneda que ſe ganaba, no ſe gaſtaba, y eſſe te hizo rico, el que te hizo el pico; grano à grano hinche la gallina el buche. Llegamos à tener caudal, con que algun honrado levantàra los pies del ſuelo, y no piſaran lodos. Deſcanſa un poco en eſta Venta, que en la jornada del capitulo ſiguiente oìràs lo que aconteciò en Florencia con un pobre, que alli falleciò, contemporaneo mio, en quien conoceràs el tacto nueſtro, ſi como quiera es bueno.

CAPITULO V.

EN QUE GUZMAN DE ALFARACHE cuenta lo que aconteciò en ſu tiempo con un mendigo, que falleciò en Florencia.

COSA muy ordinaria es à todo pobre ſer traciſta, deſve-

velandose noches, y dias, buscando medio para su remedio, y salir de laceria. En todas partes acontece, y aunque dicen, que (en materia de crueldad) Italia lleva la gala, y en ella mas los de la Comarca de Genova, no creo que và en la tierra, sino en la necessidad, y codicia: diciendose de estos, que lo tienen todo, sus mismos naturales Ciudadanos vinieron à llamarlos Moros Blancos. Ellos, para vengarse, y echarles las cabras, dicen, que quien descubre la alcavala, esse la paga, que no se dixo por ellos, ni se ha de entender sino por los Tratantes de Genova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde, y ninguno la tiene: Uno dixo, que no, que de mas atràs corria, y era que quando los Genoveses ponen sus hijos à la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras, unos las olvidan, otros (perdidas alli) se las dexan. Quando barren la escuela, y las hallan, danlas al Maestro, el qual con mucho cuidado las guarda en una arca, porque otra vez no se les pierda: quien despues la ha menester (si se acuerda donde la puso) acude à buscarla. Como el Maestro guardò tantas, y las puso juntas, no sabe qual es de cada uno, dale la primera que halla, y vase con ella, creyendo llevar la suya, y lleva la del amigo, la del conocido, ù deudo. De ello resulta, que no trayendo ninguno la propria, miran, y guardan las agenas, y de aqui quedò el mal nombre. Hà, hà España! amada patria, custodia verdadera de la Fè, tengate Dios de su mano, y como hay en tì mucho de esto! tambien tienes Maestros que truecan las conciencias, y hombres que las traen trocadas. Quantos olvidados de sì, se desvelan en lo que no les toca: la conciencia del otro reprehenden, solicitan, y censuran. Hermano, buelve sobre tì, deshaz el trueco, no espulgues la mota en el ojo ageno, quita la viga del tuyo, mira que vàs engañado; esso que piensas, que descarga tu conciencia, es burla, y tu te burlas de tì; no dissimules tu logro, diciendo: Fulano es mayor logrero, no hurtes, y te consueles, ò disculpes con que el otro es mayor ladron, dexa la conciencia agena, mira la tuya; esto te importa à tì, aparte cada uno de sì lo que es suyo, y los ojos del pecado ageno, pues ni la idolatria de Salomòn, ni el sacrilegio de Judas disculpan el tuyo, à cada uno daràn su castigo merecido. Como te inclinas à lo dañoso, y malo, por què no imitas al bueno, y virtuoso, que ayuna, confiessa, comulga, hace penitencia, actos de santidad, y buena vida? Es por ventura mas hombre que tù? Dexas (como el enfermo) lo que te ha de sanar, y comes lo que te ha de dañar? Pues

yo te prometo; que importarà para tu salvacion acordarte de ti, y olvidarte de mi. Donde hay muchas Escuelas de niños, y Maestros, que guardan conciencias (aunque, como digo, ninguna Ciudad, Villa, ni Lugar se escapa en todo el mundo) es en Sevilla, de los que se embarcan para passar la mar; que (los mas de ellos) como si fuera de tanto peso, y volumen, que se huviera de hundir el navio con ellas, assi las dexan en sus casas, ò à sus huespedes, que las guarden hasta la buelta; y si despues las cobran (que para mi es cosa dificultosa, por ser tierra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas) vienen, y sino tampoco se les dà por ellas mucho, y si allà se quedan, menos. Por esto en aquella Ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dexaron, y no bolvieron por ella. No quiero passarme por las gradas, ò lonja, ni entrar en la plaza de San Francisco, ni anegarme en el rio, dexese à una vanda todo genero de trato, y contrato, que seria, si comenzasse, no salir de ello; apuntado se quede, y como si lo dixera, piensen que lo digo, quizà lo dirè algun dia.

Huvo un hombre, natural de un Lugar cerca de Genova, gran persona de invenciones, y de sutil ingenio: Llamabase Pantalòn Castelleto, pobre mendigo, que como fuesse casado en Florencia, y le naciesse un hijo, desde que la madre le pariò anduvo el padre maquinando como dexarle de comer, sin obligarle à servir, ni à tomar oficio. Allà dicen vulgarmente: Dichoso el hijo que tiene à su padre en el infierno, aunque yo lo llamo desdichado, pues no es possible lograr lo que le dexò, ni llegar à tercero posseedor.

Este me parece, que por dexar el suyo bien parado, se puso à peligro; y aunque por ser casado (que es particular grangeria, y largo de contar, casar pobres, con pobres, y ser todos de un oficio) tenian razonablemente lo que les era menester para passar su vida, y que poder dexar à su heredero para un moderado trato; no se quiso fiar de la fortuna, pusosele en la imaginacion la crueldad mas atròz, que se puede pensar. Estropeòlo, como lo hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes, que de tiernos los tuercen, y quiebran, como si fueran de cera, bolviendolos à entallar de nuevo, segun su antojo, formando varias monstruosidades de ellos, para dàr mas lastima. En quanto son pequeños, ganan de comer para su vejèz, y despues con aquella lesion les dexan buen patrimonio.

Mas este quiso aventajarse con generos nuevos de tormentos, martyrizando al pobre, y tierno infante: no se los diò todos de una vez, que como crecia, se los daba como camisas, ò baños, uno seco,

y otro puesto, hasta venirlo à dexar entallado, segun te lo pinto.

Quanto à lo primero, no le tocò, ni pudo en lo que recibiò de sola naturaleza. Tenia, con toda su desdicha, buen entendimiento, era decidor, y gracioso. En lo que le diò, que fue la carne, comenzando por la cabeza, se la torciò, y traìala casi atràs, caìdo el rostro sobre el ombro derecho. Lo alto, y baxo de los parpados de los ojos eran una carne. La frente, y cejas quemadas, con mas de mil arrugas. Era corcobado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura, ni talle de cosa humana. Las piernas bueltas por cima de los ombros, desencaxadas, y secas: tenia sanos los brazos, y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico, y con sus manos lo regìa; salvo, que para subir, ò baxar, buscaba quien lo hiciesse, y no faltaba. Era (como digo) gracioso, decia muchas, y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolia de èl, y assi por su pobreza, como por sus gracias, le daban mucha limosna. De esta manera viviò 72. años, poco mas, al cabo de los quales le diò una grave dolencia, de que claramente conociò que se moria. Viendose en este punto, y en el de salvarse, ò condenarse, como era discreto, rebolviò sobre sì, pareciendole no ser tiempo de burlas, ni de confessiones, para cumplir con la Parroquia, era la postrera, y quiso que fuesse la valedera. Pidiò por un Confessor conocido suyo, de muchas letras, y gran opinion en vida, costumbres, y doctrina. Con èl tratò sus pecados, comunicando sus casos; de manera, que ordenò hacer su testamento con las mas breves, y compendiosas palabras, que se puede imaginar, porque hecha la cabeza, por ser oficio de Notario, èl en lo que le tocaba, dixo assi:

Mando à Dios mi alma, que la criò, y mi cuerpo à la tierra, el qual entierren en mi Parroquia.

Iten mando, que mi asno se venda, y con el precio de èl se cumpla mi entierro, y el albarda se le dè al gran Duque mi Señor, à quien le pertenece, y es por derecho suya, al qual nombro por mi albacea, y de ella le hago universal heredero.

Con esto cerrò su testamento, debaxo de cuya disposicion falleciò. Como todos le tenian por decidor, creyeron que se havian emparejado muerte, y vida, todo gracias, como suele acontecer à los necios; mas quando el gran Duque supo lo testado (que luego se lo dixeron) como conociò al testador, y lo tenia por discreto, coligiò no vacar la clausula de mysterio; mandò que le llevàran à Palacio su herencia, y teniendola presente, la fueron descosiendo pieza por pieza, y sacaron

ron de ella de diferentes monedas, y apartados, en que eſtaban, todas en oro, cantidad que montaban de los nueſtros Caſtellanos tres mil y ſeiſcientos eſcudos de à quatrocientos maravedis cada uno. Al pobre le aconſejaron, y le pareciò que aquello no era ſuyo, ni ſe podia reſtituir de otra manera, que dexando al ſeñor natural, à cuyo cargo eſtaban todos los pobres, con que deſcargaba ſu conciencia. El Gran Duque, como Principe tan poderoſo, y ſeñor generoſo, mandò que de todo ello ſe le hicieſſen algunas memorias perpetuas, que le ordenò por ſu alma, como buen cabezalero, y mejor Cavallero.

Què diràs aora del tacto de eſte pobre? No es el tuyo tal, ni con gran parte, aunque goces de otra Venus. De eſtas dos ventajas eramos dueños, que ninguno era tan franco en ellas, ſin otras muchas, que pudiera referir.

Quando me pongo â conſiderar los tiempos que gocè, y por mi paſſaron, no porque ſe me antoje, ni tenga olvidados los trabajos, para que los que aora padezco en eſta galera me parezcan mayores, ò no tales, mas no hay duda, que ſus memorias eſtimo en mucho. Aquel tener ſiempre la meſa pueſta, la cama hecha, la poſada ſin embarazo, el zurron abaſtecido, la hacienda preſente, el caudal en pie, ſin miedo de ladrones, ni temor de lluvias, ſin cuidado de Abril, ni recelo de Mayo, que ſon la polilla de los labradores; no deſvelado en trages, ni coſtumbres, ſin prevencion de liſonjas, ſin compoſicion de mentiras, por valer, y medrar; què ſuſtentarè, para que me eſtimen? Como viſitarè, para que me olviden? Como acompañarè, para dexar obligados? Què achaque buſcarè para hablarles, porque me vean? Como madrugarè, para que me tengan por ſolicito, y mas quanto es el tiempo mas riguroſo? Como tratarè de linages, para encaxar la limpieza del mio? Como deſcubrirè al otro ſu falta, para quien oyere que la murmuro, pienſe que yo no la tengo? Como tendrè converſacion, para hacer obſtentacion? Por donde rodearè para encajar mi dicho? A què corrillo irè, que yo ſea el gallo, y en ſaliendo de ellos no me mormuren, como hice de los otros? O, eſto de los corrillos, y murmuraciones, y como es larga hiſtoria! Quien tuviera lugar de ſignificar lo mal que parece un hidalgo ſer Saſtre de tan mala ropa, que no hay religioſo à quien no corten loba con falda, ni muger honrada queda ſin ſaya entera: viſten al Santo, y al pecador al talle largo. Quedeſe aqui, porque ſi vivimos, allà llegarèmos. A qual derecha regla, recorrido nivèl, y medido compàs ha de ajuſtarſe aquel deſventurado pretendiente, que por el mundo ha de navegar, eſperando fortuna

na de mano agena? Si ha de ser buena, què tarde llega: si mala, què presto executa; por mas que se ajuste, ha de pecar de falso, y falto: si no es bien quisto, todo se le nota: si habla (aunque bien) le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas, y delicadas, temerario, que se mete en honduras, que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, sobervio; si acomete, desbaratado, y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hypocrita; si se rie, inconstante; si se mensura, saturnino; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso. De toda esta desventura tienen los pobres carta de guia, siendo señores de sì mismos, francos de pecho, ni derrama, lexos de emuladores: gozan su vida sin almotacèn que sè la denuncie, sastre que se la corte, ni perro que se la muerda: Tal era la mia, si el tiempo, y la fortuna (consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguna) no me derribàran del mio, declarando por el color de mi rostro, y libres miembros, estàr de salud rico, no llagado, ni pobre, segun lo publicaban mis lamentaciones; porque como una vez me sentasse à pedir limosna en la Ciudad de Gaeta en la puerta de una Iglesia, donde por curiodad quise ir à vèr si su caridad, y limosna igualaba con la de Roma, descubrì mi cabeza, como recien llegado, y no prevenido de lo necessario: para luego, y presto valime de tiña, que sabìa contrahacer por excelencia. Entrando el Govermador, passò por mi los ojos, diòme limosna, fueme razonable algunos dias; y como la codicia rompe el saco, pareciòme un dia de fiesta sacar nueva invencion; hice mis preparamientos, aderecè una pierna, que valia una viña. Fuime à la Iglesia con ella, comencè à entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabia; quisolo mi desgracia, ò mi poco saber, que siempre de la ignorancia, y necedad proceden los acaecimientos. No tenia yo para què buscar pan de trastrigo, ni andar hecho trueca borricas en pueblo corto; passàra con mi tiña, que me daba de comer, y es bien recibida, sin andarme buscando mas retartalillas, ni ensayando invenciones. Vino el Governador aquel dia à aquella Iglesia para oìr Missa, y como me reconociò, hizome levantar, diciendo: Vente conmigo, darete una camisa que te pongas: creilo, fuime con èl à su posada: si supiera lo que me queria, no sè si me alcanzàra con una culebrina, ni me asyera en sus manos, por buena maña que se diera. Quando allà estuve, miròme al rostro, y dixo: Con essos colores, y essa frescura de cuerpo (que es-

tàs gordo, recio, y tieso) còmo tienes afsi essa pierna? Respondile turbado: No sè, señor, Dios ha sido servido de ello; luego conocì mi mal, y atisvaba la salida, para si pudiera tomar la puerta: no pude, que estaba cerrada; mandò llamar un Cirujano, que me examinasse, vino, y miròme de espacio: à los principios turbèlo, que no sabia què fuesse, mas luego se desengañò, y le dixo: Señor, este mozo no tiene mas en su pierna, que yo en los ojos; y para que se vea claramente, lo mostrarè. Comenzò à desenfardelarme, y desembolviendo adobos, y trapos, me dexò la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba: Quedò el Governador admirado en verme de aquella manera, y mas de mi habilidad: yo pasmè, sin saber que decir, ni hacer, y si la edad no me valiera, otro que Dios no me libràra de un exemplar castigo, mas el ser muchacho me reservò de mayor pena, y en lugar de la camisa que me prometiò, mandò que el verdugo, en su presencia, me diesse un jubòn para debaxo de la ropa que yo llevaba, y que saliesse de la Ciudad luego al momento; mas aunque no me lo mandàra, en cuidado lo tenia, que alli no quedàra, si señor de ella me hicieran. Fuime temeroso, temblando, y encogido, bolviendo de quando en quando atràs la cabeza, sospechoso, si pareciendoles no llevar bastante recado, quisieran darme otra buelta: con esto me fui à la tierra del Papa, acordandome de mi Roma, y echandole à millares las bendiciones, que nunca reparaban en menudencias, ni se ponian à espulgar colores; cada uno busque su vida, como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay que mariscar, y por donde navegar, y no por estrechos, siempre por la canal, donde à pocos bordos, con poca tormenta daràs en baxìos, quedando roto, y desbaratado.

CAPITULO VI.

COMO BUELTO A ROMA Guzmàn de Alfarache, un Cardenàl, compadecido de èl, mandò que fuesse curado en su casa, y cama.

Bien es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas, que requiere gravedad, y peso, no por defecto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la qual pide experiencia, y la experiencia tiempo: como la fruta verde mal sazonada no tiene sabor perfecto, antes acedo, y desabrido, afsi no le ha llegado al mozo su maduro, faltale el sabor, la especulacion de las cosas, y conocimiento verdadero de ellas; y no es maravilla que yerre, antes lo serìa si acertasse. Con todo esto el buen natural de ordinario siempre tiene mas capacidad para las conside-

raciones. Conocì del mio, que muchas veces me levantò el espiritu mas de lo que pedian mis años, poniendome (como el Aguila sus pollos) los ojos clavados en el Sol de la Verdad, considerando, que todas mis trazas, y modos de engañar, era engañarme à mì mismo, robando al verdaderamente necessitado, y pobre lisiado, impedido del trabajo, à quien aquella limosna pertenecìa, y que el pobre nunca engaña, ni puede, aunque su fin es esse; porque quien dà, no mira al que lo dà, y el que pide, es reclamo que llama las aves, y èl se està en su percha seguro. El mendìgo, con el reclamo de sus lamentaciones recibe la limosna, que convierte en util suyo, metiendo à Dios en su voz, con que lo hace deudor, obligandole à la paga. Por una parte me alegraba, quando me lo daban, por otra temblaba entre mì, quando me tomaba la cuenta de mi vida, porque sabiendo ser cierto aquel camino de mi condenacion, estaba obligado à la restitucion, como hizo el Florentin; mas quando algunas veces veìa, que algunos hombres poderosos, y ricos, con curiosidad se ponian à hacer especulacion para dàr una desventurada moneda, que es una blanca, no lo podia sufrir, gastabaseme la paciencia, y aun oy se me refresca con ira, embistiendoseme un furor de rabia en contra de ellos, que no sè como lo diga. Rico amigo, no estàs harto, cansado, y ensordecido de oìr las veces que te han dicho, que lo que hicieres por qualquier pobre, que lo pide por Dios, lo haces por el mismo Dios, y èl mismo te queda obligado à la paga, haciendo deuda agena, suya propia? Somos los pobres, como el cero de guarismo, que por sì no vale nada, y hace valer à la letra, que se le allega, y tanto mas, quantos mas ceros tuviere delante. Si quieres valer diez, pon un pobre para ti, y quantos mas pobres remediares, y mas limosna hicieres, son ceros, que te daràn para con Dios mayor merecimiento. Què te pones à considerar si gano, si no gano, si me dàn, si no me dàn? Dame tu lo que te pido, si lo tienes, y puedes, que quando no por Dios, que te lo manda, por naturaleza me lo debes; y no entiendas que lo que tienes, y vales es por mejor lana, sino por mejor cardada, y el que à ti te lo diò, y à mi me lo quitò, pudiera descruzar las manos, y dàr su bendicion al que fuera su voluntad, y la mereciere. No seas especulador, ni hagas elecciones, que si bien lo miras, no son sino avaricia, y escusas para no darla: yo lo sè, alargar el animo para ello, y que veas el efecto de la limosna. Oye lo que cuenta Sofronio, à quien cita Canisio, varon docto: Teniendo una muger viuda una sola hija muy hermosa doncella, el Emperador

Ze-

Zenòn se enamorò de ella, y por fuerza (contra toda su voluntad) la estrupò, gozandola con tyranìa. La madre, viendose afligida por ello, y ultrajada, teniendo gran devocion à una Imagen de nuestra Señora, cada vez que à ella se encomendaba, decia: Virgen Maria, venganza, y castigo te pido de esta fuerza, y afrenta, que Zenòn, tyrano Emperador, nos hace. Dice, que oyò una voz, que la dixo: Yà estuvieras vengada, si las limosnas del Emperador no nos huvieran atado las manos. Desata las tuyas en favorecer los mendìgos, que es tu interesse, y te và mas à ti en darlo, que à ellos en recibirlo. No hizo Dios tanto al rico para el pobre, como al pobre para el rico: no te atengas con decir quien lo merece mejor. No hay mas de un Dios, por esse te lo piden, à èl se lo dàs, todo es uno, y tu no puedes entender la necessidad agena como aprieta, ni es possible conocerla en lo exterior que juzgas, pareciendote no estàr sano, y no ser justo darle limosna: no busques escapatorìas para descabullirte, dexalo à su dueño, no es à tu cargo el examen, Juezes hay à quien toca, sino miralo por mi, si huvo descuido en castigarme, lo mesmo haràn los demàs.

No te pongas, ò tu de malas entrañas, en acecho, que yà te veo. Digo, que la caridad, y limosna su orden tiene: no digo que no la ordenes, sino que la hagas, que la dès, y no la espulgues, si tiene, si no tiene, si dixo, si hizo, si puede, si no puede, si te la pide, yà se lo debes, caro le cuesta, como he dicho, y tu oficio solo es dàr. El Corregidor, y Regidor, el Prelado, y su Vicario abran los ojos, y sepan qual no es pobre, para que sea castigado. Esse es su oficio, essa es su dignidad, cruz, y trabajo, no los hicieron Cabezas para comer el mejor bocado, sino para que tengan mayor cuidado; no para reir con truanes, sino para gemir las desventuras del pueblo; no para dormir, y roncar, sino para velar, y suspirar, teniendo como el dragon (continuamente) clara la vista del espiritu. Assi, que à ti te toca solamente el dàr limosna, no pienses que cumples dando lo que no te hace provecho, y lo tienes à un rincon para echarlo al muladar, que como si el pobre lo fuesse, dàs en èl con ello, no tanto por darselo, como por sacarlo de tu casa, que assi fue el sacrificio de Caìn. Lo que ofrecieres, lo mejor ha de ser, como lo hizo el justo Abèl, con deseo, y voluntad, que fuera mucho mejor, y que haga mucho provecho, no como de por fuerza, ni con trompetas, antes con pura caridad, para que saques de ella el fruto que se promete, aceptandote el sacrificio.

Alexado voy de Roma, para donde caminaba: Quando allà lle-

lleguè me rebentaron las lagrimas de gozo, quisiera fueran los brazos capaces de abrazar aquellas santas murallas. El primer passo que dentro puse, fue con la boca, besando aquel santo suelo; y como la tierra que el hombre sabe, essa es su madre, yo sabia bien la Ciudad, era conocido en ella, comencè como antes à buscar mi vida, vida la llamaba, siendo mi muerte, aquel me parecia mi centro.

Quan casados estamos con las passiones nuestras, y como lo que aquello no es, nos parece estraño, siendo lo verdadero, y cierto. Assi me pareciò la suma felicidad, juzgando à desventura lo demàs; y aunque todo lo miraba, inclinabame à lo peor, y esso tenia por mejor. Levantème una mañana, segun lo tenia de costumbre, y mi pierna, que se pudiera enseñar à vista de oficiales: puseme con ella pidiendo à la puerta de un Cardenàl, y como èl saliesse para el Palacio Sacro, se parò à oirme, que pedia la voz levantada, el tono estravagante, y no de los ocho del canto llano, diciendo: Dame noble Christiano, amigo de Jesu-Christo, tèn misericordia de este pecador afligido, y llagado, impedido de sus miembros, mira mis tristes años, amancillate de este pecador. O reverendissimo Padre, Monseñor Illustrissimo! duelase vuestra Señoria Illustrissima de este misero mozo, que me veo, y me deseo; loada sea la Passion de nuestro Maestro, y Redemptor Jesu-Christo. Monseñor (despues de haverme oìdo atentamente) apiadàse en estremo de mi: no le parecì hombre, representòsele el mismo Dios. Luego mandò à sus criados, que embrazos me metiessen en casa, y que desnudandome aquellas viejas, y rotas vestiduras, me echassen en su propia cama, y en otro aposento junto à este le pusiessen la suya; hizose assi en un momento. O bondad grande de Dios! largueza de su condicion hidalga! Desnudaronme, para vestirme, quitaronme de pedir, para darme, y què pudiera dàr: nunca Dios quita, que no sea para hacer mayores mercedes. Dios te pide, darte quiere. Ponese cansado à medio dia en la fuente, pidete un jarro de agua de que beben las bestias; agua viva te quiere dàr por ella, con que le goces entre los Angeles. Este santo varon lo hizo à su imitacion; y luego mandò venir dos expertos Cirujanos, ofreciendoles buen premio, les encargò mi cura, procurando mi sanidad; y con esto dexandome en las manos de los dos verdugos, en poder de mis enemigos, fuese à su viage. Aunque el fingir las llagas haciamos de muchas maneras, las que tenia entonces era con cierta yerva, que las hacia de tan mal parecer, que à quien las viera parecieran incurables, y necessitar

de

de grande remedio, teniendolas por cosa cancerada; pero si solos tres dias dexàra la continuacion de este embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfeccion, y sanidad que antes tenian. A los dos Cirujanos les pareciò à la primera visita cosa de mucho momento: quitaronse las capas; pidieron un brasero de lumbre, manteca de bacas, huevos, y otras cosas, que quando todo estuvo à punto, me desfaxaron muy de proposito. Preguntaronme, quanto tiempo havia que padecia de aquel mal? si me acordaba de què huviesse procedido? si bebia vino, què cosas comia, y otras preguntas como esta, que los en el arte peritos acostumbran hacer en semejantes actos. A todo enmudecì, quedando como un muerto, que no estaba en mì, ni lo estuve en mucho rato, viendo tanto preparamento para cortar, y cauterizar; y quando de esto escapasse, mi maldad havia de quedar manifiesta. Lo en Gaeta padecido se me antojaban flores: aqui fue el temer à Monseñor, quan bravo castigo me havia de mandar hacer, por la burla recibida. No sabia como remediarme, què hacerme, ni de quien valerme, porque en todo la Letanìa, ni en el Flos-Sanctorum no hallaba Santo defensor de bellacos, que quisiera disculparme. Haviendome mirado, y dado cien bueltas, dixe: Perdido voy, aun de vida soy, sin pellejo me dexan esta vez: dos horas son de trabajo (si yà no me sepultan en el Tyber) passarèlas como pudiere, y si me cortan la pierna, quedarè con mejor achaque, y cierta la ganancia, sino es que me muero: mas quando tan mal suceda, tendrèlo hecho para adelante, y no serà menester otra vez. Què puedo hacer, desdichado de mi! Nacido soy, paciencia, y barajar, que yà està hecho. En esto vacilaba, quando de la codicia, y avaricia de los Cirujanos hallè abierta la puerta de mi remedio. El uno de ellos (mas experimentado) vino à conocer aquello ser fingido, y que por las señales procedia de los efectos de la misma yerva, que yo usaba, callòlo para sì, diciendolo al compañero: Cancerada està esta carne, serà necessario para que el daño se ataje, y nazca otra nueva, quitar hasta la viva, y quedarà como conviene. El otro dixo: Tiempo largo es menester para esta cura, ocasion hay para sacar el vientre de mal año. El que sabia mas, tomò al otro por la mano, y sacòlo allà fuera en la antesala. Yo que los vì salir, saltè de la cama tràs ellos à escuchar, y oì que le dixo assi: Señor Doctor, no creo que vuessa merced tiene advertida esta enfermedad, y no me maravillo, porque se curan pocas à ella semejantes, y assi pocos las conocen; pues quiero que sepa, que tengo descu-

cubierto un gran secreto. Què, por mi vida, le dixo el otro? Yo lo dirè à vuessa merced, le respondiò: este es un grandissimo poltròn, las llagas que tiene son fingidas, què harèmos? Si lo dexàmos, el bien se nos và de las manos, con la honra, y el provecho; si le querèmos curar, no tenèmos de què, y reiràse de nuestra ignorancia; y si de una, ni otra manera se puede salir bien de ello, serà lo mejor decir al Cardenàl el caso como passa. El otro dixo: No señor, por ahora no conviene, menos mal es, que para con este, que es un picaro, quedèmos con poca opinion, que dexar de gozar tan fina ocasion. No nos dèmos por entendidos, antes le irèmos curando con medicamentos que entretengan; y si fuere necessario, aplicarle corrusivos, que le coman de la carne sana, en que nos ocupèmos algunos dias. El otro dixo: No señor, que para esso mejor seria desde luego comenzar con el fuego, cauterizando lo inficionado. En qual de los dos remedios havian de comenzar, y como se havia de partir la ganancia estuvieron discordes, y à punto de manifestarme à Monseñor, porque el que conociò el mal queria mas parte. Viendo pues en lo que reparaban, y ser de poco momento, que de buen partido lo diera yo de mi desventurada pobreza, en trueco de no quedar perdido; assi como estaba desnudo sali à ellos, y postrado ante sus pies, les dixe: Señores, en vuestras manos, y lengua està mi vida, ò muerte, mi remedio, y mi perdicion: de mi mal no se os puede seguir bien; y de mi bien està cierto el provecho, y la reputacion: Yà os es notorio la necessidad de los pobres, y la dureza de los corazones de los ricos, que para poderlos mover à que nos dèn una flaca limosna, es necessario llagar nuestras carnes con todo genero de martyrios, padeciendo trabajos, y dolores; y aun estas, ni otras mayores lastimas nos valen. Gran desventura es tener necessidad de padecer lo que padecèmos, para un miserable sustento, que de ello sacamos: Dolèos de mi por un solo Dios, que sois hombres, que correis por la plaza del mundo, y sois de carne como yo, y el que me necessitò, pudiera necessitaros: No permitais que sea descubierto, haced vuestra voluntad, que en lo que tocare à serviros, y ayudaros, no faltarè un punto, de manera que salgais de esta cura muy aventajados. Fiaos de mi, que quando no estuviera de por medio algun otro seguro, que el temor de mi pena, me hiciera tener secreto: En lo de la ganancia no se repare, mejor es aceptarla, que perderla; juguèmos tres al mohino, que mas vale algo que nada. Estas plegarias, y prerrogativas fueron bastantes à que tuviessen

por acertado mi consejo, y mas quando vieron, que salì al camino. Gustaron tanto de ello, que en ombros quisieran bolverme à la cama de contento: ellos, y yo lo recibimos, por lo que à cada uno le importaba. Tanto se tardaron en estos conciertos, y debates que apenas estaba buelto à cubrir con la ropa, quando Monseñor entraba por la puerta; uno de los dos Cirujanos le dixo: Crea vuessa Señoria Ilustrissima, que la enfermedad de este mozuelo es grave, y necessariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes, y el daño tan arraygado, que los medicamentos es imposible obrar sin largo transcurso de tiempo, mas estoy confiado, y sin alguna duda certifico, que ha de quedar sano, y bueno, mediante la voluntad de Dios. El otro dixo: Si este mozuelo no cayera en las piadosas manos de vuessa Señorìa Ilustrissima, dentro de pocos dias acabàra de corromperse, y muriera; mas atajaràsele su daño de modo, que dentro de seis meses, y aun antes, le quedaràn sus carnes tan limpias como las mias. El buen Cardenal (à quien solo la caridad le movìa) les dixo: En seis, ò en diez, curese como se ha de curar, que yo mandarè proveer lo necessario; con esto los dexò, y se entrò en el otro aposento: Esto me alentò, y como si de otra parte me traxeran el corazon, y me lo pusieran en el cuerpo, assi entonces lo sentì, que aun hasta este punto no estaba confiado de aquellos traydores. Temia no dieran alguna buelta, dexandome perdido; mas yà con lo que alli trataron en mi presencia, quedè alegre, y consolado; pero la costumbre del jurar, jugar, y brivar son duras de desechar, no pudo dexar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhabil de gozar lo mucho, y bueno que tenia pidiendo, mas passabase menos mal, por el curioso tratamiento, comida, y cama que tenia, que era segun podia desearse; como un Principe servido, como la persona de Monseñor curado, y assi lo mandò à los de su casa; demàs, que por su propia persona venia todos los dias à visitarme, y algunos estaba conmigo hablando de cosas que gustaba oirme. Con esto sanè de la enfermedad, y quando pareciò à los Cirujanos tiempo, se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho, y bien pagados, y à mi me mandaron hacer de vestir, y passar al quartèl de los Pages, para que como uno de ellos de alli adelante sirviesse à su Señorìa Ilustrissima.

CAPITULO VII.

COMO GUZMAN DE ALFArache sirviò de Page à Monseñ or Ilustrissimo Cardenàl, y lo que le sucediò.

DE todas las cosas criadas, ninguna podrà decir haver passado sin su imperio: à todo les llegò su vida, y tuvieron vez; mas como el tiempo todo lo trueca, las unas passan, y otras han corrido. De la Poesia, yà es notorio quanto fue celebrada. Diga de la oracion la antigua Roma, la veneracion que diò à sus Oradores: y oy nuestra España à las Sagradas Letras, de tantos tiempos atràs bien recibidas, y en el punto en que estàn ambos Derechos. Los vestidos, y trages de España no se escapan, que inventando cada dia novedades, todos ahilan tràs ellas como cabras; ninguno queda que no los estrene, y aquello no parece bien, que oy no admite el uso, no obstante que se usò, y tuvo por bueno, llegando la ignorancia del vulgacho à querer todos emparejarse, vistiendo una medida, el alto como el baxo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades; por seguir igualmente al uso, y querer con un jarave, ò purga curar todas las enfermedades. Tambien los vocablos, y frases de hablar corrompiò el uso, y los que algun tiempo eran limados, y castos, oy tenèmos por barbaros. Las comidas tambien tienen su quando, que no nos sabe bien en el Invierno, lo que por el Verano apetecèmos, ni en Otoño, lo que en el Estìo, y al contrario. Los edificios, y maquinas de guerra se inovan cada dia; las cosas manuables vàn rodando; las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos, y danzas, que aun hasta en lo que es musica, y en los cantares hallamos esto mismo, pues las siguidillas arrinconaron à la zarabanda, y otros vendràn, que las destruyan, y caigan. Quien viò los machuelos un tiempo, que tanto terciopelo arrastraron en gualdrapas, y ser incapaces oy de toda cortesìa, que ni cosa de seda, ni dorada se les puede poner.

Testigos somos todos quando el hermano Sardesco era el regalo de las damas, en que iban à sus estaciones, y visitas: ahora es todo sillas, las que antes eran albardas.

Digan las mismas damas quan essencial cosa sea, y lo que importa tener perritos falderillos, monas, y papagayos para entretener el tiempo, que en los passados gastaban con la rueca, y con las almohadillas, mas fueron desgraciadas, y passaron: corrieron como todo. A la verdad acontesciò lo mismo: tambien tuvo su quan-

quando; de tal manera, que antiguamente se usaba mas que ahora, y tanto, que vinieron à decir haver sido sobre todas las virtudes respetada, y aquel que decia mentira (mas, ò menos de importancia) era conforme à ella castigado, hasta darle pena de muerte, siendo publicamente apedreado. Mas como lo bueno cansa, y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucediò, que viniendo una gran pestilencia, todos aquellos à quien tocaba (si escapaban con la vida) quedaban con lesion de las personas: Y como la generacion fuesse passando, alcanzandose unos à otros, los que sanos nacian, vituperaban à los lisiados, diciendoles las faltas, y defectos de que notablemente les pesaba ser denostados, de donde poco à poco vino la Verdad à no querer ser oìda; y de no quererla oir, llegaron à no quererla decir, que de un escalòn se sube à dos, y de dos hasta el mas alto, y de una centella se abrasa una Ciudad. Al fin fueronsele atreviendo, hasta venir à romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro, y à que en su silla fuesse recibida la Mentira. Saliò la Verdad à cumplir el tenor de la sentencia: iba sola, pobre, y qual suele acontecer à los caìdos (que tanto uno vale, quanto lo que tiene, y puede valer; y en las adversidades, los que se llaman amigos, declaradamente se descubren por enemigos) à pocas jornadas, estando en un repecho, viò parecer por cima de un collado mucha gente, y quanto mas se acercaba, mayor grandeza descubrìa. En medio de un esquadròn, cercado de un exercito, iban Reyes, Principes, Governadores, Sacerdotes de aquella Gentilidad, hombres de govierno, y poderosos, cada uno conforme à su calidad, mas, ò menos, llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran magestad, el qual era fabricado con admirable artificio, y extrema curiosidad. En èl venia un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, evano, y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una muger sentada, coronada de Reyna, el rostro hermosissimo, pero quanto mas cerca, perdìa de su hermosura, hasta quedar en estremo fea. Su cuerpo (estando sentada) parecìa muy gallardo, mas puesta en piè, ò andando, descubria muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquissimos à la vista, y de colores varios, mas tan sutiles, y de poca sustancia, que el ayre los maltrataba, y con poco se rompìan. Detuvose la Verdad en tanto, que passaba este esquadròn, admirada de vèr su grandeza; y quando el carro llegò, que la Mentira reconociò à la Verdad, mandò que parassen. Hizola llegar cerca de sì: Pregun-

tòla de donde venìa, y à què iba? Y la Verdad la dixo en todo. A la Mentira le pareciò convenir à ſu grandeza llevarla conſigo, que tanto es uno mas poderoſo, quanto mayores contrarios vence; y tanto es mas tenido, quantas mas fuerzas reſiſtiere. Mandòla bolver, no pudo librarſe, huvo de caminar con ella, pero quedòſe atràs de toda la turba, por ſer aquel ſu propio lugar conocido. Quien buſcare à la Verdad, no la hallarà con la Mentira, ni ſus miniſtros, à la poſtre de todo eſtà, y alli ſe manifieſta. La primera jornada que hicieron fue à una Ciudad, en donde ſaliò à recibirlos el Favor, un Principe muy poderoſo; combidòla con el hoſpedage de ſu caſa; aceptò la Mentira la voluntad, mas fueſe al meſon del Ingenio, caſa rica, donde la aderezaron la comida, y feſtearon. Luego, queriendo paſſar adelante, llegò el Mayordomo, Oſtentacion, con ſu gran perſonage, la barba larga, el roſtro grave, el andar compueſto, y la habla repoſada; preguntòle al hueſped lo que debia, hicieron la cuenta, y el Mayordomo, ſin reparar en ninguna coſa, dixo que bien eſtaba. Luego la Mentira llamò à la Oſtentacion, diciendole: Pagadle à eſſe buen hombre de la moneda que le diſteis à guardar, quando aqui entraſteis. El hueſped quedò como tonto, què moneda fueſſe aquella que decian. Tuvolo à los principios por donayre; mas como inſtaſſen en ello, y vieſſe que lo afirmaba tanta gente de buen talle, lamentabaſe diciendo, nunca tal haverſele dado. Preſentò la Mentira por teſtigos al Ocio ſu Teſorero, à la Adulacion ſu Maeſtreſala, al Vicio ſu Camarero, à la Aſſechanza ſu Dueña de honor, y otros ſirvientes ſuyos; y para mas convencerlo, mandò comparecer ante sì al Interès, hijo del hueſped, y à la Codicia ſu muger. Todos los quales conteſtes afirmaron ſer aſsi. Viendoſe apretado el Ingenio, con exclamaciones rompìa los ayres, pidiendo à los Cielos manifeſtaſſe la verdad; pues no ſolo le negaban lo que le debian, pero le pedian lo que no debia. Viendole la Verdad tan apretado, como tan amiga, que ſiempre deſeò ſer ſuya, le dixo: Ingenio, amigo, razon teneis, pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda, y no hay aqui mas de à mi de vueſtra parte, y en lo que puedo valeros es, en ſolo declararme, como lo hago. Quedò la Mentira tan corrida de aqueſte atrevimiento, que mandò à los Miniſtros pagaſſen al Ingenio de la hacienda de la Verdad; y aſsi ſe hizo, y paſſaron adelante, haciendo por los caminos, ventas, y poſadas lo que tiene de coſtumbre ſemejante genero de gente, ſin dexar alguna que no robaſſen, que un malo

ſuele ſer verdugo de otro; y ſiempre un ladròn, un blasfemo, un rufian, y un deſalmado acaba en las manos de otro ſu igual; ſon peces, que ſe comen grandes à chicos. Llegaron mas adelante à un Lugar donde la Murmuracion era Señora, y gran amiga de la Mentira: Saliòla à recibir, llevando delante de sì los poderoſos de ſu tierra, y privados de ſu caſa; entre los quales iban la Sobervia, Traycion, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Embidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, y Voluntad, ſin otros muchos Familiares. Combidòla con ſu poſada, la qual aceptò la Mentira, con una condicion, què ſolo ſe le dieſſe el caſco de la caſa, por que ella querìa hacer la coſta. La Murmuracion quiſiera moſtrarle alli ſu poder, y regalarla, mas como debia dàr guſto à la Mentira, recibiò la merced que le hacia, ſin replicarle mas en ello, y aſsi ſe fueron juntos à Palacio. El Veedor Solicitud, y el Deſpenſero Inconſtancia, proveyeron la comida; y à la fama vinieron de la comarca con ſuma de baſtimentos, todo ſe recibia, ſin reparar en precios; y en haviendo comido, queriendo yà partirſe, los dueños pidieron ſu dinero de lo que havian vendido; el Teſorero dixo, que nada les debia; y el Deſpenſero, que lo havia pagado. Llevantòſe gran alboroto, saliò la Mentira, diciendo: Amigos, què pedis? locos eſtais, ò no os entiendo, yà os han pagado quanto aqui traxiſtes, que yo lo vì, y os dieron el dinero en preſencia de la Verdad, ella lo diga, ſi baſta por teſtigo. Fueron à la Verdad que lo dixeſſe, hizoſe dormida, recordaronla con voces, mas ella (conſiderando lo paſſado) dudaba en lo que havia de hacer, acordò fingirſe muda, eſcarmentada de hablar, por no pagar agena coſta, y de ſus enemigos, y con aquella coſtumbre ſe ha quedado; yà la Verdad es muda, por lo que le coſtò el no ſerlo; eſſe que la trata, paga: mas à mi parecer pinto en la imaginacion, que la Verdad, y la Mentira ſon como la cuerda, y la clavija de qualquier inſtrumento. La cuerda tiene lindo ſonido, ſuave, y dulce: la clavija gruñe, rechina, y con dificultad boltea. La cuerda và dando de sì, alargandoſe, haſta que la ponen en ſu punto. La clavija và dando tornos, quedando apretada, ſeñalada, y gaſtada de la cuerda; pues aſsi paſſa. La Verdad es la clavija, y la Mentira es la cuerda; bien puede la Mentira, yendoſe eſtirando, apretar à la Verdad, y ſeñalarla, haciendola gruñir, y que ande deſabrida; pero al fin và dando tornos, y eſtirando, aunque con trabajo, y quedando ſana, la mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aun que paſsàra por tantos tormen-

tos, afrentas, y pesadumbres, no pudieran al cabo dexar de tener buen puerto. Era mentira, embuste, y bellaquerìa, luego faltò, y quebrò. No puedo resistir la torcedera, siempre rodando, de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama à otro. Yà soy Page, quiera Dios que no vengamos à peor. No es possible lo que està violentado dexar de baxar, ò subir à su centro, que siempre apetece. Sacaronme de mis glorias, baxandome à servir; presto veràs lo poco que assisto en ello, que tanto caminar apriessa, el cansancio llegarà presto: venir tan de buelo de uno en otro estremo, no puede ser con firmeza, es dificultosissimo de conservarse. Si el arbol no echa raìces, no lleva fruto; presto se seca; no las pudè echar en el oficio nuevo, aunque perseverè algunos años, ni vine à fructificar: fue mucho salto, à Page de Picaro (aunque son en cierta manera correlativos, y controvertibles, que solo el habito los diferencia) por fuerza me havia de lastimar. Bien al rebès me aconteciò que à los otros, pues dicen, que las honras, quanto mas crecen, mas hambre ponen: à mi me daban hastìo las que havia professado, essas lo eran para mi, cada uno en lo que se cria. Bueno seria sacar el pez del agua, y criar los pabos en ella; hacer bolar al Buey, y al Aguila que hare; sustentar al cavallo con arena, cebar con paja al halcòn, y quitar al hombre lo risible. Yo estaba enseñado à las hollas de Egypto; mi centro era el bodegòn: la taberna el punto de mi circulo; el vicio mi fin, à quien caminaba; en aquello tenia gusto, aquello era mi salud, y todo lo à esto contrario lo era mio. El que como yo estaba hecho, à què quieres boca, cuerpo què te falta, los ojos hinchados de dormir, y por otra parte las manos como seda de holgar, el pellejo liso, y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estàr sentado, mascando siempre à dos carrillos como la mona, de què manera pudiera sufrir una limitada racion, y estàr un dia de guarda, y à la noche la hacha en la mano, en un piè como grulla, arrimado à la pared, hasta casi amanecer, à veces sin cenar, y aun las mas, era mas cierto, elado de frio, esperando que salga, ò entre la visita, hecho resaca de las escaleras, ò fuelles de herrero, baxando, y subiendo, acompañar, seguir la carroza à horas, y deshoras, poniendonos el Invierno de lodo, y el Verano de polvo, sirviendo à la mesa, el vientre abilado con deseos, comiendo con los ojos, y deseando en el alma lo que allì se ponìa: llevar el recado, bolver con otro, gastando zapatos, y de mes à mes, que nos los daban, los quince dias andabamos des-

calzos. En esto se passa desde primero de Enero, hasta fin de Diciembre de cada un año. Preguntando al cabo de ello, què teneis horro? Què se ha ganado? La respuesta està en la mano: Señor, sirvo à mercedes, he comido, y bebido, en Invierno frio, en Verano caliente, poco, malo, y tarde, traygo este vestido que me dieron, y no tanto con que me cubriesse, quanto para con que sirviesse, no para que me abrigasse, sino con que los honrasse, hicieronlo à su gusto, y à mi costa: dieronme por mis dineros las colores de su antojo, lo que havèmos medrado en abundancia, ha sido resfriados, que no hay hombre que pueda alzar un plato, granos, y comezòn con que nos entretenemos, y otras cosas de frutillas, tales, ò peores. Quando el viento corre fresco, y alcanzàmos valor de diez, ò doce quartos todo en gruesso, ha sido de otros tantos pellizcos, ò bocados de cera que quitamos à la hacha, y los vendèmos à un Zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya esse tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles, y otras chucherias, mas acaso si en ello le hallan, en azotes lo paga, que es un juicio. Solo esto se permitia hurtar, digo (se hurtaba) menos mal que si se nos permitiera, cabo à cabo me diera tal maña, que pusiera tienda de Cereria; mas quando esquilmaba de la mia, ò traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo. Eran ellos tan raterueIos, que nunca les vì meter mano en otra cosa, dexado à parte de comida, que las tales se consumen, y nunca se venden, y aun en esto hacian mil burradas, que como uno levantasse un panal de la mesa, embolviòle de presto en un lienzo, y metiòle en la faltriquera. Como servia los manjares, y no pudiesse tan presto darle puerto de salvacion, ò el cobro que deseaba, y con el calor se fuesse la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abaxo à mucha priessa: Monseñor lo miraba desde la mesa, y con gana de reir que tuvo, mandòle que se estirasse arriba las calzas, el Page lo hizo: como passò las manos por encima de la miel, pegòsele, y quedò corrido de lo que alli se rieron, mas à fè que le amargò, porque (sin gustar de la miel) con una correa le hicieron que diesse la cera. No fuera yo, que à fee que nunca tal me sucediera, sabìa muy bien qualquier bellaquerìa, y no estaba olvidado de mis mañas; porque no se me secasse la bayna, me ocupaba siempre en menudencias, haciendo cuidadosos à mis compañeros. El diablo traxo à Palacio necios, y lerdos, que se dexan caido cada pedazo por su parte: gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir, y molesta de conversar. El hombre ha

de parecer al buen cavallo, ò galgo, en la ocasion ha de señalar su carrera, y fuera de ella se ha de mostrar compuesto, y quieto. Page havia, y digo, que los mas, y me alargo mas, que todos eran unos leños, lerdos; poco bullicio-ssos, assi delante, como detràs de su señor. Tan tardos en los mandados, como en levantarse de la cama, floxos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodandolos de medias, ligas, cuellos, sombreros, lienzos, cintas, puños, zapatos, y lo mas que podia, de que poblaba el jergon de la cama de mi compañero, porque no lo hallassen en la mia. En los ayres lo trocaba por otro, y aunque fuera por hierro viejo, no havia de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su hatillo, que si un punto se descuidaba, ojos que lo vieron ir, nunca lo vieran bolver. De aquestas travesuras hacia muchas, y todas eran obras de mozo liviano. Dì en una cosa despues, que jamàs me havia passado por el pensamiento, y fue en goloso. No sè si lo hizo el comer por tassa, y que levantò el deseo el apetito, ò que debia estàr en muda; porque dicen, que en ciertas edades truecan los hombres de costumbres. Ibame tràs la golosina, como ciego en el rezado; las que mis ojos columbraban, en el erario no estaban seguras, mis manos eran aguilas; y como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, assi yo, poniendo los ojos en las cosas de comer, se me rendian, viniendoseme à la boca. Tinia Monseñor un arcòn grande, que usan en Italia, de pino blanco: aun en España he visto muchos de ellos, que suelen traer de allà con mercaderias, especialmente con vidrios, ò barros: este estaba en la recamara para su regalo, con muchos generos de conservas azucaradas, digo secas: alli estaba la pera vergamota de Aranjuèz, la ciruela Genovesa, melon de Granada, cidra Sevillana, naranja, y toronja de Plasencia, limon de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las Islas, berengena de Toledo, orejones de Aragòn, patatas de Malaga, tenia camuesa, zanahoria, calabaza, confituras de mil maneras, y otros infinitos numeros de diferencias, que me traian el espiritu inquieto, y el alma dessossegada. Siempre que havia de hacer colacion, ò comer alguna de estas cosas, dabame la llave, que lo sacasse en su presencia, sin fiarla nunca de mi à solas. De esta desconfianza naciò ira, de la ira deseo de venganza, con èl me puse à soñar, estando despierto: valgame Dios! como le dariamos à este arcòn garrote? Yà dixe que era grande, à mi parecer de dos varas, y media, una de alto, y otra en ancho, blanco mas que un

un papel, la veta menuda como hilos de cambray, bien labrado, pulido, cerrado con cantoneras, y su chapa en medio. Si sabes que es hurtar, ò lo has oìdo decir, como serà bueno vaciarlo sin falsear llave, abrir cerradura, quitar gozne, ni quebrar tabla? Espera, te dirè que hacia. Quando me cabìa la guarda, y havia en casa visita, ò qualquier otra ocupacion, que parecia forzosa, ò prometia seguridad, tenia mi herramienta prevenida, alzaba un poquito el un cantòn de la tapa, quanto podia meter una cuña de madera, y alzaprimando un poco mas, metia un palo rollizo torneado, como cabo de martillo; este iba poco à poco cazando con èl, dando bueltas àcia la chapa, y quanto mas à ella le llegaba, tanto lo dexaba del canto mas levantada; de manera, que como era mozuelo, y tenia delgado el brazo, sacaba lo que se me antojaba, de que poblaba las faltriqueras. Mas hacia, quando alguna vez no alcanzaba lo que estaba un poco lexos, contra la contumacia, y rebeldia de las tales cosas, ponia en un palillo, ò cabo de caña dos alfileres, uno de punta, y otro hecho garavato, con que lo hacia venir à obediencia; assi era señor de quanto dentro estaba, sin tener llave para ello. Dime tan buena maña en todo, que aunque havia mucho, yà se veia la falta, y conociò ser claro por una zamboa Castellana, que como fuesse muy grande, y estuviesse toda dorada, me incline à ella; era una ascua de oro à la vista, y despues me supo, que hasta oy la traygo en la boca: nunca mejor cosa, ni su semejante vì en mi vida. Como era pieza conocida, y faltasse de alli, comenzò la sospecha general, mas nunca se entendiò que se huviera sacado, menos que con llave contrahecha, y de esto pesara mucho à Monseñor, tener en su casa quien se atreviera à falsear cerraduras, y mas las de dentro de su retrete. Llamò à sus criados principales, para que la verdad se supiera; quiso mi buena suerte que yà estaba toda digerida, sin memoria de ella en mi poder. Era el Mayordomo un Capellàn melancolico, de mala digestion, dixo que llamassen à todos los criados, para que (encerrados en una pieza) se hiciera en ellos cala, y cata, y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razon, sino atrevimiento de criado mozo. A todos nos enjaularon, mas no fue de sustancia, que nos hallaron cabales, de la marca, y à ninguno falso. Esta se passò, mas el cuidado no, que à buena fee, que andaba el amo deseoso de saber la verdad: yo con el alboroto dexè passar algunos dias, hasta que se olvidasse, y huviesse otro asno verde, sin ossar poner las manos, ni aun la vista en el arcòn; mas la corcoba que el arbol pequeño

hiciere, en quanto fuere mayor se le harà peor: las malas mañas que aprendì, me quedaron endebles. Asi pudiera sustentarme sin ello, como sin resollar, y mas aquellas niñerias, que yà les havia tomado el tiento, y me sabian bien. No pude tenerme en la silla, sin bolver à caer, y à visitarle de nuevo, bolvime à la querencia. Un dia que mi amo jugaba, pareciòme lance forzoso assistir alli con otros Cardenales, aunque le pesaba. Estaba el arcon en un retretillo como alcoba, mas adentro de la camara en que dormia, y teniendo mi brazo arremangado dentro de èl, acertò à darle à Monseñor gana de orinar: levantòse à su aposento, y no viendo algun Page, tomò el orinal, que estaba à la cabecera, y estando orinando, sentilo, y alborotème; quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayòse el garrotejo rollizo en el suelo, y quedème asydo dentro, el brazo entre la tapa, y el cantòn de las maderas, quedè como gorrion en la losera, bien apretado. Al ruido del golpe Monseñor preguntò: Quien està aì? No pude responderle, ni apartarme de como estaba: entrò dentro, y hallòme de rodillas, castrando la colmena. Preguntòme, què hacia? Huve de confessar: diòle tanta gana de reir en verme de aquella manera, que llamò à los que con èl jugaban, para que me vieran; rieronse todos, y rogaron por mi, que aquella se me perdonasse, por ser la primera, y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que no, y que havia de ser azotado. Sobre quantos azotes me havian de dàr huvo nueva chacota, que assi los iban recateando, como si fuera hechura de algun Pontificàl, quedaron de concierto fuessen una docena; remitieron la paga al Domine Nicolao, que servìa de Secretario, era mi mortal enemigo; diòmelos con tales ganas en su aposento, que en quince dias no pude estàr sentado; pero no le sucediò de ello como pensaba, que me lo pagò muy presto, y aun con setenas, y fue, que como los mosquitos le persiguiessen, y huviesse muchos en toda Roma, y en casa buena cantidad, le dixe: Yo, señor, darè un remedio de que usabamos en España para destruir esta mala canalla. El me lo agradeciò, y con ruegos me importunò se le diesse; dixele, que mandasse traer un manojo de peregil, y mojado en buen vinagre, lo pusiesse à la cabecera de la cama, que todos acudirian al olor, y en sentandose en èl, irian cayendo muertos. Creyòme, è hizolo luego. Quando se fue à la cama cargò tanto numero de ellos, y dieronle tan mala vida, que le sacaban los ojos atenazadas, y le comian las narizes. Dabase mil bofetadas para matarlos, y creyendo que moririan, passò

hasta

hasta por la mañana. La noche siguiente, como el remedio huviesse atraido, no solo los de casa, mas aun los de todo el barrio, de tal manera, que le disfiguraron el rostro, y todo lo mas que pudieron alcanzar de su cuerpo, con tal excesso, que fue necessario dexar el aposento, y salirse de èl huyendo. El Secretario me quiso matar, y viendolo Monseñor de aquella manera, que parecia leproso, y que yo de miedo no parecia, se descompuso riendo de la burla que le hice, y mandòme llamar; preguntòme, que por què havia hecho aquella travesura? Respondile: Vuestra Señoria Ilustrisima me mandò dàr una docena cabal de azotes por lo de las conservas, y se acuerda bien quanto se recatearon, uno, à uno: demàs de esto, no havian de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años; el Domine Nicolao me diò mas de veinte, por su cuenta, siendo los postreros los mas crueles; y assi venguè mis ronchas con las suyas. Passòse en gracia; y porque de mi atrevimiento passado quedè azotado, y desterrado del servicio de la Camara, servì este tiempo al Camarero.

CAPITULO VIII.

COMO GUZMAN DE ALFARAche vengò una burla, que el Secretario hizo al Camarero à quien servia, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.

ERA hombre donoso, sin punta de malicia, todo del buen tiempo, hecho à la buena fee, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno, y mas de un poco imaginativo. Tenia unas parientas pobres, y cada dia les embiaba su racion, y algunas veces comia, ò cenaba con ellas, como lo hizo la noche antes, que sucediesse lo que oireis adelante; y de achaque de un jarro de agua, y unas taxarinas (que es un manjar de masa cortada, y cocida en grasso de ave, con queso, y pimienta) no vino bien dispuesto, fuesse à la cama derecho, y metiòse dentro desnudo: Pues como faltasse à la cena de Monseñor, y preguntasse por èl, dixeronle lo que passaba; embiòle à visitar, y respondiò no sentirse bueno, mas que confiaba en Dios lo estarìa por la mañana, con la merced que su Señoria Ilustrissima le hacia, embiando à saber de su salud. Esto se quedò assi por entonces, y à la mañana havia ido yo à casa de las parientas con la comida, y un compañero mio quedò limpiando los vestidos, para que su

se-

ſeñor ſe levantàra. El, y el Secretario ſe burlaban mucho, y de las burlas (por ſer ſin perjuicio) guſtaba Monſeñor. Levantòſe el Secretario, y fueſe à donde mi compañero eſtaba, y preguntòle: Como eſtà vueſtro amo? El reſpondiò: Que repoſaba, porque la noche antes no lo havia hecho, ni podido dormir. Bolviòle à decir: Pues en tanto que no le viſite, idos con eſte mi criado, y ayudareisle à traer cierto recado, y ha de ſer preſto, que yo quedarè aqui entre tanto: el mozo fue donde le mandaron. Yà el Secretario, con el achaque de la cena fuera de caſa, y haver faltado à la meſa, tenia trazada una donoſa burla, y prevenido un mozuelo (que veſtido en habito de dama corteſana) ſe metieſſe tràs de ſu cama; pues como eſtuvieſſe durmiendo, y la entrada franca (para mayor ſeguridad) entrò el Secretario primero ſin ſer ſentido: el mozuelo ſe eſcondiò, como eſtaba induſtriado, y eſtuvoſe quedo; bolviò el Secretario à ſalir, y ſe fue donde Monſeñor ſe paſſeaba rezando, el qual preguntò luego por el Camarero. Reſpondiòle: Señor, ahora ſupe de èl, y me dixo ſu criado no haver eſtado eſta noche bueno; y no me maravillo, que antes de recogerme à noche le viſitè, y no me hablò de buena gracia, no sè lo que ſe tiene. Monſeñor, que era la miſma caridad, al momento le fue à viſitar; y eſtando ſentado à ſu cabecera, ſaliò el mozuelo por la cortina de los pies de la cama, y dixo: Ay amarga de mi! Voyme ſeñor, que es tarde, por amor de mi marido; y aſsi ſaliò por medio de todos los criados del Cardenàl, que con èl havian venido. Monſeñor ſe admirò, que le tenia por un ſanto, y el Camarero aſſombrado, creyò ſer viſion. Comenzò à dàr gritos, Jesvs, Jesvs, el demonio, el demonio; y aſsi ſaltò en camiſa de la cama, huyendo por toda la pieza. El Secretario, y algunos que lo ſabian, ſe eſtuvieron riendo, y en ello conociò Monſeñor, que havia ſido burla: dixeronle la verdad. El Camarero no ſoſſegaba, ni ſabia por donde huir; y aunque todos procuraban reportarle, no bolviò tan preſto en sì, antes quedò aſſombrado, y corrido de la burla, por haver ſido en preſencia de Monſeñor. Diſsimulò quanto pudo, como Corteſano, y el Cardenàl ſe fue ſantiguando, y riendo del entretenimiento donoſo. Yà quando yo vine, todo era paſſado, mas lo ſentì tanto, como ſi dado me huvieran otros tantos azotes: diera el Camarero por vengarſe un ojo de la cara. Como me viò triſte, y èl tambien lo eſtaba, me dixo: Què te parece Guzmanillo de lo que han hecho conmigo eſtos bellacos? Reſpondile: Bueno ha ſido, mas creo, que ſi à mi me la hicieran, que no le diera ſu Santidad la penitencia, ni en mi teſ-

tamento aguardàra à dexarle la manda, que antes de ella cobràra la deuda, y no mal. Todos me tenian por traviesо,y tracista: no fue necessario muchas palabras, que yà me sacaba los bofes porque le dixesse algo. Recelabame de darle consejo, por no ser licito à un Page vengar las injurias de un ministro grave, contra otro su igual; ande cada oveja con su pareja, que no son buenas burlas con los mayores: una bastò para mi satisfacion, y en causa propia, que fue con disculpa, quien, ò para què me embarcaba en cosas de que no podia escapar, menos que con buenos azotes, ò las orejas quatro dedos mas largas, y sin pelo, ni cañon en la cabeza, por esso callaba, y me estaba quedo; mas yo que de mio era bullicioso, siendo tantas veces importunado,haciendome grandes ofrecimientos, y promessas, y entender, que Monseñor havia de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determinè hacerme dueño de ello, y asi dexè passar algunos dias, esperando que hiciesse mas calor: quando me pareciò tiempo, y que el Ordinario de España queria partir, el Secretario trabajaba con gran priessa; comprè un poco de resina,incienso, y almaciga, molilo, y cernilo todo junto, dexandolo hecho sutil arina. Estaba el mozo del Secretario aquella mañana embuelto con los vestidos, limpiandolos de priessa, fuime derecho à èl, diciendo: Ola, hermano Jacobo, hagote saber, que tengo en el assador un muy gentil torrezno,pan hay, si tienes vino seràs mi compañero, y sino perdona,que quiero buscar camarada; èl dixo: No, pesia à tal, que yo lo darè, quedate aqui, que luego soy con èl, y contigo. Entre tanto que fue por èl à la despensa,saquè el papel de polvos,y bolviendo las calzas, rocielas con un poco de vino,que llevaba en un pomillo de vidrio, y polvoreelas muy bien, bolviendolas à poner como el mozo las dexò. El bolviò bien presto con el jarro proveìdo, y antes que hablasse palabra, su amo lo estaba llamando,que se queria vestir;dexò en mi poder el vino, y entròse allà dentro. Metieronse en papeles, que hasta medio dia no pudo bolver à salir. Era el Secretario muy belloso, comenzaron los polvos à disponerse, y hacer su efecto; era por los caniculares, y con la fuerza del calor obraron de manera, que desde la cintura, hasta la planta del pie, se hizo un pegote tan recio, y fortalecido, que le daba mal rato,arrancandosele un ojo con cada pelo; como asi se viò, comenzò à llamar su gente, para seber què fuesse aquello,ninguno lo supo decir, ni darle razon, hasta que el Camarero entrò, y le dixo: Señor, esto ha sido burlar al burlador, y dàr al

Maes-

Maeſtro cuchillada: ſi buena me la hizo, buena me la paga. Ella fue tal, pues con unas tixeras iban cortando pelo à pelo, entre dos criados, y fue neceſſario deſcoſer las calzas, para poderlas quitar. La burla ſe ſolemnizò mas que la primera, porque eſcociò mas. De eſta vez quedè confirmado por quien era, todos huìan de mis burlas, como del pecado.

Los dos meſes del deſtierro ſe paſſaron, deſpues bolvì à mi oficio, con la miſma poca verguenza que primero. Yà tendràs noticia de la fabula, quando apartaron compañia, la Verguenza, el Ayre, y el Agua, que preguntandoſe donde bolverìan à verſe, dixo el Ayre, que en la altura de los montes, y el Agua en las entrañas de la tierra, y la Verguenza, que una vez perdida, impoſſible ſeria hallarla: yo la perdì, ſin ella me quedè, y ſin eſperanza de bolver à ella, ni me eſtaba à cuento, porque à quien le falta, la Villa es ſuya. A quien lo paſſado no puſiera eſcarmiento, para no bolver mas à caſo ſemejante? Contarète de la enmienda lo que me aconteciò: Yà tenia las tripas dulces, y tan hechas à ello, que aquellos dias que faltò, fue quitar al enfermo el agua, ò al borracho el vino: Dexàrame caer de lo alto de San Angel, para hurtarlas del ſuelo; y es aſsi, que quien teme la muerte, no goza la vida: ſi el miedo me acobardara, me quedàra ſin gozar de mas dulce. Hice mi cuenta, quando en otra me hallen, què me pueden hacer? Què mal me puede venir? Siempre vi pintar al miedo flaco, deſpeluznado, amarillo, triſte, deſnudo, y encogido: es el miedo acto ſervil, muy propio en eſclavos, nada emprende, de nada ſale bien, como el perro medroſo, que es mas cierto en ladrar, que à morder: es el miedo verdugo del alma, y es necedad temer lo que evitar no ſe puede; eràme impoſsible (por mi condicion) abſtenerme. Venga lo que viniere, que à los oſſados favorece la fortuna: con mi perſona lo he de pagar, y no con bienes muebles, ni raìces, pues Dios no ha ſido ſervido de darme tierra propia de que haga un bodoque, ni ſemovientes que conmigo no anden. Era Monſeñor aficionado à unos pipotillos de conſervas almivaradas, que ſuelen traerſe de Canaria, ò de las Islas de la Tercera, y eſtando vacìos, echavanlos à mal. Yo acaudalè uno de media arroba, que me ſervia de baùl, y en èl tenia guardados naypes, dados, ligas, puños, lienzos de narizes, y otras coſas de Page pobre. Mandò un dia, eſtando comiendo, à ſu Mayordomo, que compraſſe à un Mercader tres, ò quatro quintales de ellos, que havian llegado freſcos. Yo lo eſtaba oyendo, y penſando en el miſmo tiempo como valerme de un bar-

ril. Alzòse la mesa, recogieronse todos à comer, entretanto me fui à mi aposento, y en abrir, y cerrar el ojo, recogì dentro del que tenia quantos trapos viejos, y tierra hallè à la mano hasta henchirlo; pusele su fondo, apretèle los arcos, como si naturalmente le huvieran traìdo con raìces de escorzonera: dexèlo estàr, poniendome à la mira de lo que sucediera. Vès aqui sobretarde, veo traer dos acemilas cargadas de conservas, que descargaron en el recibimiento, mandònos el Mayordomo à los Pages las llevassemos al aposento de Monseñor. Vile à la dama el copete, no os passareis (le dixe) sin que os asa del cabello: carguè con uno, como todos los demàs, y quedandome de los postreros, al passar por delante de mi aposento metile dentro, y saquè el otro, el qual me llevè à la recamara, y assi hice mis tres caminos, dando de todos buena cuenta. Quando subì el postrero, puseme muy mesurado en la Sala. Monseñor me dixo: Què te parece de esta fruta, Guzmanillo, aqui no se puede meter el brazo? Poco valen las cuñas? Respondile al punto: Monseñor Ilustrissimo, donde no valen cuñas, aprovechan uñas; y sino cupiere el brazo, me valdrìa la mano, y esso me bastarà. Replicòme como entraràn las uñas, ni la mano, de la manera que estàn? Essa es la ciencia (le respondì) que estando facil de ser abiertas, ni grado, ni gracias; en las dificultades han de conocerse los ingenios, y en las cosas grandiosas de importancia se muestran, que no hincando en la pared un clavo, ni en calzarse los zapatos, cosas agibles de suyo yà hechas. Ahora, pues, dixo, si en estos ocho dias fuere tu habilidad tanta, que me hurtes algo de ellos, te darè lo que hurtares, y otro tanto; pero sino lo haces, te has de obligar à una pena. Monseñor Ilustrissimo, le dixe: Ocho dias de plazo es vida de un hombre, negocio largo, y podrìa ser quando allà llegassemos, ò el concierto se huviesse resfriado, ò perdido la memoria: yo acepto la merced que se me ofrece, y si mañana à estas horas no estuviere negociado, dexo la pena en el arbitrio del Secretario, porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo passado, que todavia sabe à la pez, y no se le cubre pelo. Riòse Monseñor, y los que con èl estaban, y assi quedamos de concierto para el siguiente dia: mas como yà estaba el negocio seguro, pudiera desde luego salir de la obligacion, y lo dexè hasta su tiempo. Estaba la mesa puesta, y Monseñor sentado à ella, comiendo los principios que yo servì primero; y mirandome à la cara con alguna risa, me dixo: Guzmanillo, poco te queda de aqui à la tarde, llegándo se te

yà

và el plazo; què dieras ahora por verte libre? Yà el Domine Nicolao tiene puesto à punto el recado, y me parece que traza como vengarse de tì, y tu de satisfacerte de èl; de mi consejo seria se huviesse bien contigo, no tanto por tì, como por sì. Yo le respondì: Monseñor Ilustrisimo, seguro estoy de la pena de sus manos, y no lo estàn las conservas de las mias; y si se pudiera jugar à siete, y llevar, y tuviera que perder mas de la pobreza de mi persona, de esta vez determinara jugarlo, por tener mi suerte cierta: assi passò la comida hasta el servir los postres, que tomando del aparador una media fuente la llenè del barril, y con ella me fuì à la mesa, y la puse en ella. Quando Monseñor la viò, admiròse, porque èl mismo en su aposento guardò los barriles, y assi los tenia, que à nadie los fiò por el apuesta, y se guardò la llave: Llamò al Camarero, y mandòle entrar dentro, que los contasse, y viesse si estaba alguno abierto, ò mal acondicionado. Entrò, y hallòlos como se pusieron: Saliò diciendo, que estaban enteros, y cabales, sanos, y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello. Hà, hà, hà, (dixo Monseñor) no te han de valer bellaquerìas, de esta vez pagar tienes: querias decir que lo sacaste de los barriles, y lo tendràs pagado con tus dineros? Domine Nicolao (dixo al Secretario) yo os entrego à Guzmanillo, que hagais de èl à vuestro gusto, pues ha perdido la puesta. El Secretario respondiò: Monseñor Ilustrisimo, vuestra Señorìa Ilustrisima haga en èl el castigo que le pareciere, que yo à èl, ni à su sombra quiero llegarme, ni me atrevo, que le tengo por tal, que buscarà sabandijas que me coman; si à mi castigo dexan su pena, yo le absuelvo, y le quiero por amigo. No he tenido culpa hasta ahora (respondì) para que me dèn absolucion, donde no hay materia, no tienen que buscar forma: yo tengo ganado lo que prometì, y quando no fuere verdad, y se viere palpablemente, castiguenme como quisieren: de què sirven las palabras donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se traxo; y no solo esta, pero un barril entero està en mi aposento. Santiguabase Monseñor, maravillado, còmo pudiera ser: en quanto acabò de comer, y alzaron la mesa, no hacia otra cosa sino santiguarse con toda la mano; y deseoso de certificarse de ello, se levantò, y fue à mirarlo por sus ojos. Havia puesto ciertas señales, hallòlas fieles, el numero cabal, consigo la llave, no sabia como fuesse; creyò con mas veras, que comprè el barril, y dixome: Guzmanillo, no sabes que metiste aqui tantos? Pues cuentalos, yo los contè, y le dixe: Monseñor Ilustrisimo cabales

les eſtàn, pero de lo contado como el lobo: yà veo que eſtàn buenos, mas no todos, y para que aſsi ſé vea, traygaſe uno que tengo en mi apoſento, y abràn aquel que alli eſtà, y hallaronlo trocado; y abriendole, conociendo mi verdad, y ſutileza, porque la tierra, y trapos viejos lo manifeſtaron, quedaron admirados de penſar, como pudiera haver ſido, todos me lo preguntaron, mas à ninguno lo dixo. Luego ſupliquè ſe cumplieſſe conmigo lo prometido: aſsi ſe hizo: mandaronme dàr otro, y tuve dos; pero para que conocieſſen ſer mi animo noble, tal como me lo entregaron ſe lo dì à los Pages mis compañeros, que lo partieſſen entre sì; y aunque Monſeñor quedò eſcandalizado de la ſutileza del hurto, admiròſe mas de mi liberalidad, y tuvolo à bien. Temiaſe de mis malas mañas, y ſin duda entonces me echara de ſu caſa, ſino fuera tan ſanto varon, hizo una conſideracion: Si à eſte deſamparo, algun gran mal podrà ſucederle por ſus malas coſtumbres; las coſas que en mi caſa hace ſon traveſuras de niñèz, y de lo que no me pone en falta: menor daño es que à mi ſe me atreva en poco, que con la neceſsidad à otros en mucho. Con eſto hizo (para mejor diſsimulo) del vicio gracia; y es gran prudencia, quando el daño puede remediarſe, que ſe remedie, y quando no, que ſe diſsimule. Hizoſe riſa de ello, contandolo à quantos Principes, y Señores le viſitaban, en las converſaciones que ſe ofrecian.

CAPITULO. IX.

DE OTRO HURTO DE CONSERVAS, que hizo Guzmàn de Alfarache à Monſeñor, y como por el juego èl miſmo ſe fue de ſu caſa.

LA ordenacion de la caridad (aun que antes quedò apuntado) digo que comienza de Dios, à quien ſe ſiguen los padres, y à ellos los hijos, deſpues à los criados, y ſi ſon buenos, deben ſer mas amados que los malos hijos. Mas como no los tenia Monſeñor, amaba tiernamente à los que le ſervian, poniendo (deſpues de Dios, y ſu figura, que es el pobre) todo ſu amor en ellos; era generalmente caritativo, por ſer la caridad el primer fruto del Eſpiritu Santo, y fuego ſuyo, primer principio del fin dichoſo: tiene incluſas en sì la Fè, y Eſperanza, es camino del Cielo, ligaduras que atan à Dios con el hombre; obradora de milagros, azote de la ſobervia, y fuente de ſabiduria. Deſeaba tanto mi remedio, como ſi de èl reſultàra el ſuyo: Obligabame con amor, por no aſſombrarme con temor; y para probar, ſi pudiera reducirme à coſas de virtud, me regalaba de la meſa, quitandome las ocaſiones,

nes, y deseo de su plato, de sus niñerias, quando las comia partìa conmigo, diciendome con mudo amor: Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz, mira que como el Domine Nicolao, contigo no quiere pendencia, contentate con este bocado, y con que te reconozco vassallage, dandote parias. Decialo sonriendose, con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa qualesquier señores: era humanissimo Cavallero, trataba, y estimaba sus criados, favorecialos, amabalos, haciendo por ellos lo possible; con que todos le amaban con el alma, y servian con fidelidad, que sin duda al amo que honra, el criado le sirve, y si bien paga, bien el pagan, pero si es humano, le adoran. Y al contrario, al señor sobervio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad, ni le hacen amistad, no le sirven con temor, ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonado en plazas, calles, y Tribunales, desacreditado con todos, y defendido de ninguno. Si supiessen los señores quanto les importan honrados, y buenos criados, la comida se quitarìan para darsela, por ser ellos la verdadera riqueza; y es impossible, que sea el criado diligente con el señor, que no le amare.

Traxeronle à Monseñor de Genova unas caxas de conservas muy grandes, muy doradas, labradas por encima, lo que se podia desear: eran frescas, acabadas de hacer, y en el camino havian tomado alguna humedad. Quando se las pusieron delante, holgòse de verlas, y mas por haverlas hecho, y embiado una señora deuda suya, de quien solia ser ordinariamente regalado; yo no estaba en casa, y en tanto que bolvia entraron en acuerdo què se haria de ellas, ò donde se pondrian à enjugar, que tuviessen salvoconducto de mi persona; porque como se huviessen de poner al Sol, corrieran peligro aun dentro de la urna, con las cenizas de Julio Cesar. Cada uno diò su parecer, y ninguno bueno. Monseñor acordò en una cosa, y dixo: No hay para que buscar donde guardarlas, dandoselas que las guarde, tendràn seguridad, y no de otra manera. Quadrò à todos la razon, y luego como vine me dixo: Guzmanillo, què avèmos de hacer de estas conservas, que vienen humedas, para que no se acaben de perder? Yo dixe: Lo mas cierto me parece (Monseñor Ilustrissimo) comerlas luego. Y atreveraste à comerlas todas? me preguntò. Respondile: No son muchas à mi parecer, si el tiempo fuesse mucho mas, no soy tan comedor, que para luego me atreviera solo con tanta, y tan honrada gente. Pues yo quiero que las guardes, y tengas cuenta con sacarlas al Sol cada dia, que aqui no

no hay lance, por cuenta se te han de entregar, y las tienes de bolver; descubiertas vàn, y llenas, assegurado estoy del daño, que les puede venir. Yo no lo estoy (le respondì) de mì mismo, ni del que les podria hacer, que soy hijo de Eva, y metido en un paraiso de conservas, podriame tentar la serpiente de la carne. Bolviò à decir: Pues mira como ha de ser, que me las tienes de dàr como te las doy, tan enteras, y cabales, ò mira por tì lo que te và en ello. Bolvile à decir: No viene el pleyto sobre esse articulo, que hasta bolverlas como estàn, sin que se les conozca falta, ni daño, cosa es facil; otra es en la que reparo. En què reparas? me bolviò à preguntar, dixele: Que me pongo à gran peligro, porque conozco de mi habilidad, y flaqueza, que cumpliendo con lo que se me manda, forzoso he de gustar mucha parte de ello. Monseñor, admirandose, dixo: Ahora, pues, en esto quiero vèr lo que sabes, doyte licencia que comas, hasta que te hartes una vez, con tal condicion, que me las buelvas à entregar, sin que se les conozca falta, y si se le conociere, me lo has de pagar: aceptèlo, fueronme todas entregadas; otro dia saquèlas al Sol à unos corredores, y entre todas havia una de azahar, y limon, que à la vista se venia. Lleguème bonico con un cuchillo pequeño, quitèle las tachuelas del suelo, y dexandola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo le saquè casi la mitad por abaxo, bolviendola à clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza, cortado à la medida, y tan justo, que no havia mas que vèr. Estando Monseñor aquella noche haciendo colacion, traxele à la mesa quatro caxas de aquellas, y preguntèle, si havia hecho buena guarda? Si assi estàn las demàs, yo me contento: Fuiselas trayendo todas, y holgòse de verlas, porque estaban algo mas enjutas, y cabales: luego bolvì con un plato, y en èl todo mi hurto, que en realidad de verdad, aun de ello no probè cantidad de una nuez; aquello lo hice solamente para la obstentacion del ingenio. Quando lo viò me preguntò: Què es esto? Yo le respondì: Parto con vuestra Señorìa Ilustrissima de mi hurto. El me dixo: Yo mandè que te hartasses, mas no que hurtasses, perdido has esta vez. Repliquèle: Yo no me he hartado, ni lo he probado; no pienso perder por esse camino, que esso es de lo que me he de hartar, y todo el hurto entero, como se podrà bien vèr; y si del haver usado virtud ha de resultarme daño, no sè por donde camine que acierte, pues me tienen tomadas las veredas; no se me dà nada del castigo, ni de haver perdido, por-

que creì haver ganado, mas otra vez no perderè. Ahora no quiero dexarte quexoso (me respondiò) sin razon te culpò; mas de qual de todas estas, deseo saber, lo sacaste? Alarguè la mano, diciendo: De esta es la falta, y enseñèle como, y por donde. Holgòse de la gran sutileza, mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temian mucho no la empleasse mal en algun tiempo. Mandòme alzar la caxa, y que me la llevasse. De estas cosas passaban por mì muchas. Gustaba de ellas, y de mì, como de un juglar; porque si algun Page se dormìa, bien pudieran otro dia comprarle zapatos, y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro exercicio era cada dia dos horas à la mañana, y dos à la tarde oìr à un Preceptor, que nos enseñaba, de quien aprendì (el tiempo que alli estudiè) razonablemente la lengua Latina, un poco de Griego, y algo de Hebreo; lo mas despues de servir à nuestro amo, que era harto poco, leìamos muchos libros, contabamos novelas, y jugabamos juegos: Si saliamos de casa, era solo à engañar Buñoleros, que con los Pasteleros buen credito teniamos ganado. De noche dabamos legias à las damas cortesanas, y à las puertas cantaletas. En esto passè hasta que me apuntò la barba; y aunque te pareciera vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo, puesto à la verguenza: todo me hedìa, nada me assentaba, dia, y noche suspiraba por mis passados deleytes. Quando me vì mancebo (que pudiera bien ceñir espada) holgàra de algun acrecentamiento, de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante; y estoy cierto, que si mis obras lo merecieran, no me faltàra; mas en lugar de cobrar juìcio, y hacer cosas virtuosas, para ganar la voluntad, obligando con ellas, dì en jugar, aun hasta mis vestidos; y como era un poco libre, tambien lo andaba en el juego: Siempre procurè aprovecharme de todas quantas trampas, y cautelas pude, en especial jugando à la primera. Quantas veces (yendo en dos) tomè tres cartas, y teniendo cinco, embidè con las tres mejores? Quantas veces tomè la carta postrera, y poniendola debaxo, veìa si era buena, ò no, y muy de espacio bruxuleaba la otra yà vista, y hacia partidos, que era robar en poblado? Quantas veces tenia un diacono à mi lado, que se hacia dormido, y me daba las cartas por debaxo? Quantas veces andaba un adalid por cima, que me daba el punto de los otros, para saber el que tenian, y à què iban, y por señas tan sutiles me lo decia, que era imposible poder entenderse? Quantas pandillas hice, dando al contrario cinquenta

y dos, y quedandome con un as hice cinquenta y cinco, ò con un cinco, que hice cinquenta y quatro, y mejorè mi punto, y ganè por la mano? Pues yà quando jugabamos dos à uno, y nos dabamos las cartas, tomar naype desechado, poniendolo encima, jugar con guion, hacer trascartones, poner el naype de mayor, ò señalarlo, haviendome hecho de concierto con el coymero, ò con el que lo vende. O què de ruindades hice, y fullerias! ninguna huvo, que no entendiera, y supiera, todas las obraba; porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en èl mucho campo; y si licito fuesse, digo licito, que como en la Republica se permiten casas de pecados, por escusar otros mayores, havia de haver en cada pueblo principal maestros de estas bellaquerìas, donde los inclinados al juego las entendiessen, y no los engañassen; porque nuestra sensualidad se dexa vencer facilmente del vicio, y hace vil costumbre lo que se inventò por licito exercicio. Con razon se dirà vil costumbre, quando descompuestamente lo siguieren, sacandolo de su curso: El juego fue inventado para recreacion de el animo, dandole alivio del cansancio, y cuidados de la vida; y lo que de esta raya passa, es maldad, infamia, y hurto; pues pocas veces se hace, que no se le junten estos atributos: Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio, y tienen por costumbre, no obstante que deseo mas, que se aparten de èl aquellos, que son mas nobles, considerando los daños, que de ello se les sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno, y que si èl gana, y el otro pierde, se obliga à sufrir muchos atrevimientos, y descomposturas, palabras, y menèos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo, y no un hombre de honor; y otras cosas (que no me atrevo à decir) tales, de calidad, que no solo por ellas, y las dichas havian de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega. Mas yà que nuestro apetito es tan desenfrenado, no serìa malo, sino importante, que sepa el mancebo las leyes, los partidos, las tretas, y los engaños que en èl hay; y si de ello sacaren provecho, ò rehundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuello, cinta en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero, y se lo lleven como bestia, que demàs de ganarselo, se burlan de èl. Una cosa procurè, nunca sentarme à jugar con poco, ni de poco, nì con persona que no aventurasse à ganar mucho, jugando mi real à tres, y sin dar mohina, ni tomarla. Yo me entretenia yà de manera, que hacia muchas faltas; y no es posible que pueda el jugador

cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sè qual señor quiere dàr pan à criado jugador, porque si tiene hacienda à su cargo, de que puede aprovecharse, y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, en ventura si podrà desquitarse, pero si buelve à perder, y no tiene de què pagar, ha de hacer otro mayor daño, quando aquel quisiere remediar: si no tiene à cargo hacienda, es impossible assistir à las horas, que debe servir, ni lo han de hallar quando fuere menester, como à mi me aconteciò. Sentialo Monseñor en el alma, nada pudo aprovechar conmigo, amonestaciones, persuasiones, palabras, ni promessas, para quitarme de malas costumbres: y estando una vez con los mas criados de casa (en mi ausencia) les dixo lo bien que me queria, y deseo que tenìa de mi bien: y pues conmigo no bastaban buenos medios, se usasse una estratagema, que echandome unos dias de casa, podrìa ser que viendo mis faltas, amansarìa conociendo mi miseria, pero que no se me quitasse la racion, porque no hiciesse cosa torpe, ni mal hecha. O virtud singular de Principe, digna de alabanza eterna! Y à quien deben imitar los que quieren ser bien servidos, que si los criados no son qual yo era, es impossible no dàr mil vidas por solo un pequeño gusto de los tales amos.

Previnome la necessidad forzosa de la comida: Libreos Dios todo poderoso de tal necessidad! todas las otras, trabajo se padece con ellas, pero el comer, y no tener de què, llegar la hora, y estàr en ayunas, passar hasta la noche, y no haverlo hallado, no asseguro la primera capa que se encontrare, por la mitad de lo que vale. Hizose assi, y en tiempo harto trabajoso, porque como un dia, y una noche huviesse estado jugando, y perdido quanto dinero tenìa, y del vestido me quedasse solo un juboncillo, y zaraguelles de lienzo blanco. Viendome assi, metime en mi aposento, sin ossar salir de èl; y aunque me quise fingir enfermo, no pude, porque Monseñor era tan puntual en la salud, y cosas necessarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los Medicos; y tambien, porque de boca en boca, luego se supo en toda la casa mi daño. Como le faltè à la mesa tantos dias, preguntaba siempre por mi, pesabale que se dixessen chismes, y de que unos fiscaleassen à otros: y assi le decian, por aì anda. Creciò su sospecha, no me huviera sucedido alguna desgracia, y apretando mucho por saber de mi, fue necessario satisfacerlo; diciendole la verdad. Pesòle tanto de mi mala inclinacion, viendo quan disolutamente, sin temor, ni verguenza proce-

cedía, que mandò me hiciessen un vestido, y con èl me echassen de casa en la forma que lo havia mandado antes. Vistiòme el Mayordomo, y despidiòme. Corrime tanto de ello, que como si fuera deuda, que se me debiera tenerme Monseñor consigo, haciendo fieros me sali, sin querer nunca mas bolver à su casa, no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte, con recados, y promessas, diciendome el fin con que se havia hecho, y solo haver sido pensando reformarme. Significaronme lo que me queria, y en mi ausencia decia de mi: Nada pudo ser parte para que bolviesse, siempre estuve en mis trece, que parecia vengarme con aquello, y estendime como ruin, quedème para ruin, y fui ingrato à las mercedes, y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varon de mi amo me hacia: justa sentencia suya es, que à quien las buenas obras no aprovechan, y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen, con duro, y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dandoseme por todo nada, como si nada me faltàra. Quanto menosprecié lo mucho, que por mi se hizo, tan sin què, por què, ni para què, pues ni en mi capacidad cabìa, ni à mi servicio se debìa, ni por gratitud lo merecìa?. Què mal supe conservar aquel bien presente, ni merecer el que con aumento esperaba, y sin duda recibiera? Què desconocido andube al regalo, con que fui curado? Què olvidado de la solicitud con que fui administrado? Què ingrato à la caridad con que fui servido? Què descuidado de el cuidado con que fui doctrinado? Què sobervio à la mansedumbre con que fui amonestado? Què pertinàz à las dulces palabras con que fui persuadido? Què sordo à las graves razones amorosas con que fui reprehendido? Què aspero à la paciencia con que fui sufrido? Què incorregible al favor con que fui defendido? Què rebelde à los medios, que para mi remedio se buscaron? Què incapàz del buen termino con què fui tratado? Y què sin enmienda de los descuidos, que me disimularon! Si qualquiera de los dos, que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos, que bolvieran à su prosperidad, hicieran tanto, ni con tanto amor, sufriendome por solo èl, tantas, y tan perjudiciales travesuras, que assi tan desembueltamente las usaba, no como en casa de mi señor, ni de mi padre, sino qual en la mia: con menos respeto trataba en su presencia, que si fuera igual mio, y èl con entrañas de Dios me lo sufria. Estoy cierto, que quien me engendrò me huviera aborrecido, y dexado de la mano, cansado de mis cosas: Monse-

señor no se cansò, no se indignò, ni ayrò contra mi. O condicion real, heredada del padre verdadero, hacer bien, y mas bien à tales como yo! Esperandome un dia, una semana, un mes, un año, y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya escusa, y que atajados con verguenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia, que nuestros delitos merecieren. En todo seguì mi gusto, à todo hice oìdos de Mercader; apelè para mi carne, que prompta (para mis vicios) en seguirla me desvanecì; tuve para executarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dexarlos firmeza. Tanto en ellos era natural, como estraño en las virtudes. Querer culpar à la naturaleza, no tendrè razon, pues no menos tuve habilidad para lo bueno, que inclinacion para lo malo, mia fue la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razon, siempre fue maestra de verdad, y de verguenza; nunca faltò en lo necessario, mas como se corrompe por el pecado, y los mios fueron tantos, yo produxe la causa de su efecto, siendo verdugo de mi mismo.



CAPITULO X.

COMO DESPEDIDO GUZMAN de Alfarache de la casa del Cardenàl, se acomodò con el Embaxador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia, que oyò à un Gentilhombre Napolitano, con que dà fin à la primera parte de su vida.

NO me puedo quexar de haverme Monseñor despedido de su casa, si como dixe (y fue verdad) tanta instancia hizo por bolverme à ella; mas como hervia la sangre, lo considerè bien mal. Quiero decir bien mal, de no considerar (mi mal) bien: andabame yageando, à la flor del berro, por las calles de Roma, y como tenia de mi prosperidad algunos amigos de mi profession, viendome desacomodado, me combidaban, aunque me costaba muy caro, que la comida en compañia del malo, dando el alimento al cuerpo, destruye con malos humores el alma: que mas me destruìan sus malos consejos, y costumbres, de que solo me ha quedado el arrepentimiento; porque lo vine à conocer, quando yà me hallè con el agua à la boca. Entranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido; son tan faciles de recibir, quanto dificultoso de dexar; y los amigos tales, son fuelles, encienden

la

la llama que comienza à arder, y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi racion, haviendome dicho el Mayordomo de mi amo, que fuesse, ò embiasse por ella cada dia, mas dexèlo de obstinado, y querìa mas la hambre con los malos, que la hartura de los buenos. Bien presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiesse, y por cuya confianza yo lo hice: cansaronse de darmelo muy presto; no solo no me lo dieron, mas por no darmelo, me aborrecieron. Esto de huespedes, tiene mysterio; siempre hallè en el que combida boca de miel, y manos de hiel. Con franqueza prometen, con avaricia dàn, con alegria combidan, y con tristeza comen. Los huespedes han de ser à deseo, ricos, y de passage, han de pisar poco la casa, calentar poco la silla, y assistir poco à la mesa, para no dàr hastìo: no te fies, creyendo ser hospedado liberal, y francamente, como suenan las palabras, que para mi es regla cierta de hospederìas, haverse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que todos los demàs de poco se empalagan, y enfadan; lo que mas tardares, has de ser odioso, y enojoso, y te querrian echar en el pan zarazas. Dame, pues, por ventura, si te combida un casado, y la muger es angosta de pechos, la hacienda suya, y un poco braba, ò si es madre, ò hermana: finalmente muger, que las mas de suyo son avarientas, como lo lloran, como lo sienten, como lo maldicen, aun à sì mismas con ello. El dia que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la agena pabos blandos: mis amigos, hartos de mi, no fue necessario que yo avergonzado los dexasse, pues ellos me desecharon, yendose acortando en el dàr, hasta sin rebozo venirlo à negar. Fueme forzoso buscar un arbol donde arrimarme, que me hiciesse sombra con la comida; vime tan apretado, que qual el hijo Prodigo, quisiera bolver à ser uno de los mercenarios dé la casa de Monseñor: fue mi desgracia tanta, que yà havia fallecido; yà yo estaba rendido, y me queria sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda, mas acudi tarde, que quien quando puede no quiere, bien es que quando quiera no pueda, y pierda por el mal querer, el bien poder. No distò mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses; y si los assistiera sin la mudanza que hice, quando mal, y peor libràra, me quedara como el que menos de sus criados, con una honrada racion para toda mi vida, y en ventura de alguna mejorìa, mas pues assi fue, sea Dios

loado. No podrè decir, que mi corta estrella lo causò, sino que mi larga desverguenza lo perdiò: las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: Hà señor, al fin havia de ser, y lo que ha de ser conviene que sea. Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser, ni conviene ser, tu lo haces que sea, y que convenga, libre alvedrìo te dieron con que te governases; la estrella no te fuerza, ni todo el Cielo junto con quantas tiene te puede forzar, tu te fuerzas à dexar lo bueno, y te esfuerzas en lo malo, siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades. Entrè à servir al Embaxador de Francia, con quien Monseñor (que està en gloria) tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis niñerias: mucho desaba servirse de mi, no se atreviò à recibirme, por la amistad que estaba de por medio: en resolucion allà me fui, haciame buen tratamiento, pero con diferente fin, que Monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el Embaxador al gusto de la suya, porque lo recibia de donayres que le decia, cuentos que le contaba, y à veces de recados que le llevaba de algunas damas à quien servia. No me señalò plaza, ni oficio, generalmente le servìa, y generalmente me pagaba; porque, ò èl me lo daba, ò en su presencia yo me lo tomaba, en buen donayre: y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truan chocarrero. Quando teniamos combidados (que nunca faltaban) à los de cumplimiento serviamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos, mas à otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venian, à los tales haciamos mil burlas; à unos dexandolos sin beber, que parecìa que los criabamos como melones de seçano; à otros dandoles à beber poco, y con tazas penadas; à otros muy aguado; y à otros caliente. Los manjares que gustaban, alzabamos el plato, serviamosles con salado, acedo, y mal sazonado, buscabamos invencion para que les hiciesse mal provecho, por aventarlos de casa. Una vez aconteciò, que como un Inglès huviesse dicho ser pariente del Embaxador, y tuviesse costumbre de venirsenos à casa cada dia, mi amo se enfadaba, porque (demàs de no ser su deudo) no tenìa calidades, ni sangre noble, y sobre todo era en su conversacion impertinente, y cansado. Hombres hay, que aporrean un alma con solo mirarlos, y otros que se meten en ella, dexandose querer, sin ser en las manos del uno, ni en el poder del otro, el odio, ni el amor, pero este parecia todo de plomo, mazo sordo. Una noche

al principio de cena, comenzò à desvanecerse con mil mentiras, de que el Embaxador se enfadò mucho, y no pudiendolo sufrir, me dixo en Español: (que el otro no entendia) Mucho me cansa este loco. No lo dixo à tonto, ni sordo, luego lo tomè à destajo: fuile sirviendo con picantes, que llamaban à gran priessa; era el vino suavissimo, la copa grande, iba menudeando, de polvillo, en polvillo, se levantò una polvareda de la maldicion: quando lo vi rendido, y à treinta con Rey, quitème una liga, y pusele una lazada floxa en la garganta del pie, atando el cabo con el de la silla, y levantados los manteles, quando se quiso ir à su posada, no tan presto se alzò del asiento, como estaba en el suelo, deshechas las muelas, y los dientes, y aun las narices; de manera, que buelto en sì al otro dia, y viendo su mal recado, de corrido no bolviò mas à casa. Bien me fue con este, porque sucediò como deseaba, mas no todos los lances salen ciertos, algunos hay que pican, y se llevan el cebo, dexando burlado al pescador, y el anzuelo vacìo, como me aconteciò con un Soldado Español, de mas de marca. O hi de puta traydor, y que madrigado, y redomado era; oye lo que con èl passò: Entròsenos en casa à medio dia, quando el Embaxador queria comer, y llegandose à èl, dixo ser un Soldado, natural de Cordova, Cavallero principal de ella, y que tenia necessidad; y assi le suplicaba le favoreciesse, haciendole merced. El Embaxador sacò un bolsico donde tenia unos escudos, y sin abrirle se le diò, por parecerle que seria lo que significaba: no contento con esto, detenìase contandole quien era, y las ocasiones en que se havia hallado: de lance en lance, como el Embaxador se fue à sentar à la mesa, èl hizo lo mismo, llegando una silla, se puso à un lado; yo iba por la vianda, y veo que otros dos gerifaltes como èl entraban por el corredor, y como le vieron comiendo, dixo el uno al otro: Voto à tal, que parece que el pecado nos ata los pies, que siempre este chocarrero nos gana por la mano, que su padre no se hartò de calzarme borceguies en Cordova, donde tiene su executoria en el techo de la Iglesia Mayor; esta es la desventura nuestra, que si passamos veinte Cavalleros à Italia, vienen cien infames qual este, à quererse igualar, haciendose de los Godos: como entienden que no los conocen, piensan que en engomandose el vigote, y arrojando quatro plumas, han alzado la nobleza, y valentia, siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas, ni vigotes, sino corazones, y hombres: vamonos, que yo le harè al marica

que

que desocupe nuestros quarteles, y busque rancho; fueronse, y quedè considerando quales eran todos tres, y como se honraban. Con los dos me indignè, pareciendome fanfarrones, y por su mal termino en hablar, infamando al que se deseaba honrar, sin agena costa, ni perjuicio, y con el huesped cobrè gran ira, por su demasiado atrevimiento; debierase contentar con lo que le havian dado, sin ser desvergonzado, poniendose à la tabla con semejante desemboltura: diòme deseo de burlarlo, y aprovechòme poco, pues pensando ir por lana, bolvì trasquilado, no saliendo con mi intento. Pidiòme de beber, hice que no lo entendia: señalòme con la mano, acerqueme junto à èl: bolviò tercera vez con una seña, bolvì los ojos à otra parte, mesurando el rostro; y viendo que, ò lo hacia de tonto, ù de bellaco, no me lo bolviò à pedir, antes dixo al Embaxador: No le parezca à vuestra Señorìa ser atrevimiento el haverme sentado à su tabla, sin ser combidado, por las muchas escusas, que tengo para ello.

Lo primero, la calidad de mi persona, y noble linage, merece toda merced, y cortesia. Lo segundo, ser Soldado, me hace digno de qualquier tabla de Principe, por haverlo conquistado mis obras, y profesion. Lo ultimo, que se junta con lo dicho, mi mucha necessidad, à quien todo es comun; la mesa de vuestra Señorìa se pone para remediar à semejantes, con que no es necessario esperar à ser combidados los que fueren Soldados de mis prendas: suplico à vuestra Señorìa se sirva mandar, que se me dè la bebida, que como soy Español no me han entendido, aunque la he pedido. Mi amo nos mandò darle de beber, y assi no pudo escusarse; pero juresela, que me la havia de pagar: traxele la bebida en un vaso pequeño, y penado, y el vino muy aguado, de manera, que le dexè casi con la misma sed. Mas como à los Españoles poco les basta para entretener, y sufrir mucho trabajo, con aquella gota passò como pudo hasta el fin de la comida, haviendonos todos los Pages conjurado de no mirarle à la cara en quanto comiesse, porque no bolviesse con señas à pedirlo, y nos obligasse à darlo: mas èl supo mucho, que quando satisfizo el estomago de viandas, y servian los postres, bolviò à decir: Con licencia de vuestra Señorìa voy à beber; y levantandose de la silla fuesse al aparador, y en el vaso mayor que hallò, echò vino, y agua, lo que le pareciò; y satisfecha la sed, quitandose la gorra, y haciendo una reverencia, saliò de la sala, y se fue sin hablar otra palabra. Quedò el Embaxador tan risueño de mis trazas, y admirado

do de la resolucion del hombre, que me dixo: Guzmanillo, este Soldado se parece à ti, y à tu tierra, donde todo se lleva con fieros, y poca verguenza.

En libertades de Españoles estabamos tratando sobre mesa, quando entrò por la puerta un Gentilhombre Napolitano, diciendo: Vengo à contar à vuestra Señoria el caso mas atròz, y de admiracion, que se ha visto en nuestros tiempos, que oy ha sucedido en Roma. El Embaxador pidiò se lo contasse, yo por oirlo entretuve la comida, lleguèle una silla, y sentandose, dixo assi:

En esta Ciudad residiò un Cavallero mancebo, de edad hasta veinte y un años, de noble sangre, y no mucha hacienda, tenia buen parecer, era virtuoso, habil, diestro, y de gran valor por sù persona: Enamoròse de una doncella dentro de Roma, y tendria de edad diez y siete años, en estremo hermosa, y honesta, ambos iguales en estado, y mas en voluntad, pues si el uno amaba, el otro ardia; èl se llamaba Dorido, y ella Clorinia: sus padres la criaban tan recogida, que no la permitian trato, ni conversacion de que pudiera resultarla daño, ni assomar à la ventana, sino acaso, y muy pocas veces; porque el excesso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos codiciada: sus padres, y un hermano que tenia andaban muy zelosos, por lo qual no podian los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que à Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponia por delante para mostrarse à Dorido todas las veces, que por la calle passaba, porque tenia pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con mas libertad (por ser casada) podia passar à ella; y como la huviesse dado cuenta de sus amores, quando passaba Dorido, la daba cierta seña, con que luego salia por verle; y assi recibia de su amante lo que con esta avaricia podia. Esto estuvo assi por algun tiempo, que otra cosa no havia mas, que mirarse de passada; pero Dorido impaciente, codicioso de mejorarse en los favores, buscò modo como con mas comodidad gozar de la dulce vista, yà que otro no le era permitido, fuè à hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Diòse tal maña, que no podia Valerio vivir sin Dorido, lo qual fue causa, que muchas veces le llevasse à su casa, haciendole señor de ella, donde à su placer contemplaba la hermosura de su dama. Iban con estos cebos tomando los amores fuerzas, declarandose mas las voluntades con los ojos: Clorinia, como menos fuerte, y por ventura mas encendida, se descubriò à una criada suya, llamada Scintila, la qual deseosa de servir à

su ama, fue à buscar à Dorido, y le dixo: Yà Dorido no es tiempo, que os escuseis de mi, pues no me es nuevo los amores, que passan entre vos, y mi señora, y para que veais que no os engaño, sabed que ella misma me los ha revelado, pidiendome ayuda en que os declare su pecho, y lo que os ama: y assi me diò esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto os la pongais en el brazo; bien creo estareis cierto, que viene de su mano, pues muchas veces se la visteis rebuelta en sus cabellos, de manera, que de oy en adelante podreis fiaros de mi, que deseo el serviros: Oyendo aquesto Dorido, quedò espantado, y mal contento, como aquel que siempre se havia recelado de ella, no teniendola por capàz de negocio de tanta confianza, temiendo no fuessen descubiertos sus amores: mas visto que no havia otro remedio, haviendolo hecho Clorinia, dissimulò su poca satisfaccion, y lo mejor que pudo la agradeciò la buena voluntad, y obras. Passados algunos dias, y creciendo el deseo en Dorido de hablar à boca à su señora, y no hallando medios para ello (amor que todo lo puede, y vence) acometiendo impossibles, le abriò camino, mostrandole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegada à la pared de la casa de Clorinia (que correspondìa por la calle publica) un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba à una ventana de la casa, y un poco mas abaxo de ella estaba un agujero, tapado con una piedra movediza, que se quitaba, y ponìa. Este solìa servir algunas veces à Clorinia de celosia, mirando por èl (sin ser vista) los que passaban por la calle: era bien conocido de Dorido, por las veces que por èl havia visto à su señora; pareciòle oportunidad favorable à su deseo, comunicòlo à Scintila, y rogandola que le favoreciesse, la dixo: Yà Scintila, que quiso mi dicha, que à nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dexarè de ponerme en vuestras manos, con seguridad, que pondreis en todo el cuidado, y que la voluntad de servir à vuestra señora, y hacerme merced os obligan: Sabed, que desde que à Clorinia di el alma, haciendola dueño verdadero de ella, y de mi vida, no tengo alcanzado otra cosa mas de haverme correspondido con la voluntad, significada por los ojos, por havernos faltado mejor comodidad. Quanto mas me ha sido defendido, mas ha crecido el deseo, que siempre la privacion engendra el apetito: ha me venido ahora un pensamiento, como con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Yà sabeis el agujero, que està debaxo de la

ventana, esse serà el lugar, y vos el instrumento de mi buena dicha. Direis à Clorinia (suplicandola por mi) corresponda à mi ruego, y quando lo rehusasse, podreis guiarla la voluntad, si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la obscuridad nos ayuda, que yà despues de su gente sossegada se sirva de hablarme por èl, que otra cosa no la pido, ni pretendo. A Scintila pareciò cosa facil, y sin riesgo, diòle buena esperanza, prometiendole su solicitud hasta ponerlo en efecto; assi lo cumpliò, y señalò la hora en que podia ir; advirtiendole de cierta señal, que haria desde la ventana. Dorido, venida la noche, disfrazado el vestido, fuese al determinado lugar, donde estuvo esperando; llegada la ocasion, quando todos los de casa estaban sossegados, Scintila se fue à la ventana, y la abriò con achaque de verter un poco de agua; lo qual visto por Dorido, que yà estaba encima de la pared, y haviendo conocido à Scintila, dixo: Aquì estoy, ella le dixo que esperasse, y cerrando la ventana, se entrò dentro. Dorido quedò saltandole el corazon en el pecho, que parecia querer salir de èl, reventando con el deseo, cuidadoso de pensar, què palabras la podria decir: à todo acudia con el pensamiento, y con los ojos à mirar por el agujero, lo que la mal encaxada piedra permitia. Yà veia como Clorinia hablaba con Scintila, yà con sus padres, yà como se levantaba de donde estaba, y passaba à otra parte, hasta que (sus padres acostados) la viò venir al puesto, y llegar tan turbada de verguenza, que intentaba bolverse, mas como la esforzasse Scintila, se llegò. Luego que se vieron juntos, tanto se turbò Dorido, que aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirla, quedò mudo, y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura, quien al uno, ni al otro diesse aliento para pronunciar palabra: mal, ò bien, poco à poco, quando huvieron cobrado calor las lenguas eladas, formaron de ambas partes algunas con que se saludaron. Dorido la pidiò la mano, y ella se la diò de buena gana, no pudo mas que besarsela, trayendola por todo su rostro, sin alexarla un punto de su boca. Despues èl alargò la suya, alcanzando à tentar el rostro de su dama, sin poder gozar otra cosa, ni el lugar era mas dispuesto. En esto se entretuvieron un gran rato: en quanto las manos hablaban, ellos callaban, que lo uno impedia lo otro; y como Scintila les daba priessa, por el temor de no ser descubiertos, Dorido, con muchos encarecimientos, pidiò à Clorinia, que la noche siguiente, à la misma hora, y en el mismo lugar, pudiesse gozar de aquel regalo: ella se lo prometiò,

tiò, y asi se despidieron, cada uno lleno de contento, y èl mucho mas, que no le cabìa en todo el cuerpo; y con el deseo que passasse presto aquella noche, y el siguiente dia, se fue à su casa, donde no podìa reposar, en levantandose buscaba en què acostarse, y como allì no sossegaba, con inquietud, y deseo se passeaba, no hallando descanso en cosa alguna. De esta manera padeciò hasta la siguiente noche, y punto señalado, que con ampolleta estaba midiendo el tiempo, haciendosele todo perezoso. Fuese à su puesto, esperando que le diessen la seña, metiòse en el hueco de una puerta antigua, que estaba en el paredòn, muy cerca de la ventana, y estando para subir al agujero, viò que passaron dos galanes, de dos damas de la misma calle, los quales anduvieron por ella dando bueltas, esperando que se desocupasse, por gozar de otra semejante ocasion; eran grandes amigos de Dorido, y sabìan que andaba enamorado de Clorinia: conocieronse bien los unos à los otros, mas como en sus amores andaba tan recatado, no queria descubrirse, por la sospecha que pudiera dàr de lo que no havia; y asi, en quanto ellos se estuvieron passeando, no se atreviò à subir en el paredòn, por no ser visto, que aunque la noche fuera mas obscura, se dexàra muy bien reconocer el bulto por los que allì andaban, aunque por los que passaran de largo no se advirtiera tanto; y asi, porque no le conociessen, (yendose de allì) se puso mas lexos, esperando que se fueran, ò entretuviessen en sus paradas, para bolver à la suya; mas como viò que tardaban, y llegasse la hora, pareciòle, que si su dama venia, y no le hallaba allì, ignorando la causa, se lo tuviera por descuido, y poco amor; esto llegò con la colera à tal desesperacion, que estuvo determinado de acometerles, dandoles caza, si le aguardàran, y si se defendieran, matarlos: pudieralo bien hacer, asi por su mucho esfuerzo, como porque iba bien apercibido; demàs, que la ira en que ardia le ayudarìa, que semejante corage acrecienta las fuerzas, y mas que los cogerìa descuidados; pero considerando, no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos, se estuvo sossegado, mordiendose los labios, torciendose las manos, mirando al Cielo, dando pisadas en la tierra como un loco: Viendo, pues, que el tiempo era passado, se fue tan disgustado, quanto alegre la noche passada. Luego al siguiente dia estos dos hombres fueron en busca de Dorido, y le dixeron: Yà señor sabeis, que somos vuestros amigos, y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta; y lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, dicien-

ciendoos la verdad, que se os preguntare, y fuere licito. Ayer à quatro horas andadas despues de anochecido, passeando por nuestra calle, que asi la podèmos llamar, pues en ella tenèmos cada qual de nosotros el alma, buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando, siguiendonos los passos, sin perdernos de vista un solo credo. Tuvimos deseo de reconocer quien fuerà; y lo dexamos de hacer por no causar algun escandalo: no pudimos aun sospechar quien fuesse, hasta despues de estàr certificados (por lo que sucediò) ser vos; y fuè, que haviendonos parado cerca de la ventana de vuestra dama, la sentimos abrir, y ponerse à ella Scintila, que viendo los bultos, y no conociendo, dixo: Dorido por què no subis? Quando aquello la oìmos, con una impertinente curiosidad (fiados de vuestra amistad) la respondìmos: Por donde? A esta palabra, sin replicar otra alguna, cerrando la ventana se entrò dentro: de donde sospechamos debiades de haver hecho algun concierto, y por no impedirlo nos fuimos de alli luego, y en vuestra busca, mas no parecisteis; y asi no podimos deciros hasta aora lo passado. Mas porque deseamos serviros, y que (conservando nuestra amistad) nuestras pretensiones vayan adelante, cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche: nosotros tomarèmos de la media hasta el dia, si lo quereis al trocado, sea como gustaredes, que à nosotros todo nos viene à ser una cuenta. Dorido quisiera disimular con ellos, mas hallandose atajado con razones, no pudo, y asi escogiò la prima, que le ofrecieron, y con esta llaneza prosiguiò la noche tercera su visita, bien falto de esperanza de hacerla, y que ella bolviesse allì, por el sucesso passado. Mas como Clorinia amaba, nada se le ponia por delante, que con mucho cuidado solicitaba, si bolverìa su galàn, por alegrarse con su vista, y saber què impedimento le huviera hecho faltar la noche passada. En tanto que sus padres estaban cenando, levantandose de la mesa, fue al agujero: podìalo hacer con seguridad, porque la chimenea, junto à la qual cenaban, estaba la una puerta de la sala, que era grande, y la ventana del agujero à la otra, cerca del rincon de ella, y en medio havia ciertos embarazos, que impedìan la vista de la una parte à la otra: sus padres estaban de manera, que facilmente pudiera llegar, y hablar baxo, sin ser sentida de alguno; verdad es que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder, para quitarse presto. Ella llegò à tan buen tiempo, que yà Dorido la estaba esperando, porque desde la calle le pareciò sentir pasos en la sala: fue cierta se-

señal para èl, que serìan de su dama, subiò presto à verlo, y como era la segunda vez, que se veìan, yà no tuvieron el empacho que primero: Hablaronse con mas ossadìa lo que les diò lugar el tiempo (que fue aquella noche breve, y como hurtado) despidieronse con grandes ternezas, dexando concertado, que en quanto la Luna les diesse lugar con la menguante, gozassen ellos de su creciente, hasta que otro mejor medio se hallasse.

En este tiempo un mancebo, muy gran amigo de Dorido, que llamaban Oracio, se enamorò de Clorinia, serviala, no obstante que entendìa ser prenda de su amigo; pero juntamente sabìa, que no trataba de casarse con ella, y èl sì; confiandose de su grande amistad, en la justa peticion, y causa honesta, le pidiò muy encarecidamente desistiesse de los amores de Clorinia, y le diesse lugar, pues el fin de ambos era tan diferente. Valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras, y ruego licito de Oracio, y assi le respondiò ser muy contento, prometiendole, si su señora de ello gustasse, desembarazarìa el puesto, dexandole desocupada la plaza, sin contradicion alguna, y viviesse seguro, que no le serìa competidor, para lo qual harìa dos cosas: la una desengañar à Clorinia, diciendola, como por cierto voto, èl no podia ser casado con ella; y la otra, que para poderla olvidar, procurarìa amar en otra parte; pero que por la grande amistad, que con Valerio tenia, no podia dexar de visitarla, y de ello podria resultarle algun provecho, y de ninguna manera daño, pues entendìa favorecerle en las ocasiones que se ofreciessen.

Quedò con esto Oracio contento, satisfecho, y muy agradecido à Dorido, no considerando, que haviendolo dexado à la eleccion de Clorinia, hasta saber su voluntad, havia poco negociado; y el haver hecho Dorido la oferta, fue confiado, que hablar à Clorinia en ello, fuera sacarle el corazon. Con estas varias confianzas Oracio pidiò à Dorido hablasse por èl, y assi se lo prometiò, por conservar su amistad, no dando nota, ni escandalo en sus amores: como se lo ofreciò lo hizo; que viendose con su dama, la relatò una grande arenga de todo lo passado, diciendola, que si su voluntad era amar à Oracio, que nunca Dios permitiera, que èl impidiera su honrado intento; mas à lo menos, quando no le quisiesse, tenia obligacion de agradecerle la voluntad, no mostrandosele aspera, y si passasse por la calle, no oirle, que le hiciesse rostro alegre, aunque fuesse fingido. A esto respondiò Clorinia con enojo, diciendo: Que no la mandasse tal, ni hablasse mas en ello, porque quando por este fin

él la dexasse, antes gustaria de ser aborrecida, que ofenderle, y ofenderse, poniendo su amor en otra parte, que èl havia sido el primero, y serà el ultimo en su vida, la qual desde luego le sacrificaba, para que no siendo caso de mandarla, que le olvidasse, dispusiesse de todo lo restante de su voluntad. No dexaba Dorido de recibir contento, por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores, y la seguridad con que le amaba, y asi no se lo bolviò à tratar, antes prosiguiò sus visitas de dia, y de noche, haviendo primero desengañado à Oracio de lo passado. El no quiso creerlo, entristeciòse grandemente de oìrlo, y con todo esso, no dexaba de servirla, mas nunca la hallò dispuesta en hacerle algun favor, antes aspera, y rigurosa, de donde resultò, que viendose despreciado, y à Dorido preferido, el furor irritò la paciencia, encendiendose de tal manera en una ira infernal, que el amor que la tenia trocò en aborrecimiento; y asi como, por lo passado, siempre deseò servirla, de allì adelante se desvelaba, buscando su daño, poniendo en ello todo su estudio, y diligencia; de tal manera, que como huviesse algunas veces acechado à Dorido, y supiera la hora, lugar, y modo como subìa por el paredòn, y se hablaban, una noche se anticipò à la venida del verdadero amante; y fingiendo ser èl, subiò al puesto, è hizo un pequeño ruìdo con la piedra, que estaba en el agujero, segun lo havia visto hacer algunas veces: pues como Clorinia sintiò la seña, y sin considerar el tiempo, que era muy anticipado, acudiò al reclamo luego (quitando la piedra) recibiò con dulces palabras al fingido amador, que estaba callando, lo qual incitò mas à Oracio en su traycion; y metiendo la mano por el agujero, asyò de la de Clorinia, y se la sacò afuera, fingiendo querersela besar, asi se la tuvo apretada, con la suya izquierda, y con la derecha (sacando un afilado cuchillo que llevaba) sin mucha dificultad, y con suma impiedad se la cortò, y llevò consigo, dexando à la triste doncella en el suelo amortecida; porque el dolor, que se havia de desfogar con voces, y quexas, refrenòlo, haciendo fuerzas à la flaqueza femenil, encerròse en el cos razon, y ofendiendo los espiritus vitales, quedò casi muerta. Allì acabàra, sin duda, si brevemente no acudieran, que como la hallassen menos, y llamandola no respondiesse à sus padres, alborotados de ello salieron à buscarla, y la hallaron desangrandose en el suelojunto à el agujero, que quedò abierto, y viendole ensangrentado, diò indicios de la causa de su muerte, que tal vez se juzgaba, pues en ella no havia señal de vida. Viendo los afligi-

dos padres el cruel expectaculo triste, y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor, cayeron como muertos junto à la desventurada hija, no menos desalentados, que ella estaba; mas bolviendo luego en sì, con las mayores lastimas, que nunca se oyeron, comenzaron à lamentar su mucha desventura, y lastimoso caso; pero en medio del excessivo dolor, consideraron yà que la vida de la hija se perdia, que tambien perdian la honra, y no ser licito aventurarlo todo junto. Pareciòles ocultar el sucesso, refrenando los suspiros, y gemidos; assi se sossegò la casa, y llevando à Clorinia, con los muchos beneficios que la hicieron, la bolvieron algo en sì; la qual viendose en medio de sus padres llorosos, y de aquella manera, la causò tanto dolor, que acrecentandose la verguenza, de nuevo se desmayò. Viendo esto, creciò su dolor de manera, que se les arrancaban las almas; y con las palabras mas tiernas que podian, regaladamente procuraban consolarla, diciendola dulces amores, como padres que tanto la querian, para curarla con ellas la herida del ànimo, que era lo que mas ella sentìa. Con esto la afligida Clorinia se alentò algun tanto, y llorando su mal, que hasta entonces no havia podido, movia las piedras à sentimiento. Luego trataron con gran secreto de curarla. Valerio su hermano fue à llamar un Cirujano amigo suyo, de quien podia secretamente fiarse. La noche hacia muy obscura, llevaba una linterna, con la qual al atravesar una calle reconociò à Dorido, que muy descuidado venia, para verse con su dama, ignorante de todo lo passado; comenzòle à llamar con voz dolorosa, y triste, y como bolviesse, le dixo: Ay amigo verdadero! donde vais? Vais por ventura à llorar con nosotros nuestra desgracia, y el tragico dolor que nos acaba las vidas? Haveis visto, ò sentido desventura como la nuestra, y de la desdichada Clorinia? Hay! que à vos que sois amigo verdadero no se podrà encubrir, lo que à todo el mundo havèmos de negar, porque sè que havèmos de tener en vos compañero en nuestro duelo; y que como nosotros mismos hareis diligencia en la venganza, procurando saber quien sea el cruel homicida de mi hermana. Dorido quedò sin sentido de oìr estas palabras, y fue maravilla poderse tener en piè, segun le hirieron el corazon; pero cobrandose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntò lo que havia sido. Valerio le dixo por orden lo passado, y como iba à llamar un Cirujano: rogòle se fuesse con èl, pues corria peligro con la tardanza la vida de Clorinia. Dorido le acompañò, aun-

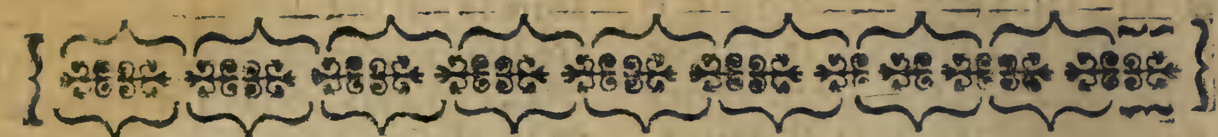
aunque havia mas menester ser consolado, que dàr consuelo, todavia lo menos mal que pudo, dixo assi: Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lastimas, y de la desdichada Clorinia, que no menos que à vos pueden darme el pesame de su desdicha: de tal manera lo siento, que estoy seguro, y cierto, que no me haceis ventaja; empero viendo quan poco el dolor aprovecha, ni el llanto importa, no acudo à mas que aconsejaros en lo que se debe hacer; y os digo, que se busque al traydor, que tal maldad ha hecho, para que en èl se execute la mayor venganza, que nunca se hizo. Yo me encargo de ello, que para esta diligencia bien creo serè bastante à salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Id vos por el Cirujano, que no es bien (donde à tanto se ha de acudir) que todos assistamos à una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa, cada uno haga la suya: Idos con Dios, que no me sufre la paciencia detenerme un punto: con esto se apartaron. A Dorido se le assentò en el animo, que otro que Oracio no pudo haver sido autor de tal maldad, por muchas razones que concurrieron, que cada qual era manifiesto indicio de ello; y assi determinò hacer en èl un castigo, igual à lo que su justo enojo le pedia. Con esta determinacion se fue à su casa, y entrando en su aposento, soltò las riendas al llanto, lamentando el aspero desastre: Clorinia (decia) de mis ojos, bien veo el mal, que por mi te ha venido; yo fuì la causa de ello; engañòte el traydor Oracio; pensaste que era tu querido Dorido. Hay desdichada señora de mi vida; yo te traxe à este passo tan amargo; yo te he muerto, pues te inquietè de tu reposo, y te saquè de tu recogimiento: Hay maldito agujero! Hay malditos ojos que te vieron! Hay maldita lengua con que pedì me hablasses! Amada Clorinia! Clorinia, vida mia, yà no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrà la mia; yo te hice este mal, mas viva yo hasta que te vengue; y vive tu hasta que sepas la venganza del traydor, que serà tan exemplar, como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros. Yo prometo sacrificar à tus cenizas la impia sangre del traydor Oracio, por una mano que te quitò, darà dos suyas: una cortò inocente, dos le cortarè sacrilegas. Dete tanta vida el Cielo, que lo alcance, y dexe gozar el galardon, que por ello te debo. Y tu (dulce Clorinia) perdona la culpa que tengo, que si fuesse tu gusto mi muerte, con mis manos te la huviera dado: con estas, y otras lastimosas palabras lamentaba el caso, digno de eternas lagrimas; y el dolor le acabàra, segun le apretaba, mas ibase sustentando con el deseo de la ven-

ganza, y asſi (entre muerte, y vida) paſsò aquella noche: luego al ſiguiente dia los fue à viſitar. Los padres, y hermano de nuevo renovaron las lagrimas, abrazandoſe los unos à los otros; y el padre dixo: Què deſdicha tan grande, hijo Dorido, hà ſido la nueſtra? Què rigor de Cielos, contra mi ſe conjuraron? Què furia infernal intentò ſemejante delito? Què os parece de nueſtra deſgracia? Còmo ſentis nueſtra honra? Què capa cubrirà mancha tan fea? Y què venganza podrà mitigar dolor ſemejante? Decidnos, què conſuelo ſerà el nueſtro? Còmo podrèmos vivir ſin la que nos daba vida? Dorido no pudiendo reſiſtir las lagrimas, conſolando à los afligidos padres, y hermano, dixo: No es tiempo, ſeñores, de gaſtarlo lamentando, antes debèmos ocuparlo en lo que mas à todos nos es importante; y aunque para lo que quiero proponer fuera neceſſario no ſer yo miſmo, la ocaſion, y ſecreto, me obligan que lo haga. Bien conoceis, y haveis viſto la general deſdicha ſucedida, tan vueſtra, como mia, y mas mia, que vueſtra. Por ſentir vueſtro dolor, juntamente con el mio; veo cortado el hilo de mi vida, que ſolo eſpero la muerte tan amarga, quanto creì fuera dichoſa, ſi la acabàra primero que Clorinia. Yà ſabeis quien ſoy, y sè yo vueſtro mucho valor, y calidad, que quando al mio no ſobrepujàra, lo hiciera la ſingular amiſtad, que me haveis tenido, poniendome en obligacion eterna. Eſte caſo es proprio mio, y para que aſsi lo entienda el mundo, lo que deſpues por otro tercero havia de ſuplicaros, quiero pediros por merced me deis à mi Clorinia por eſpoſa, y con eſto hareis dos coſas, reſcatais vueſtras honras, y executais con mano propria la venganza. Si el Cielo me fuere tan favorable, que la conceda vida, conmigo quedarà, no como merece ſu calidad, mas como ſe debe à mi deſeo de ſervirla: y ſi otra coſa ſucediere, bien es que ſe ſepa, que hizo ſu eſpoſo lo que eſtuvo obligado, y no Dorido, amigo de ſus padres: concededme eſte bien, por lo bien que à todos podria reſultar de ello. A los padres, y hermano pareciò juſta, y honrada peticion, agradecieronſelo mucho, mas porque quien mas en ello havia de ſer parte era Clorinia, quiſieron tomar ſu parecer, la qual quando ſe lo dixeron, la ſalieron las lagrimas de gozo, y dixo: Con ſola eſta eſpero tener vida, y ſi mas caro me coſtàra, la comprava barato, confio en Dios de vivir alegre, y morir conſolada; y aſsi ſuplico ſe haga, como mi eſpoſo Dorido lo pide. Luego le llamaron, y viendoſe juntos, en mucho rato no pudieron hablarſe, con lo que las almas de los dos ſentian; y aſsi ſe juntaron,

taron, quedando concertado el matrimonio, y hechas en èl con todo secreto las diligencias que convino, entretanto que pudieran ser desposados. En esto passaron tres dias, y del contento parecia tener Clorinia alguna mejoria, mas era fingida, porque con la mucha sangre que la havia salido, poco à poco se acababa. Viendo Dorido ser impossible escapar su esposa con la vida, porque muriesse de todo punto alegre, y satisfecha (si tal puede haver en la muerte) al quarto dia, pareciendole tiempo conveniente à lo que tenìa trazado, para el quinto combidò à Oració, como hacia otras veces, el qual, confiado en el secreto con que cometiò el delito, y que ni en la Ciudad, ni vecindad se hallaba, ni entendia palabra, paseabase muy seguro, como si tal no huviera hecho, y assi no se recelaba. Dorido para mas desvelarlo, fingiò no saber alguna cosa, mostròle el rostro alegre, la boca risueña, que assegurado tambien con esto, aceptò el combite. Havia hecho Dorido confeccionar un vino, que causaba profundo sueño siendo bevido, el qual secretamente mandò, que le sirviessen à la mesa: hizose assi, y haviendo comido, con el postrer bocado se quedò en la silla como un muerto. Luego Dorido, atandole los pies, y brazos fuertemente à los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa, y ellos dos en ella solos, le diò à oler una poma, con que luego recordò del sueño en que estaba sepultado; y viendose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conociò ser castigo de su culpa. Dorido le cortò ambas manos, y en el canto de la silla le diò garrote, con que lo dexò ahogado; y esta madrugada lo traxo antes de amanecer delante de sì en la silla de un cavallo, y poniendo un palo en el agujero donde cometiò el delito, lo dexò ahorcado de èl, y con una cinta las dos manos atadas al cuello. Con esto se ausentò de Roma, pareciendole que sin su Clorinia, patria, ni vida, pudieran consolarlo. Oy que amaneciò este expectaculo, ha fallecido Clorinia, y en este punto acaba de espirar.

Al Embaxador causò gran lastima, y admiracion el caso, era hora de ir à Palacio, y despidieronse; yo di mil gracias à Dios, que no me hizo enamorado, pero si no juguè à los dados, hice otros peores baratos, como veràs en la segunda parte de mi vida, para donde (si la primera te diò gusto) te combido.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



LIBRO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA VIDA, Y HECHOS DE GUZMAN DE ALFARACHE, DONDE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ DESDE QUE SIRVIÒ AL EMBAXADOR SU SEÑOR, HASTA QUE SALIÒ DE ROMA.

CAPITULO PRIMERO.

GUZMAN DE ALFARACHE DISCULPA EL PROCESSO de ſu diſcurſo, pide atencion, y dà noticia de ſu intento.



OMIDO, y repoſado has en la Venta; levantate amigo, ſi en eſta jornada guſtas de que te ſirva, yendo en tu compañìa, que aunque nos queda otra para cuyo dichoſo fin voy caminando por eſtos pedrejales, y malezas, bien creo que ſe te harà facil el viage, con la cierta promeſſa de llevarte à tu deſeo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues à deſcomedimiento tratarte de eſta manera, falto de aquel reſpeto debido à quien eres: conſidera, que lo que digo, no es para tì, antes para que lo reprehendas à otros, que como yo lo avràn meneſter. Hablando voy à ciegas, y diraſme muy bien, que eſtoy muy cerca de hablar à tontas, pues arrojo la piedra ſin ſaber à donde podrà dàr, y dirète à eſto lo que decia un loco, que arrojaba cantos; quando alguno tiraba daba voces, diciendo: Guarda aho, todos me la deben, dè donde diere. Aunque tambien te digo, que como tengo las hechas, tengo las ſoſ-

ſoſpechas. A mi me parece, que ſon todos los hombres como yo, flacos, faciles, con paſsiones naturales, y aun eſtrañas, que con mal ſeria, ſi todos los coſtales fueſſen tales, mas como ſoy malo, nada juzgo por bueno, tal es mi deſventura: y de ſemejantes, convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato, y ſobaxo con el penſamiento la freſca roſa. Bien me huviera ſido en alguna manera, no paſſar con eſte mi diſcurſo adelante, pues demàs que tuviera eſcuſado el ſerte moleſto, no me fuera neceſſario pedirte perdon, para ganarte la boca, y conſeguir lo que mas aqui pretendo; que aunque muchos, y quizà todos, los que comieron la manzana, lo juzgaràn por impertinente, y ſuperfluo, empero no es poſsible: porque aunque tan malo, qual tienes de mi formada idea, no puedo perſuadirme que ſea cierta, pues ninguno ſe juzga, como le juzgan; yo pienſo de mi, lo que tu de ti, cada uno eſtima ſu trato por el mejor, ſu vida por la mas corregida, ſu cauſa por juſta, ſu honra por la mayor, y ſus elecciones por mas bien acertadas. Hice mi cuenta con el almohada, pareciendome, como es verdad, que ſiempre la prudente conſideracion engendra dichoſos acaecimientos; y de acelerarſe las coſas, nacieron ſuceſſos infelices, y varios, de que vino à reſultar el triſte arrepentimiento, porque dado un inconveniente, ſe ſiguen de èl infinitos. Aſsi, para que los fines no ſe yerren, como caſi ſiempre ſucede, conviene hacer fiel examen de los principios, que hallados, y elegidos, eſtà hecha la mitad principal de la obra, y dàn de sì un reſplandor, que nos deſcubre de muy lexos, con indicios naturales lo por venir. Y aunque de ſuyo ſon en ſuſtancia pequeños, en virtud ſon muy grandes, y eſtàn diſpueſtos à mucho; por lo qual ſe deben dificultar quando ſe intentan, procurando todo buen conſejo; mas yà reſueltos una vez por acto de prudencia, ſe juzga el ſeguirlos con oſſadia, y tanto mayor, quanto fuere mas noble lo que ſe pretende con ellos. Y es imperfeccion, y aun liviandad notable, comenzar las coſas para no fenecerlas; en eſpecial ſino las impiden ſubditos, y mas graves caſos, pues en ſu fin conſiſte nueſtra gloria: La mia (yà te dixe) que ſolo era de tu aprovechamiento; de tal manera, que puedas con guſto, y ſeguridad paſſar por el peligroſo golfo del mar que navegas. Yo aqui recibo los palos, y tu los conſejos en ellos: mia es la hambre, y para ti la induſtria para que no la padezcas. Yo ſufro las afrentas de que nacen tus honras; y pues has oìdo decir, que aqueſe te hizo rico, que te hizo el pico, haz por imitar al diſcreto yerno, que ſabe con blandura grangear

del duro ſuegro, que le pague la caſa, le dè meſa, y cama, y dineros, y eſpoſa con quien ſe regale: abuelos (que como eſclavos, y truhanes) crien, ſirvan, y entregan à ſus hijos. Yà tengo los pies en la barca, no puedo bolver à tràs, echada eſtà la ſuerte, prometido tengo, y (como deuda) debo cumplirte la promeſſa en ſeguir lo comenzado. El ſugeto es humilde, y baxo; el principio fue pequeño; lo que pienſo tratar, ſi como buey lo rumias, bolviendolo à paſſar del eſtomago à la boca, podria ſer importante, grave, y grande. Harè lo que pudiere, ſatisfaciendo al deſeo, que huviera ſervido de poco alborotar tu ſoſſiego, haviendote dicho parte de mi vida, dexando lo reſtante de ella. Muchos creo que diràn, ò yà lo han dicho, mas valiera que ni Dios te la diera, ni aſsi nos la contàras, porque ſiendo notablemente mala, y diſtraìda, fuera para tì mejor callarla, y para los otros no ſaberla. Lexos vàs de la verdad, no aciertas con la razon en lo que dices, ni creo ſer ſano el fin que te mueve: antes me cauſa ſoſpecha, que como te tocan en el ay, y aun con ſolo el amagarte, ſin que te lleguen, te laſtiman, que no ay quando al diſciplinante le duela, y ſienta mas la llaga, que ſe hizo èl propio, que quando ſe la curan otros. O te digo verdades, ò mentiras: Mentiras no, y à Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinacion, que holgàras de oìrlas, y aun hicieras eſpuma con el freno, digo verdades, y hacenſete amargas. Picaſte de ellas, porque te pican, ſi te ſintieras con ſalud, y à tu vecino enfermo; ſi diera el rayo en càs de Ana Diez, mejor lo llevàras, todo fuera ſabroſo, y yo de tì muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguila, yo buſcarè hojas de higuera contra tus bachillerìas, no te me ſaldràs por eſta vez de las manos. Digo, ſi quieres oìrlo, que aqueſta confeſsion generàl que hago, eſte alarde publico, que de mis coſas te repreſento, no es para que me imites, antes para que (ſabidas) corrijas las tuyas en tì: ſi me vès caìdo por mal reglado, haz de manera, que aborrezcas lo que me derribò, no pongas el piè donde me viſte reſvalar, y ſirvate de aviſo el tropezon que dì, que hombre mortal eres como yo, y por ventura no mas fuerte, ni de mayor maña. Dà buelta por tì, recorre à eſpacio, y con cuidado la caſa de tu alma, mira ſi tienes hechos muladares en lo mejor de ella, y no eſpulgues, que en caſa de tu vecino ay una pluma de paxaro à la ſubida de la eſcalera. Yà diràs que te predico, y que qual es el necio, que ſe cura con Medico enfermo, pues quien para sì no alcanza la ſalud, menos la podrà dàr à los otros. Què condito cordial puede haver en el colmillo de la vivora, ò

en la punta de un alacràn? Què nos podrà decir un malo, que no sea malo? No te niego que lo soy, mas aconteceràme contigo lo que al diestro trinchante à la mesa de su amo, que corta curiosamente la pechuga, el alòn, ò la pierna del ave, y guardando respeto à las calidades de los combidados à quien sirve, à todos hace plato, à todos procura contentar, todos comen, todos quedan satisfechos, y èl solo sale cansado, y hambriento. A mi costa, y con trabajos descubro los peligros, y sirtes, para que no embistas, y te despedaces, ni encalles adonde te falte remedio à la salida. No es el rejalgar tan sin provecho, que dexe de hacerlo en algo, dineros vale, y en la tienda se vende; si es malo para comido, aplicado serà bueno. Y pues con èl emponzoñan sabandijas dañosas, porque son perjudiciales, triaca serìa mi exemplo para la Republica, si se atosigassen estos animalazos fieros, aunque caseros, y al parecer domesticos (que aqueso es lo peor que tienen) pues figurandosenos humanos, y compassivos, nos fiamos de ellos: fingen que lloran de nuestras miserias, y despedazan cruelmente nuestras carnes con tyranias, injusticias, y fuerzas. O si valiesse algo para poder consumir otro genero de fieras! Estos que lo miran, y estos que descansados, andan ventoleros, desempedrando calles, traginando el mundo, vagabundos, de tierra en tierras, de barrio en barrios, de casa en casas, hechos espuma hollas, no siendo en parte alguna de algun provecho, ni sirviendo de mas, que como los harrieros en la alhondiga de Sevilla, de meter carga para sacar carga, llevando, y trayendo mentiras, y nuevas, parlando chismes, levantando testimonios, poniendo dissensiones, quitando las honras, infamando buenos, persiguiendo justos, robando haciendas, matando, y martyrizando inocentes. Hermosamente parecieran, si todos perecieran! Que no tiene Bruselas tapiceria tan fina, que tanto adorne, ni tambien parezca en la casa del Principe, como la que cuelgan los verdugos por los caminos. Premios, y penas conviene que aya, si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedàran por locos los Escritores: para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos, y la horca para los malos. Y aunque conozco ser el vicio tan poderoso, por nacer de un deseo de libertad, sin reconocimiento de superior humano, ni divino; què temo, si mis trabajos, escritos, y desventuras padecidas, tendràn alguna fuerza para enfrenar las tuyas, produciendo el fruto que deseo, pues viene à ser vano, y sin provecho el trabajo, que se toma por algun respeto, sino se consigue lo que con èl se pretende:

de: Mas como ni el Retorico siempre persuade, ni el Medico sana, ni el Marinero aporta en salvamento, avrème de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, dandote buenos consejos, y sirviendote de luz, como el pedernal herido, que la sacan de èl para encenderla en otra parte, quedandose sin ella. De la misma forma el malo, pierde la vida, recibe los castigos, padece afrentas, dexando à los que lo vèn exemplo en ellas.

Quiero bolverme al camino, que se me representa en este lugar lo que à los Labradores, y aun à los muy labrados Cortesanos, quando passan por la Roperìa, si acaso alzan los ojos à mirar, que luego se arriman à ellos, unos les tiran, y otros estiran: alli los llevan, y acullà los llaman, y no saben con quales ir seguramente; porque pareciendoles, que todos engañan, y mienten, de ninguno se fian, y andan muy cuerdos en ello: yo sè muy bien el porquè, y lo que venden lo dicen à voces. Aora bien, demosles lado, dexèmosles passar, siquiera por las amistades que un tiempo me hicieron, en comprarme prendas, que nunca comprè, dandome dineros à buena cuenta de lo que les havia de vender, y enseñandome à hacer de la noche à la mañana ropillas de capas, vendiendo los retazos para echar soletas; ò lo que suele suceder al descuidado caminante, que sin saber el camino, saliò sin preguntarlo en la posada, y quando tiene andada media legua, suele hallarse al piè de una Cruz, que divide tres, ò quatro sendas à diferentes partes, y empinandose sobre los estrivos, torciendo el cuerpo, buelve la cabeza, mirando quien le podrà decir por donde ha de caminar: mas no viendo à quien le adiestre, hace consideracion cosmografa, eligiendo à poco mas, ò menos, la que parece ir mas derecha àzia la parte donde camina. Veo presentes tantos, y tan varios gustos, estirando de mi todos, queriendome llevar à su tienda cada uno; y sabe Dios por què, y para què lo hacen. Pide aqueste dulce, aquel acedo, uno hace freir las aceytunas, otro no quiere sal, ni aun en el huevo; y haviendo quien guste de comer los pies de la perdiz tostados al humo de la vela, no falta quien dice, que no criò Dios legumbre como el rabano. Assi lo vimos en cierto Ministro papelista, por excelencia malquisto, y mentiroso, aunque sobre todo avariento, el qual como se mudasse de una posada en otra, despues de llevada la ropa, y trastos de casa, se quedò solo en ella, rebuscandolà, y quitando los clavos de las paredes. Acertò à entrar en la cocina donde hallò en el ala de la chimenea quatro rabanos añejos, que como tales los dexaron perdidos, y sin provecho.

cho. Juntòlos, y atòlos, y con mucho cuidado los llevò à ſu muger, y con cara de herrero la dixo: Aſsi ſe debe de ganar la hacienda, pues aſsi ſe dexa perder, como no lo truxiſtes en dote, de todo ſe os dà nada; veis eſta perdicion? Guarda eſſos rabanos, que dineros coſtaron, y bolvedlos à echar à mal, perdida, que yo lo ſoy harto mas en conſentir, que por junto ſe trayga un manojo à caſa. La muger los guardò, y aquella noche (por no tenerla negra con pendencia) los hizo ſervir à la meſa, y comiendolos el marido, dixo: Aora por Dios, hermana, que ſobre todos los guſtos tiene lugar principal el de los rabanos añejos, que quanto mas lacios, mejor ſaben, ſi no probad uno de eſtos; y haciendola fuerza, la obligò à comerlo, contra toda ſu voluntad, y con aſco. Gentes hay, que no ſe contentan con loar aquello, que dicen aplacerles, yà ſea por lo que fuere, ſi no que quieren, que los otros lo hagan, y que à ſu peſar ſepa bien, y ſe lo alaben: y juntamente con eſto, que vitupe-ren el guſto ageno, ſin conſiderar, que ſon los guſtos varios, como las condiciones, y roſtros: que ſi por maravilla ſe hallaren dos, que ſe parezcan, es impoſſible hallarlos en todo iguales: aſsi avrè de hacer aqui lo que me aconteciò en una comedia, donde por ſer de los primeros, vine à ſer de los delanteros, y como tràs de mi huvieſſe otros, no tan diſpueſtos, me decian, que me hicieſſe à un lado, y en meneandome un poco ſe quexaban otros, à quien hacìa tambien eſtorvo, los unos y los otros me ponian à ſu modo, porque todos querìan vèr; de manera, que no ſabiendo como acomodarme, acomodandolos, hice orejas de Mercader, puſeme de piè derecho, y cada uno alcanzaſſe, como mejor pudieſſe. Querian el melancolico, el ſanguino, el colerico, el flematico, el compueſto, el deſgarrado, el Retorico, el Filoſofo, el Religioſo, el perdido, el corteſano, el ruſtico, el barbaro, el diſcreto, y aun la ſeñora Doña Calabaza, que para ſola ella eſcrivieſſe à lo fruncido, y que con ſolo ſu penſamiento, y à ſu eſtilo me acomodaſſe? No es poſsible; y ſeriame neceſſario (demàs de hacer para cada uno ſu diferente libro) haver vivido tantas vidas, quantos hay diferentes pareceres. Una ſola he vivido, y la que me achacan es teſtimonio que me levantan. La verdadera mia irè proſiguiendo, aunque mas me vayan perſiguiendo, y no faltarà otro Gil para la tercera parte, que me arguya como en la ſegunda, de lo que nunca hice, dixe, ni pensè. Lo que le ſuplico es, que no tome tema, ni tanta colera conmigo, que me ahorque por ſu guſto, que ni eſtoy en tiempo de ello, ni me con-

conviene. Dexeme vivir, pues Dios ha sido servido de darme vida en que me corrija, y tiempo para la enmienda: serviràn aquì mis penas para escusarte de ellas, informandote, para que sepas encadenar lo passado, y presente, con lo venidero de la tercera parte, y que hecho de todo un travado contexto, quedes qual debes, instruìdo en las veras, que solo este ha sido el blanco de mi punterìa, y descubro el de mi pensamiento à los que se sirvieren de escusarme del trabajo; empero sea de manera, que se puedan gloriar de el suyo, que tengo por indecente negar su nombre, apadrinando sus obras con el ageno, que serà obligarme à escrivir otro tanto, para no ser tenido por tonto, cargandome descuidos agenos: esto se quede, no parezca dicho con cuidado, ni mas de por haver venido à proposito. Mas bolviendo al nuestro, digo, que cada uno haga su plato, y pasto de lo que le sirvieremos en esta mesa, dexando para otros lo que no le supiere bien, ò no abrazare su estomago; y no quieran todos, que sea este libro como los banquetes de Eliogabalo, que se hacia servir de muchos, y varios manjares, empero todos de un solo pasto, yà fuessen pabos, pollos, faysanes, xavali, peces, leche, yervas, ò conservas. Una sola vianda era, empero como el manà, diferenciada en gustos; aunque los del manà eran los que cada uno queria, y essotros los que les daba el cocinero, conforme à la torpe gula de su amo. Con la variedad se adorna la naturaleza, esso hermosea los campos, estàr aqui los montes, allì los valles, acullà los arroyos, y fuentes de las aguas. No sean tan avarientos, que lo quieran todo para sì, que yo he visto en casa de mis amos dàr libreas, y al page pequeño tan contento con la suya, en que no entrò tanta seda, como el grande que la huvo menester doblada, por ser de mas cuerpo. Determinado estoy de seguir la senda, que me pareciere atinar mejor al puerto de mi deseo, y lugar adonde voy caminando. Y tu discreto huesped, que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece, quien como yo và peregrinando, no te desdeñes, quando en tu Patria me vieres, y à tu puerta llegare desfavorecido en hacerme aquel tratamiento, que à tu propio valor debes; pues à tì solo busco, y por tì hago este viage, no para hacerte cargo de èl, ni con animo de obligarte à mas de una buena voluntad, que naturalmente debes à quien te la ofrece, y si de tì la recibiere, quedarè con satisfaccion pagado, y deudor, para rendirte por ella infinitas gracias. Mas el que por oìrmelas, està deseoso de verme, mire no le acontezca lo que à los

mas curiosos, que se ponen à escuchar lo que se habla de ellos, que siempre oye mal, porque con oro fino se cubre la pildora, y à veces le causa risa, lo que le debiera hacer verter lagrimas: demàs, que si quisiere advertir la vida que passo, y lugar adonde quedo, conocerà su demasìa, y me darà à conocer su poco talento. Pongase primero à considerar mi plaza, la suma miseria donde mi desconcierto me ha traìdo, representese otro yo, y luego discurra, que passatiempo se podrà tomar con el que siempre lo passa (preso, y aherrojado) con un renegador, ò renegado Comitre: salvo si soy para èl, como el toro en el coso, que sus garrochas, heridas, y palos alegran à los que lo miran, y en mì lo tengo por acto inhumano; y si dixeres, que hago ascos de mi propio trato, que te lo vendo caro, haciendome de rogar, ò que hago melindre, me pesarà que lo juzgues à tal, que aunque es notoria verdad haver servido siempre al Embaxador mi señor de su gracioso, entonces pude, aunque no supe, y aunque aora supiesse, no puedo, porque tienen mucha costa, y no todo tiempo es uno: mas para que no ignores lo que digo, y sepas quales eran mis gracias entonces, y lo que ahora serìa necessario para ellas, oye con atencion el capitulo siguiente.

CAPITULO II.

GUZMAN DE ALFARACHE cuenta el oficio de que servìa en casa del Embaxador su señor.

DEL mucho poder, y poca virtud en los hombres, nace no premiar tantos servicios buenos, y trabajos personales de sus fieles criados, quanto palabras dulces de lenguas vanas: por parecerles, que lo primero se les debe por lo que pueden, y assi no lo agradecen; y de lo segundo se les hace gracia, porque no la tienen, y compran sus faltas à peso de dineros. Es mucho de sentir que les parezca, que contradice la virtud à su nobleza, y sintiendo mal de ella, no la tratan; y tambien, porque como se haya de conseguir por medios asperos, contrarios à su sensualidad, y con su mucho poder, nunca se les aparta del oìdo, y lado lisongeros, viciosos, y aduladores, aquella es la leche que mamaron, y paños en que los embolvieron, hicieron su centro natural con el uso, y con el mal abuso se quedaron. De aquì nacen los gastos demasiados, las prodigalidades, las vanas magnificencias, que sobre tabla se pagan muy presto, de contado, con suspiros, y lagrimas: dàr antes à un truhan el mejor de sus vestidos, que à un virtuoso el sombrero desechado; y porque

tam-

tambien es dadiva recipocra, trueco, y cambio que corre; viſten ellos el cuerpo à los que reviſten el ſuyo de vanidad; favorecen con regalos à los que los adulan con alhagos de palabras tiernas, y ſuaves, de buen ſonido, y conſonancia; compran con precio ſu guſto, por lo qual corre ſu alabanza juſtamente de la boca de ſemejantes, dexando abierta la puerta por ſu deſcuido, para que los buenos publiquen ſus demaſias, que real, y verdaderamente ſe debiera tener por vituperio. No quiero con eſto decir, que carezcan los Principes de paſſatiempos; conveniente coſa es, que tengan entretenimientos, empero que dèn à cada coſa ſu lugar, todo tiene ſu tiempo, y premio. Neceſſario es, y tanto ſuele à veces importar un buen Chocarrero, como el mejor Conſejero. No me paſſa por el penſamiento atarles las manos à hacer mercedes, pues como tengo dicho, nunca el dinero ſe goza, ſino quando ſe gaſta, y nunca ſe gaſta, quando bien ſe diſpenſa, y con prudencia, yà, yà (por mis pecados) de uno, y otro tengo experiencia, bien puedo deponer como aquel que ha traido los atabales acueſtas, pues el tiempo que ſervì al Embaxador mi Señor (como has oìdo) yo era ſu gracioſo, y te prometo que fuera muy de menor trabajo, y menos peſadumbre para mi qualquiera otro corporal; porque para decir gracias, donayres, y chiſtes, conviene que muchas coſas concurran juntas. Un dòn de naturaleza, que ſe acredite juntamente con el roſtro, talle, y movimiento de cuerpo, y ojos: de tal manera, que unas prendas favorezcan à otras, y cada una por sì tengan un donayre particular, para que juntas muevan el guſto ageno; porque una miſma coſa la diràn dos perſonas diferentes: una de tal manera, que te quitaràn el calzado, y deſnudaràn la camiſa, ſin que con la riſa lo ſientas; y otra con tal deſagrado, que ſe te harà la puerta lexos, y angoſta para ſalir huyendo, y por mas que procuren eſtos esforzarſe à darles aquel vivo neceſſario, no es poſſible. Requiereſe tambien leccion continua, para ſaber como, y quando, què, y de què ſe han de formar. Tambien importa memoria de caſos, y conocimiento de perſonas, para ſaber caſar, y acomodar lo que ſe dixere, con aquello de quien ſe dixere. Conviene ſolicitud en inquirir lo mas digno de vituperar, y mas en los mas nobles vidas agenas; porque ni los viſages del roſtro, libre lengua, diſpoſicion del cuerpo, alegres ojos, varias medallas de matachines, ni toda la ciencia del mundo, ſerà poderoſa para mover el animo de un vano, ſi faltàre la ſalſa de murmuracion. Aquel puntillo de agrio, aquel granito de ſal, es quien dà guſto, ſazon,

y poñe gracia en lo mas desabrido, y simple; porque à lo restante llama el vulgo retablo artificioso, con poco ingenio. Tambien es de importancia, oportunidad, y tiempo en quien las quiere decir, que fuera de èl, y sin proposito, no ay gracia que lo sea, ni siempre se quieren oir, ni se podràn decir. Pidanle al mas diestro en ellas que las diga, y si le cogen al descuido, le dexaràn elado. Aquesto le aconteciò à Cisneros (un famosissimo Representante) hablando con Manzanos, que tambien lo era, y ambos de Toledo, los dos mas graciosos, que se conocieron en su tiempo, qué le dixo: Veis aqui Manzanos, que todo el mundo nos estima por los dos hombres mas graciosos, que oy se conocen. Considerad, que con esta fama nos manda llamar el Rey nuestro Señor. Entrèmos vos, y yo, y hecho el acatamiento debido (si de turbados acertarèmos con ello) nos pregunta: Sois Manzanos, y Cisneros? Respondereisle vos, que sì, porque yo no tengo de hablar palabra. Luego nos buelve à decir: Pues decidme gracias. Aora quiero yo saber, què le dirèmos? Manzanos le respondiò: Pues hermano Cisneros, quando en esso nos veamos (lo que Dios no quiera) no avrà mas que responder sino, que no estàn fritas. Asi, que no à todos, ni de todo, ni siempre podràn decirse, ni valdràn un cavello sin murmuracion. Esto sentìa yo por excelsiva desventura, hallarme obligado à ser como perro de muestra, venteando flaquezas agenas. Mas como era el quinto elemento, sin quien los quatro no pueden sustentarse, y la repugnancia los conserva, continuamente andaba solicito, buscando lo necessario al oficio, que yà professaba, para ir con ello ganando tierra, y rindiendo los gustos al mio, que no es la menor, ni menos essencial parte captar la benebolencia, para que celebren con buena gana lo que se dice, y hace. De modo, què aquellas prendas, que me negò naturaleza, las havia de buscar, y conseguir por maña, tomando ilicitas licencias, y usando perjudiciales atrevimientos, favorecido todo de particular viveza mia, por faltarme letras; pues entonces no tenia otras, que las de algunas lenguas, que aprendì en casa del Cardenàl mi señor, y aun essas estaban en agràz, por mis verdes años. Considerad, pues, aora de todo lo dicho, què puedo aqui tener, y què me falta, sin libertad, y necessitado. En aquellos tiempos, en la primavera de mis floridos años, todo iba corriente, todo parecia bien, y à todo me acomodaba. Por ello, y otras cosas añejas à ello, me traìan vestido, era regalado, el de la privanza, el familiar, el dueño de mi amo, y aun de todos los interessados, en

ser sus amigos, y llegados. Yo era la puerta principal para entrar en su gracia, y el señor de su voluntad. Yo tenia la llave dorada de su secreto, haviame vendido su libertad, obligabame à guardarselo, tanto por esto, como por caridad, por ley natural, y amor que le tenia, que siempre conociò de mi gran sufrimiento en callar. Figuraseme aora, que debia de ser entonces como la malilla en el juego de los naypes, que cada uno la usa quando, y como quiere. Diferentemente se aprovechaban todos de mi; unos de mis hechos, por su propio interesse; y otros de mis dichos, por su solo gusto; y solo mi amo se tiraba conmigo en dichos, y hechos. Esto he venido à decir, porque de mì no se sienta, que quiero cotravenir à que los Principes tengan en sus casas hombres de placer, ò juglares. Y no seria malo, quando los tuviessen, tanto para su entretenimiento, quanto para recoger por aquel arcaduz algunas cosas, que no les entrarìa bien por otro. Y estos, acontecen ocasiones, en que suelen valer mucho, advirtiendo, aconsejando, revelando cosas graves, en son de chocarrerìas, que no se atrevieran cuerdos à decirlas con veras. Graciosos ay discretos, que dicen sentencias, y dàn pareceres, que no se humillàran sus amos à pedirlos à otros de sus criados, aunque les impotàra mucho, y fueran ellos grandissimos Estaditas, para poderles aconsejar, ni lo consintieran de ellos, por no confessarse ignorantes à sus inferiores, ò que saben menos que ellos, que aun hasta en esto quieren ser Dioses, y estos criados: tales eran los papagayos, que deseaba tener Jupiter enjaulados, que no es de aora el daño, ni naciò ayer, despreciar los consejos de los tales los poderosos. Tanta es en ellos la ambicion, que quieren agregar à sì todas las cosas, haciendose dueños, y señores absolutos de lo espiritual, y temporal, de malo, y bueno, sin que alguno en algo se les aventaje. De tal manera, que les parece, que con solo su aliento dàn à los otros gracia, y no haciendo algo, quieren ser alabados de que por ellos tienen vida, honra, hacienda, y aun entendimiento, que es la ultima blasfemia donde puede llegar su locura en este caso: y ay otro grave daño, y es que quieren, que como en capilla de milagros colguèmos en su vanidad los despojos de nuestros males: que si andamos, les ofrezcamos las muletas de quando estuvimos agravados, y tullidos con pobreza: si escapamos de trabajos, les vamos à sacrificar la mortaja, que la fortuna nos tenia cortada, cyrios, y figuras de cera, declarando ser el milagro suyo, y colguèmos en su templo las cadenas con que salimos à puerto del cautiverio de nuestras miserias. No fuera esto

tan culpable, si solo aconteciera lo dicho en casos virtuosos, pues el agradecimiento es debido à todo beneficio, y manifiestase tenerlo, quando dando à Dios las gracias de ello, se publica tambien la virtud en el que la obra: pues pusieron su industria, ocuparon su persona, gastaron el favor, aprovecharon la ocasion, ganaron el tiempo, y gastaron su dinero. Mas aun en torpezas, y vicios quieren tambien exceder, y ser solos ellos: como se viò en cierto Titulado, tan amigo de mentir à todo ruedo, sin que alguno se le aventajasse, que diciendo en una conversacion haver muerto un ciervo con tantas puntas, que realmente se le conociò ser mentira, le saliò al passo con mucho donayre otro Cavallero anciano, deudo suyo, y dixo: No se maraville vuestra Señorìa de esso, que pocos dias hà que yo matè otro en esse monte mismo, que tenia dos puntas mas. El Señor se santiguaba, diciendole: No es posible; y como enojado contra el Cavallero, le dixo: No me diga vuessa merced esso, que no es cosa jamàs vista, ni lo quiero creer, si el creer es cortesìa. El Cavallero, con un conocido atrevimiento (fiado en su ancianidad, y parentesco) descompuesta la voz, dixo: Pese à tal señor N. contentese vuestra Señorìa con tener sesenta quentos de renta mas que yo, sin tambien querer mentir mas que yo, dexeme con mi pobreza mentir como quisiere, pues no lo pido à nadie, ni le defraudo su honra, ni hacienda. Otros graciosos hay, naturalmente ignorantes, ò simples, por cuya boca muchas veces acontece hablarse cosas mysteriosas, y dignas de consideracion, que parece permitir Dios que las digan, y que con ello tambien, à lo que conviene callen; las quales, aun siendo de esta calidad, tienen mucho donayre, diciendolas. Esto aconteciò en un simple de su nacimiento, de quien gustaba mucho un Principe poderosissimo, que como con secretas causas huviesse depuesto à un grave Ministro suyo; y viendo entrar à este simple, le preguntasse lo que havia de bueno por la Corte. Respondiò: Que haveis hecho muy mal en despedir à N. y que ha sido contra toda razon, y justicia. Pareciòle al Principe (por tener su causa justificada) que aquella huviera sido simpleza de su boca; y dixole: Aqueso tù lo dices (que debia de ser tu amigo) que no porque lo hayas oìdo decir à ninguno. El simple le respondiò: Mi amigo, pardios que mentìs, que mas mi amigo sois vos. Yo no digo nada, que por aì lo dicen todos. Pesòle al Principe, que huviesse quien fiscalizasse sus obras, ni examinasse su pecho, y por saber si trataba de ello alguna gente de sustancia, le replicò: Pues dices, que lo dicen tantos, y que eres mi amigo, dime

uno à quien lo has oido. El simple se reparò un poco, y quando pensaba el Principe, que recorrìa la memoria, para señalarle persona, le respondiò con descompuesta ira: La Santissima Trinidad me lo dixo; ved à qual de las tres Personas quereis prender, y castigar. Al Principe le pareciò negocio del Cielo, y no bolviò à tratar mas de ello.

Ay otro genero de graciosos, que solo sirven de danzar, tañer, cantar, murmurar, blasfemar, acuchillar, mentir, y ser glotones, buenos bebedores, y malos vividores, cada uno por su camino, y alguno por todos; y de tal manera gustan de ellos, que les daràn favor para todo, siendo gravissimo pecado. A estos, y por esto les dàn joyas de precio, ricos vestidos, y puñados de doblones, lo que no hicieran à un sabio, virtuoso, y honrado, que tratàra del govierno de sus Estados, y Personas, illustrando sus nombres, y magnificando su casa con glorioso nombre. Antes quando acontece, que los tales acuden à ellos con casos de importancia, los menosprecian, deshaciendo sus avisos: Pues yà sus Governadores, Letrados de su casa, deseosos de ambicion, ciegos de passion, si han de dàr su parecer, aunque saben que aquello conviene, lo contradicen porque parezca que hacen algo; y porque les pesa que otro se adelante, con lo que pudieran ellos ganar gracias: Assi no son admitidos, por no haver salido el triunfo de su mano, y porque no diga el otro, yo se lo dixe: con esto se quedan muchas cosas faltas de remedio. Y si son casos tales, que puede seguirseles de ello interesse notorio, dicen al dueño, con sequedad notable, por no dàr paga, ni gracias del beneficio: Yà sabiamos acà esso, y tiene mil inconvenientes. Pues maldito sea otro el que tiene, mas de no haver dado ellos primero en ello, y con el viento de su vanidad, y violencia de su codicia lo despiden. Hacen primero como los Boticarios, que destilan, ò majan la yerva, y en sacando la sustancia dàn con ella en el muladar. Enteranse primero del negocio como pueden, y dando de mano al verdadero Autor, despues lo disponen de modo, que lo ponen de lodo, y vendiendolo por suyo, sacan privilegio de ello. Son como las vasijas de vientre grande, y boca estrecha, entienden las cosas mal, hichen el estomago de quanto les dicen; pero aunque mas les digan, y mas les dèn, y estèn llenos, como no lo supieron entender, tampoco se dàn à entender. De esta manera se pierden los negocios, porque no pudo este quedar tan enterado en lo que le trataron, como el priopio que se desvelò muchas noches, acudiendo à las objeciones de contra, y favoreciendo las

de

de pro. Buen provecho les haga, en esso me la ganen que no les arriendo la ganancia. Mi amo holgava de oìrme, mas que por oìrme; y como buen jardinero, recogìa las flores que le parecìan convenientes para el ramillete, que deseaba componer, y dexaba lo restante para su entretenimiento. Conversaba conmigo de secreto, lo que decian otros en publico, y no solo conmigo, antes como deseaba saber, y acertar, solicitaba las habilidades de hombres de ingenio, favorecialos, y honrabalos; y si eran menesterosos, dàbales lo que buenamente pedìa, y veìa lo que les faltaba, por un modo discreto, sin que pareciesse limosna, dexandolos contentos, pagados, y agradecidos. Acostumbraba de ordinario sentar dos, ò tres de estos à su mesa, donde se proponenquestiones graves, politicas, y de Estado; principalmente aquellas, que mayor cuidado le daban. De esta manera, sin descubrirse, recibia pareceres, y desfrutaba lo mas essencial de ellos. Lo mismo hacia con oficiales, y Gente Ciudadana honrada, que sustentandoles amistad, sabìa de ellos los agravios que recibìan, el reparo que podian tener, y de què animo estaban: y despues, con su buen juicio, disponìa segun le convenìa, y en pocos casos erraba. Era muy discreto, compuesto, virtuoso, gentil Estudiante, y amigo de tales. Tenia las calidades, que pide semejante plaza: mas enmedio de ella, en lo mejor de todo, estaba sembrado, y nacido un pero. Manzana fue nuestra general ruìna, y pero la perdicion de cada particular: era enamorado, que no ay carne tan sana, donde no haya corrupcion, y se hallen miserias, y enfermedades. La suya era querer bien, y aun con excesso, y en materia semejante, cada uno juzga como le parece; aunque muchos Politicos dixeron, que no se podia dàr hombre cumplidamente perfecto, haver sido enamorado, segun lo sintiò un gustoso Labrador, Pregonero en su Pueblo, el qual aviendose pregonado muchas veces un jumento, que à otro Labrador se le havia perdido, como no pareciesse (porque lo debieron de hurtar Gitanos, que si es necessario para despareceerlos, y que no los conozcan, los tiñen verdes) y el dueño le pidiesse con mucho encarecimiento, que lo bolviesse à pregonar el Domingo despues de Missa Mayor, y que si pareciesse, le darìa un ceboncillo que tenia. El traydor Pregonero, movido de la codicia, lo hizo segun se lo pidiò; y estando todo el Pueblo junto en la Plaza, se puso enmedio de ella, y en voz alta dixo: El que de todos los vecinos de este Lugar, y Zagales de èl, nunca huviere sido enamorado, vengalo diciendo, y le daràn un gentil recental. Estaba puesto

al Sol, arrimado à làs paredes de la Casa de Concejo, un mocetòn de veinte y dos años al parecer, melenudo, un sayo largo pardo, con girones, abierto por el ombro, y cerrado por delante, calzon de frisa blanca, plegado por abaxo, camisa de cuello colchado, que no se le passàra un arco Turquesco, con una muy aguda flecha, caperuza de quartos, las abarcas de cuero de baca, y atadas por encima con tomizas, la pierna desnuda, y dixo: Harnan Sanz, dadmelo à mì, que par diez nunca hu namorado, ni maquillotrado tal refunfuñadura. Entonces el Pregonero, llamando al dueño del jumento muy apriesa, y señalando al mocetòn con el dedo, le dixo: Anton Barrocàl dadme el ceboncillo, y veis aqui vuestro asno. Y porque lo levantèmos mas de puntas, con verdades, y de nuestro tiempo, en Salamanca un Cathedratico de Prima, de los mas famosos, y graves Letrados de aquella Universidad, visitaba por su entretenimiento à una señora Monja, hermosa, de mucha calidad, y discreta; y siendole forzoso à èl hacer ausencia de alli por algunos dias, aunque breves, fuese sin despedirse de ella, pareciendole haver hecho una fineza en amor. Despues, quando bolviò del viage, y la quisiesse visitar, como ella no admitiesse su visita, quedò tan suspenso, como triste, porque ignoraba qual fuesse la causa de novedad semejante, haviendole hecho siempre tanta merced; mas quando por buena diligencia supo la causa, estimòselo en mucho, pareciendole, que antes aquello era en cierta manera un genero de favor. Embiòla à dàr sus disculpas, haciendo instancia en suplicarla le viesse, poniendo por terceras para ello algunas amigas de ambas partes; yà por la mucha importunacion (aunque de mala gana) saliò à recibir la visita, empero con tanto enojo, y colera, que lo diò bien à conocer, pues las primeras palabras fueron decirle: Debeis de ser mal nacido, y tan baxos pensamientos, no arguyen menos que humilde linage, lo qual confirma vuestro mal proceder, y assi haveis dado de ello infame muestra; pues teniendo el sèr que teneis por mi respeto, y haviendo llegado por èl al punto en que os veis, olvidado de todo, y de lo que me cuesta el haveros calificado, me aveis perdido el debido reconocimiento; mas pues fue mia la culpa con engrandeceros, no es mucho que padezca la pena de sufriros. A estas palabras añadiò otras muchas de aspereza, tanto, que yà el pobre señor, hallandose corrido, por los que à semejante sequedad se hallaron presentes, y atajado de un excesso de rigor, dixo: Señora, en quanto à tener vuessa merced essa quexa de mì, yà sea con razon, ò

sin

ſin ella, y acuſar mi mal proceder, paſſe, porque cada uno ſiente como ama; y conozco, que todo aqueſto nace de la mucha merced, que la vueſtra me hace: mas en lo forzoſo, juſto, y neceſſario, havrè de ſatisfacer à los preſentes, por mi honra, que ſi Dios fue ſervido de traerme al pueſto que tengo, no ha ſido por ſobornos, ni por favores, antes por mis trabajos, y continuos eſtudios en las letras. Ella entonces, no dexandole paſſar adelante, antes con ira, le replicò luego: Pues como, traydor, teniades vos entendimiento para conſeguirlas en tal eſtremo, ni para remendaros un zapato viejo, ſi yo no huviera pueſto el caudal, con daros licencia que me amaredes? Conforme à eſto, averiguado queda lo que importa amar, y no ſer tan gran delito, quanto lo criminan: digo, quando los fines no ſon deſhoneſtos. Mas en mi amo, juzgabaſe à mala parte, y havian excedido, y traſpaſſado la raya, de que me cargaban à mi lo malo de ellos, achacandome, que deſpues que yo le ſervia, tenia alegrado el caſco, y le ſonaban dentro caſcabeles, lo qual no ſe le havia ſentido haſta entonces: Bien pudo ello ſer aſsi, que con mi calor brotaſſe pimpollos; mas para decir verdad (pues aqui no ſe conocen partes, y la peor es para mì) cierto que me lo levantaron; porque yà quando le comencè à ſervir, y puſo ſu cura en mis manos, deſahuciado eſtaba de los Medicos. No quiero negar mi mucha ocaſion, porquè con el favor tenia tambien libertades, y gracias perjudiciales: Yo era familiar en toda Roma, entraba en cada caſa como en la propia, tomando por achaque para mis pretenſiones dàr lecciones, à unas de tañer, y à otras de danzar: entretenia en buena converſacion à las doncellas con chiſtes, y à las viudas con murmuraciones, y ganando amiſtad con los caſados, ganaba las bocas à ſus mugeres, à quien ellos me llevaban para darles guſto, y que de eſte principio lo tuvieſſe mi amo, para declararſe mas; porque haciendole yo relacion de lo que paſſaba en todas partes, era coſa natural ſoplar con el ayre de mis palabras el fuego de mi corazon, quitandome la ceniza de ſobre las aſquas, que dentro eſtaban encendidas. Havia buena diſpoſicion, y era meneſter poca ocaſion: era la caſa pagiza, baſtaba poca lumbre para levantarſe mucho incendio, aficionandoſe de quien mejor le pareciеſſe, ſin guardar el recato que antes. Yo me confieſſo por el inſtrumento de ſus exceſſos, y que por mi reſpeto, de verme paſſear, entrar, y ſalir, eſtaban yà muchas caſas, y calidades manchadas con infamia. Mas dexèmos aqui à mi amo, como hombre à quien, aunque aqueſto le

causaba nota, no era tan de culpar, como à los que à mì me conocian; quisierales yo preguntar, què honra, ò què provecho era el que conmigo interessaban? La señora viuda para què quiere donayres? O para què los padres llevan à sus hijas tales passantes, ni los maridos à sus mugeres entretenimientos tan peligrosos? Què otra cosa se puede sacar de los Pagecitos pulidetes, qual yo era, que no pisaba el suelo, ni de los Graciosos de los Principes, ò Enanos de los Poderosos, de què valen, sino de que les digan, y oigan ellas de buena gana la de sus amos, lo bien que comen, lo mucho que gastan, los ambares que compran, las galas con que regalan, y las musicas que dieron? Para què dàn oìdos à cosas, con que otros despues abran sus bocas, y sacudan sus lenguas? No vèn que labran la carcel, y texen la tela con que las amortajan? De què aprovecha gustar de cuentos, que no es otra cosa, sino dàr lugar para que los lleven à sus amos, y los dèn que contar à sus vecinos? Pues tenganse su pago; si son amigas de gracias, no se maravillen de las desgracias: quieren llevar à sus casas musicas, pues à fee que les han de cantar coplas; la viuda honrada, su puerta cerrada, su hija recogida, y nunca consentida, poco visitada, y siempre ocupada, que del ocio naciò el negocio; y es muy conforme à razon, que la madre holgazana, saque hija cortesana; y si se picare, que la hija se repique, y sea quando casada mala casera, por lo mal que fuè doctrinada. Miren los padres las obligaciones que tienen, quiten las ocasiones, consideren de sì lo que murmuran de los otros, y vean quanto mejor serìa que sus mugeres, hermanas, y hijas aprendiessen muchos puntos de aguja, y no muchos tonos de guitarra: Bien governar, y no mucho baylar, que de no saber las mugeres andar por los rincones de sus casas, nace ir à hacer mudanzas à las agenas. Por ventura digo verdad? Yà sè que direis que sì, empero que tales verdades como aquellas, no se han de tratar, ni decir donde no hay necessidad. Assi lo confiesso, y apruebo de mi parte: mas yà que à ningnno de los que aqui estàn, y me oyen, les toca lo dicho, bien està dicho, para que lo aconsejen à otros, que en esto vieren descaminados, y quando sea necessario.

Malo es lo malo, que nunca pudo ser bueno ser yo alcahuete de mi amo, y esto por la orden, y traza, que arriba he dicho, tomando ocasion de quando era familiar en Roma entrar en cada casa, como en la propia, valiendome por achaque para mis pretensiones darlas lecciones de tañer, y de danzar, entretener à las doncellas con chistes, y à las viudas

das con murmuraciones, y tomando amiſtad con los caſados. Mas tuve diſculpa, porque me deſcubriò la neceſsidad aquel camino por donde ſalieſſe à buſcar mi vida; pero què deſcargo daràn, ni como ſe podràn diſculpar los que aſsi enagenan, y no eſtiman las prendas de mayor eſtimacion que tienen, y el ſer eſto lo que mas deben eſtimar, y poner ſobre ſus ojos? Si yo lo hacia, era por aſſentar con mi amo la aficion, y privanza, que en ambas partes havia, y no con fin, ni penſamiento de alborotar ſu flaqueza, que lo condeno. Mas quien de mì ſe fiaba en ſemejantes caſos, y tanto me confiaba, què aguardaba, ò què eſperaba de mì? Pareceles à muchos, que acreditan ſu eſtimacion, que ſe adquiere nobleza, y ſe grangea reputacion con ſemejantes viſitas, entradas, y ſalidas, ſiendo muy al contrario; y à las mugeres, que tratando con Pages, con Poetas, y Eſtudianticos de alcorza, de bonete abollado, y mocitos de barrio, y otros à eſte modo, que ſeràn tenidas por diſcretas, y pierden el nombre de caſtas, qual debian ſer, quedandoſe deſpues para necias. De eſto, y eſſotro, lo que vine à ſacar medrado, en reſolucion, fuè graduarme de alcahuete, porque, ſin mentir, pudieran ponerme borla, por lo que à muchos otros, y por mucho menos, los veìa poner borra. Veès como aun las deſdichas vienen por herencia. Yà ſe decia, ſin ningun genero de rebozo, ni maſcara, que yo traìa ſin ſoſsiego, y quietud à mi amo, y èl à mì me traìa hecho un Adonis en el trage pulido, galàn, y oloroſo, por mi buena ſolicitud, y diligencia en coſas ſemejantes. Què cierta, y ſegura es la murmuracion en coſas tocantes à eſto; y ſi en lo bueno muerde, què maravilla es, que en lo malo deſpedace, y que haya ſoſpechas, donde no faltan hechas? Grandiſsima ſimplicidad, è ignorancia fuera la mia, y de tales como yo, quando pidieremos otro mejor nombre, ni queramos tapiar à piedra, y lodo de tal ſuerte (como dicen) las imaginaciones, dando las evidentes ocaſiones à ello. No ſe puede poner coto à los que juzgan, porque es querer poner puertas al campo, limitar los penſamientos, contar las arenas del mar. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no pienſen, ò negar lo que todos afirman, todo es trabajo ſin provecho, como querer atar, y poner puertas al humo. Mas què dirè aora de nueſtros amos tontos, pues les debe de parecer, que por nueſtra mano corre bien, y con ſecreto ſu negocio? Real, y verdaderamente conozco, que no hay ciencia, que corrija un enamorado, no hay en amores Barthulos, ni Ariſtoteles, ni Galenos, faltan

consejos, falta el saber, y no hay medicina, pues no hay camino para mayor publicidad que nuestra solicitud; porque à dos visitas nuestras, y un passo suyo, lo cantan luego los muchachos por las calles. La pena que yo tenia, era verme apuntar el bozo, y barbas, y que sin rebozo me daban con ello en ellas; y como à los Pages graciosos, y de privanza toca el ser Ministros de Venus, y Cupido, quanto cuidado ponia en componerme, pulirme, y aderezarme, tanto mayor lo causaba en todos para juzgarme, y viendome asi, murmurarme. Yo procuraba ser limpio en los vestidos, y se me daba poco por tener manchadas las costumbres, y assi me ponian de lodo con sus lenguas. Ultimamente, por activa, ò por passiva, yà me decian el nombre de las pasquas: y aunque les decia, que como bellacos mentian, reìanse, y callaban, dando à la verdad su lugar: ultrajabanme con veras, y recibian mis agravios à burlas: mis palabras eran pajas, y las de ellos garrochas. Hombres ay considerados, que toman los dichos, no como son, sino de quien los dice, y es gran cordura de muy cuerdos. Al contrario de algunos (no sè si diga necios) que de un favor de su Dama, forman injuria; y como si lo fuesse, ò lo pudiera ser, toman venganza, representando agravio, y haciendosele à ella en su honra, sin razon la disfaman. Yo no podia resistir à tantos, ni acuchillarme con todos, veìa que tenian razon, y passaba por ello; y aunque es acto de fina humildad sufrir pacientemente los oprobrios, en mì era de cobardìa, y abatimiento de animo, que si à todo callaba, era porque mas no podia; y assi, lo sufria con paciencia. Como en casa no havia centella de verguenza, no reparaba en lo menos, perdido yà lo mas, con risitas, y sonsonetes me importaba llevarlo. En resolucion, aunque debiera tener por mas compatible qualquier excessivo daño, que torpe provecho, tenia como melon la cama hecha, estaba dañado, y sin tratar de la enmienda, la tomaba como por honra, dando ripio à lo malo quando algo me decian, por no mostrarme corrido, ni obligado, que fuera dàr lugar à que mas me apretassen, y menos me aprovechasse. Yà con esto, en alguna manera, no me perseguian tanto; mas para què havia de hacer otra cosa, quando me importàra, si aunque quisiera intentarlo, no saliera con ello, y fuera encender el fuego, pensando apagarlo con estopas, y resina. Haga conchas de galapago, y lomos de paciencia: cierre los oìdos, y la boca quien abriere la tienda de los vicios; y ninguno crea, que teniendo costumbres feas, tendrà fama her-

hermosa, pues el nombre sigue al hombre, y tal serà estimado, qual su trato diere lugar para ello.

CAPITULO III.

GUZMAN DE ALFARACHE cuenta lo que le aconteciò con un Capitàn, y un Letrado, en un Banquete que hizo el Embaxador.

SON tan parecidos el engaño, y la mentira, que no sè quien sepa, ò pueda diferenciarlos, porque aunque diferentes en el nombre, son de una identidad, conformes en el hecho, supuesto que no ay mentira sin engaño, ni engaño sin mentira.

Quien quiere mentir, engaña; y el que quiere engañar, mienta. Mas como yà estàn recibidos en diferentes propositos, irè con el uso, y digo conforme à èl; que tal es el engaño, respecto de la verdad, como lo cierto en orden à la mentira, ò como la sombra del espejo, y lo natural que la representa. Està tan dispuesto, y es tan facil para efectuar qualquier grave daño, quanto es dificil de ser à los principios conocido, por ser tan semejante al bien, que representando su misma figura, movimientos, y talle, destruye con grande facilidad. Es una red sutilissima, en cuya comparacion fuè hecha de maromas, la que fingen los Poetas, que fabricò Bulcano contra el adultero. Es tan imperceptible, y delgada, que no ay tan clara vista, juicio tan sutil, ni discrecion tan limada, que pueda descubrirla. Y tan artificiosa, que tendida en lo mas llano, menos podemos escaparnos de ella, por la seguridad con que vamos. Y con aquesto es tan fuerte, que pocos, ò ninguno la rompen, sin dexarse dentro alguna prenda. Por lo qual se llama, con justa razon, el mayor daño de la vida; pues debaxo de lengua de cera, trae corazon de diamante, viste silicio, sin que le toque, chupase los carrillos, y revienta de gordo; y teniendo salud para vender, habla doliente, por parecer enfermo. Hace rostro compassivo, dà lagrimas, y ofrecenos el pecho, los brazos abiertos, para despedazarnos en ellos. Y como las aves dàn el imperio al Aguila, los animales al Leon, los peces à la Ballena, y las serpientes al Basilisco: Assi entre los daños, es el mayor de ellos el engaño, y mas poderoso. Como Aspid mata, con un sabroso sueño; es voz de Sirena, que prende agradando al oìdo. Con seguridad ofrece paces, con alhago amistades, y faltando à sus divinas leyes, las quebranta, dexandolas agraviadas con menosprecio. Promete alegres contentos, y ciertas esperanzas, que nunca cumple, ni llegan, porque las và cambiando de feria en feria

ria ; y como ſe fabrica la caſa de muchas piedras , aſsi un engaño de otros muchos , todos à ſolo aquel fin. Es verdugo del bien, porque con aparente ſantidad aſſegura , y ninguno ſe guarda de èl, ni le teme. Viene cubierto en figura de Romero , para executar ſu mal deſeo. Es tan general eſta contagioſa enfermedad, que no ſolamente los hombres la padecen , mas las aves , y animales. Tambien los peces tratan allà de ſus engaños , para conſervarſe mejor cada uno.

Engañan los arboles , y plantas , prometiendonos alegre flor, y fruto , que al tiempo falta , y lo paſſan con lozanìa. Las piedras, aun ſiendo piedras , y ſin ſentido, turban el nueſtro con ſu fingido reſplandor , y mienten , que no ſon lo que parecen. El tiempo, las ocaſiones , los ſentidos nos engañan ; y ſobre todo, aun los mas bien trazados penſamientos. Toda coſa engaña , y todos engañamos en una de quatro maneras: la una de ellas es , quando quien trata el engaño ſale con èl , dexando engañado al otro , como le aconteciò à cierto Eſtudiante de Alcalà de Henares : el qual como ſe llegaſſen las Paſquas , y no tuvieſſe con que poderlas paſſar alegremente , acordòſe de un vecino ſuyo, que tenia un muy gentil corral de gallinas , y no para hacerle algun bien : Era pobre mendicante , y juntamente con eſto grande avariento. Criabalas con el pan , que le daban de limoſna , y de noche las encerraba dentro de el apoſento miſmo en que dormia ; pues como anduvieſſe dando trazas para hurtarſelas, y ninguna fueſſe buena , porque de dia era impoſsible , y de noche aſsiſtia , y las guardaba, vinole à la memoria fingir un pliego de cartas , y puſole de porte dos ducados , dirigiendolo à Madrid à cierto Cavallero principal , y muy conocido ; y antes que amanecieſſe , con mucho ſecreto ſe lo puſo al umbral de la puerta,para que luego en abriendola , lo hallaſſe. Levantòſe por la mañana , y como lo viò , ſin ſaber què fueſſe , le alzò del ſuelo; paſsò el Eſtudiante por alli como acaſo , y viendole el pobre , le rogò que le leyeſſe , què papeles eran aquellos ; el Eſtudiante le dixo : Quales me hallàra yo aora otros. Eſtas cartas vàn à Madrid con dos ducados de porte à un Cavallero rico , que alli reſide , y no ſerà llegado , quando eſtèn pagados. Al pobre le creciò el ojo , pareciòle que un dia de camino era poco trabajo , en eſpecial que à medio dia lo havria andado , y à la noche ſe bolveria en un carro. Diò de comer à ſus aves , dexòlas encerradas , y proveìdas , y fueſſe à llevar ſu pliego. El Eſtudiante à la noche ſaltò por unos traſcorrales , y deſquiciando el apoſentillo , no le tocò en

al-

alguna otra cosa que las gallinas, no dexandole mas de solo el gallo, con un capuz, y caperuza de bayeta muy bien cosido, de manera que no se le cayesse, y assi se fuè à su casa. Quando el pobre vino à la suya de madrugada, y viò su mal recaudo, y que havia trabajado en valde, porque tal Cavallero no havia en Madrid, lloraban èl, y el gallo su soledad, y viudèz amargamente. Otros engaños ay, en que junto con el engañado, lo queda tambien el engañador. Assi le aconteciò à este mismo Estudiante, y en este mismo caso: porque como para efectuarlo no pudiesse solo èl, siendole necessario compañia, juntòse con otro camarada suyo, dandole cuenta, y parte del hurto. Este lo descubriò à un su amigo, de manera, que passò la palabra hasta venirlo à saber unos bellaconazos Andaluces. Y como essotros fuessen Castellanos viejos, y por el mismo caso sus contrarios, acordaron de desvalijarlos con otra graciosa burla. Sabian la casa donde fueron, y calles por donde havian de venir. Fingieronse Justicia, y guardaron hasta que bolviessen à la traspuesta de una calle, de donde luego que los divisaron, salieron en forma de ronda, con sus linternas, espadas, y rodelas. Adelantòse uno à preguntar, què gente? Pensaron ellos, que aquel era Corchete, y por no ser conocidos, y presos, con aquel mal indicio, soltaron las gallinas, y dieron à huìr como unos potros, de manera que no faltò quien tambien à ellos los engañasse.

La tercera manera de engaños es, quando son sin perjuicio, que ni engañan à otro con ellos, ni lo quedan los que quieren, ò tratan de engañar; lo qual es en dos maneras, ò con obras, ò palabras. Palabras, contando cuentos, refiriendo novelas, fabulas, y otras cosas de entretenimiento. Y otras, como son las del juego de manos, y otros primores, ò tropelìas que se hacen, y son sin algun daño, ni perjuicio.

La quarta manera es, quando el que piensa engañar, queda engañado, trocandose la suerte. Aconteciòle aquesto à un gran Principe de Italia, aunque tambien se dice de Cesar, el qual por favorecer à un famosissimo Poeta de su tiempo, le llevò à su casa, donde le hizo à los principios muchas lisonjas, y caricias, acompañadas de mercedes, quanto diò lugar aquel gusto: mas fuesele passando poco à poco, hasta quedar el pobre Poeta con solo su aposento, y limitada racion: de manera, que padecia mucha desnudèz, y trabajo, tanto que yà no salia de casa, por no tener con què cubrirse. Y considerandose alli enjaulado, que aun como à papagayo, no trataban de oìrle: Acordò de recordar al Prin-

Principe dormido en ſu favor, tomando traza para ello, y en ſabiendo que ſalia de caſa, eſperabalo à la buelta, y ſaliendole al encuentro con alguna obra, que le tenia compueſta; ſe la ponia en las manos, creyendo con aquello refreſcarle la memoria. Tanto continuò en hacer eſta diligencia, que como yà canſado el Principe de tanta importunacion, le quiſo burlar; y haviendo èl miſmo compueſto un Soneto, y viniendo de paſſearſe una tarde, quando viò que le ſalia el Poeta al encuentro, ſin darle lugar à que le pudieſſe dàr la obra, que le havia compueſto, ſacò del pecho el Soneto, y puſoſelo en las manos al Poeta; el qual entendiendo la treta, como diſcreto, fingiendo haverlo yà leìdo, celebrandolo mucho, echò mano à ſu faltriquera, y ſacò de ella un ſolo real de à ocho que tenia, y diòſelo al Principe, diciendo: Digno es de premio un buen ingenio: quanto tengo doy, que ſi mas tuviera, mejor lo pagàra. Con eſto quedò atajado el Principe, hallandoſe preſo en ſu miſmo lazo, con la miſma burla que pensò hacer, y tratò de allì adelante de favorecer al hombre, como ſolìa primero. Hay otros muchos generos de eſtos engaños, y en eſpecial es uno, y dañoſiſsimo el de aquellos, que quieren que como por fee creamos lo que contra los ojos vemos. El mal nacido, y por tal conocido, quiere con hinchazon, y ſobervia ganar nombre de poderoſo, porque bien mal tiene quatro maravedis, dando con ſu mal proceder cauſa que hagan burla de ellos, diciendo quien ſon, què principio tuvo ſu linage, de donde comenzò ſu Cavallerìa, quanto le coſtò la Nobleza, y el oficio en que trataron ſus padres, y quienes fueron ſus madres. Pienſan eſtos engañar, y engañanſe, porque con humildad, afabilidad, y buen trato fueran echando tierra haſta henchir con el tiempo los hoyos, y quedar parejos con los buenos. Otros engañan con fieros, para hacerſe valientes, como ſi no ſupieſſemos, que ſolo aquellos lo ſon que callan. Otros, con el mucho hablar, y mucha librerìa, quieren ſer eſtimados por ſabios, y no conſideran quanta mayor la tienen los Libreros, y no por eſſo lo ſon, que ni la loba larga, ni el ſombrero de falda, ni la mula con tocas engualdrapada, ſerà poderoſa para que à quatro calles no deſcubran la hilaza. Otros ay necios de ſolar conocido, que como tales, ò que caducan de viejos, inhabiles yà para todo genero de uſo, y exercicio, notorios en edad, y flaqueza, quieren deſmentir las eſpias, contra toda verdad, y razon, tiñendoſe las barbas; qual ſi alguno ignoraſſe, que no las hay tornaſoladas, que à cada

da viso hacen su color diferente, y ninguna perfecta, como los cuellos de las palomas, y en cada pelo se hallan tres diferencias, blanca al nacimiento, flavo en el medio, y negro à la punta, como pluma de papagayo; y en mugeres, quando lo tal acontece, ningun cabello hay, que no tenga su color diferente.

Puedo afirmar de una señora, que se teñia las canas, à la qual estuve con atencion mirando, y se las vì verdes, azules, amarillas, coloradas, y de varias colores, y en algunas todas; de manera, que por engañar al tiempo, descubria su locura, siendo risa de quantos la veian. Que usen esto algunos mozos, à quien por herencia (como fruta temprana de la Vera de Plasencia) le nacieron quatro pelos blancos, no es maravilla, y aun estos dàn ocasion que se diga libremente de ellos aquello de que vàn huyendo, perdiendo el credito en edad, y seso. Desventurada vejèz, templo sagrado, paradero de los carros de la vida, còmo eres tan aborrecida en ella, siendo el puerto de todos mas deseado? Còmo los que de lexos te respetan, en llegando à tì te profanan? Còmo, si eres vaso de prudencia, eres vituperada como loca? Y si eres la misma honra, respeto, y reverencia, estàs de tus mayores amigos tenida por infame? Y si archivo de la ciencia, por què te desprecian? O en tì debe de haver mucho mal, ò la maldad està en ellos; y esto es lo cierto: llegan à tì sin lastre de consejo, y dà bayvenes la gavia, porque al sesso le falta el peso. Al proposito te quiero contar un cuento largo, de consideracion, aunque de discurso breve, fingido para este proposito. Quando Jupiter criò la fabrica de este Universo, pareciendole toda en todo tan admirable, y hermosa, primero què criasse al hombre, criò los mas animales, entre los quales quiso el asno señalarse: (que si assi no lo hiciera, no lo fuera) luego què abriò los ojos, y viò esta belleza del Orbe, se alegrò. Comenzò à dàr saltos de una en otra parte, con la rociada que suelen, que fuè la primera salva que se le hizo al mundo inmundo, hasta que yà cansado, queriendo reposar, algo mas manso de lo que poco antes anduvo, le passò por la imaginacion, còmo, de donde, ò quando era èl asno, pues ni tuvo principio de èl, ni padres que lo fuessen? Por què, ò para què fuè criado? Qual havia de ser su paradero? Cosa muy propria de asnos, venirles la consideracion, à mas no poder, à lo ultimo de todo, quando es passada la fiesta, los gustos, y contentos; y aun quiera Dios que llegue como ha de venir, con enmienda, y perseverancia: què temprano se recoge, quien tarde

se

ſe convierte! Con eſte cuidado ſe fuè à Jupiter, y le ſuplicò ſe ſirvieſſe de revelarle, quien, ò para què lo havia criado? Jupiter le dixo, que para ſervicio del hombre, refiriendole por menor todas las coſas, y miniſterios de ſu cargo. Y fuè tan peſado para èl, que de ſolamente oìrlo, le hizo mataduras, y arrodillar en el ſuelo de ojos, y con el temor del trabajo venidero. (aunque ſiempre los males no padecidos, aſſombran mas con el ruido, que hacen oìdos, que deſpues de executados) Quedò en aquel punto tan melancolico, qual de ordinario lo vemos, pareciendole vida triſtiſsima la que ſe le aparejaba; y preguntando quanto tiempo havia de durar en ella? Le fuè reſpondido, que treinta años. El aſno ſe bolviò de nuevo à congojar, pareciendole, que ſerìa eterna ſi tanto tiempo la eſperaſſe, que aun à los aſnos canſan los trabajos; y con humilde ruego le ſuplicò, que ſe dolieſſe de èl, no permitiendo darle tanta vida; y pues no havia deſmerecido con alguna culpa, no le quiſieſſe cargar de tanta pena, que baſtarìa vivir diez años, los quales prometia ſervir como aſno de bien, con toda fidelidad, y manſedumbre; y que los veinte reſtantes los dieſſe à quien mejor pudieſſe ſufrirlos. Jupiter, movido de ſu ruego, concediò ſu demanda, con lo qual quedò el aſno menos mal contento. El perro, que todo lo huele, havia eſtado atento à lo que paſsò con Jupiter, y el aſno, y quiſo tambien ſaber de ſu buena, ò mala ſuerte; y aunque anduvo en eſto muy perro, queriendo ſaber, lo que no era licito, ſecretos de los Dioſes, y para ſolo ellos reſervados, quales eran las coſas por venir. En cierta manera pudo tener eſcuſa ſu yerro, pues lo preguntò à Jupiter, y no hizo lo que algunas de las que me oyen, que ſin Dios, y con el Diablo, buſcan hechicerìas, y Gitanas, que las echen ſuertes, y digan ſu buena ventura: ved qual ſe la dirà, quien para sì la tiene mala! Dicenlas mil mentiras, y embelecos: hurtanles por bien, ò por mal aquello que pueden, y dexanlas para necias, burladas, y engañadas. En reſolucion, fueſe à Jupiter, y ſuplicòle, que pues con ſu compañero el aſno havia procedido tan miſericordioſo, dandole ſatisfaccion à ſus preguntas, le hicieſſe à èl otra ſemejante merced. Fuele reſpondido, que ſu ocupacion ſerìa en ir, y venir à caza, matar la liebre, y el conejo, y no tocar en èl, antes ponerlo con toda fidelidad en manos del amo; y deſpues de canſado, y deſpeado de correr, y trabajar, havian de tenerlo atado à eſtaca, guardando la caſa, donde comerìa tarde, frio, y poco, à fuerza de dientes, royendo un hueſſo roìdo, y deſechado,

y juntamente con esto le darian muchas veces mu chos puntillones, y palos. Bolviò à replicar, preguntando el tiempo que havia de padecer tanto trabajo. Fuele respondido, que treinta años. Mal contento el perro, le pareciò negocio intolerable; mas confiado de la merced, que al asno se le havia hecho, representando la consequencia, suplicò à Jupiter, que tuviesse de èl misericordia, y no permitiesse hacerle agravio, pues no menos que el asno era hechura suya, y el mas leal de los animales: que lo emparejasse con èl, dandole solos diez años de vida. Jupiter se los concediò; y el perro, reconocido de esta merced, baxò el hozico por tierra, en agradecimiento de ello, resignando en sus manos los otros veinte años de que le hacia dexacion. Quando passaban estas cosas, no dormia la mona, que con atencion estaba en acecho, deseando vèr el paradero de ellas; y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar à sus compañeros, demàs que la llevaba el deseo de saber de sì, pareciendola, que quien tan clemente se havia mostrado con el asno, y el perro, no serìa para con ella riguroso. Fuese à Jupiter, y suplicòle se sirviesse de darla alguna luz de lo que havia de passar en el discurso de su vida, y para què havia sido criada, pues era cosa sin duda no haverla hecho en valde. Jupiter la respondiò, que solamente se contentasse saber por entonces, que andaria en cadenas arrastrando una maza, de quien se acompañarìa, como de un fiador, si yà no la ponian asida de alguna varanda, ò reja, donde padecerìa el Verano calor, y el Ivierno frio, con sed, y hambre, comiendo con sobresaltos, porque à cada bocado darìa cien tenazadas con los dientes, y la darìan otros tantos azotes, para que con ellos provocasse à risa, y gusto. Esto se la hizo à ella muy amargo, y si pudiera, lo mostràra entonces con muchas lagrimas; pero llevandolo en paciencia, quiso tambien saber quanto tiempo havia de padecerlo. Respondieronla lo que à los otros, que vivirìa treinta años. Congojada con esta respuesta, y consolada con la esperanza en el clemente Jupiter, le suplicò lo que los demàs animales, y aun se le hicieron muchos. Otorgòsele la merced segun que lo havia pedido, y dandole gracias, le besò la mano por ello, y fuese con sus compañeros.

Ultimamente, criò despues al hombre, criatura perfecta, mas que todas las de la tierra, con anima inmortal, y discursivo. Diòle poder sobre todo lo criado en el suelo, haciendole señor, y usufructuario de ello. El quedò muy alegre de verse criatura tan her-

hermosa, tan mysteriosamente organizado, de tan gallarda compostura, tan capàz, tan poderoso señor, que le pareciò que una tàn excelente fabrica era digna de inmortalidad; y assi suplicò à Jupiter le dixesse, no lo que havia de ser de èl, sino quanto havia de vivir. Jupiter le respondiò, que quando determinò la creacion de todos los animales, y suya, propuso darles à cada uno treinta años de vida. Maravillòse de esto el hombre, que para tiempo tan corto se huviesse hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir, y cerrar los ojos passarìa como una flor su vida, y apenas havria sacado los pies del vientre de su madre, quando entrarìa de cabeza en el de la tierra, dando con todo su cuerpo en el sepulcro, sin gozar su edad, ni del agradable sitio donde fuè criado; y considerando lo que con Jupiter passaron los tres animales, fuese à èl, y con rostro humilde le hizo este razonamiento: Supremo Jupiter, si yà no es que mi demanda te sea molesta, y contra las ordenaciones tuyas, (que tal no es intento mio, mas quando tu divina voluntad sea servida, conformando la mia con ella en todo) te suplico, que pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiaron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltò noticia, con el conocimiento de razon que no tuvieron, pues alargaron cada uno de ellos veinte años de los que les havias concedido, te suplico me los dès para que los viva por ellos, y tù seas en este tiempo mejor servido de mì. Jupiter oyò la peticion del hombre, concediendole, que (como tal) viviesse sus treinta años, los quales passados, comenzasse à vivir por su orden los heredados. Primeramente veinte del asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, trayendo à casa, y llegando para sustentarla lo necessario à ella. De cinquenta hasta setenta, viviesse los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condicion, y peor gusto. Y ultimamente, de setenta à noventa usasse de los de la mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza; y assi vèmos en los que llegan à esta edad, que suelen, aunque tan viejos, querer parecer mozos, pulirse, aderezarse, passear, enamorar, y hacer valentìas, representando lo que no son, como lo hace la mona, que todo es querer imitar las obras del hombre, y nunca lo puede ser.

Terrible cosa es, y mal se sufre, que los hombres quieran, à pesar del tiempo, y de su desengaño, dàr à entender lo contrario de la verdad, y que con tintas, emplastos, y escaveches, nos desmientan, y hagan trampantojos, desacreditandose à sì mismos, como si con esto comiessen mas, durmiessen mas, ò mejor, viviessen

mas,

mas, ò con menos enfermedades, ò como si por aquel camino les bolviessen à nacer los dientes, y muelas, que yà perdieron, ò no se les cayessen las que quedan; ò como si reformassen sus flaquezas, cobrando color natural, vivificandose de nuevo la vieja, y helada sangre: ò como si se sintiessen mas poderosos en dàr, y tener mano. Finalmente, como si supiessen que no se pusiesse, ni se murmurasse, que yà no se dice otra cosa, sino de qual es mejor legìa, la que hace Fulano, ò la de Zutano. No sin proposito hè traìdo lo dicho, pues viene à concluìrse con dos Cavalleros cofrades de esta bobada, por quien hè referido lo passado.

El Embaxador mi señor (como has oìdo) daba plato de ordinario, era rico, y holgaba hacerlo; y como no siempre todos los combidados acontecia ser de gusto, sucediò un dia, que hacia banquete al Embaxador de España, y à otros Cavalleros, llegarsele dos de mesa: eran personas principales, un Capitàn, y un Letrado, pero para èl enfadosissimos, y cansados ambos, y de quien antes havia murmurado conmigo à solas, porque tanto quanto gustaba de hombres de ingenio, verdaderos, y de buen proceder, aborrecia por el contrario todo genero de mentiras, aun en burlas: no podia vèr hypocritas, ni aduladores, queria que todo trato fuera liso, sencillo, y sin doblèz, pareciendole que alli estaba la verdadera ciencia. Y aunque havia causas en estos para ser aborrecidos, tengo tambien por sin duda, que hay en amarse, ò desamarse unos mas que otros algun influxo celeste, y en estos obraba con eficacia, porque todos los aborrecian. Bien quisiera mi amo escaparse de ellos, mas no pudo, à causa que se le llegaron en la calle, y le vinieron acompañando. Huvo de tenerles el embite por fuerza, trayendolos à su pesar consigo, que no hay peso que assi pese, como lo que pesa una semejante pesadilla. Luego como entrò por la puerta de casa le conocì en el rostro, que venìa mohino. Mirèle con atencion, y entendiòme: hizome señas, hablandome con los ojos, mirando aquellos dos Cavalleros, y no fuè mas menester para dexarme bien satisfecho, y enterado de todo el caso. Callè por entonces, y dissimulè mi pesadumbre: puseme à imaginar què traza podia tener, para que aquestos hombres, que tan disgustado tenian à mi amo, le pudieran ser en alguna manera de entretenimiento, y risa, pagando el escote. Tocòme luego en la imaginacion una graciosa burla, y no hice mucho en fabricarla, porque yà ellos venian perdigados, y la traìan guisada. Espere la ocasion, que yà estaba muy cerca, y guar-

dème para los poſtres, por ſer mejor admitido, que para que la boca ſe hincha de riſa, no hà de eſtàr el vientre vacìo de vianda; y nunca ſe quiſieron bien gracias, y amores, y tanto ſe rìe, quanto ſe come. Las meſas eſtaban pueſtas, vinieron ſirviendo manjares, brindaronſe los hueſpedes, y quando yà vì que ſe les calentaba la ſangre à todos, y andaba la converſacion en folla, tratando de varias coſas, antes de dàr agua manos, ni levantar los manteles, lleguème por un lado al Capitàn, y dixele al oìdo un famoſo diſparate: èl ſe riò de lo que le dixe, y viendoſe obligado à reſponderme con otro, me hizo baxar la cabeza para decirmelo al oìdo; y aſsi en ſecreto nos paſſaron ciertas idas, y venidas; y quando me pareciò tiempo à propoſito, levantele la voz muy ſin èl, diciendo con roſtro ſereno, qual ſi fuera verdad, que de lo que queria decir huvieramos tratado; y dixe: No, no, eſſo no, ſeñor Capitàn, ſi vueſtra merced ſe lo quiere decir, muy enhorabuena; pues tiene lengua para ello, y manos para defenderlo, que no ſon buenas burlas eſſas para un pobre mozo como yo, y tan ſervidor del ſeñor Doctor, como el que mas en el mundo. Mi amo, y los mas hueſpedes dixeron à una: Què es eſſo, Guzmanillo? Yo reſpondì: No sè, por Dios, aqui el ſeñor Capitàn, que tiene deſeo de verme de corona, me ordena los grados, y anda procurando còmo el ſeñor Doctor, y yo nos cortèmos las uñas, metiendonos en pendencia. El Capitàn ſe quedò helado del embeleco, y no ſabiendo en lo que havia de parar, ſe reia ſin hablar palabra; mas el Embaxador de Eſpaña me dixo: Guzmàn amigo, por mi vida, què ha ſido eſſo? Sepamos de què te ries, y enojas en un tiempo, que algo debe de tener de guſto? Pues vueſtra Señorìa metiò ſu vida por prenda, dirèlo, aunque muy contra toda mi voluntad, y proteſto, que no digo nada, ni lo dixera con menos fuerza, ſi me ſacàran la lengua por el colodrillo. Sabrà vueſtra Señorìa, que me mandaba el ſeñor Capitàn, que hicieſſe al ſeñor Doctor una burla, picandole algo en el corte de la barba, porque dice que la trae à modo de barba de pichèl de Flandes, y que la mete las noches en prenſa de dos tabletas, liada como guitarra, para que à la mañana ſalga con eſquinas, como limpiadera, pareja, y tableada, los pelos iguales, cortados en quadro, muy eſtirada porque alargue, para que con ella, y ſu bonete Romano acrediten ſus letras pocas, y gordas, como de libro de Coro; qual ſi fuera eſto parte para darlas, y no ſe huvieſſen viſto cavallos Argeles, hijos de otros muy caſtizos, y muy grandes, necios de falda, ma-

mayores que las de ſus lobas; y ſon como melones, que nos engañan por la pinta, parecen finos, y ſon calabazas: Eſto querìa que yo le dixeſſe como de mio; por eſſo digo, que ſe lo diga èl, ò haga lo que mandare. Santiguabaſe riendo el Capitàn, viendo mi embuſte, y todos tambien ſe reìan, ſin ſaber ſi fueſſe verdad, ò mentira, que tal nos huvieſſe paſſado. Mas el ſeñor Doctor, con ſu entendimiento ateſtado de ſopas, no ſabìa ſi enojarſe, ò llevarlo en burlas; empero como lo eſtaban los mas mirando, aſſomòſe un poco, y haciendo la boca de corrido, dixo: Monſieur, ſi mi profeſsion diera lugar à la ſatiſfaccion, que pide ſemejante atrevimiento, crea vueſtra Señorìa, que cumpliera con la obligacion en que mis padres me dexaron; mas como vueſtra Señorìa eſtà preſente, y no tengo mas armas que la lengua, daràſeme licencia que pregunte al Señor Capitàn, y me diga la edad que tiene; porque ſi es verdad lo que dice, que ſe hallò en ſervicio del Emperador Carlos V. en la Jornada de Tunez, còmo no tiene pelo blanco en toda la barba, ni alguno negro en la cabeza? Y ſi es tan mozo como parece, para què depone de coſas tan antiguas? Diganos en què Jordàn ſe baña, ò à què Santo ſe encomienda, para que le pongamos candelitas, quando le ayamos meneſter? Aclareſe con todos, tenga, y tengamos, pues ha ſalido de un triunfo, hagamos ambos vazas, que no ſerà juſto, haviendo metido prenda, que la ſaque franca. Todos los combidados bolvieron à refreſcar la riſa, en eſpecial mi amo, por haverſe tratado de dos coſas, que le cauſaban enfado, y deſeaba en ellas la reformacion; y viendo lo que havia paſſado, me dixo: Dì aora tù, Guzmanillo, què ſientes de eſto? Abſuelve la queſtion, pues propuſiſte el argumento. Yo entonces dixe: Lo que puedo reſponder à vueſtra Señorìa ſolo es, que ambos han dicho verdad, y ambos mienten por la barba.

CAPITULO IV.

AGRAVIADO SOLO EL DOCTOR, que Guzmanillo le huvieſſe injuriado en preſencia de tantos Cavalleros, quiſiera vengarſe de èl: ſoſſiegale el Embaxador de Eſpaña, haciendo que otro de los combidados refiera un caſo, que ſucediò al Condeſtable de Caſtilla Don Alvaro de Luna.

SOlemnizaron el agudo dicho, y el ençarecerlo algunos tanto, encendiò al Doctor de manera, que yà les peſaba de haverlo comenzado; mas el Embaxador de Eſpaña, con ſu mucha prudencia, tomò la mano en meter el baſtòn, haciendolo (con ſu diſcrecion) chacota. El Capitàn era de

buen proceder, Soldado corriente: reìase de todo, y santiguabase, jurando, que ni tal palabra hablò conmigo, ni le passò por el pensamiento tratar de caso semejante. Y como era hombre rasgado, y estaba sordo de oìr en su negocio mucho mas, y peor de lo que alli el Doctor dixo, y porque le pareciò que tenia razon en quanto hablaba, como injuriado, passò por ello. Mas quando el Doctor supo cierto haver sido yo solo el autor de su pesadumbre, de tal manera se bolviò contra mì, que partia con los dientes las palabras, no acertando à pronunciarlas de corage: quisiera levantarse à darme mil moxicones, y cabezadas, empero no le dexaron; y faltandole todo genero de venganza, no pudiendo con otra, que la sola lengua, la soltò en decirme quantas palabras feas à ella se le vinieron, de que hice poco caso, antes le ayudaba, diciendole que me dixesse. De esto se enojaba mas, vèr que de todo me burlaba, y fuè causa de que la soltasse demasiadamente, porque como excomunion iba tocando à participantes, y casi, y aun sin casi, si mi amo no lo atajàra, (viendo la polvareda, que suele un colerico necio levantar à veces, con que dexa obligados à muchos en mucho) passàra el negocio à malos terminos. Apaciguòlo con razones lo mejor que pudo divertirlo; y para bien hacerlo, barajando la conversacion passada, bolviò el rostro à Cesar, aquel Cavallero Napolitano que havia contado el caso de Dorido, y Clorinia, (el qual era uno de sus combidados) y dixole: Señor Cesar, pues yà es notorio en Roma, y à estos Cavalleros el caso, y muerte de la hermosa Clorinia, recibamos merced en que nos diga, què se sabe del constante Dorido, que me tiene con mucho cuidado? A su tiempo lo sabrà vuestra Señorìa (dixo Cesar) que aqueste no lo es para que de èl se trate, nì semejantes desgracias, y lastimas caeràn bien oy sobre lo que aqui ha passado. Mas pues havemos comido, y la fiesta viene, dirè otro caso, que la ocasion me ofrece, que por haver sido verdadero, creo darà mucho gusto. Agradecieronle todos la promessa; y estandole atentos, dixo:

Residiendo en Valladolid el Condestable de Castilla Don Alvaro de Luna, en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas veces madrugar las mañanas del Verano, y salirse à passear un poco, gozando del fresco por el campo; y despues de haver hecho algun exercicio, antes que le pudiesse ofender el Sol, se recogia. Una vez de estas, haviendose alargado, y detenido algo mas de su ordinario, por un alegre jardin, que à la orilla del Rio Pisuerga estaba, recreandose de vèr su

ſu varia compoſicion, hermoſas flores, alegres arboles, y ſabroſas frutas: entrò el calor de manera, que temiendo la buelta, y con el guſto de tanta recreacion, determinò quedarſe gozandola haſta la noche. Y en quanto los criados prevenian de lo neceſſario à la comida, (para entretener el tiempo) pidiò à dos Cavalleros, que le acompañaban, el uno Don Luis de Caſtro, y el otro Don Rodrigo de Montalvo, que cada uno le contaſſe un caſo de amores, el de mayor peligro, y cuidado, que le huvieſſe ſucedido; porque ſabìa bien, que los dos eran entonces los galanes de mas nombre, de iluſtre ſangre, diſcretos, gallardos de talle, y trato, curioſos en ſus veſtidos, generales, y brioſos en todas gracias, que pudieran con ſatisfaccion colmar ſu deſeo en aquella materia. Y para mas animarlos, prometiò por premio una rica ſortija de un diamante, que traìa en el dedo, à quien por el ſuceſſo mejor la mereciеſſe. Don Luis de Caſtro tomò luego la mano, y dixo: Bien podrà ſer (Condeſtable mi ſeñor) que otros amantes, para contar ſus deſdichas, las vayan matizando con ſentimientos, exageraciones, y terneza de palabras, en tal manera, que por ſu gallardo eſtilo provoquen à compaſsion los animos, y de los de eſte genero ſe halla mucho eſcrito. Mas que real, y verdaderamente, deſnudo de toda compoſicion, aya ſucedido en los preſentes tiempos negocio ſemejante al mio, no es poſsible, por ſer el mas eſtraño, y peregrino de los que ſe ſaben; y pues vueſtra Señorìa es el Juez, bien creo conocerà lo que tengo por èl padecido.

Yo amè à cierta ſeñora de eſte Reyno, doncella, y una de las calificadas de èl, tan hermoſa, como diſcreta, y honeſta, de lo qual, y de lo que mas dixere acerca de eſto, doy por teſtigo preſente à Don Rodrigo de Montalvo, como amigo, que ſolo ſe hallò preſente à todo. Servìla muchos años (y lo mejor de los mios) con tanto ſecreto, y puntualidad, que jamàs de mì ſe conociò tal coſa, ni en alguna de ſu guſto hice falta. Por ella corrì ſortijas, y toros, juguè cañas, mantuve torneos, y juſtas, ordenè ſaraos, y maſcaras. Y para deſvelar ſoſpechas, (deſmintiendo las eſpìas, que no ſe ſupieſſe, ni huvieſſe raſtro por donde ſe pudiera preſumir ſer por ella) ſiempre, para lo exterior, ponia los ojos en otras damas; empero real, y verdaderamente, bien conocia la de mi alma ſer ſola ella ſu dueño, y por quien lo hacia. En eſtas fieſtas, y otras ocaſiones encaminadas à eſte ſolo fin, me gaſtè de manera, ſacando facultades para vencer dificultades, y vendiendo poſſeſsiones, que ſiendo conocidamente mucho lo que mis padres me de-

xaron, todo lo consumì, hasta quedar tan pobre, que la merced sola de vuestra Señorìa es la que me sustenta; y aunque no es aquesto lo que pide menor sentimiento, verse un Cavallero como yo, de mi calidad, y prendas, mi hacienda deshecha, tan arrinconado, y pobre, que la necessidad me obligue à servir, haviendo sido servido siempre; que aunque confiesso por mucha felicidad el ser criado de vuestra Señorìa, no se duda quanta sea la buena fortuna de aquellos, que passan su vida con seguridad, y descuido, sin sobresaltos, ni desvelos en buscar medios con que grangear voluntades, tengo por la mayor de mis desgracias, y siento en el alma, que haviendome mi dama entretenido con falsas esperanzas, y promessas vanas, que nunca daria sus favores à otro; antes por premio de mi constante amor, se casarìa conmigo, de que me diò su palabra, ò fueron palabras de muger, ò fueron obras de mi corta fortuna, pues quando me viò gastado, y pobre, olvidada de todo lo passado, dandome de mano, la diò à otro, desposandose con èl. Faltò à su obligacion, y à su calidad, pues despreciada la mia, y los bienes naturales, hizo eleccion de los de fortuna, con marido no igual suyo, porque se le aventajaba en la hacienda, y aun en años, que hasta en estas desdichas hace suplir el dinero. Yà tengo dicho el discurso de mis amores, los venturosos principios, y desgraciados fines que tuvieron; y aunque por no cansar à vuestra Señorìa me acorto en referir por menor lo que padecì estos tiempos, vuestra Señorìa supla con su discrecion quanto serìa, quantos trabajos importarìa padecer, y à quantos peligros havrìa de ponerse quien seguia tan altos pensamientos, y tan recatado andaba en el secreto, para que nada faltàra de su punto. No creo tendrà Don Rodrigo, ni otro algun Cavallero, sucesso de infortunio mayor, que poder contar à vuestra Señorìa, pues amando con tanta firmeza, y sirviendo con tantas veras, fiado de palabras dulces, y suaves, perdì mi tiempo, perdì mi hacienda; y sobre todo à mi dama, para venirme à dàr en trueco de todo la fortuna solo el premio de aquessa sortija.

Don Luis acabò con esto su razonamiento, y Don Rodrigo de Montalvo comenzò el suyo, diciendo: Tambien haveis perdido la sortija, pues de razon serà mia; y bolviendo el rostro con las palabras al Condestable, prosiguiò de esta manera: Por cierto, señor Ilustrisimo, aunque confiesso ser verdad quanto Don Luis aqui ha referido, de que soy testigo de vista, por la grande amistad que avemos tenido siempre: aora no tiene razon de pretender el diaman-

mante; porque si desapassionado lo considera, y trocassemos los assientos, juzgaria en mi favor, y contra sì. Mas pues èl vive ciego, juzgaràlo vuestra Señoria por mi sucesso, el qual tiene su principio del fin de sus amores, que ha contado, que passa en esta manera: Pocos dias hà que nos andabamos èl, y yo passeando una tarde por la orilla de este mismo Rio, tratando de algunas cosas, bien agenas de lo que nos esperaba; quando se llegò à Don Luis un criado antiguo de esta misma señora dama suya, de cuya parte secretamente le diò una carta, que abierta, y leìda de Don Luis, me la diò que la leyesse: yo lo hice mas de una, y dos veces, maravillado de lo que havia en ella escrito; por lo qual, y por no ser pobre de memoria, me quedò toda en ella, y decia de esta manera: Señor mio, no es justo que me acuseis de ingrata, por pareceros tener alguna justa causa, que no es possible olvidarse (como lo havreis creìdo de mì) lo que se ama de veras; y pues reconozco mi deuda, y vuestra firmeza, reconoced, que ni tuve, ni tengo culpa contra vos cometida; y el no corresponder à vuestro merecimiento con mis obras, fuè por ser tan contrarias à lo que se debia en aquel estado tan peligroso de doncella. Estorvaron el matrimonio (que con vos deseaba, mas que à mi propia vida) la obediencia de hija, el mandato de padres, y la instancia de mis deudos, movidos todos de vano interesse, y titulo de Condesa, que contra mi gusto tengo; pues me obligaron à entregar el cuerpo, à quien jamàs dì el alma, por ser en calidades, y edad tan contrario à la mia. Vuestra soy todo el tiempo que viviere, lo qual podreis conocer en el deseo que tengo de acudir à los vuestros. El Conde mi marido hace una larga jornada, venìos aqui luego, y no traygais en vuestra compañia otra persona, que à Don Rodrigo vuestro amigo; y quando llegueis à esta Villa, hallareis à la entrada de ella, en una Ermita, orden para lo que haveis de hacer.

Esto contenia la carta, la qual vista por Don Luis, que lo que venìa en ella era lo mas contrario de su esperanza, y natural à su deseo, no podrè significar las passiones amorosas que sintiò, leyendola por momentos: ponia con atencion los ojos en ella, bolvialos al criado, esperando que à voces le dixeramos todos la certeza de su gusto, por el bien prometido, que aùn dudaba de ello; y tan turbado como alegre, me decia: Què vèmos, Don Rodrigo? Estoy recordado? Es por ventura sueño? Somos vos, y yo los que leìmos esta carta? Es por ventura esta letra de la Condesa, y aquel su Escudero? Faltame

acaso el juicio, y como afligido enamorado, cercano à la desesperacion, finjo imaginaciones para engañar à la fantasìa? Con todas estas cosas, y certificarse de ellas, diciendole yo no ser ilusiones, antes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, le animè à que con toda diligencia se abreviasse la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hizose luego, y quando llegamos à la Ermita, hallamos en ella una reverenda, y honrada dueña, que por saberse yà el dia, y hora que haviamos de llegar, nos esperaba, la qual nos diò un recado, diciendonos que el Conde su señor havia salido fuera, y bueltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardassemos alli en quanto fuesse à Palacio à decir à sú señora la Condesa su llegada. Fuèse, y quedàmos, yo algo confuso, y Don Luis desesperado: yo por las dificultades, que se pudieran ofrecer; y èl de considerar su corta fortuna, que nunca dexaba de seguirle; y assi, en el tiempo que se dilatò la buelta de la buena dueña, nos passaron muchos cuentos, que no son para referir en este, y à las once de la noche bolviò à nosotros, diciendo que la siguiessemos. Ayudabanos la obscuridad, y metiònos con mucho secreto en un aposento de Palacio, donde saliò la Condesa, que nos recibiò con grandissimas muestras de alegrìa. Yà despues de havernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fuè breve, me dixo la Condesa: Don Rodrigo, el tiempo que tenèmos para poder gozar la ocasion que se ofrece, yà con vuestra discrecion podreis juzgar quanto sea corto. Tambien sabeis la obligacion de amistad que teneis à Don Luis; y quando esta faltàra, por mì que lo pido, debeis concederme un ruego. Sabed que como el Conde mi marido, por indisposicion que tuvo, se bolviesse del camino, y llegasse cansado, se fuè luego à echar à la cama, donde le dexo dormido; mas porque podria suceder que en despertando alargasse alguna pierna, ò brazo àcia mi lugar, y me hallasse menos, de lo qual me resultarìa notorio peligro, y grandissimo escandalo en la casa, deseo que en tanto, que aqui nos entretenèmos hablando vuestro amigo Don Luis, y yo, que à lo mas largo podrà ser como un quarto de hora, os acosteis en mi lugar, y esteis en èl, para que con esto pueda estàr aqui segura; y me constituyo por fiadora de vuestro peligro, que no tendreis alguno; porque demàs de ser el Conde viejo, nunca recuerda en toda la noche, hasta yà muy de dia, sino es à gran maravilla, que suele dàr un buelco, y luego se duerme. Sabe Dios, y considère vuestra Señorìa quanto me podria pesar, que la Condesa me pu-

siera

ſiera en tan evidente peligro. Mas como los actos de cobardìa ſon tan feos, pareciendome que ſi lo rehusàra no cumplìa con mi honra, ni obligaciones, tanto de amiſtad, como ruego de la Condeſa, dixe que lo haria: Pedìles encarecidamente, que no ſe detuvieſſen mucho, pues reconocian el rieſgo en que por ſus guſtos me ponia. Ellos me lo prometieron, y juraron, que à lo mas largo no paſſarìa de media hora. Puſome la Condeſa un tocado ſuyo, y deſnudo, y deſcalzo me llevò à ſu retrete, y me metiò en ſu cama. No havia luz alguna, eſtaba todo à obſcuras, y en eſtraño ſilencio: eſtuveme aſsi à un lado de la cama, lo mas apartado que pude, no un quarto de hora, ni media, ſino mas de cinco, que era yà caſi de dia. Conſidère cada uno, y juzgue lo que pudiera ſentir en lugar ſemejante, y tanto tiempo. Què congoxas por no ſer conocido! Con quanto temor de no ſer ſentido! Y era lo menos que ſentìa, lo mas que me pudiera ſuceder, que era la muerte, ſi recordàra el Conde; porque como entrè deſnudo, y ſin armas, havia de ſer à brazos la pendencia; y quando de los ſuyos eſcapàra, no pudiera de los de ſus criados, pues no ſabìa còmo, ni por donde havia de huìr; y no fueron ſolas eſtas mis congojas, que adelante paſſaron, porque Don Luis, y la Condeſa ſe reìan, y hablaban tan deſcompueſtos, y recio, que les oìa deſde la cama caſi todo lo que decian, con que me aumentaban el temor no deſpertaſſen al Conde, y entre mì me deshacia, viendo que no les podìa decir, que hablaſſen quedo, yà que ſe tardaban. Rebentaba con eſto, por no poder apartarme de alli un punto, por eſta negra honrilla. Deſpues de todo eſto, yà quando vieron el dia tan cerca, que caſi era claro, ſe vinieron riſueños, y juntos àcia la cama, con una vela encendida, llegandoſe adonde yo eſtaba, con mucha grita, y triſca, haciendo grande ruido. Entonces vine à penſar, ſi con el mucho contento ſe huvieran buelto locos. Yà me peſaba tanto de ſu deſgracia, como de mi deſventura, pues havia de ſer la infamia, y caſtigo general en todos, y ſin que alguno eſcapaſſe de èl, ellos por faltos, y yo por ſobrado. Vìme de modo, que dentro de un eſpacio muy breve tuve mil imaginaciones, y ninguna que me pudiera ſer de provecho; y eſtando en ellas, en medio de mi mayor conflicto, ſe vinieron acercando à la cama, y tirando la Condeſa de la cortina, que yà podiamos claramente vernos, quedè ſin algun ſentido, tanto, que quiſiera huìr, y no pude; mas muy preſto bolvì en mì, porque yo que ſiempre creì tener à mi lado al Conde, alzando la Condeſa la ropa de la cama, deſcu-

cubriò el desengaño, y conocì no ser èl, sino una señora doncella, hermana de la Condesa, hermosa como la misma Venus. De lo qual, y de la burla, que creì haverseme hecho, quedè tan atajado, y corrido, que no supe hablar, ni otra cosa que hacer, mas de levantarme como estaba en camisa, y salir à buscar mis vestidos, de que despues me avergoncè mucho mas, de lo que temì antes. Vea, pues, vuestra Señoria el peligro à que me puse, y juzgue por èl deberseme dàr la sortija. Riendose mucho de esto el Condestable, dixo: Que Don Luis no debia tener quexa del amor, pues aunque tarde, y con trabajos, llegò à conseguir su deseo, y asi no era merecedor del premio puesto. Ni tampoco Don Rodrigo, pues no havia corrido algun peligro durmiendo con el Conde, aunque havia sido muy donosa la burla que le havian hecho. Por lo qual juzgaba no ser alguno de ellos dueño del diamante; y sacandolo del dedo, le entregò à Don Rodrigo, para que lo embiasse à la doncella con quien havia dormido, pues ella sola padeciò el peligro, y lo corriera su honra si fuera sentida. Con esto diò fin à su cuento, y todos muy contentos, quedaron determinando, si la sentencia del Condestable havia sido discreta, ò justa. Loaronlo todos de cortesano, y con esto, haciendoseles à cada uno la hora para sus negocios, poco à poco se deshizo la conversacion, y se despidieron por acudir à ellos.

CAPITULO V.

NO SABIENDO UNA MATRONA Romana como librarse (sin detrimento do su honra) de las persuasiones de Guzmàn de Alfarache, que la solicitaba para el Embaxador su señor, le hizo cierta burla, que fuè principio de otra desgracia, que despues le sucediò.

LOS que del rayo escriven dicen, y la experiencia nos enseña; ser su sobervia tanta, que siempre menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo mas fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la bayna. Desgaja, y despedaza una robusta encina, y un tocar à la dèbil caña. Postra la levantada torre, y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si assalta un hombre, como si fuesse barro, le deshace los huessos, y dexa el vestido sano. Derrite la plata, el oro, los metales, y moneda, salvando la bolsa en que està metida; y siendo asi, se quebranta su fuerza en llegando à la tierra, ella sola es quien le resiste. Por lo qual en tiempos tempestivos, los que sus efectos temen,

men, se acostumbran meter en las cuevas, ò soterraneos hondos, porque dentro de ellos conocen estàr seguros. El impetu de la juventud es tanto, que podèmos verdaderamente compararlo con el rayo, pues nunca se anima contra cosas fràgiles, mansas, y domesticas, antes de ordinario aspira siempre, y acomete à las mayores dificultades, y sinrazones. No guarda ley, ni perdona vicio: es cavallo, que parte de carrera, sin temer el camino, ni advertir en el paradero. Siempre sigue al furor, y como bestia mal domada, no se dexa ensillar de razon, y alborotase sin ella, no sufriendo ni aun la muy ligera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su antojo propio se sosiega; y siendo esta furiosa fiera, solo con la humildad se corrige. Esta es la tierra, contra quien su fuerza no vale, su contrayerva, donde se halla fiel reparo: De suerte, que no hay esperar cosa en el mozo, que no fuere humilde, por ser la juventud puerta del pecado. Criême consentido, no quise ser corregido; y como la prudencia es hija de la experiencia, que se adquiere por transcurso de tiempo, no fuera mucho si erràra como mancebo, mas que haviendome sucedido lo que yà de mì has oìdo en los amores de Malagòn, y Toledo, y debiendo temer (como gato escaldado) el agua fria, diesse mas credito à mugeres, y me quisiesse dexar llevar de sus enredos, que no conociesse con tantas experiencias, tales, que siempre nos tratan con cautela, ò nace de mucha simplicidad nuestra, ò demasiada passion del apetito: y aquesto es lo mas verdadero, y cierto. Y à Dios pluguiera, que aqui paràra, y en este puerto dixera mi plus ultra, plantando las columnas de mi escarmiento, sin que (como veràs adelante) no reincidiera mil veces en esta flaqueza, sin poderme preciar de que de alguna huvisse salido con bien de la feria. Mas como el que ama, siempre hace donacion à quien ama de su voluntad, y sentidos, no es maravilla, que como ageno de ellos haga locuras, multiplicando los disparates. El Embaxador mi señor amaba una señora principal, y noble, llamada Fabia. Era casada con un Cavallero Romano, à la qual yo passeaba muy amenudo, y no con pequeña nota, pues yà por ella estaba indiciada sin razon, porque de su parte jamàs huvo para ello algun consentimiento, ni causa. Mas como todos, y cada uno puede amar, protestar, y darse de cabezadas contra la pared, sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacia lo que su passion le dictaba, y ella lo que à su honra, y la de su marido le convenia. Verdad es, que no estabamos tan ciegos, que dexassemos de ver

por

por la tela de un cedazo, faltandonos de todo punto la luz: alguna llevabamos, aunque poca. El marido era viejo, mezquino, y mal acondicionado: mirad què tres enemigos contra una muger moza, hermosa, y bien traìda. Con esto, y con que una familiar criada suya (doncella que havia sido) era prenda mia, creì que por sus medios, y mis modos, con las ocasiones dichas, pudieramos facilmente ganar el juego: Mas quien, sino mi desdicha, lo pudiera perder, llevando tales triunfos en la mano? Saliòme todo al rebès, no es todo facil, quanto lo parece: virtudes vencen señales, y nada es parte para que la honrada muger dexe de serlo. Quando esta supo lo que con su criada me passaba, procurò vengarse de ambos à su salvo, y mucho daño de nuestro amor, y de mi persona en especial; porque como me viesse solicitar esta causa tanto, y su doncella, dama mia, por mis interesses, y gusto ayudasse con todo su cuidado en ello, haciendo à tiempos algunas remembranzas, no dexando passar carta sin embite, y aun haciendo de falso muchos, con rodèos, que nunca le faltaban; de tal manera, que como la honrada Matrona se viesse acosada en casa, y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres, ni embelecos de los que algunas acostumbran para calificar su honestidad, y con aquel seguro gozar despues de su libertad, que la muger honrada, con medios honrados trata de sus cosas, no dando campanadas para que todos la oìgan, y censuren, y que cada qual sienta de ellas como quisieren; porque como son los buenos menos, los mas juzgan mal, por ser malos ellos, y aquella voz ahoga, como la cizaña el trigo. Como esta señora era Romana, hizo un hecho Romano: conociendo su perdicion, acudiò al remedio con prudencia, fingiendose algo apassionada, y aun casi rendida. Un dia que la Criada la metiò cierta coleta en el negocio, se le mostrò risueña, y con alegre rostro la dixo: Nicoleta, (que assi se llamaba la moza) yo te prometo, que sin que huvieras gastado conmigo tantas invenciones, ni palabras estudiadas, me huvieras yà rendido la voluntad, que tan salteada me tienes, porque yo se la tengo à Guzmàn, y à su buen termino, demàs, que su amo merece que qualquiera muger de mucha calidad, y no tan ocasionada, huelgue de su amistad, y servicios: mas como sabes, y has visto, no sè còmo sea possible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues aun faltando causa verdadera, y no haviendose dado de mi parte algun consentimiento à lo que por ventura deseo, yà se murmura por el barrio.

rio, y en toda Roma, lo que aun en mi casa, y contigo, que sola pudieras venir à ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado; y pues yà està en terminos, que la voz popular corre con tanta libertad, y yo no la tengo para resistirme mas de el amor de aquesse Cavallero, lo que te ruego es, que lo dispongas, y traces con el secreto mayor, que sea posible: dile à Guzmàn, que acuda por acà estas noches, para que una de ellas le dès entrada, y se vea conmigo, si se ofreciere oportunidad, para tratar algo de lo que deseamos. Nicoleta se arrojò por el suelo de rodillas, no sabiendo què besar primero, si los pies, ò las manos; y con la cara encendida en fuego de alegria, no cessaba de rendirla gracias, calificando el caso, y afeando las faltas de su viejo dueño. Traiale à la memoria las passadas pesadumbres, mala condicion, y sequedades, que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolucion, que simplemente creyò haver tomado. Con esto se vino à mì desalada, los brazos abiertos, y enlazandome fuertemente con ellos, me apretaba, pidiendome las albricias, que despues de ofrecidas, me refiriò lo passado. Yo con ella por la mano (como quien lleva despojos de alguna famosa victoria) nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebràmos la buena nueva, dando trazas de la hora, còmo, y por donde havia yo de pòder entrar à hablar con Fabia; y dando mi amo à Nicoleta un bolsillo, que tenia en la faltriquera con unos escudos Españoles, hacia como que no querìa recibirlo; mas nunca cerrò el puño, ni encogiò la mano, antes por la verguenza la bolviò atràs como el Medico, y con una risita le daba gracias por ello. Con esto se despidiò de èl, y de mì: quedòse mi amo dandome cuenta de sus amores, y yo à èl parabienes de ellos, con que passamos toda aquella tarde. Yà despues de anochecido, à las horas que tenia de orden, fuì à mi puesto, hice la seña, mas ni aquella noche, ni en otras tres, ò quatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegòse un dia, que havia muy bien llovido menudico, y cernido, y à mis horas vine à correr la tierra con lodos (como dicen) hasta la cinta: lleguè algo remojado, anocheciò muy obscuro, y assi fuè todo para mi: mi suerte (que no debiera) llegò à tener efecto. Como para las cosas de interesse, y gusto importe tanto despedir el miedo, y acometer à las dificultades, con ossado animo, yo lo mostrè aquella vez mas de lo que importaba, pues con agua del Cielo, y barro en el suelo, la noche tenebrosa, y dandome con la frente por las esquinas, vine al reclamo.

Lue-

Luego fuì conocido, empero hicieron por un rato estarme mojando, y tanto, que yà el agua, que havia entrado por la cabeza, me salìa por los zapatos: mandaronme esperar un poco, y quando yà no lo havia en todos mis vestidos, ni persona que no estuviesse remojado mucho, sentì que muy pasito abrian la puerta, y à Nicoleta llamarme. Parecióme aquel aliento, que saliò de su voz de tanto calor, que me dexò todo enjuto: yà no sentia el trabajo passado, con la regalada visita de la fregoncilla de mi alma, y esperanzas de gozar la de Fabia. Poco haviamos hablado, porque solo me havia dado el bien venido, quando baxò la señora, y dixo à su criada: Oyes, Nicoleta, sube arriba, y mira lo que tu señor hace; y si llamàre, avisame de ello, en tanto que aqui estoy con el señor Guzmàn hablando. A todo esto estabamos à obscuras, que ni los bultos nos viamos, ò con dificultad muy grande, quando me comenzò à preguntar por mi salud, como si me la deseàra, ò le fuera de importancia, ò gusto. Yo la repliquè con la misma pregunta, dila un largo recado de mi amo, en agradecimiento de aquella merced, y ofrecìlo à su servicio, con una elegante oracion, que tenia estudiada para el propio efecto; mas antes de concluìrla, en la mayor fuerza de ella, ganada la benevolencia, no la pude hacer estàr atenta, ni bolverla dòcil, porque alborotada con un improviso, me dixo: Señor Guzmàn, perdone por mi vida, que con el miedo que tengo, todos pienso que me acechan. Entrese aqui dentro, y allì frontero hay un aposento: vayase à èl, y aguarde en tanto que voy à dàr una buelta por mi casa, y asseguro mi gente, presto serè de buelta, no haga ruido. Yo la creì, entrème de hilo, y pareciendome que atravesaba por algun patio, quedè metido en jaula, en un sucio corral, donde à dos, ò tres passos andados tropecè con la priessa en un montòn de basura, y dì con la cabeza en la pared frontera tal golpe, que me dexò sin sentido; empero con el salto que me quedaba, poco à poco anduve las paredes à la redonda, tentando con las manos (como los niños que juegan à la gallina ciega) en busca del aposento, mas no hallè otra puerta, que la por donde havia entrado. Bolvì otra vez, pareciendome, que quizà con el recio golpe no la hallaba, y vine à dàr en un callejoncillo angosto, y muy pequeño, mal cubierto, y no todo, donde solo cabìa la boca de una media tinaja, lodoso, y pegajoso el suelo, y no de muy buen olor, donde vì mis daños, y considerè mis desventuras. Quise bolverme à salir, y hallè la puerta cerrada por defuera. El agua era mu-

mucha, fuème forzoſo recogerme debaxo de aquel avariento techo, y deſacomodado ſuelo. Alli paſsè lo que reſtò de la noche, harto peor para mì, que la Toledana, y no de menor peligro, que la que tuve con el Genovès mi pariente. No ſolo me afligìa el agua que llovia, que aunque no venia cernida, caiame à canal, y quando menos goteando. Mas conſideraba que havia de ſer, que pues me havian armado aquella ratonera, ſin duda por la mañana ſerìa entregado al gato. Tràs eſto me venian luego à la imaginacion otros diſcurſos con que me conſolaba, diciendo: Libreme Dios de la tramontana de eſta noche, y dexeme amanecer con vida, que quando el patron de la nave aqui me halle, todo ſerà decirle, que ſu criada me traxo, y que ſoy ſu marido, porque ſerà menor daño caſarme con ella, que verme deſencaxar los hueſſos à tormentos, para que diga lo que buſcaba, ſi acaſo con eſſo ſe contenta, y no me dà de puñaladas, y me ſepulta en eſte mal cementerio, acabando de una vez conmigo. En eſto iba, y venia, haſta que yà deſpues de las dos de la madrugada me pareciò que yà abrian la puerta, con que todo lo paſſado ſe me hizo flores, creyendo ſerìa Fabia, que bolvia; mas quando à la puerta lleguè, y la hallè ſin cerrojo, ni perſona viviente por todo aquello, bolvì à cobrar con mayor temor mis paſſadas imaginaciones, creyendo, que detràs de alguna pared, ò puerta de la caſa eſperaban que ſalieſſe, para con mayor ſeguro, y facilidad quitarme la vida. Deſembaynè la eſpada, y en otra mano la daga, fui poco à poco reconociendo (con la eſcaſa luz de la madrugada) los paſſos por donde me havian entrado, que no eran muchos, ni dificultoſos; empero con mas miedo que verguenza, lleguè à la puerta de la calle, que hallè tambien abierta. Quando puſe los pies en el umbral, abrì los ojos, y vì que lo paſſado havia ſido caſtigo de mis atrevimientos, y que aunque la burla fuè peſada, pudiera ſerlo mas, y peor. Conſoleme, y reconocìme, ſentì mi culpa, y en eſte penſamiento llegue haſta mi caſa, donde entrando en mi apoſento, me deſnudè, y metìme rebuelto entre las frazadas, para cobrar algun calor del que con el agua, y ſuſtos havia perdido. De eſta manera paſse haſta caſi las diez del dia, ſin poder tomar ſueño, de corrido, penſando, y vacilando en lo que podria reſponder à mi amo; porque ſi decia la verdad, fuera con afrenta notable mia, y me avian de garrochear por momentos, dandome con aquella burla por las barbas, riendoſe de mi los niños. Negarſelo, y entretenerlo, tampoco me convenia, pues yà Nicoleta le havia cogido

las

las albricias, y pareceriale invencion para llevarle su dinero. Todas eran matas, y por rozar; de una parte malo, y de la otra peor; si saltaba de la sartèn, havia de dàr en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaxe, veis aqui donde un criado tocò en mi aposento, que Monsieur me llamaba. O desgraciado de mì! (dixe luego) què harè, que me cogen las manos en la massa, y al pie de la obra, el hurto patente, y por prevenir el despidiente: animo, animo, (me respondì) quando te suelen à tì arrinconar casos como este, Guzmàn amigo? Aùn el Sol està en las bardas, el tiempo descubrirà veredas; quien te sacò à noche del corral, te sacarà oy del retrete. Tomè otro de mis vestidos, y tan galàn, como que tal por mì no huviera sucedido, subì adonde me llamaba el Embaxador mi señor. Preguntòme còmo me havia ido? y còmo no le havia dado cuenta de lo passado con Fabia? Respondìle, que me tuvieron en la calle hasta mas de media noche, aguardando la vez, y ultimamente la tuve mala, y naciò hija, pues no fuè possible hablarme, ni darme puerta. Tambien le dixe, que me querìa bolver à echar, porque no me sentia con salud por entonces. Diòme licencia, subìme à la cama, desnudème, y comì en ella, y assi me quedè hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo, ni substancia. Como con el enojo, y pensamientos no tomaba reposo, ni de un lado tenia sossiego, ni del otro, de espaldas me cansaba, y sentado no podia estàr, determinè levantarme. Yà tenia los vestidos en las manos, y los pies fuera de la cama, quando entrò en mi aposento un mozo de cavallos, y dixo: Señor Guzmàn, abaxo en el zaguan estàn unas hermosas, que le llaman. O que les venga el cancer, dixe. Dìles que se vayan al burdèl, ò que no estoy en casa. Pareciòme que yà toda Roma sabìa de mi desdicha, y que serian algunas maleantes, que me venian à requerir con algun ladrillejo: recelème de ellas, hice que las despidiesse, y assi se fueron. Aquella noche me mandò mi amo continuar la estacion: respondìle hallarme mal dispuesto, por lo qual quiso que me retirasse temprano, y avisasse de lo que havia menester; y si fuesse necessario, llamar al Medico. Besèle las manos, por la merced, muy à lo regalòn, y bolvìme à mi aposento, donde me recogì solo, como aquel dia lo havia hecho. Por la mañana del siguiente amaneciò conmigo un papel de mi Nicoleta, quexandose de mì, porque haviendome venido à visitar el dia passado, no la havia querido hablar, ni darla aviso de lo que la noche antes

havia tratado con ſu ama; què ocaſion tuve, pues havia paſſadoſe aquella noche ſin dàr buelta por aquella calle, y que me havia eſperado haſta mas de las doce. Añadiò à eſto otras palabras, que me dexaron tan ſobreſaltado, como confuſo. Y para ſalir de duda, la reſpondì por otro villete, que aquel dia por la tarde la viſitarìa por la calleja detràs de la caſa. Eſtaba la de Fabia entre dos calles, y à las eſpaldas de la puerta principal havia un poſtigo, y encima de èl un apoſento con una ventanilla, por donde comodamente podia Nicoleta hablarme de dia, por ſer calleja de mal paſſo, angoſta, y llena de lodo; y entonces lo eſtaba tanto, que mal, y con trabajo pude llegar al ſitio. Quando en èl eſtuve, me preguntò, què havia ſido de mì? què grande ocaſion pudo impedirme, que la noche antes no la huviera viſitado, quando no por ella, debiera hacerlo por ſu ama? Formaba muchas quexas, culpando la inconſtancia de los hombres, como no por amar, ſino por vencer, ſeguian à las mugeres, y en teniendoles alguna prenda, las olvidaban, y tenian en poco. De eſto, y de lo que profeſſaba quererme, conocì ſu inocencia, y la malicia de Fabia, pues nos queria engañar à entrambos; y dixela: Nicoleta mia, engañada eſtàs en todo, ſabe que tu ſeñora nos ha burlado: referìla lo que me havia ſucedido, de que ſe ſantiguaba, no ceſſando de hacerſe cruces, pareciendole no ſer poſsible. Yo eſtaba muy galàn, perniabierto, eſtirado de cuello, y tratando de mis deſgracias, muy deſcuidado de las preſentes, que mi mala fortuna me tenia cercanas; porque aconteciò, que como por aquel poſtigo ſe ſervian las cavallerizas, y ſe huvieſſe por èl entrado un gran cebòn, hallòle el mozo de cavallos hozando en el eſtiercol en junto de las camas, y todo eſparcido por el ſuelo, tomò bonico una eſtaca, y diòle con ella los palos que pudo alcanzar. El era grande, y gordo, saliò como un toro huyendo; y como eſtos animales tienen de coſtumbre, ò por naturaleza, caminar ſiempre por delante, y rebolver pocas veces, embiſtiò conmigo, cogiòme de bola, quiſo paſſar por entrepiernas, y llevòme à horcaxadillas, y ſin poderme cobrar, ni favorecer: quando acordè à valerme, yà me tenia en medio de un lodazàl, y tal, que por ſalvarlo, para que me ſacaſſe de èl, convino el abrazarle por la barriga con toda mi fuerza, y como ſi jugàramos à quebranta barriles, ò à punta con cabeza, dandole aldabadas à la puerta falſa, con hocicos, y narices me traſpuſo (ſin poderlo eſcuſar, temiendo no caer en el cieno) tres, ò quatro calles de alli, à todo correr,

y grunir, llamando gente, hasta que conocido mi daño, me dexè caer, sin reparar adonde, y me huviera sido menor mal en mi callejuela; porque supuesto que no fuera tanto, ni tan publico, tenia cerca el remedio. Levantème muy bien puesto de lodo, silvado de la gente, afrentado de toda Roma, tan lleno de lama el rostro, y vestido de pies à cabeza, que parecia salir del vientre de la Vallena. Dabanme tanta grita de puertas, y ventanas, y los muchachos tal priessa, que como sin juicio buscaba donde esconderme. Vì cerca una casa, donde creì hallar un poco de buen acogimiento: entrème dentro, cerrè la puerta, haciendome fuerte contra todo el pueblo, que deseaba verme: mas no me aconteciò segun lo deseaba, que al malo no es justo sucederle cosa bien, pena es de su culpa, y assi lo fuè de la mia el mal recibimiento que alli me hicieron, como lo sabràs en el siguiente Capitulo.

CAPITULO VI.

EN LA CASA QUE SE RETIRÒ Guzmàn de Alfarache, se quiso limpiar: Cuenta lo que le passò en ella, y despues con el Embaxador su señor.

YA era noche obscura, y mas en mi corazon. En todas las casas havia encendidas luces; empero mi alma triste siempre, padeciò tinieblas. No sentìa, ni consideraba ser tarde, ni que el señor de la posada, donde me havia recogido, me queria vèr fuera de ella, y rempujandome con palabras, no veìa la hora que me fuesse, porque tenia recelo, y sospechaba, si aquello huviera sido estratagema mia, tomando aquel achaque para tener en su casa entrada, y à buen seguro hacer mi herida. El bueno del señor no andaba descaminado, porque la señora su dueña era en su casa el dueño, amiga de su gusto, cerrada de sienes, y no muy firme de los talones. No era maravilla vèr su marido visiones, antojandosele con qualquier sombra el malo. Por lo qual, quando de sus puertas adentro me viò, recogiò su gente, y dexandome solo en el portal de à fuera, no havia consentido que aun solo à darme un caldero con agua saliessen fuera. Assi yo pobre, lleno el vestido de cieno, las manos asquerosas, el rostro sucio, iba entreteniendo la salida, con temor si aun todavia huviesse à la puerta gente para vèr mi nueva librea, que mejor se dixera lebrada. Como los que vieron mi desgracia no fueron pocos, refiriendola en corrillos à los que venian de nuevo, y yo, que (generalmente) no estaba bien recibido, deteniansè todos à oirla, dando unos, y otros gritos de risa, sig-ni-

nificando todos grande alegria, y quizà los mas de ellos tenian razon, y en aquello vengaban las buenas obras de mì recibidas. Alli se pudo decir por mì lo de el romance: Mas enemigos, que amigos, tienen su cuerpo cercado; dicen unos, que le entierren, y otros, que no sea enterrado. Estaba llena la calle de gente, y muchachos, que me perseguian con gritos, diciendo à voces: Echalo fuera, echalo fuera, salga esse sucio en adobo. Hacianme perder la paciencia, y el juicio. Havia entre la gente honrada otros de mi vanda, y todos tales como yo, apassionados mios. Aquestos me defendian, procurando sossegar à la canalla con amenazas, porque yà se desvergonzaban à tirar piedras à la puerta, deseando que saliera. Y no culpo à ninguno, ni me desculpo à mì, que yo hiciera en tal caso lo mismo contra mi padre, que las cosas de curiosidad, que no caen como las Carnestolendas cada un año, no tengo por excesso procurarlas vèr. No es encarecimiento, y doy mi palabra, que si por dineros dexàra que me vieran, pudiera en aquella ocasion quedar muy bien parado, que todo yo era un bulto de lodo, sin descubrirseme mas de los ojos, y dientes, como à los negros, porque me sucediò el caso en lo muy liquido de una embalsada, que se hacia enmedio de la calle. Verdad sea, que con el cuchillo de la espada raì lo que pude, mas no pude tanto, que fuesse de alguna consideracion, que assi como assi quedò el vestido mojado, y entrapado en cieno; mas aprovechòme de que no fuera por las calles goteando como carga de paños, quando la traen del Lavadero. De esta manera, yà tarde, haviendose ido toda la gente, salì qual digan dueñas, y en tal se vea quien mas de ello se huelga. Si en desdichas hay dichas, por el consuelo que se suele ofrecer en ellas, este dia parece que la fortuna retozaba conmigo, y andaba de juego de cañas, porque yà que me desfavoreciò con semejante trabajo, ayudòme con la noche, y tan obscura, que se retirò la gente, dandome lugar à que saliesse sano, salvo, y sin peligro, del muchissimo que me aguardaba. Salì encubierto, sin ser conocido, y à passo largo, huyendo de mì mismo, por la mucha suciedad, y mal olor que llevaba: mas este no pudo dissimularse, porque por donde passaba iba dando señal, siendo sentido de muy lexos, y ninguno bolviò à mirarme, que no sospechasse cosa mala. Unos decian: Dexadlo, passe, que desgracia de tripas ha sido. Decianme otros: Acabese yà de requerir, y no corra tanto, pues no puede ser el cuervo mas negro que las alas. Tapandose otros las na-

narices, decian: Pò, aguas mayores han ſido, gran llaga lleva eſte diſciplinante: aguije preſto, hermano, y laveſe, antes que ſe deſmaye. Para todos llevaba, y à ninguno faltaba que decirme, haſta preguntarme algunos: Amigo, à còmo vale la cera? Yo callando reſpondìa, que no ſiempre me dexaban ir enhorabuena, y à los que me la pegaban mala, entre mì ſe la bolvia, como buen monacillo; y con eſto, baxando la cabeza, paſſaba de largo. Lo que me atribulaba mucho, era verme ladrado de perros, que como aguijaba tanto, me perſeguian cruelmente, y en eſpecial gozquejos, haſta llegarme à morder en las pantorrillas. Querialos aſſombrar, y no me atrevia, porque con la defenſa no ſe juntaſſen mas, y mayores, y me dexaſſen (qual à otro Anteòn) hecho pedazos con ſus dientes. Ultimamente, con todas eſtas deſdichas à Sevilla huve llegado. Lleguè à mi poſada, y ſin que alguno me ſintieſſe, ſubì haſta mi apoſento, que no fuera pequeña dicha, ſi la tuviera de poder entrar dentro: luego metì la mano en una faltriquera para ſacar la llave, y no la hallè: buſquèla en la otra, y tampoco: daba ſaltos en el ayre ſi ſe me huvieſſe metido por los follados de las calzas, y no la deſcubrì, porque ſin duda ſe me cayò en la caſa que me recogì, queriendo ſacar un lienzo para limpiarme las manos, y el roſtro. Eſta fuè para mì una grande peſadumbre. Levantando los ojos, caſi con deſeſperacion dixe: Pobre miſerable hombre! què harè? Donde irè? Què ſerà de mì? Què conſejo tomarè, para que los criados de mi amo, y compañeros mios no ſientan mis deſgracias? Còmo diſſimularè, para que no me martyricen? A todo el mundo podrè decir que mienten, mas no à los de caſa, ſi me vieren: à todos podrè confeſſar, ò negar parte, ò todo, ſegun me pareciere; pero aqui yà me cogen con el hurto en publico, abierta la cauſa, y cerrada la boca, ſin razon que darles, ni mentira que ofrecerles en mi defenſa. Los embidioſos de mi privanza ſe bañaràn en agua roſada, y convocaràn à ſus amigos, para que como enxambre tràs la maeſtra, todos corran à verme, y correrme. Perdido ſoy, de eſta vez ſe anega mi barquilla, que no hay Piloto que la ſalve, ni Maeſtre que la govierne. Con eſtas exclamaciones paſſaba perdido, y con mi poca prudencia no me acordaba del mal nombre que tenia en Roma, y lamentabame con alharacias de un caſo de fortuna: O ſi el reſpeto, que ſentimos en las adverſidades corporales, hicieſſemos el ſentimiento en las del alma! Empero acontecenos como à los que hacen barrer la delantera de la puerta de ſu calle, y meten la baſura en caſa.

casa. Diciendo estaba endechas à mis desdichas, quando me vino à la memoria un caso, que pocos dias antes havia sucedido, que me fuè de grandissimo consuelo, dandome animo, y nuevo esfuerzo para lo que en adelante pudiera suceder, y fuè:

A una Dama Cortesana en Roma, por ser descompuesta de lengua, la hizo dàr otra una gran cuchillada por la cara, que atravesandola las narices, la ciñò igualmente los lados; y estandola curando, despues de haverla dado diez y seis, ò diez y siete puntos, decia llorando: Ay desdichada de mì! Señores mios, por un solo Dios, que no lo sepa mi marido. Respondiòla un maleante, que allì se havia hallado: Si como à vuesa merced le atraviesa por toda la cara, la tuviera en las nalgas, aùn pudiera encubrirlo; pero si no hay toca con que se cubra, què secreto nos encarga? Pareciòme dislate, y boberìa hacer aquellos melindres; y pues el daño era publico, y de alguna manera, no podia estàr callado, que serìa mucho mejor hacer el juego maña, ganar por la mano, salirles à todos al camino, echandolo en donayre, y contandolo yo mismo, antes que me tomasen prenda, entendiendo de mì que me corrìa, que por el mismo caso fuera necessario no parar en el mundo. Haga nombre del mal nombre, quien desea que se le cayga presto, porque con quanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto mas arrayga, y se fortalece de tal manera, que se queda hasta la quinta generacion, y entonces los que suceden hacen blasòn de aquello mismo, que sus antepassados tuvieron por afrenta. Esto mismo le sucediò à este mi pobre libro, que haviendolo intitulado: *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Picaro*, y no se conoce yà por otro nombre. Quedè perplexo, sin determinar lo que havia de hacer; y pareciendome, que pues en los infortunios no hay otro sagrado en la tierra donde acudir, sino à los amigos, aunque yo tenia pocos, y ninguno verdadero, que serìa bien valerme de un compañero mio, que se me vendia por tal, y mas mostraba serlo. Fuime à su aposento, llamè à la puerta, y abriòme. Allì estuve aguardando hasta que al mio le quitaron la cerradura. Ved qual estaba yo, pues aun para assentarme sobre una arca no tuve animo, por no darle pesadumbre, dexandosela estampada de mi yerro. No pudo ser este caso tan secreto, que se dexasse de saber luego. Gran lastima es de una casa, que no hay criado en ella, que no procure còmo lisonjear al señor, aunque sea con chismes, quando èl no es tal, que juegan con èl, como tres contra el mohino; y en esto se conocerà cada señor en

lo que los criados lo aman, y en la gracia con que le sirven. Y desdichado de èl, si piensa llevarlos con rigor, y grangear por temor el amor, que pocos, ò ninguno saldrà con ellos. Son los corazones nobles, y quieren moverse con alhagos: Apenas havia mudado de vestido, y lavadome, que yà mi Amo sabìa de mi lodo; havianle dicho el què, pero no el còmo: con esto me dexaron, y tuve harto blanco donde poder henchir lo que quisiesse: Preguntòles, còmo havia sucedido? ninguno supo satisfacerle, con mas de lo que havia visto. Despues me dixo, y supe de su boca, que le passò por la imaginacion, si me havian cogido dentro de la casa de Fabia, y que conociendo mis mañas, me havrian querido dàr carena, de donde havria resultado escaparme huyendo, y caìdo en algun lodazal, ò que luchando à brazos con los criados, que saldrian en mi seguimiento, me havrian derribado por el suelo, poniendome de aquella manera por afrentarme, sin matarme: Y en el mismo tiempo estaba yo haciendo la cuña del mismo palo, con el mismo pensamiento, para sacar de alli la satisfaccion; y aunque no era lo proprio, à lo menos era de aquel triunfo, y por caminos diferentes ibamos ambos à un parador, solo nos diferenciabamos en que con su prudencia sospechaba lo mas contingente, y yo con mi vanidad, lo menos dañoso à mi reputacion: Havia estado aquella noche ocupado con papeles, mas dexandolos por un rato, me mandò llamar, y teniendome presente, no me hablò palabra, hasta que retirandose à su retrete, se fueron los mas criados, y quedè con èl à solas: Preguntòme còmo havia caìdo, y donde? Yo le dixe, que como estuviesse con cuidado à la puerta frontera de un vecino de Fabia, si acaso huviera lugar para poder hablarla, y saliesse Nicoleta su criada haciendome señas, que llegasse presto. Con el alboroto del no pensado regocijo, quise atravesar la calle por un mal passo (por no tardarme, rodeando por el bueno) queriendo dàr un salto en una piedra mal assentada; torciòse, y torcime, quiseme cobrar, y no pude, sin caer en el suelo, y enlodarme: por lo qual Nicoleta, con el alboroto de la gente, se retirò à dentro, y à mì me fuè forzoso bolverme à casa. El me dixo entonces, del daño, el menos; desgraciadamente andas en esto, Guzmanillo, tarde con mal, y en Martes lo comenzaste; solo en mi suerte, y servicio te pudiera suceder esta desgracia: No la tenga por tal V. S. le dixe, ni la ponga en esse numero, que antes creo lo fuera muy mayor si assi no me aconteciera; porque dicen allà en Castilla, quebrème un piè, quizàs por mejor: su marido estaba

en casa, y supuesto que yo no sè para què me llamaban, si era trampa, pudiera ser (quando todo me corriera viento en popa) si me sintieran dentro hablando con la señora, me zamarreàran de manera, que à buen librar, no me dexàran huesso en su lugar, ni narices en la cara, porque de mi continuacion en rondar aquella casa, se ha causado alguna nota; y aunque algunos entienden, que lo hago por Nicoleta la criada, muchos que lo ignoran, lo atribuyen à lo peor; y he visto, que de pocos dias à esta parte anda el buen viejo Don Beltràn conmigo torcido, como alcozcuz: Hablabame otras veces, preguntando por damas de esta Corte, si havia buena ropa Castellana; y ahora se passa de largo, aun sin hablarme, y si descubro la cabeza, y quito el sombrero, hace que no me mira, y se passa entero, como hecho de una tabla: Esto le decia, y estabame mi amo muy atento, de quando en quando arqueando las cejas, de donde conocì que se ciscaba; vile todas las cartas, conocile todo el juego, y que lo hacia con temor de su reputacion, ù de su persona, que no le serìa bien contado, si le sucediera desgracia en aquella casa, por ser de lo mas, y mejor emparentado de aquella Ciudad; acudile apretando mas la llave, prosiguiendo: Ninguna cosa ay oy en el mundo que me ponga espanto, ni desquilate un pelo de mi animo, que yà te go conocido hasta donde puede la desgracia tirar conmigo la barra, que quien anda en mis passos, y mi trato, trae jugada la vida, y perdida la honra. Prevenido estoy de paciencia, y sufrimiento para qualquier grave daño que me venga; enseñado estoy à sufrir con esfuerzo, y esperar las mudanzas de fortuna, porque siempre de ella sospechè lo peor, y previne lo mejor, esperando lo que viniesse: nunca son sus efectos tan grandes, como las amenazas; y si me acobardasse à ellas, me irian siguiendo hasta la mata, sin dexarme. No importa lo sucedido, ni que aya sido el principio en Martes, que ni guardo abusiones, ni V.S. es Mendocino, para ir con los vanos abusos de los Españoles, como si los mas dias tuviessen algun privilegio, y el Martes alguna maldicion de el Cielo; y quando sobre mì se cayga en todo rigor, à todo mal suceder, no me sacaràn por cosa oy del mundo palabra por la boca, con que à ninguno pare perjuicio: vuestra Señorìa siempre se haga desentendido, y no se le dè un quatrin por algo: Servirle tengo hasta la muerte, sea como fuere, y tope donde topare. Verdad es, que si el caso fuera propio mio, no solo me desistiera de èl, por lo mal que se và entablando, pues en mil dias no dàn uno de audiencia (y à este passo es negocio inmortal, salvo

ſi no ha de ſer como los mayorazgos, que los fundan los padres, para que los gocen los hijos, y aqueſte requiebro ha de quedar para los herederos) mas en todo aquel barrio no puſiera piè, por lo que yà en èl ſe nota. No falta en Roma bueno, y mas bueno, à menos peligro, y coſta, con mas guſtos, y menos embarazos: no sè ſi lo hace, que nunca yo quiero por querer, ſino por ſalpicar, como los de mi tierra: ſoy cuchillo de melonero, ando picando cantillos, mudando hitos, oy aqui, mañana en Francia, de coſa no me congojo, ni en alguna permanezco, à mis horas como, y duermo, no ſuſpiro en auſencia, en preſencia boſtezo, y con eſto las muelo. V. Señorìa es muy diferente; và todo à lo grave, y con Señorìo, ſigue como poderoſo lo mas dificultoſo, y como ſacre ſube tràs de la garza, haſta perderſe de viſta, cueſte lo que coſtare, y venga lo que viniere; que como ay fuerzas para reſiſtir, todo aſsienta de quadrado, y le hace buena pantorrilla. Mal entiendes lo que dices, Guzmanillo, me reſpondiò mi amo, que antes corre al rebès de lo que has dicho; porque ninguna coſa ay oy mas perjudicial, ni mas notada, que qualquier pequeña flaqueza en una perſona publica. Porque como tengamos obligacion los de mi calidad à veſtirnos, como querèmos parecer, à pena de parecer, como nos quiſieremos veſtir, hace muy grande mancha qualquiera muy pequeña ſalpicadura, muy poquito ayre hace ſonar mucho los organos; y te doy palabra, que ſi empeñada no la tuviera en algunas coſas, en eſpecial que la dì à Nicoleta de que viſitarias de mi parte à Fabia, y me peſaria que me tuvieſſe por facil, ò puſilanime, culpandome de inconſtante, que havia ſido mi amor como de niño, agua en ceſto, no mas de para tentar los aceros, y burlarla; pues haviendome dado buenas eſperanzas, las eſtimo en poco, no ſiguiendo el alcance, que no ſe me diera un clavo por dexarlo. Pues demàs, que como dices, havemos comenzado tan perezoſamente, no me ſiento tan perdìdo, ni apaſsionado, que dexe de conocer, que tiene marido de lo mejor de Roma, principal, rico, y noble, à cuyo reſpeto debemos, los que profeſſamos tener algun honrado principio, guardar todo buen decoro, ſin hacerle injuria: que no por ſer ella moza (y como tal obligada con ocaſiones à gozar de otras que ſe ofrezcan) tengo yo de ſeguir el arrèo, y ſuſtentarſelas tan à coſta de lo que debo à mi nobleza, y al honor de ſu caſa, y deudos. Muchas veces los hombres al deſcuido miramos, y con pequeña cauſa nos empeñamos mucho, adonde ſin reparo no es neceſſario tener el embite à pena de necios, cobardes, ò impoten-

tentes. Mas pues de nuestra parte se han hecho diligencias, y tan poco valen, y tanto cuestan como es la honra de aquesa señora, si mi apetito fuè polvora, que subito abrasò la razon con el incendio, yà se passò aquel furor, yà reconozco lo mal que hago, y me allano postrado por tierra. No quiero mas ir (como dices) en alcance de lo que mas me huye, antes con essa señora, que me vino à la mano, quiero hacer como generoso gavilàn, soltar el paxaro de manera, que de todo punto quede sepultada la mala voz, que por mi respeto se ha levantado, tomando para ello la traza, que mejor estè à su reputacion, y à la mia. Esto dixo, y pareciòme su resolucion mi salvacion, que en ella hallè abierto el Paraìso de mis deseos; y loando su buen proposito, le facilitè la salida, no tanto por su intencion, quanto por mi reputacion; y assi le dixe: Vuestra Señorìa corresponde à quien es en lo que dice, y hace; porque aunque sea suma felicidad alcanzarse lo que se desea, la tengo por muy mayor no desear lo que incita la sensualidad, y menos en daño ageno, y de tal calidad. Essa es consideracion christiana, hija del valeroso entendimiento de vuestra Señorìa, no es justo desampararla, y quede à mi cargo el modo: pues el fiel criado, aunque por interessar la privanza, le acontezca dàr calor al apetito de su amo, no està fuera de obligacion de bolver la rienda quando lo viere corregido, animando su buen proposito. Con esto me despidiò, diciendo: Vete con Dios à dormir en mi negocio, pues en tus manos anda mi honra.

CAPITULO VII.

SIENDO PUBLICO EN ROMA la burla, que se hizo à Guzmàn de Alfarache, y el sucesso del puerco, de corrido se quiere ir à Florencia, hacesele amigo un ladron para robarle.

PONGOME muchas veces à considerar quanto ciega la passion à un enamorado. Considero à mi amo, que me dexa su honra encomendada, como si yo supiera tratarla, sin sobajarla, Vieneme tambien al pensamiento, y no me dexa mucho holgar, quando discurro, como haviendo sido tan lisiado en mentir, pude subir à tanta privanza. Como conmigo se trataban casos de importancia; como me fiaban secretos, y hacienda; como se admitian mis pareceres; como se daba credito à mi trato; y como siendo esto assi, que jamàs oyeron de mi boca verdad, que no saliesse adulterada, me daba tanto enfado, que me la dixessen otros. Y por el mismo caso aborrecìa para siempre à quien una sola vez me la trataba; y no era maravilla en mi, si es na-

tural à todos los que algo negocian, pesarles que no sean con ellos en todo puntuales, y nunca lo saben ser ellos, ni se cansan de mentir. Comiencen de lo mas alto, y deciendan à lo mas baxo, si algo de ellos haveis de recibir, si algun favor os han de dàr, que nada les cuesta; quantas trampas, quantas dilaciones, quanto en diferirlo de oy à mañana, sin que mañana llegue, por ser la de el cuervo, que siempre la promete, y nunca viene. Y si lo haveis de dàr, y con ellos no andais tan reloxeros, que un solo momento faltais à lo puesto, si no les pagais al justo lo prometido, si se lo dilatais una hora, ni sois hombre de palabra, ni de buen trato; yo en el mio hacia lo mismo, consideraba entre mì, diciendo: A mì, què se me dà de no decir verdad? Què me importa, que sea vicio de viles, y pasto de bestias? Què daño me vendrà, quando no me dèn credito, si lo tengo yà ganado, aunque à los ojos vean que miento, y es tanta su pasion, que no se quieren desengañar de mi engaño? Què honra tengo que perder? De qual credito vendrè à faltar? Yo yà soy conocido, y el mundo està de manera, que por el mismo caso que miento, me sustentan, me favorecen, y estiman. Mentir, y adular apriessa, que es manjar de Principes, no en buena fee, sino llegaos, y decidles: Que no jueguen, que tienen el Estado consumido, y à los Vassallos muy pobres: Que no sean fanfarrones, ni disolutos por las calles, ni en las Iglesias, que dàn ocasion à muchos escandalos, y daños: Que no sean disipadores prodigos, que se pierden, y empeñan por la posta: Que pues tienen para mal baratar, que sepan pagar à sus criados, que andan rotos, y hambrientos: Que si pueden, ò tienen favor, que lo dispensen con los pobres: Que si privan, que aprovechen la privanza en ganar amigos, pues ninguna es fixa, ni ay fortuna firme: Que siquiera las Fiestas para oìr Missa, se levanten à tiempo: Que confiessen de veras, y no para cumplir con la Parroquia, como Christianos de solo nombre, que ay hombres que tassadamente tienen fee para que no los castiguen: Que miren por sì, que son hombres, y si viejos, yà estàn luchando à brazos con la muerte, la sepultura enmedio. Yà se les ha notificado la sentencia, y como los que han de ajusticiar se despiden de sus amigos, y les vàn poniendo las insignias, que han de llevar, assi se vàn despidiendo de todas las cosas à que mas aficion tuvieron. Del gusto, del sueño, de la vista, del oìdo, y le hacen por horas notificacion de la sentencia; el riñon, la hijada, la orina, estomago, se debilita, y enflaquece la virtud, el calor natural falta, la muela se cae, duelen las encìas, que todo esto es

caer

caer terrones, y podrirse las maderas de los techos, y no ay puntales que tengan la pared, que falta toda desde el cimiento, y se viene al suelo la casa. Atrevèos, pues, à un mozo mocito, atrevido, y descomedido: Representadle, que no sabe quien le quiere mal, que porque hablò, porque mirò, porque se alabò, porque por ventura passò, si no entrò adonde no debiera, lo coseràn à puñaladas, y no tendrà lugar de recibir los Sacramentos, ni de llamar à Dios que le valga; ò que considere, que la sangre se corrompe, los humores abundan, que anda desordenado, come demasiado, hace poco exercicio, que le darà una apoplexìa, ò qualquiera otra enfermedad que lo acabe, pues tan presto se và el cordero, como el carnero. Que no piense por verse fuerte de brazos, tieso de piè, y pierna, robusto de cuerpo, y sano de cabeza, que aquello es fixo, y tiene cierta la estabilidad. Yà me parece que le oigo decir: Vos como pobre, sois el que os haveis de morir, y padecer aquesas desventuras, que yo soy rico, vàlido, valiente, discreto, y generoso. Tengo buena casa, duermo en buena cama, como lo que quiero, huelgo segun se me antoja, y donde no ay trabajos, no ay enfermedad, ni llega la vejèz. Hà loco, loco! Pues à fee que Sansòn, David, Salomòn, y Lazaro eran mejores, mas discretos, valientes, galanes, y ricos que tù, y se murieròn, que llegò su dia. Y de Adàn à tì han passado muchos, y ninguno de ellos ha quedado en el siglo vivo. Quien les dixesse aquesta verdad, y que si otra cosa piensan, que son tontos. Digaselo Bargas, atrevase à ello un desesperado; por menos que esso daràn quexa criminal de vos, no ay burlarse con poderosos, ni mentar verdades. No me corre obligacion de decirlas, donde no han de ser bien admitidas, y ha de resultarme notorio daño de ellas: baste para mi entender, y acà para los de mi tamaño, saber que todo miente, y que todos nos mentimos: mil veces quisiera decir esto, y no tratar de otra cosa, porque solo entender esta verdad, es lo que nos importa, que nos prometèmos lo que no tenèmos, ni podèmos cumplir. El que se tiene por mas valiente, sano de humores, mas concertados, y bien mezclados, esse no tiene punto de seguridad, y està mas presto para caer. No ay fuerzas tan robustas, que resistan à un soplo de enfermedad, somos unos montones de polvo, poco viento basta para dexarnos llanos con la tierra. Nadie se adule, ninguno forme de sì lo que no es, ni lo que su sensualidad mentirosa le dice; dirate lo que à todos: Poderoso eres, haz lo que quisieres; galàn eres, passea, y huelgate; hermoso, y rico eres, haz disoluciones; nobleza tienes, des-

desprecia à los otros, y ninguno se te atreva; injuriado estàs, no se la perdones: Regidor eres, rige tu negocio, y pese à quien pesare, y venga lo que viniere: Juez eres, juzga por tu amigo, y atropellese todo: Favor tienes, gastolo en tu gusto, dandole al pobre humo de narices, que no conviene à tu reputacion, à tu oficio, à tu dignidad, ni aun à tu honra, que te pida lo què le debes, ni la capa que le quitaste. Pues à fee señores mios, yà sean quien quisieren ser, ò piensan que lo son, que no son lo que piensan; y el mejor, quando muy bueno, es un poco de polvo. Escojan de qual polvo quieren ser, si de tierra, ò de ceniza, porque no ay otro; y si de tierra, traygan à la memoria, que quando su principio, fuè lodo, porque se amasò con agua: Y fuè lo mismo que decirles, que se fertilizassen para el Cielo, conociendose à sì mismos. Yà saben, que la tierra sin agua, no dà fruto; y si la suya està seca con vicios, y con el rocìo de el Cielo, y santas inspiraciones no la regaren de buenas obras, para que fructifique, perdonando injurias, pidiendo perdon de las cometidas, pagando lo que deben, y haciendo verdadera penitencia, seràn montones de ceniza, para nada buenos. Aconteceràles lo que à la ceniza, que hacen de ella el jabon con que se limpian en otra parte las manchas, y luego la echan al muladar. Con su exemplo escarmentaràn otros que se salven, y ellos iràn à las carboneras del infierno. Yà son estas verdades, yà se ha llegado el tiempo para decirlas; y si mentì en mi juventud con la lozanìa de ella, las experiencias me dicen, y con la senectud conozco la falta que me hice; y nadie se atreva, ni piense, que le sucederà lo que à mi vida larga, y confiados en ella se descuiden con la enmienda, dexandolo para despues de muy maduros, que vendrà un solano, que los lleve verdes. Nunca yo la tuve cierta, ni à los mas està segura, que somos como las aves del cortijo, llega el Aguila, y lleva la que le parece, ò el dueño las và entresacando como se le antoja; ninguna tiene hora suya, unas vàn tràs otras. Yo tambien he ido tràs de mi pensamiento, sin pensar parar en el mundo; mas como el fin que llevo es fabricar un hombre perfecto, siempre que hallo piedras para el edificio, las voy amontonando: Son mi centro aquestas ocasiones, y camino con ellas à èl. Quedese aqui esta carga, que si alcanzare el tiempo, yo bolverè por ella, y no serà tarde.

Buelvo, pues, y digo, que todo yo era mentira, como siempre: quise ser para con algunos Martyr, y para con otros Confessor, que no todo se puede, ni debe comunicar con todos; assi nunca quise hacer plaza de mis trabajos, ni publicarlos con pun-

tualidad; à unos decia uno, y à otros otro, y à ninguno sin su comento, y como al mentiroso le sea tan importante la memoria, oy lo contaba de una manera, y mañana de otra diferente, todo trocado de como antes lo havia dicho: Dì lugar à que conociendome por mentiroso, no me diessen credito, dandolo à la voz general; porque realmente todos convenian en el hecho, aunque quitaban, y ponian, como à cada uno se le antojaba, y tù sueles hacerlo. Yà como novedad, por aquellos dias no se trataba otra cosa en Roma, mi yerro era su cuento, y mi suciedad la salsa de las conversaciones; yà mi amo lo sabìa, mas como prudente sentìa, y callaba, que no siempre se ha de dàr el señor por entendido de todo, que serìa obligarse (à ley de bueno) al remedio de ello. Dissimulaba, mas no tanto, que por algunas entrerisitas, y mirar de ojos, no se le conociesse. Araba conmigo, que no le perdia sulco; y como estaba bien à èl dissimular, tambien à mì el negar: callabamos todos, empero no pudo sin que dexasse de romper el diablo sus zapatos. No faltò un amigo suyo, y por el consiguiente mi enemigo, que cogiendole à solas, le dixo quanto le importaba para su calidad, y credito despedirme, por la publicidad con que se hablaba de sus cosas, y que cada qual sentìa de ellas como queria. Que los Cavalleros de su profession, y oficio, debian proceder segun lo representaban; porque de lo contrario, resultarìa en perjuicio de la reputacion de su dueño. Este discurso es mio, que si no passaron estas palabras formales, à lo menos creo serìan otras equivalentes à ellas. Mas qualesquiera que fuessen, yo sè que ningunas le pudieron decir, que no le fuessen à èl muy sabidas, y sin duda le pesaria de que se las dixessen; mas palabra no me dixo por entonces, ni conmigo hizo demonstracion alguna, que diferenciasse de lo que siempre: solo, que como yà era entrada la Quaresma, tomòla por achaque para recogerse, y no tratar de cosas de mugeres: De esta manera corriamos, mas con las demasìas de lo que me passaba por las calles, tomaron en casa los criados mas licencia de la que convenìa, por chacota, y entretenimiento; empero entre burlas, y veras, me daban cordelejos, que no aprietan los cordeles en el tormento tanto; de manera, que yà no tenia parte segura, ni pared adonde arrimarme, de donde no saliesse un eco, que me confessasse los pecados. Un dia yendo por una calle, me vì tan apurado de paciencia por todas partes, tan agotado el entendimiento, que casi me obligaron à hacer muchos disparates: Dixo bien el que preguntandole, què en quanto tiempo se podrìa bolver un cuerdo loco?

loco? Respondiò, segun le dieren priessa los muchachos. Aqui me llegò el agua sobre la boca, vime anegado, y renegado de mi sufrimiento, quisiera tirar piedras, mas fueronme à la mano un mocito de mi talle, traza, y edad, bien compuesto, pero mal sufrido; porque tomando contra todo el comun mi defensa, favorecido de otros dos, ò tres amigos que con èl venian, resistieron con obras, y palabras asperas à los que me perseguian. Y sossegandolos, y reportandome à mì, me llevò solo de mano à mi posada, dexandose alli los compañeros deteniendo la gente: Luego que allà llegamos, le quisiera detener para hacerle algun regalo, pero no le admitiò: supliquèle me dixesse su posada, y nombre, negòmelo todo, prometiendome bolverme à visitar; solo me dixo, que me tenia particular aficion, assi por mi persona, como por ser Español de su nacion, que como tal sentia mis desgracias, y con esto nos despedimos; yo llevè tan robada la color, tan encedidos los ojos, tan alborotado el entendimiento, que (sin consideracion) viendo servir la comida, me subì tràs los Pages hasta la mesa del Embaxador, mi Señor: quando allì me hallè igual à los Gentiles-hombres, con capa, y espada, conocì mi necedad, quiselo remediar con salir de la pieza, mas fuè tarde, porque yà mi amo en el semblante me havia conocido lo que llevaba: preguntòmelo; y hallandome sin menudos, que no havia trocado, mal prevenido de mentiras, dixele toda la verdad, sin pensar, ni quererla decir, y fuè la primera que saliò sin agua de mi taberna; mi amo callò, mas los criados no pudiendo sufrir la risa, unos cubrian el rostro con las medias fuentes, trincheros, y salvillas, que tenian en las manos: otros que las tenian vacias, cubriendose la boca con ellas, y rebentandoles el cuerpo, se salieron de la sala: tanto se descompusieron, que Monsieur se amohinò, y riñendoles con palabras nunca de èl usadas, reprehendiò el atrevimiento en su presencia, quedè tan avergonzado, tan otro yo por entonces, tan diferente de lo que antes era, qual si supiera de casos de honra, ò si tuviera rastro de ello. O quantas cosas castiga un rigor, adonde no pudo labrar el amor! Quanto importa muchas veces dàr una notable caìda, para mirar otras, donde se pone los pies, y como se passa! Entonces vì mi fealdad, en aquel espejo me conocì, hallème de modo, que por quantos amos, ni mugeres tenia el mundo, no bolviera mas à tratar de sus corretages, ni à solicitarlas: Què buena resolucion, si duràra! Passòse aquesto, y quedòse mi amo pensativo, la mano en la mexilla, y el codo sobre la mesa, con el palillo

lillo de dientes en la boca, mal contento de que mis cosas corriessen de manera, que le obligassen à lo que no pensaba hacer, aunque le convenìa, para evitar mayores daños, empeñandose tanto, que diesse notable nota contra su reputacion por mi defensa, que real, y verdaderamente la muestra del paño de el amo, son sus criados. Mandòme baxar à comer, y nunca de alli en adelante, yo, ni otro alguno de mis compañeros, por muchos dias le vimos el rostro alegre, ni tan afable, como tenia de costumbre. Yà no me atrevia, como antes, à salir de casa, si no era de noche: siempre afsistia en mi aposento, leyendo libros, tañendo, y parlando con otros amigos; y de este retirarme se causò en los de casa nuevo respeto, en los de fuera silencio, y en mì otra diferente vida. Yà se caìan las murmuraciones; yà se olvidaban con el ausencia mis cosas, como si no huvieran sido. Visitabame à menudo aquel mancebito, que tomò mi defensa, hizome muchos ofrecimientos de su hacienda, y persona, dixome su tierra, y nombre, que havia venido à Roma sobre cierto caso, en que havia de dispensar su Santidad, y que havia gastado mucha hacienda, y tiempo, sin haver negociado. Hallème obligado à su buen proceder, creìle; y como deseaba se le ofreciesse ocasion en que pagarle algo de la mucha obligacion en que me havia puesto, le roguè me diesse parte de su negocio, para que yo lo pidiesse de merced al Embaxador mi Señor, y se lo negociasse brevemente. Agradeciòmelo mucho, y respondiòme, que yà se havia tomado cierta vereda por donde caminaba, y le daban buenas, y cierras esperanzas; mas que si de alli escapasse, recibirìa la merced que le ofrecia. Con esto fuimos dando, y tomando razones, hasta que pidiendome, que saliessemos à passear un poco à Palacio, escusandome le dixe la causa por què me havia retirado, y quan bien me iba con ello, pues no saliendo de casa, estaba sossegado mi animo, y el alboroto de la Ciudad. Era el mozo belloso, y no menos que yo, cogiòme la palabra, por ser la que mas èl deseaba oìrme; y dixome: Señor Guzmàn, vuesa merced procede con tanta discrecion, que se conoce bien ser suya, y tengo por tan acertado el remedio, quanto se me hace dificultoso entender, que se pueda proseguir adelante; pues los casos que se ofrecen, obligan à los hombres à quebrantar los mas firmes propositos. Yo si fuesse vuesa merced, haviendo de estarme tanto tiempo encerrado, tendria por mejor ganarlo en otra parte, dando una buelta por toda Italia. De donde no solo se sacarìa notable gusto, pero juntamente se conseguirìa el fin, que con estar-

tarse aqui encerrado se pretende, y aun con mas ventajas, pues el tiempo, y ausencia lo gastan todo, y son los mejores Medicos que se hallan para sanar semejantes enfermedades. Fueme juntamente con esto engolosinando, con referirme curiosidades, las grandes excelencias de Florencia, la belleza de Genova, el incomparable unico govierno, y regimen de Venecia, y otras de gusto, que de tal manera me dispusieron, cabando en mì aquella noche toda, que no la reposè, ni puede imaginar en otra cosa. Yà me hallaba calzadas las espuelas caminando, porque luego en amaneciendo fuì à dàr de vestir al Embaxador mi Señor; y dandole cuenta de aquella resolucion, la estimò en mucho, teniendola por honrada, y cerrada para todos. Dixome luego, lo que dixe que le havian dicho, y lo que le havia passado sobre mesa, quando se quedò suspenso, como deseaba verme acomodado, por la grande aficion que me tenia, y buscaba trazas para ello: mas pues era tan buena la mia, si me quisiera ir à Francia, darìa sus cartas, para que sus amigos me favoreciessen, o que hiciesse la eleccion que mas me viniesse à cuento, que de su parte harìa coamigo, como tenia obligacion, à criado que tambien le havia servido. Realmente, yo quisiera passar à Francia, por las grandezas, y magestad que siempre oì de aquel Reyno, y mucho mayores de su Rey: mas no estaban entonces las cosas de manera, que pudiera executar mis deseos. Besèle las manos por la merced ofrecida, y dixele, que gustarìa, dandome su bendicion, y licencia, de dàr primero una buelta por toda Italia, en especial à Florencia, que tanto me la tenian loada, y de camino à Siena, donde residia Pompeyo, un muy grande amigo mio de quien su Señorìa tenia noticia, por lo que de ordinario nos comunicabamos con cartas, aunque nunca nos haviamos visto. Mi amo se alegrò mucho de ello, y desde aquel mismo dia comencè à disponer mi viage, llevando propuesto de alli adelante hacer libro nuevo, lavando con virtudes las manchas, que me causò el vicio.

CAPITULO VIII.

GUZMAN DE ALFARACHE se quiere ir à Siena, donde unos Ladrones le roban lo que havia embiado por delante.

AQUEL famosissimo Seneca, tratando de el engaño (de quien yà diximos algo en el capitulo tercero de este Libro, aunque todo serà poco) en una de las Epistolas dice, ser un engañoso prometimiento, que se hace à las aves del ayre, à las bestias de el campo, à los peces del agua, y à los

les mismos hombres. Viene con tal sumision, tan rendido, y humilde, que à los que no lo conocen, podria culparseles por ingratitud no abrirle de par en par las puertas del alma, saliendolo à recibir los brazos abiertos. Y como toda la ciencia, que oy se professa, los estudios, los desvelos, y cuidado, que se pone para ello, vàn con animo doblado, y falso: tanto quanto la cosa de que se trata es de suyo mas calificada en perjuicio, tanto con mayor secreto la contraminan; mas artilleria, y pertrecho de guerra se previenen para ella. No tenèmos de què nos admirar quando fueremos engañados de esta manera, sino de que siempre no lo seamos; y siendo asi, tengo por menor mal ser de otros engañado, que autor de tan sacrilega maldad. Entre algunas cosas, que indiscretamente quiso reformar el Rey Don Alonso (que llamaron el Sabio) à la naturaleza, fuè una, culpandola de que no havia hecho à los hombres con una ventana en el pecho, por donde pudieran otros vèr lo que se fabricaba en el corazon: si su trato era sencillo, y sus palabras januales con dos caras. Todo esto causa la necessidad, hallarse uno cargado de obligaciones y sin remedio para socorrerlas, hace buscar medios, y remedios còmo salir de ellas. La necessidad enseña claros los mas obscuros, y desiertos caminos. Es de suyo atrevida, y mentirosa, como antes diximos en la primera Parte. Por ella tienen tambien sus trazas aun las mas simples aves. Corre con fortissimo vuelo la paloma, buscando el sustento para sus tiernos pollos; y otra de su especie, desde lo mas alto de una encina, la combida, y llama, que se detenga, y tome algun refresco, dando lugar que con secreto el diestro tirador la derribe, y mate. Gallardease por la selva, cantando dulcemente sus enamoradas quexas el pobre pajarillo, quando causandole zelos el otro de la jaula, ò la añagaza, le hacen quedar en la red, ò preso en las varetas. Allà nos dice Aviano Philosofo en sus Fabulas, que aun los asnos quieren engañar; y nos cuenta de uno, que se vistiò el pellejo de un Leon, para espantar à los mas animales; y buscandole su amo, quando le viò de aquella manera, que no pudo cubrirse las orejas, conociendole, diòle muchos palos, y quitandole la piel fingida, se quedò tan asno como antes. Todos, y cada uno por sus fines quieren usar del engaño, contra el seguro de èl, como lo declara una Empressa, significada por una culebra dormida, y una araña, que baxa secretamente para morderla en la cervìz, y matarla; cuya letra dice: No hay prudencia, que resista al engaño. Es disparate pensar, que pueda el prudente prevenir à quien le acecha. Es-

taba yo descuidado, havia recibido buenas obras, oìdo buenas palabras, veìa en buen habito à un hombre, que trataba de aconsejarme, y favorecerme: puso su persona en peligro, por guardar la mia: visitòme (al parecer) desinteressadamente, sin querer admitir ni un jarro de agua. Dixome ser Andalùz, de Sevilla, mi natural, Cavallero principal, Sayavedra, una de las Casas mas ilustres, antigua, y calificada de ella. Quien sospechàra de tales prendas, tales embelecos! Todo fuè mentira: era Valenciano, y no digo su nombre, por justas causas; mas no fuera posible juzgar alguno de su rètorico hablar en Castellano, de un mozo de su gracia, y bien tratado, que fuera ladroncillo, cicatero, y baxamanero, que todo era como la compostura prestada del pabòn, para solo engañar, teniendo entrada en mi casa, y aposento, à fin de hurtar lo que pudiesse. Fième de èl, y otro dia, viniendome à vitar, como me hallò demudado, quedò admirado, y confuso, sin saber què pudiera ser aquello. Preguntòmelo, y dixele, que havia tomado su consejo, y estaba determinado de irme à Siena, donde residìa Pompeyo, un grande amigo mio, para de allì passar à Florencia, dando buelta por toda Italia. Con esto parece que se alentò, y alegrò, loando mi parecer, y mudando su determinacion; porque si hasta entonces trazaba hurtarme alguno de mis vestidos, ò joyas de oro, yà con aquella nueva no se contentò con menos, que con todo el apero. Estuvo con atencion viendo como aderezaba los baùles, ayudandome à ello: viò donde guardè unos botoncillos de oro, y una cadenilla, con otras joyuelas que tenia, y mas de trecientos escudos Castellanos que llevaba, porque en la casa del Embaxador mi señor, como yà no jugaba, sino guardaba, me valiò en casi quatro años que le servì muchos dineros, en dàdivas que me diò, varatos, y naypes que saquè, y presentes que me hicieron. Quando tuve mis baùles bien cerrados, y liados, puse las llaves encima de la cama, donde Sayavedra clavò su corazon, porque no deseaba entonces otra ocasion, que poderlas haver à las manos para falsearlas. Vinole como assi me lo quiero, à què quieres boca, porque como estuviessemos hablando en mi viage, y le dixesse que pensaba embiar aquello por delante, y detenerme seis, ò siete dias en Roma despidiendome de mis amigos, en quanto aquello llegasse à Siena, subieron à decirme, que me buscaban unos hombres. Pues como el aposento estaba descompuesto, sucio, y mal acomodado para recibir visita, baxè à saber quienes eran: en el interin tuvo Sayavedra lugar de imprimir las lla-

llaves en unos cabos de velas de cera, que andaban rodando por mi aposento, si acaso no es que la traxo en su faltriquera. Los que me buscaban eran los muleteros, ò arrieros, que venian por la ropa: subieron, entreguèsela, y se la llevaron. Quedàmos parlando el amigo, y yo, que como no salìa de casa, creì que me hacia cortesìa, nacida de amistad, para entretenerme aquellos dias, y fuè solo à esperar en quanto se contrahacian las llaves, y desvelarme para lo que luego dirè. Visitòme tres, ò quatro dias, y quando le pareciò tiempo que tenia su negocio hecho, vino à mi aposento una tarde, muy parejo el rostro, cavizbaxo, significando traer grande cargazòn de cabeza, dolor en las espaldas, amarga la boca, y profundo sueño. Fingiòse amodorrido, y dixo no poderse tener en piè, que le diesse licencia para bolverse à su posada. Hallème corto de ventura, en que la mia no estuviesse acomodada para poder hospedarle en ella, y agassajarle por entonces. Pedìle que me dixesse la suya, para irle à visitar, y embiarle algunas niñerìas de enfermos, ò vèr si pudiera serle de provecho en algo. Respondiòme, que la tenia en casa de cierta dama secreta: mas que si su enfermedad passasse adelante, me avisarìa de ello, para que le visitasse. Despidiòse, y fuese aquel mismo dia por la posta à Siena, donde hallò, que yà sus amos, y compañeros avian llegado al passo de los muleteros, porque los fueron acechando, para vèr donde, y à quien se entregaban los baùles. Quando à Siena llegò, y vieron entrar un gentil hombre de tan buen talle, por la posta, creyeron ser algun Español principal. Fuese à hospedar à una Hosterìa, donde al momento acudieron sus compañeros, que le esperaban, que dando à entender ser sus criados, le servian al vuelo. Luego aquel dia embiò con uno de ellos à llamar à Pompeyo, haciendole saber como yà havia llegado à la Ciudad. Quando mi amigo recibiò el recado, y supo estàr yo en ella, fuè tanta su alegrìa, que sin acertar, ni aguardar à cubrirse bien la capa, se tardò gran rato en ello, porque me dixo que yà se la puso del rebès, yà por el ruedo; mas à medio lado, y mal aliñado, saliò à toda priessa de casa, cayendo, y tropezando, con la priessa de llegar, y deseo de verme. Fuè donde yo fingido estaba, formò muchas quexas de no verme apeado en su casa, y servidome de ella como propria, de que Sayavedra le diò escusas. Entretuvieronse tratando del viage, y cosas de Roma, hasta yà de noche, que despidiendose Pompeyo, diò Sayavedra (en su presencia) la llave de uno de los baùles à uno de aquellos criados, diciendole: Oyes, vete con el señor

Pompeyo, y facame tal vestido, que hallaràs en tal parte, para vestirme mañana. Fueronse juntos, y el criado hizo puntualmente lo que le mandaron, desliando en presencia de Pompeyo el baùl señalado, y sacando el vestido de el, bolviò à cerrar, y fuese con la llave. Aquella noche le hizo llevar Pompeyo una muy buena cena, colacion, y vino admirable, con que puestos à orza, se dexaron dormir hasta el dia siguiente, que por la mañana le bolviò à visitar Pompeyo, y dixeronle los criados, que reposaba, porque no havia podido dormir en toda la noche. Quisieraſe bolver à ir, mas no se lo consintieron, diciendo, que reñiria mucho su señor con ellos, quando supiesse que su merced huviesse llegado, y no le huviessen avisado. Entraronle à decir, que alli estaba el señor Pompeyo, alegròse mucho, y mandòles, que metiessen assiento, y entrasse. Preguntòle por su salud Pompeyo, y què havia sido la indisposicion passada? Respondiò, que del poco uso, y mucho cansancio de la posta, no se hallaba bien dispuesto, y que pensaba sangrarse. Bien quisiera Pompeyo, que mudàra de posada, y llevarsele à la suya. Sayavedra diò por escusa tener criados inquietos, y que pensaba deshacerse de ellos dentro de ocho dias, ù diez, que para entonces le prometia ir à recibir aquella merced. Suplicòle tambien fuera servido en el interin embiarle alli con uno de sus criados los baùles, porque de aquellos no tenia mucha satisfaccion, y dandoles las llaves, podrian hacerle alguna falta. Pareciòle bien à Pompeyo quanto en aquello, y pesòle muchò, que tratasse de hacerse curar en Hosterìa; mas con la promessa hecha, hizo lo que le pidiò, y en llegando à su posada, cargaron los baùles à unos picaros, y con uno de los criados de su casa los llevaron donde Sayavedra estaba. Embiòle aquel dia de comer muy regaladamente, y haviendose à la noche despedido los dos amigos, para irse à dormir, Sayavedra, y sus compañeros mudaron en otra casa secreta lo que havian alli traido, y partieronse luego à Florencia por la posta, donde quando llegaron se puso todo de manifiesto, para hacer la particion. Eran los compañeros de Sayavedra maestros en el arte, astutos, y belicosos, y el principal autor de ellos natural de Bolonia, llamado Alexandro Bentivoglio, hijo del mismo Letrado, y Doctor en aquella Universidad, rico, gran maquinador, no de mucho discurso, y fabricaba por la imaginacion cosas de gran entretenimiento. Este tuvo dos hijos, en condicion opuestos, y grandissimos contrarios: el mayor se llamaba Vincencio, mancebo ignorante, risa del Pueblo, con quien los Nobles de el passaban

ban su entretenimiento: decia famosissimos disparates, yà jactandose de noble, yà de valiente: haciase gran Musico, Ginete, Poeta, y sobre todo enamorado; y tanto, que se pudiera decir de èl: Dexalas, penen. El otro era este Alexandro, grandissimo ladron, sutil de manos, y robusto de fuerzas, que de bien consentido, y mal doctrinado, resultò salir travieso, juntandose con malas compañìas. Eran los compañeros de este otros tales rufianes como èl, que siempre cada uno apetece su semejante, y cada especie corre à su centro. Pues como fuesse la cabeza, y mayor de sus allegados, el principal de todos en todo, hizo que Sayavedra se contentasse con muy poco, dandole algunos, y los peores de los vestidos; y pareciendole no tener alli buena seguridad, fuese à la tierra del Papa, donde tenia el padre Alcalde. Partiòse luego à Bolonia por la posta, llevandose la nata, joyas, y dineros: recogiòse à la casa de sus padres, y los mas compañeros (con lo que les cupo de parte) huyeron à Trento, segun despues en Bolonia me dixeron, y por ella se esparcieron. Quando Pompeyo bolviò à visitarme, como no hallò mi estatua, ni à sus familiares, preguntò à los huespedes por ellos: dixeronle como la noche antes havian salido de alli con los baùles, no sabian adonde. Luego viò mala señal, y sospechando lo que pudiera ser, hizo extraordinarias, y muchas diligencias en buscarlos; y teniendo noticia que iban por la posta camino de Florencia, embiò un Barrachèl en su seguimiento, con Requisitoria para prenderlos. Ellos andan allà en su negocio, bolvàmos ahora un poco al mio; y quiera Dios que en el entretanto el hurto parezca.

Quedème aquellos dias contento, y descuidado de tal bellaquerìa, y muy sobresaltado, con deseo de saber de mi amigo enfermo, si tendrìa salud, ò necessidad: esperèle quatro dias, y viendo que no bolvia, me detuve otros tantos en buscarle entre los de la patria, dando las señas, mas era preguntar por Entunes en Portugàl. No me valieron diligencias, creì que sin duda estarìa muy malo, si acaso yà no fuesse muerto. Tambien me pareciò, que pues me havia encubierto su posada, que serìa verdadera la causa, por no haver lugar para poderle visitar en ella. Hice todo el deber, y quando no fuè mi possible de provecho, dexèle un largo recado en casa, y pidiendo al Embaxador mi señor licencia, determinè la execucion del viage para el siguiente dia. El sintiò mucho mi ausencia, echòme sus brazos encima, y al cuello una cadenilla de oro, que acostumbraba traer de ordinario, diciendome: Doytela, para que siempre que la veas, tengas memoria de mì, que te

deseo todo bien: mas me diò para el viage (sin lo que yo llevaba mio) lo que bastaba para poder passar algunos dias bien cumplidamente, sin sentir falta: mandòme, que de donde quiera que llegasse le diesse aviso de mi salud, y sucessos, por lo que holgaria que fuessen buenos, hasta bolverme à vèr en su casa. Sus palabras fueron tan amorosas, el razonamiento, y consejos con que me despidiò tan elegante, y tierno, exortandome à la virtud, que no pude resistir sin rasarseme con lagrimas los ojos: besèle la mano la rodilla sentada en el suelo: diòme su bendicion, y con ella un rocin, en que salì de su casa, y llevè todo el camino. El, y sus criados quedaron enternecidos con el sentimiento de mi partida: èl, por que me amaba, y me perdia, que sin duda le hice falta para el regalo de su servicio; y ellos, porque aunque mis cosas eran malas para mi, jamàs lo fueron para mis compañeros; y llegados à las veras, pusieran sus personas todos en defensa de la mia. Siempre les fui buen amigo, nunca los inquietè con chismes, ni traxe rebueltos: no terciè mal con mi amo en sus pretensiones, ò mercedes en que interessassen, antes los ayudaba en todo, y con esto hacia mi negocio, porque haciendoselas à ellos en abundancia, de necessidad havian de ser las mias muy mayores, pues ellos eran tenidos por criados, y yo en lugar de hijo. Assi se alababan, que siempre les era buen hermano, y mi señor de que tenia en mì un fiel criado; de manera, que ni mi servicio desmereciò, ni mi amistad les faltò; y si la publicidad, que se levantò de lo sucedido en casa de Fabia, no se divulgàra por boca de Nicoleta, que contò à quantas amigas, y amigos tenia la burla, que recibì de su señora en el corral de su casa, nunca yo dexàra la comodidad que tenia, ni mi señor el criado, que tan bien le servia. Ved lo que destruye una mala lengua de mala muger, que sin salvarse à sì, disfamò la casa de sus amos, y descompuso la nuestra! Nadie les fie su secreto, ni à su consorte misma, si fuere possible, porque con poco enojo, por vengarse, os quebraràn el ojo, y con pequeña causa os haràn causa. Salì de Roma como un Principe, bien tratado, y mejor proveido, para poderme dàr un gentìl verde tan en tanto que se secaba el barro, que quando acontecen à suceder tales casos, no hay tal remedio, como tiempo, y tierra en medio. Iba yo mas contento que Mingo, galàn, rico, libre de mala voz, y con buen proposito, donde yà no pensaba bolver à ser el que fui, sino un Fenix nuevo, renacido de aquellas cenizas viejas. Iba donde mi amigo Pompeyo me aguardaba, con muy gentìl aposento, cama, y mesa. Lleguè

guè à Siena, y derechamente preguntando por èl, me dixeron su posada. Hallèle en ella, recibiòme alegre, y confusamente, sin saber què hacer, ò decir del sucesso passado: estaba tristissimo interiormente, tanto por el valor del hurto, quanto por la burla recibida, y mala cuenta, que darìa de mi hacienda. No me hablò palabra de los baùles, y quisiera encubrirmelo; mas no fuè possible, porque luego al dia siguiente, que quisiera dàr por Siena una gran pabonada, pidiendolos para vestirme, fuè forzoso decirmelo, dandome buenas esperanzas, que nada se perderìa con la buena diligencia hecha. Sentì aquel golpe de mar, con harto dolor, como lo sintieras tù, quando te hallàras como yo, desvalijado, en tierra estraña, lexos del favor, y obligado à buscarlo de nuevo, y no con mucho dinero, ni mas vestido del que tenia puesto encima, y dos camisas en el portamantèo; empero Dios os libre de *hecho es*, quando yà el daño no tenga remedio, que forzoso lo haveis de beber, y no lo haveis de verter. Hice buen animo, saquè fuerzas de flaqueza, porque si en pùblico lo sintiera mucho, fuera ocasion para ser de secreto tenido en poco, aventurando la amistad, supuesto que de lo contrario no se me pudiera seguir util alguno. Consejo cuerdo es acometer à las adversidades con alegre rostro, porque con esso se vencen los enemigos, y cobran los amigos aliento. Tres dias tuve (como dicen) calzadas las espuelas, esperando de camino lo que huviesse sucedido al Barrachèl en el suyo, si acaso huviesse tenido algun buen rastro; y estando sentados à la mesa, poco despues de haver comido, tratando de mis desgracias, y astucia, que tuvieron los ladrones en robarme, sentì gran tropèl de los criados, y gente de casa, que subian por la escalera, diciendo: Yà viene, yà viene, yà pareciò el principàl de los ladrones, el hurto ha parecido. Con esto cobrè animo, alegròseme la sangre, las muestras de el contento interior me salieron al rostro, que no es possible dissimular el corazon lo que siente con subitas alegrias; pues à veces acontece, siendo grandes, ahogar su calor al natural, y privar de la vida. Luz encendieran entonces en mis ojos, pues pareciò que con ellos daba las albricias à quantos me las pedian, y los brazos abiertos, iba recibiendo en ellos los parabienes. Levantamonos de la mesa, para salir al encuentro al Barrachèl, que qual otro yo, traìa la boca llena de alegria; y haviendonos abrazado estrechamente, quando le preguntè por el hurto, me respondiò, que todo se harìa muy bien. Bolvìle à preguntar, en què modo? Dixome, que uno

de los ladrones venia preso, porque los otros no havian parecido, ni el hurto, mas que aqueste diria de ello. Considerafte por ventura, quando alguna vez en las encendidas brasas aconteciò caer mucho golpe de agua, que subitamente se levanta un espeso humo tan caliente, que casi quema tanto como ellas mismas? Tal me dexaron sus palabras: todas las muestras de alegria, que poco antes derramaba por toda mi persona, se apagaron con el agua de su triste nueva, y en aquel mismo instante se levantò en mì una humareda de colera infernàl, con que quisiera mostrar lo que sentìa; mas como tan poco vale esso, reportème. Pompeyo pidiò su capa, saliò à tratar con el Juez, que hiciesse algunas diligencias importantes, que al parecer convenia hacerse; mas todo fuè sin provecho, porque ni negò el hurto, ni confessò su delito. Dixo que los otros le havian hecho, que solo èl era criado de uno de ellos, y que le havian dado un solo vestidillo, que vendiò, y gastò en Florencia, y en el viage ahora quando le bolvieron à Siena. Esto hacen los malos, ayudan, favorecen de obras, y consejos al mal; y conseguido su intento, se desampàran los unos à los otros, tomando cada qual su vereda. Con esta confession, por ser este hurto el primero en que se havia hallado, con lo que mas que alegò en su defensa, y por las consideraciones que se le ofrecieron al Juez, fuè condenado en verguenza pùblica, y en destierro de aquella Ciudad por cierto tiempo. Estaba un criado de casa con mucho cuidado, esperando el sucesso de este negocio, para verirme à dàr aviso de ello; y quando le dixeron la sentencia, como si traxera los baùles, entrò en el aposento con mucha priessa, risueño, y alegre, y dixome: Señor Guzmàn, alegrese usted, que su ladròn està condenado à la verguenza, y oy le sacan: vaya si le quiere vèr, que no tardarà mucho. Mucho quisiera yo entonces, que aqueste necio fuera mi criado, y estàr en mi casa, ò en otra parte alguna, donde à mi satisfaccion le pudiera romper los hozicos, y dientes à moxicones: Grandissimo enojo sentì con el disparate de sus palabras. O traydor, decia entre mì, vesme perdido, y pobre, y quieresme consolar con tus locuras? Ahogabame la colera, mas en medio de su fuerza mayor se me ofreciò à la memoria otro consuelo semejante à este, que me contaron verdaderamente haver passado en Sevilla, con que me retozò la risa en el cuerpo, y con las cosquillas olvidè la ira; y fuè: Un Juez de aquella Ciudad tenia preso, por especial comission del Supremo Consejo, à un delinquente, famoso falsario, que con firmas contra-

trahechas à las de su Mageftad, y recados falsos, havia cobrado muchos dineros en diversas partes, y tiempos: fuè condenado à muerte de horca, no obstante que alegaba el reo ser de Evangelio, y declinaba jurisdiccion. Mas el resuelto Juez, creyendo que tambien los Titulos eran falsos, apretaba con èl, y de hecho mando, que executassen su sentencia. El Ordinario Eclesiastico hacia lo que podía de su parte, agravando censuras, hasta poner *cessatio à divinis*; mas como no fuesse alguna parte toda su diligencia para impedir las del Juez à que no le ahorcassen, yà quando le tenian subido en lo alto de la escalera, la soga bien atada para poderle arrojar, se puso al pie de ella un cierto Notario, que solicitaba su negocio, y poniendose la mano en el pecho, le dixo: Señor N. yà v.md. ha visto, que las diligencias hechas han sido todas las possibles, y que ninguna de las essenciales se han dexado de hacer para su remedio; yà esto no le tiene, porque de hecho quiere proceder el Juez, y como quien soy le juro, que le hace notorio agravio, y injusticia; mas pues no puede ser menos, preste v.md paciencia, dexese ahorcar, y fiese de mì, que acà quedo yo. Ved què consuelo puede ser para los que padecen quando les dicen palabras tales, y tan disparatadas. Què gusto podrà recibir un desdichado que ahorcan, con que acà le queda un buen solicitador? Y pudierale muy bien decir el paciente: Harto mejor serìa, que subiesseis vos à mi lugar, y que fuesse yo à solicitar mi negocio. Un hombre robado, y pobre como yo, què abrigo, ni honra podia sacar de vèr llevar un ladron à la verguenza? Por ventura honrabame su afrenta, ò donde contàra el caso, y su castigo, me havian de dàr por ello lo necessario? Fuìme de alli à otro aposento, considerando en las ignorancias de estos; y rebolviendo sobre mi hurto, como aquello que tanto me dolìa, iba discurriendo en diferentes cosas, entre las quales fuè una, lo poco que importan semejantes castigos. Què verguenza le pueden quitar, ò dàr à quien para hurtar no la tiene, y se dispone à recibir por ella la pena en que fuere condenado? Roba un ladron una casa, y passeanle por la Ciudad: quanto à mi mal entender, ò poco saber, no sè què decir contra las Leyes, que siempre fueron bien pensadas, y con maduro consejo establecidas; empero no siento que sea castigo para un ladron sacarle à la verguenza, ni desterrarle de el pueblo; antes me parece premio, que pena, pues con aquello es decirle tacitamente: Amigo, yà de aqui te aprovechaste como pudiste, te holgaste à nuestra costa, otro poquito à otro cabo, dexanos à nosotros, y

y passaste à robar à nuestros vecinos. No quiero persuadirme, que el daño està en las leyes, antes en los executores de ellas, por ser mal entendidas, y sin prudencia executadas. El Juez debiera entender, y saber à quien, y por què condena, que los destierros fueron hechos, no para Ladrones forasteros, antes para Ciudadanos, gente natural, y noble, cuyas personas no havian de padecer pena publica, ni afrentas; y porque no quedassen los delitos de los tales faltos de pugnicion, acordaron las Divinas Leyes de ordenar el destierro, que sin duda es el castigo mayor que pudo darse à los tales, porque dexan los amigos, los parientes, las casas, las heredades, el regalo, el trato, y negociacion, y caminan sin saber adonde, y tratar despues, no sabiendo con quien. Fuè sin duda grandissima, y aun gravissima pena, no menor, que morir, y fuè permission del Cielo, que quien estableciò la ley, siendo de ella inventor, la padeciesse, pues le desterraron sus mismos Atenienses. Mucho lo sintieron muchos, y algunos igual que la muerte. Dicese de Demostenes, Principe de la Eloquencia Griega, que saliendo desterrado, y aun casi desesperado, vertiendo muchas lagrimas de sentimiento, por la crueldad que con èl havian usado sus naturales mismos, à quien èl havia siempre amparado, y favorecido, defendiendolos con todo su possible; y como en el camino llegasse à un Lugar, donde hallò acaso unos muy grandes enemigos, creyò que alli le mataran, mas no solo le perdonaron, que compadecidos de èl, viendole afligido, le consolaron haciendole todo buen tratamiento, y proveyendole de las cosas necessarias en su destierro. Lo qual fuè causa de mas acrecentar su dolor, pues animandole sus amigos, les dixo: Còmo quereis que me reporte, y dexe de hacer grandes estremos, viendo la mucha razon que tengo; pues voy desterrado de una tierra donde son los enemigos tales, que dudo hallar (y me serìa felicidad si alcanzasse à grangear donde voy desterrado) tales amigos, quales ellos? Tambien desterraron à Themistocles, el qual siendo favorecido en Persia, mas que lo era en Grecia, dixo à sus compañeros: Por cierto, sino nos perdieramos, perdidos fueramos. Los Romanos desterraron à Ciceròn, inducidos de Clodio su enemigo, despues de haver libertado à su Patria. Desterraron tambien à Pluvio Rutilo, el qual fuè tan valeroso, que despues quando los de la parte de Sila (que fueron quien causaron su destierro) quisieron alzarselo, no quiso recibir su favor, y dixo: Mas quiero avergonzarlos, estimando su favor en poco, y dandoles à sentir su yerro con mi agravio, que gozar el beneficio que me hacen.

Des-

Desterraron tambien à Scipion Nasica, en pago de haver libertado à su patria de la tyranìa de los Gracos. Anibal muriò en destierro. Camilo fuè desterrado, siendo tan valeroso, que se dixo de èl ser el segundo fundador de Roma, por haverla libertado, y à sus enemigos mismos. Los Lacedemonios desterraron à su Licurgo, varon sabio, y prudentissimo, que les diò leyes; y no se contentaron con solo esto, que aun lo apedrearon, y le quebraron un ojo. Los Atenienses desterraron con ignominia, y sin causa su Legislador Solòn, y le echaron à la Isla de Chipre, y à su gran Capitàn Trasibulo. Estos, y otro infinito numero de semejantes, fueron desterrados, y daban esta pena los antiguos à los hombres nobles, y principales por castigo gravissimo. Yo conocì un Ladron, que siendo de poca edad, y no capàz de otro mayor, como le huviessen desterrado muchas veces, y nunca huviesse querido salir à cumplir el destierro, y tambien porque sus hurtos no passaban de cosas de comer, le mandò la Justicia poner un argollon con un virote muy alto de hierro, y colgado de èl una campanilla porque fuessé avisando con el sonido de ella, y se guardassen de èl: Este se pudo llamar justo, y donoso castigo. En esto acabaràs de conocer, què grave cosa sea un destierro para los buenos, y quan cosa de risa para los malos, à quien todo el mundo es patria comun, y donde hallan que hurtar de allì son originarios. Donde quiera que llega entra de refresco, si no ser conocido, que no es pequeña comodidad para mejor usar su oficio sin ser sentido. No sè como lo entiende quien assi castiga, menos mal fuera dexarle andar por el Pueblo con la señal dicha, y guardarse de èl, que no embiarle donde no le conocen, con carta de orro para robar el mundo. No, no, que no es util à la Republica hacer à Ladrones tanto regalo; antes por leves hurtos debieran darseles graves penas. Echenlos en las Galeras, metanlos en Presidios, ò denles otros castigos, por mas ò menos tiempo, conforme à los delitos; y quando no fuessen de calidad, que mereciessen ser agravados tanto, à lo menos debieranlos perdigar, como en muchas partes acostumbran, que les hacen cierta señal de fuego en las espaldas, por donde al segundo hurto son conocidos. Llevan con esto hecha la causa, sabese quien son, y su trato; castigan la reincidencia mas gravemente, y muchos con el temor dàn la buelta, quedando de la primera corregidos, y escarmentados, con miedo de no ser despues ahorcados. Esto sì es justicia, que todo lo demàs es fruta regalada, y ocasion para que los Escrivanos hurten tanto como ellos, y no sè si me alargue à decir, que los libran, porque salgan

à robar, para tener mas que poderles despues quitar. Quiero callar, que soy hombre, y estoy castigado de sus falsedades, y no sè si bolverè à sus manos, y tomen venganza de mì muy à sus anchos, pues no ay quien les vaya à la mano. Mi Ladron se librò, confessò quienes eran los principales, y el viage què llevaron, con lo qual, y con su passeo, fuè suelto de la carcel, dexandome à mi en la suma pobreza, y buenas noches. Mañana en amaneciendo te dirè mi sucesso, si de lo passado llevas deseo de saberlo.



LIBRO SEGUNDO DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE.

TRATA DE LO QUE LE PASSÒ EN ITALIA, hasta bolver à España.

CAPITULO PRIMERO.

SALE GUZMAN DE ALFARACHE DE SIENA PARA FLORENCIA, encuentrase con Sayavedra, llevale en su servicio, y antes de llegar à la Ciudad, le cuenta por el camino muchas cosas admirables de ella, y en llegando allà, se la enseña.



FOCION (famoso Philosopho en su tiempo) fuè tan pobre, que apenas, y con mucho trabajo alcanzaba con que poder entretener la vida; por lo qual, siempre que de sus cosas trataban algunos, en presencia de el Tyrano Dionysio, su gran enemigo, se burlaba de ellas, y de èl, motejandole de pobre, por parecerle, que no le podia hacer otra mayor injuria. Quando aquesto llegò à noticia del Philosopho, no solo no le pesò, que riendose de èl, y su locura, respondiò à quien se lo dixo: Por cierto Dionysio dice mucha verdad, llamandome pobre, porque verdaderamente lo soy; pero mucho mas lo es èl,

y con mas veras pudiera tener verguenza de sì mismo, y afrentarse, porque si à mi me faltan dineros, los amigos me sobran, tengo lo mas, y me falta lo menos; pero èl, si dineros le sobran, los amigos le faltan, pues no se conoce alguno, que sea suyo. No pudo este Philosofo satisfacerse mejor, ni quebrarle los ojos con mayor golpe, ò pedrada, que con llamarle hombre sin amigos. Y aunque acontece muchas veces comprarse con dineros (y suele ser este camino el principal de hallarlos) nunca supo este Tyrano grangearlos, ni tenerlos; y no es de maravillar que le faltassen, porque quien dice amigo, dice bondad, y virtud, y quien ha de conservar amistad, ha de procurar, que sus obras correspondan à sus palabras; y como todo èl era tyranìa en todo, de mala digestion, y peor trato, y los amigos no se alcanzan con solo buena fortuna, sino con mucha virtud, careciendo èl de ella, siempre careciò de ellos.

Nunca otro fuè mi deseo, desde que me acuerdo, y tuve uso de razon, sino grangearlos, aun à toda costa: Pareciendome, como real, y verderamente lo son, tan importantes à la prospera, como en adversa fortuna. Quien sino ellos gustan de los gustos, conservan la paz, la vida, la honra, y la hacienda, celebrando las prosperidades de sus amigos? Y donde con adversidad se halla otro refugio, benignidad, consuelo, remedio, y sentimiento de los males como propios? El hombre prudente, antes debe carecer de todos, y qualesquier otros bienes, que de buenos amigos, que son mejores que cercanos deudos, ni propios hermanos. De sus calidades, y condiciones, muchos han dicho mucho (y algun dia dirèmos algo, Dios mediante) mas à mi parecer, donde amistad se professa, el trato ha de ser llano, que ni altere, ni escandalice, ni dè cuidado, ni ponga en condicion al amigo de perderse. Hanse de avenir los dos, como cada uno consigo mismo, por ser otro yo mi amigo. Y de la manera que suele suceder al azogue con el oro, que se le mete por las entrañas, haciendose ambos una misma pasta, sin poderlos dividir otra cosa, que el puro fuego, donde queda el azogue consumido, tal el verdadero amigo (hecho yà otro) es nada, pueda ser parte para que aquella union se deshaga, sino con solo el fuego de la muerte sola. Debense buscar los amigos, como se buscan los buenos libros, que no està la facilidad en que sean muchos, ni muy curiosos, antes en que sean pocos, buenos, y bien conocidos, que muchas veces muchos, impiden que sean verdaderos en todos las amistades. No que solo entretengan, sino que juntamente aprovechen al

alma,

alma, y cuerpo, que aquel se debe buscar, que sin respecto de interesse humano, aconseja el precepto divino; no que representen, sino que hablen, amonesten, y enseñen. Y si aquel se llama verdadero amigo, que con amistad sola dice à su amigo la verdad clara, y sin rebozo, no como à tercera persona, sino como à cosa muy propria suya, y segun la deseàra saber para sì, de cuyas entrañas, y sencillèz hay pocos de quien se tenga entera satisfaccion, y confianza: con razon el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor, pues de èl podèmos desfrutar lo util, y necessario, sin verguenza de la vanidad que oy se practica, de no querer saber, por no preguntar, sin temor que preguntado revelarà mis ignorancias, y con satisfaccion, que sin adular darà su parecer. Esta ventaja hacen por excelencia los libros à los amigos, que los amigos no siempre se atreven à decir lo que sienten, y saben, por temor de interesse, ò de privanza, (como dirèmos presto, y breve) y en los libros està el consejo desnudo de todo genero de vicio. Conforme à lo qual, siempre se tuvo por dificultoso hallarse un fiel amigo, y verdadero: son contados, por escrito estàn, y los mas en Fabulas, los que se dice haverlo sido. Uno solo hallè de nuestra misma naturaleza, el mejor, el mas liberàl, verdadero, y cierto de todos, que nunca falta, y permanece siempre, sin cansarse de darnos, y es la tierra. Esta nos dà las piedras de precio, el oro, la plata, y mas metales, de que tanta necessidad, y sed tenèmos. Produce la yerva, con que no solo se sustentan los ganados, y animales, de que nos valèmos para cosas de nuestro servicio, mas juntamente aquellas medicinales, que nos conservan la salud, y aligèran la enfermedad, preservandonos de ella. Cria nuestros frutos, dandonos telas con que cubrirnos, y adornarnos. Rompe sus venas, brotando de sus pechos dulcissimas, y mysteriosas aguas, que bebèmos, arroyos, y rios, que fertilizan los campos, y facilitan los comercios, comunicandose por ellos las partes mas estrañas, y remotas. Todo nos lo consiente, y sufre, bueno, y mal tratamiento: à todo calla, es como la oveja, que nunca oiràn otra cosa, que *bien*: si la llevan à comer, si à beber, si la encierran, si la quitan el hijo, la leche, la lana, y la vida, siempre à todo dice *bien*; y todo el bien que tenèmos en la tierra, la tierra lo dà. Ultimamente, yà despues de desfallecidos, y hediondos, quando no hay muger, padre, hijo, pariente, ni amigo, que quiera sufrirnos, y todos nos despiden, huyendo de nosotros, entonces nos ampàra, recogiendonos dentro

tro de ſu proprio vientre, donde nos guarda en fiel depoſito, para bolvernos à dàr en vida nueva, y eterna. Y la mayor excelencia, la mas digna de gloria, y alabanza, es, que haciendo por noſotros tanto, tan continuamente, ſiendo tan generoſa, y franca, que ni ceſſa, ni ſe canſa, nunca repite lo que dà, ni lo exagèra, dando con ello en los ojos, como lo hacen los hombres. En todos quantos tratè, fueron pocos los que hallè, que no caminaſſen al norte de ſu interès proprio, y al paſſo de ſu guſto, con deſeo de engañar, ſin amiſtad que lo fueſſe, ſin caridad, ſin verdad, ni verguenza. Mi condicion era facil, ſu lengua dulce, ſiempre me dexaron el corazon amargo, è indigeſtible, por lo arriba dicho; empero, ſegun el trato de oy, de tal manera corre la malicia, que mas nos debe admirar no ſer engañados, que de ſerlo. Veìalos tan libres en prometer, quanto captivos en cumplir, faciles en las palabras, y dificultoſos en las obras. No hay Pilades, Aſmundos, ni Oreſtes, yà fenecieron, y caſi ſus memorias: tanto lo digo por mi Pompeyo, y mas que por los que tuve, porque à los mas los ganè hablando, y à èl obrando. Muchos amigos tuve quando proſpero, todos me deſeaban, me regalaban, y con ſumiſsion ſe me ofrecian: quando faltaron dineros, faltaron ellos, fallecieron en un dia ſu amiſtad, y mi dinero. Y como no hay deſdicha que tanto ſe ſienta, como la memoria de haver ſido dichoſo, no hay dolor que iguale al ſentimiento de vèr faltar los amigos, à quien ſiempre tuvo deſeo de conſervarlos. Yà me robaron, y quedè perdido: eſtuve algunos dias, aunque pocos, en caſa de mi amigo; empero ſentì hacerſele muchos, en que poco à poco ſe me deſpegaba, y como anguila paſſo à paſſo en la ocaſion ſe me reſvalaba, dexandome la mano vacìa. Ofreciaſe à lo Cordovès; yà v.md. havrà comido, no havrà meneſter algo, nada prometiò al cierto, ni en algo dexò de quedar dudoſo; y lo que me acariciaba, no era tanto con animo de hacerlo, quanto para que por Juſticia no cobràra de èl mi hacienda. Leìle los penſamientos, y como los mios fueron ſiempre nobles, las veces que de mi pèrdida trataba, ſi algun cumplimiento hizo, fuè fingido; empero qualquiera que fueſſe me agraviaba de ello, como de una grave injuria, y con muchas veras rechazaba ſus burlas, como ſi no lo fueran, ò tuvieran algun fundamento, haciendo caſo de menos valer, que ſe trataſſe de interès mio, no conſintiendole que me ſintieſſe flaqueza de animo, antes por no traer inquieto el ſuyo, viendole tan atribulado, y corto, determinè dexarle, y paſſar à Florencia. Comu-

muniquèle aqueſte penſamiento, diciendole, que deſeaba mucho vèr aquella Ciudad, por las grandezas que de ella me contaban; y como le ſalìa à ſu deſeo, aſyò de la ocaſion, refiriendome muchas de ſus coſas memorables, con que me levantò los pies, y creciò la codicia. No lo hacia por loarmela, ni porque la vieſſe, ſino por verme yà en ſu caſa, que es triſte huesped el de por fuerza. Deſpues que le dixe mi determinacion, bolviò à refreſcar el viento de el regalo, para obligarme con èl à que ſalieſſe con guſto, y en paz, y quedarſo èl, por lo que de mì ſe temia. Significò peſarle de mi partida, pero nunca hizo reſiſtencia en ella que me quedaſſe: preguntòme quando me queria ir, pero no lo que havia meneſter llevar, aun ſiquiera de buen comedimiento. Facil coſa es el vèr, y mas lo es el hablar; pero muy dificultoſo el proveer, que no conocen todos los que miran, ni los que hablan hacen. Como yà no me havia meneſter, y èl necio, yo le havia dicho, que no penſaba bolver mas à Roma, hizo ſu cuenta, para què, ò de què me puede ſer yà de provecho aqueſte tonto: tratòme como yo merecia. Entonces conocì, en quanto ſe dexa conocer, el animo generoſo con el agradecimiento del bien recibido. En eſta mudanza de fortuna hallè à la viſta mil daños, nunca temidos: mas como aùn entonces tenia reſuello para paſſar adelante, no deſmayè de todo punto. Procurè olvidar, lo que no pude remediar, tomando por inſtrumento la memoria de mi jornada; y como la novedad, ò eſtrañeza de las coſas lleva tràs de sì el animo de los hombres, con deſeo de ſaberlas, dìme mucha prieſſa haſta ſalir de Siena, tanto por eſto, como por dexar à Pompeyo ſoſſegado, que aunque ſuelen decir à los huespedes: *Comed de buena gana, que con buena, ò mala os la tienen de contar por comida*, me daba pena ſu cortedad, el ſentirle ſu ſolicitud ſocarrona, y verle andar tan ciſcado. Deſpedìme de èl, y aunque por ſer yo quien era, por la amiſtad que le tuve, lo ſentì de manera, que al tiempo de el apartanos me faltaron las palabras, y no vì en èl el menor ſentimiento. Comencè mi camino à ſolas, no con pocos penſamientos, ni libre de cuidados, que à fee que mi cavallo no llevaba tanto peſo; pero ibalos trazando, y acomodando còmo ſe me hicieſſen mas ligeros, y mejor pudieſſe ſalir de ellos, quando à pocas millas encontrè con Sayavedra, que ſalìa de Siena, y en cumplimiento de ſu deſtierro. No me baſtò el animo, en conociendole, à dexar de compadecerme de èl, y ſalúdarle, poniendo los ojos, no en el mal que me hizo, ſino en el daño de que alguna vez me librò, conociendo por de mas precio el

bien,

bien, que alli entonces de èl recibì, que pudo importar lo que me llevò, y paga mal el que con grandes ventajas no ſatisface la gracia recibida; además, que la liberalidad ſupone generoſo eſpiritu, y es de tal precio, por traer ſu origen del Cielo, que ſiempre ſe halla en los animos deſtinados para èl. No pude reſiſtirme ſin hablarle con amor, ni èl de recibirme con lagrimas, que vertiendolas por todo el roſtro, ſe vino à mis pies, abrazandoſe con el eſtrivo, y pidiendome perdon de ſu yerro, dandome gracias de que nunca, eſtando preſo, le quiſe acuſar, y ſatisfacciones de no haverme viſitado luego que ſaliò de la carcel, dando culpa de ello à ſu corto atrevimiento, y larga ofenſa; pero que para en cuenta, y parte de pago de ſu deuda, queria (como un eſclavo) ſervirme toda ſu vida. Yo, que ſiempre le conocì por hombre de muy gallardo entendimiento, y vivo de ingenio, aunque por el miſmo caſo un perdido, pero diſpueſto para qualquier coſa, holguème con ſu ofrecimiento. Aſsi caminàmos poco à poco en buena converſacion, aunque à la verdad ſabìa yo ſer aquel muy gran ladròn, y bellaco, tuvelo por de menor inconveniente que necio, que nunca la necedad anduvo ſin malicia, y baſtan ambas à deſtruir, no una caſa, pero toda una Republica, porque ni el necio ſupo callar, ni el malicioſo juzgar bien: y ſi como ſiente habla, el eſcandalo, y los trabajos eſtàn yà de las puertas adentro de caſa. Pareciòme, que ſi de alguno quiſiera ſervirme, haviendo pocos mozos buenos, que aqueſte ſerìa menos malo, ſupueſto que por ſus mañas me havia de hacer (como ſi fuera Lacedemonio) traer la barba ſobre el ombro, y era de menor inconveniente ſervirme de èl, que de otro no conocido, pues de èl ſabìa yà ſer neceſſario guardarme, y con otro, pareciendome fiel, me pudiera deſcuidar, y dexarme à la Luna. Con eſto, y que yà mis prendas eran pocas, en que pudiera laſtimarme mucho, le admitì en mi ſervicio. Preguntòme, què viage llevaba? Reſpondile, que à Florencia, por ſatisfacer el deſeo de lo que de ella me decian; y èl me dixo, Señor, aun havrà ſido poco, reſpecto de la verdad, porque la relacion de lo curioſo, y bueno jamàs llegò à henchir aquel vacìo. Algun tiempo he reſidido en ella, pero ſiempre como ſi entràra el miſmo dia, por las varias coſas, que à cada paſſo allì ſe ofrecian que vèr, y de mi voluntad nunca la dexàra, ſi amigos no me obligàran à ello. Comencèle à preguntar de algunas coſas de ſu principio, y fundacion; y el me dixo: Pues el tiempo del caminar es ocioſo, y la relacion de lo que ſe me manda breve, dirè lo que por curioſidad, y con verdad

dad he ſabido. Comenzò à diſcurrir luego deſde las Guerras Civiles, à quien Catilina diò principio entre los de Fieſole, y Florentines. Las perdidas que tuvieron, yà los del Vando Romano, yà ſu Enemigo Bela Totile, como en tiempo del Papa Leon III. el Emperador Carlo Magno embiò un grueſo Exercito contra los Fieſolanos, dexando à Florencia reedificada en poder de los Florentines, haſta que el Papa Clemente VII. y el Emperador Carlos V. por fuerza de armas la ganaron, para reſtituìr en ſu antigua poſſeſsion de que havia ſido deſpojada la Caſa de los Medicis, que ſucediò en el año de 1529. y como deſde allì en adelante ſiempre fueron governados por la Cabeza de un Principe. Y aunque ſe les hizo à los principios algo aſpero, yà eſtàn deſengañados, y conocen con quanta mayor quietud viven debaxo de ſu amparo, con ſeguridad de ſus haciendas, y vidas. Dixome, que el primero que tuvieron fuè Alexandro de Medicis, que verdaderamente ſe pudo bien llamar Alexandro, por ſu mucha benignidad, magnanimidad, y esfuerzo, aunque violentamente lo perdiò en lo mejor de ſus dias. A eſte ſuccediò un valeroſo Coſme, Gran Duque de Toſcana, cuya memoria, por ſus heroycos hechos, y virtudes, por Chriſtiandad, y buen govierno, ſerà eterna. Quedò en ſu lugar Franciſco, el qual, por haver fallecido ſin heredero, ſuccediò en la Corona el famoſo Ferdinando ſu hermano, vivo retrato de Coſme ſu Padre, ſu heredero en Eſtados, y virtudes. Oy govierna con tanto valor de animo, y prudencia, que no ſe ſabe de Señor ſu igual, que ſea mas amado de ſu gente. Si la relacion fueſſe un poco mas larga, fuera neceſſario dexarla para otro dia, porque parece que la midiò con el tiempo, pues yà eſtabamos tan cerca de la noche, como de la poſada. Entràmos à deſcanſar, y otro dia, tomando la mañana, para llegar temprano à Florencia, nòs dimos un poco de mas prieſſa en el camino. Quando llegamos à viſta de ella fuè tanta mi alegria, que no lo ſabrè decir, por lo bien que me pareciò de lexos, que aunque no lo eſtaba mucho, à lo menos deſcubrìla de alto à baxo. Conſiderè ſu apacible ſitio, vì la belleza de tantos, y tan varios chapiteles, la hermoſura inexpugnable de ſus muros, la mageſtad, y fortaleza de ſus altas, y bien formadas torres: pareciòme toda tal, que me dexò admirado. No quiſiera paſſar de allì, ni apartarme de ſu lexos, tanto por lo que alegraba la viſta, quanto por no hacerle ofenſa de cerca, ſi acaſo (como todas las mas coſas) deſdixeſſe algo de aquella tan admirable perſpectiva. Mas conſiderando ſer aquella caxa, vine à infe-

ferir, que sin duda seria de mayor admiracion lo contenido en ella; y no fuè menos, porque quando à ella lleguè, y vi sus calles tan espaciosas, llanas, y derechas, empedradas de losas grandes, las casas edificadas de hermosissima canteria, tan opulentas, y con tanto artificio labradas, con tanto ventanage, y arquitectura, quedè confuso, porque nunca creì que havia otra Roma. Y considerando bien su tanto, le hace muchas ventajas en los edificios, porque los buenos de Roma yà estàn por el suelo, y poco hay en piè, que no sean sombras de lo passado, ruìnas, y fragmentos. Pero Florencia todo es flor, todo està vivo, tan costoso, y bien tratado, que dixe à Sayavedra: Sin duda que si los habitadores de esta Ciudad son tan curiosos en el adorno de sus mugeres, como de sus casas, que son las mas bienaventuradas de quantas tiene la tierra. Pusome tal admiracion, que quisiera con mucho espacio quedarme mirando cada uno de aquellos edificios; mas como por acercarse la noche no diesse el dia mas lugar, fuè forzoso recogernos à la posada. No tardàmos en llegar à una, donde nos acariciaron con tanto regalo, que verdaderamente no lo sabrè decir, como lo debo encarecer, tanta provision, limpieza, solicitud, afabilidad, y buen tratamiento: en esto estaba tan cebado, que casi me hiciera poner en olvido lo que mas deseaba. Passòseme aquella noche sin sentirla; no se me hizo media hora, gracias à la buena cama; y à la mañana (bien que con dolor de mi corazon, que aquel entonces era mi Monte Thabòr) llamè à Sayavedra, que me diera de vestir, y para que como tan curial en aquella Ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas de ella, en especial, y primero la Iglesia Mayor; porque despues de oìdo Missa, y encomendadonos à Dios, todo se nos hiciesse dichosamente. Llevòme allà, y cumplida nuestra obligacion, estuveme bobo mirando aquel famosissimo Templo, y edificio del Cimborio, que llaman allà Cupula, què mejor la llamàran Copula, por parecerme, y no à mì solo, sino à quantos la vèn, haverse juntado para ella toda la Arquitectura que hay escrita, y mejores Maestros de ella, rètoricos, y practicos. Tan milagroso artificio, tal grandeza, fortaleza, y curiosidad, sin duda, ni agravio de quanto se conoce oy fabricado, se le puede dàr lugar de octava maravilla. Considerese aqui, quien algo de esto sabe, para quatrocientos y veinte palmos, que tiene de alto la Capilla sola, sin el remate de arriba, què diametro havrà menester, y en ello conocerà qual sea.

Otro viage hice à la anunciada

Iglesia de este nombre, por una Imagen, que alli està pintada en una pared; que mejor se pudiera llamar Cielo, teniendo tal pintura de la Encarnacion del Hijo de Dios, la qual se tiene por tradicion haverla hecho un Pintor, tan estremado en su Arte, como de limpia, y santa vida, pues teniendo acabado yà lo que alli se vè pintado, y que solo restaba por hacer el rostro de la Virgen, Señora nuestra, temeroso si por ventura sabrìa darle aquel vivo que debiera, yà en la edad, en el color, en el semblante honesto, en la postura de los ojos, en esta confusion se adormeciò un poco, y en recordando, queriendo tomar los pinceles, para (con el favor de Dios) comenzar la obra, la hallò hecha. No es necessario aqui mayor encarecimiento, pues yà la huviesse milagrosamente obrado la mano poderosa del Señor, ò yà los Angeles, ella es Angelicàl pintura; y à este respecto, considerando lo restante de ella, que el Pintor hizo, se dexa entender el espiritu que tendrà por el del Artifice, que mereciò ser ayudado de tales Oficiales. Tantos milagros hace cada dia, es tanto el concurso de la gente que la tiene devocion, y tanta la limosna que alli se distribuye à pobres, que me maravillè mucho còmo no eran ricos todos. Por ellos me vino à la memoria entonces el otro, que me dixeron haver dexado la famosa manda de la albarda, haciendoseme poco quanto en ella se hallò, respecto de lo que pudo ganar, y dexar un tal supuesto. Y como sea notoria verdad, que el hijo de la gata ratones mata, mil veces me ocurrieron à la memoria cosas de mi mocedad, que si como lleguè à Roma, huviera venido alli con mis embelecos, tiña, lepra, y llagas, pudiera dexar un mayorazgo. Considerè tambien, que pocos de ellos eran curiosos, ni politicos, sì burdos, y de poco saber, respecto de los de mi tiempo, y como los entendia la flor, burlabame de ellos. Gustaba de verlos, y quisiera de secreto reformarlos de mil imperfecciones que tenian. Quien viò nunca, que pobre honrado (buen oficial de su oficio, ni aun razonable) tuviesse, quando mucho, mas de hasta seis, ò siete maravedis, ò cosa semejante, y no de mas valor en el sombrero, ni caudal, que se le pudiesse decir lo que alli à muchos, que yà les bastaba para comer aquel dia con aquello, que se fuessen, y dexassen à los otros mas pobres? Quando cupo en algun entendimiento de pobre, si no fuesse pobre de entendimiento, aunque fuesse principiante de dos meses de nominativos, tener un pan debaxo del brazo, ni estàr como vì à otro, con un palillo de dientes en la oreja? Entre mì dixe: O ladron pobre, traydor à tu pro-

profefsion! Luego tanto comes, que te puede quedar algo entre los dientes? Ninguno vì, que fupieffe donde iba tablà: no acomodaban cofa en fu lugar, ni tiempo, conforme à ordenanza, todo fe les iba en meter letra, y no entonaban punto. Alli reconocì un mozuelo de tiempo de Moros, yà eftaba hombrecillo: folo era efte quien algo fabìa, refpecto de los otros, y à fee que quifiera tener yo pueftas las manos donde tenia fu corazon, fin duda eftarìa riquillo: efte fuè hijo de padres, que pudieran dexarle mucho, eran muy gentiles maeftros: era pobre de vientre, y lomo, legitimo en todo. Pero como todo requiere curfo, y allì la Jufticia no les permitìa tener academias, faltando los exercicios, y conclufiones, pueden echarfe todos en un lodo con fubtiviatica. Conocìle, y no me conociò; pudome bien decir: Tal te veo, que no te conozco. Gran tentacion me vino de hablarle, mas no me atrevì. Dixele à Sayavedra: Vès aquel pobre, à mì me puede hacer rico. Preguntòme: Pues còmo pide limofna? Dixele: Defpues que una vez los hombres abren las bocas al pedir, cerrando los ojos à la verguenza, y atan las manos para el trabajo, entulleciendo los pies à la folicitud, no tiene fu mal remedio. Vìlo en una pobre de mi tiempo, la qual como fe huvieffe venido perdida à Roma, mozuela enferma, comenzò à pedir, y llegando à eftàr fana, recia como un toro, tambien pedia. Decianla, que firvieffe; refpondía, que tenia mal de corazon, que fe caìa por el fuelo quando le daba, haciendo pedazos quanto cerca hallaba. Con efto engañaba, y pafsò algunos años, al fin de los quales, preguutando à uno, que le dixo fer de fu tierra, fi conocia en ella à fus padres, y diciendola fer muertos, y haver dexado mucha hacienda, fe pufo en camino por la herencia, y fuè tanta, que trataron de pedirla por muger muchos hombres principales, y de razonable hacienda: (que no hay hierro tan mohofo, que no pueda dorarfe, todo lo cubre, y tapa el oro) casòfe con uno de muy buena parte, y talle. Hallabafe la muger tan violentada no pidiendo limofna, que fe iba fecando, y confumiendo, fin que los Medicos acertaffen con la enfermedad que tenia, hafta que fe curò ella mifma, fingiendofe hypocrita, diciendo, que por humildad querìa pedir limofna para lo que havia de comer, y andaba por fu cafa entre fus criados de uno en otro mendigando; y porque todos no la daban, aun aquello le caufaba pena. Encerrabafe dentro de una quadra, donde tenia retratos, y pediales limofna tambien à ellos: de efto fe admirò Sayavedra mucho. De allì me llevò à la plaza de Palacio, don-

donde vì en medio de ella un valeroso Principe sobre un hermoso cavallo de bronce, tan al vivo, y bien reparado, que parecian tener alma, y movimiento. A mi parecer no supe, ni me atrevì à juzgar qual de los dos fuesse mejor, aquel, ò el de Roma; pero inclinème con mi corto saber à dàr à lo presente la ventaja, no por tenerlo à la vista, sino por merecerlo. Preguntè à Sayavedra, cuyo retrato era el del Cavallero? Y dixome: Esta figura es del Gran Duque Cosme de Medicis, de quien por el camino vine tratando, mandòle aqui poner, para perpetua memoria, el Gran Duque Ferdinando su hijo, que oy es. Quise saber por curiosidad, què altura tendrìa todo èl; y como no pude alcanzar à medirlo, me informaron, y lo parecia, que desde el suelo, hasta lo mas alto de la figura, tendrìa cinquenta palmos, poco mas, ò menos. Al rededor de esta Plaza estaban otras muchas figuras de bronce vaciadas, y otras de marmol fortissimo, tan artificiosamente obradas, que ponen admiracion al que las vè, dexando suspenso qualquier entendimiento, y mas à quien sabe lo que aquesto sea. Despues visitamos el Templo de San Juan Bautista, dignissimo de que se haga de èl particular memoria, por serlo en su traza, y mas cosas, el qual supe haverse fundado en tiempo de Octavio Augusto, y haverse dedicado à Marte. Alli me detuve viendo su antiguedad, y fundacion, pues dicen de èl, y se tiene por tradicion, y razones de su fundacion, que serà eterno hasta la consumacion del siglo, y puede darse credito, pues con tantas calamidades no le tiene consumido el tiempo, ni las guerras, haviendo sido aquella Ciudad por ellas assolada, y quedado solo èl en piè vivo. Es ochavado, grande, fuerte, y maravilloso de vèr, en especial sus tres puertas, que cierran con seis medias, todas de bronce, y cada una vaciada de una pieza, labradas con historias de medio relieve, tan diestramente, como se puede presumir de los Artifices de aquella Ciudad, que oy tienen la primacìa de ello en lo que se conoce de todo el mundo. Tambien tiene otra grandeza, y es, que haviendo en Florencia quarenta y una Iglesias Parroquiales, veinte y dos Monasterios de Frayles, quarenta y siete de Monjas, quatro Recogimientos, y veinte y ocho de Casas de Hospitalidad, y dos del Nombre de Jesvs, en parte alguna de ellas no hay Pila de Baptismo, sino solo en San Juan, y en ella se Christianan todos los de aquella Ciudad, tanto el comun, como los principales Cavalleros, y primogenitos del mismo Principe. A mi espacio, en el discurso del tiempo que alli estuve, fuimos visitando las mas

mas Iglesias: eran de tanto primor, tenian tanta curiosidad, que no es posible referir, aun muy poco, respecto de lo mucho de ellas; ni el entendimiento es capàz de aprehenderlo, segun ello es, menos que con la vista; porque haver de hacer memoria de tanta maquina, y en cada cosa de tantas, tan particulares, y sutiles menudencias, tan excelentes pinturas, y esculturas enteras, y de medio relieve, fuera necessario hacer un muy grande volumen; y buscarles otro Chronista, para saber engrandecerlas algo. Tiene alli el Gran Duque una Casa, y Jardin, que llaman el Palacio de Pati, cuya excelencia, grandeza, y curiosidad, assi de Jardines, como de Fuentes, Montes, Bosques, caza, y aposento, puede, sin encarecimiento, decirse ser cosa Real, y grande, tal, que pueda competir con otra qualquiera de su genero de las de toda Europa. No quise dexar de saber, y vèr la cerca de esta Ciudad, que tan admirable riqueza encierra, y hallè tener en circuito cinco millas, muy poco mas, ò menos. Tiene diez Puertas, y cinquenta y una torres. Toda la Ciudad està del muro adentro, que no tiene Arrabales. Passa por medio de ella el Rio Arno, encima del qual hay quatro famosissimas Puentes, labradas de piedra, fuertes, y espaciosas. Y siendo lo dicho en todo extremo bien hecho, compiten con ello el buen govierno, costumbres, y trato generàl. Con justissima razon se llamò Florencia, como flor de las flores, y flor de toda Italia, donde florecen mas tantas cosas en junto, y cada una en singular, las Artes liberales, la Cavallerìa, las Letras, la Milicia, la verdad, el buen proceder, la crianza, la llaneza; y sobre todo, la caridad, y amor para con forasteros. Ella, como madre verdadera, los admite, agrega, regala, y favorece mas, que à sus propios hijos, à quien à su respecto podràn llamar madrastra. El tiempo que alli residì vine à inferir por los efectos las causas, conociendo quales eran los habitadores, por la politica con que son governados, y en la observancia que à sus leyes tienen, y quan inviolablemente son guardadas. Alli verdaderamente se saben conocer, y estimar los meritos de cada uno, premiandolos con justas, y debidas honras, para que se animen todos à la virtud, y no estimen los Principes à pequeña gloria, que deben conocerla por la mayor que se les puede dàr, quando se dice de ellos, que con sus famosas obras compiten las de sus Vassallos. Conocì juntamente ser verdad lo que me havia referido Sayavedra, cerca de los animos encontrados: alli vì algo de lo mucho que sobra en otras partes, embidia, y adulacion, que todo lo andan, y siempre residen don-

donde hay deseo de privanzas, y por acrecentarlas, en grave daño de todos, unos, y otros: finos contadores de lo ageno, lindos Geometras para delinear lo que cada uno puede, y lo que no puede. Quedese aqui esto, que pues con tanta perfeccion se ha pintado una Ciudad tan ilustre, y generosa, no ha sido buena consideracion haverla tiznado con un borron tan feo.

CAPITULO. II.

GUZMAN DE ALFARACHE và en seguimiento de Alexandro, que le hurtò los baùles: llega à Bolonia, donde le hizo prender el mismo, que le havia robado.

En Florencia me comì todo el cavallo, que saquè de casa del Embaxador mi señor, y una mañana me almorcè las herraduras: digo que para venderle mandè, que se herrasse de nuevo, y las que me quedaron en casa viejas las vendiò Sayavedra, y almorzamos. Si la herege necessidad no me sacàra de alli à coces, y rempujones, fuera impossible hacerlo de mi voluntad en toda mi vida: quiero decir, à ley de creo, porque havia yà tomado bien la sal, y sondado la tierra. No sè despues lo que hiciera, porque al fin todo lo nuevo aplace, y mas à quien como yo tenia espiritu ambulativo, amigo de novedades: assi lo juzgaba entonces, por la mucha razon, que para ello tuve de mi parte. Yo lleguè alli por tiempo de festines: traianme otros mozos floreando de casa en casa, de fiesta en fiesta, de boda en boda: en una baylaban, en otra tañian: aqui cantaban, acullà se holgaban: todo era placer, y mas placer, un regocijo de vale, y ciento al embite. No se trataba en todas partes otra cosa, que loables exercicios, y entretenimientos, muchas galas, y galanes, muchas hermosas damas, con gallardissimos tocados, ricos vestidos, y curioso calzado, que se llevaban tràs sì los ojos, y las almas en ellos. Ved què negro adobo para que no se dañasse el adobado! Si no bebo en la taberna, huelgome en ella: no ay hombre cuerdo à cavallo, y menos en el de la juventud. Era mozo al fin, y como la vejèz es fria, y seca, la mocedad es su contraria, caliente, y humeda. La juventud tiene la fuerza, y la senectud la prudencia: todo està repartido, à cada cosa su necessario; y aunque casi siempre lo vèmos, viejos mozos, por maravilla se hallan mozos viejos; y aun digo que serìa maravilla còmo hallar un peràl, que llevasse peras por Navidad: en Castilla digo, porque no me coxan por seca los de otras tierras, que no conozco. Vayase dicho, que siempre voy hablando con el uso de mi Aldèa,

que yo no sè còmo bayla en la suya cada uno. Buelvo à mi cuento. Me era importantissimo salir de Florencia, huyendo de mì mismo, sin saber à què, ni adonde, no mas de hasta dexar consumidas las pobres, y pocas monedas que me quedaron, y la cadenilla de memoria, que à fee que nunca se me apartaba punto de ella, pensando en la hora que avia de blanquearla, y como se me diò en amor, pesabame, que forzoso havia de ser tratarla presto con rigor. Quisierala conservar si pudiera, no apartandola de mì, mas hay casos en que pueden los padres empeñar à sus hijos. Paciencia, harè quanto pudiere, y à mas no poder, perdonen, que quien otro medio no tiene, y fuerza se le ofrece, mayores daños comete. Luchando andaba conmigo mismo, cruel guerra se trava de pensamientos en casos tales. Consideraba de mì en què havia de parar, con què me havia de socorrer. Valgame Dios, què apretado se halla un corazon quando lo està la bolsa! Còmo se afloxan las ganas de vivir, quando à ella se le afloxan los cerraderos, y mas en tierras estrañas, y resuelto à olvidar malas mañas, no sabiendo à què lo ganar, y faltando de donde poderlo haber, careciendo de persona, y amigos à quien atreverme à pedir, y lexos de pensar engañar, que si me quisiera dàr à ello, no era necessario tanto trabajo, ni cuidado. Cortada tenia obra para todo el año, donde quiera que llegàra no me havia de faltar en què ocuparme, que Dios loado, lo que una vez cobrè, nunca lo perdì: solo el uso desamparè, que las herramientas del oficio no las dexè de la mano, conmigo estaban do quiera que iba. Salì de Roma con determinacion de ser hombre de bien, à bien, ò mal passar: deseaba sustentar este buen deseo, mas como de aquestos estàn los Infiernos llenos, de què me importaba, si no me acomodaba? Fè sin obras, es fè muerta. Yà tenia mozo, ved què buen aliño para buscar amo. Haviame acostumbrado à mandar, còmo quereis que me humillasse à obedecer? Pareceme (y aun à mas de dos, que no creo haver sido solo en el mundo) que fuera hombre de bien, si con aquel toldo que llevaba, con el punto en que me veìa, viera que no me faltaba, y que para sustentar aquel animo generoso tuviera muchos dineros con que dilatarlo, aunque de milagro pusiera un Santo el caudal para ello; y aun entonces no sè què me diga, creo que fuera milagro en mì para en aquel tiempo. Era mozo, criado en libertades, acostumbrado antes à buscar las ocasiones, que à huirlas: mal pudiera con buenos deseos perder mis malas inclinaciones. Dice la señora Doña (como es su gracia) yo serìa buena, y honesta,

ſino que la neceſsidad me obliga mas de quatro veces à lo que nó quiſiera. En verdad, Señora, que miente uſted, que sì quiere. O, que lo hago contra mi voluntad, que no ſoy à tal inclinada. En buena fee sì es, que yo ſe lo veo en los ojos, porque ſi los quiſiera quitar de la ventana para ponerlos en la rueca, ò almohadilla, quizà que pudiera paſſar. No ſon yà las manos de las mugeres tan largas, que puedan tanto, comer, veſtir, y pagar caſa. Tengalas uſted largas para querer ſervir, y darànle caſa, de comer, y dineros con que ſe vìſta. Bueno es eſſo, pues decìs vos, que no quereis entrar à ſervir, y lo tengo yo de hacer, que ſoy muger? Eſſo miſmo digo, que uſted, yo, y la ſeñora Fulana no querèmos poner caudal, ſino que todo ſe haga de milagro. Terrible animo, y ſon veinte años: no hay batalla tan ſangrienta, ni tan travada eſcaramuza, como la que trae la mocedad conſigo. Pues yà ſi trata de quererſe apartar de vicios, y malas coſtumbres, terribles contrarios tienen, con dificultad ſe vence, por las muchas ocaſiones que ſe le ofrecen, y ſer tan proprio en ellos caer à cada paſſo, no tienen fuerza en las piernas, ni ſaben bien andar. Es beſtia por domar, trae conſigo furor, y poco ſufrimiento: ſi un buen propoſito llega, deſvaratanle ciento malos, que aun à poner los pies en el ſuelo no le dàn ſoſſiego: no le conſiente afirmar en los eſtrivos, no ſe dexa enſillar de todos, y enfrenanla muy pocos: no quiere que la lleven tan aprieſſa, ni por la ſenda que yo penſaba. Eſtaba todavia metido en el cenagal de vicios haſta los ojos, (porque aunque no los exercitaba, nunca los perdì de viſta) y querìa no hacer corcobos con la carga. El novillo, quando ſe doma, primero le vencen à brazos, y dando con èl en el ſuelo, le atan en el cuerno una ſoga, que le dexan traer arraſtrando algunos dias; y quando le quieren poner al yugo, le juntan con un buey viejo, yà dieſtro en el oficio: aſsí le enſeñan, yendole diſponiendo poco à poco. El mozo que tratare de querer ſer viejo, dexe mis paſſos, y trate de vencer paſsiones: diſpongaſe al trabajo, y à fuerza de ſu voluntad rindala en el ſuelo, venciendo viejos deſeos: ateſe una ſoga de ſufrimiento, y humildad, que arraſtre por algunos dias los malos apetitos, gaſtando el tiempo en exercicios virtuoſos, que à pocos lances llegarà ſantamente al yugo de la penitencia, y con las buenas compañìas, harà coſtumbre al arado, con que romperà la tierra de malas inclinaciones, que penſar alcanzarlo de un ſalto, ni que aproveche un ſolo yo quiſiera, digaſelo à otro como à èl, y de ſu tamaño, que yo yà sè que no quiere,

que

que los que quieren, otros medios mas eficaces ponen. Piensa por ventura, ò aguarda, que rompa Dios el Cielo, para dàr con èl por el suelo mysteriosamente, como con San Pablo? Pues no lo aguarde por esse camino, que es un tonto. Harto le derribò quando le diò la enfermedad, quando le puso en el trabajo, y quando le tocò en la honra, si entonces, ò ahora reparàra en ello, lo mismo fuè, y nunca quiso, ni quiere decir: Señor, què quieres que haga, que aqui me tienes dispuesto à tu voluntad? No quereis ser vos Pablo para Dios, y aguardais que sea Dios para vos? Y si con San Pablo lo hizo, fuè porque le conociò un excessivo deseo de acertar, que como zelador de la Ley lo hacia. Y no se sabe de alguno, que con intencion, sin obra, se haya salvado, ambas cosas han de concurrir, intencion, y obras: digo, si hay tiempo de obrar, que obra serìa firme intencion, con dolor de lo passado, para quien se llegasse la noche de la muerte, y acabasse luego; pero haviendo dia para poder trabajar en la viña, todo ha de andar à una, que ni el azadòn solo, ni las manos faltas de instrumento, podràn cabar la tierra, manos, y azadòn son menester. Quien me ha metido en esto? No estaba yo en Florencia muy à mi gusto? Buelvome allà, y prometo, segun en ella me iba, que de muy buena gana plantàra en ella mis colunas, no buscan lo *plus ultra*, porque toda en todo era como assi me la quiero: pareciòme muy bien. Y si adulaciones, ò embidias havia, por otra cuenta corrian, que no era yo de los comprehendidos en el decreto: no tenia para què meterse Judas con la limosna de los pobres, pues de ello no me paraba perjuicio, no teniendo en Palacio pretensiones; y si nada me havian de valer, no las havia menester usar, si nunca las quise tratar, pareciendome siempre uno de los mas graves, y ocasionados daños de quantos he conocido, porque un solo adulador basta, no solo à destruìr una Republica, pero todo un Reyno. Dichoso, y venturoso Principe aquel à quien sirven con amor, y se dexa tratar de su Pueblo, que solo èl sabrà verdades, con que podrà remediar males, y carecer de aduladores. Alli viviera yo, y lo passàra como un Duque, si tuviera con què. No serà menester que lo jure, que por mi simple palabra puedo ser creìdo. Faltòme yà el caudal, que del monton que sacan, y no ponen, presto lo descomponen. Si alli estuviera mas, viniera presto à menos, y fuera indecencia grande haver entrado à cavallo, y verme salir à pie. Tomè por consejo sano sustentar mi honor, yendome con èl, y por mi gusto, antes que forzado de necessidad viniesse à descubrirla, obligandome à quedar por fal-

faltarme con que poder partir. Dile parte de este pensamiento à Sayavedra, que como yà yo conocìa mi paradero, y que ninguna compañia en el mundo fuera mas à mi proposito que la suya, para la mia, ibalo disponiendo poco à poco, porque despues no viera visiones, y se le hiciera novedad lo que me viesse hacer; y dixome: Señor, un remedio se me ofrece para lo presente, no costoso, ni dificultoso, antes muy facil, y que podria importar algo el provecho. Si de qualquier manera se ha de salir de aqui, sin ser necessario mas por una puerta, que por otra, pues por qualquiera salen à vèr mundo, tomèmos el camino de Bolonia, tanto por estàr de aqui muy cerca, y verèmos aquella insigne Universidad; quanto porque de camino podrìa ser, que la buena ventura nos encuentre con Alexandro Bentiblogio, aquel mi amo, que se llevò el hurto, que si alli le hallàmos (como lo tengo por cierto) serìa cierto cobrarlo; porque con la informacion hecha en Siena no ay duda, que quando por bien se dexe de cobrar, por mal han de pagar èl, ò su padre. No me pareciò mal consejo, assentòseme de quadrado, sin mas consideracion, que representarseme la fuerza de la justicia, que pues en ello no havia duda la menor del mundo, apenas havria llegado, y comenzado à tratar de ello, quando (las manos cruzadas) me salieran à qualquier partido, dandome alguna parte, yà que no fuera el todo; tanto por ser gente principal su padre, y deudos, como porque por algun caso havian de permitir, que se tratàra en telà de juicio el suyo tan feo. Quereis oìr una estrañeza? Veis quan bella, quan afable, y de mi deseo era Florencia, en este punto arqueaba yà en oyendola mentar, hediòme, no la podia vèr, todo me parecia mal, hasta verme fuera de ella. Ved lo que hace la falta del dinero, que aborrecereis en un punto las cosas, que mas amais, quando no teneis con què valeros à vos, ni à ellas. Yà me parecìa que no tenia Ciudad el mundo como Bolonia, donde apenas havria metido los pies, quando me dieran mi hacienda, tuviera que gastar, y mocitos estudiantes, gente de la hampa, de mi talle, y marca, con quien pudiera darme tres, ò quatro filos quando quisiera, y aun pudieran caer de modo los dados, que passàra facilmente con mis estudios adelante, pues lo que me hizo enseñar el Cardenàl mi señor, aun estaba en su punto, y sin duda que bien pudiera ser Preceptor en aquella facultad, y ganar de comer con ello, si lo quisiera, y me fuera necessario; mas poneos à esso, arrojaos una loba, estando cansado de arrastrar la soga. En resolucion, yo la tomè de hacer este viage muy apri-

aprisa, y asi lo puse por obra luego en un pensamiento. Quando à Bolonia llegamos una noche, lo mas de ella no dormimos, porque se nos pasò en trazas; y dixome Sayavedra: Señor, à mi no me conviene parecer, ni ser visto por algun modo, en especial à los principios, hasta vèr como se pone la herida; porque si Alexandro està en la Ciudad, y sabe que yo he venido à ella, siendo, como soy, tan conocido, ha de procurar saber à què, y con quien, de donde podria resultar, que se ausente de la Ciudad, y avrèmos hecho nada; ò que sospechando, que yo fuì la causa de aqueste viage, y de su infamia, me quite la vida, y ninguna de ambas cosas nos viene à cuento, ni nos està razonable; demàs, que si el negocio ha de llegar à tela de juicio, han de asyr de mi el primero: y no se ha de permitir (supuesto que preso no puedo ser de algun provecho, que me resulte mas daño del passado.) Lo que luego de mañana se debe hacer es, preguntar por èl, y procurarle conocer; y hecho esto, irèmos despues tomando consejo con el tiempo. No me pareciò malo este, sali por la Ciudad, y à pocos passos, y menos lances, me le señalaron con el dedo; y no fuera necessario, que por solo el vestido supiera yo quien era. Estaba con otros mancebicos à la puerta de una Iglesia, no creo que salìa, ni trataba de entrar à oìr Missa, que mas me pareciò estàr alli registrando à quien entraba. Digo algo, tendrìa remedio esto, no nos basta las plazas, y calles de todo el Pueblo, que lo trahemos escandalizado con señas, y passeos, y quizà otras cosas de peor condicion, sin que no perdonèmos aun el Templo! Vamos adelante, no saltèmos de la Missa en el Sermon. Parecióme que no estaba con mucha devocion, porque hablaban mucho de mano, y de quando en quando daban grande risa. Tenìa puesto un jubòn mio de tela de plata, y un coleto aderezado de ambar, forrado en la misma tela, todo acuchillado, y largueado con una sevillanilla de plata, y ocho botones de oro, con ambar al cuello; todo lo qual me presentò un gentilhombre Napolitano, por cierto despacho que le solicitè con el Embaxador mi señor. Quando se le conocì, à puñaladas quisiera quitarselo del cuerpo, segun sentì en el alma, que prendas tan de la mia, huviessen passado à ageno poder, contra mi voluntad. Vime tentado por llegar à darselas, pero dixe: No, no Guzmàn, esso no, mejor serà que tu Ladron se convierta, y viva, porque viviendo, te podrà pagar; y si le matas, pagaràs tu. De mejor condicion seràs quando te deban, que no quando debas; mas facil te serà cobrar, que pagar; no te hagas reo, si no tienes paño para ser

actor. Poco à poco, vamonos à espacio, que nadie và tràs nosotros, y si ley hay en los naypes, el parto viene derecho, con mi buena ventura. El pajaro se assegure por ahora, que es lo que importa: no espantèmos la caza, que ciertos son los toros: el hurto està en las manos, no ay neguilla, por Dios que ha de cantar por bien, ò por mal, decirnos tiene quien le puso tan gallardo, y en què feria comprò el vestido. Con esto me bolvi à la posada, y dixele à Sayavedra lo que havia visto. Teniame aderezada la comida, pusome la mesa, y despues de alzada, fuimos fabricando la red para la caza. Dìmos en unos, y otros medios, y el buen Sayavedra titubeaba, no las tenia consigo todas: yà le pesaba del consejo, temiendo el peligro. Ultimamente, concluyòse, què la páz era lo mejor de todo, que mas valìa pajaro en mano, que buey volando, y de menos daño mal concierto, que buen pleyto. Fuimos de parecer, que yo por un tercero hiciesse hablar à su padre, dandole cuenta del caso, remitiendolo à su voluntad, como se sirviesse, y de manera, que no me obligasse à tratar de cobrarlo con rigor, pues evidentemente aquella era hacienda mia. Hicelo assi, busquè persona, que con secreto, y buen termino se lo dixesse; mas como donde hay poder assiste las mas veces la sobervia, y en ella està la tyranìa, no solo no quiso que se tratasse de medios, mas aun lo hizo punto de menos valer: tomòlo por caso de honra, que se tratasse de ello. Fingiòse agraviado, aunque verdaderamente yo lo estaba, y sin dàr alguna esperanza, ni buena palabra, despidiò à mi mensagero. Quando aquesto supe, me ocurrieron mil imaginaciones; mas como no se ha de dàr mal por mal, apaciguème con las passadas consideraciones, y determinème hablar à un Estudiante Jurista de aquella Universidad, que me informaron tener buen ingenio, al qual haciendole relacion del caso, como por ser el padre persona tan poderosa, temìa el sucesso, què me diesse parecer de lo que debia hacer; èl me dixo: Señor, yà es conocido Alexandro en esta Ciudad, sabese qual sea su trato, que bastaba en otra parte para informacion; demàs, que lo que decìs es tanta verdad, quanto à nosottros todos nos consta de ella: justicia teneis, y me parece que la pidais. Yà en toda Bolonia se sabe de vuestro hurto, porque luego como aqui llegò con èl, se conociò ser agena ropa, tanto porque la hizo aderezar à su talle, quanto porque de aqui no sacò algunos borregos que vender, para poder con lo procedido comprar lo que traxo; y aun otro compañero, de quien èl se fiò, le hurtò buena parte de ello, por ganar tambien

par-

parte de los perdones. En lo que pudiere de mi oficio ferviros, lo harè de muy buena gana. Con efto efcriviò la querella conforme à mi relacion, y prefentèla luego ante el Oìdor del Torròn, que es allì el Juez del Crimen. Yà fea lo que fe fuè, fi el mifmo Juez, ò fi el Notario, no sè quien, por donde, ò còmo, al inftante mi negocio fuè pùblico: al padre le dieron cuenta del cafo, y como quien tanto mando allì tenia, fe fuè al Juez, y criminandole mi atrevimiento, formò querella de mì, que le infamaba fu cafa, de lo qual pretendìa pedir fu jufticia, para que fueffe yo por ello gravemente caftigado. Ello fe negociò entre los dos de manera, que me huviera fido mejor haver callado. El padre tenia poder, el Juez buenas ganas de hacerle placer: poco achaque fuera mucha culpa, que fiempre fuelen amor, interès, y odio hacer que fe defconozca la verdad, y con el foborno, y favor pierden las fuerzas, razon, y jufticia. Yo efcupì al Cielo, bolvieronfe las flechas contra mì, pagando juftos por pecadores. Mucho daña el mucho dinero, y mucho daña la mala intencion del malo; pero quando fe vienen à juntar, mala intencion, y mucho dinero, mucho favor del Cielo es neceffario para facar à un inocente libre de fus manos. Librenos Dios de fus garras, que fon crueles, mas que de tygres, ni leones: quanto quieren hacen, y falen con quanto defean. O quien les pudiera decir, ò hacerles entender lo poco que les ha de durar! Mandòme dàr el Juez un muy limitado termino, impofsible para poder hacer la informacion. Quién viò nunca reftringirle al Doctor los terminos, principalmente haviendo alegado, que la informacion del cafo eftaba en Siena, de donde fe havia de compulfar, y era impofsible traerfe de otra manera: ni por effas, pagar teneis, aunque os pefe. A efte propofito, antes de paffar adelante, dirè lo que aconteciò en una Villeta de Andalucìa: Repartiòfe cierto pecho entre los vecinos de ella para un poco de obra que hicieron, y en el Padròn pufieron à un Hidalgo notorio, el qual, como agraviado, fe quexaba de ello; mas con todo effo no le borraron. Quando al tiempo de cobrar fueron à pedirle lo que le havian repartido, no quifo darlo, y en defecto de ello le facaron una prenda. El Hidalgo fe fuè à fu Letrado, hizole una peticion, fundada en derecho, en que alegaba fu nobleza, y que conforme à ella no fe le pudo hacer algun repartimiento, que le mandaffen bolver lo que le havian facado. Quando efta peticion llevaron al Alcalde, haviendola oìdo, dixo al Efcrivano: Affentad que digo, que fer hidalgo yo no fe lo niego, mas es lacerado, y es bien que peche. De tener

yo justicia, nadie lo dudaba, sabianlo todos como cosa publica, mas era pobre, y es bien que peche, no era razon darmela. Luego vì mala señal, y que trabajaba en valde: mas no pude persuadirme, ni pensar, que havia de ser lo que vulgarmente dicen, paciente, y apaleado. Sucediò, que como no pude probar en tan breve termino, quedò mi querella desierta, y tuvo lugar la parte contraria para dàr la suya de mì, diciendo haverle hecho con mi peticion un libelo infamatario contra su hijo, de que resultaba quedar su casa, y honra disfamada: implorò à ossadas, largo, y tendido, de manera, que de un otrosi en otro, llenò un pliego de papel, fundando agravios, y que por ser su hijo Cavallero principal, quieto, y honrado, de buena vida, y fama, debieran abrasarme: yà dixe yo entre mi, quando me lo leyeron, mejor tengan entrambos la salud, que la conciencia. De todo esto estaba descuidado, que nada sabia, hasta que yendo à hacer mis diligencias, me prendieron enmedio de la calle, y me llevaron al Torròn, sin otra informacion contra mi, mas de mi sola peticion reconocida. No ay espada de tan delgados filos, que tanto corte, ni mal haga, como la calumnia, y acusacion falsa, y mas en los tyranos, cuya fuerza es poderosissima para derribar en el suelo la mas fundada justicia del humilde, mas, y mejor, quando se recatare menos. Mi negocio era llano, hicieronlo barrancoso; era publico en la Ciudad, y fuera de ella, sin haver quien lo ignorasse, constabale al Juez que havia bastante informacion: Todo esso es muy bueno, pero sois un gran tonto, sois pobre, faltaos el favor, no haveis de ser oìdo, ni creìdo: no son estos los casos que se han de tratar en Tribunales de hombres, y quando se os ofrezcan, querellaos ante Dios, donde rostro à rostro està la verdad patente, sin que favor solicite, Letrado abogue, Escrivano escriva, ni se tuerza el Juez. Allì me hicieron la justicia juego, y el juego de manos, castigaronme como à deslenguado, mentiroso, y malo; gastè mis dineros, perdì mis prendas; estuve aherrojado, y preso, trataronme mal de palabra, diciendome muchas, y muy feas, indignas de mi persona, sin dexarme aun abrir la boca para satisfacerlas. Quando quise responder por escrito, viendo lo que conmigo allì passò, el Procurador me dexò, el solicitador no acudiò, el Abogado huyò, y quedè solo en poder del Notario. Solo el consuelo que tuve fuè, la voz general de mi agravio, consolandome, que se llegarà el temeroso, y terrible dia en que maldecirà el poderoso todo su poder, porque serà maldito de Dios, y lo que acà dexàre, no llegarà à tercero posseedor, por mas fuerzas que piense

que le pone al vinculo, que no puede, aunque quiera vincular las inclinaciones de los que le han de suceder, ni hay prevencion que resista quanto con la fuerza de un cabello, à la Divina voluntad; y es de fe, que se tiene de consumir, porque son haciendas de pobres, ganadas en ira, y sustentadas con mentiras. Querrasme responder, pues para esse dia, fiadle otro tanto. Tan largo se te hace, ò piensas que no ha de llegar? No sè, y si sè, que se le harà presto, y tan breve, que digas, aun aora pensè que sacaba los pies de la cama, y serà yà cerrada la noche. Diràsme tambien: O, que ni lo cabò, ni lo harò, tambien se lo hallò, como en la calle, por los achaques que bien sabes, de quando sirviò al Embaxador. Y esso, por ventura, es parte para que me lo quites? No vès que aun assi como lo dices, te condenas? Pues los haces iguales à los bienes de las malas mugeres; y debes entender, que licitamente lo gana, no embargante que sea ilicito su trato, y se lo debes en conciencia, si te aprovechaste de ella, y te sirviò por su interès. No solo esto es assi, mas à un publico salteador de los homicidios que hizo, y bienes que robò, no le puedes quitar cosa de consideracion, porque ni eres tu su Juez, ni parte, para poder, contra su voluntad, adjudicar lo que à los otros quitò, porque para ellos èl queda reo, y tu para èl: creeme que te digo verdad, y verdades, mas què aprovecha; pero Garcia me llamo. Si todos anduviessemos à oìr verdades, y à deshacer agravios, presto se hinchirian los Hospitales. Pues à buena fee, que me acuerdo aora, que mas vale entrar en el Cielo con un ojo, que con dos en el Infierno; y que quiso San Bartholomè mas llevar su pellejo desollado acuestas, que irse bueno, y sano à tormento eterno. Y que tuvo San Lorenzo por de mejor condicion dexarse abrasar acà, que allà; ò que ni todos han de ser San Bartholomè, ni San Lorenzo, salvèmonos, y basta. Yo me holgarìa mucho de ello, que no harà poco quien se salvare; mas es menester mucho para salvarse, y serà imposible salvarte tu con la hacienda que robaste, que pudiste restituir, y no lo hiciste, por darlo à tus herederos, desheredando à sus propios dueños; y no te canses, ni nos canses con bachillerias, que aquesto es Fè Catholica, y lo mas embelecos de Satanàs. Miserable, y desdichado de aquel, que por mas fausto del mundo, y querer dexar ensobervecidos à sus hijos, ò nietos, à hecho, y contra derecho, hinchere su casa hasta el techo, dexandose ir condenado. No son burlas, no las hagas, que presto las hallaràs veras; testigos te hago de que te lo digo, y no sabes por ventura si son tus dias cumplidos, ni si te queda mas vida de hasta tener leìdos estos, que te parecen disparates. Allà

te lo diràn, confia con que acà dexas Capellanìas, y Capilla de mi capa, que las Missas no aprovechan à los condenados, aunque se las diga San Gregorio, no tienen yà remedio despues de la sentencia. O, valgame Dios! quando podrè acabar conmigo no enfadarte, pues aqui no buscas predicables, ni doctrina, sino un entretenimiento de gusto, con que llamar el sueño, y passar el tiempo. No sè con què disculpar tan terrible tentacion, sino con decirte, que soy como los borrachos, que quanto dinero ganan todo es para la taberna: No me viene ripio à la mano, que no procure aprovecharlo, pero si te ha parecido bien lo dicho, bien està dicho; y si mal, no lo buelvas à leer, ni passes adelante, porque son todos montes, y por rozar; ò escrive tu otro tanto, que yo te sufrirè lo que dixeres Concluyo aquì con decir, que quando la desdicha sigue à un hombre ninguna diligencia, ni buen consejo le aprovecha; pues de donde te creì traer lana, bolvì sin ella trasquilado.

CAPITULO III.

DESPUES DE HAVER SALIDO Guzmàn de la carcel, juega, y gana, con que trata de irse à Milàn secretamente.

SAlì de la carcel, como de carcel, no es necessario encarecerlo mas, pues por lo menos es un vivo retrato del Infierno. Salì con deseo de mi libertad, y no hice mucho en desearla, que à quien tan injustamente se la quitaron, causa tuvo para tener mayores daños, siendole muy facil de negociar al contrario qualquier demasia, pues no le fue dificultoso lo principal. Quizà piensan algunos que Dios duerme, pues aun los que no tuvieron verdadero reconocimiento suyo, le temen. Preguntandole Hyssopo à Chilo, què hace Dios? en què se ocupa? Le respondiò: En levantar humildes, y derribar sobervios. Yo soy el malo, y pues me dieron pena, debì de tener culpa; que no es de sospechar de un honrado Juez, que professa sciencia, y santidad, se querrà empachar por amistades, ni dadivas, ò medios. Allà se lo hayan, juzgados han de ser, no quiero yo juzgarlos, ni mas molerlos. Quedè tan escarmentado, tan escaldado, y medroso, que de alli adelante, aun del agua fria tuve miedo, ni por el Torreon, ò Carcel, ni quatro calles à la redonda quisiera passar, no tanto por la prision que tuve, quanto por haverme visto en ella tan sin razon ofendido: no veìa vara de harriero, que no se me antojasse justicia. Desde alli propuse, para siempre, dexarme antes vencer, que comparecer en tela de juicio, à lo menos escusarlo, hasta no poder mas, y que sea mas por fuerza, que necessidad. La cuenta que hago es el consejo, que à otro dì estando yo preso: traxeron à la carcel un hom-

hombre, por haversele vendido un sayo, que decian ser hurtado, y el dueño de èl era muy mi amigo: Decia, que aunque sabia ser el preso persona sin sospecha, que le havia de dàr por lo menos el vendedor, porque con aquel sayo le hurtaron otras muchas cosas. Yo le dixe, dexaos de pleytos, y tomad vuestro sayo, y no gasteis la capa, que os quedareis en blanco, sin uno, ni otro, y el Escrivano lo ha de llevar todo: no quiso, y porfiaba que havia de hacer, y acontecer, que le decian su Procurador, y Letrado, que tenia justicia; en resolucion, anduvo mas de quince dias el pleyto, no se hallò culpa contra el preso, probò ser hombre de bien, echaronle libre la puerta afuera, quedando mi amigo necio, arrepentido, y gastado; demanera, que vendiò la capa, y no gozò del sayo, aun se quedò por ventura sin jubon. Dexense de pleytos los que pudieren escusarlos, que son los pleytos de casta de empleytas, vanles añadiendo de uno en uno los espartos, y nunca se acaban, si no los dexan de la mano. Traten de ellos los poderosos, y por causas graves, que cada uno de ellos tiene, y puede tirar à la barra, y tendràsle respeto si gasta, tiene, y no le falta, pero tu, ni yo, que para cobrar cinco reales, gastamos quince, y se pierden ciento de tiempo, ganando mil pesadumbres, y otros tantos enemigos, y peor si los traxeremos con quien puede mas; porque no es otra cosa pleytear un pobre contra un rico, que luchar con un leon, ò con un osso à fuerzas. Verdad es que se sabe de hombres, que los han vencido, empero ha sido por maravilla, ò milagro: no son buenas las burlas que salen à la cara. No vès, y sabes, que haràn salir Sol à media noche, y lanzan los demonios en Bercebù? A los pobretes, como nosotros, la lechona nos pare gozques, y mas en causas criminales, donde la calle de la justicia es ancha, y larga; puede con mucha facilidad ir el Juez por donde quisiere, yà por la una, ò por la otra cera, ò echar por medio. Puede francamente alargar el brazo, y dàr la mano, y aun de manera, que se les quede lo que le pusieredes en ella, y el que no quisiere parecer, doyselo por consejo, que al Juez le dore los libros, y al Escrivano le haga la pluma de plata, y echese à dormir, que no es necessario Procurador, ni Letrado. Si en Italia fuera como en otras muchas Provincias, aun en las barbaras, donde quando absuelven, ò condenan, escrive el Juez en la sentencia la causa que le moviò à darla, y en que se fundò, fuera menor daño, porque la parte quedàra satisfecha, y quando no, pudiera el superior enmendar el agravio: mas conocì un Juez, à quien haviendole pagado un Mercader muy bien una sen-

tencia, con animo de assombrar con ella su parte contraria, para que temeroso aceptasse un concierto; y diciendole un su particular amigo que lo supo, que cómo contra tan evidente justicia sentenciaba? Respondiò, que no importaba, pues havia superiores que le desagraviàran, que no queria perder lo que le daban de presente. Derreniéguen de un fallo de estos à carga cerrada, que mas verdaderamente se puede llamar (fallo) de presente indicativo, pues engaña, y no juzga. Mi verdadera sentencia es, que fallo ser necio, el que si puede no lo evita; y en buena Philosofia es menor daño sufrir à uno, que à muchos. Quando tu contrario te hiciere injuria, solo uno te la hace, y solo èl compassas: pero por qualquier camino que trates de vengarla, faltaste de la sarten al fuego, fuiste huyendo de un inconveniente, y diste de cabeza en muchos. Quieres verlo? dirète las estaciones que se te ofrecen por andar. Lo primero, podria ser encontrar con Alguacil muy gran desvergonzado, que ayer fue tabernero, como su padre, si yà no tuvieron bodegon: que si ladron era el padre, mayor ladron es el hijo, comprò aquella vara para comer, ò la trae de alquiler, como mula; y para comer ha de hurtar, y à voz de Alguacil soy, traygo la vara del Rey, ni teme al Rey, ni guarda ley, pues contra Rey, contra Dios, y ley, te harà cien demasias de obras, y palabras, poniendote à pique de poderte acomular una resistencia. Yo conocì en Granada un Alguacil, que tenia dos dientes postizos, y en cierta refriega se los quitò, haciendose sangre con sus manos mismas, dixo que se los havian alli quebrado; y aunque no saliò bien de ello, porque se averiguò la verdad, à lo menos yà no lo dexò por diligencia. En su mano serà, si levantares la voz, ò meneares un brazo, probarte que la hiciste. Pondràte luego en poder de sus corchetes: mira que gentecilla tan de bien, corchetes, infames, traydores, ladrones, borrachos, desvergonzados; y de la manera que decia un gracioso lacayo, de sì mismo, quando le enojaban. Quien dixo lacayo, dixo bodegon: quien dixo lacayo, dixo taberna: quien dixo lacayo, dixo inmundicia; y la muger que se puso à parir hijo lacayo, no havrà maldad que de ella no se presuma. Yo tambien digo, que quien dice corchete, no hay vicio, bellaqueria, ni maldad que no diga, no tienen alma, son retrato de los mismos Ministros del Infierno. Assi te llevan asydo, quando no sea por los cabezones, y te hicieren esta cortesia, serà por lo menos de manera, que con mayor clemencia lleva el Aguila en sus uñas la temerosa liebre, que tu iràs en las de ellos. Darànte codazos, y rempujones; dirante desverguenzas,

qual

qual si tu fueras ellos, no mas de porque con aquello dàn gusto à su amo, y es costumbre suya; sin considerar, que ni èl, ni ellos tienen mas poder, que para llevarte à buen cobro, sin hacerte injuria: de esta manera te haràn ir à retro vade à la carcel. Quieres que te diga què casa es, què trato hay en ella, què se padece, y como se vive? Adelante lo hallaràs en su proprio lugar: baste para en este, que quando allà llegues (mejor lo haga Dios) despues de haverte por el camino maltratado, y quizà robado lo que tenias en la bolsa, ò faltriquera, te pondràn en las manos de un Portero, y de tal casa, que como si esclavo suyo fueras, te acomodarà de la manera que quisiere, ò mejor se lo pagares. Mal, ò peor has de callar la boca, que no estàs en tu casa, sino en la suya, y debaxo del poder, &c. Porque ni valentìas valen allì, ni amenazas los assombran. Registraràte un Alcayde, y Sotalcayde, mandones, y oficiales, à quien has de andar delante, la gorra en la mano, buscando invenciones de reverencias que hacerles, y de lo malo, esto no lo es tanto, porque verdaderamente Alcaydes hay que son padres, y tales los hallè siempre para mi, sin poderme nunca quexar de ellos. Verdad sea, que quieren comer de sus oficios, como cada qual del suyo, que aquello no se lo dàn gracioso, y harta gracia te hacen, si redimes tu necessidad, y te dàn lado con que salgas à remediar tu vida, componer tu causa, y defender tu pleyto: mas en fin es tu Alcayde, puede querer, ò no querer; tiene mano en tu libertad, y prision. Luego desde allì entras adorando un Procurador, y mira que te digo, que no te digo nada de èl, porque tiene su tiempo, y quando, como empanadas de sabalo por la semana Santa, su semana se vendrà. En resolucion, por no detenerme dos veces con una misma gente, digo, que seràn tus dueños, y has de sufrirlos, y al Solicitador, al Escrivano, al señor del Oficio, al Oficial de caxon, al mozo de papeles, y al muchacho que ha de llevar el pleyto à tu Letrado. Pues yà quando à su casa llegas, y lo hallas enchamarrado, despachando à otros, y esperando tu vez como barco, quisieras esperar antes à un toro. Diràte, quando le hagas larga relacion, que abrasarà sus libros, quando no saliere con tu negocio; todos lo dicen, pocos aciertan, y ninguno los quema. Importate la diligencia, no està el escriviente allì para hacerla, porque fue à llevar los niños à la escuela, ò à Missa con la señora, passase la ocasion por no escrivir la peticion. El señor Licenciado sabe de Leyes, pero no de letras, dicta, y no escrive, porque lo sacaron temprano de la escuela, para los estudios: yà porque fue tarde à ella,

ò por codicia de llegar presto à los digestos, dexandose indigestos los principios. Como si bien escrivir, no supiesse bien leer, y del bien-leer, y escrivir, naciesse la buena Orthografia, y de ella la lengua Latina, y de aqui se fue todo eslabonando, uno con otro. Bien està, passemos adelante, otro poco à otro cabo, que nos comèmos aqui las capas, y se gasta tiempo sin provecho. Lleguèmos al Juez Ordinario, yà te dixe algo de èl; no sè mas que te diga, sino que publicamente venden la justicia, recateando el precio, y si no le dàs lo que piden, te responden, que no te la quieren dàr, porque les tiene mas de costa, y hay otro junto à ti, que le dà mas por ella. Yà quando llegares al superior, que pocas veces acontece, respecto del peje, que muere acà primero: yà llegan allà desobados, flacos, y sin provecho. Alli faltan interesses, pero hay passiones algunas veces, y como no saliò de su bolsa lo que costaste à criar, esso se le darà que te azoten, como que te ahorquen, seis años mas, ò menos de galeras no importa, que hay son que quiera, no sienten lo que sientes, ni padecen lo que tu, son Dioses de la tierra; vanse à su casa, donde son servidos, por las calles adorados, por todo el Pueblo temidos; què piensas que se le dà de nada? en su mano tiene poder para salvarte, ò condenarte, assi lo harà, como mas, ò menos se te inclinàre, ò se lo pidieron. Yo conocì un señor Juez, el qual condenò à uno en cierta pena pecuniaria, y aplicò de ella docientos ducados para la Camara; y mandò por su sentencia, que en defecto de no pagarlos, fuesse à servir diez años en las galeras, al remo sin sueldo: y en siendo cumplidos, fuesse buelto à la carcel del mismo Pueblo, y en èl fuesse ahorcado publicamente. Para mì, haviendo de mandar una tan grande necedad, mejor dixera, que lo ahorcàran primero, y luego lo llevàran à galeras, al rebès. Como le dixeron à un mal pintor, el qual como en una conversacion dixesse, que queria mandar blanquear su casa, y luego pintarla, le dixo uno de los presentes: Harto mejor harà vuesa merced en pintarla primero, y blanquearla despues. Jueces hay, que juzgan al buelo, como primero se les viene à la boca. Pues yà si tienen Asseslor, ò compañero, que les quiera ir à la mano, pensaràn que quitarle una tilde, ò mitigar las palabras de su sentencia, es como quitarlo del Altar. Vès como es menor mal, que se vaya el que te ofendiò con su atrevimiento, y que tu te quedes libre de tanto detrimento? Que quando no fuesse por lo yà dicho, estàr sujeto à tantos, lo debieras permitir por no desacomodarte, desbaratando tu casa, trayendo corrida (y por la misma razon) en gra-

grave peligro tu honra , y la perſona de tu muger, à tus hijos , y hacienda; diràs:O que no es bien, que aquel traydor que me ofendiò , ſe quede riendo de mì ! No por cierto, no es bueno , ni razonable,pero ſi aſsi como aſsi ſe han de reir de ti , menos mal es que ſe ria uno, y no muchos : Que ſi uno ſe riere del agravio , que te hizo, ciento ſe reiràn deſpues , viendo que fuiſte necio , dandoles tu dinero , y que fue humo lo que con ello compraſte , y ſe burla de ti quien mejor eſperanza te pone, porque con ella te pela mas la bolſa: Bien eſtà , empero por eſſo hay muchas Igleſias,y es largo el mundo. Dime ignorante , y por ventura , con eſto eſcuſas eſſotro ? A todo bien ſuceder , es lo que has dicho mas de una dilacion de tiempo ? Alli en la Igleſia , no ſufres al Beneficiado,al Cura, y à ſu merced el ſeñor Sacriſtàn ? Quanto pienſas que has de padecer para que te ſufran , y te conſientan? Pienſas que no hay mas que decir, à la Igleſia me voy ? Peſadumbres hay grandes , dineros cueſta deſacomodarte, y no ha de ſer aquello para ſiempre. Parecete de menor inconveniente ſalir de tu caſa, irte de tu tierra en las agenas, à Reyno eſtraño, y ſi eres por ventura Eſpañol , donde quiera que llegares has de ſer mal recibido, aunque te hagan buena cara , que aqueſa ventaja hacèmos à las mas Naciones del mundo , ſer aborrecidos en todas , y de todos , cuya ſea la culpa , yo no lo sè. Vàs caminando por deſiertos , de venta en venta, de poſada en meſon, parecete buena gentileza la que lleva el Rey D.Alonſo. Venteros,y Meſoneros,poco ſabes quien ſon,pues en tan poco los eſtimas, y no huyes de ellos. Ultimamente iràs deſacomodado,còn mucho calor, mucho frio, vientos , aguas , y tiempos , padeciendo con perſonas , y caminos malos. Yà , pues , quando mucho llueve , ſi crecen los arroyos , no puedes paſſar : llegaſe la noche , la Venta eſtà lexos , el tiempo ſe cierra , y deſcargan los nublados , quiſieras antes haverte muerto. Anda yà, dexate de eſſo, eſtàte ſoſſegado , bien es que te llamen cuerdo ſufrido , y no loco vengativo. Què te hicieron ? què te dixeron , que tanto lo intimas? Dixeron verdad , tu diſte la cauſa , y ſomintieron , quien miente miente , no te hizo agravio , ni tienes de que ſatisfacerte con tanto peligro , dexandolo para loco, y eſtimandolo en poco: no podràs tomar de èl mayor venganza , ni darle mas grave caſtigo , dexalo paſſar , y haz tu negocio ; harto os he dicho , miradlo , que yo me buelvo al mio. Salì de la carcel , y fuime à la poſada, pobre, penſativo , y triſte. Dixele à Sayavedra, què te parece lo bien que ſe ha medrado en eſta feria? De eſta vez de laceria ſalimos , buen verde nos podrèmos dàr con la ganancia.

Considera aora bien de la manera que labran aqui sobre sano à los que tratan de cobrar su hacienda? El me dixo: Señor, yà lo veo, pues he sido testigo en todo lo passado, mas què remedio à passion de Juez, y à fuerzas de poderoso. Lo que mas me pesa es, que te quexaràs de mì, por haver sido instrumento de tu daño, y mas aora con este consejo, que tan mal, y à la cara nos ha salido, deseando cobrar esta deuda, mas el hombre propone, y Dios dispone: no son estas las cosas de quien pensàra, porque no se puede prevenir una pedrada, que acaso tirò un loco, y matò con ella, ni ser adivinos de cosas tan desproporcionadas al entendimiento. En esto hablabamos, quando entraron de fuera unos dos huespedes de casa, que venian desafiados con un mozo Ciudadano, pora jugar à los naypes; y en una quadra de donde se apartaba su aposento del mio pusieron una mesa, y comenzaron el juego. Pues como yo anduviesse por alli passeandome, viendo lo que passaba, quise por entretenimiento llegarme cerca, tomè una silla que primero hallè, y estuve sentado en ella viendo el juego de uno de ellos por mas de dos horas, que ni se cargaba mas à la una, que à la otra parte. Yà ganaban, yà perdian, assi estaba suspenso, sin haver diferencia conocida: entreteniase cada uno con el dinero que sacò para el juego, esperando ventura, y estabame yo deshaciendo: ellos no tenian pena, y à mi me la daba, sin què, ni para què, mas de por solo mirarle sus naypes, las veces que dexaba de ganar, ò perdia. (O estraña naturaleza nuestra, no mas mia, que general en todos!) que sin ser aquellos mis conocidos, ni alguno de ellos, ni haverlos otra vez visto, pues aquella fue la primera, por haver estado preso aquellos dias, y sin haverlos nunca tratado, me alegraba quando ganaba el de mi parte; què pecado tan sin provecho el mio, què sin proposito, y necio, desear que perdiessen los otros, para que aquel se lo llevàra, como si aquel interès fuera mio, como si me lo quitàran à mì, ò si huvieran de darmelo? Quanta ignoracia es echarse sobre sus ombros cargos agenos, que ni en sì tienen sustancia, ni pueden ser de provecho. Ponese la otra en su ventana, y el otro en su puerta en acecho de la casa de su vecino, por saber quien saliò antes del dia, ò qual entrò à media noche, què traxeron, ò què llevaron, solo por curiosidad; y de aquello averiguar, ò inferir sospechas; que por ventura son de cosas nunca hechas. Hermano, hermana, quitate de hay, ayude Dios à cada uno, si hace, ò no hace, que podrà ser no pecar la otra, y pecar tu: què te importa su vida, ò su muerte? su entrada, ò su salida?

què ganas, ò què te dàn por la mala noche que passas? què honra sacas de su deshonra? què gusto recibes en esso? que si por ventura con ello le huvieras de hacer algun bien, conozco de ti, que por no hacerselo no lo hicieras, ò si de velarle tu la casa se siguiera no robarsela los ladrones, y con mucho encarecimiento te lo pidieran, respondieras, que harto mas te importaba mirar la tuya, que allà se lo huviesse, que no te querias arromadizar, ni aventurar tu salud por tu vecino. Pues como para hacerle bien, y caridad, no te quieres aventurar, ni un quarto de hora, y para sacar sus manchas al Sol estàs toda una noche? Vès como haces mal, y que te digo verdad? conoces yà que te serìa mejor, y mas importante à tu salud, acostarte temprano, vèr lo que passa de tus puertas adentro, y dexar las de los vecinos? quieres à pesar de tu alma, cargarla con lo que no lleva la de la otra? ella està salva, y tu te condenas. Juega su hacienda quien se le antoja, y pesame à mi que pierda, ò que gane? allà se lo haya. Si gustas de vèr jugar, mira desapassionadamente si puedes: mas no podràs, que eres como yo, y haràs lo mismo. Tendrìa, pues, por de menor inconveniente que jugasses, antes que ponerte à mirar juego ageno con passion semejante, que quien juega, yà que desea ganar, es aquella una batalla de dos entendimientos, ò quatro: aventuras en confianza del tuyo tu hacienda, deseas por lo menos que no te la lleven, procurasla defender, y à esso te pones, à que como te la pueden quitar, la quites; tienes en esso alguna manera de causa, y escusa. Mas que solo por vèr, ciegue tanto la passion à un hombre de buena razon, digame si la tengo en condenarla por disparate. Al cabo yà de un rato comenzò à embravecerse la mar, y à nadar el dinero de una en otra parte; ibase la colera encendiendo, y los naypes cargaban à una vanda de golpe, con que de golpe dieron con uno de los tres al agua, dexandolo con pèrdida de mas de cien escudos; era el que yo miraba, y quedè tan mohino, casi como èl, pareciendome haver estado en la mia su desgracia, y haver yo sido el instrumento de ella, y tambien porque le sentì, que no le debia de quedar otro tanto caudal en toda su hacienda. El juego ha de ser en una de dos maneras, ò para grangeria, ò entretenimiento: si para grangeria, no digo nada, que los que la tratan son como los Corsarios, que salen por la mar, quien pilla pilla: cada uno arme su navio lo mejor que pudiere, y ojo al virote. Andan en corso todo el año, para hacer un dia una buena suerte. Los que juegan por entretenimiento, han de ser solos aquellos, que señalan los mismos

nay-

naypes, en ellos hallarèmos doctrina, si se considera la pintura, Reyes, cavallos, y sotas, de alli abaxo no hay figuras hasta el as. Es decirnos, que no los han de jugar otros que Reyes, Cavalleros, y Soldados. Afee, que no halles en ellos Mercaderes, Oficiales, Letrados, ni Religiosos, porque no son de su profession: los ases lo dicen, que desde la sota, que es el Soldado, hasta el as, que es la ultima carta, son chamuchina, y nos avisan, que quantos mas de los dichos los jugaren, son todos unos asnos. Y assi lo fue mi ahijado en perder lo que por ventura no era suyo, ni tenia con que poderlo pagar. No quiero tampoco apretar la cuerda tanto, que niegue los nobles entretenimientos: que no llamo yo jugar à quien lo tomasse por juego una vez, ò seis, ò diez en el año, de cosa que no se diesse cuidado, ni pusiesse codicia, mas de por solo gusto, no embargante que tengo por impossible sentarse uno à jugar, sin codicia de ganar, aunque sea un alfiler, y lo juegue con su muger, ò su hijo. Que quando no se juega interes de dinero, juegase à lo menos opinion del entendimiento, y saber; y assi, nadie quiere que otro le venza. Este mi hombre dicho, era uno de los huespedes de mi posada; repartiòle la ganancia entre su compañero, y el Ciudadano: quedaron desafiados para despues de cena, y assi se fueron cada uno por su parte, y el perdidoso à buscar dineros. Debiò de hacer en buscarlos toda buena diligencia, mas como es metal pesado, vase siempre à lo hondo, y sacase dificultosamente: no debiò de hallarlos, y vinose sin ellos à casa, mas enfadado con los que no le dieron, que de los que le ganaron. Andabase passeando por la quadra, bufando como un toro, no cabìa en toda ella, yà la passeaba por el ancho, yà por largo, yà de rincon à rincon; enfadabale todo, blasfemaba de la Ciudad, y del traydor que à ella le hizo venir; que no era tierra de hombres de bien, sino de salteadores, pues con tener en ella cien amigos conocidos, y ricos, no havia hallado en todos un real prestado: votaba de hacer, y acontecer, quando en su tierra estuviesse. Yo callaba, y oìa, y quando se metiò en su aposento, senti que se assentò sobre la cama, y en el mio se oian, con el sonido de las tablas, los golpes que debia de dàr en ella. Llamè à Sayavedra en secreto, y le dixe: Ocasion se me ofrece para salir de trabajos, ò irme à ser hospitalero; y pues la poca moneda que me queda, no es tanta, que pueda sustentarnos mucho, cenèmos bien, ò vamonos à dormir con un jarro de agua, pues assi como assi lo havèmos de hacer por la mañana: què te parece, tieneslo à disparate, ò por cordura? no serà bueno

que

que despues de cena, que se han de bolver à juntar estos, y al tercero le faltan lanzas para entrar en la tela, que salga yo à los mantenedores de refresco, à correr las mias, tomando un puesto, aventurado à perder, ò ganar con esta miseria que me queda? Sayavedra me respondiò, que para todo le hallarìa, resuelto una vez à servirme, lo havia de hacer con mucho cuidado, yà fuesse de veras, ò en burlas, à saltear, ò à jugar, le havia de tener siempre à mi lado, que hiciesse lo que mandasse; pero que para no dàr con la honrilla en el suelo, pues en aquella ocasion estabamos tan apretados, asseguraſemos la pobreza. Para lo qual se acomodarìa de modo, que con seguridad, y subtileza, correrìa todo el campo, y me darìa siempre aviso del juego de los contrarios, con que no pudiesse perder, teniendo razonable cuenta. Quando esto me dixo, pudieran echarme nesgas al pellejo, que no cabìa de contento en èl, porque con mi habilidad, y manos en el naype, juntando el aviso suyo, pudiera bolverles tres partes de la moneda; y entre mì dixe: No hay mal, que no venga por bien, aun si el daño que me hizo viniesse à restaurarse por este camino. Yo deseaba decirle lo mismo, mas mucho me holguè, que saliesse de su boca la vileza, y no de la mia, que hasta en esto guardaba mis puntos de amo para con èl: que pudiera ser, si corriera de mano el triunfo, dixera entre sì, mira por amor de mi à quien sirvo, para no ser tal como èl, y tener sus costumbres: salì de Ladron, y dì en Ventero, mirad à què arbol me arrimè, ganarmela puede arrimada en la pared, y no estaba engañado. Ta, ta, esso no amigo, entraos vos por los filos de mi espada, y dexaos enhorabuena venir quanto mandaredes, que à fee que primero haveis de confessaros, que oìrme de confesion: prenda no me haveis de tomar, sin que las vuestras estèn rematadas. Mas yà una vez las mascaras quitadas, tenga, y tengamos, demonos tantas en ancho, como en largo, que no havrà mas de por medio, que los barriles. Alli estuvimos dando, y tomando grande rato, sobre quales eran señas mejores, para dàr el punto de ambos; venimos à resolver, que por los votones del sayo, y coyunturas de los dedos, conforme al arte de canto llano. De manera nos adiestramos en quatro repassadas, que nos entendiamos yà mejor por señas, que por la lengua. Quando yà se juntaron los combatientes, yo estaba passeandome por la quadra, mi Rosario en la mano, como un Hermitaño, y en el aposento mi criado. Trataron de bolver à jugar, y el Tercero dixo lo que le havia passado, que no hallò à cierto amigo, que le havia de dàr dineros: empero que si querian

rian fiar de su palabra hasta el otro dia, que jugaria papeles. El Ciudadano dixo, de buena gana lo hiciera, mas tengolo por mohina, y siempre pierdo. Desvaratabase yà la conversacion, y cada uno queria recogerse, y antes que lo hiciessen, dixe: Pues esse cavallero no juega, quando no sea mas de para entretenimiento de passar un rato de la noche, y que no se dexe tan santa obra, por falta de un tercero; si vuesas mercedes gustan de ello, yo tomarè un poco las cartas. Alegraronse mucho, porque les pareci todo nuevo, que aun el pico no tenìa embebido, y que me tenian yà en sus bolsas el dinero; y por pareceiles, que si perdia la moneda, que jugarìa tambien la cadena (la qual yo descubri adrede, quitandome los votones del sayo) y que si me picaba, como era mozo, no havria de tener sufrimiento para dexar de arrojarles la sogo tràs el caldero, hasta que fuessen rocin, y manzanas. Comenzar queriamos nuestra faena, y para ello llamè à Sayavedra, y dixele: Daca de aì algun dinero si tienes; el sacò hasta cien reales, que yo le havia dado para que me diesse, y apartòse un poco de alli en quanto se comenzò à bullir el juego; y llamandole à despavilar, le dixe: Avemos de hacer esto nosotros? tanto tienes allà que hacer, ò que dormir, que no estaràs aqui para lo que fueres menester? El callò, y estuvose quedo, de manera, y en parte, que ninguna persona del mundo pudiera juzgar mal de èl, porque jamàs me mirò, ni quitò la mano del pecho, de este modo me decia quanto por allà passaba. Y aunque siempre nos entendiamos, no siempre me dì por entendido, ni me aprovechaba de la cautela: antes quando ganaba dos, ò tres manos, me holgaba de perder algunas. Dexabalos otras veces cargar sobre mi dinero: empero ni mucho, ni siempre, porque no me diessen pellizco, y me dexassen: dexabalos tocar, pero no entrar, y despues dabales otra carga para picarlos. Escaramucè demanera con ellos, y con tal artificio, que los traxe siempre golosos. Yà quando me pareciò tiempo que se querian recoger, y tenian los frenos encima de los colmillos, para estrellarse à donde quiera, pareciòme darles alcance, y viendolos en la red, arrojeme à ellos, y al dinero, trayendolo à mi poder en pocos lances. Debì de ganarles à los dos, lo que le havian ganado antes al Tercero. Quedaron tan corridos, y picados, que me la juraron para el siguiente dia, desafiandome al mismo juego. Acetèselo de buen animo, vinieron, y dexème perder hasta treinta escudos, con que se levantaron; porque con sola esta pèrdida, los quise tener entretenidos, y cebados; y el uno de ellos dixo: Alarguèmonos algo, porque yà es tarde,

de, refpondile à efto: Antes por la mifma razon lo ferà mayor que nos acoftèmos, y lo dexèmos para mañana, que fiendo vuefas mercedes fervidos, lo podrèmos hacer, tomandolo de mas temprano, y jugando quan largo les diere gufto. Holgaron de oirme, y de haverme ganado, creyendo que havia mucho, que poderme ganar. Otro dia fe juntaron con muy gentiles bolfas de doblones Caftellanos, bien armados, y à punto de guerra, y tendieron fobre la mefa puñados de ellos, de à dos, de à quatro, y algunos de à diez, como fi fuera de cobre, diciendo: Buen animo Soldado, que aqui tiene v.md. efto à fu fervicio; y refpondiles: Aunque yo no foy tan rico, que pudiera fervir à V.mds. con tanta moneda, no me faltarà la voluntad à lo menos como de un criado: quife decirles, para paffar à mi poder efla bella compañia de hombres de armas. Comenzamos à jugar, y fuilos canfando poco à poco, dandoles cuerda, hafta que viendoles yà parejos, les dì una bella rociada, y en pocas manos vì pueftos en eftas mias mas de quinientos efcudos, con que no quifieron jugar mas hafta otro dia, que dixeron que bolverian.

Holguè mucho de oirfelo, tanto porque yà tenian pareja la fangre, y yo foffegado el pecho, y por parecerme, que aquello me baftaba para entonces; empero no fabrè decir quanto me alegrè, de que fe alzaffen ellos, que fiempre tuve por coftumbre, para no mover ocafion de pendencia, que falieffe de fu voluntad, jugar, ò no jugar. Ellos en buen hora fe fueron, y yo temerofo que por ventura el natural, como natural, y el forafteró, como necefsitado, me hicieffen alguna demafia, yà yo fabìa como corria la jufticia de la tierra: dixe à Sayavedra quando eftuvimos à folas, que fin hablar palabra, ni decir adonde haciamos el viage, tomaffe por la mañana cavallos para ir la buelta de Milàn. Afsi fe pufo en obra, dexandolos mohinos, y fin blanca.

CAPITULO IV.

CAMINANDO GUZMAN de Alfarache à Milàn, le dà cuenta Sayavedra de fu vida.

A Milàn caminabamos con tanta priefa, como miedo, que como es alto de cuerpo, de lexos lo divifaba, y fiempre con fu fombra me temblaba el corazon, recelando el peligro en que èl mifmo me havia puefto; porque fiempre creì, que ninguna culpa quedò fin pena, ni malo fin caftigo. Yà defeaba que nacieffen con alas los cavallos, para que bolàra el mio: Mas pobre de mì, que lo mifmo fuera, pues tambien las tuvieran los otros, para darnos alcance. Todo lo via lleno de

malezas, en todo temia peligro, y mas en la tardanza. Yo con mis pensamientos, y Sayavedra con los sayos, ibamos mudos ambos, aunque con gran diferencia, que solo el mio era de verme puesto en salvo, y Sayavedra deseando saber lo que le havia de tocar de las monedas. Fuimos caminando grande rato, hasta que por despedir el temor, que tanto me atribulaba, olvidandolo con algun entretenimiento, pareciendome ser tan de locos callar mucho por los caminos, como hablar mucho en las plazas, dixe à Sayavedra, que tratassemos alguna cosa, ò me contasse algun cuento de gusto. Entonces èl, hallando su bola enmedio de los bolos, tomò por donde quiso, y dixo: De un cuento quisiera yo que huviera sido el gusto de la ganancia, mas yo confio, que el haver venido à servir à v.md. serà, no solo para satisfaccion de mi deuda, pero aun para gran excesso de grangerìa. Holguème de oìrle, y que huviesse tocado en aquella tecla, y assi le respondì: Hermano Sayavedra, lo passado passado, que no hay hombre tan hombre, que por aqui, ò por alli no tenga un resvaladero; todos vivimos en carne, y toda carne tiene flaqueza, otros la tienen por otros caminos, como diste tu en este. Dios guarde mi juicio, que no sè lo que serà de mi, tan ocasionado me veo como el que mas, para cometer qualquier atrevimiento; que quien diò en el passado, que no fue menos que hurto, ganar con engaño la miseria de aquellos pobretes, que quizà era todo el remedio de sus vidas, no perdonàra un talego, si lo hallàra huerfano de padre, y madre, aunque tuviera mil escudos, y pues dimos en esto, y de tu entendimiento conozco que se te alcanza qualquier lance, cree que havràs echado de vèr, que ni trato en Indias, ni soy Fucar, soy un pobre mozo como tu, desamparado de su comodidad, por las causas que bien sabes, y no con mas, ni mejor oficio del que has visto. Yà que no tengo de hacer vileza, ni tener mal trato, à lo menos he de procurar honrosamente mi sustento, como lo debe hacer qualquier hombre de bien, sin dexarme caer punto de èl en que mis padres me dexaron, y mi fortuna me puso. Que si el Embaxador mi señor, me tuvo en su casa, y le servì, fue por el amor que me tuvo desde niño, y por la instancia que hizo con mis padres, cuyo conocimiento fue muy antiguo un tiempo, que se conocieron en Parìs; y assi me pidiò, diciendoles, que me queria hacer hombre. Mas yà que aquello me sucediò, y de su casa salì, no pienso bolver mas à ella, si no fuere descansado, y rico. Donde quiera se amasa buen pan, y yà el de Roma me tiene muy ahito. Y no serà maravilla, que todos busquèmos manera de vi-

vivir, como la bufcan otros de menos habilidad, fino pon los ojos en quantos oy viven, confideralos, y hallaràs que vàn bufcando fus acrecentamientos, y faltando à fus obligaciones por aqui, ò por alli, cada uno procura de valer mas. El Señor quiere adelantar fus Eftados, el Cavallero fu Mayorazgo, el Mercader fu trato, el Oficial fu oficio, y no todas veces con la limpieza que fuera licito, que algunas acontece, por meterfe hafta los codos en la ganancia, zambullirse hafta los ojos: no quiero yo decir en el Infierno, dilo tu, que tienes mayor atrevimiento. En refolucion, todo el mundo es la Rochela en efte cafo, cada qual vive para sì, quien pilla pilla, y folo pagan los desdichados como tu. Si fueras ladron de marca mayor, de eftos de à trecientos, de à quatrocientos mil ducados, que pudieras comprar favor, y jufticia, paffaras como ellos, mas los desdichados, que ni faben tratos, ni toman rentas, ni receptorìas, ni faben alzarfe a fu mano con mucho, concertandofe defpues por poco, pagado en tercios, tarde, mal, y nunca. Effos bellacos vayan à galeras, ahorquenlos, no por ladrones (que ya por effo no ahorcan) fino por malos oficiales de fu oficio. Direte lo que le oì à un Efclavo negro, entre bozal, y ladino, que viene bien aqui: En Madrid, en el tiempo de mi niñez, que alli refidì, facaron à hacer jufticia de dos adulteros; y como efto, aunque fe practica mucho, fe caftiga poco, que nunca faltan buenos, y dineros con que fe allane, mas efta vez, y con el marido de efta muger no aprovecharon. Saliò mucho numero de gente à verlos, en efpecial mugeres, que no cabian por las calles, en toda la plaza, ni ventanas, todas laftimadas de aquella defgracia. Yà quando el marido la tuvo cortada la cabeza, dixo el Negro: A Dioz! quanta ce le vè, que cele puede hacele. Bien pudieramos tambien decir, quantos hay que condenan à otros à la horca, donde parecieran ellos muy mejor, y con mas caufa. De nada me maravillo, ni hago afcos; baylar tengo al fon que todos, dure lo que durare, como cuchara de pan. Y pues dices que quieres mi compañia, y guftas de ella, no creo fe te hara mala, ni dificultofa de llevar; porque foy compañero, que sè agradecer, y eftimar lo que por mi fe hace; à las obras me remito, ellas daràn teftimonio el tiempo andando. Mas porque tambien el premio es quien adelanta la virtud, animando à los hombres con esfuerzo; y es flaqueza de animo no tener, quando de èl puede refultar alguna gloria, ò beneficio, ni cumple la perfona con lo que debe, quando no trabaja, pues naciò para ello, y de ello fe ha de fuftentar, ferà muy

justo que conforme à lo que cada una metiere de puesto, saque la ganancia. Pareceme dàr assiento à esto, como primera piedra del edificio, y despues tratarèmos de lo que se fuere mas ofreciendo. Todo lo que cayere, ò se nos viniere à las manos, assi de frutos caìdos, como por caer, se haràn tres partes iguales, de todas las quales tendràs tu la una, y la otra para mì, la tercera serà para gastos de haverìa, que no todas las veces harà buen tiempo, ni le tendrèmos de poder navegar à viento en popa, ni con bonanza, para las calmas: y si arribaremos, es bien que no nos falten bastimentos; y si embistièremos, ò dieremos en baxìo, no falte batèl en que salvarnos. Esta parte se pondrà siempre por sì, ha de ser como un Erario, para socorro de necessidades: que si con tiento vamos, pues entendimiento no falta, y entendèmos algo del pilotage, no me contento menos que con un Regimiento de mi tierra, y hacienda con que passar descansadamente, antes de seis años. Alarga el animo à lo mismo, que tambien tendràs otro tanto con que poder bolver à Valencia, no andes à raterias hurtando cartillas, ladron de coplas, que no se saca de tales hurtos otro provecho que infamia. En resolucion, morir ahorcados, ò comer con trompetas, que la vida en un dia es acabada, y la de los trabajos es muerte cotidiana. Quanto mas, que si nos dieremos buena maña, presto llegarèmos à mayores, y no tendrèmos que temer, porque seràn todos los meses de à treinta dias, y como son à obscuras todos los gatos negros, nos entenderèmos à coplas, que un lobo à otro nunca se muerde. Aqui tienes tu tercio de lo passado, si lo quieres luego, que no es justo retener à nadie su hacienda: hagate Dios bien con lo que fuere tuyo, y dènos gracia, que con tal piè, y buena estrella se funde la compañia, que no vengamos à manos de pyratas, que no tienen ojo à mas, que desflorar lo guisado, y comer el hervor de la holla. Con esto, y mostrarme liberal, fuì à assegurarle la persona, que no me dexasse; porque haviendo de buscar marisco, no pudiera hallar compañero mas à proposito, ni tan bueno; demàs, que siendo igual mio, era criado, y me reconocìa por amo, que no es pequeña ventaja para qualquiera cosa, llevar la mano. El quedò tan rendido, como agradecido, y de uno en otro lance venimos à dàr en preguntarle yo la causa, què le havia movido à robarme, y dixo: Señor, yà no puedo, aunque quisiesse dexar de hacer alarde publico de mi vida; tanto por la merced recibida, con tanta liberalidad en todo lo passado, como por ser notoria, y que con quien se ha de vivir ha de ser el trato llano,

sin

ſin tener algo encubierto, que no ſolo à Confeſſores, Letrados, y Medicos, ha de tratarſe ſiempre verdad; pero entre los de nueſtro trato, jamàs faltò entre noſotros miſmos, para podernos conſervar. Y cumpliendo con tantas obligaciones, vueſa merced ſabrà que ſoy Valenciano, hijo de padres honrados, que aun podrà ſer conocerlos algun dia por la fama, que yà (ſea Dios loado) ſon difuntos. Fuimos dos hermanos, y entrambos deſgraciados; yà fueſſe porque de niños quedamos conſentidos; yà porque dexandonos llevar de los impulſos de nueſtro apetito, ſin hacerles la debida reſiſtencia, conſentimos en eſta tentacion (que mejor diria) dimos en eſta flaqueza, no creyendo los daños venideros; antes con el cebo de preſentes guſtos, haſta que yà reſueltos una vez à ello, no ſe pudo bolver atràs. El otro mi hermano es mayor que yo, y aunque ambos, y cada uno teniamos razonable paſſada, mas aun eſſo no nos puſo freno; tanta es, ò fue la fuerza de nueſtra eſtrella, y tanto el de la mala inclinacion à no eſquivarnos de ella, que poſpueſto el honor, con mas deſeo de vèr tierras, que de ſuſtentarle, ſalimos à nueſtras aventuras. Mas porque pudiera ſer no ſucedernos de la manera, que teniamos penſado, y para en qualquier trabajo no ſer conocidos, ni quedar con infamia, fuimos de acuerdo en mudar de nombres. Mi hermano, como buen latino, y gentil Eſtudiante, anduvo por los ayres derivando el ſuyo; llamavaſe Juan Marti, hijo del Juan Lujàn, y del Marti, Mathèo; y bolviendolo por paſsiva, llamòſe Mathèo Lujàn. De eſta manera desbarrò por el mundo, y el mundo me dicen que le diò el pago tambien como à mì. Yo como no tengo letras, ni sè mas que un monacillo, echè por eſſos trigos; y ſabiendo ſer Cavalleros principales los Sayavedras de Sevilla, dixe ſer de allà, y puſeme ſu apellido; mas ni eſtuve jamàs en Sevilla, ni de ella sè mas de lo que aqui he dicho. De eſta manera ſalimos en un dia juntos peregrinando, empero cada uno tomò luego por ſu parte. De èl me dicen algunos, que de viſta le conocen, haverle viſto en Caſtilla, y por el Andalucìa, muy mal tratado; que de alli paſsò à las Indias, donde tambien le fue mal. Yo tomè otra diferente derrota, fuìme à Barcelona, de donde paſsè à Italia con las Galeras, y gaſtè lo que ſaquè de mi caſa: Hallème muy pobre, y como la neceſsidad obliga muchas veces (como dicen) à lo que el hombre no pienſa, rodando, y trompicando con la hambre, dì conmigo en el Reyno de Napoles, donde ſiempre tuve deſeo de reſidir, por lo que de aquella Ciudad me decian. Anduve por todo èl, gaſtando de lo que no tenia, hecho un

muy gentil picaro, de donde dì en acompañarme con otros como yo, y de uno en otro escalon salì muy gentil oficial de la carda. Hiceme camarada con los maestros, lleguème à ellos, por cubrirme con su sombra en las adversidades: asi les anduve subordinando, porque mi pobreza siempre fue tanta, que nunca tuve caudal con que vestirme, para poner tienda de por mi, no por falta de habilidad, que mejor tixera que la mia, no la tiene todo el oficio; pudiera leerlos à todos ellos quatro cursos de latrocinio, y dos de passante; porque me dì tal maña en los estudios, quando lo aprendì, que salì sacre. Ninguno entendiò como yo la cicaterìa; fuì muy gentil caleta, buzo, quatrero, maleador, y marcador, pala, poleo, escolta, estafa, y zorro, ninguno de mi tamaño, ni mayor que yo seis años, en mi presencia dexò de reconocerse Baxamanero, y Bahati; mas como por antiguedad, y reputacion, tenian tyranizado el nombre de famosos Cesares ellos, y à nosotros los pobretes, nos traìan de casa en casa, fregando la plata, haciendo los ojeos, buscando achaques, preguntando en unas partes, vive aqui el señor fulano? Han menester V.mds. un mozo? Quieren comprar un estuche fino? Era de los que cortabamos à las mugeres, que haciendolos aderezar con cintas nuevas, los ibamos à vender.

Otras veces fingiamos entrar à orinar; y si acertabamos con la cavalleriza, donde nunca faltaba la manta de la mula, el almohaza, ò criva, la capa del mozo, y el trabòn, quando mas no podiamos; y si acaso alli nos veìan, luego baxandonos al suelo, soltando la cinta de los calzones, nos poniamos à un rincon, y en diciendonos, ladron, y què haceis vos aqui? nos levantabamos atacando, y respondiamos: Mire vuesa merced como, y con quien habla, que no hay aqui ningun ladron: hallème necessitado de la persona, y entrème aqui dentro. Unos lo creìan, otros no, empero passabamos adelante. Otras veces tomabamos por achaque (y no malo) entrarnos por toda la casa, hasta hallar en què topar, y si nos veìan, luego pediamos limosna. Con estos, y otros achaques no havia clavo en pared que no contassemos, ò quitassemos; nada tenia seguridad. Yo era rapacejo, delgadillo, de pocas carnes, trazador, y sobre todo ligero como un gamo: acechaba de dia el trabajo de la noche, sin empacharme por el tiempo, y à pesar del sueño. Asistiamos de dia como buenos Christianos en las Iglesias, en Sermones, Missas, Estaciones, Jubileos, Fiestas, y Procesiones. Ibamos à las Comedias, à vèr ajusticiados, y à todas, y qualesquier juntas donde sabìamos haver concurso de gen-

te,

te , procurandonos hallar à la continua en el mayor aprieto, entrando , y faliendo por èl una , y mil veces , porque de cada viage no faltaba ocupacion provechofa; yà facabamos las dagas , y lienzos , bolfas , Rofarios , eftuches, joyas de mugeres , y dixes de niños. Quando mas no podia , con las tixeras, que fiempre andaban en la mano , del mejor ferreruelo que me parecia , y del mas pintado gentilhombre , le facaba por detràs , ò por un lado , (fi acafo con el aprieto fe le caìa) para tres, ò quatro pares de foletas: y lo que yo de efto mas guftaba , era verlos ir defpues hechos un retrato de San Martin , con media capa menos , dandole bueltas , y haciendo gente , y afsi fe iban corridos , viendo cortadas las faldas por vergonzofo lugar. Quando efto no baftaba , llegabamos à las colgaduras de feda , ò tela de oro, que nunca reparabamos en hacerles cortefia , mas à effo , que à effotro , antes à mas moros mas ganancia , y por lo baxo de ellas le facabamos à una pieza , ò dos (como teniamos la ocafion , y tiempo) lo que mejor podiamos, y en los ayres haciamos de ello cuerpos de mugeres , bolfas, manguitas à niños , y otras mil cofas à efte tono , acomodandolo fiempre como no fe perdieffe un hilo, en aquello que mas , y mejor podia fervir. Poco à poco nos veniamos acercando à la Ciudad , con la fama de que venia nuevo Virrey , que à tales fieftas , à toros, y ferias caminabamos de cien millas , quando era neceffario. La cofta del camino era fiempre poca , que de los unos Lugares ibamos prevenidos para los otros, de muy buenas gallinas , capones, pollos , palomas duendas , jamones de tocino , y algunas alhajas, que con facilidad fe nos venian à la mano : Porque , como para tomar buena pofada , fe procuraba entrar fiempre con Sol , en aquel breve tiempo , hafta las horas de recogernos , recorriamos los portillos de todo el Pueblo , y quanto havia dentro , con achaque de ir pidiendo para un Eftudiante pobre , que buelve à fu tierra neceffitado. No tanto por lo que nos havian de dàr , quanto por lo que les haviamos de quitar , dando vifta por los gallineros , para trazar como mejor poderlos defpoblar. Demàs , que para las Ventas , y Cortijos llevaba fedales fuertes, con finos anzuelos, y con un cortezoncito de pan , y feis granos de trigo fe nos venian à las manos , y jamàs echè lance , que dexaffe de facar peje como el brazo. Y à mal mal fuceder , quando fe caìa la cafa, y no fe hallaba que comer , à lo menos una muy bella pofta de ternera , no nos podia faltar como la quifieffemos , de la primera , y mas pintada que hallabamos en el camino. Luego que à Napoles llegamos , anduvo

los primeros dias muy bueno el oficio; trabajòse mucho, muy bien, y de provecho. Vestime de manera, que con la presencia pudiera entretener la reputacion de hombre de bien, y engañar con la pinta. Y si como la entrada que hicimos de juego de cañas, de oro, y verde, solemne, y bien sazonada de sal, no se nos percudiera despues à los fines, por mi poco sufrimiento, de allì quedàra en buen puesto, mas harto hice con escapar el pellejo, y sanas las aldabas. Yo tuve la culpa que me saliessen los huevos hueros; mas Dios loado, que pudiera ser el daño mayor, y aquello me puso consuelo. Uno de mis camaradas era de la tierra, criado de un Regente del Consejo Colateral, y sus padres le havian servido: diòsele à conocer, fuele à besar las manos, y no las bolviò vacìas, porque holgandose de verle, le ofreciò de hacerle toda merced, y no al fiado, sino diciendo, y haciendo, que pocas veces, y en pocos acontece comer en un plato, y à una mesa: mas quando es el animo generoso, siempre se huelga de dàr, y mas le crece, quanto mas le piden; porque siempre fue condicion de el dàr, hacer à los hombres claros, quanto los buelve verdad, honrados, y dignos de otro mejor sugeto. Andabamos à su sombra, hechos unos Virreyes de la tierra, sin haver en toda ella quien se nos atreviera. Con este abrigo nos alargabamos à cosas, en que por ventura nuestros animos no bastàran solos. Era èl nuestra lengua; decianos donde haviamos de acudir, y como lo haviamos de hacer; à què horas tendriamos mayor seguridad, por donde podriamos entrar, y de què personas nos haviamos de recelar: Que como dirèmos, los que hacen los hurtos mas famosos, mas calificados, y de importacia, son llegados à las Justicias, faltales temor, tienen favor sobrado, llega la necessidad, ofrecese ocasion, remedielo Dios todo poderoso. Iba yo un dia luchando à brazo partido con el pensamiento, deseoso de hallar en que poder entretenerme, porque casi era medio dia, y no haviamos ensartado aguja, ni dado puntada; pues bolver à casa manivacìo, sin haver llevado la provision por delante, y que por ventura los compañeros tuviessen yà labrada la miel, me llamàran Zangano, que se la queria comer mis manos lavadas: teniamoslo por caso de menos valer ir à mesa puesta, sin llevar por delante la costa hecha. Vì una casa de buena traza, y à lo que parecia, mostraba ser de algun hombre honrado Cindadano. Entrème por ella, como si fuera mia, que nunca el timido fue buen Cirujano; aun allà dicen las viejas à los medrosos en España, por manera de hablar, quando uno và con espacio:

Anda, anda, que parece que vàs à hurtar. Donde quiera, y siempre me parecia entrar por mi casa, ò que iba con vara de Justicia, y mandamiento de contado. Mirè à una, y otra parte, deseando hallar en què topassen los ojos, que diessen que hacer à las manos; quiso la fortuna depararlas encima de un bufete una saya grande de terciopelo labrado, de que se pudiera bien sacar para tres pares de vestidos, calzones, y ropillas, porque tenia mas de quince varas, y podian encaxarselos, aunque fueran los mocitos mas curiosos de la tierra. Estuve avizorando por todo aquello, si podria sacar aquella prenda sin costes, ni daño de barras; y en toda la casa, ni en parte de ella sentì haver quien impedirmelo pudiesse. Metila debaxo del brazo, y en dos cabriolas me puse de pies en la puerta de la calle. Quando à ella lleguè, llegaba tambien el señor de la casa, el qual era Maestre Data en la Ciudad; y viendome salir asobarcado, preguntòme quien era, y por lo que llevaba? En aquel punto mismo saquè de la necessidad el cotejo, y sin turbarme, antes con rostro alegre, le dixe: Quiere mi señora que se le tome un poco de alforza en esta saya, y se la recoja de cintura, porque no le hace buen assiento por delante, y mandame que se la trayga luego. El me dixo, pues por vida vuestra Maestro, que se haga presto, y de vuestra mano. Con esto salì la calle abaxo, dando mas bueltas que una culebra, yà por aqui, yà por acullà, por desmentir el rastro. Despues vine à saber por mi mal, que luego como en casa entrò, fintiò alborotado el bodegòn, rebuelto el palomar, y las mugeres à manga por ombro, dando, y tomando sobre daca la saya, toma la saya, y la saya no parecia. Tu la quitaste, aqui la puse, acullà la dexè, quien saliò, quien entrò, ninguno ha venido de fuera; pues parecer tiene, los de casa la tienen, tu me la pagaràs: Andaba una grita, y algazara, que se venian los techos al suelo, sin entenderse los unos con los otros. En esto entrò el dueño, conociendo su yerro en haverme dexado salir con ella, y reportando à su muger, la dixo que un ladron la llevaba, contandole lo que conmigo le havia passado à su misma puerta: saliòme à buscar, mas con buena diligencia me desaparecì por entonces, dando con la persona en salvo, y poniendo la prenda en cobro. Luego aquella noche me fuì à casa del gran Condestable, con deseo de poder executar un lance, que algunos dias antes havia hecho en borron, aunque lo traìa en blanco, y hilvanado; nunca tuve ocasion para poderlo sacar en limpio hasta entonces. Juntabanse alli muchos Cavalleros à jugar, y de ordinario se

ſolian hacer tres, ò quatro meſas, aſsiſtiendo de noche à ellas un page, ù dos de guarda. Sobre cada tabla eſtaba pueſta ſu carpeta de ſeda, y dos candeleros de plata: Yo llevaba conmigo contrahechos un par, de muy gentil eſtaño, y tales, que de los finos à ellos no ſe hiciera diferencia, no mas de en la color, y de la miſma hechura, buſcados à propoſito para el miſmo efecto. Llevè tambien dos velas, y todo bien cubierto, me puſe à un rincon de la ſala, ſegun otras veces lo havia hecho, aguardando lance, y dando à entender ſer criado de alguno de de aquellos Cavalleros. Dos que jugaban à los cientos en una de aquellas meſas, pidieron velas; no havia mas alli de un page, y tan dormido, que haviendolas yà dos veces pedido, no recordaba, ni reſpondia. Yo acudi luego, y aderezando mis velas acà fuera, levantando el ferreruelo por cima del ombro, como criado de caſa, las meti en los candeleros que llevaba, y los de plata debaxo del brazo, con que me fuì recogiendo haſta la poſada, en donde juntandolos con algunas otras piezas de plata, que havia recogido, por quitarme de achaques, y peſadumbres, ſi ſon mios, ò ſi ſon tuyos, daca ſeñas, toma ſeñas, de donde lo compraſte, quien te lo vendiò: acogime à lo ſeguro, hice de todo una paſta, y en un muy gentil texo, lo llevè à mi Capitàn, para que con ſu autoridad, y buen credito lo vendieſſe. Hizolo aſsi, ſacò ſu quinto, ſegun le pertenecia, y diòme la reſta en reales de contado, ſin defraudarme un cabello. Yà era entre noſotros orden, que à nueſtra cabeza le haviamos de acudir con aquella parte de todo lo que ſe trabajaſſe, y eſſos eran ſus derechos, tambien pagados, y ciertos como los de ſu Mageſtad en lo mejor de las Indias: Con eſta gavela eramos de èl amparados en qualquier peligro. Ninguno pienſe maſcar à dos carrillos, que no hay dignidad ſin penſion en eſta vida. Cada qual tiene ſus dos hileras de dientes, y muelas: todos quieren comer, en todo hay pechos, y derechos, y corren intereſſes: una mano lava la otra, y entrambas la cara: ſi me dàn el capòn, juſto ſerà que le dè una pechuga; y no hay dinero mejor empleado, que en un Angel de guarda ſemejante. Palas hay tan tyranos, y deſalmados, que luego eſtafan, y lo aplican todo para sì: quieren el pan, y las maſeras, el trabajo, y el provecho, ſin dexarnos otra coſa que el peligro, y la pena del ſi nos cogen. Alzanſenos à mayores, como Pizarro con las Indias: quando mucho nos dàn, y grande merced nos hacen, es de los eſcamochos, lo que no les vale de provecho, reſervando para sì la grueſa del beneficio, como lo hizo Alexandro conmigo. Y deſ-

despues, quando nos avizoran en el agonia, calanse las gavias, y no conocen à nadie. Mas entre nosotros, con este Milanès, havia muy buena orden, porque de ninguna manera no queria llevarnos mas de su solo quinto: Y si alguna vez, teniendo necessidad, nos pedia le prestassemos algo à buena cuenta, si se lo dabamos, luego lo assentaba en su libro, poniendolo en èl ha de haber, y à la margen un ojo à descontar. No, no, buena cuenta teniamos en todo siempre, ayudasse à cada uno su buena fortuna. Mis compañeros no holgaban, que como buenos caseros jamàs vinieron las manos en el seno. Eramos quatro, tres à la faena, y el Capitàn para nuestra defensa. Ibamos algunas veces llevandole por delante, para si alguno de nosotros diesse salto en vago, hallandolo con el hurto en las manos, que huviesse quien le abonasse, ò bolviesse por èl, dandole dos, ò tres pescozones, embiandolo de alli, diciendo: Andad para bellaco, ladron, y voto à tal que si mas os veo hurtar, que os he de hacer echar à galeras. Creìan con esto los presentes, que serian aquellos gente honrada, y piadosa, passabamos con aquella fortuna: Otros havia tan pertinaces, y duros, que con una colera de fieras nos apretaban demasiado, no dexandonos de la mano, hasta hacernos prender. A estos llegaban, y decian: Dexe v.md. este bellaco, ladron, dele cien coces, y no le haga prender, es un pobrete, y se comerà en la Carcel de piojos; què gana v.md. en hacerle mal? Tirad de aqui bellaco, y con esto nos daban un rempujon, que nos hacian hocicar, por sacarnos de sus brazos: empero si todavia porfiaba, no queriendonos alargar, haciamos nuestra diligencia en dessasirnos, y bolviamoslo pendencia, diciendo que mentia, que tan hombres de bien eramos como èl: ellos en la fuga se metian de por medio, en son de meter paz, ayudandonos à desparcir, y ponernos en libertad; y si necessario era, quando no podian, derramaban el poleo, del ayre buscaban achaque, incitando con palabras à las obras, hasta que con el alboroto mayor, se sossegaba el menor, y assi nos escabulliamos. Otras veces, que ibamos huyendo con el hurto, si alguno venia corriendo tràs de nosotros, y dandonos alcance, saliale un compañero de trabès à detenerlo, poniendosele delante, y preguntando, sobre què havia sido la pesadumbre, no dexandole passar de allì, à modo de querer poner paz, y sossegarle, y por muy poquita demora, que de qualquier manera tuviesse, les tomabamos grandissima venta ja porque demàs de la que siempre hace quien huye à, quien corre, pone alas en los pies el miedo en casos tales. Los que corren se can-

ſan preſto naturalmente, con el corto animo de hacerle mal, que los deſmaya, no obſtante que quieran, y lo procuren mas les es impoſsible forzar à la naturaleza, la qual ſiempre favorece à los que deſean ſalvarſe: De una, ò de otra manera, ſiempre los detenian. Otras veces nos abonaban, quando havia paſſado la palabra con el hurto, y no ſe nos hallaba, porque yà lo teniamos de alli tres calles, ò quatro; de manera, que ſus buenas palabras, interceiſsones, y abonos, hacian que fueſſemos libres de la mala opinion que ſe nos achacaba. En todas maneras, por acà, ò por acullà, haciamos nueſtra hacienda, peſaſſe à quien peſaſſe, que para todo havia traza: mas una vez que me deſcuidè, ſaliendo un poco à mariſcar, ſin eſcolta, y por el campo, no me la cubrirà pelo, ni ſe me caerà tan preſto de encima. Mis pecados, y otro no me ſacaron à paſſear un dia por fuera de la Ciudad, y como cerca del arroyo eſtuvieſſe ſobre la yerva tendida mucha ropa, y el dueño de ella tràs de un poco de repecho, à la ſombra de una pared, pareciòme que yà debia eſtàr bien enjuta, ò à lo menos que quanto para mi meneſter, con aquello baſtaba. Diòme gana de doblar dos, ò tres camiſas buenas, que me parecia me vendrian bien, y con facilidad lo hice; mas no quiſe pararme allì à doblarlas, por hacerlo en mi poſada con mayor comodidad, y eſpacio: el dueño, que era una muger de la maldicion, por eſtàr, como dixe, bueltas las eſpaldas, no pudo verme, mas no faltò quien doliendole poco las mias, y como à paſſo largo me iba traſponiendo la diò el ſoplo. Levantaba la buena lavandera el tiple, que le ponia en el Cielo, y dexando una muchacha ſuya en guarda de lo que alli le quedaba, diò à correr en pos de mi: de manera, que viendome perdido, con todo el diſimulo del mundo, ſin bolver el roſtro, ni mas mudanza, que ſi conmigo no las huviera, dexè caer en el ſuelo la mercaderìa, y paſsè de largo con el paſſo compueſto, ſin alborotarme. Yo creì que la mala hembra, teniendo yà lo que le faltaba en ſus manos, por ventura ſe holgarìa, mas no lo hizo aſſi, que ſi primero daba gritos, eran entonces voces con que hundìa el campo todo. No era lexos de la Ciudad, ni en parte tan ſola, que dexaſſen de oìrlo muchachos; juntaronſe tantos, y con ellos tantos gozques, que parecian enxambres. A la grita de ellos me peſcaron vivo unos mancebos, de cuyo poder yà fue impoſsible defenderme. Deſde aquel dia comencè à tomar tema contra eſta gentecilla menuda, que nunca mas me pudieron entrar de los dientes à dentro, deſtruyeronme con perſeguirme. Quando aqueſ-

to me decia Sayavedra, me vino à la memoria un famoso borracho de Madrid, el qual como le acosassen los muchachos, y le maltratassen mucho, quando llegò à la boca de una calle, se baxò por dos piedras, y arrimandose à una esquina, les dixo: Ta, ta, v.mds. no han de passar adelante, suplicoles que se buelvan, que yo doy la merced por yà recibida. Si este hiciera otro tanto, quizà se bolvieran, como lo hicieron con el otro; dixo luego: Y en verdad, que donde quiera que se junta esta mala canalla, ningun hombre de bien puede hacer cosa buena. Yà voy huyendo de ellos como de la horca, y faltò poco para subirme à ella, porque de sus manos me sacò la justicia, y me pusieron tràs la red. Quando esto me sucediò, luego hice dàr aviso à mi Capitàn, que apenas alcanzò el bramo, quando en dos pies, yà estaba conmigo, informandome bien de lo que havia de hacer, y decir. De alli se fue al Notario, hablòle, diciendo conocerme por hijo de padres muy honrados, y nobles en España, que no era possible creerse cosa semejante de un Cavallero como yo; y en caso que fuera verdad, no era mucho de maravillar, que con la mocedad, viendome (si acaso lo estaba) con alguna necessidad, ò apretado de la ambre, me huviesse atrevido para redimirla: empero que todo era de poca, ò ninguna consideracion, y ratería, de que no se debiera hacer caso, tanto por su poca sustancia, quanto por mi mucha calidad, y de mi linage. Con estas buenas palabras, y su mejor favor, me puso dentro de dos horas à la puerta de la carcel. A Dios pluguiera que no, ni en aquellas otras tres, hasta que fuera muy bien de noche; mas pues assi sucediò, sea su bendito nombre loado para siempre. El pecado Portero, que siempre me perseguia en los umbrales de las casas, no se olvidò entonces en los de la Carcel, pues antes que me dexasse sacar el piè à la calle, à la misma salida dì de ojos con el Maestro Data, que andaba solicitando la soltura de un preso. Como me viò, y conociò, diòme tal rempujon adentro, que me hizo caer de espaldas en el suelo, y cargandose sobre mì, dixo al Portero que echasse el golpe, hizolo, quedème dentro, bolvieronme à encerrar, pusome acusacion, apretandome de manera, que ruegos, ni el interès de la saya fueron parte, para que se baxasse de la querella. Era hombre que podia; hicieronse todas las possibles diligencias, ni me valiò informacion de hidalguia, ni mi poca edad, para que à buen librar, y como si me lo dieran de limosna, por via de transaccion, y concierto, y con todo el favor del mundo, me dieron una pesadumbre, y tal que no se me caerà para siempre. Por

camisas fue, y sin ellas me sacaron de medio cuerpo arriba, echandome desterrado de alli para siempre: con lo qual se quedò el majadero sin la suya. Ved à lo que llega un hombre necio batanado, que quiso mas hacerme mal, que cobrar su hacienda. A mi me fue forzoso dexar la tierra, y compañia, recogi la pobreza que havia llegado, y sali de alli vagando por toda Italia, hasta llegar à Bolonia, donde me recibiò en su servicio Alexandro: el qual tiene por trato salir à corredurias fuera de su tierra, y en haciendo la cavalgada, se buelve à sagrado con ella. Quando nos hallamos en Roma en el frasco de vm. solo era nuestro fin aguardar que se levantasse alguna pelaz, de donde con seguridad pudieramos alzar algun par de capas, ò sombreros: mas como no huvo tiempo, trazamos luego de hacer el hurto, haciendome cabeza de lobo, como siempre tenian costumbre, para sacar ellos en todo mal suceder las manos limpias. Esto me venia diciendo, quando llegamos al fin de la jornada; quedòse assi la platica, entrandonos en la Hosterìa, donde se nos diò lo necessario para passar luego el camino adelante.

CAPITULO V.

SAYAVEDRA HALLA EN Milàn à un su amigo en servicio de un Mercader, Guzmàn de Alfarache les dà traza para hacer un famoso hurto.

Atento, entretenido, y admirado me traxo Sayavedra esta jornada: y tanto, que para las mas que faltaban hasta Milàn, siempre huvo de que hablar, y sobre que replicar; porque me hizo grande contradicion, y dificultoso de creer, que hombres nobles, hijos de padres tales, permitan dexarse llevar tan arrastrados de sus passiones, que olvidado el respeto debido à su nobleza, cotra toda caridad, y buena policia, sin necessidad hagan baxezas, quitando à otros la hacienda, y honra, que todo lo quita, quien la hacienda quita, pues no es uno estimado en mas, de lo que tiene mas. Decia yo entre mi, si à este Sayavedra (como dice) le dexò tan rico su padre, como ha dado en ser ladron, y se huelga mas de andar afrentado, que vivir temido, y respetado? Si se cometen los males, hacese por la sombra que muestran, empero en el padecer no hay esperanza de ellos. Luego rebolvia sobre mi, en su disculpa, diciendo: Saldriase huyendo muchacho, como yo. Representaronseme con su relacion mis propios passos, mas bol-

vìa, diciendo: Yà que todo esso assi es, por què no bolviò la hoja quando tuvo uso de razon, y llegò à ser hombre, haciendose Soldado? Tambien me respondìa en su favor; y por què no lo soy yo? Veo la paja en el ojo ageno, y no la viga en el mio. Donosa està la Milicia para que se aficionen à ella: buena paga les dàn, bien lo passan, para que olvide un hombre su regalo, y aventure su vida en ella. Yà todo es mohatra, mucho servir, madrugar, y trasnochar, el arcabuz acuestas, haciendo centinela todo el quarto en piè, y si es pèrdida, en dos, y sin bullirlos de donde una vez los assentaren, lloviendo, tronando, y venteando, y quando à la posada bolveis, ni hallais luz con que acostaros, lumbre con que poderos enjugar, pan que comer, ni vino que beber, muertos de hambre, sucios, y rotos, no le culpo: Empero à su hermano mayor el señor Juan Marti, ò Mathèo Lujàn, como mas quisiere, que sea su buena gracia, que yà tenia edad quando su padre le faltò, para saber mal, y bien, y quedò con buena casa, y puesto, rico, y honrado, qual diablo de tentacion le vino à dexar su negocio, y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, y querer quitar capas? Quanto mejor le fuera ocupar su persona en otros entretenimientos? Era buen Gramatico, estudiàra Leyes, que mas à cuento, y facil le fuera hacerse Letrado. Piensan por ventura, que no hay mas que decir, ladron quiero ser, y salirse con ello? pues à fee que cuesta mucho trabajo, y corre peligro. Demàs, que no sè yo si en los Derechos hay mas consejos, ò tantos quantos ha menester un buen ladron. Pues yà, si hay dos, ò se juntan en un lugar, y à la porfia, y quiere alguno correr tràs el otro, que se ha llevado tràs de sì la voz, y fama de todo el Cocoquismo, y Germania, por mi fee que le importa, y no poco, apretar los puños mucho. Que con parecerme à mi (como era verdad) que con quanto me havia contado Sayavedra, era desventurada sardina, y yo en su respecto vallena, con dificultad, y à penas ossàra entrar en examen de licencia, ni pretender la borla; y èl, y su hermano pensaban yà, que con solo hurtar à secas, mal sazonado, sin sabor, ni gusto, que podrìan leer la Cathedra de Prima. Pensaron que no havia mas que hacer de lo que dixo un Labrador, Alcalde Ordinario de la Villa de Almonacì de Zurita, en el Reyno de Toledo, haviendo hecho un pilar de agua, donde llegasse à beber el ganado, que despues de acabado, soltaron la cañerìa en presencia de todo el Concejo; y como unos dicen, alto està, y otros, no està, se llegò el Alcalde à beber, y en apartandose, dixo: Pardios no hay

mas

mas que hablar, que pues yo alcanzo, no havrà beftia que no alcance. Como debieron de vèr algunos ladroncillos de pan de poya, fe les haria facil, y dirian que tambien alcanzarian como los otros. Pues yo doy mi palabra, que à tal penfamiento, fe le pudiera decir lo que à otro Labrador, tambien cerca de alli en la Mancha, dixo à otros dos, que porfiaban fobre la cria de una yegua; el uno de ellos decia, jumento es, y el otro que no, fino muleto; y llegandofe à mirarlo el tercero, quando huvo bien rodeado, y mirandole hocico, y orejas, dixo: Pardios, no hay que rehortir, tan afno es como mi padre. Quien fe preciare de ladron, procure ferlo con honra, no baxamanero, hurtando de la tienda una cebolla, y trompos à los muchachos, que no firve de mas de para dàr de comer à otros ladrones, haciendofe fus efclavos de jornal, y fi no les pechan, les ponen luego en percha: No hay hacienda, ni efpaldas que lo fufran, diz que por tan poco ha de arraftrarfe tanto. Por una faya, por dos camifas; quien camifas hurta, jubon efpera. Haga lo que decia Capin Vitelo, aquel valerofifsimo Capitàn: El Mercader que fu trato no entiende, cierre la tienda. Pero dexèmos aora eftos ladrones à parte, y buelvo à mì, que con poderme oponer à la Magiftral, yà lo tenia olvidado, y no fe apartaba entonces el miedo de apar de mi. Todo quiere curfo, havia mil años que ni tomaba lanceta, ni hacia fangria, tenia yà torpe la mano, no atinaba con la vena: no hay tal maeftro como el exercicio, que fi falta, el mifmo entendimiento fe hinche de moho, y cria tova. Quando en Milàn entramos, anduvimos de vacaciones aquellos tres, ò quatro dias, que no me atrevi à jugar, por no hacerlo con gente de Milicia, que juegan fiempre con mucha malicia. Todos, ò los mas procuraban valerfe de fus ventajas, y yo no podia ufar de las mias, ni me las havian de confentir, y yo por fuerza fe las havia de fufrir, aventuraba con ellos à ganar poco, y à perder mucho. No quife mas que dàr una buelta por la tierra, viendo fu trato, y grandeza, y lugo paffar adelante. Con efta determinacion me andaba paffeando todo el dia de tienda en tienda, viendo tantas curiofidades, que ponia grande admiracion, y los gruefos tratos que havia, aun de cofas muy menudas, y de poco precio. Eftando un dia en medio de la plaza, fe llegò à Sayavedra un mozo bien tratado, y de buena gracia, en fus acentos, y talle fino Efpañol, mas como los tenìa por las efpaldas, no pude vèr, ni entender por entonces, mas de que fe hicieron un poco à lo largo de mì, donde à folas por grande rato hablaban-

bla-

blaron, que no me dexò de poner cuidado, penſar que pudieran eſtàr con tanto ſecreto tratando, no haviendoſe viſto (à mi parecer) ni hablado antes. Mas por no romper la platica, haſta vèr en lo que paraba, eſtuveme quedo, y advertido ſi de alli eſcapaſſen, acudir yo con tiempo à la poſada, y llegar primero, antes que me mudaſſen. Siempre los tuve al ojo, ſin hacer alguna mudanza en quanto no la hicieſſen ellos; porque conſideraba: ſi le llamo, y deſpues le quiero preguntar por lo que trataban, havrà tenido Sayavedra ocaſion para componer lo que quiſiere, diciendo, que por haverle llamado no acabaron la platica en que eſtaban. Aſsi para mejor ſatisfacerme, tuve por bueno tardarme alli algo mas, dexandoles el campo franco, pues no hacia mi dilacion en otra parte falta. Yà quando fue hora de comer, el mozo ſe deſpidiò para irſe, y yo quiſe hacer lo miſmo, que aun todavia eſtaba en piè mi ſoſpecha. Como Sayavedra no me hablò palabra, ni yo à èl, ſiempre traxe conmigo aquel recelo, y no con poco cuidado de alguna gatada, que la ſoſpecha es terrible guſano de el corazon, y no ſuele ſer viciosa quando carga ſobre un vicioſo; pues conforme à las coſtumbres de cada uno, ſe pueden recelar de èl. Mas como el deſeo de las coſas hace romper por las dificultades de ellas, aunque quiſiera callar, no pude ſufrir, ſin preguntarle quien aquel mozo fueſſe, y de què havia ſalido el triunfo para platica tan larga? Quando acabamos de comer, y quedamos à ſolas, dixele: Aquel mancebo de eſta mañana, me parece haverle viſto en Roma; por ventura, llamaſe Mendoza? No ſino Aguilera (me reſpondiò Sayavedra) y muy Aguila para qualquier ocaſion; es un muy buen compañero, tambien cofrade, y una de las buenas diciplinas de toda la hermandad, y ninguna mejor llaga, que la ſuya. Es de gentil entendimiento, gran Eſcrivano, y Contador, muchos años ha que nos conocèmos, avèmos peregrinado, y padecido juntos en muchos, y muy particulares trabajos, y peligros; y aora me queria meter en uno, que nos pudiera ſer de grandiſsima importancia, ò por nueſtra deſventura, dàr con el navìo al travès, que à todo daño ſe pone quien trata de navegar, pues no eſtà entre la muerte, y vida mas del canto de un traydor cañuto. Dabame cuenta, como llegò à eſta Ciudad con animo de buſcar la vida como mejor pudiera, mas que para no engolfarſe ſin hondar primero el agua, que havia buſcado un entretenimiento, que le hicieſſe la coſta ſin ſoſpecha, para que à dos dias no le prendieſſen por bagabundo, y que aſſentò con un Mer-

cader de aquesta Ciudad, que le recibiò en su servicio por su buena pluma, y ha mas de un año que le sirve con toda fidelidad, esperando darle una coz à su salvo, como lo hacen las mulas al cabo de siete. Deciame que assentassemos compañia para hacer una empanada, en que tuviessemos que comer para salir de laceria, mas no me pareciò cosa conveniente. Lo principal, por hallarme acomodado à mi gusto; y demàs de esto, para mudar estado, es necessario mucha consideracion: con poco no podiamos contentarnos, con mucho, era impossible salir bien, por la mala comodidad que teniamos. Aqui no havia donde poder estàr secretos quatro dias, ni huyendo, caminar seguros, que à quatro passos no nos bolviessen presos, y nos dexassen los pescuezos demàs de la marca, sin quedar las personas de provecho. Estuvimos dando, y tomando trazas, empero ninguna de provecho, ni à proposito, que quando los fines no se pueden conseguir, son los medios impertinentes, y los principios temerarios. Assi se apartò de mi, por no hacer à su amo falta, yà que nuestra platica no podia ser de provecho, ni esto que me dixo me dexò seguro, ni dexè de dàrle credito, por parecerme cosa, que podia ser. Pedì la capa, y salimos de casa, con determinacion de dàr una buelta por el campo; y aunque lo mas de la tarde tratamos de otras cosas, nunca se me apartò de la imaginacion mi tema, en ella iba, y venia, pensando entre mi: Aun si quisiesse este assegurarme, y me diesse un cabe, que passasse la raya, de quien me podia quexar, sino de mi necedad; porque una bien se puede dissimular, pero à dos, echarle à quien las espera una gentil albarda. Què seguridad puedo yo tener de este, que nunca buena viga se hizo de buen cohombro? el que malas mañas hà, tarde, ò nunca las perderà; y serà esta la fina, darle al maestro cuchillada, sobre buena reparada. Mas aunque siempre tuve los ojos en la puerta, nunca me faltaron las manos de la rueca. Hecho estaba un Argos en mi negocio, y otro Ulises para el suyo, trazando (como si me havia dicho verdad) poder ayudarlos, à lo seguro de todos, en caso que fuesse negocio de consideracion para salir de laceria, que meter costa en lo que ha de ser de poco provecho, es locura; los emplèos han de hacerse conforme à las ganancias: ponese un hombre à querer alambicar su entendimiento muchas noches, en lo que apenas tendrà para cenar una, no conviene; mas porque por ventura pudiera ser viage de provecho, y echar algun buen lance, quando à dormir bolvimos à casa, y vì suspenso à Sayavedra, le dixe: Pareceme que te arrobas, por lo que

ño robas, inquieto te trae mucho el dinero del Mercader; es por ventura lo que pensabas alguna traza de las de Archimedes? Pues à fee, que conozco yo un amigo, que no hiciera mal tercio en el negocio, si fuesse gordàl, y de sustancia. Còmo gordàl, y de sustancia, respondiò Sayavedra? de mas de veinte mil ducados, paño hay para cortar, y trazar à nuestra voluntad, como quisieremos. Yo le dixe: Como no se corte de manera, que de èl nos hagan lobas, bien me parece: mas pues tan pensado lo tienes (que no es posible no haverse te assentado alguna invencion) què resulta de todo, algo que valga? Pardios, nada, me respondiò Sayavedra, no acierto con la esquina, tanto ha que huelgo, que yà con el ocio ha criado el entendimiento sangre nueva, y està lleno de sarna. Mil veces comiezo con el trote, y à dos galopes me canso, todo lo hallo malo. Entonces le bolvì à decir, pues tan importante negocio es como dices, què parte me quereis dàr, porque os quite los cuidados, y salgais con vuestra victoria? El me dixo: Señor, la mia, y mi persona somos de v.md. Con Aguilera se ha de tratar, por lo que le toca, y hecho el concierto con èl, acabado es el cuento, con todos està hecho. Pues (dixele) vete à buscarle, y procura verle, sin que de su casa te vean; dile que nos veamos quando tuviere lugar, que poco se perderà en que me conozca, si yà le conozco: hizolo assi, embiòle à llamar con un papel secretamente; y quando nos juntamos, le preguntè por menudo las calidades, costumbres, y trato de su amo; què hacienda tenia, en què, donde, y en què monedas, y debaxo de què llaves. Comenzòme à hacer su platica en esta manera: Señor, yà Sayavedra tiene dada relacion de mì à v.md. de èl sabrà, que soy Calafate zurdo, un pobrete como todos; y aunque conozco, que con menos ingenio hay millares muy ricos en el mundo, tambien he visto con estos à otros mas habiles ahorcados, no siendo yo el que menos lo ha merecido, de que doy à Dios infinitas gracias. Puede haver poco mas de un año (que es el tiempo que ha que resido en esta Ciudad) que sirvo à un Mercader de harto trafago, y de quatro meses à esta parte soy su caxero; tengo los libros en mi poder, empero los dineros estàn en el suyo: Amo, y temo, no acabo de resolverme como hacerle un salto, que no me dexe despues en el ayre, que para poco, y malo, menor mal es passar adelante con muy buen trato, y si fuesse mucho, querrialo gozar mucho. Helo comunicado con Sayavedra, porque para estos casos no hay hombre que pueda solo, para que por allà (entre personas de quien se puede fiar, pues

tiene tantos amigos) lo trate con algunos de ellos, que como son varios los entendimientos, cada qual discurre como mejor sabe, y à algunas veces acontece dormitar Omero, y salir las trazas buenas; y quando anoche recibì su papel, embiandome à llamar, sospechè que no serìa en valde, que ha mucho que le conozco, y nunca se suele armar, sino à cosa señalada. Creo, si acaso le hallamos vado, que havèmos de hacer un gentil negocio, de que nos ha de resultar mucho bien. Lo que de su hacienda con verdad puedo afirmar, como quien tambien lo sabe, por haverlo visto, es, que valen las mercaderìas que oy tiene de las puertas adentro de su casa, para dàr à solo mohatras, mas de veinte mil ducados, y de esto me dà las llaves muchas veces, por la confianza grande que de mi tiene: demàs que bien sabe, que no me tengo de cargar las balas acuestas, para llevarselas con lo que tienen. Lo que hay encerrado dentro en dos cofres de hierro, en todo genero de moneda, passan de quince mil; y en el escritorio de la tienda encerrò, havrà doce dias, un hermoso gato pardo rodado, tan manso, y humilde como yo: no con ojos encendidos, no rasgadoras uñas, ni dientes agudos, antes embutido con tres mil escudos de à dos, y de à quatro, sin que haya un solo sencillo en ellos; los quales apartò, y puso alli para dàr à logro à cierto Mercader, que se los pide por seis meses, y no se los quiere dàr por mas de quatro, con el quarto de ganancia, de que le ha de hacer mas la obligacion por contado. Es hombre del mas mal nombre, que tiene toda la Ciudad, y el peor quisto de toda ella. No hay quien bien le quiera, y à quien mal no haga, no trata verdad, ni tiene amigo; trae la Republica rebuelta, y engañados quantos con èl negocian. Tengo por cierto, que de qualquier daño que le viniesse, sin duda serìa en haz, y en paz de todo el Pueblo, ninguno havrìa que no holgasse de ello. Con esto juntamente me dixo, como se llamaba, donde vivia, el escritorio à què mano estaba, y el gato en què gaveta. Hizome tan buena relacion, que (à cierra ojos) pusiera las manos encima de ello: Preguntèle, si huviera dificultad en hacer una impression de llaves? Dixome, que muy facilmente, porque las tenia todas en una cadenilla, con las de los almacenes de mercaderìas, y cofres de hierro, las quales de ordinario le daba para sacar lo que le pedia: empero que como era tan avariento, y miserable, lo hacia de modo, que no las perdia del ojo. Holguème de saber, que havia facilidad en lo mas dificultoso, y dixele: Pues lo primero que haviamos de poner en tabla para nuestro negocio, ha de ser esto, traerme los moldes en cera,

para que yo las vea, y me preven-ga de otras, mandandolas luego hacer. Tambien serà necessario es-tàr de acuerdo en lo que se ha de hurtar por lo presente, y sea de modo, que no assombre, siendo en demasia, ni tampoco que dexe de sernos de provecho, y lo que de ello ha de haver cada uno de nosotros. En quanto al hurto, nos resolvimos en que fuessen los tres mil escudos del gato; y en lo demàs anduvimos, à tanto, mas tanto, como si fueran ovejas las que se vendian, hasta que dixe: De aques-te dinero, si huviesse de hurtar li-samente, à todo riesgo de horca, y cuchillo, natural cosa es, que qual el peligro, tal havia de ser la ganancia, y cabiamos en un ter-cio por persona, siendo tres los compañeros. Mas pues havemos de jugar à lo seguro, y passar el vado à piè enjuto, sin que de ello por algun modo se pueda poner culpa, ni cargar pena, quedando cada uno con su buena reputa-cion de vida, y fama, entero el credito, y sana la nuez, bien me-reciera qualquier buen arquitecto su parte legitima, por solo deli-nearlo, sin otro algun trabajo; y essa quiero llevar yo, conforme à lo qual me pertenece liso un ter-cio, libre, y descargado de todo jarrete, y en los otros dos tercios del remanente havemos de entrar à la parte, cada uno igual del otro con la suya, quedando en ella to-dos tres parejos. En esto se diò, y tomò, mas como mi voto eran dos, con el de mi criado, y de lo que se trataba no era particion de legitima de padres, quedamos en ello de acuerdo. Traxoseme la ce-ra, y en estando las llaves hechas, y dado la muestra de ellas por Aguilera, que yà corrian en el oficio, para que al tiempo de la necessidad no nos hiciessen caer en falta, le dixe una noche, que por la mañana queria verme con su amo, que tuviesse ojo alerta en lo que alli se hablasse, para lo que adelante sucediesse, y que nos vies-semos cada noche, dixo que sì ha-rìa, y con esto se fue. Otro dia por la mañana fuì à la tienda del Mercader, y en presencia de Agui-lera su criado, despues havernos hablado de cumplimiento, y sa-ludadonos, le dixe: Señor mio, soy un Cavallero que vine à esta Ciudad hà pocos dias, vengo à hacer cierto empleo para unas Donas, porque trato en mi tier-ra de casarme; para lo qual tray-go poco mas de tres mil escudos, que tengo en mi posada, no co-nozco la gente, ni el proceder, que aqui tiene cada uno; el di-nero es peligroso, y suele causar muchos daños, en especial no te-niendolo el hombre con la seguri-dad que desea: no sè quien es cada qual, estoy en una posada, en-tran, y salen ciento; y aunque me dieron llave de la pieza, ò puede haver dos, ò acontecerme alguna pesadumbre. Hanme informado

de quien v.m.es, de ſu mucha verdad, y buen termino, y vengole à ſuplicar ſe ſirva, y tenga por bien guardarmelos por algunos dias, en quanto hallo, y compro lo que voy buſcando; que quando ſe ofrezca en que ſervir à v.m. la que me harà en eſto, ſoy Cavallero, que la ſabrè reconocer. El Mercader yà creyò, que los tenìa en el puño, y aun aora ſoſpecho, que no fueron ſus penſamientos otros, que los mios, èl de quedarſe con ellos, y yo de robarſelos. Ofreciòme ſu perſona, y caſa, que podia tenerlo todo à mi ſervicio. Dixome que los mandaſſe traer muy enhorabuena, que allì los guardarìa, y me los darìa cada, y quando, ſegun, y de la manera, que ſe los pidieſſe. Deſpedimonos con eſto, èl diſpueſto à guardarlos, y yo con palabra dada, de que luego ſe le traìrian: mas nunca mas allà bolvì, haſta que fuè tiempo. Quando à caſa bolvimos yo, y Sayavedra, èl que eſtaba como tonto, preguntandome, que de donde le haviamos de dàr à guardar aquel dinero, y yo riendome, le dixe: Luego, yà no ſe lo llevaſte? Riòſe de lo que le dixe, y bolvìle à decir: De què te ries? Yo sè que allà los tiene yà, y muy bien guardados, dile à tu amigo Aguilera, que de oy en ocho dias nos veamos, y ſe trayga conſigo el borrador de ſu amo, que le ſuele ſervir de libro de memorias. En eſte intermedio de tiempo, que aguardabamos el nueſtro, deſnudandome Sayavedra una noche, deſpues de metido en la cama, y no con gana mucha de dormir, que aùn me deſvelaban viejos cuidados, dixele: Has de ſaber Sayavedra, que haviendo adoleſcido el aſno, hallandoſe muy enfermo, cercano à la muerte, à inſtancia de ſus deudos, y hijos, que como tenia tantos, y cada qual quiſiera quedar mejorado, los legitimos, y naturales andaban à puñadas; mas el honrado padre, deſeando dexarlos en paz, y que cada uno reconocieſſe ſu parte, acordò de hacer ſu teſtamento, repartiendo las mandas en la manera ſiguiente.

¶ Mando que mi lengua, deſpues de yo fallecido, ſe dè à mis hijos los aduladores, y maldicientes; à los ayrados, y colericos la cola; los ojos à los laſcivos; y el ſeſſo à los alquimiſtas, y judiciarios, hombres de arbitrios, y maquinadores. Mi corazon ſe dè à los avarientos, las orejas à reboltoſos, y cizañeros; el hocico à los epicureos, comedores, y bebedores; los hueſſos à los perezoſos; los lomos à los ſobervios; y el eſpinazo à porfiados. Denſe mis pies à los Procuradores; à los Jueces las manos; y el teſtùz à los Eſcrivanos; la carne ſe dè à pobres, y el pellejo ſe reparta entre mis hijos naturales.

No querria, que diciendonos eſte que robaſſemos à ſu amo, nos vinieſſe à robar à noſotros, y nos de-

dexasse tan desnudos, que nos obligasse à cubrir con el pellejo de nuestro testador; y serìa mucha su cordura, si nos burlasse. Digolo, porque para la prosecucion de nuestro intento, y poder salir bien de èl, es necessario que de aquellos doblones de à diez, que alli tengo, le diessemos unos pocos hasta diez, que hagan ciento, y no son barro. No querria, que tirandonos un tajo con ellos, y buen compàs de pies, fuesse retirandose poco à poco. A esto me respondiò: Si todos quinientos, y quinientos mil pusiessemos en su poder, no faltarà un carlìn de todos ellos en mil años, por ser costumbre nuestra guardarnos el rostro con fidelidad grandissima, y quede à mi riesgo, para que corra todo por mi cuenta.

CAPITULO VI.

Sale bien con el hurto Guzmàn de Alfarache, dàle à Aguilera lo que le toca, y vàse à Genova con su criado Sayavedra.

LA esperanza, como efectivamente no dice possessión alguna, siempre trae los animos inquietos, y atribulados, con temor de alcanzar lo que se desea. Sola ella es el consuelo de los afligidos, y puerto donde se ferran, porque resulta de ella una sombra de seguridad, con que se favorece en los trabajos de la tardanza. Y como con la segura, y cierta se dilatan los corazones, teniendo firmeza en lo por venir, assi no hay pena que mas atormente que si se vè perdida, y muy pequeño menos quando se tarda. Quantos, y quan varios pensamientos debieron de tener mis dos encomendados en este breve tiempo, que como ni les dì mas luz, y los dexè con la miel en la boca, debieron de vacilar, y dàr con la imaginacion mas trazas, que tiene un mapa, unos por una parte, y otros por otra. Quales andarian, y con què cuidado, deseando los fines prometidos, que no se les debieron de hacer poco dudosos? yà quando vieron amanecer el Sol del dia, de ellos tan deseado, y de mi no menos: Aguilera me traxo el libro borrador que le pedì, busquè una hoja de atràs, donde no huviesse memorias de ocho dias antes, y en un blanco que hallè bien acomodado, puse lo siguiente: Dexòme à guardar-dar Don Juan Ossorio tres mil escudos de oro, en oro, los diez de à diez, y los demàs de à dos, y de à quatro. Mas me dexò dos mil reales, en reales. Luego passè unas rayas por encima de lo escrito, y à la margen escrivì de otra letra diferente. Llevòlos: Con esto cerramos nuestro libro, y diselo. Mas le dì diez doblones de à diez, y dixele: Que abriendo el escritorio, sacasse ciento del gato, y metiesse aquellos en su lugar. Dile mas dos bervetes; uno en que

decia: Eſtos tres mil eſcudos en oro ſon de D. Juan Oſſorio. Y el otro: Aqui eſtàn dos mil reales de D. Juan Oſſorio ſu dueño. Advertile, que ſi dentro del gato huvieſſe algun otro bervete, lo ſacaſſe, y dexaſſe ſolo el mio; y el de los dos mil reales lo metieſſe dentro de un talego, en que me dixo haver otros diez y ſiete mil, poco mas, ò menos, que no ſabìa lo juſto, porque cada dia ſe iban echando dineros en èl; y que advirtieſſe, que aqueſte de la plata eſtaba en un arcon de junto al eſcritorio, y tenìa por ſeñas el talego una grande mancha de tinta junto à la boca. Con eſto ſe fue Aguilera, llevando de orden, que aquella noche ſin falta lo dexaſſe pueſto, cada coſa en ſu lugar, ſegun ſe lo havia dicho. El ſiguiente dia deſpues de comer, me fuì à la tienda del Mercader muy diſsimulado, y mi criado detràs, nueſtro paſſo à paſſo. Quando allà llegamos, y èl me viò, ſe alegrò mucho, creyendo que yà llevaba lo que le venia à pedir. Conformidad teniamos ambos en engañar, mas eran muy diferentes de las mias las trazas que èl debia de tener penſadas. Quando nos huvimos yà ſaludado, le dixe: Aqueſte criado vendrà por la mañana con un talego, y un papel mio, mande v. m. que ſe le dè todo buen deſpacho. El hombre como debìa de ir mas cavallero en ſu malicia, que receloſo de la mia, creyò que le decian, que por la mañana le llevarian el dinero; y dixome: Todo ſe harà como v. m. lo manda. Fuìme la puerta afuera; y à menos de veinte paſſos andados, dì la buelta, y dixele: Deſpues que de aqui ſalì, ſe me ha ofrecido al penſamiento, que importa llevar luego eſſe dinero para cierto efecto; mandemelo dàr v. m. El hombre ſe alterò, y dixo: Què dinero es el que v. m. manda que dè? Y dixele: Todo, ſeñor, todo; porque todo lo he meneſter. El entonces dixo: Qual todo tengo de dàr? Bolvile à decir: El oro, y la plata. Què oro, y plata, me reſpondiò? Y dixele: La plata, y oro que v. m. acà tiene mio. Yo de v. m. oro, ni plata, me dixo? Ni tengo plata, ni oro, ni sè lo que ſe dice: Còmo no sè lo que me digo? Le reſpondì alborotado. Bueno es eſſo, por mi vida. Mejor es eſſotro, dixo èl, pedirme lo que no me diò, ni tengo ſuyo. Mire v. m. lo que dice, le bolvì à decir, que para burlas baſtan, que ſon eſtas muy peſadas, para quien le falta guſto. Eſſo eſtà bueno, me dixo, las de v. m. lo ſon; vayaſe en horabuena, ſuplicole. Què me vaya, dice, antes no deſeo yà otra coſa: mandeme dàr v. m. aqueſſe dinero. Qual dinero tengo yo de v. m. que me pide, para que ſe lo dè? Pidole, dixe, los eſcudos, y reales que le dexè à guardar el dia paſſado. V. m. me reſpondiò, nunca me dexò eſcudos, ni reales, ni

tal tengo suyo. Y dixele: acabò en este momento de confessarme delante de todos estos Cavalleros, quando le dixe, que vendria mañana mi criado por ellos, que se los daria; y aora que buelvo yo, me lo niega en un momento? Yo no niego à v.md. nada, me dixo; porque no tengo recibido algo que poder bolver. Yo le traxe à v.md. havrà ocho dias mi hacienda, le dixe, y se la dì, que me la guardasse, y la tiene recibida, mandemela dàr luego, porque no es mi voluntad tenerla mas un momento en su poder. En mi poder no tengo un quatrin ageno; vaya con Dios, no sea el diablo que nos engañe à todos. A mì fue à quien yà engañò, en darle à v.md. mi hacienda; y con una colera encendida, que parecia echar fuego por todo el rostro, dixe: Què quiere decir, no darme mi dinero? Aqui me lo ha de dàr luego de contado, sin faltar un quatrin, ò mire como ha de ser. Mostròse tan turbado, y temeroso, viendome tan colerico, y resuelto, que no supo què responder; y como sonriendose, haciendo burla de mis palabras, decia que me fuesse con Dios, ò con la maldicion, que ni me conocia, ni sabìa quien era, ni como me llamaba, ni què le pedia. Aora no me conoce, ni sabe quien soy, para levantarse con mi hacienda? Pues aùn tiene justicia Milàn, que me harà pagar en breve, tres pies à la Francesa. El hombre mas negaba, diciendo andar yo errado, que podia ser haverlo dado à guardar en otra parte; porque ni tenìa dinero mio, ni me lo debìa, no obstante ser verdad que yo le dixe, que se lo quise dàr à guardar; empero que no havia buelto con ello, que me fuesse à quexar à la Justicia enhorabuena; y si algo me debiesse, que llano estaba para pagarmelo. Con esta resolucion alarguè los pliegues à la boca, lanzando por ella espuma, y à grandes gritos, dixe: O traydor falso! Justicia del Cielo, y de la tierra venga sobre tì, mal hombre! assi me quieres quitar mi hacienda delante de los ojos, dexandome perdido? La vida me has de dàr, ò mi dinero. Vengan aqui luego mis tres mil escudos: digo, no ha de aprovecharos el negarlos, que os los tengo de sacar del alma, ò me los haveis de poner en tabla, en oro, y plata, como de mi los recibisteis. Alborotòse la casa con los que allì havian estado presentes al caso desde el principio. Juntòse con ellos, de los que passaban por la calle, y de otros vecinos, tanto numero de gente, llamandose con el alboroto los unos à los otros, que yà nos ahogaban, y no nos entendiamos. Andabanse preguntando unos à otros, què voces eran, ò sobre què reñiamos? Aqui, y allì lo contaban ciento, y cada uno de su manera, y nosotros allì dentro, que nos hundiamos con la reyerta.

En esto llegò un Barguelo, que es como Alguacil en Castilla, pero no trae vara; y haciendo lugar por medio de la gente, llegò donde estabamos, que yà nos ardiamos. Yo quando vì Justicia presente, aunque no sabìa quien fuesse, mas de ser Justicia, vì mi pleyto hecho, y dixe luego: Señores, yà vs. mds. hân visto lo que aqui ha passado, y de la manera que aqueste mal hombre me niega mi hacienda; su mismo criado diga la verdad, y si lo negàre, digalo su mismo libro, donde se hallarà escrito lo que de mi recibiò, y en què partidas, de la manera que se la entreguè, para que se conozca bien quien es cada uno, y qual dice verdad? Yo havia de pedir lo que no le dì? Dentro de un gato suyo metiò en aquel escritorio tres mil escudos de à dos, y de à quatro; y por señas mas verdaderas, y ciertas, hay entre medias diez escudos de à diez, que todos hacen los tres mil al justo. Y en un talego que puso à guardar dentro de aquel arca, en que me dixo, que havrìa entonces hasta diez y siete mil reales, poco mas, ò menos con los mios, metiò los dos mil que le dì. Si no fuere como lo digo, que se quede con ello, y me quiten la cabeza como à traydor; con tal, que luego se averigue mi verdad, en presencia de vuesas mercedes, antes que tenga lugar de poderlo trasponer en otra parte. Y señalando al Barguelo, dixe: Vealo v. md. vealo, y vea quien trata falsedad, y engaño. El Mercader dixo entonces: Yo lo consiento, trayganse mis libros, veanse todos, y quanto dinero tengo en toda mi casa. Si tal assi pareciere, yo quiero confessar que dice verdad, y ser el que miento. Los que presentes havia, dixeron: Acabado es el pleyto, justificados estàn; la verdad se verà bien clara, y presto, en lo que ambos dicen. El Mercader mandò à su Caxero sacasse su libro mayor, y quando le traxo, dixe: O traydor! no està en este libro, sino en el manual. Pidiò el manual de la caxa, y quando le vì, bolvì à decir: No, no, no son menester aqui tantos enredos, engañandonos con libros, que no digo essos, ni hay para què roncear: en el que se assentaron las partidas no es tan grande, un libro es angosto, y largo. Entonces dixo Aguilera: En el de memorias debe querer decir, segun dà señas de èl, que no hay otro en esta casa de aquella manera, y sacandole allì, dixo: Es por ventura este? Este sì, este sì, èl es, vease lo que digo, no hay para què esconderle, ni encubrirlo, aqui se hallarà la verdad. Anduvieron ojeando un poco, y quando reconocì las partidas, y letra, dixe: Vuesas mercedes vean lo que aqui dice, lean estas partidas, que me tiene testadas, y adiccionadas à la margen; pues no le ha de valer tampoco por aì, que mi dinero me tiene

de

de dàr. Vieron todos las partidas, y ser como yo lo decia: El Mercader estaba tan loco, que no sabìa que decir, mas de jurar mil juramentos, que tal no sabìa, como, ni quien lo huviesse escrito. Yo les dixe, yo mismo lo escrivì, mi letra es, pero la de la margen es diferente, y falsamente puesto, y testadas, que no me han buelto nada, y en aquel escritorio (si no los ha sacado) allì estàn mis escudos. Hacìa unos estremos como un loco furioso, de manera que creyeron ser sin duda verdad quanto decia; y procurandome sossegar, decian, que me apaciguasse, que no importaba estàr testadas las partidas, ni escrito en la margen havermelos buelto, si en lo demàs era segun lo decia. Dixeles luego, què mayor verdad mia, ò què mayor indicio de su malicia puede haver, què decir poco hà que no le havia dado blanca, y hallarse aquì escrito, aunque testado? Si lo recibiò, por què lo niega? Y si no lo recibiò, como està escrito aquì? Abrase aquel escritorio, que dentro estaràn mis doblones, y los diez de à diez entre medias de ellos. Porfiaba el Mercader, y deshaciase, diciendo con varios juramentos, y obsecraciones, que todo era maldad, y que se lo levantaba, porque doblones de à diez, uno, ni mas havia en toda su casa. Tanto porfiaron, y el Barguelo tanto instò porque diesse las llaves del escritorio, porque las resistia, no queriendolas dàr, que le jurò, si no se las diesse, que se lo sacaria de casa, hasta dàr noticia de todo al Capitan de Justicia (que allì es como en Castilla un Corregidor) para que depositado, se supiesse la verdad. Finalmente las diò, y en abriendole, dixe: Allì en aquella naveta los metiò en un gato pardo rodado, abrieron la naveta, y sacaron el gato, y queriendo contar el dinero, para vèr si estaba justo, saliò el bervete, y dixe: Lean esse papel, que aì dirà lo que hay dentro, y cuyo es. Leyeronle, y decia ser de Don Juan Ossorio: Contaronlo, y hallaron justos los diez de à diez, que yo decia. Yà en este punto quedò el Mercader absolutamente rematado; sin saber què decir, ni alegar, pareciendole obra del demonio, porque hombre humano, era impossible haverlo hecho; demàs, que si yo tuve mano para ponerselos allì, con mayor facilidad se los pudiera, sin esto, haver llevado. Estaba sin juicio, y daba gritos, que todo era mentira, que se lo levantaban, que aquel dinero era suyo, y no ageno, que si el diablo no puso allì aquellos doblones, que no los puso èl, que me prendiessen, porque tenia familiar: Yo decia, prendanme muy enhorabuena, con tal que me deis mi dinero. Dabale terribles voces, diciendole: Ha engañador! aùn teneis lengua con que hablar, viendose la maldad

tan evidente? Abran aquel arcon, que alli està la plata, y dentro lo puso. No hay tal decia èl, que la plata que alli hay toda es mia, y lo son los tres mil escudos: Còmo son vuestros, le dixe, si acabais de confessar, que no teniades doblones de à diez? Que Dios ha permitido, que se os olvidasse de haver los recibido, para que yo no perdiesse mi hacienda: el que ha de negar lo ageno, ha de mirar lo que dice. Quando aqui lleguè, me dixisteis delante de aquestos Cavalleros; que mañana me dariades mi hacienda, y luego que os la bolvì à pedir, delante de ellos mismos me la negasteis. Abrase aquel arca, saquese todo, sepase quien es cada uno, y como vive. Abrieron el arca, y quando vì el talego, y aunque havia otros con èl, de mas, y menos dineros, alargando el brazo, le señalè con el dedo. Esse de la mancha negra es: En resolucion se hallò verdad quanto les havia dicho; y quedaron mas certificados, quando trastornando aquel talego para contar los dineros, hallaron el otro berbete, que decia estàr alli mis dos mil reales. Yo gritaba: Mal hombre, mal tratante, enemigo de Dios, falto de verdad, y de conciencia, y còmo si teniades mis dineros, de la manera que todo el mundo lo ha visto, y sabe, me borrabades lo escrito? Còmo deciades, que nada os havia dado? Còmo que no me conociades, ni sabiades quien era, ni como me llamaba? Yà què teneis que alegar? Teneis mas falsedades, y mentiras que decir? Veis como Dios nuestro Señor ha permitido, que os ayais cegado, que ambos berbetes no tuvistes entendimiento para quitarlos, ni esconder la moneda? Veis como ha buelto su Divina Magestad por mi mucha inocencia, y sencillèz con que os dì à guardar mi hacienda, creyendo que siempre me la dierades, y que quien me aconsejò que os la diesse, debiò de ser otro tal como vos, y echadizo vuestro, para quedaros con ella? Quantos estaban presentes quedaron con esto que vieron, y oyeron tan admirados, quanto enfadados de vèr semejante bellaquerìa, satisfechos de que yo tenia razon, y justicia. Eran en mi favor la voz comun, las evidencias, y experiencias vistas, y su mala fama, que concluìa, y decian todos: Mirad si havia de hacer de las suyas; no es nuevo en el bellaco logrero robar haciendas agenas; no veis como à este pobre Cavallero se le queria levantar con lo que le diò en confianza, que si no fuera por su buena diligencia, para siempre se le quedàra con ello. El Mercader que à sus oìdos oìa esta, y otras peores palabras, no tenia tantas bocas para poder satisfacer con ellas à tantos, ni era possible abonarse. Quedò tal, que ni sabìa si soñaba, ò si estaba dispierto: Pareceme aora

que se pellizcarìa las manos, y los brazos para recordar lo que le passaba por la imaginacion, si havia perdido las dos potencias, entendimiento, y memoria, y le quedaba la sola voluntad, segun lo que havia passado: como dixe, tenia mal nombre, que para mi negocio estaba probado la mitad; y aquesto tienen siempre contra sí los que mal viven, pocos indicios bastan, y hacen plena prueba. Con esto, y con lo que contaron los que alli estaban de los primeros, que pidiendole yo mi dinero, dixo que otro dia me lo daria, ò à mi criado, y como luego que bolvì por èl, me lo negò. Su criado jurò como lleguè à su tienda, y en su presencia le roguè, que me guardasse tres mil escudos, pero que no sabìa si se los dì, que à lo escrito se remitìa, porque muchas veces faltaba de la tienda, y no sabìa mas de lo dicho. Mi criado jurò ser verdad, que por su mano los havia contado, y entregado al Mercader en presencia de otros hombres, que no sabìa quien eran, porque como forastero no los conocìa. Y con la evidencia cierta de todo quanto dixe, y vèr testadas las partidas, estàr la moneda señalada, tener cada talego su berbete de cuyo era, confirmò los animos en mi favor, bolviendose contra èl, sin dexarle dàr disculpa, ni querersela oìr, ni èl tenia espiritu para hablar; porque con su mucha edad, y vèr una cosa tan espantosa, que no acababa de sospechar què fuesse, le quedò tan robado el color, como si estuviera difunto, quedando desmayado por mucho espacio. Yà creyeron ser fallecido, mas bolviò en sì como embelesado, y tal, que yà me daba lastima, empero consolabame, que si se finàra, me hiciera menos falta que su dinero. No huvo persona de quantos alli se hallaron, que no dixesse, que se me diessen mis dineros. Yo como sabìa, que no bastaba decirlo el vulgo para darmelos, que solo el Juez era parte para podermelos adjudicar, previneme de cautela para lo de adelante; y quando todos à voces decian: Suyo es el dinero, denselo; respondìa: Yo no lo quiero, no lo quiero, depositese. Despues que à persuasion de los circunstantes, para que lo recibiesse, me vì con tanto dinero, me acordè muchas veces del hurto que Sayavedra me hizo, y decia: Si me quebrè la pierna, quizà por mejor, à todos nos vino bien, pues yo de alli adelante quedè con credito, y hacienda, mas de lo que me pudiera quitar; Sayavedra quedò remediado, y Aguilera remendado. Llevè à mi casa mis dineros, con todo el regocijo que podeis pensar, guardèlo, y arropèlo, porque no se arromadizasse; y con ser esto assi, aùn mi criado no lo acababa de creer, ni tocandole con las manos. Parecìa todo sueño, y no pos-

sible haver salido con ello: santiguabase con ambas manos de mì, porque aunque quando en Roma me conociò, supo mi vida, y tratos, teniendome por de sutil ingenio, no se le alcanzò que pudiera ser tanto, y que las mataba en el ayre, pudiendo ser muchos años mi maestro, y aun tenerme seis por su aprendiz. Entonces le dixe: Amigo Sayavedra, esta es la verdadera ciencia, hurtar sin peligrar, y bien medrar, que la que por el camino me haveis predicado, ha sido Alcoràn de Mahoma; hurtar una saya, y recibir cien azotes, quien quiera se lo sabe, mas es la data, que el cargo: donde yo anduviere, bien podràn los de vuestro tamaño baxar el estandarte. De alli à dos dias vino Aguilera por su parte una noche, aunque si no fuera por Sayavedra, yo hiciera con boda, y bodigos el alto de Velez; mas porque no me tuviesse sobre ojos, en mala reputacion, y quedasse con algun mal concepto de mi, diciendo, que quien mal trato usa con otro, tambien lo usarà con èl, no quise por lo menos aventurar lo mas. Dixonos, que su amo estaba muriendose del enojo, loco de imaginar como pudo ser aquello, y aun por la imaginacion le passò no ser otra cosa, que obra del demonio. Descontèle cien escudos de los que havia recibido yà de su mano, por los diez doblones, y dile lo que al justo le cupo, conforme al concierto. Despues acometì à darle à Sayavedra su parte, con la de la ganancia de los quinientos escudos; y dixo, que alli lo tenia cierto para quando lo huviesse menester, que pues èl no tenia donde, lo guardasse yo, hasta mejor comodidad. Estuvimos en Milàn otros diez, ò doce dias, aunque siempre como assombrados, y temerosos, por lo qual fuimos de acuerdo salir de alli para Genova, no dando nunca cuenta de nuestro viage à persona de las del mundo, ni alguna supo de nuestra boca donde ibamos, por lo que pudiera suceder. Antes dabamos el nombre para otra parte muy diferente, fabricando negocio, à que deciamos importarnos mucho acudir. Ibame yo passeando por una de las calles de Milàn, adonde havia tantas, y tan varias cosas, y mercaderias, que me tenian suspenso; y acaso vì en una tienda una cadena, que vendian à un Soldado, à mis ojos la cosa mas bella, que jamàs vieron. Diòme tanta codicia, que yà por comprarla, si acaso no se concertassen, ò por mandar hacer otra semejante, me lleguè à ellos, y estuvela mirando, sin dàr à entender mi deseo; y codicièla tanto, que luego en aquel espacio breve, teniendola por fina, se me ofreciò traza como llevarmela de camino, y sin pesadumbre. Atento estuve al concierto, y tan vil era el precio de que se trataba, que creì ser de fo-

la su hechura: mas como no se concertassen, comencè luego mi enredo, preguntandole lo que valia, y lo que pesaba. El Mercader se riò de oirme, y dixo: Señor, esto no se vende à peso, sino assi como està, un tanto por toda. En sola esta palabra conocì ser falsa; y pareciendome mucha baxeza por cosa tan poca, gastar almacen, y traza, que pudiera despues acomodarse mejor en ocasion grave, y de importancia, demàs, que no se debe arriesgar por poco mucho; y si por ventura yo allì segundaba, diera indicio de haver sido embeleco el passado. Concertème con èl, y paguèsela con tanto gusto, como si fuera pieza de valor, y no la estimaba en menos, por lo que con ella interessaba, que se me representò serme de importancia para lo adelante: y luego acordè de hacer otra de oro fino, de la mesma hechura, y traza. Fuime à un Platero, hizola tal, y tan semejante, que puestas ambas en una mano, era impossible juzgarlas, excepto el sonido, y peso; porque la falsa era mas ligera un poco, y de sonido campanil, que el oro lo tiene sordo, y aplomado. Tuvome de toda costa seiscientos y treinta escudos, poco mas, ò menos, y holgàra mas de que fueran mil, que tanto mas me havia de valer la otra. Comprè juntamente dos cofrecitos pequeños en que cupiessen al justo, uno para cada una, en que llevarlas. Y porque aun todavia todas las coyunturas de mi cuerpo me dolian, pareciendome tener desencaxadas las costillas, de la noche buena, que me diò el señor mi tio, que la tenia escrita en el alma, y aun la tinta no estaba enjuta: yendome de camino para Genova, dile à Sayavedra parte de mi pensamiento, no contandole lo passado, mas de que quando por allì passè, siendo niño, me hicieron cierta burla, porque no me vieron en el punto que quisieran, para honrarse conmigo. Y en el alma me pesò de haverle dicho aùn esto, porque no me cogiera en mentira de lo que le havia dicho antes, mas no reparò en ello. Dixele juntamente con esto: Si tù, Sayavedra, como te precias fueras, yà huvieras antes llegado à Genova, y vengado mi agravio; mas forzoso me serà hacerlo yo, supliendo tu descuido, y faltas. Y porque tambien serà bien cancelar aquella obligacion, y pagar deudas, porque la buena obra que me hicieron, quède con su galardon bien satisfecha; demàs, que para desmentir espìas, conviene hacer lo que tu hermano, y tu hicisteis, mudar de vestidos, y nombres. Pareceme muy bien, dixo Sayavedra, y digo, que quiero heredar el tuyo verdadero; con que poderte imitar, y servir; desde oy me llamo Guzmàn de Alfarache. Yo pues (dixe) me quiero embestir el propio mio, que de

mis padres heredè, y hasta oy no lo he gozado, porque un dòn ha de ser del Espiritu Santo, para ser admitido, y bien recibido de los otros, ò ha de venir de linea recta, que los dones que yà ruedan por Italia, todos son infamia, y desverguenza, que no hay hijo de remendòn Español, que no le trayga, y si corre allà como acà, con razon se les pregunta: Quien guarda los puercos? Yo me llamo Don Juan de Guzmàn, y con esso me contento. Entonces dixo Sayavedra con grande alegria, Don Juan de Guzmàn victor, victor, victor, à quien tan buena pantorrilla le hace, ta, que esse sea tu nombre. Mal aya el traydor que lo manchare, quien te lo quitare hijo, la mi maldicion le alcance. Hice sacar lo necessario para un manteo, y sotana de rico gorgoràn, con que salimos nuestro camino para Genova.

CAPITULO VII.

LLEGA GUZMAN DE Alfarache à Genova, donde conocido de sus deudos, le regalaron mucho.

LArgo tiempo conservàra la vasija el olor, ò sabor, con que una vez fue lleno: si el curso del mio, las ocasiones, y casos, amor, y temor, no abrieren los ojos al entendimiento, si con esto norecordare del sueño de los vicio, no me puedo persuadir, que puedan fuerzas humanas; y aunque con estratagemas, trazas, y medios, pudiera ser alcanzarla, no à lo menos con tanta facilidad, que no sea necessario largo discurso, con que haga su eleccion el hombre, distinguiendo lo util de lo dañoso, lo justo de lo injusto, y lo malo de lo bueno. Y yà quando à este punto llega, anda el negocio de condicion, que quien se quisiere ayudar à salir del cenagal, nunca le faltaràn buenas inspiraciones del Cielo, que favoreciendo los actos de virtud los esfuerza, con que (conocido el error passado) enmienden lo presente, y lleguen à la perfeccion en lo venidero. Mas los brutos, que como el toro, cierran los ojos, y baxan la cabeza para dàr el golpe, siguiendo su voluntad, pocas veces, tarde, ò nunca vendràn en conocimiento de su desventura; porque como ciegos, no quieren vèr, son sordos à lo que no quieren oìr, ni que alguno les inquiete su passo; huelgan irse passeando por la senda de su antojo, pareciendoles larga, que no tiene fin, ò que la la vida no tiene de acabarse, cuyà bienaventuranza consiste solo en aquella idolatria. Son gente de ancha vida, de ancha conciencia, quieren anchuras, y nada estrecho. Saben bien que hacen mal, y hacen mal por no hacer bien. Danse, para lo que quieren, por desentendidos, y no ignoran que se les và gastando la cuerda,

es-

eſtrechandoſe la ſalida, y que al cabo hay eternos deſpeñaderos: mas como vèmos à Dios las manos enclavadas, y doloroſas, pareceños que ſe laſtimarà mucho quando quiera laſtimarnos. Dicen los tontos entre sì, nada nos duele, ſalud tenèmos, dinero no falta, la caſa eſtà proveìda, durmamos aora, holguèmonos lo poco que nos cabe, tiempo hay, no es neceſſario caminar tan aprieſſa, quitandonos la vida que Dios nos dà. Dilatanlò una hora, y paſſa un dia, paſſaſe otro dia, vaſe la ſemana, el mes corre, buela el año, y no llega eſte quando, que aun ſi llegaſſe, bien ſerìa no llegarìa tarde; aqueſta es la deuda de quien ſe dixo, que ſe cobra en tres pagas, empero pagaſe la pena, quando ſe nos hace cierta, cruèl, y preſto. Quien conſidera un logrero, que olvidado de Dios, no pienſa que le hay, ſino en aquella vigilancia? Quien vè un deshoneſto, que con aquel torpe apetito adora lo que mas preſto aborrece, y alli buſca ſu gloria, donde conoce ſu tormento? Un glotòn, un ſobervio, hijo de Lucifer, mas que Diocleciano cruèl; acoſtumbrado à martyrizar inocentes, agraviando juſtos, y perſiguiendo à los virtuoſos? Un murmurador ſin provecho, que penſando hacer en sì, deshace à los otros, y eſcarba la gallina ſiempre por ſu mal? Son los murmuradores como los ladrones, y fulleros. El hombre honrado, rico, y de buena vida, no hurta, porque vive contento con la merced, que Dios le ha hecho, con la hacienda paſſa, de ella come, y ſe ſuſtenta: Suelen decir los tales, yo, ſeñor, tengo lo neceſſario para mì, y aun puedo dàr à otros, hacen honra de eſto, diciendo ſobrarles que poder dàr. El fullero ladron hurta, porque con aquello paſſa: como no lo tiene, trata de quitarlo à otros, donde quiera que lo halla. De eſta manera, el Noble tiene para sì la honra que ha meneſter, y aun para todo poder honrar à otros; y el murmurador ſe ſuſtenta de la honra de ſu conocido, quitandole, y deſquitandole de ella quanto puede; porque le parece, que ſi no lo hurta de otros, no tiene de donde haverlo para sì. Gran laſtima es, que crie la mar peces lenguados, y produzca la tierra hombres deslenguados! Pues un hypocrita, de los que dicen que tienen yà dada carta de pago al mundo, y ſon como los que juegan à la pelota, dàn con ella en el ſuelo de bote, para que ſe les buelva luego à la mano, y dandoles de boleo, alarguen mas la chaza, ò ganen quince. Deſventurados de ellos, que haciendo largas oraciones con la boca, con ella ſe comen las haciendas de los pobres, de las viudas, y huerfanos, por lo qual ſerà Dios con ellos en largo juicio. Suele ſer el hypocrita como una eſcopeta, quando

do està cargada, que se sabe lo que tiene dentro, y en llegandole muy pequito fuego, una sola centella despide una vala, que derriba un Gigante; assi con pequeña ocasion, descubre lo que tiene oculto dentro del alma. Derrenegad siempre de unos hombres como unos perales, enjutos, magros, altos, y desvaidos, que se les cae la cabeza para fingirse santos, andan encogidos, metidos en un ferreruelo raido, como si anduviessen amortajados en èl. Son idiotas de tres altos, y quieren con artificio hacernos creer que saben, hurtando quatro sentencias, de que hacen plato, vendiendolas por suyas, fingen su justicia por la de Traxano, su santidad de San Pablo, su prudencia de Salomòn, su sencillez de San Francisco, y debaxo de esta capa suele vivir un mal vividor. Traen la cara macilenta, y las obras afeytadas, el vestido estrecho, y ancha la conciencia, un en mi verdad en la boca, y el corazon lleno de mentiras, una caridad publica, y una insaciable avaricia secreta: manifiestanse ayunos, assi de manjares, como de bienes temporales, con una sed tan intensa, que se sorberàn la mar, y no quedaràn hartos, todo dicen serles demasiado, y con todo no se contentan: son como los datiles, lo dulce à fuera, la miel en las palabras, y lo duro à dentro en el alma.

Grandissima lastima se les debe tener, por lo mucho que padecen, y lo poco de que gozan, condenandose ultimamente por sola una caduca vanidad en ser acà estimados. De manera, que ni visten à gusto, ni comen con èl, andan miserables, afligidos, marchitos, sin poder nunca decir que tuvieron una hora de contento, aun hasta las conciencias inquietas, los cuerpos con sobresalto: que si lo que de esta manera padecen, como lo hacen por solo el mundo, y lo exterior en èl, para solo parecer, lo hicieran por Dios, para mas merecer, y por despues no padecer, sin duda que vivirian aun con aquello alegres en esta vida, y alegres irian à gozar de la eterna. Digamos algo de un testigo falso, cuya pena dexa amancillado el Pueblo, y à todos es agradable gustando de su castigo, por la gravedad de su delito. Que por seis maravedis haya quien jure seis mil falsedades, y quite seiscientas mil honras, ò interès de hacienda, que no son despues poderosos à restituir? Y que de la manera que los trabajadores, y jornaleros, acuden à las plazas diputadas para ser de alli conducidos al trabajo, assi acuden ellos à los Consistorios, y Plazas de negocios, à los mismos oficios de los Escrivanos, à saber lo que se trata, y se ofrecen à quien los ha menester? No seria esto lo peor, sino que los conservassen alli los

Miniſtros miſmos para valerſe de ellos en las ocaſiones, y para las cauſas, que los han meneſter, y quieren probar de oficio. No es burla, no es encarecimiento, ni miento, teſtigos falſos halla quien los quiſiere comprar, en conſerva eſtàn en las boticas de los Eſcrivanos. Vayanlos à buſcar en el Oficio de N. yà lo quiſe decir, mas todos los conocen. Alli los hay como paſteles, conforme los buſcaren, de à quatro, de à ocho, de à medio real, y de à real: empero ſi el caſo es grave, tambien los hay hechizos, como para banquetes, y bodas, de à dos, y de à quatro reales, que depondràn à prueba de moſquete, de ochenta años de conocimiento. Como lo hizo en cierta probanza de un Señor un Vaſſallo ſuyo, Labrador, de corto entendimiento, el qual haviendole dicho, que dixeſſe tener ochenta años, no entendiò bien, y jurò tener ochocientos. Y aunque admirado el Eſcrivano de ſemejante diſparate, le advirtiò que miraſſe lo que decia, y reſpondiò: Mirad vos como eſcrivis, y dexad tener à cada uno los años que quiſiere, ſin eſpulgarme la vida. Deſpues haciendoſe relacion de eſte teſtigo, quando llegaron à la edad, pareciòles error del Eſcrivano, y quiſieronle por ello caſtigar, mas èl ſe diſculpò, diciendo que cumpliò con ſu oficio, en eſcrivir lo que dixo el teſtigo, que aunque le advirtiò de ello, ſe bolviò à ratificar, diciendo tener aquella edad, que aſsi lo puſieſſe.

Hicieron los Jueces parecer al teſtigo perſonalmente, y preguntandole, que por què havia jurado ſer de ochocientos años? Reſpondiò: Porque aſsi conviene al ſervicio de Dios, y del Conde mi ſeñor. Teſtigos falſos hay, las plazas eſtàn llenas, por dinero ſe compran, y el que los quiſiere de valde, buſque parientes encontrados, que por ſuſtentar la paſsion, diràn contra toda ſu generacion, y de eſtos nos libre Dios, que ſon los que mas nos dañan. Dexemoslos, y vengamos à los de mi oficio, y à la cofradia mas antigua, y larga; porque no quiero que digas, que tuve para los otros pluma, y me quiſe quedar en el tintero, dexando franca mi puerta, que à fee que tengo de dàr buenas aldabadas en ella, y no quedarme deſcanſado à la ſombra, ni holgando en la taberna. Un ladron, què no harà por hurtar? Digo ladron, à los pobres pecadores como noſotros, que con los ladrones de bien, con los que arraſtran gualdrapas de terciopelo, con los que reviſten ſus paredes con brocados, y cubren el ſuelo con oro, y ſeda Turqui, con los que nos ahorcan à noſotros no hablo, que ſomos inferiores de ellos, como peces, que los grandes comen à los pequeños. Viven ſuſtentados en ſu reputacion,

cion, acreditados en su poder, y favorecidos con su adulacion, cuyas fuerzas rompen las horcas, y para quien el esparto no naciò, ni galeras fueron fabricadas, excepto el mando en ellas, de quien podria ser que nos acordassemos algo en su lugar, si allà llegàremos, que si llegarèmos con el favor de Dios. Vamos aora llevando por delante lo que importa, que no se queden los tales como yo, y mi criado. No se ha de dàr puntada en los que roban la Justicia, pues no los hay, ni lo tal se sabe: mas por ventura, si alguno lo ha hecho, yà se lo diximos en la primera parte. No del Regidor, de quien tambien hablamos, que no es de importancia, ni de sustancia su negocio, pues fuera de sus estancos, y regatonerias, todo es niñeria. Diràn algunos, tal eres tù como ellos, pues quieres encubrir sus materias, engaños, y falsedades, que si se preguntasse, què hacienda tiene Micer N? dirian, señor, es un honrado Regidor. Mo mas de Regidor? pues còmo come, y se sustenta con solo el oficio, que no tiene renta, sustentando tanta casa, criados, y cavallos? Bueno es esso, bien parece que no lo entendeis; verdad es que no tiene renta, pero tiene renteros, y ninguno lo puede ser sin su licencia, pagandole un tanto por ello, lo qual se le ha de baxar de la renta que pone, rematandosela por mucho menos. Por què nos dices lo que sabes de esto? porque si alguno se atreve à hablar, ò pujar, contra su voluntad, lo hace callar à coces, y no le dexan vivir en el mundo, porque como poderosos, luego les buscan la paja en el oìdo, y à diestro, y siniestro dàn con ellos en el suelo. Son como las ventosas, que donde sienten que hay en que asyr, se hacen fuertes, y chupan hasta sacar la sustancia, sin que haya quien de alli las quite, hasta que yà estàn llenas. Dì, como nadie lo castiga? porque à los que tratan de ello, les acontece lo que à las ollas, que ponen llenas de agua encima del fuego, que apenas las calientan, quando rebosa el agua por encima, y mata la lumbre. Hasme entendido bien, ò porque tiene Angel de guarda, que los libra en todos trabajos del percuyente. Dì tambien, pues no lo dixiste, que si à los tales despues de ahorcados, les hiciessen las causas, dirian contra ellos aquellos mismos, que andaban à su lado, y aora con el miedo comen, y callan. Dì sin rebozo, que por comer ellos de valde, ò barato, carga sobre los pobres aquello, y se les vende lo peor, y mas caro. Acaba yà, dì en resolucion, que son como tù, y de mayor daño, que tù dañas una casa, y ellos toda la Republica. O què gentil consejo que dàs! esse amigo mio, tomalo para tì. Quires por ventura sacar las brasas con la mano

del

del gato? Dilo tù si lo sabes, que lo que yo supe, yà lo dixe, y no quiero que conmigo hagan lo que dices, que con los otros hacen. Basta que contra la decencia de su calidad, y mayorìa, me alargue mas de lo licito, sin que de nuevo quieras obligarme à espulgarles las vidas, no siendo de provecho. Si acà en Italia corre de aquesa manera, gracias à Dios que me voy à España, donde se trata de semejante latrocinio. Bien sè yo como se pudiera todo remediar con mucha facilidad, en aumento, y conservacion de la Republica, en servicio de Dios, y de sus Principes; mas heme yo de andar tràs ellos, dando memoriales; y quando mas, y mejor tenga entablado el negocio, llegue de trabès el señor D. Fulano, y diga ser disparate, porque le tocan las generales, y dè con su poder por el suelo con mi pobreza? mas me quiero ir al amor del agua, lo poco que me queda. Por decir verdades me tienen arrinconado; por dàr consejos me llaman picaro, y me los despiden; allà se lo ayan, caminèmos con ello, como lo hicieron los passados, y rueguen à Dios los venideros, que no se les empeore. Dirè aqui solamente que hay (sin comparacion) mayor numero de ladrones, que de Medicos; y que no hay para que ninguno se haga santo, escandalizandose de oìr mentar el nombre de ladron, haciendole ascos, y deshonrandolos, hasta que se pregunte à sì mismo (por aquì, ò por allì) que ha hurtado en esta vida; y para esto sepa, que hurtar no es otro, que tener la cosa contra la voluntad agena de su dueño. No se me dà mas que yà no lo sepa, como que lo dè con su mano, si es por mas no poder, ò por allì redimir la vejacion. Comencèlo desde la niñèz, aunque no siempre lo usè; fuì como el arbol cortado por el piè, que siempre dexa raìces vivas, de donde al cabo de largos años acontece salir una nueva planta con el mismo fruto. Yà presto vereis como me buelvo à hacer mis buñuelos; el tiempo que dexè de hurtar estuve violentado, fuera de mi centro, con el buen trato, aora doy al malo la buelta. Quando muchacho estaba curtido, y cursado en alzar, con facilidad, y buena maña, qualquiera cosa mal puesta: despues, yà hombre, à los principios me pareciò estàr gotoso de pies, y manos, torpe, y mal diestro; mas en breve bolvì en mis carnes. Continuèlo de manera, preciabame de ello tanto, como de sus armas el buen Soldado, y el ginete de su cavallo, y jaeces. Quando havia dudas, yo las resolvia; si se buscaban trazas, yo las daba; en los casos graves, yo presidìa. Oìanse mis consejos, como respuestas de un Oraculo; sin haver quien à mis preceptos contra-

tradixesse, ni à mis ordenes replicasse. Andaban tràs de mì mas Practicantes, que suelen acudir al Hospitàl de Zaragoza, ni en Guadalupe. Usabalo à tiempos, y con intercadencias como fiebres, porque quando todo me faltaba, esto me havia de sobrar, en la bolsa me lo hallaba, como si lo tuviera colgado del cuello en la cadenita del Embaxador mi señor, que aun la escapè del peligro mucho tiempo. Era tan propio en mì, como el risible, y aun casi quisiera decir era indeleble, como carecter, segun estaba impresso en el alma. Pero quando no lo exercitaba, no por esso faltaba la buena voluntad, que tuve siempre prompta. Salimos de Milàn, yo, y Sayavedra, bien abrigados, y mejor acomodados de lo necessario, que qualquiera me juzgàra por hombre rico, y de buenas prendas. Mas quantos hay que podrian decir, come mangas, que à vosotras es la fiesta; y tal juzgan à cada uno, como le vèn tratado. Si fueres un Ciceròn mal vestido, seràs mal Ciceròn, menospreciarànte, y aun juzgarànte loco: que no hay otra cordura, ni otra ciencia en el mundo, sino mucho tener, y mas tener, lo que aquesto no fuere, no corre. No te daràn silla, ni lado, quando te vieren desplumado, aunque te vean revestido de virtudes, y ciencia, ni se hace yà caso de los tales: empero si bien representares, aunque seas un muladar, como estès cubierto de yerva, se vendràn à recrear en tì. No lo sintiò asi Catulo, quando viendo à Nonio en un carro triunfal, dixo: A què muladar llevais esse carro de basura? Dando à entender, que no hacen las dignidades à los viciosos; pero yà no hay Catulos, aunque son muchos los Nonios. Quando fueres alquimia, esso que reluciere de tì, esso serà venerado. Yà no se juzgan almas, ni mas de aquello que vèn los ojos. Ninguno se pone à considerar lo que sabes, sino lo que tienes: no tu virtud, sino la de tu bolsa; y de tu bolsa, no lo que tiene, sino lo que gastas. Yo iba bien apercibido, bien vestido, y la enjundia de quatro dedos de alto, Quando à Genova lleguè no sabìan en la posada què fiesta hacerme, ni con què regalarme. Acordème de mi entrada, la primera que hice, y quan diferente fuì recibido, y como de allì salì entonces con la Cruz acuestas, y aora me reciben las capas por el suelo. Apeamonos, dieronme de comer, estuve aquel dia reposando, y otro por la mañana me vestì à lo Romano, de manteo, y sotana, con que salì à passear por el Pueblo. Mirabanme todos como à forastero, y no de mal talle; preguntabanle à mi criado, què quien era? Respondìa: D. Juan de Guzmàn, un Cavallero Sevillano; y quando yo los oìa ha-

blar, estirabame mas de pescuezo, y cupieranme diez libras mas de pan en el vientre, segun se me aventaba. Deciales, que venia de Roma; preguntabanle, si era muy rico, porque me veìan llegar alli muy diferente que à otros. Porque los que vàn à la Corte Romana, y à otras de otros Principes, acostumbran ser como los que vàn à la guerra, que todo les parece llevarlo negociado, y hecho, con lo qual suelen alargarse à gastar por los caminos, y en la Corte misma, hasta que la Corte les dexa de tal corte, que todo su vestido lo parece de calzas viejas. Despues buelven cansados, disgustados, y necesitados, casi pidiendo limosna. Passan gallardos, y como los atunes gordos, muchos, y llenos; mas despues que desbogan, buelven pocos, flacos, y de poco provecho. Preguntabanle tambien; si havia de residir alli algunos dias, ò si venia de passo: A todo respondia, que era hijo de una señora viuda rica, muger que havia sido de cierto Genobès, y que havia venido alli à esperar unas Letras, y Despachos, para bolverse otra vez à Roma, y en el interin gustaba de vèr à Genova, porque no sabìa quando serìa su buelta, ò por donde, ni si tendria tiempo de poderla bolver à vèr. Era la posada de las mejores de la Ciudad, y adonde acudian de ordinario gente principal, y noble: alli estuvimos holgando, y gastando, sin besar, ni tocar en cosa de provecho: empero con estàr parados, ganabamos mucha tierra: no està siempre dando el relox, que su hora hace, y poco à poco aguarda su tiempo. Algunas veces los huespedes, y yo jugabamos de poco, sin valerme de mas que de mi fortuna, y ciencia, sin ser necessario la tercerìa de Sayavedra, que aquello no solia salir sino con el terno rico à fiestas dobles: que quando la pèrdida, ò ganancia, no havia de ser de mucha consideracion, era muy acertado andar cencillo; empero de este modo iba continuamente con piè de plomo, conociendo el naype, si no me daba, y acudia mal, dexabalo con poca pèrdida; mas quando venìa con viento favorable, nunca dexè de seguir la ganancia hasta barrerlo todo. Como ganasse un dia poco mas de cien escudos, y huviesse halladose à mi lado un Capitàn de Galera, de quien sentia haverse aficionado à mi juego, y holgadose de la ganancia, y que no andaba tan sobrado, que se hallasse libre de necessidad: bolvi la mano, y dile seis doblones de à dos, que seis mil se le hicieron en aquella coyuntura. Tiempos hay que un real vale ciento, y hace provecho de mil. Quedòme tan reconocido, qual si la gracia huviera sido mayor, ò de mas momento. Sucediòme muy bien, porque des-

desde que de èl entendì à lo cierto su dolencia, se me representò mi remedio, y hallè haver sido aguja de que havia de sacar una reja. Mi hacienda hice, de valde comprè lo que havia menester. A los mas de la redonda tambien repartì algunos escudos, por dexarlos à mi devocion, y contentos à todos. Con lo qual, viendome afable, franco, y dadiboso, me acreditè de manera, que les comprè los corazones, ganandoles los animos, que quien bien siembra, bien coge. Yo asseguro, que qualquiera de todos quantos conmigo trataban, pusieran sus personas en qualquier peligro para defensa de la mia; y quedaba yo tan ufano, tan ligera la sangre, y dulce, que se me rasaban los ojos de alegria. Este Capitàn se llamaba Favelo, no porque aqueste fuesse su nombre propio, sino por haverselo puesto cierta Dama, que un tiempo sirviò, y siempre lo quiso conservar en su memoria, de su hermosura, y malogramiento, cuya historia me contò, de la manera con que de ella fue regalado, su discrecion, y bizarria: todo lo qual, con el cebo de falsas apariencias quedò sepultado en un desesperado tormento de zelos, necessidad, y brutal trato. Nunca de alli adelante dexò mi amistad, y lado, supliquèle se sirviesse de mi persona, y mesa, aunque aquesta no le faltaba, lo acetò por mi solo gusto. Siempre le procurè conservar, y obligar, llevabame à su Galera, traiame festejando por la marina, cultivandose tanto nuestro trato, y amistad, que si la mia fuera en seguimiento de la virtud, alli havia hallado puerto, mas todo yo era embeleco, siempre hice zanja firme, para levantar qualquier edificio; comunicabamonos muy particulares casos, y secretos: empero, que de la camisa no passassen à dentro, porque los del alma solo Sayavedra era dueño de ellos. Acà entre nosotros corrian cosas de amores, el passeo que dì, el favor que me diò, la vez que la hablè, y cosas à estas semejantes; que no llegassen à fuego, que no todos los amigos lo han de saber todo: los llamados han de ser muchos, los escogidos pocos, y uno solo, el otro yo. Era este Favelo de muy buena gracia, discreto, valiente, sufrido, y muy bizarro, prendas dignas de un tan valeroso Capitàn, soldado de amor, y por quien siempre padeciò pobreza; que nunca prendas buenas, dexaron de ser acompañadas de ella. Yo como sabia su necessidad, por todas vias deseaba remediarsela, y rendirlo. Tan buena maña me di con èl, y los mas que tratè, que à todos los hacìa venir à la mano y à pocos dias creciò mi nombre, y credito tanto, que con èl pudiera hallar en la Ciudad qualquier cortesia. Con esto por una parte, mis deseos

antiguos de saber de mì, por no morir con aquel dolor, haviendo andado por aquellas partes, en especial considerando, que con las buenas mias, y las de la persona, pudiera quien se fuera, tenerle por honrado, emparentando conmigo, y los de la perversa venganza, que me traian inquieto. A pocas bueltas hallè padre, y madre, y conocì todo mi linage. Los que antes me apedrearon, yà lo hacian question, sobre qual me havia de llevar à su casa primero, haciendome mayor fiesta.

En solo el dia primero que hice diligencia, me vine à hallar con mas deudos, que deudas, y no lo encarezco poco, pues es tan comun. Que ninguno se afrenta de tener por pariente à un rico, aunque sea vicioso, y todos huyen del virtuoso, si yede à pobre. La riqueza es como el fuego, que aunque assiste en lugar diferente, quantos à èl se acercan se calientan, aunque no saquen brasa, y à mas fuego, mas calor. Quantos verèis al calor de un rico, que si les preguntassen, què haceis aì? Dirian: Aqui no hago cosa de sustancia. Pues os dàn alguna cosa, sacais algo de andaros hechos quita pelillos, congraciador, assistente de noche, y de dia, perdiendo el tiempo de ganar de comer en otra parte? Señor, es verdad que de aqui no sacò provecho, pero vengome aqui al calor de la casa del señor N. como lo hacen otros. Los otros, y vos, decidme quien sois, que no quiero que os quexeis que os llamo yo necios: Aora bien, acercaronseme muchos, cada qual ofreciendose conforme al grado con que me tocaba, y tal persona huvo, que para obligarme, y honrarse conmigo, alegò vecindad antigua desde visabuelos. Quise por curiosidad saber quien serìa el buen viejo, que me hizo la burla passada; y para hacerlo sin recelo alguno, preguntè si mi padre havia tenido mas hermanos, y de ellos alguno estaba vivo, porque siempre creì ser aquel tio mio. Dixeronme, que si, que havian sido tres, mi padre, y otros dos, el de enmedio era fallecido, empero que el mayor de todos era vivo, y allì residìa. Dixeronme ser un Cavallero, que nunca se havia querido casar, muy rico, y cabeza de toda la casa nuestra, dieronme señas de èl, por donde le vine à conocer. Dixe, que le havia de ir à besar las manos otro dia; mas quando se lo dixeron, y mi calidad, aunque yà muy viejo, mas como pudo, con su bordon vino à visitarme, rodeado de algunos principales de mi linage. Luego le reconocì, aunque le hallè algo decrepito, por la mucha edad. Holguème de verle, y pesabame yà hallarle tan viejo, quisierale mas mozo, para que le duràra mas tiempo el dolor de los azotes. Yo hallo por disparate,

quando para vengarse uno de otro, le quita la vida, pues acabando con èl, acaba el sentimiento. Quando algo yo huviera de hacer, solo fuera como lo hice con mis deudos, que no me olvidaràn en quanto vivan, y con aquel dolor iràn à la tierra. Deseaba vengarme de èl, y que por lo menos estuviera en el estado mismo en que lo dexè, para en el mismo pagarle la deuda en que tan sin causa, ni razon se quiso meter conmigo. Hizome muchos ofrecimientos con su posada, empero aun en solo mentarmela, se me rebosaba la sangre: yà me parecia picarme los murciegalos, y que salian por debaxo de la cama la marimanta, y cachidiablos como los passados. No, no, una fue, y llevòsela el gato, yà dixe: Solo Sayavedra me podrà hacer otra, empero no por su bien; empero despues de èl, à quien me hiciere la segunda, yo se la perdono. Hablamos de muchas cosas; preguntòme si otra vez, ò quando havia estado en Genova. Essas teneis, dixe, pues por aì no me haveis de coger. Neguèselo à pies juntillos, solo le dixe, que havrìa como tres años, poco menos, que havia por allì passado, sin poder, ni quererme detener, mas de hacer noche, à causa de la mucha diligencia con que à Roma caminaba, en la pretension de cierto Beneficio. Dixome luego con mucha pausa, como si me contàra cosas de mucho gusto: Sabed sobrino, que havrà como siete años, poco mas, ò menos, que aqui llegò un mozuelo picarillo, al parecer ladron, ò su ayudante, que para poderme robar vino à mi casa, dando señas de mi hermano, que està en gloria, y de vuestra madre, diciendo ser hijo suyo, y mi sobrino; tal venìa, y tal sospechamos de èl, que afrentados de su infamia, lo procuramos aventar de la Ciudad, y assi se hizo, con la buena maña que para ello nos dimos. El saliò de aqui huyendo, como perro con bexiga, sin que mas lo viesemos, ni de èl se supiesse, muerto, ni vivo, como si se lo tragàra la tierra. De la buelta que le hice dàr me acuerdo, que se dexò la cama toda llena de cera de trigo; ella fue tal como buena, para que con el miedo de otra peor, huyesse, y nos dexasse. Y pues queria engañarnos, me huelgo de lo hecho. Ni à èl se le olvidarà en su vida el hospedage, ni à mi me queda otro dolor, que haverme pesado de lo poco. Refiriòme lo passado con grande solemnidad, la traza que tuvo, como no le quiso dàr de cenar, y sobre todas estas desdichas lo mantearon. Yo pobre, como fuì quien lo havia padecido, pareciò que de nuevo me bolvian à ello, abrieronseme las carnes, como el muerto de herida, que brota sangre fresca por ella, si el matador se pone presente. Y aun se me an-

tojò, que las colores del rostro hicieron sentimiento, quedando (de oirlo solamente) sin las naturales mias. Dissimulé quanto pude, dando filos à la navaja de mi venganza, no tanto yà por la hambre, que de ella tenia por lo passado, quanto por la jactancia presente, que se gloriaba de ella, que tengo à mayor delito (y sin duda lo es) preciarse del mal, que haverlo hecho. Pudriendo se estaba con esto, y dixele: No puedo venir en conocimiento de quien puede haver sido muchacho, que tanto deseaba tener parientes honrados. En obligacion le quedamos (quando acaso sea vivo, y escapasse con la vida de la de Ronces Valles) que entre tanta nobleza nos escogiò para honrarse de nosotros. Y si à mi puerta llegàra otro su semejante, lo procuraria favorecer, hasta enterarme de toda la verdad, que casos hay en que aun los hombres de mucho valor escapan de manera, que aun de sì mismos vàn corridos, y esse rapàz (despues de conocido) lo hiciera con èl, segun èl huviera procedido consigo mismo; porque la pobreza no quita virtud, ni la riqueza la pone; quando no fuera tal, ni à mi proposito, procurarlo favorecer, y de secreto le ausentàra de mì; y quando en todo rigor mi deudo no fuera, estimàra su eleccion. Andad sobrino, dixo el viejo, como nunca lo vistes decir esso, yo estoy contentissimo de haverle castigado, y como digo, me pesa, si de ello me acabò, que no le dì cumplida pena de su delito, pues tan desnudo, y hecho harapos quiso hacerse de nuestro linage. Pues que no traxo vestido de bodas, llevesselo que le dieron. En esse mismo tiempo, dixe, yo estaba con mi madre allà en Sevilla, y no son tres años cumplidos que la dexè. Nacì solo, no tuvieron mis padres otro; aun aqui se me saliò de la boca, que tuve dos padres, y era medio de cada uno, mas bolvilo à enmendar, prosiguiendo. Dexòme de comer el mio, aunque no tanto, que me alargue à demasìas, ni tampoco, que bien regido me pudiera faltar. No me puedo preciar de rico, ni lamentar de pobre; demàs, que mi madre siempre ha sido muger prudente, de gran govierno, poco gastadora, y gran casera. Holgaron de oirme los presentes, y no sabìan en què santuario ponerme, ni como festejarme, ni se tenia por bueno el que no me daba su lado derecho, y entre dos el medio. Entonces dixe conmigo mismo, entre mì: O vanidad como corres tràs los bien afortunados, en quanto goza de buen viento la vela, que si falta, harà en un momento mil mudanzas! y como conozco de veras, que siempre son favorecidos todos aquellos, de quien se tiene alguna esperanza, que por algun camino pueden ser de algun provecho! Y por la mis-

mi!ma razon, què poco ayudan à los necessitados, y quantos acuden favoreciendo la parte del rico. Somos hijos de sobervia, lisonjeros, que si lo fueramos de la amistad, y caritativos, acudieramos à lo contrario;pues nos consta, que gusta Dios, que como propios, cada uno sienta los trabajos de su proximo, ayudandole siempre de la manera, que quisieramos en los nuestros hallar su favor. Yo era el Idolo de alli de mis parientes. Havia comprado de una almoneda una baxilla de plata, que me costò casi ochocientos ducados, no con otro fin, que para hacer mejor mi herida. Combidèlos à todos en un dia, y à otros amigos, hiceles un esplendido banquete, acariciè!os, jugamos, ganè, y todo casi lo dì de varato, y con esto los traìa por los ayres. Quien les dixera entonces à su salvo: Sepan señores, que comen de sus carnes, en el hato està el lobo, presente tienen el agraviado, de quien se sienten agradecidos. Hà! si le conociessen, y como le harian Cruces à las esquinas, para no doblarselas en su vida, porque les và mullendo los colchones, y haciendo la cama, donde tendràn mal sueño, y daràn mas bueltas en el ayre, que me hicieron dàr à mì sobre la manta, con que se acordaràn de mì, quanto yo de ellos, que serà por el tiempo de nuestras vidas. Yà mi dolor passò, y el suyo se les và acrecentando. Si bien conociessen al que aqui està con piel de oveja, se les haria leon desatado, bien està, pues pagarme tienen lo poco en que me tuvieron, y lo que despreciaron su misma sangre. Gran añagaza es un buen *coram vobis*, gallardo gastador, galan vestido, y D. Juan de Guzmàn, pues à fee que les huviera sido de menos daño Guzmàn de Alfarache con sus arrapiezos, que Don Juan de Guzmàn con sus engañaduras. Muchas caricias me hacen, mas como el estomago traìa con bascas, y rebuelto como muger preñada, con los antojos del deseo de mi venganza, que siempre la pensada es mala. Estudiabala muy de proposito, ensayandome muy de mi espacio en ella, y en este virtuoso exercicio eran entonces mis nobles entretenimientos, para mejor poder despues obrar, que fuera gran disparate haver hecho tanto preparamiento sin proposito, y es inutil el poder, quando no se reduce al acto. Passo à passo esperaba à mi coyuntura, que cada cosa tiene su quando, y no todo lo podèmos executar en todo tiempo: que de mas de haver horas menguadas, estrellas, y planetas desgraciados, à quien se les ha de huir el mal olor de la boca, y guardarseles el viento, para que no pongan al hombre à donde todos desean.

Afsi aguardè mi ocafion, paffando todos los dias en feftines, fieftas, y contentos, yà por la marina, yà por jardines curiofifsimos, que hay en aquella Ciudad, y vifitando bellifsimas damas. Quifieronme cafar mis deudos con mucha calidad, y poca dote; no me atrevì, por lo que havràs oìdo decir por allà, y huyendo de que à pocos dias haviamos de dàr con los huevos en la ceniza: moftrème muy agradecido, no acetando, ni repudiando, para poderlos ir entreteniendo, y mejor engañando, hafta vèr la mia encima del hito: que cierto entonces con mayor facilidad fe hiere de mazo, quando el contrario tiene de la traycion menos cuidado, y de sì mayor feguridad.

CAPITULO VIII.

DEXA ROBADO GUZMAN DE Alfarache à fu tio, y deudos en Genova, y embarcafe para España en las Galeras.

NUNCA debe la injuria defpreciarfe, ni el que injuria dormirfe, que debaxo de la tierra fale la venganza que fiempre acecha en lo mas efcondido de ella. De donde no pienfan fuele faltar la liebre. No fe confien los poderofos en fu poder, ni los valientes en fus fuerzas, que muda el tiempo los eftados, y trueca las cofas. Una pequeña piedra fuele traftornar un carro grande, y quando al ofenfor le parezca tener mayor feguridad, entonces el ofendido halla mejor comodidad. La venganza, yà he dicho fer cobardia, la qual nace de animo flaco mugeril, à quien folamente compete; y pues yà tengo referido de algunos, y de muchos que han eternizado fu nombre, defpreciandola, dirè aqui un cafo de una muger, que moftrò bien ferlo. Una feñora, moza, hermofa, rica, y de noble linage, quedò viuda de un Cavallero igual fuyo, de fus mifmas calidades, la qual como fintieffe difcretamente los peligros à quien fu poca edad la dexaba difpuefta, cerca de la comun, y general murmuracion, que cada uno juzga de las cofas como quiere, y fe le antoja; y fiendo folo un acto, fuelen variar mil pareceres varios, y que no todas veces las lenguas hablan de lo cierto, ni juzgan de la verdad, pareciendole inconveniente poner fus prendas à juicio, y fu honor en difputa, determinòfe al menor daño, que fue cafarfe. Tratabanla de ello dos Cavalleros, iguales en pretender, empero defiguales en merecer. El uno muy de fu gufto, fegun defeaba, con quien yà cafi eftaba hecho, y el otro muy aborrecido, y contrario à lo dicho; pues demàs de no tener tanta calidad, tenia otros achaques para no fer admitido, aun de feñora de

muy

muy menos prendas. Pues como con el primero se huviesse dado el sì de ambas las partes, que solo faltaba el efecto, viendo el segundo su esperanza perdida, y rematada, su pretension sin remedio, que yà se casaba la señora, tomò una traza Luciferina, con perversos medios, para dàr un salto con que passar adelante, y dexar al otro atràs. Acordò levantarse un dia de mañana, y haviendo acechado con secreto quando se abriesse la casa de la desposada, luego sin ser sentido se metiò en el portal, estandose por algun espacio detràs de la puerta, hasta parecerle que yà bullia la gente por la calle, y todas las mas casas estaban abiertas. Entonces, fingiendo salir de la casa, como si huviera dormido aquella noche dentro de ella, se puso en medio del umbral de la puerta, la espada debaxo del brazo, haciendo como que se componia el cuello, y acabando de abrocharse el sayo. De manera, que quantos passaron, y lo vinieron, creyeron por sin duda ser èl yà el verdadero desposado, y haver gozado la dama. Quando tuvo esto en buen punto, se fue poco à poco la calle adelante hasta su posada. Esto hizo dos veces, y de ellas quedò tan publico el negocio, y tan infamada la señora, que yà no se hablaba de otra cosa, ni havia quien lo ignorasse en todo el Pueblo; admirados todos de tal inconstancia, en haver despreciado el primer concierto de tales ventajas, y hecho eleccion del otro, que tan atrasado, y con tanta razon lo estaba. Pues como se divulgasse haverle visto salir de aquella manera, medio desnudo, quando llegò à noticia del primero, tanto lo sintiò, tanto enojo recibiò, y su colera fue tanta, que si la amaba tiernamente deseandola por su esposa, cruelmente la aborreciò huyendo, y no solo à ella, mas à todas las mugeres, pareciendole, que pues la que estimò en tanto, teniendola por tan buena, casta, y recogida, hizo una cosa tan fea, que havria muy pocas de quien fiarse, y serìa ventura si acertasse con una. Considerò sus inconstancias, prolixidades, y passiones, y juntamente los peligros, trabajos, y cuidados en que ponian à los hombres: fue passando con este discurso en otros adelante, que favorecidos del Cielo, hicieron, que trocado el amor de la criatura en su Criador, se determinasse à ser Frayle, y assi lo puso en obra, entrandose luego en Religion. Quando à noticia de la señora llegò este hecho, y la ocasion por lo que se decia en el Pueblo, y que yà no era en algun modo poderosa para quitar de su honor un borron tan feo, sintiòlo como muger tan perdida, que tanto perdiò junto, honra, marido, hacienda, y gusto, sin esperarlo yà mas tener por aquel ca-

mino, ni su semejante, sin poder jamàs cobrarse. Fue fabricando con el pensamiento la traza, con que mejor poder salvar su inocencia exemplarmente, pareciendola, y considerandose tan rematada, como su honestidad, y que de otro modo que por aquel camino era impossible cobrarlo, pagando una semejante alevosìa, con otra no menos, y mas cruel. Revistiòsele una ira tan infernal, y fuele creciendo tanto, que nunca pensò en otra cosa, sino en como ponerlo en efecto. Librenos Dios de venganzas de mugeres agraviadas, que siempre suelen ser tales, quales aqui vèmos està presente. Lo que primero hizo fue tratar de meterse Monja (que aun si aqui paràra, huviera mejor corrido) y dando parte de sus trabajos, y pensamientos à otra muy grande amiga suya del propio Monàsterio, lo efectuò con mucho secreto. Luego fue recogiendo dentro del Convento todo el principal omenage de su casa, joyas, y dineros, anexandole por contratos publicos lo mas de su hacienda. Esto hecho, estuvo esperando que se le bolviesse à tratar del casamiento de aquel Cavallero su enemigo, el qual à pocos dias bolviò à ello, dando por disculpa el amor grande que la tenia, por cuya causa (desesperado) usò de aquellos medios, para poder conseguir lo que tanto deseaba. Mas pues conocìa su culpa, y haver sido causa del yerro, queria soldar la quiebra, ofreciendose por su marido. Ella, que no deseaba otra cosa, para que su intencion saliesse à luz, y resplandeciesse su honor con ello, respondiò, que pues el negocio yà no podia tener otro algun mejor medio, acetaba este. Mas que havia hecho un voto, el qual se cumplia dentro de dos meses, poco mas, en que no le podria dàr gusto, que si el suyo lo fuesse dilatarlo por este tiempo, que lo serìa para ella: empero que si luego quisiesse tratar de verlo efectuado, havia de ser con la dicha condicion, y juntamente con esto hacerlo muy de secreto, y tanto quanto mas fuesse possible, hasta que passado el termino se pudiesse manifestar. Acetòlo el Cavallero, hallandose por ello el hombre mas dichoso del mundo, y prevenido lo necessario, se hicieron con mucho silencio los contratos, con que fueron desposados. Estuvieron juntos muy pocos dias, entretenido èl con la esperanza cierta del bien que yà possèia, y no menos ella con la de su venganza. Una noche, despues de haver cenado, que se fue à dormir el marido, ella entrò en el aposento, y sentada cerca de èl, aguardò que se durmiesse, y viendole traspuesto con la fuerza del sueño primero, le puso en el ultimo de la vida; porque sacando de la manga un bien afilado cuchillo, le degollò, dexandole

le en la cama muerto. A la mañana temprano saliò de su aposento, y diciendo à la gente de su casa, que havia su esposo tenido mala noche, que nadie le recordasse hasta que fuesse su gusto llamar, ò ella bolviesse de Missa. Cerrò su puerta, y con buena diligencia se fue al Monasterio, donde luego recibiò el habito, y fue Monja, despues de labada su infamia con la sangre de quien la manchò, dando de su honestidad notorio desengaño, y de su crueldad terrible muestra. Viene muy bien à cerca de esto lo que dixo Fuctillos, un Loco que andaba por Alcalà de Henares, el qual conocì yo despues. Haviale un perro desgarrado una pierna, y aunque vino à estàr sano de ella, no lo quedò en el corazon, estaba de mal animo contra el perro; y viendole acaso un dia muy estendido à la larga por delante de su puerta, durmiendo al Sol, fuese alli junto à la obra de Santa Maria, y cogiendo à brazos un canto, quan grande lo pudo alzar del suelo, se fue bonico à èl, sin que le sintiesse, y dexexòsele caer à plomo sobre la cabeza; pues como se sintiesse de aquella manera, el pobre perro, con las bascas de la muerte daba muchos ahullidos, y saltos en el ayre, y viendole assi, le decia: Hermano, hermano, quien enemigos tiene no duerma.

Yà otra vez he dicho, que siempre lo malo es malo, y de lo malo tengo por lo peor à la venganza; porque corazon vengativo, no puede ser misericordioso, y el que no usare de misericordia, no la espere, ni la tendrà Dios de èl; por la medida que midiere, ha de ser medido, hanle de igualar con la balanza en que pesare à su proximo. No se puede negar esto, mas tambien se me debe confessar, que yerran aquellos, que sabiendo la mala inclinacion de los hombres, hacen confianza de ellos, y mas de aquellos, que tienen de antes ofendidos, que pocos, ò ninguno de los amigos reconciliados acontece à salir bueno, mucho de Dios ha de tener el alma, el que por solo èl perdonàre. Pocos milagros havemos visto por este caso, y solo de uno vì en Florencia el testimonio, fuera de los muros de la Ciudad, en la Iglesia de San Miniato, dentro en la Fortaleza, que por ser breve, y digno de memoria, harè de èl relacion. Un gentil hombre Florentin, llamado el Capitan Juan Gualberto, hijo de un Cavallero Titulado, yendo à Florencia con su Compañia, bien armado, y à cavallo, encontrò en el camino con un su enemigo grande, que le havia muerto à su hermano; el qual viendose perdido, y sujeto, se arrojò por el suelo à sus pies, cruzados los brazos, pidiendole de merced por Jesu-Christo Crucificado, que no le matasse. El

Juan Gualberto tuvo tal veneracion à las palabras, que compungido de dolor, le perdonò con grande misericordia. De alli le hizo bolver consigo à Florencia, donde le llevò à ofrecer à Dios en la Iglesia de San Miniato, y puesto delante de un Crucifixo de bulto, le pidiò Juan Gualberto, que assi le perdonasse sus pecados, con la intencion que havia èl perdonado aquel su enemigo. Viòse visiblemente, como delante de toda la gente de su Compañia, y otros que alli estaban, el Christo humillò la cabeza, baxandola. Reconocido Juan Gualberto de aquesta merced, y cortesia, luego se hizo Religioso, y acabò su vida santamente. Oy està el Christo de la misma forma que puso là humillacion, y es alli venerado por grandissima reliquia.

Quando el perdon se hace sin este fundamento, siempre suele dexar un rescoldo vivo, que abrasa el alma, solicitandola para venganza. Y aunque quanto en lo exterior parece yà estàr aquel fuego muerto, de tal agua mansa nos guarde Dios, que muchas, y aun las mas veces queda cubierta la lumbre con la ceniza del engañoso perdon; mas en soplandola, con un poco de ocasion facilmente se descubre, y resplandecen las brasas encendidas de la injuria. Por mì lo conozco, que tanto fue lo que siempre me aguijoneaba la venganza, que como espuelas parecia picarme los hijares como à bestia. Bien bestia, que no lo es menos el que no conoce aqueste disparate. Poniaseme siempre à los ojos aquel zarandeado de huessos, y reparando en ello, parecia que aun me sonaban como cascabeles. Con esto, y con la dulzura que me lo havian contado, y malas entrañas con que lo havian hecho, sin pesarles yà de otra cosa mas de haverles parecido poco, me hacía considerar, y decir: O hi de puta, enemigos, si à vuestra puerta llegàra necessitado, y què refresco me ofrecierades para passar mi viage! Causabame colera, y de ella mucho deseo de pagarme de todos los de la conjuracion, y de ellos no tanto, quanto del viejo dogmatista, como primero inventor, y executor que fue de ella, y de mi daño. El tiempo iba passando, y con èl tratandose mas mis amistades, conociendo, y siendo conocido. Tratabase con calor mi casamiento, deseando todos naturalizarme allà con ellos; visitaba, y visitabanme, acudian à mi posada mis amigos, y yo à la de ellos; entraba yà como natural en todas partes, y en las casas del juego; en mi posada tambien solia trabarse, yà perdiendo, yà ganando, hasta una noche que acudiendo el naype de golpe, traxe à la posada mas de siete mil reales, de que dexè tan picados à lòs contrayentes, que trataron de alargar el juego para la noche siguiente. No

me pesò de que se quisiesen alargar, porque yà yo estaba (como dicen) fuera de cuenta en los nueve meses, que havia dicho el Capitan Favelo, que se aprestaban las Galeras, y creìa que para passar à España con mucha brevedad. Esto me traìa yà de leva, porque adonde quiera que fueran, havia de ir en ellas, empero no me ossaba declarar, hasta que huviessen de salir del puerto. Acetèles el juego, no con otro animo, que de ir entreteniendome con ellos largo, y estàr prevenido para darles (à uso de Portugàl) de pancada: perdìla noche siguiente, aunque no mas de aquello que yo quise, porque yà me aprovechaba de toda ciencia para hacer mi hecho; andabame con ellos à barlovento, y siempre sacandole à mi amigo su barato, porque lo havia de ser mucho mas para mì. Pocos dias passaron, que viendole triste, le preguntè què tenia? Y respondiòme, que solo sentir mi ausencia, porque sin duda serìa el viage dentro de diez dias, à lo mas largo, que assi tenian la orden. Sus palabras fueron perlas, y su voz para mi del Cielo, como si otra vez oyera decir: Abre essa capacha, porque con el porte de esta, pensè quedar hecho de bellota; y apartandole à solas, en secreto le dixe: Señor Capitan, sois tan mi amigo, estimo vuestras amistades en tanto, que no sè como encarecerlo, ni pagarlas; Haseme ofrecido con vuestro viage todo el remedio de mis deseos, que yà en otra cosa no consiste, ni lo espero. Y si hasta este punto no tengo dada de mi la razon, que à una fiel amistad se debe, ha sido porque como tan cierto de ella, no he querido inquietar vuestro sossiego. Mi venida à esta Ciudad no ha sido à verla, ni por el mucho gusto, y merced en ella recibida, quanto à deshacer cierto agravio, que aqui recibiò mi padre, siendo yà hombre mayor, de un mancebo Español que aqui reside. Obligòle à dexar la Patria, porque corrido, y afrentado, no pudiendo (à causa de su mucha edad) satisfacerse como debiera, tuvo por menor daño hacer ausencia larga, y con este dolor viviò hasta ser fallecido, no tendrà razon de quexarse de mì, quien à las canas de mi padre no tuvo respeto, que su propio hijo lo pierda para èl en su venganza. Y porque podria suceder, que despues de yà satisfecho de èl, ò con sus deudos, ò por su dinero, que no le falta, me quisiesse hacer algun agravio, querria me diessedes vuestro favor, para que con solo èl, y sin riesgo de vuestra persona, pusiessedes en salvo la mia con secreto. Dexarèisme con esto tan obligado, que me tendrèis por esclavo eternamente, pues no tengo mas honra de quanta heredè, y si mi padre no la tuvo para dexar-

xarmela, por haverſela un traydor enemigo quitado, tambien yo vivo ſin ella, y me conviene ganarla por mi propio esfuerzo, y manos, que ſi mis deudos no lo han hecho, ha ſido tanto por no perderſe, y quanto porque como luego ſe auſentò mi padre, todo ſe quedò ſepultado, pareciendoles menor inconveniente dexarlo aſsi ſuſpenſo, que levantar el Pueblo, ni mas publicarlo. Atento eſtuvo Favelo à mis palabras, y quiſiera que ſe lo remitiera, para que haciendoſe parte, como lo es el verdadero amigo, èl miſmo me dexara ſatisfecho; y aunque para ello me importunò, haciendo grande inſtancia, no ſe lo quiſe admitir, diciendole no ſer conveniente, ni juſto, que ſiendo la injuria mia, otro ſe ſatisfacieſſe de ella, que ſolo aqueſo me ſacò de mi tierra Eſpaña, y à ella no bolveria, en quanto yo miſmo no dieſſe à mi enemigo ſu pago, de tal manera que conocieſſe, à quien, y por què lo hizo; demàs, que me hacia notorio agravio en creer de mi, que me faltaban fuerzas, ò animo para tales caſos, y tan del alma. Con lo que le dixe quedò tan ſoſſegado, que no bolviò à replicar en ello; empero dixome: Si algo valgo, ſi algo puedo, ſi mi hacienda, vida, y honra fuere para vueſtro ſervicio de importancia, todo es vueſtro, y ſi para el reſguardo de lo que os podria ſuceder, quereis que yo, y mi gente aſsiſtamos à la mira, ved lo que mandais que haga, todo es vueſtro, y como de tal podrèis en ello diſponer à vueſtro modo. Y tomo à mi cuenta, que una vez pueſtos pies en Galera, no ſerà parte todo el poder de Italia para ſacaros del mio, aunque hicieſſe para ello (ſi fueſſe forzoſo) algun graviſsimo peligro de mi perſona. De aqueſo, y lo demàs eſtoy bien confiado, le dixe, mas creo que no ſerà neceſſario tanto caudal de preſente: Lo uno, porque tengo deſcuidado al enemigo, y en parte que ſolo con Sayavedra puedo ſalir con quanto pretendo, y eſto quedarà del modo, que quando ſe quiera remediar, ò me buſquen, yà no ſerà à tiempo de poderme haver à las manos con el favor vueſtro. Lo que mas me importa ſaber, para con mayor ſeguridad ſalir adelante con lo que ſe pretende, ſolo es tener aviſo cierto del dia, que las Galeras han de zarpar, porque no pierda tiempo, ni ocaſion. Aſsi me lo prometiò, y fuimos de acuerdo, que poco à poco, y con mucho ſecreto, fueſſe haciendo paſſar à Galera mis baules, y veſtidos con Sayavedra, porque no ſe aguardaſſe todo para el punto crudo, ni fueſſe neceſſario en èl ſino embarcarme. No cabia en sì Favelo del guſto que recibiò, quando ſupo haverme de llevar conſigo. Previnoſe de regalos con que poder

der entretenerme, como si mi persona fuera la del Capitan General. Yo llamè à mi criado, y dixele lo que me havia sucedido, que yà era tiempo de arremangar los brazos hasta los codos, porque teniamos grande amasijo, y harta masa para hacer tortas. Apenas huve acabadoselo de decir, quando yà centelleaba de contento, porque deseaba salir à montear. Luego se tratò en el modo de la venganza, y yo le dixe: la mayor, mas provechosa, y de menor daño para nosotros es en dinero. Esso pido, y dos de bola, dixo Sayavedra, que las cuchilladas presto sanan, pero dadas en las bolsas, tarde se curan, y para siempre duelen. Yo le dixe, pues para que todo se comience à disponer de la manera que conviene, lo que ahora se ha de hacer es, comprar quatro baules, los dos de ellos pondràs en Galera, en la parte que Favelo te dixere, y los otros dos cargaràs de piedras; y sin que alguno sepa lo que traes dentro, los haràs meter con mucho tiento en el aposento. Alli los iràs embolviendo en unas arpilleras, porque donde quiera que fueren (aunque los traygan rodando) no suenen, y vayan bien estivados, no dexandoles algun vacìo, ni lleven mas peso de aquèl, que te pareciere conveniente, ò satisfacer à seis arrobas escasas en cada uno: dixele mas todo lo que havia de hacer, dexandole bien informado de ello. De allì me fuì à casa del buen viejo Don Beltràn mi tio, y estando en conversacion, traxe à platica lo mucho que temia salir de casa de noche, porque tenia en el aposento mis baules; en especial dos de ellos con plata, joyas de algun valor, y dineros, y por decir verdad, mi pobreza toda. El me dixo: vuestra es la culpa sobrino, que donde mi casa està, no era necessario posada, porque aunque la que teneis es la mejor de aquesta Ciudad, ninguna en todo el mundo es buena, ni tal que podais en ella tener alguna seguridad. Y porque sois mozo, quiero advertiros como viejo, que nunca os confieis de menos, que de muy fuerte cerradura en vuestros baules, y otra sobrellave de algunas armellas, y candado, que lleveis con vos de camino; y donde llegaredes, ponedlo à la puerta de vuestro aposento; porque yà los huespedes, ò sus mugeres, ò sus hijos, ò criados, no hay aposento que no tenga dos, y tres llaves, y à buelta de cabeza perdereis de ojo lo que allì dexaredes, con menos que muy buen cobro: despues os lo haràn pleyto; si lo traxistes, ò si lo metistes, y se os quedaràn con ello. En la posada no hay cosa posada, nada tiene seguridad; mas yà que como mancebo gustais de no veniros à esta casa vuestra, si en ello recibis gusto, trayganse acà los baules, y

no

no dexeis allà mas plata de la que taſſadamente huvieredes meneſter para vueſtro ſervicio, que acà ſe os guardarà todo en mi eſcritorio, con toda ſeguridad, y no andareis tanto la barba ſobre el ombro en quanto aqui eſtuviereis. Yo ſe lo agradecì de manera, como ſi los baùles valieran un millòn de oro, y aſsi lo debiò creer, ò poco menos: lo uno, porque yà èl havia viſto mi buena baxilla, la cadena, y otras coſas, y dineros que llevaba; y lo ſegundo, por la inſtancia que hize ſobre deſear tenerlos à buen recado. De eſta platica ſaltamos en la de mi caſamiento, porque me dixo que yà tenia edad, y perdia tiempo, ſi havia de tomar eſtado, à cauſa que los matrimonios de los viejos, eran para hacer hijos huerfanos, que ſi no guſtaba de ſer de la Igleſia, mejor ſerìa caſarme luego, tanto para mi regalo, quanto para el beneficio, y guarda de mi hacienda; porque los criados, aunque fieles, nunca les faltaban las mas veces deſaguaderos, yà de mugeres, juegos, gaſtos, veſtidos, y otras coſas, que viendoſe neceſsitados, y apretados à cumplir con las coſas de ſu cargo, ſe vienen deſpues à levantar con todo, dexando robados à ſus amos. Puſome muchas dificultades en mi eſtado, y fueme luego tràs ello haciendo relacion de las buenas prendas de la ſeñora mi eſpoſa, que à lo que de èl entendì, tambien era deuda ſuya por parte de ſu madre, de gente noble, aunque pobre, pero podiaſe ſuplir por ſer hermoſa, y que me daba con ella de adeala (como deſpues vine à deſcubrir el ſecreto) una hija, que dixeron haver tenido por una deſgracia de cierto mancebo Ciudadano, que la diò palabra de caſamiento, y deſpues dexandola burlada, ſe deſposò con otra. Ofreciòme con ella que tenia una madre, que ſerìa todo mi regalo, y de los hijos que Dios me dieſſe, porque no hallaria menos con el ſuyo, el de la que me pariò. A todo le hice buen ſemblante, diciendo, que de ſu mano, de neceſsidad ſerìa coſa tal, qual à mì me convenia, mas que para que no ſe perdieſſe cierto Beneficio que me daban, y quedaſſe pueſto cobro en èl, era neceſſario regreſarlo en un primo hermano mio, hijo de una hermana de mi madre, allà en Sevilla. Con eſto le dexè goloſo, y entretenido por entonces.

En eſto hablabamos muy de propoſito, quando ſubiò Sayavedra, y llegandoſeme al oìdo, hizo como que me daba un largo recado. Yo luego, levantando la voz dixe: Y tù què le dixiſte? El me reſpondiò de la miſma forma, què le havia de reſponder, ſino de sì? Mal hiciſte, le dixe; no ſabes tu, que no eſtoy en Roma, ni en Sevilla? No ſientes el diſparate que hiciſte, haciendome cargo

de lo que no puedo. Llevale la cadena grande, dasela, y dile, que lo que tengo le doy, que no me ocupe mas de aquello, que me fuere posible, y me perdone. Sayavedra me dixo bien à fee, y quien ha de llevar à cuestas una cadena de setecientos ducados de oro, serà necessario buscar un ganapan alquilado, que le ayude. Dixele luego: Pues haz lo que te dirè. Tomala, y vete à casa de un Platero, y escoge de su tienda lo que bien te pareciere, dexale la cadena, y mas prendas, que valgan lo que de ello huvieres menester, y pagale un tanto por el alquiler, y aquesto serà mejor, mas facil, y barato de todo, y si faltaren prendas, dasela en escudos que lo monten, con esto desempeñaràs la necedad que hiciste, porque de otro modo no sè, ni puedo remediarlo. El tio, que à todo lo dicho estuvo atento, dixo: Què prendas quereis dàr, ò para què? Yo le dixe: Señor, quien tiene criados necios, forzoso ha de hallarse siempre atajado en las ocasiones, cayendo en cien mil faltas, desasossiegos, y pesadumbres. Aqui està una señora Castellana, la qual trata de casarse con un Cavallero de su tierra, son conocidos mios, y tengolos obligacion, hanme querido hacer cargo de sus vestidos, y joyas para el dia de su desposorio, y es yà tan cerca, que no ha de ser possible cumplir como quisiera. Mire v.md. à què arbol se arriman, ò à donde tengo yo de buscarselas. Dame mohina, que aqueste tonto no haya sabido escusarme de lo que sabe serme tan dificultoso, si yà porventura èl no fue quien se combidò con ello; porque no creo, que muger de juicio, le pidiesse à èl semejante disparate, y si lo hizo, remedielo, allà se lo aya, mirè como lo ha de componer. El viejo me dixo: No tomeis pesadumbre sobrino, que todo esso es cosa de poco momento, à lugar haveis llegado, à donde no faltarà cosa tan poca como essa. Yo le bolvì à decir: Yà señor sè, que todos ustedes me las haràn muy cumplidas, y que lo que tuvieren propio, no me podrà faltar; mas como entre todo nuestro linage no conozco à alguno de los calados que las tenga, no me atrevo à suplicarles cosa en que tomen cuidado; en especial, que haverme las pedido à mì, es haverme obligado à embiarselas como de mano de un hidalgo de mis prendas: y no todas veces hay joyas en todas partes, que puedan parecer sin verguenza en tales actos. Aora bien, me respondiò, no tomeis cuidado en ello, dormid sin èl, que yo por mi parte, y algunos de vuestros deudos por la suya, buscarèmos de las que por acà se hallaren razonables, y en lo demàs embiadme quando mandaredes los baùles. Por uno, y otro le besè las manos, agradeciendoselo,

con las mas humildes palabras que supe, y se me ofrecieron, reconociendo la merced que me hacia en todo. Y despidiendome de èl, hice luego que a casa bolvì, que cerrados con tres llaves cada uno de los baùles, los llevassen allà. El tio quando viò entrar à Sayavedra, y los ganapanes con ellos, que à penas podia cada uno con el suyo, considerada la fortaleza de las llaves que llevaban, con la desconfianza que del huesped hice, y gran peso que tenian, acabò de certificarse, que sin duda tendrian dentro gran tesoro. Preguntòle à Sayavedra: Què traen aquestos baùles, que tanto pesan? Respondiòle: Señor, aunque lo que tiene mi señor dentro es de consideracion, lo que vale mas de todo es pedrerìa, que ha procurado recoger por toda Italia, y no sè para què, ni à donde la quiere llevar. El viejo arqueò las cejas, y abriò los ojos, como que se maravillaba de tanta riqueza, y poniendolos de su mano à muy buen cobro, debaxo de siete llaves, como dicen, se quedaron en su poder, bolviendose à la posada Sayavedra. Como yà nos andabamos arrullando, procurabamos juntar las pajas para el nido. Aquella noche toda se nos passò de claro en trazas, como luego por la mañana fuessemos con ellas à casa de otro mi deudo, mancebo rico, y de mucho credito, à darle otro Santiago. Hicelo assi, que apenas el Sol havia salido, y èl de la cama, quando tomando Sayavedra las cadenas en dos cofrecitos iguales, y muy parecidos, con sus muy gentiles cerraduritas, el muelle de golpe, y llevandolos debaxo de la capa, fuimos allà, y hallamosle levantado, que yà se vestìa. No me pareciò buena ocasion, y quisiera dexarlo para despues de comer, mas quando le dixeron estàr yo allì, mostròse muy corrido de que luego no huviesse subido arriba. Dixele haverlo dexado, por entender que aùn estarìa reposando. Con estos cumplimientos anduvimos, preguntandonos por la salud, y cosas de la tierra, hasta que yà estuvo vestido, que nos baxamos à un escritorio. Quando allì estuvimos un poco, me preguntò, à què havia sido mi buena venida tan de mañana? Yo le dixe: Señor, à tener buenos dias con los principios de ellos, pues las noches no me han sido malas. Lo que à v.md. vengo à suplicar es, que si hay en casa criado alguno de satisfaccion, se mande llamar. El tocò una campanilla, y acudieron dos, ò tres, y eligiendo al uno de ellos, dixo: Aqui Estefanelo, harà lo que v.md. le mandàre. Lo que le ruego es (dixe) que con mi criado Sayavedra se lleguen à casa de un Platero, y sepan los quilates, peso, y valor de una cadena que aqui traygo. Sayavedra me diò luego el cofreci-

llo en que venìa la de oro fino, y sacandola de èl, se la enseñè. Holgòse mucho de verla, por ser tan hermosa, de tanto peso, y hechura extraordinaria, pareciendole no haver visto nunca otra su semejante, para ser de oro, lisa, sin esmalte, ni piedras. Bolvisela luego à dàr à mi criado, y fueronse juntos ambos à hacer la diligencia, en quanto quedamos hablando de otras cosas.

Quando bolvieron traxeron un papel firmado de un Platero, en que decia tocar el oro de la cadena en veinte y dos quilates, y que valìa seiscientos y cinquenta y tres escudos castellanos, poco mas. Y viendo esto concluìdo, bolvì à pedir à Sayavedra, que me la diesse; diòme la falsa en otro cofrecito abierto, de donde sacandola otra vez, la estuvimos un poco mirando. Puesta en su cofrecito assi abierto, le dixe: Lo que aora señor, vengo mas à suplicar, es lo siguiente. Yo he quedado picadillo de unas noches atràs, con unos gentiles hombres de esta Ciudad, y no lo estàn menos ellos, de que les tengo ganados mas de cinco mil reales. Hanme desafiado segunda vez à juego largo, y querria (pues la suerte corre bien) irla siguiendo, probando con ellos mi ventura, que serìa possible ganarles mucho, aventurando muy poco, y porque todo consiste, ò la mayor parte de ello està en el bien decir, y los que jugamos, vamos tan dispuestos à la pèrdida, como à la ganancia, nò querria hallarme tan limitado, que si perdiesse, me faltasse con que poderme bolver à desquitar, y aun por ventura ganarles. Y pues por la misericordia de Dios no me falta dinero, y tengo en casa del señor mi tio casi cinco mil escudos, no puedo tocar en ellos, porque luego que aqui lleguen ciertas letras, que aguardo de Sevilla, no podrè dilatar una hora la paga, ni mi partida para Roma, yà sea para passar en mi cabeza cierto Beneficio, yà sea para en la de otro mi primo hermano, segun se dispusieren las cosas à la voluntad, y gusto del señor mi tio; de manera, que no es justo, ni me conviene tocar en aquella partida, por lo que podria despues hacer falta, en especial pudiendome aora valer de joyas de oro, y plata, que no me son tan forzosas, ni tampoco quiero sin causa, y expressa necessidad, malvaratarlas, ni deshacerme de ellas. Aqui tiene v.md. esta cadena, y sabe lo que vale; lo que le suplico es, que con secreto (que no quiero que me juzguen acà por tan travieso, ni dàr à todos cuenta de semejantes niñerias) se me tomen à cambio seiscientos escudos para la primera feria, que yà que gane, ò pierda, se pagaràn, ò en la propia cadena, quando à todo falte, pues para esso la doy en resguardo, que v.md. la tenga en

sì para este efecto, y tome por su cuenta el cambio, y à mi daño. Dixele tambien, como para otra semejante ocasion havia dado una vez cierta baxilla de plata dorada nueva, y el que la recibiò se sirviò de ella, de manera, que quando me la bolviò no estaba para servir en mesa de hombre de bien, y assi la vendì luego, perdiendo todas las hechuras; por lo qual, para evitar otro tanto, le suplicaba lo dicho, y que no passasse la cadena à otro poder. El mostrò correrse mucho, que para cosa tan poca le quisiesse dàr prenda; mas yo dando con la mano à la tapa del cofrecillo, le cerrè de golpe, y se lo dì en las manos, diciendo, que de ninguna manera recibiria la merced, si allì no quedasse; porque demàs, que yo no la traìa por hacer tanto bulto, y pesar tanto, holgarìa mucho, que la tuviesse consigo, y la guardasse. Y tambien le dixe, que como eramos mortales, por lo que de mi podria suceder, no era licito hacerse otra cosa de como lo suplicaba. Recibiòla por la mucha importunacion mia, y ofreciòse hacerlo en saliendo de casa. El mismo dia, estando à la mesa comiendo, entrò el mismo criado Estefanelo con los seiscientos escudos: dile las gracias, que llevasse à su amo; mas no tardò un credo, y casi el criado no havia salido de la posada, quando estaba en ella su amo, y junto à mì. No me quedò en el cuerpo gota de sangre, ni la hallarian dentro de mis venas de turbado: aqui perdì los estrivos, porque como acababa de recibir en aquel punto los escudos, y luego subiò el amo tràs el criado, creì que huviessen abierto el cofrecillo, y hallassen la cadena falsa, y que vendria para impedir, que no se me diessen; mas presto sali de la duda, y perdí el miedo, porque con rostro alegre se me bolviò à ofrecer, si de alguna otra cosa tenia necessidad, y que aquellos dineros le havia dado un su amigo à daño, mas que serìa poco. Entonces entre mì dixe: Antes creo que por muy poco que sea, no dexarà de ser para vos mucho, y mucho mas de lo que pensais. Dixele, que no importaba, que en mas estaba la prenda, que podrian montar los interesses. Alli estuvo parlando un poco, quando en su presencia entraron los del juego, y pidiendo naypes à Sayavedra, se comenzò una guerrilla bien travada, parecieronle al pariente largos los oficios, dexònos, y fuese. Yo quedè tan enfroscado en la moneda, teniendo en mi favor entonces à Sayavedra, (porque como queriamos alzar de obra, y coger la tela, no era tiempo de floreos) que à poco rato me dexaron mas de quince mil reales en oro. Diles barato à los que se hallaron presentes; y al Capitan, que de alli à poco vino, le puse cinquenta escudos en el puño, que fue com-

prar con ellos un esclavo, y todo mi remedio. Apartòme à solas, y apercibiòme para el Domingo en la noche, que fue dentro de quatro dias. Yà quando me vì apretado de tiempo, hice tocar las caxas à recoger, embiando villetes de una en otra parte, diciendo haver de ser la boda para el Lunes, que se me hiciesse merced en lo prometído. No assi las hormigas por Agosto vienen cargadas del grano, que de las heras vàn recogiendo en sus graneros, como en mi posada entraban joyas, à quien mas, y mejores me las podia embiar. Tantas, y tan ricas eran, que yà casi tenia verguenza de recibirlas. Mas hiceles cara, porque no me parecieron caras. De casa del tio me traxeron un collar de ombros, una cinta, y una pluma para el tocado, que de oro, piedras, y perlas valian las tres piezas mas de tres mil escudos. Los demàs me acudieron con ricos broches, botones, puntas, ajorcas, arracadas, joyeles, cabos de tocas, y sortijas, todo muy cumplido, rico, y de mucho valor. Lo qual, como iba viniendo, sin que lo sintiera el Capitàn, se iba poniendo en sus caxas dentro de los baùles, debaxo de cubierta. Yo aquellos dias los anduve visitando, y agradeciendo las mercedes hechas, hasta que viendo, que las Galeras havian de zarpar Lunes de madrugada, Domingo en la noche dixe al huesped: Señor huesped, à jugar voy esta noche à casa de unos Cavalleros, allà creo que cenarè, y por ventura serìa possible, si se hiciesse tarde, quedarme à dormir, si yà el juego se desparciesse antes del dia. Vuesa merced mire por el aposento, en quanto Sayavedra, ò yo bolvèmos, que podria ser, que èl viniesse à casa. Salì con esto favorecido de la noche, dexandole los baùles por paga del tiempo que me hospedò. Bien es verdad, que con la priesa del viage se los dexè llenos, empero de muy gentiles pesadillas de la mar, que pesaban à veinte libras. Fuime à dormir à Galera con el Capitàn Favelo, mi amigo. No serà possible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacò de Genova, el regalo que me hizo, la cena que me diò, y la cama que me tenia prevenida. Preguntòme, còmo dexaba hecho mi negocio? Dixele, que muy à mi satisfaccion, y que despues le daria mas por menudo cuenta de lo que me havia passado. Con esto no me bolviò à hablar mas en ello; cenamos, dormime, aunque no muy sossegado, no obstante que iba yà de espiga, empero llevaba el corazon sobresaltado de lo hecho. Assi como se pudo se passò la noche, y quando el Sol salia, sin haverme parecido menear ni un passo, ni sentido el ruido menor del mundo, como si estuviera en la mayor soledad, que se puede pen-

pensar, yà recordado, y queriendome vestir, entrò mi Capitàn à decirme, que haviamos doblado el cabo de Noli. Llevamos hasta alli admirable tiempo, aunque no siempre nos fue favorable, sino muy contrario, como adelante dirèmos, que nunca siempre la fortuna es prospera, và con la Luna, haciendo sus crecientes, y menguantes; y quanto mas ha sido favorable, mayor sentimiento dexa, quando buelve la cara. Solo un deseo llevè todo el camino, que fue de saber, quando aquel primero dia no bolviesse à la posada, què pensarìa el huesped, y al segundo, quando no me hallassen, pareceme que lloraràn todos por mì. Quantos escalafrios les darìa? Què de mantas echarìan, y ninguna en el Hospitàl? Què diligencias harian en buscarme? Què de juicios echarian sobre à donde podrìa estàr, si me havrian muerto por quitarme alguna ganancia, ò si me havrian herido? Pareceme, que imaginaràn lo que fue, haverme venido con las Galeras; pues desconfiados yà de todo humano remedio, quantas pulgas les darian muy malas noches, por muchos dias. Aora los considero, la priesa con que descerrajarian los baùles, para quererse pagar de ellos, alegando cada uno su antelacion de tiempo, y mejorìa en derecho. Pareceme que veo consolado, y rico à mi huesped, con sus dos buenas piezas, que tomadas à peso, valian qualquier buen hospedage; y havia losa dentro, que le podia servir en su sepultura. El tio viejo se hallarìa bien parado con la pedrerìa, que Sayavedra le dixo; pues el pariente con su cadena, quien duda que no burlasse de los otros, por hallarse con una tan buena pieza, de donde podria pagar el principal, y daños. Mas quando la hallassen de oro de geringas, què parejo le quedarìa el rostro; los ojos què baxos, y quantas veces los levantarìa para el Cielo, no para bendecir à quien le hizo tan estrellado, y hermoso, sino para con los demàs decretados, maldecir la madre que pariò un tan grande ladron? Con esto se quedaron, y nos dividimos. Pudierales decir entonces, lo que un ciego à otro en Toledo, que apartandose cada qual para su posada, dixo el uno de ellos, à Dios, y veamonos.

CAPITULO IX.

NAVEGANDO GUZMAN DE Alfarache para España, se mareò Sayavedra, diòle una calentura, saltòle à modorra, y perdiò el juicio. Dice que èl es Guzmàn de Alfarache, y con la locura se arrojò al mar, quedando ahogado en ella.

TRaximos tan prospero tiempo à la salida de Genova, que quando el Sol saliò el Martes, ha-

haviamos doblado el cabo de Noli, como està dicho, y hasta llegar à las Pomas de Marsella, tuvimos favorable viento. Alli esperamos hasta la primera rendida, siendonos todo siempre apacible, porque corria un fresco de levate, con el qual navegamos hasta el siguiente dia en la tarde, que se descubriò tierra de España, con general alegria de quantos alli veniamos. La fortuna, que ni es fuerte, ni una, sino flaca, y varia, comenzò à mostrarnos la poca constancia suya, en grave daño nuestro, y hablando aqui aora con los terminos, y lenguage, que à los Marineros entonces les oì: cubriòse todo el Cielo por la vanda maestral, con obscuras, y espesas nubes, que despedian de sì unos muy gruesos goterones de agua; faltònos este viento, comenzando à entristecerse los corazones, que parecia tener encima de ellos aquella negrura tenebrosa. Lo qual visto por los Consejeros, y Pilotos, hicieron junta en la popa, con animo de prevenirse de remedio contra tan espantosas amenazas: cada uno votaba lo que mas le parecia importante, mas viendo cargar el viento en demasìa, sin otra resolucion alguna, ni esperarla, fue menester amaynar de golpe la Borda, (que llaman ellos la vela mayor) y poniendola en su lugar, sacaron otra mas pequeña, que llaman el Marabuto, vela latina de tres esquinas, à manera de paño de tocar, hicieron à medio arbol Tercerol, previniendose de lo mas necessario. Pusieron los remos encima de los filates; à los Passageros, y Soldados los hicieron baxar à las Camaras, muy contra toda su voluntad: comenzaron à calafetear las escotillas de proa, no faltando en todo la diligencia que importaba, para salvar las vidas, que tan à peligro estaban. Cerròse la noche, y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que nada se aplacaba el temporal; por lo qual, para evitar que los daños no fuessen tantos, mandaron poner fanales de borrasca. La mar andaba entonces por el Cielo, abriendose à partes hasta descubrir del suelo las arenas; fue necessario poner en el timòn de asistencia un aventajado; el Comitre se hizo atar al estanteròl en una silla, determinado de morir en aquel puesto, sin apartarse de èl, ò de sacar à salvamento la Galera. Alli le preguntabamos algunos à menudo, y muchas mas veces de las que èl quisiera, si corriamos mucho riesgo. Ved nuestra ceguera, que lo creyeramos mas de su boca, que de la vista de ojos, donde yà se nos representaba la muerte; mas pareciannos de consuelo su mentira, como la del Medico suele ser para el del afligido padre, que pregunta por la salud, y vida del hijo, si por ventura yà es difunto, y respon-

ponde, que tiene mejorìa. De esta manera, por animarnos decia, que todo era nada, y dixo verdad, para lo que despues de poco sobrevino, porque no dexandonos el viento pedazo de la vela sano; y tanto, que fue necessario subir el Treo, que es otra vela redonda con que se corren las tormentas, quiso nuestra desgracia, que viniesse sobre nosotros una Galera mal governada, y embistiendonos por la popa, nos echò gran parte à la mar, y diòlo à tiempo, que juntamente faltò el timon, en que solo teniamos esperanza. Viendonos faltos de ella, y de èl, yà rendidos al mar, y sin remedio, mas para no dexar de usar de todos los que pudieran en alguna manera darnoslo, hicieron passar los dos remos de las espaldas à las escalas, de donde nos ibamos governando con grandissimo trabajo. Què pudiera yo aqui decir de lo que vì en este tiempo? Què oyeron mis oìdos, que no sè si podria decir con la lengua, ò ser creìdo de los estraños? Quantos votos hacian? A què varias advocaciones llamaban, cada uno à la mayor devocion de su tierra; y no faltò quien otra cosa no se le cayò de la boca, sino su madre. Què de abusos, y disparates cometieron, confessandose los unos con los otros, como si fueran sus Curas, ò tuvieran autoridad con que absolverlos. Otros decian à voces à Dios en lo que le havian ofendido; y pareciendoles, que seria sordo, levantaban el grito hasta el Cielo, creyendo con la fuerza del aliento levantar hasta allà las almas en aquel instante, pareciendoles el ultimo de su vida. De esta mànera padeciò la pobre, y rendida Galera con los que veniamos en ella, hasta el siguiente dia, que con el Sol, y serenidad cobràmos aliento, y todo se nos hizo alegre. Verdaderamente no se puede negar, que de dos peligros de muerte se teme mucho, màs el mas cercano, porque del otro nos parece que podriamos escapar; empero en mi esta vez no temì tanto esta tormenta, ni sentì el peligro, respecto del temor de arribar, no por el mar, mas por la infamia: Harto decia yo entre mì, quando passaban estas cosas, que por mi solo padecian los mas, que yo era el Jonàs de aquella tormenta. Sayavedra se mareò de manera, que le diò una gran calentura, y brevemente le saltò en modorra. Era làstima el vèr las cosas que hacia, y disparates que hablaba, y tanto que à veces, en medio de la borrasca, y en el mayor conflicto, quando confessaban los otros los pecados à voces, tambien las daba èl, diciendo: Yo soy la sombra de Guzmàn de Alfarache, su sombra soy, que voy por el mundo, con que me hacia reir, y le temi muchas veces; mas aunque algo decia, yà le vian estàr loco, y le dexaban para tal,

mas.

mas no las llevaba conmigo todas, porque iba repitiendo mi vida, lo que de ella yo le havia contado, componiendo de alli mil romerias: en oyendo al otro prometerse à Monserrate, allà me llevaba; no dexò estacion, ò boda, que conmigo no anduvo: guisabame de mil maneras, y lo mas galano, aunque con lastima de verlo de aquella manera. De lo que mas yo gustaba era, que todo lo decia de sì mismo, como si realmente le huviera passado. Ultimamente, como de la tormenta passada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano, à cobrar la deuda vieja del sueño perdido: todos estabamos tales, y con tanto descuido, la Galera por la popa tan destrozada, que levantandose Sayavedra con aquella locura, se arrojò à la mar por la timonera, sin poderle mas cobrar, que quando el Marinero de guardia sintiò el golpe, dixo à voces: hombre à la mar. Luego recordamos, y hallandole menos, le quisimos remediar, mas no fue possible, y assi se quedò el pobre sepultado, no con pequeña lastima de todos, que harto hacian en consolarme; signifiquè sentirlo, mas la verdad sabe Dios. Otro dia, quando amaneciò, levantème luego por la mañana, y (todo èl casi) se me passò recibiendo pesames, qual si fuera mi hermano, pariente, ò deudo, que me hiciera mucha falta, ò como si quando à la mar se arrojò, se huviera llevado consigo los baùles. Aquesos guarde Dios, decia yo entre mì, que los mas trabajos faciles me seràn de llevar. No sabian regalo que hacerme, ni como (à su parecer) alegrarme; y para en algo divertirme de lo que sospechaban, y yo fingia, pidieron à un curioso forzado cierto libro de mano que tenia escrito, y hojeandole el Capitàn, vino à hallarse con un sucesso, que por decir en el principio de èl haver sucedido en Sevilla, le mandò que me lo leyesse, y pidiendo atencion, se la dimos, y dixo.

En Sevilla, Ciudad famosissima de España, y cabeza de la Andalucìa, huvo un Mercader Estrangero, limpio de linage, rico, y honrado, à quien llamaban Micer Jacobo: Tuvo dos hijos, y una hija de una señora noble de aquella Ciudad. Ellos doctrinados con mucho cuidado, en virtud, y crianza, y en todo genero de letras, tocantes à las Artes liberales; y ella en cosas de labor, con excesso de curiosidad, por haverse criado en un Monasterio de Monjas desde su pequeña edad, à causa de haver fallecido su madre de su mismo parto. Como los bienes de fortona son mudables, y mas en los Mercaderes, que traen sus haciendas en bolsas agenas, y à la disposicion de los tiempos, no mediò piè de la buena suerte, à la

mala.

mala. Sucediò, que como sus hijos viniessen de las Indias, con suma de oro, y plata, quando yà llegaban à vista de la Barra de San Lucar, y como dicen, dentro de las puertas de su casa, rebolviò un temporal, que con viento deshecho, trayendolos de una en otra parte, diò con el Navìo encima de unas peñas, y abierto por medio, se fue luego apique sin algun reparo, ni lo pudo tener mercaderìa, ni persona de todo èl. Quando à los oìdos del padre llegò tan afligida nueva de pèrdida tan grande, se melancolizò de manera, que dentro de breves dias tambien falleciò. La hija, que residìa en el Convento, yà perdida la hacienda, los hermanos, y padre difuntos, viendose desamparada, y sola, sintiò su trabajo, como lo pudiera sentir, aun qualquier hombre de mucha prudencia, por haverle faltado tanto en tan breve, que pudo decirse un dia, y con ella la esperanza de su remedio, porque deseaba ser Monja. Cessaron sus designios, comenzò su necessidad, cessaron los regalos, comenzaron los trabajos, y fueron creciendo de modo, que yà no sabìa què hacer, ni como poderse allì dentro sustentar. Y aunque las Conventuales todas, que la tenian mucho amor, por la nobleza de su condicion, afabilidad, trato, y mas buenas partes, condolidas de su necessidad, y pobreza, la quisieran tener consigo, mas como estaban subordinadas à voluntad agena de su Prelado, ni ellas lo pudieron hacer, ni ella fue possible quedar; porque dentro de breve termino se le notificò que saliesse, ò señalasse la dote, y no pudiendo cumplir con lo segundo, tomò resolucion en lo primero. Era tan diestra en labor, assi blanca, como bordados; matizaba con tanta perfeccion, y curiosidad, que por toda la Ciudad corria su nombre. Con esto, las virtudes de su alma, y hermosura de su rostro, eran tan por excesso, que à porfia parece haverse fabricado por diestros, y diversos Artifices en competencia; y todo junto, en comparacion de su recogimiento, mortificacion, ayunos, y penitencia, no llegaban. Viendose, pues, desamparada, con temor de la murmuracion, y de la ocasion que le pudiera dañar, zelosa de su honor, buscò un aposento en compañia de otras doncellas Religiosas, donde sin tener otra sombra, sino la de su trabajo, con èl se alimentaba tassadissimamente, y con grande limite, dando exemplo de su virtud à todas las mas doncellas de su tiempo. El Arzobispo de aquella Ciudad tuvo deseo de mandar hacer algunas cosas de curiosidades, hijuelas, y corporales matizados, y no sabiendo, ni hallandole quien como Dorotea lo hiciesse (que assi se llamaba esta señora) por las buenas nuevas que de-

de ella tuvieron, la buſcaron, y encomendaronle aqueſta obra, prometiendola por ella muy buena paga. Era neceſſario para tanta curioſidad, que fuera el oro mejor, mas delgado, y florido que ſe pudiera hallar. Y porque ſolo quien lo ſabe gaſtar, es quien lo ſabe mejor eſcoger, ella propria, en compañia de ſus vecinas, y amigas, lo fueron à buſcar à las Batihojas, que ſon en Sevilla los Oficiales que lo hacen, y venden. Acertaron à entrar en caſa de un mancebo de muy buena gracia, y talle, que de muy poco tiempo havia comenzado à uſar el oficio, y pueſto Tienda, que para mas acreditarſe, procuraba que ſu obra hiciera ventajas conocidas à la de ſus vecinos. De eſte quiſieran comprar lo que para toda ſu labor les fuera neceſſario (tanto por ſer à ſu propoſito, quanto por eſcuſar la ſalida de caſa) ſi el dinero les alcanzàra; mas como ſolo llevaban lo que para principio ſe les havia dado, dixeron, que llevarian un poco, y bolverian por mas, como ſe fueſſe obrando, y ella cobrando. El mancebo quando viò la hermoſura, y compoſtura de la doncella, ſu habla, ſu honeſtidad, y verguenza, de tal manera quedò enamorado, que lo menos que la diera fuera todo ſu caudal, pues en aquel miſmo punto le havia entregado el alma. Y ſintiòle que dexaba de comprar con el guſto, por falta de dineros, tomando achaque para ſus deſeos de la ocaſion, que le vino à la mano, ſin dexarla paſſar, ni ſoltarla de ella, dixo: Señoras, ſi el oro es tal, que es apropoſito para lo que ſe buſca, eſcoja, y lleve ſu merced lo que huviere meneſter, y no las dè cuidado pagarlo luego, que por la miſericordia de Dios, animo tengo, y caudal no me falta, para poder fiar aun otras partidas mas importantes, y no à tan buena dita. Vueſa merced, ſeñora, lleve lo que quiſiere, y pague luego lo que mandare, que lo mas que me reſtare debiendo, me irà pagando poco à poco, ſegun lo fuere cobrando del dueño de la obra. Pareciòles à todas el mozo muy cortès, y buena la comodidad, ſegun ſe deſeaba. Dorotèa le diò el dinero, que tenia de preſente; y haviendo eſcogido de todo el oro lo que le pareciò mejor, y neceſſario, lo llevò conſigo, dexandole dicha la calle, y caſa donde acudieſſe por la reſta. Luego ſe fueron, quedando el pobre mozo tan amante, y fuera de sì, quanto falto de todo repoſo, y combatido de varios deſaſoſsiegos. Rompiòle amor las entrañas, no comia, no bebia, ni vivia, tan ocupado tenia el alma en aquella peregrina belleza, eſpejo de toda virtud, que todo era muerte ſu trabajoſa vida, ſin ſaber què hicieſſe. Y pareciendole doncella pobre, que por medios del matrimonio pudiera ſer tener buen puerto ſus caſtos deſeos, quiſoſe

fose informar de quien era, de su vida, costumbres, y nacimiento. La relacion que le hicieron, y nuevas que de ella tuvo fueron tales, que con ellas quedò de nuevo muy mas perdido, y menos confiado, nunca creyendo poder alcanzar tan grande riqueza, hallandose siempre indigno de tanto bien, como lo fuera para èl poder alcanzarla por esposa. De todo desesperaba, en todo conocìa inferior, mas como no era imposible, ni en su mano bolverse atràs, que las passiones del alma, no tocan menos à los mas pobres, que à los mas poderosos, y todos igualmente las padecen. Aunque se hallaba tan atràs, nunca dexò de porfiar para passar adelante, perseverando en su honesto proposito, por haverlo puesto en las manos de Dios, que siempre les favorece, y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio; representandosele siempre, que no era otro su deseo, que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa, y de su gusto, empero que assi lo hiciesse, como mejor conviniesse à su servicio. Tambien se le representò, que la mucha pobreza, y discrecion la harian por ventura fuerza, para que solo mirando à su soledad, y remedio, pospusiesse pundonores vanos, acomodandose con el tiempo, y siendole representando su honesto deseo de servirla, lo viniesse à conceder. Con estos pensamientos, y cuidados procuraba solicitar la cobranza, no apretando, ni enfadando, antes tomando achaques, unas veces de vèr su tan curiosa labor, otras por hacersele passo, fingiendo lo que mas aproposito venìa para hacer visita, y por tomar amistad, que solo à este fin iban por entonces encaminados sus deseos, para con ella poder mejor despues entablar el juego, y en el interin poder aquel espacio breve mitigar las ansias, que siempre ausente le causaba su dama. En esto anduvo el mozo tan discreto, como solicito, tan solicito, como enamorado, procediendo con tan honrados, y buenos terminos, que muy en breve grangeò de todas las voluntades, no pesandoles de sus visitas, pues traìan regalo. Entre las que alli vivian (que eran quatro hermanas) à la una de ellas, la mas venerable, y grave, à quien tenian las otras todo respeto, tanto por su prudencia mucha, quanto por ser mayor en edad, se fuè inclinando mas en amistad, y regalandola: con que despues, andando el tiempo, en ocasiones que se ofrecian, poco à poco se fuè descubriendo, haciendola capàz de sus deseos, hasta de todo punto quedar aclarado con ella, suplicandola, que interponiendo para ello su autoridad, fuesse parte para que sus esperanzas no quedassen sin el premio, que de su valor, y discrecion esperaba, y que siendole fa-

vora-

vorable, la fueſſe diſponiendo en las ocaſiones que ſe ofrecieſſen; de tal manera, que qualeſquier dificultades quedaſſen llanas, pues de ſu parte ninguna ſe podia ofrecer, que à brazos cruzados no ſe puſieſſe hacer à toda ſu voluntad. Los buenos terceros, y bien intencionados, que ſin reſpetos humanos tratan de las coſas honeſtas con libertad, y verdad, tienen ſiempre tal fuerza, que perſuaden con facilidad, porque ſe les dà todo credito. Eſta ſeñora fuè labrando en Dorotèa de modo de uno en otro lance, que convencida de la razon, vino à condeſcender en el conſejo que la dieron; y obedeciendolo, como de ſu verdadera madre, le besò por ellos las manos, dexandolo en ellas. El deſpoſorio ſe hizo con guſto general, y mayor el de Bonifacio (que aſsi llamaban al deſpoſado) porque ſe creyò hallar con aquella joya, el mas dichoſo, bien afortunado, y rico de los hombres, pues yà tènia muger como la deſeaba, en condicion, y de mayor calidad que merecia; tal, que pudiera vivir con ella ſeguro, y honrado, ſin temor de celoſo penſamiento, ni de alguna otra coſa, que le pudiera cauſar deſaſſoſsiego. Vivian contentos, muy regalados, y ſobre todo ſatisfechos, de el caſto, y verdadero amor, que cada qual de ellos para el otro tenia. El de ordinario aſsiſtia en la Tienda, ocupado en el beneficio de ſu hacienda, y ella en ſu apoſento, tratando de ſu labor, aſsi domeſtica, como de aguja, gaſtando en ſus matices, y bordados parte de la que ſu marido hacia. Creciales la ganancia, y en mucha conformidad paſſaban honroſamente la vida. El demonio vela, y nunca ſe adormece mas, y en eſpecial en deſtruir la paz contra las caſas, y animos conformes, arma cepos, y tiende redes con todo ſecreto, y diligencia, para hacer, como deſea, el daño poſsible, y dàr con ello en el ſuelo. Andaba ſiempre acechando à eſta pobre ſeñora, procurando derribarla, y rendirla, y quando mas no pudieſſe, que à lo menos tropezaſſe; y aſsi en las viſitas, en Miſſa, en Sermon, en las mayores devociones, en la Comunion, aun en ella la inquietaba, repreſentandola los inſtrumentos de ſu maldad, mancebos galanes, diſcretos, oloroſos, y pulidos, que la ſalieſſen al encuentro, ſiguiendola, y ſolicitandola, mas de todo ſacaba poco fruto, porque la caſta muger, moſtrandoſe fuerte, ſiempre vencia con ſu honeſtidad ſemejantes liviandades. Y aunque para quitar la ocaſion reuſaba quanto mas podia el ſalir de ſu caſa, y eſcaſamente à lo muy forzoſo, y neceſſario, donde tambien era perſeguida. Rondabanla la puerta noche, y dia, buſcaban invenciones, y medios para verla, empero nada les aprovechaba. Entre los galanes que la deſeaban ſervir,

vir, que todos eran mozos, y señores los mas principales de la Ciudad, era uno el Teniente de ella, mancebo soltero, y rico. Vivia frontero de la misma casa, en otras principales, altas, y de buen parecer, que por ser mas humildes, y baxas las de Dorotèa, no obstante, que havia calle de por medio, quando por los terrados, quando por las ventanas, la señoreaba quanto hacìa, y tanto, que su esposo, ni ella podian casi vestirse, ni acostarse, sin ser vistos, en especial estando con descuido, y queriendo con cuidado acecharlos. Con esta ocasion el Teniente andaba muy apassionado, y cansado de hacer diligencias con extraordinaria solicitud; al fin se huvo de bolver como los demàs al puesto con la caña, sin recibir algun favor, ni visto sombra de sospecha con que poderlo pretender, ni que desdorasse un cabello de el credito de la muger. Andaba tambien (con los muchos) en la danza un otro penitente de la misma cofradìa de los penantes, muy llagado, y afligido, era Burgalès, galàn, mozo, discreto, y rico, las quales prendas, favorecidas de su franqueza, pudieran allanar los montes. Mas à la casta Dorotèa, ni las partes de este, poder del Teniente, ni passiones de los mas, la hacìan el menor sentimiento del mundo, como si de èl no fuera. Mostrabase à todos estos combates fortissima, peña inexpugnable, donde los assiduos combates de las furiosas ondas del torpe apetito (no pudiendo vencer) quedaron quebrantadas. No ay duda, que siempre continuaba velando su honestidad, como la grulla la piedra del amor de Dios, levantada del suelo, y el piè fixo en el de su marido; y fuera impossible herirla, si el sagàz cazador no la armàra los lazos del engaño en la espesura de la santidad, para cazar à la simple paloma. Este Burgalès (que se llamaba Claudio) tenia en su servicio una gentil Esclava blanca, de buena presencia, y talle, nacida en España de una Berberisca, tan diestra en un embeleco, tan maestra en juntar voluntades, tan curiosa en visitar Cementerios, y caritativa en acompañar ahorcados, que hiciera nacer berros encima de la cama. Llamòla un dia, diòla cuenta de su pena, pidiendola consejo para salir con su pretension adelante. La buena Esclava (como haciendo burla) despues de haverse bien satisfecho, y enterado en el caso, riyendose, le dixo: Pues còmo, señor, què montes quieres mudar, què mares agotar, à què muertos bolver el espiritu, quàl dificultad es tan grande la que te aflige, y tanto me encareces? No son essas las cosas que à mi me desvelan, poco aceyte, y menos trabajo se ha de gastar en ello de lo que piensas, yà puedes hacer cuenta, que la tienes para tì, descuida, y tèn buen animo, que yo te

darè

darè la caza en las manos dentro de pocos dias, ò no me llamen Sabina, hija de Haja. Tomò el negocio à ſu cargo, y comenzò deſde aquel punto à entablar el juego, dando trazas, como el que propone dàr en el agedrèz un mate, à tantos lances en la caſa ſeñalada. Comenzò por el peon de punta, meneando los trebejos, y poniendo un caſtillo de verdes cogollos de arrayàn, cidro, y naranjo, adornandolo de alelìes, jazmines, juncos, moſquetas, y otras flores, compueſtas con mucha curioſidad, lo llevò al Batihoja, diciendole ſer criada de cierta ſeñora Monja de aquella Ciudad, Abadeſa del Convento, que teniendo noticia de la obra tan buena que allì ſe hacìa, y neceſsidad forzoſa de un poco de buen oro para unos Ornamentos, que dentro de la caſa eſtaban acabando para el dia de San Juan, le regalaba con aquel ceſtillo, y ſuplicaba, que del oro mejor que tuvieſſe, le dieſſe dos libras para probarlo, y que ſaliendo tal como le havia certificado, y era conveniente à ſu propoſito, lo pagaria muy bien, y ſiempre lo iria gaſtando de ſu caſa, llevando para cada ſemana lo que ſe pudieſſe gaſtar en ella, demàs, que tendria mucho cuidado de regalarlo. Bonifacio ſe alegrò con la buena ocaſion de la ganancia, y no menos con el ceſtillo de flores, que lo eſtimò en mucho, por la curioſidad con que venìa fabricado.

El qual al punto, luego que lo recibiò, haviendo deſpachado con amor à la Eſclava con el oro, lo llevò à ſu muger, poniendoſelo en las faldas, con grande alegria, que no con menor fuè recibido de ella. Preguntòle, de quien lo havia comprado, y dixola lo que paſſaba. Entonces lo eſtimò en mas, porque le vino à la memoria el tiempo de ſu niñèz, quando con las mas doncellas de ſu edad, y Monjas del Convento, ſe ocupaban en ſemejantes exercicios. Rogò à ſu marido, que ſi otra vez bolvieſſe, la hicieſſe ſubir à ſu apoſento, que holgaria de conocerla. Luego la ſemana ſiguiente, dentro de ſeis dias, veis aqui donde buelve Sabina muy regocijada, diciendo de el oro, que havia ſido bueno, y à pedir otro tanto, que fueſſe de lo miſmo, dandole un largo recado de ſu ſeñora, y con èl una Imagen pequeña de alcorza, y un Roſario de la miſma paſta, con tanta curioſidad obrado, que bien era digno de mucha eſtima. Aſsi como lo viò, no quiſo recibirlo, ſino que de ſu mano lo dieſſe à Dorotèa ſu eſpoſa. Cayòle la ſopa en la miel, ſucediendole lo que deſeaba, y à pedir de boca; mas haciendoſe de nuevas, dixo: Ay mal hombre! dixelo de veras, y caſado es, no lo creo. Aun nos lo havian vendido por ſoltero, y trataba yà mi ſeñora de caſarlo con una lega que tenèmos, tan linda como unas flores, hermoſa, y rica.

Bo-

Bonifacio la refpondiò: Rica, y hermofa la tengo, como allà me la podian dàr, y con quien vivo contentifsimo, fubid, vereisla. Sabina le dixo: En buena fee que no quiero, no fea que me burle, que es un traydor: no burlo de veras, la dixo Bonifacio, fubid amiga Sabina. Ella quando entrò en la pieza, y viò à Dorotèa, desfhalada, y los pechos por tierra, fe lanzò à fus pies, haciendola mil zalemas, admirada de fu grande hermofura, que aunque havia oìdo loarla, era mucho mas la obra, que las palabras: quedò como embelefada de vèr fus baftidores, con los bordados, y otras labores que la moftrò, en que fe ocupaba, con quanta perfeccion, y curiofidad eftaba obrado, diciendo: Còmo es pofsible no gozar mi feñora de cofa tan buena? No, no, no ha de paffar afsi de aqui adelante, fin que con amiftad muy eftrecha fe comuniquen. Ay Jefus, quando yo la cuente à mi feñora la Abadefa lo que he vifto, quanta embidia me tendrà! Quanto defeo le crecerà de gozar un venturofo dia de tal cara. Por el figlo de la que acà me dexò, y afsi fu alma eftè do la cera luce, ò que landre mala me dè, fi no fuere alcahueta de eftos amores. Yo quiero de aqui adelante regalar à efta perla, y vifitarla muy amenudo. Con eftas palabras, y otras regaladifsimas, llevò fu oro, defpues de haverfe defpedido. Y de alli en adelante, de dos à tres dias continuaba la vifita, yà por oro, yà diciendo hacerfele camino por allì, diciendole al marido, que cometerìa traycion, fi por alli paffaffe, y dexaffe de entrar à vèr aquel Angel. Otras veces con achaques de traerle algun regalo, la iba difponiendo à que de fu voluntad tuvieffe defeo de irfe à holgar al Monafterio un dia. Quando yà le pareciò tiempo, diò por allà la buelta un Lunes de mañana, y llevòla dos canaftillos, uno con algunas niñerìas de confervas, y otro de frutas de aquel tiempo, las mas tempranas, y mejores que fe pudieron hallar. Diòfelos, diciendo, que por fer del Huerto de cafa, y lo primero que fe havia cogido, le pareciò à fu feñora, que no pudiera eftàr en otra parte tan bien empleado como en ella. Y que juntamente la fuplicaba dos cofas; la primera, y principal, que pues de alli à ocho dias, el figuiente Lunes, era la Fiefta del Gloriofo San Juan Bautifta, y el Domingo fu fanta vifpera, le hicieffe merced en hacer penitencia, paffando en el Convento aquellos dos dias, pues en fu cafa no eran de ocupacion. Demàs, que tenian las Monjas muchas fieftas, y reprefentaban una Comedia entre sì à folas, que de nada guftarìa, fi aquefta merced no le hicieffe. Y que otras feñoras principales, parientas de las Monjas, vendrian por allì, para que acompañandola, fe fueffen

juntas: Lo ſegundo, que le dieſſe tres libras de buen oro, para flecos de un Frontal, que deſeaban acabar para poner en un Altar allà dentro, procurando, ſi fueſſe poſſible, ſe lo dieſſe mas cubierto, y delgado. A lo de el oro, reſpondiò Dorotèa, darèlo de muy buena gana, que lo tengo en mi poder, y tambien hiciera lo que mi ſeñora la Abadeſa me manda, mas eſtà en el de mi marido. Yà ſabeis hermana Sabina, que no ſoy mia, mi dueño es el que os puede dàr el sì, ò el no, conforme à ſu voluntad. En buena fee, la reſpondiò, aun eſſa ſerìa ella, ſino me la dieſſe nunca yo medre, ſi de aqui ſalieſſe todos eſtos ocho dias haſta llevarla. No ſerìa razon, que una coſa ſola, que mi ſeñora ſuplica tan de veras, la primera, y tan juſta, ſe dexaſſe de hacer; porque deſea, como à la ſalvacion, gozar de aqueſte paraìſo. Ay! calla, Sabina, dixo Dorotèa, no hagais burla de mì, que yà ſoy vieja: Vieja, dixo Sabina, sì, sì, de eſſe mal muere, como decirme aora, que la Primavera es fin del año, y Quareſma por Diciembre. Dexèmonos de gracias, que aſsi vieja como es la goce ſu marido muchos años, y les dè Dios fruto de bendicion. Aora ſe haga lo que le ſuplico, que deſeo ganar aqueſte corretage, que mi ſeñora la retoce. Ay como ſe ha de holgar con eſta traydora! Bonifacio, y Dorotèa ſe riyeron, y èl con alegre ſemblante, ſin vèr la culebra que eſtaba entre la yerva, ni el daño que lo acechaban, por la grande confianza, que de ſu eſpoſa tenia, dixo: Aora bien, por mi vida, que Sabina lo ha reñido, y pleyteado con gracia, no ſe le puede negar lo que pide, haviendolo embiado à mandar la Abadeſa mi ſeñora. Idos à holgar eſſos dos dias, que yo sè quan de guſto ſeràn para vos, y no menos para mì, porque lo recibais. Hermana Sabina, decid à ſu merced, que aſsi ſe harà, como ſe manda; y quando aqueſas ſeñoras que decìs vayan al Monaſterio, paſſen ſus mercedes por aqui, para que ſe vayan juntas. Agradeciòlo Sabina con tales palabras, quales de muger tan ladina, que tenia negociado ſu deſeo: fueſe à ſu caſa tan contenta, y orgulloſa, que yà le parecia bolverſe atràs los paſſos, que adelante daba, y que à ſu poſada nunca jamàs llegarìa. El corazon la rebentaba en el cuerpo de alegria, quiſiera, ſi fuera licito, irla cantando à voces por las calles. Echabaſele de vèr el contento en los viſages del roſtro, herviale la ſangre, baylabanle los ojos en la cara, parecia que por ellos, y la boca queria boſar la cauſa.

Quando en ſu caſa entrò, como una loca ſoltò los chapines, dexò caer de la cabeza el manto, y arraſtrandolo por detràs, alzando con las manos las faldas por delante, que la impedian el correr, entrò deſatinada en el apoſento de

su señor, que la esperaba. Por decirselo todo, todo lo partia entre los dientes, y la lengua, sin que alguna cosa dixesse concertada. Yà comenzaba por activa, yà lo bolvia por passiva. Bien, ò mal, tal como pudo, le diò el mensage, de modo, que todos aquellos ocho dias no acabaron, ella de referirlo, y èl mil veces de preguntarlo. Bolvian à cada passo à tratar una misma cosa, discantaban luego, si aquello serìa possible tener efecto, Pareciale que aquello, que de ello hablaba, le havia de servir, y quedar por paga, sin acabar de creer, que pudiera ser cierto un bien tan deseado, ni llegar à gozar de tan alegre dia. Para el concierto tratado hizo que se previniessen unas parientas conocidas de casa, de quien tenia satisfaccion de qualquier secreto, para que le ayudassen con solicitud en este hecho.

Llegado el Domingo, dia yà señalado para el efecto, vistiendose unas en habito de casadas, otras de doncellas, de dueñas otras, fueron con Sabina por Dorotèa. Tocaron à la puerta, saliò su esposo, que yà las esperaba, y como viesse una tan honrada esquadra de mugeres, al parecer principales, llamò à la suya, que baxasse luego, que la esperaban. Ella baxò tan simple, como contenta, hablaronse todas con muy comedidos cumplimientos, y entregandosela el marido, la cogieron en medio, y con ella, y grande alegria fueron su viage. Iban al Monasterio encaminadas, quando una de aquellas de tocas reverendas, dixo: Ay amarga de mì, como se nos ha olvidado ir por Doña Beatriz, la desposada, que nos estarà esperando, que tambien la combidaron! Otra respondiò luego, por los huessos de mis padres que dice verdad, y que no me acordaba mas de ella, que de la primera camisa que me vestì. No podèmos ir sin ella, bolvamos por aqui, que presto llegarèmos allà: Diò entonces buelta uno de aquellos cabestros de faldas largas, y Rosario al cuello por cencerro, tomando la delantera, y todas la siguieron hasta dàr consigo en casa de Claudio. Llamaron à la puerta, saliòles à responder por la ventana una esclavilla, preguntando quien llamaba, y lo que querian; una de ellas le dixo: entra, y dile à tu señora, que baxe su merced presto, que la esperamos. Hizo como que la fuè à dàr el recado, y quando de allà dentro bolviò con la respuesta, les dixo: A vuesas mercedes suplica mi señora se sirvan de no tomar pesadumbre, aguardando un poco, en quanto se acaba de tocar, que serà en breve, y entre tanto se podràn vuesas mercedes entrar à sentarse à la quadra. Ellas entraron por el patio en una sala bien aderezada, donde se quedaron las mas, y solas dos passaron adelante, à una mediana quadra con

Dorotèa. Eſtaba muy bien pueſta, con ſus paños de tela de plata, y damaſco azul, y cama de lo propio, la caxa de relieve dorada. Junto à ella eſtaba un curioſo eſtrado, en que las tres tomaron ſus aſsientos, y de alli à muy poco, dixeron: Ay Dios! y què prolixa novia hace Doña Beatriz, y ſi à mas no viene, aùn de la cama no ſe havrà levantado. Andad acà hermana, ſepamos quando havemos de ir de aqui. Salieron las dos, y quedandoſe ſola Dorotèa, ſe deſaparecieron todas, que perſona viviente no ſe conocia por la caſa. Claudio entrò luego, y tomando en el eſtrado una de aquellas almohadas junto à Dorotèa, la comenzò à hacer muchos ofrecimientos, deſcubriendole la traza, que para ſu venida ſe havia tenido, diſculpando aquel proceder, con lo mucho que le hacia padecer, de que no quedò la pobre ſeñora poco turbada, y triſte; porque le conocia de viſta, y ſabia ſus pretenſiones. Viòſe atajada, no ſupo que hacerſe, ni como defenderſe; comenzò con lagrimas, y ruegos à ſuplicarle no manchaſſe ſu honor, ni le hicieſſe à ſu marido afrenta, cometiendo contra Dios tan grave pecado, empero no le fuè de provecho. Dàr gritos no la importaba, que no havia perſona de ſu parte, y quando de algun fruto le pudieran ſer, y gente de fuera entràra, quien alli la hallàra, forzoſo havia de culpar ſu venida, ſin dàr credito al engaño, defendiendoſe quanto pudo. Claudio, con palabras muy regaladas, y obras de violencia, y contra ſu reſiſtencia, y guſto, tomaba de por fuerza los frutos que podia, pero no los que deſeaba, con que ſe iba entreteniendo, y canſandola. Finalmente deſpues que yà no pudo reſiſtirle, viendo rendido el juego, y empeñada la prenda en lo que Claudio havia podido poco à poco ir grangeando de ſu perſona, rindiòſe, y no pudo menos. Ellos eſtaban ſolos, à puerta cerrada, el termino era largo de dos dias, la fuerza de Claudio mucha, ella era ſola, muger, y flaca, no le fue mas poſsible. Bien ſe pudiera decir, que havia ſido pendencia de por San Juan, ſino les añublàra el Cielo. Comieron, y cenaron en muchas libertades, y fueronſe à dormir à la cama, empero breve fuè ſu ſoſsiego, y ſobreſaltado ſu repoſo; porque nunca el diablo hizo empanada, de que no quiſieſſe comer la mejor parte. Coſtumbre ſuya es, quando hace junta ſemejante, forma una Tienda, ò pabellon, combidando à que ſe metan dentro, que allì los encubrirà, y nada ſe ſabrà, haciendoſe cargo de el ſecreto, y deſpues quando eſtàn encerrados, en el mayor deſcuido, y mal penſada ſeguridad, abre las puertas, deſcubre, derriba los pabellones, manifeſtando en publico el vicio recelado, y tañendo ſu tamboril, à

re-

repique de campana, llama la gente, para que alli acudan à verlos, dexandolos avergonzados, y trîstes, de que mas èl se queda riyendo. Quien creyera, que invencion tan bien trazada viniera tan en breve à descubrirse, por tan estraño camino? Quien esperàra de tan felices medios, y principios, fines tan adversos, y tragicos? Mal dixe, que no se podia esperar menos, considerada la danza, y quien la guiaba; demàs, que de necessidad havia de castigar el Cielo, à la letra vista, semejante maldad, y fuerza; y aunque no fuè la pena igual con el delito, fuè à lo menos aldabada poderosa, para que qualquiera buen discursista reconociera la ofensa, y hiciera penitencia de ella. Como aquel dia todo anduvo tan sin cuenta, ni orden, allà en su quarto los criados ensancharon los vientres, quitaron los pliegues à los estomagos, y las canillas à las candiotas, comieron, y bebieron hasta ir à las camas gateando, dexandose la chimeneà con toda lumbre, y cerca de ella mucha leña. El fuego se fuè metiendo por los tueros, y raxas, y ellos encendidos, comunicandose con las mas que cerca estaban; de manera, que casi à la media noche todo aquel quarto se quemaba, sin que persona lo sintiesse, que dormian todos. Era vispera de San Juan, el Teniente andaba de ronda, y al grande resplandor, que la lumbre daba, se divisaba de muy lexos, viòla, y sospechò la verdad, que alguna casa se quemaba. Fueronse por el rastro de la claridad, hasta la casa de Claudio, dieron voces, y golpes à la puerta: La casa era grande, los unos de cansados, los otros bien borrachos, y otros abrasados, ninguno respondia. Levantòse por la vecindad mucho alboroto, unos, y otros vecinos preveníanse cada qual de su remedio, fuese llegando mucha gente, y con la fuerza que hicieron, derribaron por el suelo las puertas, entraron por la casa, creyendo que los de ella yà fueran consumidos con el fuego, y quando menos ahogados con el humo, pues alguno por toda la casa no parecia. Fueron las voces, y el estruendo tanto, que Claudio recordò, y turbado de aquel ruìdo tan grande, sin saber lo que pudiera ser, con la espada en la mano, y ambos desnudos, abriò la puerta del aposento, y quando viò el fuego, bolviòse adentro, para cubrirse con algo, y salir huyendo. El Teniente creyò, que la gente de fuera fuè quien abriò aquella sala para entrar à robar: acudiò à la defensa con diligencia, y hallò à los dos amantes, que apriessa, y por salvarse, buscaban los vestidos, y teniendolos en las manos, ninguno hallaba el suyo. Yà podeis considerar quales podrian estàr, y què pudieran sentir, viendose desnudos, la casa llena de gente; y sobre

bre todo su mayor enemigo el Teniente, que los havia cogido juntos. Bolvàmos, pues à èl, que luego conociò à Dorotèa. Quedò tan fuera de sì, que de los tres no se pudiera hacer alguna diferencia, qual estaba mas muerto, porque nunca el Teniente pudiera persuadirse de persona del mundo à semejante cosa; pues teniendo por testigos à sus proprios ojos, aùn los tachaba. Viòse tan turbado, tan abrasado de zelos, tan desesperado, y loco, que por vengarse de ellos, y sin otra consideracion, los hizo llevar à la Carcel, con animo de vengarse, y mas de Dorotèa, que por no haverle admitido, estaba resuelto de infamarla, buscando rastros para tener ocasion con que prender tambien à su marido, pareciendole no haver sido posible no ser sabidor, y consentidor del caso, dando à su muger licencia, que fuesse à dormir con aquel mancebo, por interesse grande, que por ello le havria dado, que una passion de amor hace cegar el entendimiento, bolviendo los animos tyranos, y crueles. A ella la llevaron cubierta con su manto, con orden que no fuesse por entonces conocida, hasta hacer la informacion; y à èl por otra parte tambien le llevaron preso. Y aunque hizo Claudio, por impedirlo, grandes diligencias, pretendiendo escusar los graves daños, que de ello pudieran resultar, ni ruegos, ni dineros fueron parte à que la rabia del corazon se le aplacasse al Juez. Ellos quedaron en su prision, y el Juez echando espuma por la boca, hasta que se apagò el fuego, y lo dexò muerto, mas el de su corazon muy vivamente ardia. Era yà despues de media noche, havia padecido mucho con el cansancio, y mas con el enojo, fuesse à dormir si pudo, que se cumpliò el refràn en èl, assi tengais el sueño. No le tuvo bueno, ni es de creer, antes con el enojo trazarìa la venganza, guisandola de mil modos, para que no se escapassen, à lo menos limpia la honra: mas estaba haciendo la cuenta sin la huespeda, que apenas èl tenia los pies en la cama, quando yà Dorotèa tenia cobro. Dormia Sabina en un aposento mas adentro de el de su amo, para si en algo fuesse menester de noche, y como huviesse tenido atencion à todo lo passado, acudiò presto al remedio, que siempre las mugeres en el primer consejo, son mas promptas que los hombres; y no ha de ser pensado, para que algunas veces acierten. Sacò de su aposento un gruesso capon, que havia quedado de la cena, el qual acomodò con un gentil pedazo de jamon de la Sierra, con un frasco de generoso vino, buen pan, y reales en la bolsa, poniendose un colchon, sabanas, y un cobertor en la cabeza, y la cesta en el brazo, se fuè à la Carcel, pidiò al Portero, que de-

xasse meter aquella cama, y cena, para que una dueña de su amo, que porque se tardò en dàr un caldero con que sacar agua para matar el fuego, la mandò traer (luego al punto) el Teniente presa. Con esta poca culpa, y quatro reales de à quatro que le metiò en la mano, le abriò las puertas, y voluntad, haciendola cien reverencias, aunque con la ropa, que sobre la cabeza llevaba, no la viò la cara. Ella entrò con su recado à Dorotèa, que mas estaba muerta, que viva, estuvieron hablando solas, porque las mas presas yà dormian; y de alli resultò, que Dorotèa hecha Sabina, y puesta una saya suya verde que llevaba, llamò al Portero, y le diò la cena, diciendo, que la dueña no la queria, ni dormir en cama hasta salir de alli. El viò su cielo abierto, y al sabor del tocino se puso en manos del vino, guardando la resulta para el siguiente dia. En quanto el Carcelero se ofrendaba, se cargò Dorotèa el colchòn en la cabeza, y saliò de la Carcel, dexando en su lugar à Sabina, y con dos de las mugeres del dia passado, se bolviò à casa de Claudio, hasta por la mañana, que con ellas, y otras bolviò à su casa, fingiendose no haver estado buena de salud, y que por esso se bolvia. Yà el Teniente andaba orgulloso para el siguiente dia Martes, y no se olvidaba Claudio, porque como yà sabia estàr la señora en salvo, hizo que un su amigo hablasse al Assistente, suplicandole, que personalmente le desagraviasse, viendo la sin justicia que le havian hecho. Tambien el Teniente, quando fuè à comer à su casa, y se puso à la ventana, mirando con infernal zelo à las de Dorotèa, reconociòla, y viò, que sentada con su marido, estaban comiendo juntos. Perdia el seso, estaba sin juicio, pensando què fuesse aquello: embiò à la Carcel à saber quien soltò la presa de la noche antes. Dixeronle, que alli estaba. Yà pateaba en este punto, porque sin duda creyò estàr loco, si acaso no huviera sido sueño lo passado. Assi passò aquel dia hasta el siguiente, que viniendo à la Visita el Assistente con sus dos Tenientes, mandaron llamar à Claudio, y à la muger, que con èl havia venido presa; los quales, como yà huviessen dicho en su confession quienes eran, y alli fuessen publicamente conocidos, fueron sueltos: empero tan libres, que Claudio no purgasse bien las costas, porque quando à su casa llegò, hallò la mayor parte de ella, y de sus bienes abrasados, y juntamente à una su hermana honesta, de las que sacaron à Dorotea de su casa, la qual fuè hallada con un Despensero en una misma cama muertos, y otros tres criados. Tanto sintiò este dolor, lastimòle de tal manera el corazon semejante afrenta, porque aquello havia sido en toda la Ciudad notorio,

que de la intensa imaginacion adolesciò gravemente. Y no deseando salud para gozarse con ella, sino solo para hacer penitencia de el grave pecado cometido, convaleciò, y sin dàr cuenta de ello à persona de el mundo, se fuè al monte, donde acabò santamente, siendo Religioso de la Orden de San Francisco. Dorotèa se fuè con su marido en paz, y amistad, qual siempre havian tenido. El Teniente se quedò muy feo, sin muchos doblones que le daban, y sin venganza, y Bonifacio con todo su honor, porque Sabina, y las mas que supieron su afrenta, dentro de muy pocos dias murieron, que asi sabe Dios castigar, y vengar los agravios cometidos, contra inocentes, y justos. Con esta historia, y otros entretenimientos, venimos con bonanza hasta España, que no poco la tuve deseada, sin ferros, artillerìa, remos, postizas, ni arrombadas; porque todo fuè à la mar, y quedè yo vivo, que fuera mas justo perecer en ella. Desembarcamos en Barcelona, donde diciendole à mi amigo el Capitàn Favelo, que havia votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de toda España, hasta llegar à Sevilla, y visitar la Imagen de nuestra Señora del Valle, à quien me havia ofrecido, y echole cierta promessa, si de alli escapasse. Llegòle al alma perder mi compañia, mas no pude hacer otra cosa, que temì no viniessen en mi seguimiento con alguna Saetìa, ò algun otro Baxèl. Comprè tres cavalgaduras en que me llevar, mi persona, y los baùles, recibi un criado, y diciendo ir mi viage, sin que alguno supiesse lo contrario, nos despedimos como para siempre.



LIBRO

LIBRO TERCERO DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE.

DONDE REFIERE TODO EL RESTO DE SU MALA vida, desde que à España bolviò, hasta que fue condenado à las Galeras, y estuvo en ellas.

CAPITULO PRIMERO.

DESPEDIDO GUZMAN DE ALFARACHE DEL CAPITAN Favelo, diciendole ir à Sevilla, se fue à Zaragoza, donde viò el Arancel de los Necios.



UANDO con algun fin quiere acreditar alguno su mentira, para traer à su proposito testigos, busca una fuente, lago, piedra, metal, arbol, ò yerva con quien la prueba, y luego alega que lo dicen los Naturales. Desta manera se les han levantado millares de testimonios; èl es el que miente, y cargaselo à ellos. Yo aqui harè al rebès, porque no mintiendo, dirè su mentira, y no porque lo parece, y debe de ser verdad; pues Apolonio Tianeo lo toma por su cuenta, y dice haver visto una piedra, que llaman Pantaura, Reyna de todas las piedras, en quien obra el Sol con tanta virtud, que tiene todas aquellas, que tienen todas las piedras del mundo, haciendo sus mismos efectos; y de la manera que la piedra imàn atrae à sì el acero, esta Pantaura atrae todas las otras piedras, preservando de todo mortal veneno à quien consigo la tiene. Con esta piedra se pudiera bien comparar la riqueza, pues hallaràn en ella quantas virtudes tienen todas las cosas. Ella las atrae à sì, preservando de todo veneno à quien la posseyere. Todo lo hace, y obra; es ferocissima bestia, todo lo vence, atropella, y manda. Todo lo trae sujeto à su poder, la tierra, y lo conteni-

tenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocissimos animales, no se le resiste pez grande, ni pequeño en los concabos, y huecos de las peñas sumergidas debaxo del agua, ni le huyen las aves de mas ligerissimo buelo. Desentraña lo mas profundo, sobre que hacen estrivo los montes altissimos, y saca secas las imperceptibles arenas, que cubre la mar en su mas profundo pielago. Què alturas no allanò? Quales dificultades no venciò? Què impossibles no facilitò? En què peligros le faltò seguridad? A quales adversidades no hallò remedio? Què deseò, que no alcanzasse, ò què le hizo, que no se obedeciesse? Y siendo como es un tan ponzoñoso veneno, que no solo como el basilisco, siendo mirado mata los cuerpos, empero con solo el deseo (siendo codiciada) infierna las almas; es juntamente con esto la triaca de sus mismos daños, en ella està su contraveneno, si como de condito eficaz, quisieren aprovecharse de ella. La requeza de suyo, y en sì, no tienen honra, ciencia, poder, valor ni otro bien, pena, ni gloria, mas de aquella para que cada uno la encamina. Es como el Camaleon, que toma la color de aquella cosa sobre que se assienta; ò como la naturaleza del agua del lago Feneo, da quien dicen los de Arcadia, que quien la bebe de noche enferma, y sana si la bebe despues del Sol salido. Quien huviere adolecido atesorando de noche secretamente, con cargo de su conciencia, en saliendo la luz del Sol conocimiento verdadero de su pecado, serà sano. Ni se condena el rico, ni se salva el pobre, por ser el uno pobre, y el otro rico, sino por el uso de ello. Que si el rico atesora, y el pobre codicia, ni el rico es rico, ni el pobre es pobre, y se condenan ambos. Aquella se podrà llamar suma, y verdadera riqueza, que posseida se desprecia, que solo sirve al remedio de necessidades, que se comunica con los buenos, y se reparte con los amigos. Lo mejor, y mas que tienen, es lo que menos de ellas tienen, por ser tan ocasionadas en los hombres. Ellas de suyo son dulces, y golosos ellos, y la manzana corre peligro en las puas del erizo.

La providencia Divina (para mayor bien nuestro) haviendo de repartir sus dones, no cargandolos todos à una vanda, los fuè disponiendo en diferentes modos, y personas, para que se salvassen todos. Hizo poderosos, y necessitados. A los ricos diò los bienes temporales, y los espirituales à los pobres; porque distribuyendo el rico su riqueza con el pobre, de allì comprasse la gracia, y quedando ambos iguales, igualmente ganassen el Cielo. Con llave dorada se abre; tambien ay ganzuas para èl, pero no solo por mas tener se podrà mas merecer, si no por mas despreciar, que sin comparacion

es

es mucho mayor la riqueza del pobre contento, que la del rico sediento. El que no la quiere, aquese la tiene, à esse le sobra, y solo èl podrà llamarse rico, sabio, y honrado. Y si el cuerdo echasse la cuerda, y quisiesse medir lo que ha menester, con lo que tiene nuestra naturaleza, con poco se contenta, y mucho le sobraria; empero si como loco alarga la soga, y quiere abrasar lo que tiene con lo que desea, hincha Dios essa medida, que con quanto el mundo tiene serà pobre. Para el del mal contento es en todo poco, mucho le faltarà, por mucho que tenga. Nunca el ojo del codicioso dirà, como no lo dicen la mar, y el infierno, yà me basta. Rico, y prudente serias, quando tan concertado fuesses, que quien te conociesse se admirasse de lo poco que tienes, y mucho que gastas; y no causasse admiracion en tì lo poco que puedes, y lo mucho que otros tienen. Veisme aqui yà rico, muy rico, y en España; pero peor que primero, que si la pobreza me hizo atrevido, la riqueza me puso confiado; si me quisiera contentar, y supiera governarme, no me pudiera faltar, empero como no hice uno, ni supe otro, por el dinero puse à peligro el cuerpo, y en riesgo el alma. Nunca me contentè, nada me quietò, como no lo trabajaba, facilmente lo perdia; era como la rueda de la zacaya, henchir, y luego vaciar, estimabalo en poco, y guardabalo menos, empleandolo siempre mal. Era dinero de sangre, gastabalo en sepulturas para cuerpos muertos; ello se fue con la facilidad que se vino; perdilo, y perdime, como lo veràs adelante.

Huyendo del mal, que me pudiera suceder, sali de Barcelona por sendas, y veredas, de lugar en lugar, y de trocha en trocha. Dixe que caminaba para Sevilla, dì escusas, inventè votos, y mentiras no mas de para desmentir espìas, y que de mi no se supiesse, ni por el rastro me hallassen. Las mulas eran mias, el criado nuevo, y bozal, ibame por donde queria, segun me lo pedia el gusto, y primero se me antojaba, oy aqui, mañana en Francia, sin parar en alguna parte, procurando en todas diferenciar el vestido, pues todo era cien escudos mas, ò menos. De esta manera caminè por aquella tierra, hasta venir à dàr en Zaragoza con mi persona, que no me diò pequeño contento aportar en aquella Ciudad tan principal, y generosa. Como la mocedad instimulaba, el dinero sobraba, y las damas de ella incitaban, me fuì deteniendo alli algunos dias, que todos, y muchos mas fueran muy pocos para considerar, y gozar de su grandeza. Tan hermosos, y fuertes edificios, tan buen govierno, tanta provision, tan de buen precio todo, que casi daba de si un olor de Italia. En sola una cosa la hallè

muy estraña, y à mi parecer por entonces à la primera vista muy terrible. Hizoseme dura de digerir, y mas de poderse sufrir, porque no sabia la causa. Y fuè vèr, como conociendo los hombres la condicion de las mugeres, que muy pequeña ocasion les basta para hacer de sus antojos leyes, formando de sombras cuerpos, las quisiessen obligar à que perdiendo el decoro, y respeto, que à sus difuntos maridos deben, las dexen ellos puestas de pies en la ocasion, ò en el despeñadero, de donde à muchas les hacen saltar por fuerza. Ibame passeando por una espaciosa calle, que llaman el Coso, no mal puesto, ni poco picado de una hermosa viuda, moza (y al parecer) de calidad, y rica. Estuvela mirando, y estuvose queda, bien conociò mi cuidado, mas no se diò por entendida, ni hizo algun semblante como si yo no fuera, ni alli ella estuviera, dile mas bueltas, que dà un rocin de noria (que no somos menos los que solicitamos locuras tales) empero, ni ella se mostrò esquiva, ò desgraciada, ni yo la hablè palabra, hasta que à mi parecer enfadada de verme necio de tan callado, creo diria entre sì: Quien serà este tan pintado pandero, que me ha tenido à terrero de punterìa dos horas, y no ha disparado, ni aun abierto la boca? Quitòse de alli, aguardè que bolviesse à salir, con determinacion de perder un virote, para enmendar el aviso, empero à essotra puerta. Fuìme à la posada, y preguntèle al huesped al descuido, y dandole señas quien serìa, ò si la conocìa, y respondiòme: Aquesa señora es una viuda, no una, sino muchas veces muy hermosa. Quise saber en què modo, y dixome: Tiene muchas hermosuras, que qualquiera bastaba en otra. Es hermosa de su rostro, como por èl se dexa vèr; eslo tambien de linage, por ser de lo mejor de aquesta Ciudad; tambien lo es en riqueza, por haverle quedado mucha suya, y de su marido; y sobre toda hermosura, es la de su discrecion. Vì tan llena la medida, que luego temì, que havia de verter, y dixe al huesped: Còmo sus deudos consienten, si tan principal es, que una señora, y tal estè con tanto riesgo? Porque juventud, y hermosura, riqueza, y libertad, nunca la podràn llevar por buenas estaciones: Quanto mejor serìa hacerla bolver à casar, que consentir la viudèz en estado tan peligroso? y dixome: No lo puede hacer sin grande pèrdida, pues el dia que segundare de matrimonio, perderà la hacienda, que de su marido goza, que no es poca; y siendo viuda, serà siempre usufructuaria de todo. Entonces dixe: O duro gravamen! O rigurosa clausula! quanto mejor le fuera hacer con esta señora, y otras tales, lo que al-

gunos,

gunos, y muchos acostumbran en Italia, que quando mueren, las dexan una manda generosa, disponiendo, que aquella se dè à su muger el dia que se casare, que para esso se lo dexa. Solo à fin que (codiciosas de ella) tomen estado, y saquen su honor de peligro. Fuìle apretandó mas en esto, y dixome: Señor Cavallero, no ha oido decir v.md. en cada tierra su uso, aquesto corre aqui, como essotro en Italia; cada cuerdo en su casa, sabe mas que el loco en la agena. Bolvile à decir: Si acà no ay mas ley de aquesa, y se dexan governar de las de yo me entiendo, no las apruebo, que por esso tambien se dixo: Al mal uso quebrarle la pierna. La ley santa, buena, y justa, se debe fundar sobre razon. Essa me parece à mì, que la diera muy bien, quien supiera de ella mas que yo (me respondiò el huesped) empero la que à mì me parece tener alguna fuerza, que debiò mover los animos, no fuè que la viuda no se casasse, mas siendo viuda, no viviesse necessitada, y quitarla la ocasion, que por el no tener faltassen à su obligacion, usando mal de lo que se las diò para bien: la culpa es de ellas, y la pena de ellos. El hombre no me satisfizo, hice luego discurso, pensando lo que son mugeres, que si por mal se llevan, son malas, y si por bien, peores, y de ninguna manera se dexan conocer. Son el mal, y el bien de su casa, corriendo, tropezando, y andando caen. Su nombre traen consigo, muger de mole, por ser blanda, excepto de condicion. Figuraronseme (y perdonenme la humilde comparacion) como la paja, que si en el campo en su natural, y en los pajares la dexan, se conserva con el agua, y con los vientos; empero si en algun aposento quieren estrecharla, rompe las paredes, no han de sacar de ella mas de aquel zumo, que quisiere dàr de sì, como la naranja, ò ha de amargar sin ser de provecho. No saben tener medio en lo que tratan, y menos en amar, ò aborrecer, ni lo tuvieron jamàs en pedir, y desear: siempre les parece poco lo mucho que reciben, y mucho lo poco que dàn. Son por lo general avarientas, empero con todas estas faltas, desdichada de la casa donde sus faldas faltan. Donde no ay chapines, no ay cosa bien puesta, comida sazonada, ni mesa bien asseada. Como el aliento humano sustenta los edificios, que no vengan en ruina, y caygan, assi la huella de la muger concertada sustenta la hacienda, y la multiplica: y como el tocino hace la olla, y el hombre la plaza, la muger la casa. No es aqueste lugar para tratar sus virtudes, vengo à las mias, que aquel tiempo eràn mas que las del tabaco. Estuveme un rato entreteniendo con el huesped, que me hacia relacion de mu-

muchas cosas de aquella Ciudad, sus privilegios, y libertades, de que estaba tan gustoso, y me tenia tan suspendido con su buena platica, que no me hacia falta otro buen entretenimiento: Mis pecados que lo hicieron. Yo havia salido de la mar con un grande romadizo, y no se me havia quitado, saquè de la faltriquera un lienzo para sonarme las narices, y quando lo baxè, mirèlo, como suele ser general costumbre de los hombres. El traydor del huesped, como era decidor, y gracioso, dixome luego: Señor, señor, huya, huya, escondase presto, pobre de mì, pues como estaba ciscado, à cada passo parecia que me ponian à los quatro vientos; apenas me lo dixo, quando en dos brincos me puse tràs de una cortina de la cama. El que no sabia mi malicia, pareciòle aquello inocencia, y riyendose, me bolviò à decir: No tiene gota en los pies, à fee que es bien ligero, salga vuesa merced acà, quiso Dios que no fuè nada, yà es ido, bien puede salir seguro. Salì de alli sin color, el rostro yà difunto, maravillòme mucho, segun mi temor, y turbacion, con semejante susto, como no me arrojè por las ventanas à la calle. Salì perdido, y aun casi corrido, empero procurèlo dissimular, por no levantar alguna polvareda, que no me viniesse à cuento. Preguntèle, què havia sido aquello? Y dixome: Sossieguese vuesa merced, y mandeme dàr luego un par de sueldos. Dile un real en los ayres, y como le vì sossegado, riyendose con mucho espacio, le bolvì à preguntar, para què lo havia pedido, y què havia passado? El entonando mas la risa, el rostro alegre, me dixo: Yo señor tengo aqui una procuracion, sostituìda de los Administradores del Hospitàl, para cobrar cierto derecho de los que à mi posada vienen, y lo deben. De aqui adelante podrà v.md. andar por todo el mundo con mi Cedula sin que se le haga mas molestia, ni le pidan otra cosa: con este real està yà hecho pago de la entrada, y tiene licencia para la salida. Quando esto me decia, estaba yo de lo passado, y con lo presente tan confuso, que se me pudiera decir lo que à cierta señora hijadalgo notoria, que haviendo casado con un Christiano nuevo, por ser muy rico, y ella pobre, viendose preñada, y afligida, como primeriza, hablando con otra señora su amiga, la dixo: En verdad que me hallo tal, que no sè lo que me diga, en mi vida me vì tan Judìa. Entonces la otra señora con quien hablaba, la respondiò: No se maraville vuesa merced, que trae el Judìo metido en el cuerpo. A fee que yo estaba de manera entonces, que si la risa, y trisca del huesped no me sacàra presto de la duda, creo que alli me cayera muerto. Alentòme su alien-

aliento, alegròme su alegria, y viendole tan de trisca, le dixe: Yà cuerpo de mi, pues tengo pagada la pena, quiero saber qual fuè mi culpa, que havrà sido rigurosa sentencia de Juez condenarme por el cargo, que nunca me hizo, ni me recibiò descargo, que aun podria ser, que oìdas las partes, me bolviessen mi dinero; y si acaso pequè, razon serà saber en què, para poder en adelante corregirme. Por parecerme v.md. Cavallero principal, y discreto, le quiero leer el Arancèl que aqui tengo, para la cobranza de las penas con que son castigados los que incurren en ellas, el real es de la entrada para el Mullidor: espere v. md un poco, en quanto buelvo con èl. Fuese, y traxo consigo un libro grande, que dixo ser donde assentaba las entradas de los hermanos, y sacando de èl unos pliegos de papel, que tenia sueltos, comenzòme à leer unas Ordenanzas, de las quales dirè algunas, que me quedaron en la memoria, con protestacion que hago de poner despues con ellas las que mas me fueren ocurriendo, y decian assi.

ARANCEL DE NECEDADES.

NOS la razon, absoluto señor, no conociendo superior para la reformacion, y reparo de costumbres, contra la perversa necedad, y su porfia, que tanto se arrayga, y multiplica en daño notorio nuestro, y de todo el genero humano: Para evitar mayores daños, que la corrupcion de tan peligroso cancer no passe adelante, acordàmos, y mandàmos dàr, y dimos estas nuestras Leyes à todos los nacidos, y que adelante sucedieren, por via de hermandad, y junta, para que como tales, y por nos establecidas, las guarden, y cumplan en todo, y por todo, segun aqui se contienen, y so la pena de ellas.

Otrosi, porque lo primero se debe, y conviene prevenir para la buena expedicion, y execucion de Justicia, son Oficiales de legalidad, y confianza, tales quales convenga para negocio tan importante, y grave: Nombràmos, y señalamos por Jueces à la buena policìa, curiosidad, y solicitud, nuestros legados, para que como nos, y representando nuestra persona misma, puedan administrar justicia, mandando prender, soltando, y castigando, segun hallaren por derecho. Y nos, desde aqui señalàmos por hermanos mayores de esta liga à los que fueren celosos, cada uno en su lugar, y el que lo fuere mas que los otros. Nuestro Fiscàl serà la diligencia, y el Mullidor la fama.

¶ Primeramente, à los que fueren andando, y hablando por la calle consigo mismos, y à solas, ò en su casa lo hicieren, los condenàmos à tres meses de necios, dentro de los quales mandàmos,

que ſe abſtengan, y reformen, y no lo haciendo, les bolvèmos à dàr cumplimiento à tres terminos peremptorios, dentro de los quales traygan certificacion de ſu enmienda, pena de ſer tenidos por precitos; y mandamos à los hermanos mayores los tengan por encomendados.

¶ Los que paſſeandoſe por alguna pieza ladrillada, ò loſas de la calle, fueren aſſentando los pies por las hiladas, ò ladrillos, y por el orden de ellos, que ſi con cuidado lo hicieren, los condenamos en la miſma pena.

¶ Los que yendo por la calle, por debaxo de la capa ſacaren la mano, y fueren tocando con ella por las paredes, admitenſe por hermanos, y ſe les conceden ſeis meſes de aprobacion, en que ſe les manda ſe reformen, y ſi lo hicieren coſtumbre, luego el hermano mayor les dè ſu tunica, y las demàs inſignias, para ſer tenidos por profeſſos.

¶ Los que jugando à los bolos, quando acaſo ſe les tuerce la bola, tuercen el cuerpo juntamente, pareciendoles, que aſsi como ellos lo hacen, lo harà ella, en ſu pecado moriràn: declaràmoslos por hermanos yà profeſſos. Y lo miſmo mandàmos entenderſe con los que ſemejantes viſages hacen, derribandoſe alguna coſa. Y con los que llevando maſcaras de matachines, ò ſemejantes figuras, vàn por dentro de ellas haciendo geſtos, como ſi real, y verdaderamente les parecieſſe que ſon viſtos hacerlos por de fuera, no lo ſiendo. Y con los que los contrahacen, ſin ſentir lo que hacen, ò cortando con algunas malas tixeras, ò trabajando con otro algun inſtrumento, tuercen la boca, ſacan la lengua, y hacen mil viſages tales.

¶ Los que quando eſperan al criado, haviendole embiado fuera, ſi acaſo ſe tarda, ſe ponen à las puertas, y ventanas, pareciendoles que con aquello ſe daràn mas prieſſa, y llegaràn mas preſto. Condenàmos à que ſe retraten, reconociendo ſu culpa, ſo pena que no lo haciendo ſe procederà contra ellos.

¶ Los que bruxulean los naypes con mucho eſpacio, ſabiendo cierto, que no por aquello ſe les han de pintar, ò deſpintar de otra manera, que como les vinieron à las manos, los condenàmos à lo miſmo; y por cauſas que à ello nos mueven ſe les dà licencia, que ſin que incurran en otra pena, ſigan ſu coſtumbre, con tal condicion, que cada vez que viere al Hermano mayor, ò paſſare por ſu puerta, haga reconocimiento con deſcubriſe la cabeza.

¶ Los que quando eſtàn ſubidos en alto eſcupen à baxo, yà ſea por vèr ſi eſtà el edificio à plomo, yà para ſi aciertan con la ſaliba en alguna parte, que ſeñalan con la viſta: los condenàmos à que ſe retraten, y reformen dentro de un

breve

breve termino, pena de ſer havidos por profeſſos.

¶ Los que yendo caminando, preguntan à los paſſageros quanto queda la Venta, ò ſi eſtà lexos el Pueblo, por parecerles que con aquello llegaràn mas preſto: Los condenamos en aquella miſma pena, dandoles por penitencia la del camino, y la que vàn haciendo con los mozos de las mulas, y venteros; lo qual ſe ha de entender teniendo firme propoſito de la enmienda.

¶ Los que orinando hacen ſeñales con la orina, pintando en las paredes, ò dibuxando en el ſuelo, yà ſea orinando à hoyuelo: ſe les manda no lo hagan, pena que ſi perſeveraren, ſeràn caſtigados de ſu Juez, y entregados al hermano mayor.

¶ Los que quando el relox toca, dexando de contar la hora, preguntan las que dà, ſiendoles mas decente, y facil el contarlas, lo qual procede las mas vezes de humor colerico abundante: mandamos à los tales, que tengan mucha cuenta con ſu ſalud, y ſiendo pobres, que el hermano mayor los mande recoger al Hoſpitàl donde ſean preparados con algunas guindas, ò naranjas agrias, porque corren rieſgo de ſer muy preſto modorros.

¶ Los que haviendo poco que comer, y muchos comedores, por hablar ſe divierten à contar cuentos, guſtando mas de ſer tenidos por loquaces, decidores, y graciosos, que de quedarſe hambrientos: Por ſer tintos en lana, y batanados, los remitimos con los incurables. Y mandamos, que ſe tenga mucha cuenta con ellos, porque eſtàn en ſiete grados, y falta muy poco para ſer neceſſario recogerlos.

¶ Los que por ſer avarientos, ò por otra qualquier cauſa, ò razon que ſea, como no nazca de fuerza, ò neceſsidad (que no ſe deben guardar leyes en los tales caſos) quando vàn à la plaza, compran de lo mas malo, por mas varato, como ſi no fueſſe mas caro un Medico, un Boticario, y Barbero todo el año en caſa, curando las enfermedades, que los malos mantenimientos cauſan: Condenamoſlos en deſgracia general de sì miſmos, declarandolos, como los declaramos, por profeſſos, y les mandamos no lo hagan, ò que ſeràn por ello caſtigados de los Curas, Sacriſtàn, y Sepulturero de ſu Parroquia, mas, ò menos, conforme al daño.

¶ Los que las noches del Verano, y algunas en el Invierno, ſe ponen con mucho eſpacio, yà ſea en ſus corredores, y patios enfilados, yà en ventanas, ò en otras algunas partes enfrenados, y de las nubes del ayre fueren formando figuras de ſierpes, de leones, y otros animales, los declaramos por hermanos: empero ſi aquel entretenimiento lo hicieren para dàr en ſus

casas lugar, ò tiempo, à lo que algunos acostumbran por sus interesses, para vèr el signo de Tauro, Aries, y Capricornio, lo qual es torpissimo caso, y feo. Los condenamos à que siendo tenidos por tales hermanos, no gocen de los privilegios de ellos, no los admitan en sus Cabildos, ni se les dè cera el dia de su fiesta.

¶ Los que llevando zapatos negros, ò blancos, yà sean de terciopelo de color, para quitarles el polvo que llevan, ò darles lustre, lo hicieren con la capa, como si no fuesse mas noble, y de mejor condicion, y cosa, y por limpiarlos à ellos, la dexan à ella sucia, y polvorosa: los condenamos por necios de baqueta, y siendo nobles, por de terciopelo de dos pelos, fondo en tonto.

¶ Los que haviendose passado algunos dias, que no han visto à sus conocidos, quando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno al otro: Vivo està vuesa merced? V.md. en la tierra? No obstante que sea encarecimiento, los nombramos por hermanos, pues tienen otras mas proprias maneras de hablar, sin preguntar, si està en la tierra, ò vivo, el que nunca fuè al Cielo, y està presente, y les mandamos poner à los tales una señal admirativa, y que no anden sin ella.

¶ Los que despues de oir Missa, y quando rezan las Ave Marias, à la campana de alzar, ò en otra qualquier hora, que en la Iglesia se hace señal, en acabando sus oraciones, dicen: Beso las manos de v.md. aunque se suponga ser entendimiento de gracias, haviendo dado la cabeza de ellos los buenos dias, ò noches: los condenamos por hermanos, y les mandamos, que abjuren à pena de la que siempre traeràn consigo, siendo señalados con su necedad; pues en mas estiman un beso las manos falso, y mentiroso (que ni se las besan, ni se las besarian, aunque los viessen Obispos, y mas las de algunos, que las tienen llenas de sarna, ò lepra; y otros con unas uñas cayreladas, que ponen asco mirarlas) que un Dios os dè buenas noches, ò buenos dias. Y lo mismo les mandamos à los que responden con esta salva, quando estornuda el otro, pudiendole decir: Dios os ayude.

¶ Los que buscando à uno en su casa, y preguntando por èl, se les ha respondido no estàr en ella, y haver ido fuera, buelven à preguntar: Pues ha salido yà? Damoslos por condenados en rebeldes contumaces, pues repiten à la pregunta, que yà les tienen satisfecha.

¶ Los que haviendose llevado medio piè, ò por mejor decir, los dedos de èl en un canto, y con mucha flema, llenos de colera, buelven à mirarlo con mucho espacio: los condenamos en la misma pena, y les mandamos, que

la

la quiten, ò no la miren, pena que se les agravarà con otras mayores.

¶ Los que sonandose las narices, en baxando el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les huviesse salido perlas de ellas, y las quisiessen poner en cobro: Los condenamos por hermanos, y que cada vez que incurrieren en ello, dèn una limosna para el Hospitàl de los incurables, porque nunca falte quien otro tanto por ellos haga.

Quando aqui llegò, me pareciò que solo le faltò la campanilla. Diòme tanta risa, y el papel era tan largo, que no le dexè passar adelante, y preguntèle: Yà señor huesped, que me ha hecho amistad en avisarme, para saber corregirme, digame aora, esse Hospitàl que dice, donde està, quien lo administra, ò què renta tiene? Respondiòme: Señor, como son los enfermos tantos, y el Hospitàl era incapàz, y pobre, viendo ser los sanos pocos, y los enfermos muchos, acordòse que trocassen las estancias, y assi es yà todo el mundo enfermerìa. Pues los discretos, y cuerdos (le preguntè) donde tendràn alojamiento, que puedan estàr seguros de el contagio? A esto me respondiò: Uno solo se dice, que sea el que no ha enfermado; pero hasta este dia no se ha podido saber quien sea, cada qual piensa de sì que lo es, mas no para que los mas estèn satisfechos de ello. Lo que por nueva cierta puedo dàr es, que dicen haverse hallado un grandissimo ingeniero, el qual se ofrece à meter en un huevo à quantos de este mal de todo punto se huvieren hallado limpios, y que juntamente con sus personas, meterà sus haciendas, heredamientos, y rentas, y que andaràn tan anchos, y holgados, que apenas vendràn à juntarse los unos con los otros. Yà no lo pude sufrir, y dixele: Malicia es essa, y no menos grande, que la casa de los necios; empero bien considerado, conocì su verdad, viendo que somos hombres, y que todos pecamos en Adàn. La conversacion passàra mas adelante, y el Arancèl se acabàra de leer, si la noche no viniera tan apriesa, porque me picaba mucho la viuda, y queria dàr una buelta, para vèr què mundo corria por aquellos barrios; empero dexando para el siguiente dia lo que aquel no diò lugar, pedì un vestido galàn que tenia, y mi espada debaxo de el brazo, salì por la Ciudad à buscar mis aventuras. Ibame passeando por la calle muy descuidado, que huviera quien ganarmela pudiesse, aunque le diera siete à ocho; y al traspòner de una esquina, en unas encrucijadas, encontrème con dos mozuelas, de muy buen talle la una, y la otra parecia su criada: lleguème à ellas, y no me huyeron, detuvelas, y pararonse.

Comencè à trabar converſacion, y ſuſtentaronla con tanto deſenfado, y corteſanìa, que me tenian ſuſpenſo: à quanto à la ſeñora le dixe, me tuvo los embites, no perdiendome ſurco, ni dexandome carta ſin embite: comencème à querer deſembolver de manos, y como à lo melindroſo hacia la hembra que ſe me defendia, empero de tal manera, con tal induſtria, buena maña, y grande ſutileza, que quanto en muy breve eſpacio traxe ocupadas las manos por ſu roſtro, y pechos, ella con las ſuyas no holgaba, que metiendolas por mis faltriqueras, me ſacò lo poco que llevaba en ellas. Con aquel encendimiento no lo ſentì, ni me fuera poſsible, aun en caſo que fuera con cuidado, porque nunca en tales tiempos ay memoria, ni entendimiento, ſolo ſe ocupa la voluntad. Ella en el miſmo punto, quando tuvo ſu hacienda hecha, y ſacandome importancia, haſta cien reales, dixo: Mira hermanito, dexame aora por tu vida, y haz lo que te dixere por amor de mì. Aguardame à la buelta de eſta calle por donde venimos, que la ſegunda caſa es la mia, no vamos mas de por un poco de labor, à una caſa cerca de aqui, y al momento ſerè contiguo: luego bolverèmos, y entraràs en mi caſa, que no eſtamos mas de yo, y mi criada ſolas, y veràs como te ſirvo, de la manera que mandares, y oiraſme cantar, y tañer, de manera que digas, que no has viſto mejores manos en tu vida en una tecla: Ponte aqui à eſta buelta, para que no te ſientan ir conmigo, que aun ſoy muger caſada, y de buena opinion en el Pueblo, no querria perderla; pero pareceſme de tal calidad, que qualquiera coſa ſe puede arrieſgar por tì. Creila todo quanto me dixo, por tan cierto lo tuve, como en las manos. Hice lo que me mandò, puſeme tràs la eſquina, y deſde las ocho y media de la noche, haſta las once dadas, no me quitè del pueſto paſſeando: todo ſe me antojaban bultos, y que venian, mas aſsi me pudiera eſtàr haſta eſte dia, que nunca mas bolviò. Quando yà vì ſer tarde, ſoſpechè que tendria ſu galàn, y que haviendo ido à ſu caſa, no la dexaria bolver: culpabala, y no mucho, que lo miſmo me hiciera yo, ſi por mis puertas entràra. Vì que no havia ſido mas en ſu mano, y dixe: Aùn ſeràn buenas mangas deſpues de Paſqua. Eſto aqui nos lo tenèmos, y cierto eſtà, un dia viene tràs otro; dexèle ſeñalada la puerta, y paſsè con mi eſtacion adelante, donde me llevaban los deſeos. Quando allà lleguè, todo eſtaba muy ſoſſegado, que ni memoria de perſona parecia por toda la calle, ni en puerta, ò ventana. Eſtuve mirando, y acechando por una parte, y otra, dì bueltas, hice ruìdo, toſì, gar-

gajeè, mas como si no fuera. Yà despues de buen rato, quando cansado de passear, y esperar, me quise bolver à la posada, desespe-rado de cosa que bien me sucediesse, saliò à una ventana pequeña un bulto, al parecer, y en la habla de muger, cuyo rostro no vì, ni quando le viera, pudiera dàr fee de èl, por hacer tan obscuro: Comencèle à decir mocedades, ò necedades (que no eran ellas menos) y dixome no ser ella con quien yo pensaba que hablaba, sino criada suya, fregona de las ollas. Sea quien huviere sido, tambien hablaba, de tal manera, que me iba entreteniendo, que me olvidè por mas de dos horas, pareciendome un solo momento. Veis aqui, si no lo haveis por enojo, quando al cabo de rato sale un gozque de Bercebut, que debia de ser de alguna casa por alli cerca, y comenzò à dàr tal baterìa, que no me fuè posible oìr, ni entender mas alguna palabra. La ventana estaba bien alta, la muger hablaba passo, corria un poco de fresco, tanto ladraba el gozque, y tal estruendo hacia, que pensandolo remediar, busquè con los pies una piedra que tirarle, no hallandola, baxè los ojos, y divisè por junto de la pared un bulto pequeño, y negro, creì ser algun guijarro, asylo de presto, empero no era guijarro, ni cosa tan dura, sentime lisiada la mano, quisela sacudir, y dime con las uñas en la pared, corrì con el dolor con ellas à la boca, y pesòme de haverlo hecho. No bastaba escupir, acudì à la faltriquera con la otra mano para sacar un lienzo, empero ni aun el lienzo hallè. Sentime tan corrido de que la mozuela me huviesse burlado, tan mohino de haverme assi embarrado, que si los ojos me saltaban del rostro con la colera, las tripas me salian por la boca con el asco. Queria lanzar quanto en el cuerpo tenia, como muger con mal de madre. Tanto ruìdo hice, tanto diò el perro en perseguirme, que à la muger le fuè forzoso recogerse, y cerrar su ventana, y à mì buscar adonde lavarme. Arrastrè los dedos por las paredes como mas pude, y mejor supe; fuìme con mucho enojo à la posada, con determinacion de bolver la noche siguiente à los mismos passos, por si acaso pudiera encontrarme con aquella buena dueña, que nos vendiò el galgo.

CAPITULO II.

SALE GUZMAN DE ALFARAche de Zaragoza, vase à Madrid, à donde hecho Mercader le casan; quiebra el credito, y trata de algunos engaños de mugeres, y de los daños que las contra-escrituras causan, del remedio que se podrìa tener en todo.

Luego que à casa lleguè, me fuì derecho al pozo, y fingien-

guiendo quererme refrescar, porque mi criado no sintiera mi desgracia, por ser de suyo tan asquerosa, le hice sacar dos calderos de agua, con el uno me labè las manos, y con el otro la boca, que casi la desollè, y no estaba bien contento, ni satisfecho de mì. En toda la noche no pude cobrar sueño, considerando en la verdad, que la muger me havìa confessado, que me acordarìa de sus manos para en toda mi vida. Ved si la dixo, pues aùn hago memoria de ellas para los que de mi sucedieren. Yo asseguro, que no se hizo tanta de las de la Griega Elena, ni de la Romana Lucrecia. Quando daba en esto, la conversacion de la otra me destruìa; queria olvidarlo todo, y acudia por el otro lado la memoria del guijarro, y alterabaseme otra vez el estomago. Què ha de ser esto de esta noche? Quando havèmos de acabar con tantos? Què si de una parte me cerca duero, por otra Peña tejada? Decia, considerando entre mì: Si aquesta pequeña burla (no mas de por haverlo sido) la siento tanto, como lo havràn passado mis parientes con la pesadumbre que les hice? Quando aquesto assi duele, que harà con guindas? Yà lo passaba en esto, yà en lo que havia de hacer el siguiente dia, como, y de què me havia de vestir, si havia de arrojar la cadena del dia de Dios, de las fiestas terribles, por donde me havia de passear, què palabras me atreverìa à decir para moverla, ò què regalo la podrìa embiar con què obligarla? Luego bolvìa diciendo, si mañana hallo aquella mozuela, què la harìa? Pondrìale las manos? No, quitarèla lo que llevare? Tampoco. Pues tratar de su amistad, menos. Pues deciame yo à mì, para què la quiero buscar? Yà conozco las buenas, y diestras manos que trae por la tecla. Vayase con Dios, allà se aya Marta con sus pollos, que à fè que si le sobrara, que no se pusiera en aquel peligro. Mirabame à mì, conociame, bolvìa considerando à solas: Quales quexas podìa dàr el carnicero lobo del simple cordero? Què agua le pone turbia, para que tanto de èl se agravie? No puedo traer en una muy valiente acemila el oro, plata, perlas, y joyas que traygo robadas de toda Italia, y acuso à esta desdichada por una miseria que me llevò, quizà forzada de necessidad? O condicion miserable de los hombres, què facilmente nos quexamos, quàn de poco se nos hace mucho, y como muy mucho lo criminamos! O Magestad inmensa divina! Què mucho te ofendèmos, y què poco se nos hace, y quan facilmente lo perdonas? Què sujecion tan avassallada es la que tienen los hombres à sus passiones proprias? Y pues lo mejor de las cosas es el poderse valer de ellas à tiempo, y conozco que se debe tener tanta lastima de los que yerran, como embidia de los

que perdonan, quieromela tener à mi: allà selo aya, yo se lo perdono. Asi me amaneciò: yà la luz entraba escasamente por unas juntas de ventanas, quando tambien por ellas pareciò haver entrado un poco de sueño: dexème llevar, y traspuseme hasta las nueve, sin decir esta boca es mia. No tanto me holguè por haver dormido, como de quedar dispuesto à poder velar la noche siguiente, sin quedar obligado à pagar por fuerza el censo en lo mejor de mi gusto, si acaso acertara otra vez à cobrarlo. Levantème satisfecho, y deseoso, fuìme à Missa, visitè la Imagen de Nuestra Señora del Pilar, que es una devocion de las mayores, que oy tiene la Christiandad. Gastè aquel dia en passeos, vì mi viuda, que saliendo de la ventana, se puso en el balcon à labar las manos. Quisiera que aquellas gotas de agua cayeran en mi corazon, para si acaso pudieran apagar el fuego de èl: no me atrevì à hablar palabra, puseme à una esquina, mirèla con alegres ojos, y rostro risueño; ella se riò, y hablando con las criadas que alli estaban dandole la tohalla con la fuente, y jarro, sacaron las cabezas à fuera, y me miraron. Yà con esto me pareciò hecho mi negocio, atesè de piernas, y pecho, y levantado el pescuezo, dile dos, ò tres passeos, el canto del capote por cima del ombro, el sombrero puesto en el ayre, y llevando tornatiles los ojos, bolviendo à mirar à cada passo, de que no poco estaban risueñas, y yo satisfecho. Tanto me alarguè, tan descompuesto anduve, como negocio hecho, y corrierta aquel discurso en favor de la muger que me llevò aquella miseria, me picaban tabanos por hallarla, y dì cien bueltas aquella noche por la propria calle, pareciendome que pudiera ser bolver à verla otra vez en el mismo puesto, sin saber por què, ò para què lo hacia, mas de asì à la balda, hasta hacer hora. Yà que vì que lo era, fuime mi calle adelante, y al entrar en la del Coso, por una encrucijada, casi frontera de la casa de mi dama, divisè desde lexos dos quadrillas de gente, unos à la una parte, y otros à la otra. Bolvime à retirar à dentro, y parado à una puerta, consideraba; yo soy forastero, esta señora tiene las prendas, y partes que todo el mundo conoce, pues à fè que no està la carne en el garabato por falta de gato; no es muger esta para no ser codiciada, y muy servida.

Estos aqui no estàn esperando à quien dàr limosna, yo no sè quien son, ò lo que pretenden, si son amigos, y todos de una camada, ò si alguno de ellos es interessado aqui, si me cogen por desgracia en medio, no digo yo manteado, acrivillado, y como del coso agarrochado, por la casa por mi cuenta, y à todo esto estuvo siempre queda, sin quitarse de la ventana. Paseabanla mu-

muchos Cavalleros de muy gallardos talles, y bien aderezados, empero à mi juicio ninguno como yo. A todos les hallè faltas, que me parecian en mi ventajas, y sobras. A unos les faltaban los pies, y piernas à otros; unos eran altos, otros baxos, otros gordos, otros flacos, los unos gachos, y otros corcobados. Yo solo era para mì el solo, el que no padecìa excepcion alguna, y en quien estaba todo perfecto, y sobre todo mas favorecido, porque à ninguno mostrò el semblante que à mi. Acercòse la noche, levantòse de la ventana bolviò la vista àcia donde yo estaba y entròse adentro. Fuìme à la posada, rico, y pensativo de lo que havia de hacer: quiso venir el huesped à tenerme conversacion, pero como yà de nada gustaba, mas de mis contemplaciones, dixele, que me perdonasse, que me importaba ir fuera. Cenè, y tomando mi espada, sali de casa en demanda de mi negocio. Vereis qual sea la mala inclinacion de los hombres, que con haver hecho aquel, por ventura me dexaron muerto: la tierra es peligrosa, los hombres atrevidos, las armas aventajadas, ellos muchos, yo solo: Guzmàn, guarda, no seas nabo. Y si son enemigos, y quieren sacudirse, yo no los he de poner en paz, antes he de sacar la peor parte, yà sea por aqui, yà por alli, bolvamos à casa, que es lo mas cierto, mas à cuento me viene mirar por mis baùles, y salirme del lugar que no conozco, ni soy conocido, que à quien se muda, Dios le ayuda. Dì la buelta en dos pies, y en quatro trancos lleguè à mi posada, recogime à dormir, con mejor gana, y menos penas, que la noche passada; que verdaderamente no hay cosa que mas desamartele, que vèr visiones. De esta manera me determinè à salir de alli el siguiente dia, y assi lo hice. Vineme poco à poco acercando à Madrid, y quando me vì en Alcalà de Henares, me detuve ocho dias, por parecerme un Lugar el mas gracioso, y apacible de quantos havia visto, despues que de allì salì. Si la codicia de la Corte no me tuviera puestas en los pies alas, bien creo que allì me quedàra, gozando de aquella fresquissima ribera, de su mucha, y buena provision, de tantos agudissimos ingenios, y otros muchos entretenimientos. Empero como Madrid era patria comun, y tierra larga, pareciòme no dexar un mar por el arroyo. Alli al fin està cada uno como mas le viene à cuento; nadie se conoce, ni aun los que viven de unas puertas adentro: Esto me arrastrò, allà me fuì. Estaba yà todo trocado de como lo dexè, ni havia Especiero, ni memoria de èl. Hallè poblados los campos, los niños mozos, los mozos hombres, los hombres viejos, y los viejos fallecidos. Las plazas calles, y las calles muy de otra manera, con mucha mejorìa

en todo. Apofentème por entonces muy à gufto, y tanto, que fin falir de la pofada eftuve ocho dias en ella divertido con folo el entretenimiento de la huefpeda, que tenia muy buen parecer, era difcreta, y eftaba bien tratada. Hizome regalar los dias que alli eftuve, con toda la puntualidad pofsible. En efte tiempo anduve dando traza de mi vida, què haria, ò como viviria, y al fin de todas ellas vence la vanidad; comencè mi negocio por las galas, y mas galas. Hice dos diferentes veftidos de calza entera, y muy gallardos. Otro faquè llano para remudar, pareciendome que con aquello, fi compraffe un cavallo, que quien afsi me viera, y con un par de criados, facilmente me compraria las joyas que llevaba. Pufelo por obra, comencè à pabonear, y gaftar largo; la huefpeda no era corta, fino gentil cortefana; dabame cañas à las manos en quanto era mi gufto. Aconteciò, que como frequentaffen mi vifita muchas de fus amigas, una de ellas traxo en fu compañia una muchachuela de muy buena gracia, hermofa como un Angel; y con fer tan por eftremo hermofa, era mucho mas bellofa. Hicele el amor, moftròfe arifca, dadivas ablandan peñas. Quanto mas la regalè, tanto mas iba moftrandofe blanda, hafta venir en todo mi defeo. Continuè fu amiftad algunos dias, en los quales nunca cefsò (como fi fuera gotera) de pedir, pelar, y repelar quanto mas pudo, tan futil, y dieftramente, qual fi fuera muger madrigada, muy curfada, y curtida, empero baftabale la doctrina de fu madre. Pidiòme una vez, que la compraffe un mantèo de damafco carmesì, que vendia un corredor à la Puerta del Sol, con muchos abollados, y paffamanos de oro, y no querian por èl menos de mil reales. Pareciendome aquella una excefsiva libertad (porque aunque me tenia un poco picado, no lo havia hecho tan mal con ella, que yà no le huvieffe dado mas de otros cien efcudos, y que fi afsi me fueffe dexando cargar à fu paffo, en tres boladas no quedaria bolo en hiefto; no fe lo dì, enojòfe, no fe me diò nada, fintiòfe, dime por no entendido, indignaronfe madre, y hija, callè à todo, hafta vèr en què paraba; no me vinieron à vifitar, ni yo las embiè à llamar. Entraron en confejo con mi huefpeda, que fueron todas el lobo, y la bulpeja, y tres al mohino. Veis aqui quando à medio dia eftaba comiendo muy fin cuidado de cofa que me lo pudiera dàr, donde veo entrar por mi apofento un Alguacil de Corte. Hà cuerpo de tal! aqui morirà Sansòn, y quantos con èl fon. Mi fin es llegado, dixe, levantème alborotado de la mefa, y el Alguacil me dixo: Sofsieguefe v.md. que no es por ladron, antes no creo que puede fer por otra cofa,

dixe

dixe entre mì. Ladron dixiſtes, creì que lo decia por donayre, y que por eſſa cauſa queria prenderme. Turbème de modo, que ni acertaba con palabra, ni ſabia ſi huìr, ſi eſtarme quedo, tenianme tomada la puerta los corchetes: la ventana era pequeña, y alta de la calle, no pudiera con tanta facilidad arrojarme por ella, que primero no me cogieran; y quando pudiera eſcapar de ſus manos, me matàra. Ultimamente, con toda mi turbacion, como pude le preguntè, què mandaba? El con la boca llena de riſa, y muy ſin el cuidado que yo eſtaba, metiendo la mano en el pecho, ſacò de èl un mandamiento, en que me mandaban prender los Alcaldes, por lo que ni comì, ni bebì. Por eſtrupo decis? Valgate la maldicion la hembra, y à mì, ſi sè lo que te pides, y no mientes como cien mil diablos. Jurèle ſer falſedad, y teſtimonio: El Alguacìl riendoſe me dixo, que aſsi lo creìa; pero que no podia exceder del mandamiento, ni ſoltarme, que tomaſſe la capa, y me fueſſe con èl à la Carcel. Vime desbaratado; yo tenia los baùles quales yà podràs imaginar. Mis criados no eran conocidos. Eſtaba en poſada, donde me havian hecho la cama, quizà para tener achaque de robarme. Si allì los dexaba, quedaban como en la calle, y ſi los queria ſacar, no ſabia donde ponerlos; pues ir à la Carcel, es como los que vàn à jugar à la Taberna en la Montaña, que comienzan por los naypes, y acaban borrachos, con el jarro en la mano, penſando ir por poco, pudiera ſer ſalir por mucho. Eſtaba, que no ſabia lo que hacerme. Apartè à ſolas al Alguacìl, roguèle que por un ſolo Dios no permitieſſe mi perdicion. Dixele, que aquella hacienda llevaba en rieſgo, y pèrdida, que dieſſe traza como no ſe me hicieſſe agravio, porque me robarian, y que ſolo aqueſe havia ſido el intento de aquella gente. Era hombre de bien (que no fuè pequeña ventura) diſcreto, corteſano, ſabia mi verdad, como quien conocìa bien à la parte, prometì de pagarſelo muy à ſu guſto: Dixome, que no tuvieſſe pena, que harìa lo que pudieſſe por ſervirme. Dexò allì los criados en mi guarda, y ſaliò à buſcar à la parte, que havian con èl venido, y eſtaban en el apoſento de la hueſpeda. Fuè, y bolviò con unos, y otros medios: amenazòlas, que ſi no lo hacian, havia de jurar en mi favor la verdad, y deſcubrir la bellaqueria, ſino ſe contentaban con lo que fueſſe bueno. Ellas que vieron ſu pleyto mal parado, lo dexaron todo en ſus manos, y concertònos en dos mil reales, que le fuè por juramento à la madre, que le havia de pagar el mantèo con el doblo, y no la tendria contenta, mas yo sè que lo quedò, porque no ſe lo debia, paguèſelos, y yendonos al Oficio del Eſcrivano,

se baxaron de la querella. Costòme todo hasta docientos ducados, y en media hora lo hicimos noche, mas no tuve aquella en la posada, ni mas puse piè de para sacar mi hacienda, y al punto alcè de rancho: fuìme à la primera que hallè, hasta que busquè un honrado quarto de casa, con gente principal: comprè las alhajas que tuve necessidad, y puse mis pucheros en orden. Quando andaba en esto, encontrème una mañana con el mismo Alguacìl en las Descalzas, y despues de haver ambos oìdo una misma Missa, nos hablamos, y jurèle por el Sacramento que allì estaba, que tal cargo no tuve à aquella muger; y dixome: Cavallero, no es necessario esse juramento para lo que yo sè, quanto mas para lo que aqui es muy publico: Yo conozco aquella mozuela, y con esta demanda que puso à v. md. son tres las querellas, que ha dado en esta Corte por el mismo negocio. Diò la primera ante el Vicario de la Villa de un pobre Cavallero de Epistola, que vino aqui à cierto negocio, era hijo de padres honrados, y ricos, el qual por bien de paz les dexò en las uñas hasta la sotana, y se fuè, como dicen, en camisa. Despues lo pidieron otra vez en la Villa, querellandose al Theniente de un Catalàn rico, de quien tambien pelaron lo que pudieron; pero este jurada se la tiene, que no le dexarà la manda en el Testamento.

Aora se querellò à los Alcaldes de v. md. y si no fuera por parecerme de menor inconveniente pagarles aquel dinero, que consentirse ir preso, dexando su hacienda desamparada, verdaderamente no lo consintiera, hiciera mi oficio: empero del mal el menos, que aunque sin duda vuesa merced saliera libre, no pudiera ser con tanta brevedad, que no passasse algun tiempo en pruebas, y respuestas. Con esso escusamos prisiones, grillos, visitas, Escrivanos, Procuradores; daca la relacion, buelve la relacion, que todo fuera dilacion, vejacion, y disgusto; mas barato se hizo de aquella manera, y con menos pesadumbre. Lo que como hidalgo, y hombre de bien puedo à v. md. assegurar, es, que he servido à su Magestad con esta Vara casi veinte y tres años, porque và yà en ellos, y que de todos quantos casos he visto semejantes à este, no he sabido de tres en mas de trecientos que se ayan pedido con justicia; porque nunca quien lo come lo paga, ò por grandissima desgracia, siempre suele salir horro el dañador, y despues lo echan à la buena barba, siempre suele recambiar en un desdichado, de quien pueden sacar honra, y dineros, ò marido aproposito para sus menesteres. El es como la seca, que el daño està en el dedo, y escupe debaxo del brazo La causa es, porque, ò luego el delinquente huyò,

ò es perſona tal, à quien ſerìa de poca importancia pedirlo. Eſtas mozuelas andanſe por eſſas calles, ò en caſa de ſus amigas, ò en la de ſus padres, entra en la cocina el mozo, tiene lugar de hablarlas, y ellas de reſponderle; ambos eſtàn de las puertas adentro, ſobrales el tiempo, no les falta gana, llega la ocaſion, y dexan aſſentada la partida. Y como ſucede las mas veces aqueſto con gente pobre, y luego èl en oliendo el tocino, ſe ſale de caſa, y no parece: Quando los padres alcanzan à ſaberlo, para no quedarſe ſin el fruto de ſus trabajos, danla una fraterna, y ellos miſmos andan deſpues à ojèo, y la echan à la mano à perſona tal, que ſaquen coſto, y coſtas de ſu mercaderìa; y aſsi viene quien menos culpa tiene à labar la lana. Entonces le preguntè: Pues digame v.md. ſuplicole, ſi nunca los tales caſos acontecen ſino à ſolas, quien ay que jure verdad, ſi ella no dà gritos para que ſe vea la fuerza, y acuda gente, que los halle à entrambos en el acto? Reſpondiòme, no es neceſſario, ni en tales caſos piden al teſtigo, que diga ſi los viò juntos, que ſerìa infinito, baſta que depongan, que los vieron hablar, y eſtàr à ſolas, que la besò, que los vieron abrazados, ù de las puertas adentro de una pieza, ò tales actos, que pueda de ellos preſumir el hecho; porque con eſto, y la voz que ella miſma ſe pone de haver ſido forzada, hallando yà las matronas como dice, baſtan para prueba. Yo vì en eſta Corte un caſo muy riguroſo, y el mayor que v.md. havrà oìdo. Aqui eſtuvo una dama muy hermoſa, foraſtera, la qual venia ladrada de ſa tierra, no con otro fin, que à buſcar la vida; tratòſe como doncella, y en eſte habito anduvo algunos dias. Pretendiòla cierto Principe, y haviendola hecho eſcritura por ochocientos ducados, en que con èl concertò ſu honor, diciendo quererlos para ſu caſamiento, no pagandoſelos al plazo, le executò, y cobrò. Deſpues de alli à pocos años, que no paſſaron quatro, (ſiendo favorecida de cierto perſonage) hizo un eſcaveche, con que haviendo tratado con cierto Eſtrangero, ſe querellò, y alegando el reo contra ella la eſcritura original, y la paga del interès, le condenaron, y pagò. Allà dixo que no huvo, que ſi huvo; en reſolucion, la muger en cada lugar cobraba dos, y tres veces lo que no vendia, y de eſta manera paſſaba. Vueſa merced no ſe tenga por mal ſervido en lo hecho, porque librò muy bien, que los Teſtigos decian enſangrentados, aunque no lo quedò ella. Deſpedimonos, y fueſe: yo quedè admirado de oìr ſemejante negocio. De alli me fuì deslizando poco à poco en la conſideracion, de quan ſanta, quan juſta, y licitamente havia prohibido el Santo Concilio de

Trento sobre los matrimonios clandestinos; què de cosas quedaron remediadas? què de portillos tapados, y paredes levantadas? Y como si la Justicia Seglar hiciera oy otro tanto, en casos qual el mio, no huviera el quinto, ni el diezmo de las malas mugeres que oy ay perdidas? Porque real, y verdaderamente, hablandola entre nosotros, no ay fuerza, sino grado. No es posible hacerla ningun hombre solo à una muger (si ella no quiere) otorga con su voluntad, y si quiere, què le piden à èl? Dirè lo que verdaderamente aconteciò en un Lugar de Señorìo en el Andalucìa: Tenia un Labrador una hija moza, de quien se enamorò un mancebo hijo de vecino de su Pueblo, y haviendola gozado, quando el padre de ella lo vino à saber, acudiò à una Villa, cabeza de aquel Partido, à querellarse del mozo. El Alcalde tuvo atencion à lo que decian, y despues de haver el hombre informado muy à su placer, le dixo: Al fin os querellais de aquese mozo, que retozò con vuestra muchacha? El padre dixo, que sì, porque la deshonrò por fuerza. Bolviò el Alcalde à preguntar: Y decidme, quantos años tienen èl, y ella? El padre le respondiò, mi hija hace para el Agosto que viene veinte y un años, y el mozuelo veinte y tres. Quando el Alcalde oyò esto, enojado, y levantandose con ira de l poyo, le dixo: Y con esso venis agora? El de veinte y tres, y ella de veinte y uno; andad con Dios hermano, ved que gentil demanda, bolvèos en buen hora, que muy bien pudieron herlo. Si asi se les respondiesse con una ley, en que se mandasse, que muger de once años arriba, y en poblado, no pudiesse pedir fuerza, por fuerza serìan buenas. No ay fuerza de hombre que le valga, contra la que no quiere. Y quando una vez en mil años viniesse à ser, no havia de componerse à dinero, ni mandandolos casar (salvo si no le diò ante testigos palabra de ello) no havia de haver otro medio, que pena personal, segun el delito, y que saliesse à la causa el Fiscàl del Rey, para que no pudiesse haver, ni valiesse perdon de parte. Yo asseguro que de esta manera ellos tuvieran miedo, y ellas mas verguenza; porque quitandoles esta guarida, desconfiadas, no se perderìan. Si fuè su voluntad, què piden? Si no tienen què, no engañen? Aqui entra luego la piedad, y dice: O que mugeres flacas, dexanse vencer, por ser faciles en creer, y falsos los hombres en el prometer, deben ser favorecidas, esto es asi verdad; empero si supiessen que no lo havian de ser, sabrianse mejor guardar, y aquesta confianza suya las destruye, como la fee sin obras, que tiene millares en los infiernos: ninguna se fie de hombre, prometen con pasion, y cumplen con dilacion,

cion, y sin satisfaccion, y la que se confiare, quexese de sì si la burlaren. Prenden à un pobrete, como yo he visto muchas veces, rebolverse dos criados en una casa, y estando ella como gusano de seda, de tres dormidas, con quien ha querido, quando el amo los halla juntos, prenden al desdichado, que ni comiò nata, ni queso, sino solo el suero, que arrojan à los perros: Tienenlo en la Carcel, hasta que yà desesperado le hacen que se case con ella; porque le condenan en pena pecuniaria, que vendidos èl, y todo su linage, no alcanzan para pagarla, quando se vè perdido, y cargado de matrimonio, ò quitarle à bofetadas lo que tiene, vanse uno por aqui, y el otro por alli. El se hace romero, y ella ramera, ved què gentil casamiento, y què gentil sentencia.

O si sobre aquesto se reparasse un poco! No dudo el grande provecho, que de ello resultarìa: Paguè lo que no pequè, troquè lo que comì, puse mi casa, recogime con lo que tenia, porque temia no me sucediesse con otra huespeda lo que con la passada.

Y porque tambien recelaba, que aquel collar, y cinta, que me havia embiado el tio, siendo piezas de tanto valor, pudieran ser por la fama descubiertas; quiseme retirar à solas à mi casa, y en parte donde con secreto pudiesse deshacerlo. Asi lo hice, desclavè las piedras à punta de cuchillo, quitè las perlas, puse cada cosa de por sì, metì en un grande crysol todo el oro, no de una vez (que no cupo) sino en seis, ò siete, y assi lo fundì, yendolo adulzando con un poco de solimàn, que yo sabia un poquito del Arte, y teniendo un riel prevenido, lo fuì à mi espacio haciendo barretas. Parecióme cordura, que por sus hechuras no quedasse deshecha la mia, y tuve por mejor perderlas, que perderme. Hiceme tratante con aquellas piedras, informandome muy bien primero del valor de ellas, y de cada una, haciendolas engastar en Cruces, en sortijas, en arracadas, y otras joyas, donde mejor se podian acomodar, diferenciando el engaste; de manera, que con el oro mismo, y las proprias piedras, hice diferentes piezas, que unas vendidas, otras fiadas à desposados, y rifadas muchas, perdì muy poco de lo que de otra manera se pudiera ganar, y con menos pesadumbre de riesgo. Mi caudal crecia, porque yà me havia hecho muy gentil mohatrero, credito no me faltaba, porque tenia dinero. Dabanse junto à mi casa unos solares para edificar, parecióme comprar uno, por tener una possession, y un rincon en que meterme, sin andar cada mes con las talegas de las alcamonìas à cuestas, mudando barrios. Concertème, paguèlo en reales de contado, y cargaronme dos de censo

per-

perpetuo en cada un año. Labrè una casa, en que gastè sin pensarlo, ni poderme bolver atràs mas de tres mil ducados; era muy graciosa, y de mucho entretenimiento. Passaba en ella, y con mi pobreza, como un Fucar; y assi acabàra mi corta fortuna, y suerte avarienta, si no me salieran al encuentro, viniendose à juntar el tramposo, con el codicioso. Como mi casa estaba tambien puesta, mi persona tambien tratada, y mi reputacion en buen punto, no faltò un loco, que me codiciò para yerno. Pareciòle que todo yo era de comer, y que no tenia dentro, ni pepita que desechar. Aun esta es otra locura, casar los hombres à sus hijas, con hijos de padres no conocidos. Mirad, mirad, tomad el consejo de los viejos, al hijo de tu vecino metele en tu casa:. Sabes què mañas, què costumbres tiene, si tiene, si sabe, si vale; y no un advenedizo, que pudieran otro dia ponerselo desde su casa en la horca, si acaso lo conocieran. Era tambien mohatrero como yo, que siempre acude cada uno à su natural. Tanto se me vino à pegar, que me llegò à empegar, casòme con su hija, que no tenia otra: estaba rico, era moza de muy buena gracia, prometiòme con ella tres mil ducados, dixe de sì. El, como era vividor, solo buscaba hombre de mi traza, que supiesse trafagar con el dinero, y en aquesto tuvo razon, porque mucho mas vale un yerno pobre, que sepa ser vividor, que rico, y gran comedor. Mejor es hombre necessitado de dineros, que dineros necessitados de hombre. Aqueste se aficionò de mi, trataronse los conciertos, y efectuaronse las bodas. Yà estoy casado, yà soy honrado, la señora està en mi casa muy contenta, muy regalada, y bien servida. Passaronse algunos dias, y no fueron muchos, quando llevandonos mi suegro un Domingo à comer à su casa, despues de alzadas las mesas, que nos quedamos los tres à solas, dixome assi: Hijo, como yà con los años he passado por muchos trabajos, y veo que sois mozo, y estais al piè de la cuesta, para que llegueis à lo alto de ella descansado, y no bolvais à caer desde la mitad, os quiero dàr mi parecer, como quien tanto es interessado en vuestro bien, que de otra manera, no tenia para què daros parte de lo que pretendo. Lo primero haveis de considerar, que si un maravedì sacaredes del caudal con que tratais, que se os acabarà muy presto, aunque sea muy grueso: Tambien haveis de hacer como con vuestro buen credito passeis adelante; y si haveis de ser Mercader, seais Mercader, poniendo à parte todo aquello, que no fuere llaneza, pues no se negocia sino es con ella, y con dinero, cambiar, y recambiar. Yo procurarè iros dando la mano

quan-

quanto mas pudiere siempre; y porque, lo que Dios no quiera, si alguna vez dière buelta el dado, y no viniere la suerte como se desea, purgaos en salud, prevenios con tiempo de lo que os puede suceder. Otorgàranse luego dos Escrituras, y dos contraescrituras; la una sea confessando, que me debeis quatro mil ducados que os prestè, de la qual os darè luego Carta de pago, como la quisieredes pintar; y ambas las guardarèmos para si fueren menester, aunque mucho mejor serìa, que tal tiempo no llegasse, ni lo viessemos por nuestra puerta. La otra serà, yo harè que os venda mi hermano quinientos ducados, que tiene de juro en cada un año, y harase de esta manera: No faltarà un amigo Caxero, que por amistad haga muestra del dinero, para que pueda el Escrivano dàr fee de la paga, ò aì lo tomarèmos, y nos lo prestaràn en el banco à trueque de cinquenta reales; y quando se aya otorgado la Escritura de venta, vos le bolvereis à dàr el poder en causa propria, confessando, que aquello fuè fingido; mas que real, y verdaderamente siempre aquellos quinientos ducados fueron, y son suyos. Parecióme muy bien, por ser cosa que pudiera importar, y nunca dañar. Hizose assi, como lo trazò el Maestro, y como aquel que de bien acuchillado, sabia como se havia de preparar el atutìa, pues yà tenia el camino andado, y con la misma traza se havia enriquecido. De esta manera fuì negociando algun tiempo, siendo siempre puntual en todo; y como la ostentacion suele ser parte de caudal para lo que al credito importa, presumia de que mi casa, mi muger, y mi persona siempre anduviessemos bien tratados, y en mi negociacion ser un relox. Era la señora mi esposa de la mano horadada, y taladrada de sienes, yo por mi negocio la comencè à dàr mano, y ella por el suyo tomò tanta, que con sus amigas en banquetes, fiestas, y meriendas, demàs de lo exorvitante de sus galas, y vestidos, con otros millares de menudencias, que como rabos de pulpos cuelgan de cada cosa de estas, juntandose con la carestìa, que sucediò aquellos primeros años, y la poca correspondencia que huvo de negocios, yà reconocì flaqueza, yà tenia vahidos de cabeza, y estaba para dàr conmigo en el suelo, faltabame muy poco para dexarme caer à plomo: nadie sabe, sino es el que lo lasta, lo que semejante casa gasta. Si en este tiempo se hiciera la ley en que dieron en Castilla la mitad de multiplicado à las mugeres, à fee que no solo no se lo dieran, empero que se lo quitàran de la dote. Debian entonces de ayudarlo à ganar, mas aora no se desvelan, sino en como acabarlo de gastar, y consumir. Hacienda, y tanto tenia yo solo, para ser brevemente

muy rico, y con la muger quedè pobre. Como solo mi suegro sabia tambien como yo el debe, y ha de haber de mi libro, no me faltaba el credito, porque todos creyeron siempre, que aquellos quinientos ducados eran mios: con aquella sombra carguè quanto mas pude, hastaque no pudiendo sufrir el peso, me assentè como edificio falso. Llegabase yà el tiempo de las pagas, que aunque siempre corre, para los que deben buela, y es mas corto. Vime apretado, no podia sossegar un punto; fuime à casa de mi suegro à darle cuenta de mi cuidado, èl me alentò quanto mas pudo, diciendo, que no desmayasse, pues teniamos el remedio à las manos de puertas adentro de nuestra casa. Tomò la capa, y fuimonos mano à mano los dos al Oficio de un Escrivano de Provincia, grande amigo suyo, y llevandole à Santa Cruz, que es una Iglesia, que està en la misma Plaza, frontero de la Carcel, y de los Oficios, alli le hicimos en secreto relacion del caso. Y dixo mi suegro: Señor N. este negocio le ha de valer à v.md. muchos ducados, y en la pesadumbre passada que yo tuve, bien sabe que no me llevò blanca, ni derechos algunos de los que me tocaban en quanto el pleyto durò. Mi yerno debe por otra Escritura, primera que la mia, mil ducados, y està presentada, y hechas diligencias en otro Oficio, empero querèmos que todo passe ante v.md. y en esta consideracion ha de tratarnos como à sus amigos, y servidores, que yo quiero no solo dexar de satisfacer esta merced, empero aqui mi hijo, el dia que saliere, darà para guantes docientos escudos, y yo quedo por su fiador: el Escrivano dixo, haràse todo de la manera que v.md. fuere servido; presentese luego essa Escritura de los quatro mil ducados, y concertarèmos la decima con un amigo, à quien darèmos cuenta de esta pretension, para que lo haga por qualquiera cosa que le dèmos, y lo mas dexese à mi cargo. Mi suegro presentò su obligacion, y llevaronme preso: executòme toda la hacienda: saliò luego mi muger con su Carta de Dote, con que ocuparon tanto paño, que faltaba mucho para cumplir el vestido; porque haviendose ambos echado sobre la casa, obligaciones, y muebles, no quedò, ni se hallò en que hincar el diente, que joyas, y dineros yà los teniamos puestos en cobro. Quando me vieron mis acreedores preso, acudiò cada uno, embargandome por lo que le tocaba, presentando sus Escrituras, y contratos ante diferentes Escrivanos; empero saliendo à esto el nuestro, pidiò, que como à originario se havian todos de acumular al que passaba en su Oficio, por ser el mas antiguo, y donde primero se pidiò: Assi lo mandaron los Alcaldes,

viendo ser cosa justificada. Como vieron el mal remedio, que con mis bienes tenian, acudieron luego à embargar los quinientos ducados de renta, saliò su dueño, y defendiòlos, dixo el tio de mi muger ser suyos. Comenzòse à travar sobre todo un pleytecillo, que passaba de mil y quinientas hojas, assi Escrituras de obligaciones, como Testamentos, particiones, poderes, y otra multitud grande que se vino à juntar de papeles. Cada uno que lo pedia para llevarlo à su Letrado, como havia de pagar al Escrivano tantos derechos, temblaba, pagabanle unos, empero havia otros, que viendo el pleyto mal parado, y metido à la venta de la zarza, no lo querian, y deseaban que se diessen medios en la paga, por no hacer mas costas, y echar la soga tràs el caldero. Veìan que yà una vez puesto en aquello, no havian de salir con ello, antes me ayudaban à negociar, por ser el daño irremediable de otra manera. Pedì espera por diez años, fueronmelas concediendo algunos, juntòseles luego mi suegro, y como cayò à su parte la mayor, hicieron à los menos passar por lo que los mas, con que salì de la Carcel, quedando el Escrivano el mejor librado. De este bordo, aunque me puse braguero, fuè de plata, quedeme con mucha hacienda de los pobres, que me la fiaron, engañados en mi credito; hice aquella voz, lo que solia hacerse siempre, mas con mucha honra, y mejor nombre, que aunque verdaderamente aquesto es hurtar, quedasenos el nombre de Mercaderes, y no de Ladrones. Estas tretas hasta entonces nunca las alcancè. Pareciòme cautela dañosissima, y digna de grande remedio, porque con las contraescrituras no hay credito cierto, ni confianza segura, siendo lo mas perjudicial de una Republica, por causarse de ellas la mayor parte de los pleytos; con las quales muchos vienen de pobres à quedar muy ricos, dexando à los que lo eran perdidos, y por puertas. Y siendo la intencion del buen Juez averiguar la verdad entre los Litigantes, para dar à cada uno su justicia, no es possible, porque anda todo tan enmarañado, que los que del caso son mas inocentes, quedan los mas engañados, y por el consiguiente agraviados. La causa es, porque quando quien trata el engaño, comienza dando traza en su cautela, es lo primero que hace, tomarle à la verdad los passos, y puertas, de manera que nunca se averigue: con lo qual, faltando esta luz, queda ciego el Juez, y sale triunfando la mentira del que no tiene justicia. Yo se, que no faltarà quien diga, que son las contraescrituras importantes para el comercio, y trato; pero se, que le sabrè decir, que no lo son. Quien quisiere ayudar à otro con su credito,

dito, deſelo como fiador, y no como encubridor de ſu malicia.

Lo que de Barcelona ſupe la primera vez que alli eſtuve, y ahora de buelta de Italia en eſtos dos dias, es, que ſer uno Mercader, es dignidad, y ninguno puede tener tal titulo, ſin averſe primero preſentado ante el Prior, y Conſules, donde le abonan para el trato que pone. Y en Caſtilla donde ſe contrata la maquina del mundo, ſin hacienda, ſin fianzas, ni abonos, mas de con ſolo buena maña, para ſaber engañar à los que ſe fian de ellos, toman tratos, para lo que ſerìa neceſſario en otras partes mucho caudal con que comenzarlos, y muy mayor para el pueſto que ponen. Y ſi deſpues falta el ſuceſſo à ſu imaginacion, con el remedio de las contraeſcrituras quedan mas bien pueſtos, y ricos, que lo eſtaban de antes, como lo havemos viſto en muchos cada dia. Llevanſe con ſu quiebra detràs de sì à todos aquellos, que los han fiado, los quales conſumen lo poco que les queda en pleytos. Y ſi acaſo ſon Oficiales, ò Labradores, el Señor pierde tambien ſu parte, pues faltan los que ayudan en los derechos de ſus Alcavalas, y la Republica, la obra, y trabajo de eſtos hombres, que como embarazados en litigios, no acuden à ſus miniſterios. Menor daño ſerìa, que unos pocos, y malos, no fueſſen ricos, que no que abraſaſſen, y deſtruyeſſen à muchos buenos. No haviendo contraeſcrituras, cada qual podria fiar ſeguramente, porque tendrìa noticia de la hacienda cierta que tiene aquel à quien ſe la dà, ſin que deſpues le ſalgan otros dueños. Y porque podria ſer que ſe trataſſe en algun tiempo del remedio de eſto, dirè los efectos de ſemejante daño brevemente, ſi acaſo no ſe dexa de hacer, porque yo lo dixe, que nunca muchas coſas pierden buenos efectos, porque no ſe conozcan agenos dueños en ellas y lo quieren ſer en todo ſolos aquellos que las hacen executar, empero digalo yò, y nunca ſe remedie: cumpla yo mis obligaciones, y mire cada uno por las que tiene, que diſcrecion, y edad no les falta, gana de remediar lo que importare al ſervicio de Dios, y de ſu Rey, ſiendo bien univerſal de la Republica.

Todas aquellas vezes que el Mercader pobre ſe quiere meter à mayor trato, pide para ſu credito à ſu pariente, ò amigo le dè un juro de importancia, ò hacienda en confianza; de lo qual hace contraeſcritura, en que confieſſa, que no obſtante que aquello parece ſuyo, real, y verdaderamente no lo es, y que ſe lo bolverà ſiempre, cada, y quando que ſe lo pida: con eſto halla quien le fie ſu hacienda. Ved quien ſomos, pues para los negros de Guinea, bozales, y barbaros, llevan cuentecitas, dixes, y caſcabeles, y à noſotros con ſolo el ſonido, con la ſombra, y reſ-

plandor de eſtos vidritos nos engañan. Si el trato ſale bien, buelveſeles à ſus dueños lo que recibieron de ellos, y ſi mal, hacenlo trampa, y pleyto de acreedores; todo và con mal. El que diò la hacienda en confianca, buelve à cobrarla con la contraeſcritura, y los demàs quedanſe burlados.

Quando no quiere alguno pagar lo que debe, antes de llegar el plazo en que ha de pagar la deuda, vende, ò traſpaſſa ſu hacienda en confianza, con alguna contraeſcritura; y ſucede, que quando llega el plazo es yà muerto el ſuceſſor, que hizo la cautela, y el verdadero acreedor no puede cobrar; porque aquel de quien ſe hizo confianza, encubre, y calla la contraeſcritura, quedaſe con todo, y và el difunto à porta inferi.

Para engañar con ſu perſona, ſi quiere tratar de caſarſe con mucha dote, hace lo miſmo, buſca haciendas en confianza, y como deſpues de caſado crecen las obligaciones, y no pueden con el gaſto cobrar lo ſuyo ſu dueño, quedan los deſpoſados padeciendo neceſsidad. Conocido luego el engaño, falta el amor, y algunas, y aun muchas vezes llegan à las manos, porque la muger no conſiente ſe venda ſu hacienda, ò no quiere obligarſe à las deudas del marido.

Todo lo qual tendrìa facilìſsimo remedio, mandando que no huvieſſe tales contraeſcrituras, ni valieſſen, deshaciendoſe las hechas; con que cada uno bolvieſſe à tomar en sì lo que de eſta manera tiene dado. Sabriaſe al cierto la hacienda que tiene cada qual, ſi ſe le puede fiar, ò confiar, eſcuſarianſe de los pleytos la mitad, por ſer de eſta naturaleza, y tener de aqui ſu principio los mas de los que ſe ſiguen por Caſtilla.

CAPITULO III.

PROSIGUE GUZMAN DE ALfarache con el ſuceſſo de ſu caſamiento, haſta que ſu muger falleciò, que bolviò à ſu ſuegro la dote.

AVeis bien conſiderado en què laberinto quiſe meterme, què me importa ò para què gaſto tiempo untando las piedras con manteca, por ventura las podrè ablandar, bolverè blanco al negro, por mucho que le lave, ha de ſer de fruto lo dicho? Antes creo que me quiebro la cabeza, y gaſtar en valde la coſta, y el trabajo, ſin ſacar de ello provecho, ni honra; porque diràn, que para què aconſeja, el que à sì no ſe aconſeja? Que igual huviera ſido haverles contado tres, ò quatro cuentos alegres, con que la ſeñora Doña Fulana (que yà eſta canſada, y durmiendoſe con eſtos diſparates) huviera entretenidoſe; yà le oìgo decir à quien eſta leyendo, que me arroje à un rincon, por que le canſa oìrme. Tiene mil razones, que como verdade-

daderamente son verdades las que trato, no son para entretenimiento, sino para el sentimiento, no para chacota, sino para con mucho estudio ser miradas, y muy remiradas: mas porque con la purga no hagas ascos, y la dexes de tomar por el mal olor, y sabor, echèmosla un poco de oro, cubramosla por encima con algo, que bien parezca. Buelvome al punto de donde hice la digresion. Ya me alcè à mayores con lo mas que pude, que fuè mucho menos de lo que yo quisiera, y havia menester; porque para grande carga, es necessario grandes fuerzas, que los que sobre arena fundan torres, muy presto dàn con el edificio en tierra. Los que se huvieren de casar, ellos han de tener que comer, y ellas han de traer que cenar. Non son dote quatro paredes, y seis tapices, quando para la primera entrada tengo de gastar en joyas, y aderezos aquello con que busco mi vida. Gastase lo principal, y quedome despues con la necessidad; porque quien compra lo que no ha menester, vende lo que ha menester. De què fruto es para un pobre hombre negociante seis pares de vestidos à su esposa, en que consume todo el caudal que tiene? Por ventura podrà despues tratar con ellos? Estaba la señora mi muger mal acostumbrada, y poco practica en miserias; en casa de su padre lo havia passado bien, y con mucho regalo, y en mi poder no menos, hacianse los trabajos muchos, y duros. Con lo poco que me quedò bolvì à dàr mis mohatras, con aquella libertad *sicut erat in principio*. Yo fiaba, mi suegro compraba, y al contrario, como caìan las pesas, empero nunca la mercaderìa salia de casa. Lo mas ordinario era oro hilado, algunas veces plata labrada, joyas de oro, encaxando bien las hechuras, y con ello algunas bromas de que no se podìa salir, y haviamos comprado à menosprecio. Ganabase con que menos mal passar, todo era poco, por serlo tambien el caudal, y assi, poco à poco nos ibamos comiendo, y consumiendo, empero à la dote no se tocaba, siempre andaba en piè, por ser possessiones à quien jamas mi muger consintiò que se llegasse, ni aun por lumbre. Dabamos la hacienda fiada por quatro meses, con el quinto de ganancia. El Escrivano (que le teniamos à proposito, y conocido, como lo haviamos menester) daba siempre fee del entrego de las mercaderìas. Tomabalas luego en sì el Corredor, que era nuestra tercera persona, y una misma conmigo, y con el Escrivano. Llevabalas en su poder, y dentro de dos horas llevaba el dinero à su dueño, con aquello menos en que decia que lo vendìa, y quedabasenos en casa, recibida su carta de pago, y à dios con todos. Teniamos por costumbre va-

lernos de un ardid futilissimo, para que no se escapassen algunos por los ayres, alegando hidalguia, ò alguna otra excepcion que les valiesse, ò de que se pudiessen aprovechar. Quando haviamos de dàr una partida, reconociamos la dita, y siendo persona de quien sabiamos que tenia de què pagar, y que la tomaba por socorrer de presente alguna necessidad, se la dabamos llanamente aunque algunas veces aconteciò faltarnos de estas ditas algunas, que teniamos por las mejores, y mas bien saneadas. Y quando no era bien conocida, ni para nosotros à proposito, pedìamos fiador con hypotheca especial de alguna possession. Y aunque supiessemos claramente no ser suya, ò que tenia un censo para cada dia, y que no havia texa, ni ladrillo, que no fuesse deudor de un escudo, no se nos daba de ello un quarto. Esto mismo era lo que buscabamos, porque les haciamos confessar en la Escritura, que aquella possession era suya, realenga, libre de todo genero de censo perpetuo, ni al quitar, no hypothecada, ni obligada por otra deuda. Y con esto, quando el dia del plazo no pagaban, yà teniamos Alguacìl de manga con quien estabamos concertados, que nos havian de dàr un tanto de cada decima que les diessemos, se la cargabamos encima, executandolos. Quando alguna vez acaso se querian oponer, ò hacian algunas piernas para no pagar, luego le faltaba la del monte, haciamos el pleyto de civil, criminal, buscabamosle algun sobrehuesso, sabiamos el censo que tenia sobre la casa, con que dabamos con el hombre de barranco pardo abaxo por el estelionato. De esta manera jugabamos al cierto, y sin esta prevencion jamàs efectuabamos partida. Si ello era licito, yà yo me lo sabia, mas corriamos como corren, teniamos callos en la conciencia, no sentiamos, ni reparabamos en poco mas, ò menos. Yo bien sè que todo el tiempo, que de esto tratè, verdaderamente nunca me confessè, y si lo hice, no como debia, ni mas de para cumplir con la Parroquia, porque no me descomulgassen. Quereislo vèr, pues considerad si allì prometìa la restitucion, quando lo tuviesse, y mejor pudiesse, juntamente la emienda de la vida, si entonces corrian quince, veinte, y mas obilgaciones, y nunca fuì à decir, ni hacer diligencia con los obligados en ellas, diciendoles, como aquella contratacion fue ilicita, y usuraria, que por descargo de mi conciencia, y dignamente recibir el Sacramento de la Comunion, les querìa rebatir, y baxar todo lo que licitamente no pude llevar. Si quando me vinieron à pagar, tampoco se lo bolvì, què intencion fuè aquesta? Par Dios mala. Esto era lo que debia hacer, no lo hice, ni oy se hace. Dios nos dè conocimiento de nues-

nuestras culpas, que cierto sè, si entonces acabàra la vida, que corriera el alma ciento de rifa. Gente maldita son mohatreros, ni tienen conciencia, ni temen à Dios. O què gallardo, y que cierto tiro aqueste, què cerca lo tengo, y como aguardan los traydores bien! Què tentacion me dà de tirarles, y no dexarles huesso sano, que como soy ladron de casa, conozcoles los pensamientos, quereisme dàr licencia, que les dè una gentil barajadura? Yà sè que no quereis, y porque no quereis, en mi vida he hecho cosa de mas mala gana, que hacer con ellos la vista gorda, dexandolos passar, sin que dexen prenda; mas porque no digan, que todo se me và en reformaciones, les doy lado. Y porque podrìa ser haverlos alguna vez de necessitar, no quiero ganar enemigos, à los que podrìa despues desear por amigos, porque al fin tanto lo son, quanto los havèmos menester, y pueden ser de provecho; y assi como el amigo fiel se se dexa conocer en los bienes, no se esconde nunca en los males el enemigo. Una cosa sola dirè, haga un hombre su cuenta, y tenga necessidad en que se aya de valer de solos docientos ducados: hallarà, que si solos dos años los trae de mohatra, montaràn mas de seiscientos. Ved, pues, à este respecto, què harà lo mucho, como lo pagarà el que no pudo lo poco? Aqui se queden, y buelvo sobre mì.

Por no hacer los hombres lo que deben, digo que vienen à deber lo que hacen; què vale mucho ganar, què aprovecha mucho tener, sino se sabe conservar? Pues vèmos claro, que le vale mucho mas al cuerdo la regla, que al necio la renta. El que tuviere tiempo, no aguarde otro mejor, ni estè tan confiado de sì, que dexe de velar sobre sì con muchos ojos; porque de lo que le pareciere tener mayor seguridad, en lo mismo ha de hallar un Martinus contra, que es lo que solèmos decir, una Gil que nos persiga. Dineros tuve, rico me vì, pobre me veo, sabe Dios por quien, y porquè. Esperaba un dia en que ordenar los que me quedaban por vivir, nunca llegò, porque siempre me fiè de mì, pareciendome, que aunque pudiera con todos mentir, no à lo menos à mì mismo. Veis aqui como de confiarse uno de sì, hace que se olvide de Dios, de donde nace perderse las haciendas, y las almas. El enemigo mayor que tuve fuè à mì mismo, con mis proprias manos llamè à mis daños, de la manera que las obras buenas del bueno son el premio de su virtud, assi los males que obra un malo, vienen à serlo de su mayor tormento. Mis obras mismas me persiguieron, que los tratos, ni los hombres fueran poca parte; pero permite Dios que aquello, que tomamos por instrumento para ofenderle,

aquello mifmo fea nueftro verdugo. No tanto fentìa yà que me faltaffe la hacienda, que bien me fabia yo, que los bienes, y riqueza de fortuna, con ella vienen, y tràs ella fe vàn, y que quanto mas favorable fe moftràre, menor feguro tiene. Solo fentìa que aquello mifmo, que havia de fer mi alivio, mi muger, aquella que con inftancia pidiò à fu padre que la cafaffe conmigo, y para ello pufo mil terceros: el otro yo, la carne de mi carne, y hueffo de mis hueffos, effa fe levantaffe contra mì, perfiguiendome fin caufa, no mas de por verme yà pobre. Y que llegaffe à tal punto fu aborrecimiento, que contra toda verdad me levantaffe que eftaba amancebado, que era perdido, y que con eftas caufas hallaffe favor con que tratar de apartarfe de mì, no faltando Letrado que fe lo aconfejaffe, firmandolo de fu nombre, que podia. Dolor cruèl! Verdaderamente, quanto el matrimonio contrahido, es malo de defañudar, quando eftà mal unido es peor de fufrir; porque la muger codiciofa, es como la cafa que toda fe llueve, y tanto quanto refplandece mas, en prudencia, y buen govierno, quando fe quiere acomodar con la virtud, tanto mas queda obfcura, infufrible, y aborrecida en apartandofe de ella. Què facilidad tienen para todo? Què habilidad Efcotifta, para qualquiera cofa de fu antojo? No hay juicio de mil hombres, que igualen à folo el de una muger, para fabricar una mentira de repente; y aunque fuelen decir, que el hombre que apetece foledad, tiene mucho de Dios, ò de beftia: yo digo, que no es tanta la foledad, que èl folo padece, quanta la pena que recibe quien tiene compañia contra fu gufto. Cafeme rico, cafado eftoy pobre, alegres fueron los dias de mi boda para mis amigos, triftes los de mi matrimonio para mì: ellos los tuvieron buenos, y fe fueron à fus cafas, yo quedè padeciendo los malos en la mia, no mas de por quererlo afsi mi muger, y fer prefumptuofa. Era gaftadora, franca, liberal, enfeñada fiempre à verme venir como abeja cargado de regalos, no llevaba en paciencia verme falir por la mañana, y que à medio dia bolvieffe fin blanca; perdia el juicio quando veìa, que lo paffado faltaba. Pues yà pobre de mì, quando del todo fe acabò el aceyte, y fintiò que fe ardian las torcidas, quando no haviendo que comer, ni adonde falirlo à bufcar, fe facaban de cafa las prendas para vender. Aqui era ello, aqui perdiò piè, y paciencia, nunca mas me pudo vèr, aborreciòme, como fi fuera fu enemigo verdadero. Ni mis blandas palabras, amoneftaciones de fu padre, ni ruegos de fus deudos, conocidos ni parientes fueron parte para bolverme à fu gracia. Huìa de la paz,

porque la hallaba en la discordia; amaba la inquietud, por ser su sossiego; tomaba por venganza retirarse à solas, faltandome à la cama, y mesa; y aun dexaba de comer muchas veces, porque sabia lo bien que la queria, y con aquello me martyrizaba. No sabia yà que hacerme, ni como governarme, porque todo tenia dificultad en faltando la causa de su gusto, que solo consistia en el mucho dinero. Verdaderamente parece que ay mugeres, que solo se casan para hacer ensayo del matrimonio, no mas de por su antojo, pareciendoles como casa de alquiler; si me hallàre bien, bien; si mal, todo serà hacerlo bulla, que no ha de faltar un achaque, y dos testigos falsos para un divorcio; pues yà si acierta la muger à tener un poquito de buen parecer, y se pican algunos de ella; no quiero passar adelante. Señores, Letrados, Notarios, y Jueces, abran el ojo, y consideren, que no es menos lo que hacen, que deshacer un matrimonio, y dàr lugar al demonio, para que por essa puerta pierdan las vidas las mugeres, los hombres las honras, y entrambos las haciendas; y les prometo de parte de Dios todo poderoso, que les ha de venir del Cielo por ello gravissimo castigo, escociendoles donde les duela: miren que son pecados ocultos, y vienen por ellos los trabajos muy secretos. No porque no la diò el marido una cuchillada, que la hizo con ella dos caras, ò la moliò à palos, crea que aquel delito quedò sin castigo, entienda que lo es quando le quita otro à èl su muger, y que lo permite assi el Señor. Quando viere su casa llena de discordia, de infamia, y de enfermedades, considere que por aquello le vienen. Con todos hablo, metanse la mano en el seno los que lo causan, y los que lo favorecen, que todos andan en una misma renta. Quien las vè los dias de la boda, como todo anda de trulla, què solicitos andan hasta el señor desposado, què contentos, y como gustan de los entretenimientos, de las mesas esplendidas; està la cama hecha de lana nueva, suave, y blanda, haceseles dulce. Acabese la moneda, falten las galas, no anden las cosas à una mano como arroz, luego se corta la leche, al momento se pierde la gracia de muchos años, como con un pecado mortal. Sucedeles lo que à mì, que me perdì, no por inhabilidad, ni falta de solicitud, que buena traza, y mañas tuve, mas fuè por lo que poco antes dixe, son castigos de Dios, que como es infinito, no tiene arancèl, ni està su poder limitado à castigar esto por esto, y essotro por essotro. En una cosa nos dice sentencia cierta, y pena de pecado constituìda yà para èl, demàs de otras, que tocan al alma, y las que nacen de las circunstancias. La mia fuè hacienda mal ganada,

nada, que me havia de perder, y perderla. Pues yà si acaso se casa una muger, y se halla despues que la engañaron, porque su marido no tenia la hacienda que la dixeron, y la fue necessario sacar las donas fiadas, y à pocos dias llega el Mercader de sedas, pidiendo lo que se le debe, y el Sastre por las hechuras, ò el Alguacil por uno, y otro, no ay de què pagar, y si lo ay, es mas forzoso comer, que con esso no se puede trampear, ni dexarlo para otro dia, por ser mandamiento de no embargante. Aqui deshacen la rueda los pabones, mirandose à los pies. Comienzanse à marchitar las flores, acabaseles la fuga, el gusto, y la paciencia: hacen luego un juego, como quien prueva vinagre; y si les preguntasedes entonces, què tienen, què han, ò como les và de marido? Responderàn tapandose las narices: Quatridiano es, yà hiede, no hablèmos de èl, dexèmoslo estàr, que dà mal olor, tratese de otra cosa. Pues como, cuerpo de mi pecado, señora hermosa? No se quexa Lazaro en el sepulcro de tus miserias, de donde no puede salir, dentro de las obscuras, y fuertes carceles, en el sepulcro de tus importunaciones, embestido en la mortaja de tu gusto, que siempre te lo procura dàr, à trueco, riesgo, y costa del suyo, ligadas las manos, y rendido à tu sujecion, tanto, quanto tù lo havias de estàr à la suya, calla èl, que tiene acuestas la carga, y ha de socorrer la necessidad, y por ventura por tì està en ella, y la padece; no se quexa de verse yà podrido de tus impertinencias, viendose metido entre los gusanos de tus demasìas, que le roen las entrañas, tus desembolturas en salir, tus libertades en conversar, tus exorvitancias en gastar, y desperdiciar, en ir entonando tu condicion, que tiene mas mixturas, y diferencias que un organo, y de quatro dias te hiede? Respondame por vida de sus ojos, si ayer no dexò Hermita, ni Santuario que no anduvo; si desde que tiene uso de razon (y antes que le tuviera, pues aun ahora le falta) no llegò noche de San Juan, que sin dormir (porque diz que quita la virtud) estuvo haciendo la oracion que sabe, y valierale mas que no la supiera, pues tal ella es, y tan reprobada, y sin hablar palabra, que diz que tambien esto es otra ciencia de aquella oracion, estuvo esperando el primero que passasse de media noche abaxo, para que conforme lo que oyesse decir, sacasse de ello lo que para su casamiento le havia de suceder, haciendo de ello confianza, y dandole credito como si fuera un Articulo de Fè, siendo todo embeleco de viejas, hechiceras, y locas, faltas de juicio? Si no dexò Beata, ni Santera por visitar, ò que no embiasse à llamar; si à todas las traxo arrastrando faldas, y rompiendo mantos, que nunca se les cayeron

ron de los hombros, poniendo candelillas, ella sabe à quien! Si passando la raya, sin rebozo, ni temor de Dios, no dexò cedazo con sossiego, ni habas en su lugar, que todo no lo hizo baylar por malos medios, con palabras detestadas, y prohibidas por nuestra santa Religion? Si no quedò casamentero, ni conocido, à quien dexasse de importunar, diciendoles como estaba enferma, y deseaba casarse? Dale Dios marido (digo de otros) quieto, de buena traza, horado, que con toda su diligencia busca con que sustentarla, y no la falte para sus untos, y copetes, por què de quatro dias dice que yà hiede? Por què te afliges, y enfadas, en que te traten de èl? Murmuras de sus buenas obras, finges que te las finge, regulando por tu corazon el suyo? No quieres que lo desentierren, y desentierrasle tù hasta los huessos de todo su linage, mintiendo, y escandalizando à quien te oye, oponiendole mala voz: publicando à gritos, lo que ni tù con verdad sabes, ni en en èl cabe, no mas de por injuriarlo, y afrentarlo? Haces como muger, eres mudable, y quiera Dios que tus mudanzas no nazcan (quando esto anda de esta traza) de ofensas cometidas contra èl, contra Dios, y contra tì.

Yà pues aqui he llegado sin pensarlo, y en esse puerto aportè, quiero sacar el mostrador, y poner la tienda de mis mercaderìas, como lo acostumbran los Argemisaos, ò Merceros, que andan de Pueblo en Pueblo, aqui las ponen oy, allì mañana, sin hacer assiento en alguna parte; y quando tienen vendido, buelvense à su tierra. Vendamos aqui algo de esta buena hacienda, saquèmos à plaza las intenciones de algunos matrimonios, tanto para que se desengañen de su error las que por tales fines los intentan, como para que sepan que se saben, y es bien que les digamos lo mal que hacen, pues verdaderamente hacen mal, y luego nos bolverèmos à nuestro puesto.

Algunas toman estado, no con otra consideracion mas de para salir de sujecion, y cobrar libertad. Parecele à la señora doncella, que serà libre, y podrà correr, y salir en saliendo de casa de sus padres, y entrando en las de sus maridos: que podràn mandar con imperio, tendràn que dàr, y criadas à quien mandar: haceseles aspera la sujecion, pareceles que casadas, luego han de ser absolutas, y poderosas, que sus padres las acosan, que son verdugos, y que seràn sus maridos mas que cera blandos, y amorosos: lo qual nace de no recelarse los padres en los tratos con sus mugeres, viven como brutos, levantan los deseos en las hijas, enciendenles los apetitos, dàn con ellas al traste, porque como son imprudentes, no distinguen, abrazan todo lo suave, y dulce, pensando hallarlo en toda parte, no creyendo

que ay amargo, ni acedo, sino en solos sus padres. Esto las inquieta, trayendolas desassogadas, desvanecidas, y sin juicio. Como miran esto, por què no ponen los ojos en la otra su amiga, que se casò con un marido celoso, y aspero, que no solo nunca la dixo buena palabra, pero no la concediò salida gustosa, ni aun à Missa, sino muy de madrugada, con una saya de paño, en un manto rebuelta, como si fuera una criada; y sobre todo, no como à su muger, empero como à esclava fugitiva la trata? Piensa que los casamientos, què son sino acertamientos, como el que compra un melon, que si uno es fino, le salen ciento pepinos, ò calabazas? No ha visto à la otra su conocida, que se casò con un jugador, que no la ha dexado sabanas en la cama, que no las aya puesto en la mesa de el juego? No considerò de la otra su vecina, lo que padece con su marido amancebado, que no ay mañana de quantas Dios amanece, que no amanezca la espuerta colgada en casa de su amiga, y en la suya propria estàn pereciendo de hambre? No le han dicho de algunos que quando por las puertas de sus casas entran, ajustan los ojos con los pies, y no los alzan para otra cosa que reñir, y castigar sin causa, ni otra consideracion, mas de por su mala digestion? Piensan por ventura, que son todas adoradas, y queridas de sus maridos, como de sus padres? Pues yo les asseguro, que vì al mejor marido ido, y que no vì padre que no fuesse padre; pocos maridos, milagro ha sido el que no faltò en alguna de las obligaciones del matrimonio; y no conoci padre, que dexasse mas de serlo, aunque fuesse muy malo el hijo.

Otras lo hacen, que no tienen padres, por salir de la mano de sus tutores, creyendo que con ellos estàn vendidas, y robadas. Hacen su cuenta, y dicen entre si, que como aquel dispende su hacienda, lo haria mejor su marido, que por no desposseerse, y darsela, se olvida de ponerla en estado; que mañana le darà una enfermedad, y se quedarà ella muerta, y ellos con su dinero. Dicen con esto, quanto mejor seria, que aquesto que tengo lo gocen mis hijos, que no mis enemigos, que me desean la muerte, por heredarla. Casarme quiero, y sea con un triste negro, que no lo ganaron mis padres para que lo comiessen mis tutores, trayendome, como me traen, rota, y hecha pedazos, hambrienta, y deseosa de un real con que comprar alfileres. Esto las precipita, y tomando el consejo de la que primero se lo dà, les parece, que pues le dice aquello aquella su amiga, que lo hace por quererla bien, y dà con ella en un lodazàl, de donde nunca quedan limpias en quanto viven,

por-

porque hicieron eleccion de quien vistiò, regalò su cuerpo, engordò sus cavallos, aderezò sus criados, gastò en las fiestas, dexando su muger al rincon; y lo que propuso, y deseaba dexar à sus hijos la hacienda, yà quando viene à estàr cargada de ellos, no tiene un real que darles, ni dexarles, porque todo lo llevò el viento. Y si se temia, que por heredarla sus deudos, la deseaban quitar la vida, yà su marido no menos, porque con deseo de mudar de ropa limpia, cansado de tanta muger, que nunca le faltò de cama, y mesa, desea, y aun por ventura lo procura, meterla debaxo de la tierra, y asi la pobre nunca consigue lo que propone.

Tratan otras livianas de casarse por amores, dàn vistas en las Iglesias, hacen ventana en sus casas, estàn de noche sobresaltadas en sus camas, esperando passe quien con el chillido de la guitarrilla las levante; oye cantar unas coplas, que hizo Gerineldos à Doña Urraca, y piensa que son para ella. Es mas negra que una graja, mas torpe que tortuga, mas necia que una salamandra, mas fea que un topo, y porque alli la pintan mas linda que Venus, no dexando caxeta, ni valija de donde para ella no sacan los alabastros, carmines, turquesas, perlas, nieves, jazmines, y rosas, hasta desenclavar del Cielo el Sol, y la Luna, pintandola con Estrellas, y haciendole sus cejas arcos. Anda vete loca, que no se acordaba de ti el que las hizo, y si te las hizo mintiò, para engañarte con adulacion, como à vana, y amiga de ella: quien te hizo essas coplas, te hizo la copla, guardate de èl, que con aquel jarave las và curando à todas, à cada una la dice lo mismo. Leyò la otra en Diana, viò las encendidas llamas de aquellas pastoras, la casa de aquella sabia, tan abundante de riquezas, las perlas, y piedras con que las adornò, los jardines, y selvas en que se deleytaban, las musicas que se dieron, y como si fuera verdad, ò lo pudiera ser, y haverlas otro tanto de suceder, se despulsan por ello; ellas estàn como yesca, faltales de aqui una chispa, y encendidas como polvora, quedan abrasadas. Otras muy curiosas, que dexandose de vestir, gastaron sus dineros alquilando libros; y porque leyeron en Don Beleanis, en Amadis, ò en Esplandian, sino lo sacò acaso del Cavallero del Febo, los peligros, y malandanzas en que aquellos desafortunados Cavalleros andaban por la Infanta Magalona, que debia de ser alguna dama bien dispuesta, les parece que yà ellas tienen à la puerta el palafrèn, el enano, y la dueña con el señor Agrages, que les diga el camino de aquellas espesas florestas, y selvas, para que no toquen al Castillo encantado, de donde vàn à parar en otro, y salien-

liendoles al encuentro un Leon descabezado, las lleva con buen talante, donde son servidas, y regaladas de muchos, y diversos manjares, que yà les parece que los comen, y que se hallan en ello, durmiendo en aquellas camas tan regaladas, y blandas, con tanta quietud, y regalo, sin saber quien lo trae, ni de donde les viene, porque todo es encantamiento. Alli estàn encerradas, con toda honestidad, y buen tratamiento, hasta que viene Don Galaor, y mata el Gigante, que me dà lastima siempre que oìgo decir las crueldades con que los tratan; y fuera mejor, que con una señora de estas los huvieran embiado à Castilla, donde por solo verlos, pagaràn muchos dineros, con que tuvieran bastante dote para casarse, sin andar por tantas aventuras, ò desventuras, y assi se deshace todo el encantamiento. No falta otro tal como yo, que me dixo el otro dia, que si à estas hermosas les atassen los tales libros à la redonda, y les pegassen fuego, que no seria possible arder, su virtud lo mataria; yo no digo nada, y asi lo protesto, porque voy por el mundo sin saber adonde, y lo mismo diràn de mì. Otras ay, que porque vieron un mocito engomado, y aun quizà lleno de gomas, como raso de Valencia, con mas fuentes que Aranjuez, pulidetes mas que Adonis, aderezados para ser lindos, y que se precian de ello (como si no fuessen aquellas curiosidades visperas de una hoguera, sea la muger, muger, y el hombre, hombre, quedense los copetes, las blancuras, las colores, y buena tèz para las damas, que lo han menester, y se han de valer de ello: bastale al hombre tratarse como quien es, muy bien le parece tener la voz aspera, el pelo recio, la cara robusta, el talle grave, y las manos duras; pareceles à sus mercedes, que un lindo de estos està siempre con aquella existencia, que no tienen passiones naturales, no escupen, tosen, y viven sujetos à la zarzaparrilla, y china, emplasto Melioto, unguento Apostolorum, y mas miserias, y medicinas que los otros, que pierden el seso, y se despulsan por ellos, de manera, que si el freno de la verguenza no les hiciera resistencia, fueran peores que un demonio suelto. Y si las preguntan à todas, ò à qualquiera de ellas, què veis, què sentìs, què pensais? Maldita otra respuesta tienen para todo, sino solo decir su gusto. Y si les poneis delante el disparate que hacen, los inconvenientes que se siguen, lo mal que se aconsejan, à todo responden, yo lo tengo de padecer, y nadie por mì; si mal me sucediere, yo lo tengo de llevar, y por mi cuenta corre, dexenme, que yo sè lo que me hago; y no sabe la desventurada lo que se hace, ni lo que se dice. Pues yà si se

hallan obligadas de confites, de la cintita, del estuchito, del villete que le truxo la moza, y del que le respondiò al señor, de que la diò un pellizco, le tomò una mano por baxo de la puerta, si no fuè un piè; yà quando esto llega, solo Dios podrà remediarlo, no ay medicinas para su mal, tocada està de la yerva. Mugeres ay tambien, que solo se casan por ser galanas de corazon, y para poderlo andar, vèr, y ser vistas, vestirse, y tocarse cada dia de su manera, pareciendolas, que porque vieron à la otra un dia de fiesta, ò toda la semana engalanarse, que luego en siendo casada, la traerà su marido de aquella manera, y si mejor, no menos; y que como à la otra, trotalo todo, la daràn à ella licencia para poder andar deshollinando barrios. Aqui entra la pendencia, porque si no la sucede como lo piensa, ò porque su marido no gusta, ò no quiere que su muger estè mas vestida, ni de nada, que para el, y que si el otro lo consiente, quizà no hace bien, y se lo murmuraràn, y no quiere que con el se haga otro tanto; por el mismo caso que no la dexan vestir, y calzar, holgar, y passear, como la que mas, y mejor, no queda piedra sobre piedra en toda la casa, forma trayciones con que vengarse de su desdichado marido; que de bien considerado, conociendo quien ella es, teme, que si la diesse licencia, y alas, le acontecerìa como à la hormiga, para su perdicion; assi no se atreve, ni consiente. Solo esto basta para que luego ella se arañe, y mese, llamandose la mas desdichada de las mugeres, que à Dios pluguiera, que quandò naciò, su madre la ahogàra, ò la huviera echado antes en un pozo, que puestola en tan mal poder, que sola ella es la mal casada, que fulanilla es una tal, y que su marido la trae como una perla, y regalada, que no es menos ella, ni traxo menos dote, ni se casàra con èl, si tal pensàra; deshonralo de vil, baxo, apocado, que mejores criados tuvo su padre, que no merecìa descalzarla la zapatilla: desventurada de mì, como en esse regalo me criaron, para esso me guardaron, para que viniessedes vos à traerme de esta suerte, hecha esclava de noche, y de dia, sirviendo la casa, y à vuestros hijos, y criados. Mirad quien, mi duelo, como si fuesse tal como yo, que sabe Dios, y el mundo quien es mi linage, Don Fulano, y Don citano, el Obispo, el Conde, y el Duque, sin dexar belloso, ni roso, alto, ni baxo, de que no haga letanìa. Pues yà desdichado de èl, si acaso acierta (que nunca le suceda tal à ninguno) à tener en su casa consigo à su vieja madre, à sus hermanas doncellas, ò hijos de otra muger; para ellos es la hacienda, que mis padres ganaron, con ellos la gasta, ellos la comen, y à mì me

me tratan como à negra. Negra, y à Dios pluguiera , que me trataran como à la de N. que por aqui paſſa cada dia como una Reyna, pueſta con una ſaya oy , y otra mejor mañana , yo ſola eſtoy con eſtos trapos deſde que me casè, que no he tenido con que remendarlos, encerrada , entre aqueſtas paredes metida , mira con què peynes , y con què raſtrillos. Què ſe puede reſponder à todo eſto , ſino dexarlo , que ſerìa no acabar el intento, que ſe pretende.

Caſanſe otras , para que con la ſombra del marido non ſean moleſtadas de las Juſticias , ni vituperadas de ſus vecinas , ò de otras qualeſquier perſonas. Yà eſta es bellaqueria , ſuciedad , y torpeza, que ſe puede mas decir. Son libres, deshoneſtas, y ſin honra; hacen como los Hortelanos , que ponen un eſpantajo en la higuera , para que no lleguen los pajaros à los higos. Ellos allì eſtàn de manifieſto , para quien el Hortelano quiſiere , y los pagare , para que los pajaros no los piquen, eſſos no toquen à ellos, no ha de haver quien los corrija, quien los reprehenda , ni quien abra la boca para decirles palabra, porque ay eſpantajo en la higuera, eſtà el marido en caſa. Ellas bien pueden dàr , ò vender ſu honra, y perſona como quiſieren , ò como mas guſtaren, à viſta de todos, pero no quieren que aya juſticia que las caſtigue ; pues aconteceràles lo que à las Viñas, que tendràn guarda en tiempo de fruto, empero preſto llegarà la vendimia , y quedaràn abiertas, hechas paſto cumun, para que los ganados las huellen, quedando rozadas , y perdidas. Hermana , que ſon caminos eſſos del infierno, que te llavarà Dios el marido , por tus diſoluciones , y deſverguenzas , para que con eſſe azote ſeas caſtigada , ſaliendo à publica plaza tus maldades , en la balanza que traxiſte la honra de èl andarà la tuya preſto. Mas mirad à quien ſe lo digo , ni para què me quiebro la cabeza , no temiò à ſu marido, perdiò à Dios la verguenza , y quieroſela poner con eſtos diſparates , que no ſon otra coſa para ella.

Tambien ay otras que ſe caſan por vèr , que ſe pierde ſu hacienda , y ſin dàr ellas alguna cauſa, mas de por ſer mozas, les traen algunos maldicientes las honras en almoneda, ò corren en peligro por otras cauſas. Del mal el menos, yà que à Dios no le cabe parte alguna de todos eſtos matrimonios, que ſe diria mejor obras de Demonios , como todas las coſas tienen de bueno , ò malo , tanto quanto lo es el fin à que vàn encaminadas , y eſte conocido , ſe determinan las acciones , que caminan al miſmo , y las que ſe apartan de èl , teniendole ſiempre mas amor, que à las coſas que à èl nos guian. Aſsi no ſe ama en las tales el matrimonio , porque ſolo hacen de èl un medio, para conſeguir ſu deſeo.

ſeo.

ſeo. Aqueſtas tales mugeres, no caminan derechamente, à lo menos vàn cerca de acertar preſto; empero no tengo por buen matrimonio, ni lo es, quando no llevan otro fin, que de ſolo ſervir à Dios en aquel eſtado. Todos eſtos matrimonios permite Dios, pero en los mas mete ſu parte, y no la peor el diablo. Bueno, y ſanto es el Sacramento, pero tù haces del caſamiento infierno. Para quietud ſe inſtituyò, tù no la quieres, ni la tienes, y antes andas echandole traſpies, para dàr con èl en el ſuelo. No tome, ni ponga la doncella, ò la viuda ſu blanco en libertad, en el ſalir de ſujecion de padres, ò tutores, no ſe dexe llevar del vano amor; dexeſe de ſu torpeza la que ſigue à ſu ſenſualidad, y crean ſi no lo hicieren, que el ſucederles mal à las unas, y à las otras, el no ſalir los maridos como penſaron, y deſearon, ſer eſclavas deſpues de caſadas, tenerlas encerradas, el darles mala vida, perderſeles la hacienda, cargar de hijos, vaciarſe la bolſa, ſobrevenir trabajos, jugar el deſpoſado, amancebarſe, tratar mal à ſus mugeres, morir à ſus manos, nace de los malos fines que tomaron, de adelantar ſu calidad, ò ſu cantidad, ò por otros yà dichos, por eſſo ſolo ſe perdieron. Eſſe Idolo de Baal que adoraron, en èl ſe confiaron, penſaron que los pudiera ſocorrer, librar, y defender; empero quando lo huvieſen de veras meneſter, no ayais miedo, ni creais que os ha de embiar fuego con que encendais, no lo tiene, ni lo puede dàr. Adorais Idolos, pues ninguno haveis de ſer ſocorridos en los trabajos, que ſon Idolos alfin, obras hechas de vueſtras proprias manos, fabricados por antojo, y adorados por ſolo guſto. Baxarà fuego del Cielo, que conſuma el ſacrificio, leña, piedras, y cenizas, haſta las aguas miſmas en el de Elìas, aunque muchas veces lo ayais hecho mojar, y mas mojar. Sabeis que ſon los matrimonios que Dios ordena, y los que haceis por ſolo ſer obedientes à ſu voluntad, y los conſultaſteis con ella, dexandole à èl ſolo que obraſſe, como mas convinieſſe à ſu ſervicio, ſin buſcar malos, y torpes medios, que aunque los mojen cien veces en las aguas de las perſecuciones hambres, frios, carceles, y mas trabajos de la vida, no impide fuego del Cielo, amor de Dios, y ſu caridad baxa, que los conſumen. Ella lo arrebata, y ſe lo lleva, poniendolo preſente ante ſu Divina Mageſtad, para mas merito de gracia, y gloria. Quedeſe aquì eſto, como fin de Sermon, y bolvamos à mi caſamiento, que no debiera. Padecì con mi eſpoſa, como con eſpoſas, caſi ſeis años, aunque los quatro primeros nos durò tierno el pan de la boda, porque todo era flor, mas quando ibamos de cueſta, que acudimos al mediano, y faltaba dinero para èl. Quando la baſqui-

ña de tela de oro, y bordada, yà se vendia el oro, y no quedaba tela, ni aun de araña, que no se vendiesse, y de razonable paño fuera bien recibida: Quando yà no pude mas, que me subia el agua por encima de la boca, porque nunca me consintiò vender possession suya, ni mia, ni havia credito en la tienda para dos maravedis de rabanos, vime tan apretado, que por el consejo de mi suegro quise usar de medios de algun rigor. Buenas noches nos dè Dios, comenzò fuera de todo tono à levantar tal algazara, que como si fuera cosa de mas momento, acudieron à socorrerla los vecinos, hasta que yà no cabian en toda la casa. Venido à saber la verdad, quiso Dios que no fuè nada, veian mi razon, bolvianse à salir, empero no por esso dexaba ella sus lamentaciones, que havia para cien semanas santas. Era forzoso para no venir à malas dexarla, por no quedar obligado, en oyendola, responderla con palabras, y obras: tomaba la capa, salìame de casa, dexabala en sus anchos, que hiciesse, y dixesse, hasta que mas no quisiesse, y de aquesto se irritaba en mayor colera, vèr que despreciaba lo que me decia. Y puedo confessar con verdad, que todo el tiempo que con ella vivì, jamàs me acusè de ofensa que la hiciesse; dàr Dios los bienes, ò quitarlos, es diferente materia, por no ser en manos de los hombres passar con ellos adelante, ni estorvar que no buelvan atràs, no se llamarà perdido el que pone sus medios conforme lo hicieron otros, con que quedaron remediados, y siente mal quien lo piensa. Solo es perdido aquel, que se distrae con mugeres, con el juego, con bebidas, y comidas, con vestidos demasiados, ò con otros vicios: entiendame señor vecino, con èl hablo, bien sabe por què se lo digo, y quisierale decir, que quizà por su temeridad, y mal consejo està desde acà en los infiernos: haga penitencia, y mire como vive, para que no muera. De modo, que no el bien, ò el mal suceder son causas de discordias, ni se deben mover por esso entre casados, que no tiene un marido mas obligacion, que à poner toda su diligencia, y trabajo, el sucesso espere lo que viniere, que harto hace quien le tiene la dote bien parada, y mejorada, sin haversela vendido, ni malvaratado. Ella sin duda no se debia de confessar, y si se confessaba, no decia la verdad, y si la decia, la debia de adulterar de modo, que la pudiessen absolver. Engañabase à sì la pobre, pensando engañar à los Confessores. No faltaba con esto alguna gentecilla ruin, de baxos principios, y fundamentos, y menos entendimiento, que por adularla, y complacerla, la ayudaban à sus locuras, favoreciendola, no dandome oìdo, ni sabiendo mi causa, y estos fueron los que destruyeron mi

paz, y à ella la embiaron al Infierno, porque de una enfermedad aguda muriò, sin mostrar arrepentimiento, ni recibir Sacramento. En dos cosas pude llamarme desgraciado: La primera en el tal matrimonio, pues de mi parte puse todos los medios possibles en la guarda de su ley. La segunda, en que yà que lo padecì tanto tiempo, y perdì mi hacienda, no me quedò carta de pago, un hijo con que valerme de la dote, aunque no me puedo de esto quexar, pues en haverme faltado la desdichada, me hizo dichoso, que no ay carga que tanto pese, como uno de estos matrimonios; y assi lo diò bien à sentir un passagero, el qual yendo navegando, y sucediendole una gran tormenta, mandò el Maestre del Navìo, que alijassen presto de las cosas de mas peso para salvarse, y tomando à su muger en brazos, diò con ella en el mar: queriendole despues castigar por ello, escusabase diciendo, que assi se lo mandò el Maestre, y que no llevaba en toda su mercaderìa cosa que tanto pesasse, y por esso lo hizo. Veis aqui aora mi suegro, que nunca conmigo tuvo alguna pesadumbre, antes me acariciaba, y consolaba, como si fuera su hijo, bolviendose de mi vando contra su hija, la reprehendia tanto, que viendo como no aprovechaba, nunca quiso entrarle por sus puertas, empero quando mas aborrecida la tuvo, al fin era su hija, que son los hijos tablas asserradas del corazon, duelen mucho, y quierense mucho. Sintiò su falta; pero quedamos muy en paz, enterramos à la malograda, que assi se llamaba ella, hicimos lo que debimos por su alma. Y à pocos dias tratamos de apartar la compañìa, porque quiso que le bolviesse lo que me havia dado con su hija, no hallò resistencia en mì; dile quanto me diò, muy mejorado de como me lo entregò. Agradeciòmelo mucho, dimonos nuestros finiquitos, quedando muy amigos, como siempre lo fuimos.

CAPITULO IV.

VIUDO YA GUZMAN DE ALfarache, trata de oìr Artes, y Theologìa en Alcalà de Henares, para ordenarse de Missa; y haviendo yà cursado, buelvese à casar.

PARA derribar una piedra, que està en lo alto de un monte, fuerzas de qualquier hombre son poderosas, y bastan, con poco la hace rodar al suelo; empero para si se quiere sacar aquesa misma piedra de lo hondo de un pozo, muchos no bastarìan, y diligencia grande se havia de hacer. Para caer yo de mi puesto, para perder mi hacienda con el credito que tenia, solos fueron poderosos los desperdicios de mi muger; empepero aora para bolverme à levantar,

tar, necessario serian otros tios, otros parientes, otra Genova, y otro Milàn; que otro Sayavedra viniesse, ò que aquel resucitasse, porque nunca mas hallè criado, ni compañero semejante con quien poderme llevar, ni me supiera entender. Los bienes, y hacienda, quanto tardan en venir, tan brevemente se vàn, con espacio se junta, y apriessa la distribuyen los perdidos. Quanto ay oy en el mundo, todo està sujeto à mudanzas, y lleno de ellas; ni el rico estè seguro, ni el pobre desconfie, que tanto tarda en subir, como en baxar la la rueda, tan presto vacia, como hinche. Los excessivos gastos de mi casa me dexaron de todo punto vacìo de joyas, y dineros. Pudiera la señora mi esposa, con buena conciencia, si ella la tuviera, reconocida de lo que por ella padecì, por los trabajos que de su exorvitancia me vinieron, dexarme alguna pequeña parte de su hacienda, lo que licitamente pudiera, con que siquiera bolviera (solo, y recogido) à poner algun tratillo, diera mis mohatras, ocupàra por otra parte mi persona en algo, que me hiciera la costa, con que pudiera convalecer de la flaqueza en que me dexò; empero no solo en esta ocasion, pero en las mas que se me ofrecieron con mis amigos, podrè decir lo que Simonides. Tenia dos cofres en su casa, y decia de ellos, que solìa en ciertos tiempos abrirlos, y que quando abrìa el de los trabajos, de que pensò, y esperaba sacar algun fruto, le salìa incierto, siempre le hallaba colmado, y lleno; empero el otro donde se guardaban las gracias que le daban, por el bien que hacia, nunca hallò cosa en èl, y siempre le tuvo vacìo; igualmente fuìmos desgraciados este Philosopho, y yo, una misma Estrella parece que influyò en ambos; porque aunque siempre me apassionè por ayudar, y favorecer, sin considerar el daño, ni el provecho, que de ello me havia de resultar, ni tomar el consejo de los que dicen, haz bien, y guardate, puedo juntamente decir, que nunca labè cabeza, que no me saliesse tiñosa; y siempre, aunque con ello me perdìa, porfiaba, porque borracho con aquel gusto, no reparaba en el daño que me hacian: quanto es facil despojar à un ebrìo, es dificultoso à un sobrio, pueden robar al que duerme, pero no à quien vela. Nunca velè sobre mì, nunca creì que me pudiera faltar, siempre que lo tuve hice aquesta cuenta, y quando me hallè necessitado, dì en este conocimiento. Aunque fuì malo, deseaba ser bueno, quando no por gozar de aquel bien, à lo menos por no verme sujeto de algun grave mal. Olvidè los vicios, acomodème con qualquier trabajo, por todas vias intentè passar adelante, y salì desgraciado de todas. En solo hacer mal, y hurtar fuì dichoso, para solo esto tuve fortuna,

para

para ser desdichado venturoso. Esta es traza del pecado, favorecer en sus consejos, ayudar à sus valedores, para que con aquel calor se animen à mas graves delitos, y quando los vè subidos en la cumbre, de alli los despeña. Suben los ladrones por la escalera, y dexanlos ahorcados; à diferencia de Dios, que nunca embiò trabajo, que no fructificasse de bienes. De los mas graves males, mayores glorias, llevandonos por estrecha senda, hasta las anchuras de la gloria, donde viene à darse à sì mismo. Parecenos quando nos vèmos ahogados en la necessidad, que se olvida de nosotros, y es como el padre, que para enseñar à su hijo que ande, como que le suelta de la mano, dexale un poco, fingiendo apartarse de èl; si el niño và àcia su padre, por poquito que mude los pies, quando yà se cae, viene à dàr en sus brazos, y en ellos le recibe, no dexandole llegar al suelo; empero si à penas le ha dexado, quando luego se sienta, si no quiere andar, si no mueve los pies, si en soltandole se dexa caer, no es la culpa del amoroso padre, sino del perezoso niño. Somos de mala naturaleza, nada nos ayudamos, ninguna costa ponèmos, no querèmos hacer diligencia, todo aguardàmos à que se nos venga. Nunca Dios nos olvida, ni dexa, sabe muy bien quitar à los malos en un momento muchos, y grandes poderes, adquiridos en largos años, y darle à Job brevemente con el doblo lo que le havia quitado poco à poco.

Yo quedè tan desnudo, que me vì solamente arrimado à las paredes de mi casa: si quando tuve me regalaba, yà deseaba tener algo con que poder passar la vida, y sustentarla. Perecìa de hambre, acordème de mi mocedad, haver conocido en Madrid un niño bien inclinado, y de gallardo entendimiento para la edad que tenia. Criabale una señora, madre suya en amor, aunque no le havia parido, en todo siempre muy doctrinado, y juntamente con esto bien regalado. Haviase criado en Granada, donde ay unas ubas pequeñuelas, y gustosas, que allì llaman javies; pues como en Madrid no las huviesse, y el niño nunca queria comer de otras, que de aquellas de su tierra, quando viò que no se las daban, viendo unas alvillas en la mesa, pidiò ubas de las chicas, como solìa; la madre le dixo: Niño, aqui no ay ubas chicas que darte, sino es estas. El niño bolviò à decir: Pues madre, deme de essas, que yà las como gordas. Yà yo las comìa gordas, todo me sabia bien, y nada me hacia mal, sino solo aquello que no comìa, que las bueltas de los tiempos obligan à todo, y à valernos de cosas, que à nosotros, y à èl son muy contrarias. Huve de hacer lo que no pensè, para poder siempre decir, que ni el amor proprio me

hizo dudar, ni el temor temer, sin acometer à todos los medios de que me pudiesse aprovechar. Y sin duda, si en una cosa perseveràra, tengo para mì que me valiera de ella, y por aquel camino, mas era colerico, gastaba el tiempo en principios, y assi nunca les veìa los fines.

Determinabame à ser bueno, cansabame à dos passos, era piedra movediza, que nunca la cubre moho; y por no sossegarme yo à mì, lo vino à hacer el tiempo. Vime desamparado de todo humano remedio, ni esperanza de poderlo haver por otra parte, ò camino, que de aquella sola casa. Puseme à considerar, què tengo yà de hacer para comer? Morder un ladrillo, haciaseme duro; poner un madero en el assador, quemariase. Vì que la casa en piè, no me podìa dàr genero de remedio; no hallè otro mejor, que acogerme à sagrado, y dixeme: Yo tengo letras humanas, quiero valerme de ellas, oyendo en Alcalà de Henares (pues la tengo à la puerta) unas pocas de Artes, y Theologìa, con esto me graduarè, que podrìa ser tener talento para un pulpito; y siendo de Missa, y buen Predicador, tendrè cierta la comida, y à todo faltar, meterme Frayle, donde la hallarè cierta. Con esto, no solo repararè mi vida, empero la librarè de qualquier peligro, en que alguna vez me podrìa vèr por casos passados. El termino de pagar lo que debo viene caminando, y la hacienda và huyendo; si con esto no lo reparo, podrìame venir despues apretado, y en peligro. Bien veo que no me nace del corazon, yà conozco mi mala inclinacion, mas quien otro medio no tiene, y otra cosa no puede, acometer debe à lo que hallare. No tengo mas que barloventear, esto es echar la llave à todo, antes que preso me la echen. Valdrème para los estudios del precio de esta casa, que bien dispensado, aunque quiera gastar cada un año cien ducados, ò ciento, y cinquenta, que serà lo sumo quando me quiera tratar como un Duque, tengo dineros para todo el tiempo, y me sobraràn para libros, y con que graduarme. Tomarè para esto un buen camarada Estudiante de mi profession, porque juntos continuèmos los estudios, passemos las lecciones, confiramos las dudas, y nos ayudèmos el uno al otro: Consideraba este discurso, y en èl tomè resolucion. Mala resolucion, mal discurso, que quisiesse saber letras para comer de ellas, y no para fructificar en las almas. Què me passasse por la imaginacion ser oficial de Missa, y no Sacerdote de Missa? Què tratasse de hacerme Religioso, teniendo espiritu escandaloso? Desdichado de mì, desdichado de aquel, si alguno por su desventura no propuso en su imaginacion lo primero de todo el servicio, y gloria del Señor! Si tratò de su interès, de sus

acrecentamientos, de su comida, por los medios de este tan admirable sacrificio: Si procurò ser Sacerdote, ò Religioso, mas de por solo serlo, y para dignamente usarlo: Si codiciò las letras para otro fin, que ser luz, y darla con ellas. Traydor de mì, otro Judas, que trataba de la venta de mi Maestro! Y advierto con esto, que no hace otra cosa todo aquel, que tratare de ordenarse de Missa, ò meterse Frayle, solo puesta la mira en tener que comer, ò que vestir, y gastar. Y traydor padre, qualquiera que sea, si obligare à su hijo, contra su inclinacion, que sin voluntad lo haga, por que su abuelo, su tio, su pariente, ò deudo, dexò una Capellanìa en que lo llama por cercano. Què piensa que hace quando le mete Frayle, por no tener hacienda que dexarle, ò por otras cosas mundanas, y vanas? Que por maravilla de ciento, acierta el uno, y se vàn despues por el mundo perdidos, apostatas, deshonrrando su Religion, afrentando su Avito, poniendo en peligro su vida, y metiendo en el infierno el alma. Dios es el que ha de llamar, y el que ungiò à David; èl es quien elige Sacerdotes. El Religioso, por èl ha de serlo, tomandolo por fin principal, y todo lo mas por accessorio: que claro està, y justo es, que quien sirve al Altar, coma de èl; y serìa inhumanidad, haviendo arado el buey, despues del trabajo, atarle à la estaca, sin darle su pasto. Avrà cada qual el ojo, mirelo bien primero, que como yo se determine. Considere à lo que se pone, y què peligro corre. Preguntese à sì mismo, què le mueve à tomar aquel estado? Porque caminando à escuras, darà de ojos en las tinieblas. Lucidissimo, puro, y mas limpio que el Sol ha de ser el blanco del buen Sacerdote, y Religioso.

No piensen los padres, que por dàr de comer à sus hijos, los han de hacer de la Iglesia, no por ser coxos, flacos, enfermos, inutiles, faltos, ò mal tallados, han de dàr con ellos en el Altar, ò en la Religion, que Dios de lo mejor quiere para su sacrificio, y lo mejor que tiene nos dà por ello, que si mala eleccion hiciereis, os quedareis en blanco: reservasteis lo mejor para vos, pues aquesse os llevarà Dios, y quedareis los ojos quebrados, falto de ambos, del malo que le disteis, y el bueno que os llevò. No se han de trocar los frenos, porque no se descompongan los cavallos, denle su bocado à cada uno, que no haria buen casado un continente, y serìa malo un lascivo para Religioso. Muchas moradas ay en la gloria, y para cada una su senda derecha: tome cada qual el camino que le guia para su salvacion, y no se vaya por el del otro, que se perderà en èl, y pensando acertar, nunca verà lo que desea, ni lo que pretende. Dis-

parate gracioso serìa , si para ir yo de Madrid à Barajas, me fuesse por la Puente Segoviana , passando à Guadarrama,ò queriendo ir à Valladolid , me fuesse por Siguenza. No veis el descamino , conoceis la locura? El virgen sea virgen, el casado casado , abstenganse los continientes , el Religioso sea Religioso , vayase cada uno por su camino adelante, y no lo tuerza por el ageno.

Tomè resolucion en hacerme de la Iglesia , no mas de porque con ello quedaba remediado , la comida segura , y libre de mis acreedores , que llegados los diez años havian de apretar conmigo. Con esto les daba un gentil tapa boca, cerrabales el emboque , y dexabalos muy feos. Vendì mi casa , casi por lo mismo que me havia costado; porque aunque de las labores, por maravilla suele sacarse lo que se gasta , la mia vino à llegar à poco menos de todo el coste , porque le diò de mas valor haverse mejorado con otros edificios aquel barrio , y assi la mejorò el tiempo.

Quando tuvo el Escrivano las escrituras hechas à punto , para otorgarse por las partes , dixo, que primero , y ante todas cosas haviamos de ir à casa del señor del censo perpetuo à tomar por escrito su licencia , requiriendole si las querìa por el tanto, y à pagarle los corridos con la veintena. Quando allà llegamos, y se hizo la cuenta , hallamos , que los corridos no llegaban à seis reales , y passaba de mil , y quinientos la veintena. Pareciòme cosa cruel , y fuera de toda policìa, que se le huviesse de dàr una cantidad semejante , que montaba mucho mas de lo que costò de principal el suelo : no los querìa pagar , mas porque la venta no se deshiciesse , y la ocasion de mi remedio se passasse, paguèlos , con protestacion que hice de pedirselos por justicia , por no deberselos. El dueño se riyò de mì,como si le huviera dicho alguna famosa necedad , y bien pudo ser , mas à mì (por entonces) no me lo pareciò. Pregutèle , que de què se reia ? Y dixo , que de mi pretension , y que me los bolverìa luego todos , porque cada dia le diesse medio real , hasta que saliesse con la sentencia del pleyto. Casi lo quise acetar, pareciendome,que no serìa parte la mala costumbre, para que averiguado el dolo , no se deshiciesse ; y no solo esto que digo, mas aun todo el Reyno lo pedirìa en Cortes , y por su proprio interès , como bien universal de la Republica,saliera por mì à la causa en quanto se proveyesse de remedio en ello. No iba tan fuera de proposito , ni con tan flacos fundamentos, que con lo que sabia entonces , creì sustentar en piè mi opinion , pareciendome ciencia cierta. Pudiera ser que la defendiera un poco , y quiza un mucho , y tan mucho , que diera con èl , y con todos los de este genero

en el fuelo, como fe hizo un tiempo con algunos cenfos al quitar, que corrian entonces, por haverse hallado cierta efpecie de ufura en ellos. La caufa que tuve para defenderme, fue vèr, que nacìa de un difcurfo de natural razon, confiderando, que folo de ella tuvieron principio las Leyes todas. Y que por fer efte negocio, no tan corriente por el mundo, no fe reparaba en èl; pero que fi con alguna curiofidad fe quifieffe advertir, hallarìan algo de acedo, por donde quando no fe quitaffe todo, fe remediarìa mucha parte; porque fupuefto que no vale mas una cofa de aquello, que dàn por ella, y aquefto que fe dà, que debe fer terminado, finito, y cierto. Si à mi me vendieron aquel fuelo en precio de mil reales, con dos de cenfo perpetuo, y no huvo perfona, que mas dieffe por èl, ni valìa mas; yo gaftè largos tres mil ducados de mi dinero. Si es verdad, y regla del derecho, que ninguno puede hacerfe rico de agena fubftancia; por què aquel con la mia lo ha de fer? Que aquefto que le dà efte mas valor al fuelo fea hacienda mia, yà confta, porque fi aquella mifma fabrica fe desbarataffe luego, bolverìa el fundo à quedar en el mifmo punto que antes, al tiempo, y quando lo comprè, y mas pareceria llevar efta veintena por pena de delito, por haver labrado, que deuda jufta, pues nace de cafo injufto. De tal manera es verdad lo dicho, que fi efte mifmo dia que vendì efta cafa, tuviera puefta en ella una coluna, ò eftatua de piedra de mucho valor, y comprandomela con la mifma cafa, me dieran por todo junto diez mil ducados, y de todos ellos me havian de llevar la veintena, fi yo por efcufarla, pude quitar, y quitè la eftatua, y vendì la cafa en folos mil, pude hacerlo muy bien, y no fe me pudo pedir otra cofa de mas del precio de la cafa. Vamos pues adelante con efto: Si defpues quitaffe la rexa, la viga, y la ventana; fi desbarataffe las paredes, y de cafa de diez mil ducados la hicieffe de ciento, tambien podrìa, y pude vender fin cargo de la veintena todo aquello que quitè, y feparè de la cafa. Pues como fe compadece, que las partes no deban cada una de por sì folas, y juntas forman debito? Si el dueño dixeffe: Hafme de pagar veintena del precio en que primero compraste aquefte fundo, que fue de aquellos mil reales, y con aquella carga determinada, y cierta fueffe corriendo fiempre, tendrìa razon, fundado en el dominio directo, y que aquello fe vendiò con aquella condicion de precio determinado, lo qual yo acetè de mi voluntad. Empero como me pudo èl obligar, ni yo confentir, en pagar lo que no fe pudo faber, què, ni quanto havia de fer, y que pudiera fubir à tanto exceffo, que folo con aquella veintena fe pudiera comprar un

Pue-

Pueblo; y si como fueron los que gastè tres mil durados, pudieran ser trecientos, treinta, ò treinta mil, y aquella casa pudo venderse treinta veces en un año, que fuera un excessivo, y exorvitante derecho, y aquesto, ni lo es Civil, ni Canonico, ni tiene otro fundamento, que nacer del que llamamos de las Gentes, y no comun, sino privado, porque lo pone quien quiere, y no corre generalmente, sino en algunas partes, y termino de quatro leguas lo pagan en unos Pueblos, y en otros no, en especial en Sevilla, ni en la mayor parte del Andalucìa no los conocen, jamàs oyeron tal cosa. El censo perpetuo que se funda, esse para siempre se paga, sin otras adealas, ni socaliñas, aunque la possession se venda cien mil veces. Para que fuesse licito llevar la veintena, debiera ser ley comun, aprobada, y consentida en el Reyno, mas no lo es, ni lo fuè, sino solo aprobada de los ignorantes, y el yerro de los tales no puede hacerla. Si el censo al quitar ha de tener tantas calidades para poderse llevar, y se sabe yà lo que de èl se tiene de pagar à tanto por ciento; què causa puede haver para que no se trate de los perpetuos? Què gavela es esta? Què razon ay para pagarla? De què parte se debe? Si del precio en que comprè, ò del en que vendì, pagando derechos de mi proprio dinero, de mis expensas, mejoramientos, y de mi propia industria? Quanto que mirado el caso assi desnudo, si por allà no se le halla corriente, parece injusto quitarme la hacienda, que con buena fè, y titulo gastè, ò la de mi muger, y mis hijos, de que las mas veces, y de ordinario se pierde la mitad en los edificio? Pues como se puede permitir, que no solo venga mi caudal à menos, por el beneficio de aquel suelo, mas que tambien aya de pagar, y perder lo que me llevan de veintena? Y quando se aya de pagar, como se paga enteramente, vease, tratese de ello, y determinese, que siendo difinido, quedarèmos con satisfacion que se consultò, que lo miraron buenos entendimientos, que fuè justo, y de otra manera el pueblo vive con escandalo; porque hablando todos de este agravio, unos lo tienen por injusticia, y no falta quien dice mas adelante, dandole peores nombres: Esto me passò entonces con su dueño, èl, y yo sabiamos poco; quisome replicar, diciendo, que aquello havia sido condicion del contrato, y que hace fuerza, porque à tanto quiera obligarse uno de su voluntad, como quedarà obligado. Esto no me satisfizo, porque le respondì con la verdad, que tambien serìa condicion de un contrato, si yo prestasse cien ducados, los queles me havian de pagar dentro de un tanto tiempo, y no lo haciendo, me havian de dàr ocho reales cada dia, hasta que me pagassen el principal,

pal, y esto no es licito; de manera, que para justificarse una cosa, no solo basta ser condicion contratada y consentida, mas que sea permitida y licita. Bolviòme à decir, por esso và en ventura, que la casa se venda, ò no se venda, que si no se vendiere, no se me debe. O què buena razon le dixe: luego porque la casa se venda, viene à ser la veintena del contrato la pena; y si lo es, por què me atas las manos, y prohibes, que no la pueda vender à tales, y tales personas, tù mismo con lo que dices dañas el contrato. Abres puerta para que siempre te paguen, vendes la cosa por lo que vale, y quieres tener Indios, que te dèn el sudor de su rostro, y trabajen para tì, no por otra cosa, que haver mejorado tu fundo, y assegurandote mas el censo; hacen de mejor condicion tu hacienda, con menoscabo, y pèrdida de la suya, y quieres por ello llevarles de veinte uno. Aun si lo hicieran con mala fè, pudieras pretender tu derecho, empero de aquella possession de que yà quedaste ageno, y me constituiste dueño en tu lugar, de lo que yo pude, conforme à mi eleccion, quitar, y poner, que aun aya de pagarte pension de mi gusto. De las Estatuas, de las Pyramides, de las Fuentes, de cuyos conductos, y agua yo siempre soy señor, y lo puedo bolver à enagenar todo, sin que tengas en ello parte, quieres que se te adjudique, porque dices que sigue à el todo. De todo punto no lo entiendo, ni creo poderse llevar en justicia, en quanto por los que saben, y pueden determinarlo no saliere determinado. Paguèle aunque no quise, dexando hecho aquel protesto; comencè à seguir mi pleyto, llegabase yà el tiempo de mi curso, dexèlo, por acudir à lo que mas me importaba; y dando cuidado à un amigo solicitador, y à mi suegro, dexè con otros cuidados este. Recogì mi dinero, puselo en un cambio, donde merendia una moderada ganancia; iba gastando de todo ello lo que havia menester, hice mantèo, y sotana, juntè mi ajuar para una celda, y fuime de alli à Alcalà de Henares, que muchas veces lo havia deseado. Quando allà me vì, quedè perplexo en lo que havia de hacer, no sabiendome determinar por entonces à qual me serìa mejor, y mas provechoso, ser camarista, ò entrar en pupilage. Yà yo sabia què cosa era tener casa, y governarla, de ser señor en ella, de conservar mi gusto, y de gozar mi libertad; haciaseme trabajoso, si me quisiesse sujetar à la limitada, y sutil racion de un señor Maestro de Pupilos, que havia de mandar en casa, sentarse à cabecera de mesa, repartir la vianda, para hacer porciones en los platos, con aquellos dedazos, y uñas corbas de largas, como de un Avestruz, sacando la carne à hebras, estendiendo la minestra de hojas de le-

chugas, rebanando el pan, por evitar desperdicios, dandonoslo duro porque comiessemos menos, haciendo la olla con tanto gordo de tocino, que solo tenia el nombre, y asi daban un bodrio mas claro que la luz, ò tanto, que facilmente se pudiera conocer un pequeño piojo en el suelo de la escudilla, que tal qual se havia de migar, ò empedrar, sacandolo à pison; y de esta manera se havian de continuar cinquenta y quatro ollas al mes, porque teniamos el Sabado mondongo. Si es tiempo de fruta, quatro cerezas, ò guindas, dos, ò tres ciruelas, ò albaricoques, media libra, ò una de higos, conforme à los que havia de mesa, empero tan limitado, que no havia hombre tan diestro, que pudiesse hacer segundo embite. Las ubas partidas à gajos, como las merenditas de los niños, y todas en un plato pequeño, donde quien mejor libraba, sacaba seis; y esto que digo, no entendais que lo dàn todo cada dia, sino de solo un genero, que quando daban higos, no daban ubas; y quando guindas, no albaricoques. Decia el Pupilero, que daba la fruta tercianas, y que por nuestra salud lo hacia. En tiempo de Invierno sacaban en un plato algunas pocas de passas, como si las quisieran sacar à enjugar, estendidas por todo èl. Daba para postre una tajadita de queso, que mas parecia viruta, ò cepilladura de carpintero, segun salia de delgada, porque no entorpeciesse los ingenios, tan llena de ojos, y transparente, que juzgàra quien la viera ser pedazo de tela de entresijo flaco. Medio pepino, una sutìl tajadita de melon pequeño, y no mayor que la cabeza. Pues yà si es dia de pescado, aquel potage de lentegas, como las de Hyssopo; y si de garbanzos, yo asseguro no haver buzo tan diestro, que sacasse uno de quatro zambullidas, y un caldo proprio para teñir tocas. De castañas lo solìan dàr un dia de antipodio en la Quaresma, no con mucha miel, porque las castañas de suyo son dulces, y daban pocas de ellas, que son madera. Pues què dirè del pescado, aquel pulpo, y bello puerro, aquella belleza de sardinas arencadas, que nos dexaban arrancadas las entrañas, una para cada uno, y con cabeza si era dia de ayuno; porque los otros dias cabiamos à media. Pues el otro pescado, que el Abad dexò, y nos lo daban à nosotros. Aquel par de huevos estrellados, como los de la Venta, ò poco menos, porque se compraban por junto, para gozar de el barato, conservandolos entre ceniza, ò sal, para que no se dañassen, y asi se guardaban seis, y siete meses. Aquel echar la bendicion à la mesa, y antes de haver acabado con ella, ser necessario dàr gracias: de tal manera, que haviendo comenzado à comer en cierto Pupilage, uno de los Estudiantes, que sen-

tìa

tìa mucho calor, y havia venido tarde, comenzòse à desabrochar el vestido, y quando quiso comenzar à comer, oyò que yà daban gracias, y dando en la mesa una palmada, dixo: Silencio, señores, que yo no sè de què tengo de dàr gracias, ò denlas ellos. La ensalada de la noche muy menuda, y bien mezclada con harta verdura, porque no se perdìa hoja de rabano, ni de cebolla, que no se aprovechasse, poco aceyte, y el vinagre aguado, lechugas partidas, ò zanahorias picadas, con su buen oregano, solìan entremeter algunas veces, y siempre por el Verano un guisadito de carnero, compraban de los huessos, que sobraban à los Pasteleros, costaban poco, y abultaban mucho. Yà que no tenìamos que roer, no faltaba en què chupar, al sabor del caldo nos comìamos el pan; unas aceytunas acebuchales, porque se comiessen pocas; un vino de la passion, de dos orejas, que nos dexaba el gusto peor que de cerbeza. Què dirè del cuidado, que la muger, ò ama del Pupilero tenia en venirnos à notificar los ayunos de la semana, para que no pidiessemos los almuerzos? Aquel conmutar de cenas en comidas, que ni valian juntas para razonables colaciones, que quando nos las daban, venian mas ajustadas que azafran, con el peso de quatro onzas por todo, como si el casuista que lo tassò, acaso supiera mi necessidad, ò como si en razon de nuestros estudios, y de las malas comidas no le pudieramos arguir, que debian reservarnos con los mas, pues entramos en el numero de trabajadores. O como si la vianda que nos dàn, fuesse congrua para nuestro sustento, pues todo era tan limitado, tan poco, y mal guisado, como para Estudiantes, y en pupilage, que son de peor condicion, que niños de la Doctrina, que traen los estomagos pegados al espinazo, con mas deseo de comer, que el entendimiento de saber. Solia decirnos algunas veces nuestro Pupilero, que decia Marco-Aurelio, que los Idiotas tenian dieta de libros, y andaban artos de comidas, que solo el sabio (como sabio) aborrece los manjares, por mejor poderse retirar à los estudios, que à los puercos, y à los cavallos estaba bien la gordura, y en los hombres importaba ser enjutos, porque los gordos tienen por la mayor parte grueso el entendimiento, son torpes en andar, invalidos para pelear, inutiles para todo exercicio, lo que en los flacos era por el contrario. Yo me holgaba confessarle aquesto, con que no me negara otra mayor verdad, que poco, y mal comer, acaban presto la vida; y sino tengo de lograr mis estudios, en vano se toma el trabajo de ellos. Ved por mi vida qual alcon saliò à caza, que primero no le cebassen? Què podenco, què galgo, què lebrèl saliò

al monte, que le llevassen hambriento? Tengan, y tengamos, que bueno es en todo el medio. Aqui les confessarèmos, que no se ha de comer hasta hartar; si nos conceden, que no havèmos de ayuar hasta dexarnos caer, que havia Estudiante de nosotros, que se le conocian ahilarse los excrementos en el estomago. Con todo esto lo elegì por de menor inconveniente, pareciendome, que siendo como era yà hombre, si tomasse camarada, lo havia de hacer con otro igual mio, y que como somos diferentes en rostros, tenèmos diferentes las condiciones, y pudiera encontrar con quien pensando aprovechar en las letras, me acabasse de dañar con vicios, cursandolos mas que las Escuelas. Del mal el menos, hiceme pupilo, teniendo por mejor atropellar con el què diràn, de vèr à un Jayan como yo, con tantas barbas como la muger de Peñaranda, metido entre muchachos. Cosolabame, que tambien havia entre nosotros algunos casi como yo, y estabamos mezclados como garbanzos, y chochos. Con esto estaba libre de todo genero de cuidado, no me lo daba la comida, ni el buscarla, ò proveerla, quedaba libre para solo mi negocio, y todo en todo. Escusabame de amas, que son peores que llamas, pues lo abrasan todo. Amas dixe, no serìa bueno darles nna razonable barajadura, ò siquiera un repelon? A las de los Estudiantes digo, que son una muy honrada gentecilla. Què liberales, y diestras estàn en hurtar, y què floxas, y perezosas para el trabajo? Como limpian las arcas, y què sucias tienen las casas? Ama solìamos tener, que sisaba siempre de todo lo que se le daba un tercio, porque del carbon, de las especias, de los garbanzos, y de todas las mas cosas, quando yà no podìa hurtar el dinero, guardabalas en especie, y en teniendolo junto, nos lo vendìan, pedian para ello, y gastaban de lo que havian llegado. Si havian de lavar, hurtaban el jabon, y à puros golpes en las piedras, con abundancia del agua del Rio, hacian blanquear la ropa en detrimento suyo, porque le quitaban dos tercios de la vida. No solo nos hacian el daño del sisar, empero destruìanlo todo, y lo gastaban con capigorristas de sus ojos, à quien traìan en los ayres, para ellos hurtaban el pan, cercenaban las ollas, apartando el puchero de lo mejor, y mas florido; si acaso estaba en casa, le daban el hervor de la olla, sopitas habadas, carne sin huesso, ropa enjabonada, y sobre todo bien remendados de nuestra sustancia. Ellas en fin son perjudiciales, indomitas, y sisantes. Peores mucho que un mochilerillo de un soldado, que sisaba de un pastèl, y de ocho maravedis doce, porque del pastèl alzaba la tapa y serviale todo el caldo; y embiandole por vino, se quedaba

con

con los ocho maravedis, que le daban para èl, y vendiendo el jarro por un quarto, venia luego llorando, y diciendo, que se le havia quebrado, y derramado el vino: jamàs traxeron à casa carnero, que poco à poco no faltasse de un quarto el quinto, y con ello el riñon, diciendo, que à devocion del bienaventurado San Zoylo, y asi nunca se comian; pero no era tan devoto su Estudiante, que à todo hacia, y para èl no havia de haver cosa en que no se le adjudicasse su parte, y muchas veces todo, diciendo, aqui lo puse, alli estaba, el gato lo comiò, alli lo dexè: no le faltaban achaques para fisar, y hurtar quanto querian; pues quererles apretar, limitar, ò ir à la mano en algo, hablar una sola palabra, que no les venga muy à cuento, no ay vecino en el barrio, no ay tienda, taberna, ni horno, donde no cuenten luego nuestra vida, y milagros, que sois un mal aventurado, apocado, hambriento, mezquino, de mala condicion, gruñidor, que les tentais los huevos à las gallinas, que veis espumar las ollas, que atais el tocino para echarlo dentro, y con solo un quarto dèl teneis para toda la semana, porque se buelve à sacar, y se guarda. Vaseos de casa, y quereis traer otra, no la hallareis, que por la puerta os entre, y haveis de serviros à vos mismos, porque luego la dicen, y ella se informa primero, que os entre à servir, lo que la otra dixo de vos, y por lo que se fuè. Quien se quisiere servir, por todo ha de passar con ellas, à nada se les ha de replicar, su voluntad han de hacer, y aun mal contentas. Aconteciòme antes de casado recibir en mi casa una muger, y ser tan puerca, floxa, de mal servicio, y algo alègre de corazon, que la despedì al tercero dia: luego recibi otra, que venia convaleciente, y recayendo en la enfermedad, solo me sirviò dos dias, que se bolviò al Hospitàl. Traxerònme otra luego, tan grande ladrona, que mandandola assar un conejo, le hizo pedazos para guisarlo en cazuela, y solo sacò à la mesa la cabeza, piernas, y brazos, porque de lo mas hizo de ello lo que quiso, y viendo semejante vellaqueria, solo aquel dia estuvo en casa, despedila. Para por la mañana, quando los vecinos vieron que havia tenido en seis dias tres mugeres, y que cada una quando salia iba rezando, y murmurando de mì, levantòse una mala voz, pusieronme cien faltas, y tanto, que mas de veinte dias me fui à comer à un Bodegon, que ninguna muger queria venir à mi casa, por las nuevas que de mì le daban, hasta que un amigo me traxo una, peor que todas, porque se amancebaba con quantos la querian, y à todos los traia en retortero: quisela luego echar, pero no me atrevì, por amor de mis vecinos, y digo verdad, que tuve à esta

causa

causa por menos inconveniente despedir la casa, y mudarme à otro barrio, sufriendo hasta entonces à esta muger, que despedirla, y asi lo hice. Si estais en casa, quieren salir fuera; si vais fuera, quieren quedar en casa; si huelgan, y piden para lino, si se lo dais os infaman de casero, y nada de esto hacen sin su ministerio. Licencia os doy que sospecheis, como no penseis, que son malas de sus personas; pues hasta oy no se ha visto ama (como no sea de los Estudiantes) que haga semejante vileza. No se amancebaràn con el mozo de plaza, con el lacayo, ni hurtaràn, aunque lo hallen rodando por el suelo. No estimaba, ni sentìa tanto que me robasen la hacienda, ò estàr amancebadas, aunque no lo debiera consentir en mi casa, quanto que me quisiessen quitar el entendimiento, privandome de èl, que con mentiras, y lagrimas quisiessen acreditar sus embelecos; de manera, que sabiendo la verdad muy clara, viendo à los ojos presente su maldad, su bellaquerìa, y mal trato, me obligassen à tenerlo por bueno, y santo; esto me sacaba de juicio. Mucho se padece con ellas en todo tiempo, y de qualquiera edad: si son viejas malas, y si mozas peores; y esto es una sola, què se padeciera donde son menester dos? Dichoso aquel, que las puede escusar, y servirse de menos, porque no ay quando uno es peor servido, que quando tiene mas que le sirvan. Con todo esto protesto, que no lo digo por la señora Hernandez, que me oye, que yo sè, y la conozco por muy muger de bien, y que lo perdonarà todo, porque le dèn un traguito, de vino. Asisti en mi pupilage, sufrilo, por no sufrirlas, reparaba las faltas, teniendo en mi aposento algunas cosas prevenidas de regalo, con que se iba passando menos mal, entremetiendolas quando era necessario. Esso teniamos de bueno, que nos consentian los Pupileros assar una muy gentil lonja de tocino, por solo que los combidassemos à ella, y la tomaran de partido quatro dias en la semana. De esta manera, despues de haver oìdo las Artes, y Metaphysica, y me dieron el segundo en licencias, con agravio notorio, à voz de toda la Universidad, que dixeron haverme quitado primero, por anteponer à un hijo de un grave supuesto de ella. Entrè à oìr mi Theologìa, comencèla con mucho gusto, porque le hallaba yà en las letras, con el cebo de aquel dulcissimo entretenimiento de las Escuelas, por ser una vida hermana en armas de la que siempre tuve: Donde se goza de mayor libertad? Quien vive vida tan sossegada? Quales entretenimientos (de todo genero de ellos) faltaron à los Estudiantes, y de todo mucho? Si son recogidos, hallan sus iguales; y si perdidos, no les faltan compañeros. Todos hallan sus gustos como los han menester,

nester. Los estudiosos tienen con quien conferir sus estudios, gozan de sus horas, escriven sus liciones, estudian sus actos, y si se quieren espaciar, son como las mugeres de la Montaña, donde quiera que vàn llevan su rueca, que aun arando hilan. Donde quiera que se halle el Estudiante, aunque haya salido de casa con solo animo de recrearse por aquella tan espaciosa, y fresca ribera, en ella và recapacitando, arguyendo, confiriendo consigo mismo, sin sentir soledad, que verdaderamente los hombres bien ocupados nunca la tienen. Si se quiere desmandar una vez en el año, afloxando al arco la cuerda, haciendo travesuras con alguna bulla de amigos, què fiesta, ò regocijo se iguala con un correr de un pastel, rodar un melon, y bolar una tabla de turron? Dònde, ò quien lo hace con aquella curiosidad? Si quiere dàr una musica, salir à rotular, à dàr una matraca, gritar una Cathedra, ò levantar en los ayres una guerrilla por solo antojo, sin otra razon, ò fundamento, quien, donde ò còmo, se hace oy en el mundo, como en las Escuelas de Alcalà? Dònde tan floridos ingenios, en Artes, Medicina, y Theologìa? Dònde los exercicios de aquellos Colegios, Theologo, y Trilingue? De donde cada dia salen tantos, y tan buenos Estudiantes; dònde se halla un semejante concurrir en las Artes los Estudiantes, y que siendo amigos, y hermanos, como si fuessen fronteros, estàn siempre los unos contra los otros en el exercicio de las letras? Dònde tantos, y tan buenos amigos? Dònde tan buen trato, tanta disciplina en la musica, en las armas, en danzar, correr, saltar, y tirar la barra, haciendo los ingenios habiles, y los cuerpos agiles? Dònde concurren juntas tantas cosas buenas, con clemencia de Cielo, y provision de suelo? Y sobre todo una tal Iglesia Cathedral, que se puede justamente llamar Fenix en el mundo, por los ingenios de ella. O madre Alcalà! què dirè de tì, que satisfaga, ò còmo para no agraviarte callarè, que no puedo? Por maravilla conocì Estudiante notoriamente distraìdo, de tal manera, que por el vicio (yà sea de jugar, ò qualquiera otro) dexasse su principal en lo que tenia obligacion, porque lo teniamos por infamia. O dulce vida la de los Estudiantes! aquel hacer de Obispillos, aquel dàr trato à los novatos, meterlos en rueda, sacarlos nevados, darles garrote à las arcas, sacarles la patente, ò no dexarles libro seguro, ni manteo sobre los ombros: aquel sobornar votos, aquel solicitarlos, y adquirirlos, aquella certinidad en los de la patria, el empeñar de prendas en quanto viene el Recuero, unas en Pastelerìas, otras en la Tienda: los Scotos en el Buñolero, los Aristoteles en la Taberna, desenquadernado todo, la cota entre los colchones, la espada debaxo de la cama,

la rodela en la cocina, el broquèl con el tapadero de la tinaja. En què Confiterìa no teniamos prenda, y taja, quando el credito faltaba? De esta manera, con estos entretenimientos proseguì mi Theologìa, y quando cursaba en el ultimo año, yà para quererme hacer Bachillèr, mis pecados me llevaron un Domingo por la tarde à Santa Maria del Val. Romerìas hay à veces, que valiera mucho mas tener quebrada una pierna en casa. Esta estacion fuè causa, y principio de toda mi perdicion; de aqui se levantò la tormenta de mi vida, la destruicion de mi hacienda, y acabamiento de mi honra. Salì con sola intencion de visitar esta Santa Casa, hicelo, y al entrar en la Iglesia vì un corrillo de mugeres, y entre ellas algunas de muy buena gracia: llevòme la costumbre à la pila del agua bendita, meti la mano dentro, dìme con una poca en la frente, pero siempre los ojos en el piè del hato, sin mirar al Altar, ni considerar en el Sacramento. Assentè la rodilla en el suelo, sacando delante la otra pierna, como Ballestero, puesto en acecho. En lugar de persignarme, hice por Cruces un ciento de garavatos, y fuime derecho à donde vì la gente, mas antes que yo llegasse, vì que se levantaron à toda priesa, y saliendo de alli, se fueron por entre los alamos adelante à la orilla del Rio, y sobre un pradillo verde, haciendo alfombra de su fresca yerva, se sentaron en ella. Seguialas yo de lexos, hasta vèr donde paraban, y viendolas con un poco de reposo, que yà sacaban de las mangas algunas cosas, que llevaron para merendar, me fuì acercando à ellas. Eran una viuda, Mesonera, con sus dos hijas, mas lindas que Polux, y Castor: iban con otras amigas, no de poca buena gracia, mas la que assi se llamaba, que era la hija mayor de la Mesonera, de tal manera las aventajaba, que parecia traerlas arrastradas, eran estrellas, pero mi Gracia el Sol. Yo era conocidissimo, havia mas de siete años que residia en Alcalà, siempre muy bien tratado, tenido nor uno de los mejores Estudiantes de ella, y acreditado de rico: las mozuelas eran triscadoras, y graciosas; yà querian comenzar à merendar, quando burlando quise meterme de gorra, empero de veras me echaron, pues por ellas me la puse. Dexando esto en este punto, antes de continuarlo, conviene advertiros, con que los gastos de los estudios, en libros, en grados, y vestirme, ibamos casi ajustando la cuenta yo, y mi hacienda: teniala, pero tan poca, que no pudiera con ella ordenarme; y como antes de tomar el grado de Bachillèr en Theogìa, era necessario tener Ordenes, y estas eran impossible, por faltarme Capellanìa, no tuve otro remedio, que acudir à pedirselo à mi suegro, con quien siempre me comuniquè, porque nunca hasta entonces havia faltado la amistad;

èl

èl me pufo animo, dandome confejo, y remedio juntos, que quien puede, poco hace quando aconfeja, fino remedia. Dixo que me haria donacion de las pofefsiones de la dote de mi muger, diciendo darmelas para que fe fundaffe cierta Capellanìa, que yo firvieffe por fu alma, y que por otra parte le hicieffe declaracion de la verdad, obligandome à bolverfelas cada, y quando que me las pidieffe. Aun hafta para en efto fon malas eftas contraefcrituras, pues dàn lugar contra lo eftablecido por Santos Concilios, corriendo tan defcaradamente, fin temor de las gravifsimas penas, y cenfuras en que fe incurre por femejante fimonìa. Valgame Dios! y como à tan grave daño fe debiera cortar el hilo, mas por no hacerlo yo al mio que llevo, agradecifelo mucho, besèle las manos, viendo quan de buena voluntad fe queria ir conmigo mano à mano paffeando hafta el infierno, por tenerme compañia. Dirè aqui algo: yà oìgo deciros, que no, que me dexe de reformaciones tan fin què, ni para què. No puedo mas, pero fi puedo, Guzmàn amigo, efto por ventura corre por tu cuenta, ni nada de ello? No por cierto. Pienfas que tu folo eres el primero que lo fiente, ò que feràs el ultimo en decirlo, dì lo que te importa, y hace à tu propofito, que dexafe las mozas merendando, el bocado en la boca, y à los demàs fufpenfos de las palabras de la tuya? Buelvenos à contar tu cuento, y quedefe aqueffo afsi, para quien hiciere al fuyo. Razon pides, no te la puedo negar, y pues con tanta facilidad te la concedo, concedeme perdon de aquefta culpa, que yà buelvo. Yo eftaba yà en el punto que has oìdo, los curfos cafi paffados, la Capellanìa fundada para ordenarme, y tomar el grado dentro de tres mefes. Efto era en Febrero, las Ordenes havian de fer por las primeras Temporas, y el grado à principios de Mayo. Tenia efta rapaza dedecir, y hacer, nombre, y obras, todo era gracia, y juntas las gracias todas eran pocas para con la fuya. Toda ella era una caxa de donayres; en quanto hermofa, no sè como mas encarecerte fu belleza, que callando; cantaba fuavifsimamente à una vihuela; tañiala con mucha deftreza; tenia gran difcrecion, era viva de ingenio, y ojos, rifa formaba con ellos donde quiera que los bolvia, fegun fe moftraban alegres. Pufe los mios en ellos, y parece que los rayos vifuales de ambos, reconcentrados à dentro, fe bolvieron contra las almas: conocile aficion, y creyòla de mì, defpoffeyòme del alma, y dixefelo à voces mirandola, empero la boca fiempre callada, que nunca fe abriò à otra palabra por entonces, que à pedirle por merced, fi me la querian hacer, combidarme: ofrecieronme todas cada una fu parte de merienda, y aun cafi por fuerza me quifieron obligar à recibirla. Quando les dì

las gracias de su buen comedimiento, huve (muy de mi grado, y constreñido de ser mandado) de coger el manteo, y sentado encima, de alcanzar parte, y no pequeña, porque me regalaban à porfia, siendolas agradecido, haciendo la razon à los brindis, me valiò por bastante cena. Quando huvieron acabado, sacò la criada la vihuela, que debaxo del manto llevaba, y dandome la Gracia con toda la suya, de su mano à la mia, me mandò, que les tañesse, porque querian baylar, hicieronlo de manera, con tanta destreza, y arte, y con tanta excelencia de bien mi prenda, que no me quedò alguna, que alli no se rematasse.

Quando cansadas quisieron reposar un poco, bolviendo à poner la vihuela en las manos de quien la recibì: supliquèla que cantasse un poco, y sin algun melindre, templandola con su voz, lo hizo de manera, que parecia suspender el tiempo, pues no sintiendose lo que se tardò en ello, llegò la noche. Hizose hora de bolver à sus casas, acompañèlas por el camino, trayendo à mi dama de la mano. Vime à los principios perdido, sin saber por donde comenzar, hasta que conociendo ella mi cortedad, ò temor, no sè si con cuidado tropezò el chapin, acudì con los brazos abiertos à recibirla en ellos, alcanzandola à tocar un poco su rostro con el mio. Quando yà estuvo en piè, la tomè de alli, culpando à mis ojos, de haverla hecho mal con ellos: Respondiòme de modo, que me obligò à replicarla, y como la llevaba de la mano, apretèsela un poco, y riyendose dixo, que por mas que apretasse, no sacarìa de ella juzgo. De aqui tomè mayor atrevimiento en hablar, de manera, que haciendo que nos quedabamos atràs, por no poder mas andar, ibamos tratando de nuestros amores, digo yo de los mios, y ella riyendose de ello, tomandolo en passatiempo. Era taymada la madre, buscaba yernos, y las hijas maridos. No les descontentaba el mozo, dieronme cuerda larga, hasta dexarlas dentro de su casa, donde quando llegamos, me hicieron entrar en su aposento, que tenian muy bien aderezado: llegaronme una silla, hicieronme descansar un poco, y sacando una caxa de conserva, me traxeron con ella un jarro de agua, que no fuè poca necessaria para el fuego del veneno, que me abrasaba el corazon, mas no aprovechò. Yà era hora de despedirme, hicelo, suplicandoles me diessen su licencia, para recibir aquella merced algunas veces, ellas dixeron, que se la harìa en servirme de aquella casa, y conocerian en ello mis palabras, quando correspondiessen à las obras. Despedime, dexèlas, no las dexè, ni me fuì, pues quedandome alli, llevè conmigo la prenda que adoraba. Què noche quereis que sea para mi esta? Què largas horas, què

què sueño tan corto, què confusion de pensamientos, què tormenta se ha levantado en el puerto de mi mayor bonanza, dixe, còmo en tan segura calma me sobrevino semejante borrasca, sin sentirla venir, ni saberla remediar? Perdido me veo, incierta es la esperanza del remedio; pues yà quando amaneciò, que me fuì à las Escuelas, ni supe si en ellas entrè, ni palabra entendi de quanto en la licion dixeron: bolvìme à la possada, sentème à la mesa, y quedabanseme los bocados en la boca helados, con tanto descuido de lo que hacia, que puse cuidado à mis compañeros, y admiracion en el Pupilero, que creyò ser principio de alguna enfermedad gravissima, y no estuvo engañado, pues de alli resultò mi muerte. Preguntòme, què tenia? No supe que responderle, mas de que sin duda el corazon se recelaba de algun gravissimo daño venidero; porque desde el dia passado lo sentia caìdo en el cuerpo, que casi no me animaba. Dixome, que no fuesse Mendocina, ni diesse à la imaginacion tales disparates, que olvidasse abusiones, que aquello no era otra cosa, que abundancia de mal humor, que presto se gastarìa. Como yà yo sabia, que no se medicinaba mi mal con yervas, dissimulèlo, y dixe, por no dàr à sentir mi desdicha: Señor, assi serà, y assi lo harè, mas mucho me fatiga. Levantème de la mesa, empero no de comer, y subiendo à mi aposento, fuè tanto lo que me apretò aquella congoja, que dexandome caer encima de la cama, la boca, y ojos en la almohada, vertì por ellos mucha copia de lagrimas, enterrando los suspiros entre la lana. Sentìme con esto algo aliviado, y con el deseo de vèr al Medico de mi salud, tomando el mantèo, y dexando la licion, me fuì à su casa. No puedo en solas dos palabras dexar por decir, que no hay exercicio alguno, que no quiera ser continuado, y que faltarle un poco de su ordinario, es un punto, que se suelta de una calza de aguja, que por alli se và toda. Con esta licion que perdi, perdi todos quatro cursos, y à mi con ellos, pues de una en otra dexè de continuarlos, no dandoseme por ellos un comino. Haviame yà matriculado amor en sus escuelas, Gracia era mi Rector, su gracia era mi Maestro, y su voluntad mi curso, y yà no sabia mas de lo que queria que supiesse, comencè riyendo, y acabè llorando, de burlas les pedi un bocado de la merienda, de veras lo hallè despues atravessado à la garganta. Fuè de veneno, que me quitò el entendimiento, y como sin èl anduve mas de tres meses, dando de mi una muy grande nota, que un tan famoso Estudiante quisiesse assi perderse; y movido el Rector de lastima quando lo supo, quiso poner remedio, y fuè dañarme mas, que viendome de todas partes apretado, y mas de mi passion propria, rebentè, sin poder-

derme resistir. Yà nuestros amores iban muy adelante, los favores eran grandes, las esperanzas no cortas, pues las dexaban à mi voluntad, queriendo recibirla por esposa. Troquèmos plazas, y tòme la mia el mas cuerdo del mundo, hallèse sujeto en prisiones tan fuertes, y con tan justas causas para rendirse, sientase acosado, queriendoselo impedir, y dème luego consejo. No supe otro medio, dexèlo todo por lo que pensè que fuera mi remedio. La madre me ofreciò su casa, y la hacienda; era muger acreditada en el trato, tenia mucho, y buen despacho, ganaba bien de comer, regalabame mucho, serviame al pensamiento, trayendome asseado, limpio, y oloroso, mirado, y respetado, como señor de todo; nunca creì, que aquello faltar pudiera, quise quitarme de malas lenguas, que yà me levantaban, lo que si fuera verdad, quizà no me perdiera. Señores mios, con perdon de vuessas mercedes, casème. No ha sido mala cuenta la que dì de tantos estudios, de tantas letras, de verme yà en terminos de ordenarme, y graduarme, para poder otro dia Cathedrar por lo menos, porque pudiera, segun la opinion que tuve. Y yà en la cumbre de mis trabajos, quando havia de recibir el premio, descansando de ellos, bolvì de nuevo como Sisifo à subir la piedra. Considero aora lo que muchas veces entonces hice: como sabe Dios trocar los designios de los hombres: como yà hecho el Altar, puesta la leña, Isaac encima, el cuchillo desnudo, el brazo levantado, descargando el golpe, impide la execucion. Guzmàn, què se hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas, tanta continuacion à las Escuelas, tantos actos, tantos grados, tantas pretensiones? Yà os dixe quando en mi niñèz, que todo vino à parar en la capacha, y aora los de mi consistencia en un Meson, y quiera Dios que aqui paren.

CAPITULO V.

DEXA GUZMAN DE ALFARAche los estudios, vàse à vivir à Madrid, lleva su muger, y salen de alli desterrados.

PUes de Bachillèr en Theologìa, saltè à Maestro de amor profano, yà se supone que soy Licenciado, y como tal podrè con su buena licencia decir lo que conozco de èl, y como tan buen Practicante suyo. Si lo quisiessemos difinir, haviendo tantos dicho tanto, serìa bolver à repetir lo millares de veces dicho. Es el amor tan en todo, y tan contrario en sus efectos, que aunque mas de èl se diga, quedarà menos entendido, emperò dirèmos de èl algo con los muchos. Es amor una prision de locura, nacida de ocio, criada con voluntad, y dineros, y curada con torpeza. Es un excesso de codicia bestial, sutilissima, y penetrante,

que corre por los ojos hasta el corazon, como la yerva del Vallestero, que hasta llegar à èl, como à su centro, no para. Huesped, que con gusto combidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo, aun es dificultoso echarlo de ella. Es niño antojadizo, y desvarìa; es viejo, y caduca; es hijo, que à sus padres no perdona, y padre, que à sus hijos maltrata; es Dios, que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, debil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley, ni guarda razon; es impaciente, sospechoso, vengativo, y dulce tyrano. Pintanle ciego, porque no tiene medio, ni modo, distincion, ò eleccion, orden, consejo, firmeza, ni verguenza, y siempre yerra. Tiene alas para su ligereza en aprehender lo que ama, y con que nos lleva à desdichado fin; de manera, que solo aquello que à ciegas aprueba, con ligereza lo solicita, y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la execucion de ellos quiere que falte paciencia en esperar; miedo en acometer, policìa en hablar, verguenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar, y consideracion en los peligros. Amè con mirar, y tanta fuè su fuerza contra mì, que me rindiò en un punto. No fuè necessario transcurso de tiempo, como algunos afirman, y yerran. Porque como despues de la caìda de nuestros primeros Padres, con aquella levadura se acedò toda la masa, corrompida de los vicios, vino à tal ruìna la fabrica de este relox humano, que no le quedò rueda con rueda, ni muelle fixo, que las moviesse. Quedò tan desbaratado, sin algun orden, ò concierto, como si fuera otro contrario, en ser muy diferente del primero en que Dios lo criò, lo qual naciò de la inobediencia sola. De allì le sobrevino ceguera en el entendimiento, en la memoria olvido, en la voluntad culpa, en el apetito desorden, maldad en las obras, engaño en los sentidos, flaqueza en las fuerzas, y en los gustos penalidades. Cruel esquadron de salteadores enemigos, que luego quando un alma la infunde Dios en un cuerpo, le salen al encuentro pegandosele; y tanto, que con su alhago, promesas, y falsas apariencias de torpes gustos, la estragan, y corrompen, bolviendola de su misma naturaleza.

De manera, que podrìa decirse del alma, estàr compuesta de dos contrarias partes; una racional, y divina, y la otra de natural corrupcion. Y como la carne adonde se aposenta sea flaca, fragil, y de tanta perfeccion, haviendolo dexado el pecado inficionado todo, vino à causar, que casi sea natural à nuestro sèr la imperfeccion, y desorden: tanto, y con tal estremo, que podriamos estimar por el mayor vencimiento el que hace un hom-

hombre à sus pafsiones. Mucha es la fortaleza del que puede resistir-las, y vencerlas, por la guerra infernal que se hacen siempre la razon, y el apetito; que como èl nos persuade con aquello, que mas conforma con nuestra naturaleza, y es lo que mas apetecèmos; y esto sea de tal calidad, que nos pone gusto el tratarlo; y deseo en conseguirlo. Y por el contrario, la razon es como el Maestro, que para bien corregirnos, anda siempre con el azote de la reprehension en la mano, acusandonos lo mal que obramos, hacemos como los niños, huìmos de la escuela, con temor del castigo, y nos vamos à las casas de las tias, ò de los abuelos, donde se nos hace regalo: De esta manera, siempre, ò las mas veces queda (que no debiera) la razon avassallada de nuestro apetito, el qual, como tiene yà sobre nosotros adquirida tanta possession, y señorìo, siendo el del torpe amor tan vehemente, tan poderoso, tan propio de nuestro sèr, tan uno, y ordinario nuestro, tan pegado, y conforme à nuestra naturaleza, que no es mas propria la respiracion, ò el vivir: siguese de necesidad lo mas dificultoso de reprimir, y el enemigo mas terrible, y el que con mayor poder, y fuerzas nos acomete, assalta, y rinde. Y aunque sea notoria verdad, que teniendo la razon, como tiene, su antiguo, y prehemimente lugar, suele algunas veces impedir, con su mucha sagacidad, que una repentina vista (aunque trayga pujanza de causas poderosas, que la favorezcan al mal) puedan con facilidad robar de improviso la voluntad, sacando à un hombre de sì; empero como, por lo que tengo dicho, como el apetito, y voluntad sean tan cerreros, y tan libres, tan señores, y enseñados nunca à obedecer, ni reconocer superiores, es facilissimo, que teniendolos amor de su parte, haga qualesquier efectos, de la manera, y segun que mejor le pareciere. Y tambien, porque siendo, como lo es, todo bien apetecible de su misma naturaleza, y todo lo que se obra es en razon del bien que se nos representa, ò hallamos en ello, siempre deseamos conseguirlo, llegandolo à nosotros, y si nos fuesse possible, querriamos con el mismo deseo convertirlo en sustancia nuestra.

Resulta de esto no ser forzoso, ni necessario para que uno ame, que passe distancia de tiempo, que siga discurso, ni haga eleccion, sino que con aquella primera, y sola vista, concurran juntamente cierta correspondencia, ò consonancia, ò lo que acà solemos vulgarmente decir, una confrontacion de sangre, à que por particular influxo suelen mover las Estrellas; porque como salen por los ojos los rayos del corazon, se inficionan de aquello, que hallan por delante, semejante suyo, y bol-

bolviendo luego al mismo lugar de donde salieron, retratan en èl aquello, que vieron, y codiciaron; por parecerle al apetito prenda noble, digna de ser comprada por qualquier precio, estimandola por de infinito valor, luego trata de quererse quedàr con ella, ofreciendo de su voluntad el tesoro que tiene, que es la libertad, quedando el corazon cautivo de aquel señor, que dentro de sì recibiò: Y en el mismo instante que aqueste bien, ò aquesta cosa que se ama, se considera luego que aplica el hombre su entendimiento à tenerlo por sumo bien, deseandolo convertir en sì, se convierte en èl mismo. Siguese de esto, que aquellos mismos efectos, que puede causar por largos tiempos, ganandose por continuacion, ò trato, tambien se puedan causar en el instante, que se causa esta complacencia del bien, que nos figuramos; porque como no sabèmos, ò por hablar lenguage mas verdadero, no querèmos irnos à la mano, y por la corrupcion de nuestra naturaleza, flaqueza de la razon, captiverio de la libertad, y debiles fuerzas, deslumbrados de esta luz, vamos desalados, perdidos, y encandilados à meternos en ella, pareciendonos decente, y proprio rendirnos luego, como à cosa natural. Y tanto como es la luz del Sol, el frio de la nieve, quemar el fuego, baxar lo grave, ò subir à su esfera el ayre, sin dàr lugar al entendimiento, ni consentir al libre alvedrio, que gozando de sus privilegios, usen su oficio, por haverse sujetado à la voluntad, que yà no era libre, en cambio de contrastarla, le dàn àrmas contra sì. Esto mismo le sucede à la razon, y entendimiento, con la misma voluntad, que quando en la primera edad, en el estado de la inocencia, eran señores absolùtos los que governaban con sujecion, y tenian en paz toda la fabrica, quedaron esclavos, y obedientes despues del primer pecado, y por ministros de aquella tyranìa; luego son favorecidos del ciego, y depravado entendimiento, y sedientos de su antojo, se abalanzan de pechos por el suelo, à beber las aguas de sus gustos. Corren como alcones con capirotes, yà por lo mas levantado de los ayres, yà por lo espeso de los bosques, no conociendo el venidero peligro, ni temiendo el daño cierto: Asi nunca reparan en distancia de tiempo, que se les ponga delante, por la qual causa es de amor impaciente, y hizo tales efectos en mì. Bolvìme à casar segunda vez, muy con mi gusto, y tanto, que tuve por cierto, que nunca por mì se comenzàra el tocino del Paraìso, y que fuera el hombre mas bienaventurado de la tierra. Nunca me passò por la imaginacion considerar entonces, que aquel Sacramento lo debiera procurar para solo el servicio, y gloria de Dios, perpetuando mi especie,

cie, mediante la ſucceſsion, ſolo procure la delectacion. Menos dì lugar al entendimiento, que me aconſejaſſe de lo que èl bien ſabia, ni le quiſe oìr, cerrè los ojos à todos, deſpedì à la razon, maltratè à la verdad, porque me dixo, que caſando con hermoſa, era de neceſsidad haver de ofrecerſeme cuidados, por haver de ſer comun. Ultimamente, de mal aconſejado, conſeguì con mi guſto un mal bien deſeado, cegaronme dotes naturales, dieronme hechizos gracia, y belleza, tan propio de mi eſpoſa, y ſin algun artificio: yerra el que pienſa, que pueda parecer algo bien con agena compoſtura, pues lo ageno ſe lo dà, y luego que ſe lo buelve, buelve lo feo à quedarſe con ſu fealdad. Tuve dias muy alegres, que los que no gozan de ſuegra, no gozan de coſa buena. Tratabame como à verdadero hijo, buſcando por quantas vias podia mi regalo; no traxo hueſped bocado bueno à caſa, que no me alcanzaſſe parte, ni ella lo pudo haver, que no me lo compraſſe; y como mi eſpoſa traxo poca dote, tenia para hablar poca licencia, y menos cauſa de pedirme demasìas. Era moza, y tanto, que pude hacerla de mi voluntad: tomè parientes, que ſe honraban de mì, por las ventajas que me reconocian, que à quien los toma mejores, nunca le falta ſeñores à quien ſervir, jueces à quien temer, y dueños à quien ſer forzoſos tributarios: mi ſuegra lo era mia, y mi cuñada mi eſclava, mi eſpoſa me adoraba, y toda la caſa me ſervia. Nunca jamàs, como aquel breve tiempo, me vì libre de cuidados: no eran otros los mios, que comer, beber, dormir, holgar, y ſin ſer, ni de ſolo un maravedì pechero, me baylaban delante todos las bocas llenas de riſa. Era danza de ciegos, y yo lo eſtaba mas, que los guiaba. Dicen de Circe, una Ramera, que con ſus malas artes, bolvìa en beſtias los hombres con quien trataba: quales convertìa en leones, otros en lobos, javalìes, oſſos, ò ſierpes, y en otras formas de fieras; pero juntamente con aquello quedabales vivo, y ſano ſu entendimiento de hombres, porque à èl no les tocaba. Muy al rebès lo hace aora eſtotra Ramera, nueſtra ciega voluntad, que dexandonos las formas de hombres, quedamos con entendimientos de beſtias. Y como yà otra vez dixe, nunca ſe viò mudanza de fortuna, que no ſe acompañaſſe de daños nunca preſumidos, ni penſados, y ſiempre ſe nos finge à los principios blandiſsima, y ſuave, para mejor deſpeñarnos con mayor pena; pues la que ſe ſiente mas es, en la falta de los bienes, acordarſe de los muchos poſſeìdos. Diò la buelta conmigo, con mi muger, y toda ſu familia. Mi ſuegro, que aya buen ſiglo, aunque Meſonero, era un buen hombre, que no todos hacen ſobajar las

ma-

maletas, ni alforjas de los huespedes; muchos ay, que no mandan à los mozos quitar à las bestias la cebada, ni à los amos les moderan la comida, que son cosas essas, que tocan mas à mugeres, por ser curiosas; y si algo de esto ay, no tienen ellos la culpa, ni se debe presumir tal de mi gente, por ser, como eran, todos de los buenos de la Montaña, hidalgos como el Cid; salvo que por desgracia, y pobreza vinieron en aquel trato, lo qual se prueba bien con lo siguiente; porque como èl fuesse tan honrado, tan amigo de amigos, inclinado à hacer bien, fiò à un su compañero en cierta renta de diezmos: algunos quisieron decir, que la cebada, y trigo la gastò en su casa, pero no lo creo, pues tan mal saliò de ello, salvo sino se perdiò por passar adelante con su honra, que segun decian despues mi suegra, muger, y cuñada, fuè hombre muy amigo de bien comer, y que su mesa siempre tuviesse abundancia, sus cubas generosos vinos, y su persona bien tratada: fuè usufructuario de su vida, que ay hombres, cuyo Dios està en su vientre.

Yo conocì en Sevilla un hombre casi su semejante, aunque de poca honra, el qual trataba de solo trasladar Sermones, y le pagaban à medio real por pliego, el qual como lo huviesse menester para que me trasladasse cierto processo dentro de mi casa, y se tardasse mucho en bolver à trabajar despues de medio dia, diciendole yo, què como se havia detenido tanto? Me respondiò, que havia ido lexos à comer. Pues como le viesse un hombre hecho pedazos, con mas rabos que un pulpo, sin zapatos, calzas, capa, ni sayo, y tan pobre, pareciendome què podria, ò debia comer en la Taberna, le dixe: Pues no ay Bodegones por aqui cerca, sin ir tan lexos? Y respondiòme: Señor, si ay, empero ninguno de ellos tiene lo que yo como, ni lo dàn en otro que adonde voy. Quise por curiosidad saber què comia; y dixòme: Yo soy pobre hombre, como lo que gano, y gano lo que puedo, para vivir mejor. En el Bodegon adonde voy, saben yà que me tienen de dàr una libreta de carnero merino castrado, y para con èl una salsa de obrugo, hecha con azucar: con esto passo el Invierno, que para el Verano con un poco de ternera me basta. Digo de mi cuento, que como el compañero de mi suegro faltasse, y èl al cabo de pocos dias falleciesse, quando se cumpliò el plazo de la paga, vinieron à executar à mi suegra por ella, llevaron quanto en toda la casa hallaron, que no faltò sino llevarnos à bueltas de ello à mì, y à mi muger, empero tanto monta, pues dieron con las personas de patitas en la calle. Vimonos desbaratados, como quien escapa robado de Corsarios. Recogimonos como pudimos

à cafa de un vecino, y como havian de dàr los acreedores el Mefon à quien mejor fe le pagaffe, no faltaron para èl opofitores, que quien es de tu oficio, effe es tu enemigo; nunca en los tales falta embidia, fiempre les pefa del acrecentamiento del otro. Aquel Mefon eftaba de antes bien acreditado; fueron echando pujas (queriendole cada qual para sì) fobre las de mi fuegra, que tambien le pretendìa por fu arrendamiento, como muger que allì fe havia criado, y à fus hijas, y por fu buena gracia eftaba en èl aparroquiada. Quedamos con èl à pefar de ruines, mas tan fubido de precio, y por fus cabales, que apenas alcanzabamos un pan, y fardinas, que toda la ganancia fe la chupaba la renta, como una efponja; y tanto, que pereciamos (con el oficio) de hambre. Quando me vì tan apurado, quife rebolver fobre mì, valiendome de mi Philofophìa, comenzando à curfar en Medicina, como hijo de faftre; pero no pude, ni fuè pofsible, aunque continuè algunos dias, y fe me daba muy bien, por los famofifsimos principios que tenia de Metaphyfica, que afsi fe fuele decir, que comienza el Medico de donde acaba el Phyfico, y el Clerigo, donde el Medico. Todo mi defeo era, fi pudiera fuftentarme, mas era en vano, aunque para poderlo hacer, permitì en mi cafa juego, vifitas, converfaciones, y otras impertinencias, que todas me dañaron; huì del peregil, y naciòme en la frente; mas pareciòme, que nada de aquello pudiera tocar à fuego, y que baftaba la fola golofina, y fuera como los cominos, que colgados en un taleguillo en el palomar, à folo el olor vinieran las palomas; empero fucediòme lo que al confitero, que al fabor de lo dulce acudian las mofcas, y fe lo comian. A los principios diffimulelo un poco, y poco bafta confentir à una muger para que fe alargue mucho. Todo andaba de harapo, comiamos aunque limitadamente, mas yà las libertades entraban muy à lo hondo; perdian piè, defmandabanfeme yà, faltando el miedo, y refpeto; mi reputacion fe anegaba; nueftra honra fe abrafaba; la cafa fe ardìa, y todo por el comer fe fufria. Callaba mi fuegra, folicitaba mi cuñada, y tres al mohino, jugaban al mas certero; yo no podia hablar, porque dì puerta, y fuì ocafion, y fin efto pereciéramos de hambre: corri con ello, dandome fiempre por defentendido, hafta que mas no pude. Los Eftudiantes podian poco, que nunca fus porciones tienen fuerzas para fufrir ancas, y no havia en todos ellos alguno, que rigiendo la oracion, fe hicieran nominativo, à quien fe guardara refpeto, y acudiera con lo neceffario; pues mal comer, poco, y tarde, y por tan poco interès dàr tanto, que fiempre havia de

de verme puesto en acusativo, como la persona que padece, no quise. Hice mi cuenta, yà no puede ser el cuervo mas negro que sus alas, el daño està hecho, y el mayor trago passado, empeñada la honra, menos mal es que se venda, el provecho aqui es breve, la infamia larga, los Estudiantes engañosos, la comida dificil, no solo conviene mudar los bolos, empero hacerlo con mucha brevedad. Malo de una manera, y peor de la otra, vamos à lo que nos fuere de mas provecho, donde yà que algo se pierda, no seamos el alfayate de la esquina, que ponia hasta el hilo de su casa: no ha de arrojarse todo con la maldicion, quedenos algo que algo valga, siquiera lo necessario à la vida, comer, y vestido.

Salgamos de aqueste valle de lagrimas, antes que vengan las vacaciones, donde todo calme. Dexèmos esta gente non santa, de quien lo que mas en grueso se puede sacar es un pastèl de à real, ò dos pellas de manjar blanco, y quando dàn para ello, no se vàn de casa hasta comerse la mitad. Si sus madres los embian un barril de aceytunas Cordovesas, cumplen con darnos un platillo, y nos quiebran los ojos con dos chorizos ahumados de la montaña. No, no, esso no, que nos tiene mas de costa. Yo sabia yà lo que passaba en la Corte, havia visto en ella muchos hombres, que no tenian otro trato, ni comian de otro juro, que de una hermosa cara, y aun la tomaban en dote, porque para ellos era una mina, buscando, y solicitando casarse con hembras acreditadas, diestras en el arte, que supiessen yà lo que les importaba, y donde les apretaba el zapatillo; veìa tambien las buenas trazas que tenian para no quedar obligados à lo que debieran, que quando estaba tomada la possada, ò dexaban caer la celosìa, ò ponian en la ventana un jarro, un chapin, ò qualquier otra cosa, en que supiessen los maridos, que havian de passarse de largo, y no entrassen à embarazar. A medio dia yà sabian que havian de tener el campo franco, entraban en sus casas, hallaban las mesas puestas, la comida buena, y bien prevenida, y que no havian de calentar mucho la silla, porque quien la embiaba queria venirse à entretener un rato; y à las noches, en dando las Ave Marias bolvian otra vez, dabanles de cenar, ibanse à dormir solos, hasta que se les hiciesse hora à sus mugeres de irse con ellos à la cama, y acontecìa detenerse hasta el dia, porque iban à visitar à sus vecinas. En resolucion, ellos, y ellas vivian con tal artificio, que sin darse por entendidos de palabra, sabian yà lo que havia cada uno de poner por la obra, y estos tales eran respetados de sus mugeres, y de las visitas, à diferencia de otros, que sin mascara, ni rodeos passaban por esso, y aun lo solicitaban, llamando, y

trayendo consigo à los combidados, comiendo en una mesa, y durmiendo en una cama juntos. Yo conocì uno, que porque un galàn de su muger se amancebò con otra, se fuè à èl, y diciendole que por què faltas que le huviesse hallado, havia dexadola, y le diò de puñaladas, aunque no muriò de ellas. Estos tales vàn al Bodegon por la comida, por el vino à la taberna, y à la plaza con la espuerta; pero los mas honrados, basta que dexen la casa franca, y se vayan à la comedia, ò al juego de los trucos, quando acaso les faltan las comissiones. No hiciera yo por ningun caso lo que algunos, que quando en presencia de sus mugeres alababan otros algunas buenas prendas de damas cortesanas, les hacian ellos que descubriessen alli las suyas, loandoselas por mejores. Mas en quanto una tacita permission, sin genero de sumission, essa yà yo estaba dispuesto à ella. Cogì mi hatillo, que todo era el del caracol, que cupo en una caxa vieja bien pequeña, y metida en un carro, sentados encima de ella nos venimos à Madrid cantando las tres anades madre. Venia yo à mis solas haciendo la cuenta, conmigo llevo pieza de Rey, fruta nueva, fresca, y no sobajada, pondrèle precio como quisiere. No me puede faltar quien por suceder en mi lugar me trayga muy bien ocupado, y un trabajo secreto puedese disimular à titulo de amistad, ahorrando la costa de casa, y ganando yo por otra parte, presto serè rico, tendrè para poner una casa honrada, donde reciba seis, ò siete huespedes, que me dèn lo necessario bastantemente, con que passarèmos. Yo tengo todas aquellas partes, que importan para qualquier negocio, que de mì quieran fiar; para fuera soy solicito, y para en casa sufrido, irè cobrando credito, y en teniendo colmada la medida de mi deseo, alzarème à mayores, pondrè mi trato, sin que sea necessario tener otros achaques. Venia mi esposa con el mejor vestido de los que tenia, y un galàn sombrerillo con sus plumas, y fuera de ellas, maldito el caudal, ni aun cañones, que no teniamos otros, excepto la guitarra.

Quando à la Corte llegamos, luego al instante, antes de baxar los pies en el suelo, corriò la fama de la bienvenida; hizo reseña con su hermosura, llegòsele la gente, y el que mas por entonces mostrò desearnos acomodar fuè un Ropero rico de la Calle Mayor, que preguntandonos de donde veniamos, y adonde caminabamos? Quando le dixe, que alli no mas, y que no teniamos possada conocida, professando querernos hacer amistad, nos llevò à la de una su conocida, donde nos hicieron todo buen acogimiento, no por el asno, si no por la diosa. El buen Ropero, dixo, que vendriamos muy cansados de la mala noche, y del

del camino, y pues no teniamos quien luego nos traxesse lo necessario, descuidasemos de ello, que con su criado lo embiaria. Hizonos aquel dia traer de comer gallardamente de casa de un figon, que alli lo tenia siempre bien prevenido, y veislo aqui donde viene à la tarde, donde despues de diferentes cumplimientos le pregunte, que quanto havia gastado? Respondiòme ser una miseria, que deseaba servirme en quanto se ofreciesse, en cosas de mas cantidad, y que de aquello no havia que hacer caso: hizose como del corrido en que se le tratasse de ello; empero yo porfiaba en que havia de recibir el costo, que fuesse lo que es amistad, amistad, y el dinero dinero; assi me vino à decir, que todo havia costado solos ocho reales; diselos, mas porque no saliessen de casa, comencè à usar de mi oficio, que tomando la capa, dixe que me importaba ir à visitar à cierto amigo, dexèlos en buena conversacion en el aposento de la huespeda, y fuìme à passear hasta la noche: quando bolvì, yà estaba la mesa puesta, la cena guisada, y todo tan bien prevenido, como si para ello le huviera quedado à mi muger mucho dinero. No la hablè palabra, ni preguntè de donde havia venido, ni quien lo havia embiado, tanto porque no me convenia, quanto porque la huespeda dixo, que haviamos de ser aquella noche sus combidados. Fuelo tambien el señor de la Roperìa, y desde aquella cena quedamos muy grandissimos amigos. Venianos à visitar, llevabanos à holguras, à cenar al Rio, à comer en Quintas, y Jardines, las tardes à Comedias, dandonos aposento, y muy buena colacion en èl, con que fuimos passando un poco de tiempo; y aunque verdaderamente hacia el hombre quanto podia, y nada nos faltaba, yà se me hacia poco, porque havia quien le querìa sacar de la puja. Yo sabia, que las mugeres de buen parecer, son como la arina de trigo de flor, de lo mas apurado, y sutil de ella se saca el pan blanco regalado, que comen los Principes, los poderosos, y gente de calidad. El no tanto, que sale del moyuelo, y algo mas moreno, come la gente de casa, los criados, los trabajadores, y personas de menos cuenta; y del salvado se hace pan para perros, ò lo dàn à los puercos. La hermosa, y de buena cara, luego que llega à alguna parte donde no es conocida, lo primero se lleva los mejores del Pueblo, los principales, y ricos de èl, y los que son señores, ò mas valen. Luego entran (quando yà estos estàn hartos) los plebeyos, los hijos de vecino, gente que con un cantarillo de arrope por vendimias, una carga de leña por navidad, una cestilla de higos por el tiempo, pagan salario para todo el año, como al Medico, y Barbero: mas en passando de estos,

anda ladrada de los perros, no ay Zapatero de viejo que no las acometa, ni queda Cedacero, que no las haga baylar al son de la sonaja. Yà la havia dado un vestido azavachado negro, guarnecido de terciopelo, un manteo de grana, guarnecido de oro: teniamos cama, bufete, y sillas, y no supe de donde se havian comprado quatro guadamaciles: la casa estaba que con pocos trastos mas, pudieramos mandar por nosotros: la huespeda nos desollaba, pareciendola, que tambien havia de meter sopa, y mojar en la miel, por solo la permision, que ponia de su parte, y aquesto no era lo que yo buscaba, ni me venia bien à cuento. Tampoco el señor, porque solicitaba la Cathedra otro mejor opositor de mas provecho; y aunque conozco, que procedia en su trato como Ropavejero de bien, es caso muy distinto del mio, que oy darè por tres, lo que mañana no por diez. El tiempo es el que lo vende, y no es aproposito que sea hombre de bien uno, si yo lo he menester para otro, porque importa poco, que sea buen musico el Sastre para hacer un vestido, ni el Medico, que trata de mi salud, que sea famoso jugador de Axedrez, dinero, y mas dinero era lo que yo entonces buscaba, que no bondades, ni linages. Lo que no era de mucho provecho, me causaba mucho enfado: no solamente me contentaba con el sustento, y vestido necessario, sino con el regalo extraordinario, que comprassen à peso de oro la silla que se les daba, la conversacion que se les tenia, el buen rostro que se les hacia, el dexarlos entrar en casa, y sobre todo la libertad que les quedaba en saliendo yo de ella, y esto no podia hacer nuestro buen hombre. Querianos llevar por el canto llano que comenzò, quando al principio nos conociò, como si fuera imposicion de censo perpetuo, que havia siempre de passar de una misma forma.

Yà yo sabia quien con excesso de ventajas era mas benemerito, y mas à mi cuento, empero poniaseme solo por delante la diferiencia que hace, tienes, à quieres, haverle de ir à dàr à entender, que gustarìa de su amistad. Bien sabia, y me constaba que la deseaba, mas era Estrangero, y no se atrevia; pues acometerle yo, fuera estimarnos en poco, dexar al otro, tambien fuera locura, porque mejor es pan duro, que ninguno, ni ossaba tomar, ni dexar. De esta manera fuì passando algunos dias diestramente, hasta vèr el mio. Acudia de ordinario à las casas de juego, yà jugando, yà siendo tomajon, pidiendo à mis amigos, y conocidos del tiempo passado, y lo que me daban, ò juntaba, esperaba ocasion, y quando el Ropero estaba en casa, dabaselo à mi muger para el gasto, por no darle à entender mi flaqueza, y que consentìa

sus visitas por el sustento, y en apartandose de alli, luego à mi muger la pedia dineros para jugar, y bolviamelos à dàr, y aun otros muchos, de manera que siempre fuì para con èl señor de mi voluntad, sin darle alguna entrada por donde pudiera perderseme el respeto. Andaba el Estrangero por su parte bebiendo los vientos, haciendo grandissimas diligencias para ganarnos la voluntad, y nosotros cada uno entre sì por tener la suya, conociendo las ventajas, que se havian de seguir, mas como yo por mi parte recataba mi casa de algun desastre, temì no la ollassen dos à la par, que ni sufriò dos cabezas un govierno, ni se anidaron bien dos pajaros juntos en un agujero, y tampoco mi muger se atrevia, por no juntar quadrillas, ni ser comun de tres, hasta que yà viendo lo bien que à cuento nos venia, y que quando el Ropero afloxaba la cuerda, el Estrangero apretaba mas en su negocio, que andaban los presentes, joyas, dineros, y banquetes en buen punto, alcème à mayores, diciendo, que no me hallaba en disposicion de pagar possada, pudiendo sustentar casa. Con esto apartamos el rancho, y puse mi tienda. El Estrangero me hacia mil zalemas, y yo al Ropero la cara de perro, tanto quanto el uno me llevaba tràs de sì, procuraba ir sacudiendo al otro de mì, hasta que yà cansado de èl, vine à decirle, que si me havia passado à casa sola, era por solo ser el señor de ella, y andar à mi gusto, si vestido, ò si desnudo, que me hiciesse merced en visitarme à tiempos, que le pudiesse bien recibir, y no quando tuviesse forzosa ocupacion en mis negocios, porque yo, ni mi muger podiamos estàr siempre dispuestos, ni emballestados, esperando visitas. El hombre lo sintiò de manera, que nunca mas bolviò à pisarme los umbrales, excepto por tercerias de su amiga la huespeda, que havia sido nuestra, y allà se veìan en achaque de visita, de mil à mil años, quando podia escaparse. Acà nuestro Estrangero, como anduvo tan manirroto, y liberal, fuème forzoso mostrarme de buen semblante, porque iba de portante, y segun llevaba el passo, presto salieramos de muda, y assi fuè; porque como mi muger le fuesse haciendo buen rostro, viendose sola, estimaba èl en tanto qualquier pequeño favor, que lo pagaba à peso de oro. Dimonos por amigos, combidòme à su casa, y pidiendome licencia, embiò à la mia muchos, y muy buenos platos, de los manjares que sirvieron à nuestra mesa, y con secreta orden à los criados que los llevaban, que no los bolviessen, y que allà los dexassen, aunque todos eran de plata. No me pesaba de ello; empero pesabame que tan al descubierto se hiciesse, pues no ay hombre tan leño, que no entienda, que quando aquesto se hace,

ce, no es à humo de pajas, ni por sus ojos vellidos. Galana cosa es, que un poderoso regale à mi muger, y que no aya yo de conocer el fin que lleva. Holgabame yo, todos hacen lo mismo, no dice verdad quien dice que le pesa, que si le pesara, no lo consintiera. Si me holgaba de ello, y consentìa que mi muger lo recibiera: si la dexè salir fuera, y gustè de que quando bolviesse, viniesse cargada de joyas, del vestido nuevo, de las colaciones, y mi desverguenza era tanta, que las comia, ò con todo lo mas dissimulaba; lo mismo hacen ellos, no quieran, ò piensen cargarme las cabras, y salirse fuera, que les prometo, que los entiendo, y los entienden; y aun es lo peor, que quando me vian ir por la calle muy galàn con el cintillo en el sombrero de piezas, y piedras finissimas, me decian à las espaldas, y aun tan recio, que pude bien oirlo: Bellos pitones lleva Guzmàn, bien se le lucen, y algunos de los que me lo decian, quizàs me los embidiaban, y otros no se los veian, pero veianselos à ellos. Nuestro Estrangero comprò nuestra libertad, y tenia tanta, que yà en mi possada no se hacia otra sino la suya; pero yo siempre sustentè mis trece, llevandolo en amistad, haciendome del honrado. Como la espuma crecian los bienes en mi casa, colgaduras de Invierno, y Verano, Tapices de Bruselas, brocateles adamascados, camas de damasco, pabellones, colchas, alfombras, almohadas del estrado, y otros muebles dignos de un señor; pues la mesa que tuve, y casa que sustentè, no creo que bastaran dos mil ducados al año; y quando me daba gusto bolver loco al patron, quando haviamos comido (que lo solia hacer algunas veces, en especial los dias de fiesta) mandaba yo sacar de sobre mesa la guitarra, y decia à mi muger: por tu vida, Gracia, que nos cantes un poco, que de otra manera por maravilla lo hacia en mi presencia el cantar, que aunque sabia que yo lo entendia, y nada ignoraba, guardabame siempre mucho aquel decoro, recatabase quanto podia de que yo viesse cosa de que me afrentasse, y quedasse obligado à la demonstracion del sentimiento. Cada uno de nosotros nos entendiamos, y los unos à los otros, no dandonos por entendidos, ni de ello jamàs tratabamos. Al buen señor le gastabamos muchos de los bellos escudos; yo me trataba como un Principe, rodaban por la casa las piezas de plata; en los cofres no cabian las bordaduras, y vestidos de varias telas de oro, y sedas; los escritorios abundaban de joyas preciosissimas; nunca me faltò que jugar, siempre me sobrò con que triunfar, y con esto gozaban de su libertad, porque como yo sintiesse, que no convenia entrar en casa (lo qual sabia, por vèr que tenia cerrada la puerta) passaba de largo hasta

parecerme hora; y viendo que la tenia abierta, era señal que passaban el tiempo en buna conversacion, entrabame allà, y parlabamos todos. Vès toda esta facilidad, esta serenidad, y fresco vientò? Vès aquesta fortuna favorable, risueña, y franca? Pues no sucediò menos, que como todo lo mas en que tuve malos medios, ni creo que alguno pueda escaparse sin borrascas tales de quantos navegaren en este Occeano. A la fama de tanta hermosura, y de tanta licencia, la tomaron algunos Principes, y Cavalleros, que olieron la boda, passeos vàn, recados vienen, aunque nunca, segun creo, se les hizo amistad, ni se diò causa con que nuestro dueño se ofendiesse. Con todo esso, viendose perseguido, y conquistado de otros mas poderosos en hacienda, linage, y galas, andaba celosissimo, perdia el juicio: quiso à los principios esforzarse à competir con ellos, haciendo franquezas extraordinarias, con dadivas de mucho precio, que importaron millares de ducados; mas quando viò que no podia pleytear contra tanto poder, ni resistir à tanta fuerza, sin hacersela nadie, sin causa, y sin mas consideracion, se fuè retirando de sola una sombra. Què de veces consideraba yo este necio, que despepitado iba en seguimiento de una torpeza, con tan estraña costa, y tanto sobresalto? Reìame de èl, y de su poco entendimiento, como si una de las criadas de mi casa llegàra pidiendole qualquier cosa de mucho valor, se la diera con mucho gusto; y si acaso llegàra un pobre à pedirle medio real por Dios, lo negàra. Todos tuvimos nuestro pago; el señor à quien servimos, por enriquecernos quedò pobre; nosotros por mal govierno, no fuìmos ricos, y juntos dimos en el suelo. El hombre comenzò à huir, y los otros à perseguir, que quanto tienen de señores los que lo son, tanto tienen de libres en lo que pretenden, y sobre todo quieren, que por su sola persona se les postre todo viviente. Quisierales yo decir, ò preguntar; señor, què te debo, què me dàs, de què me vales, para que quieras que te sirva con obras, palabras, y pensamientos? Y sobre todo, yà con lo que mal pagan, tambien maltratan con una sequedad, con una sobervia, como si fuera deuda, porque me pudieran executar. Su licencia fuè tanta, su trato tal, que à pocos dias dimos en manos de la justicia. Supo lo que passaba un Ministro grave, y hizo como quando assentò el Leon compañia con los mas animales, que haviendo cazado un Ciervo, lo adjudicò todo para sì. De esta manera se levantò con ello, y para hacerlo con buen color, comenzò con un poco de estruendo, como que nos queria hacer una causa; yo quando lo supe, acudì à èl, formando quexas de semejante agravio, haciendome de los Godos; y el

Hh 2 que

que otra cosa no deseaba, me hizo todo buen acogimiento, sentòme à par de sì, preguntandome de què tierra era? Dixele que de Sevilla. O! dixo: de Sevilla, la mejor tierr de todo el Mundo. Comenzòme à tratar de ella, engrandeciendome sus cosas, como si de aquello me resultara honra, ò provecho. Preguntòme, què quienes havian sido allì mis padres? Y quando se los nombrè, dixo haver sido sus grandes amigos, y conocidos. Refiriòme cierto pleyto, que siendo èl allì Juez havia sentenciado en su favor; y dixome, que tenia por cierto aun ser mi madre viva, porque la conociò mucho en sus mocedades. Tanto me dixo, que solo le faltò hacerme su deudo muy cercano. Harto lo esperaba yo, quando tan particulares cosas me decia, y señas me daba; y entre mi decia: Todo lo pueden los poderosos; y acordème de cierto Juez, que haviendo usado fidelissimamente su judicatura, y siendo residenciado, no se le hizo algun cargo de otra cosa, que de haver sido muy humanista. Lo qual, como se le reprehendiesse mucho, respondiò: Quando à mi me ofrecieron este cargo, solo me mandaron que lo hiciesse con rectitud, y assi lo cumpli. Vease toda la instruccion que me dieron, y donde se trata en ella de que fuesse casto, y haganme de ello cargo. De manera, que porque no lo llevan dicho expressamente, les parece que no vàn contra su oficio, aunque barran todo un Pueblo: como lo hizo cierto Juez, que haviendo estrupado casi treinta doncellas, y entre ellas una hija de una pobre muger, quando viò el daño hecho, le fuè à suplicar, que pues yà la tenia perdida, se la diesse, porque no se divulgasse su deshonra; y sacando èl un real de à ocho de la bolsa, la dixo: Hermana, yo no sè de vuestra hija, veis aì essos ocho reales, decidlos de Missas à San Antonio de Padua, que os la depare. Aora bien, mas yo no sè à quien esto le parece bien; pierdo el sesso del poco castigo que se hace por delitos tan graves. Me mandò ir à mi casa, ofreciendose de hacerme mucha merced, y que tendrìa mucha cuenta con lo que se me ofreciesse, que bastaba ser de Sevilla, y hijo de tales padres, para que con muchas veras acudiesse à mis negocios. Con esto me bolvì, y à pocos dias, estabamos à solas mi muger, y yo, bien descuidados; veis aqui una noche, que andaba de ronda, se llegò à nuestra puerta, y haciendo llamar à ella, preguntaron por mì, pidiendo para su merced un jarro de agua. Entendile la sed que traìa, supliquèle con instancia, que me hiciera merced en beberla sentado: èl no deseaba otra cosa, entrò, y dandole una silla, le sirvieron una poca de conserva con que bebiò. Comenzò la conversacion de que venia cansadissimo, y que havia visto aquella noche mugeres

muy hermosas, empero que ninguna tanto como la mia. Dixo que la loaban mucho de buna voz; yo la dixe, que pidiese la vihuela, y pues de ello gustaba su merced, que cantasse alguna cosa: hizolo sin algun melindre, pareciendonos à entrambos, que serìa de mucha importancia tener grangeado un tan buen personage por amigo, para lo que alli se nos pudiesse ofrecer. El hombre quedò pasmado de verla, y oìrla, y quando se quiso ir, me mandò que le visitasse à menudo. Despidiòse, y quedamonos tratando de cosas passadas, y como para las venideras nos venia tan à buen proposito aquel favor, con quien seriamos tenidos, y temidos. Yo le visitè algunas veces, y uno de los dias que iba mas descuidado de cosa, que me lo pudiera dàr, me dixo: que pues èl estaba vivo, por què no queria con su calor tratar de alguna comission, que me fuesse honrosa, y provechosa? Respondile, que le besaba las manos por merced semejante, mas que por no cansarle, no haviendole servido en algo, no trataba de èllo. Entonces, vendiendome las amistades de mis padres (aunque mas era por ganar la de mi muger) me ofreciò una comission, diciendo, que me serìa muy provechosa. Dile por ello las gracias, que fueron principio de todas mis desgracias, porque dentro de dos dias me puso los papeles en la mano, con orden que fuesse à hacer cierta cobranza por el Consejo de Hacienda, la qual sacò (pidièndola para mì) de un su gran amigo, que assistìa en aquel Tribunàl, diciendo serlo yo mucho suyo, y persona benemerita, digna de cosas muy graves, qual se verìa por la buena satisfacion, que darìa de mi persona, y negocios. Quando la tuve despachada, salì de mi casa bien contra toda mi voluntad, porque llevaba ochocientos maravedis de salario; y para quien como yo estaba tan mal acostumbrado à buena mesa, no tenia para comenzar à comer con ellos, quanto mas para poder ahorrar, que traer, ò embiar à mi casa, empero erame yà forzoso hacerlo; callè, y tomèlo, por escusar mayores daños. Partime, y perdime, porque le pareciò al señor, que con mercedes agenas, havia de ganar esclavos que le sirviessen, y que de aquellos ochocientos maravedis pudiera repartir con mi muger, sustentandose ambas casas, y aquello nos bastaba por paga, con que no solo havia de ser franco de pecho, y de todo derecho, empero que no se havia de mirar al Sol, ni recibir visitas mas de la suya. Quiso ser tan Juez de mis cosas, y apretarlas tanto, que morian de hambre, y se iban cada dia vendiendo las alhajas para el sustento. No le pareciò buena cuenta, ni aun razonable à mi huespeda, ser mucha la sujecion, y poca la provision. Comenzò à rozarse la primera, tambien falseaba la tercera, que era una su muy

muy grande amiga, porque pensò sacar de este mercado muy buenas ferias, y quando el señor sintiò la mala consonancia, pareciendole, que con mi presencia se remediaria todo, hizo que no se me diessen mas prorrogaciones, y que me mandassen venir à dàr cuenta de lo hecho. Hicieronlo, y bolvì muy de mejor gana de la con que fuì, porque bolvì empeñado, y hallè mi casa gastada. El creyò que mi presencia fuera parte para el remedio de su gusto, y saliòle al rebès; porque con mi presencia creciò el gasto, y la libertad para poderlo hacer. Hallòse rematado, sin saber como mejor negociar, y pareciendole, que ninguna cosa yà harìa tanto al caso como el rigor, para cogernos por seca, cruzadas las manos, y que con lagrimas le fuessemos à pedir misericordia, tratò con sus compañeros de hacernos desterrar, y assi nos lo notificaron. Yo hice mi cuenta: este señor lo pretende ser tanto, que quiere que yo le sustente la casa, y el gusto, vendiendo lo que con muchas afrentas, y trabajos he adquirido; pues quedar no puedo, si me falta la libertad con que ganarlo, menos mal serà obedecer, que aunque para nosotros es duro, para èl serà doloroso: si nos quebramos un ojo, le sacamos à èl dos, pues le falta la cuenta que hizo, y le sale al rebès el pensamiento. Demàs de esto, al fin de aquel año se cumplian los diez en que havia de pagar à mis acreedores, vinome todo à cuento. Yà yo sabia estàr mi madre viva, hice alquilar un coche para nuestras personas, y dos carros para llevar la hacienda, y gente, dexando la Corte, y Cortesanos, pareciendonos de mas importancia los Peruleros, calladamente me vine à Sevilla.

CAPITULO VI.

LLEGARON A SEVILLA Guzmàn de Alfarache, y su muger, halla Guzmàn à su madre yà muy vieja, vase su muger à Italia con un Capitàn de Galera, dexandole solo, y pobre, buelve à hurtar como solia.

COmo los que se escapan de algun grave peligro, que pensando en èl siempre, aun les parece no verse libres, me acuerdo muchas veces (y nunca se me olvida) mi mala vida, y mas la del discurso passado, el mal estado, poca honra, falta de respeto que tuve à Dios todo aquel tiempo, que seguì tan malos passos. Admirandome de mì, que fuesse tan bruto, y mas que el mayor de los hombres, pues ninguno de todos los criados en la tierra permitieron lo que yo, haciendo caudal de la torpeza de mi muger, poniendola en la ocasion, dandola tacita licencia, y aun expressamente mandandola ser mala, pues la pedia la comida, el vestido, y sustento de la casa, estandome yo holgando, y lo mi en hies-

to. Terrible caso es, y que pensasse yo de mi ser hombre de bien, ò que tenia honra, estando tan lexos de ella, y falto del verdadero bien! Què por tener para jugar seis escudos, quisiesse manchar los de mis armas, y nobleza, perdiendo lo mas dificultoso de ganar, que es el hombre, y la opinion? Què profanando un tan Santo Sacramento, usasse de manera de èl, que haviendo de ser el medio para mi salvacion, lo hiciesse camino del infierno, por solo tener una sola desventurada comida, ò por un triste vestido? Què me pusiesse à peligro, que à espalda buelta, y aun rostro à rostro, me lo pudiessen dàr por afrenta, obligandome à perder por ello la vida? Què un hombre no pueda mas, que lo sepa, y dissimule, ò por el mucho amor, ò por el mucho dolor, ò por no dàr otra campanada mayor, no me admira; y no solamente pudiera no ser esto vicio, mas virtud, y merito, no consintiendolo, ni dando favor, ò entrada para ello; mas que como yo, no solo gustaba de ello, mas que si necessario era, les echaba (como dicen) la capa encima, no sè si estaba ciego, si loco, si hechizado, pues no lo consideraba, ò como si lo considerè no puse el remedio, antes lo favorecìa. O loco, loco, mil veces loco! Que poco se me daba de todo, sin reparar en lo mal que se compadecìa, honra, y muger guitarrera, ni que diesse solas à otros, que à mi con ella. Suelen los hombres, para obligar à sus damas, darles musicas, y cantarles en las calles; pero mi muger enamoraba los hombres, yendoles à tañer, y cantar à sus casas. Bien claro està de vèr, que tales gracias de suyo son apetecibles; pues como combidando con ellas, no me las havian de codiciar? Què juicio tiene un hombre, que à ladrones descubre sus tesoros? Con què descuido duerme, ò como puede reposar sin temor de que no se los hurten? Què fuesse yo tan ignorante, que yà que passaba por semejante flaqueza, viniesse por interès à dàr en otra mayor, loar en las conversaciones, en presencia de aquellos, que pretendian ser galanes de mi esposa, las prendas, y partes buenas que tenia, pidiendola, y aun mandandola, que descubriesse algunas cosas ilicitas, pechos, brazos, pies, y aun, y aun (quiero callar, que me corro de imaginarlo) para que viessen si era gruesa, ò delgada, blanca, morena, ò roxa? Què todo anduviesse yà corrompido, que aquello que en otro tiempo abominaba, con el uso, y frequentacion se me hiciesse facil, y entretenimiento? Què la consintiesse visitas, y aun se las traxesse à casa, y dexandolas en ellas, me bolviesse à ir fuera, y sobre todo quisiesse hacerlos tontos à todos, para que me diessen à entender, que creian ser aquello bueno, y licito, siendo depravado, y malo?

 Què

Què la hicieſſe ſalir à ſolicitar comiſsiones, y buſcarme ocupaciones à caſa de perſonages que la codiciaban, y que me dieſſe por deſentendido de la infamia con que à ſu caſa bolvía con ellas, ò ſin ellas? Què dandole tantos banquetes, joyas, dineros, y veſtidos, quiſiera yo creyeſſen ſe los daban à humo muerto, y por ſus ojos bellidos, por amiſtad ſola, ſencilla, ſin doblez, y ſin otra pretenſion? Què puedo reſponderme, ò què podia eſperarſe de mì, que no ſolo lo conſentìa, mas juntamente lo cauſaba? Tuvo mucha razon el que viendome algo medrado en Madrid, en la carcel, y en mi preſencia dixo: Veiſme à mi aqui, que ha tres años que eſtoy preſo por ladron, por falſario, por adultero, por maldiciente, por matador, y otras mil cauſas, que me tienen acomuladas, que con todas ellas muero de hambre; y el ſeñor Guzmàn con ſolo dàr à ſu muger un poco de licencia, vive libre, deſcanſado, y rico. Què podreis creer que ſentì? O maldita riqueza! Maldito deſcanſo, maldita libertad, y maldito ſea el dia que tal conſentì, yà fueſſe por amor, por neceſsidad, por privanza, ò algun otro interès. Mas para que ſe conozca el paradero que tiene lo que aſsi ſe grangea, y el deſdichado fin de tales guſtos, contarè mis deſdichas, diſcurſo de mi amarga vida, y en mì mal empleada.

Caminabamos à Sevilla, como dicen, al paſſo del buey, con mucho eſpacio, porque ſe le mareaba en el coche una falderilla, que llevaba mi muger, en que tenia pueſta ſu felicidad, y era todo ſu regalo, que es coſa muy eſſencial, y propria en una dama unos de eſtos perritos, y aſsi podrìan paſſar ſin ellos, como un Medico ſin guantes, y ſortija, un Boticario ſin axedrez, un Barbero ſin guitarra, y un Molinero ſin rabelico. Quando allà llegamos, con el deſeo de aquellos Peruleros, y de vèr nueſtra caſa hecha otra de la contratacion de las Indias, barras vàn, barras vienen, que pudiera toda fabricarla de plata, y ſolarla con oro; yà me parecia verlos entrar aſobarcados con ellas, las faltriqueras deſcoſidas con el peſo de los eſcudos, y reales, todo para ofrecer al idolo, con aquello me vengaba del que nos embiaba deſterrados, y entre mì le decia! O traydor, que por donde me penſaſte clavar, te dexè burlado! A tierra voy de jauxa, donde todo abunda, y las calles eſtàn cubiertas de plata, donde luego que llegue nos vendràn à recibir con palio, y mandarèmos la tierra. Con eſtos, y otros tales penſamientos, al empatejar con San Lazaro, ſe me refreſcò en la memoria quanto alli me paſsò, quando de Sevilla ſalì, vì la Fuente donde bebi, los poyos en que me quedè dormido, las gradas por donde baxè, y ſubì, vì ſu Santo Templo, y deſde acà

fue-

fuera dixe: Hà Glorioso Santo! quando de vos me despedì, salì con lagrimas, à piè, pobre, solo, y niño; yà buelvo à veros, y me veis rico, acompañado, alegre, y hombre casado. Representòseme de aquel principio todo el discurso de mi vida, hasta en aquel mismo punto: acordème de la Ventera, y venta donde me dieron aquella buena tortilla de huevos, y el machuelo de Cantillana, mas yà lo havia dexado à la mano derecha; entrè por aquella Calzada Real, dimos buelta por el campo, cercando la Ciudad hasta el Meson de los Carros, donde por fuerza los mios havian de parar, y como todos aquellos eran passos muchas veces andados en mi niñez, y tierra conocida, donde recibì el sèr, alegròseme la sangre, como si à mi madre misma viera. Reposamos alli aquella noche, no muy bien, mas à la mañana me levantè con el Sol para buscar possada, y despachar mi ropa de la Aduana, y tambien à procurar, si por ventura huviera quien de mi madre nos dixesse: mas por buena diligencia que hice, no fuè de provecho, ni de ella tuve rastro, creì hallarlo todo como lo havia dexado, mas aun sombra, ni memoria de ello havia, que unos mudados, ausentes otros, y los mas muertos, no havia piedra sobre piedra. Dexelo hasta mas de proposito, por la priesa que tenia entonces de acomodarme; y andando buscando adonde, vì una cedula sobre la puerta de una casa en los barrios de San Bartholomè, pedì que me la enseñassen, vila, y parecióme buena por entonces, concertèla por meses, y pagando aquel adelantado, hice passar a ella toda mi ropa. Descansamos dos dias, comiendo, y durmiendo, hasta que yà le pareciò à Gracia, que no era justo haver llegado à Ciudad tan ilustre, de tanta fama por todo el mundo, y dexar de salir à passearla. Fuime à las Gradas, concertèle un escudero de quien se acompañasse, porque supiesse andar las calles, y fuesse adonde mas gustasse, sin rodear, ò perderse, ni andar preguntando, y en mas de quince dias no doblò el manto, que mañana, y tarde siempre salia, y nunca se cansaba, ni hartaba de vèr tantas grandezas; porque aunque se havia hallado bien todo el tiempo que residiò en Madrid, y le parecia que hacia la Corte ventajas à todo el mundo, con aquella magestad, grandezas de señores, trato gallardo, discrecion general, libertad sin segunda: hallaba en Sevilla un olor de Ciudad, un otro no sè què, otras grandezas, aunque no en calidad, por faltar allì Reyes, tantos Grandes, y Titulados, à lo menos en cantidad, porque havia grandissima suma de riquezas, y muy menos estimadas, pues corria la plata en el trato de la gente, como el cobre por otras partes, y con poca estimacion la dispensaban francamente. A pocos dias llegò la Quaresma,

resma, y viò la Semana Santa de la manera que alli la celebran, las limosnas que se hacen, la cera que se gasta: quedò pasmada, y como fuera de sì, no pareciendole que aquello pudiera ser, exceder mucho en las obras, à lo que antes le havian dicho con palabras. Yà en este tiempo, y pocos dias despues que à la Ciudad lleguè, con mucha solicitud, por señas, y rodeos vine à saber de mi madre, y se pudo decir haverla hallado por el rastro de la sangre; pues tratando mi muger con otras amigas damas, y hermosas, preguntando por ella, vino à saber como asistìa en compañia de una hermosa moza, de quien se sospechaba ser madre, por el buen tratamiento, que la hacia, y respeto con que la trataba, mas verdaderamente no lo era, ni tuvo mas que à mì. Lo que à cerca de esto huvo, solo fuè, que como se viesse sola, pobre, y que yà entraba en edad, criò aquella muchacha para su servicio: y saliòle acaso de provecho, y assi se valian las dos, como mejor podian. Yo quando supe de ella, hice mucha instancia para traerla conmigo, por la mala gana con que dexaba su mozuela, tanto por haverla criado, quanto por no venir à manos de nuera; y siempre que se lo rogaba, me respondia, que dos tocas en un fuego, nunca encienden lumbre à derechas; que no era tanto el dolor, que con la soledad padecìa uno solo, quanto la pena que recibe quien tiene compañia contra su gusto; que pues nunca nuera se llevò à derechas con su suegra, que mejor passarìa mi muger sola conmigo, que con ella, mas el amor de hijo pudo tanto, que la hice venir en mi deseo. Era mi madre, deseabala regalar, y darla algun descanso, que aunque siempre se me representaba con aquella hermosura, y frescura de rostro con que la dexè quando de ella me fuì, yà estaba tal, que con dificultad la conocieran. Hallèla flaca, vieja, sin dientes, arrugada, y muy otra en su parecer. Consideraba en ella lo que los años estragan, bolvìa los ojos à mi muger, y decia, lo mismo serà esta dentro de breves dias; y quando alguna muger escape de la fealdad, que causa la vejèz, à lo menos havrà de caer por fuerza en la de la muerte. De mì figuraba lo mismo, empero en esta, y otras muchas, y buenas consideraciones, que siempre me ocurrian, hacia como el que se detiene à beber en alguna Venta, que luego suelta la taza, y passa su camino. Poco me duraban, tuvelas en piè siempre, nunca les dì asiento en que reposassen, porque las que havia en la possada, estaban ocupadas de la sensualidad, y apetito. A instancia mia se vinieron à juntar suegra, y nuera: mi madre yà la conocistes, y sino de vista, por sus famosas obras, pudierasele sujetar qualquiera otra de muy gallardo entendimiento, asi por serlo el suyo, como por la doc-

trina con que fue criada, y sobre todo las experiencias largas de sus largos años. Dabala buenos consejos, que no admitiesse mocitos de barrio, que demàs de infamar, decia de ellos, que son como el agua de por San Juan, quitan el provecho, y ellos no le dàn. Acaban en sus casas de comer, no tienen que hacer, vienense à la nuestra; quieren que los entretengan en buena conversacion, estanse allì toda la tarde, tres necios en plata, y un majadero en menudos, no con mas fundamento, que ser del barrio. De Pages de Palacio, y Estudiantes decialo mismo, son como cuervos, que huelen la carne de lexos, y de otra cosa no valen, que para picarla, y passearla. Deciala, que hiciesse Cruces à su puerta para los casados, que de ningun enemigo podria resultarle algun otro mayor daño; porque las mugeres con el zelo hacen muchos desconciertos, y quando mas no pueden, se vàn à un Juez, y con quatro lagrimas, y dos pucheritos, alborotan el Pueblo, y descomponen el credito. Tan ajustada la tenia, y tales lecciones la daba, como aquella que del vientre de su madre nanaciò enseñada. Sacabala siempre tràs de sì, no dexando estacion por andar, fiesta por vèr, ni calle por passear. Quando venian à casa, unas veces bolvian con Amadicitos, otras con Alanos, y de ellos escogian los que mas à mi madre la parecian de provecho, que como tan vatiana en la tierra, todo lo conocia, y como sabia, todo lo tracendia. Decia de los Cavalleritos, que ni por lumbre, porque el yo me lo valgo, mi alcorazado, y copete, mi lindeza lo merecen, aun creìan les havia de combidar con ello, y hacerles una reverencia. Harto hizo, y trabajò, porque no la conociessen los de la Plaza de San Francisco, temiendose de su trato, pues en comenzando los Escrivanos de la justicia, no paraban, hasta el que assiste al caxon, à quien les parecia deberseles todo de derechos; empero no pudieron escaparse de ellos, que por bien, ò por mal, por fieros, y amenazas, como absolutos, y disolutos (digo algunos) hacen mas tyranìas que Tocili, ni Dionisio, como sino huviesse Dios para ellos. La flota no venia, la Ciudad estaba muy apretada, cerradas las bolsas, y nosotros abiertas las bocas, muriendonos de hambre, vendiendo, y comiendo, y sobre todo pechando: ibamos mal, porque aun con esto, à cada repelon destocaban la muchacha, por cada niñeria nos hacian mil fieros, no havia picaro que no se nos atreviesse, unos con mi señor Don Fulano, y otros con Don Citano. Mi muger andaba temerosa, y muy cansada de tanta suegra, porque como conmigo estuvo siempre con tanta libertad, y se hallaba con ella sujeta, sin ser señora de su voluntad, si la una hablaba, la otra rezongaba, de cada pul-

pulga fabricaban un Pueblo, levantabase tal tormenta, que por no bolverme à ninguna de las partes, tomaba la capa en viendo los delfines encima del agua, saliame huyendo à la calle, y dexabalas asydas de las tocas. Tanto se indignaba mi muger, que bolviesse por ella, pareciendola que à tuerto, ò à derecho ayude Dios à los nuestros, que con razon, ò sin ella me havia de poner contra mi madre, mas no era licito. Fuème cobrando tal odio, aborreciòme tanto, que hallandose con la ocasion de cierto Capitàn de las Galeras de Napoles, que alli estaban, trocò mi amor por el suyo, y recogiendo todo el dinero, joyas de oro, y plata, con que nos hallabamos entonces, alzò velas, y fuese à Italia, sin que mas de ella supiesse por entonces. Yo havia oìdo decir, que aquel era verdaderamente loco, que buscaba à su muger, haviendose ido, ò que al enemigo se havia de hacer la puente de plata por donde huyesse; me pareciò que solo me irìa mejor, que mal acompañado, que aunque sea verdad, que solo lo consentìa, y de ello comia, yà me cansaba, porque cada qual me acosaba. Ved la fuerza del uso, como siempre me criè sujeto à baxezas, y estuve acostumbrado à oìr afrentas niño, y mozo, tambien se me hacian faciles de llevar quando era hombre. Mi muger se me fuè, merced me hizo, porque fuera de la obligacion de consentirla, estaba libre del pecado cotidiano, yo no la echè, por su gusto se ausentò, seguirla era impossible, por el riesgo que corria si à Italia bolviera. Recogime con mi madre, y fuìmos vendiendo para comer las alhajas que nos quedaron, mas como nos quedaron mas dias que alhajas, al cabo de poco nos dieron alcance. San Juan, y Corpus Christi cayeron para mi en un dia; faltò que vender, dinero con que comprar, hallème roto, sin que me vestir, ni otro remedio con que lo ganar, sino con el antiguo mio. Saliame las noches por essas encrucijadas, y quando à mi casa bolvia, venia cubierto con dos, ò tres capas, las que con menos alboroto, y riesgo podia captivar. A la mañana, yà entre los dos, amanecian hechas ropillas, dabamoslas à vender en gradas, ò buscabamos modo como mejor salir de ellas. No le contentò este trato à mi madre, por no haverlo jamàs usado, y por no verse afrentada en su vejèz. Assi acordò de bolverse à su tienda, con la mozuela, que antes tenia: la qual assi se alegrò quando la viò en su casa, como si por sus puertas entràra todo su remedio. Yo me acomodè con otros camaradas para passar la vida, en quanto se llegasse otro mejor tiempo; serviales de dàr trazas, ayudabales con mi persona en las ocasiones: ibamos por las Aldeas, y Pueblos comarcanos, nunca faltaba por los trascorrales algunas coladas, que con las canas-

tas mismas trasponiamos en los ayres: teniamos en los Arrabales, y en Triana casas conocidas, adonde sin entrar en la Ciudad haciamos alto, y despues poco à poco (labado, y junto) lo ibamos metiendo, yà por las puertas, ò por cima de los muros, despues de media noche, quando la justicia estaba retirada: para los vestidos de paño, y seda, que rescatabamos, teniamos Roperos conocidos à quien lo dabamos à buen precio, sin que perdiessemos blanca del cesto, y una vez entregados, yà sabian bien que aquellos eran bienes castrenses, ganados en buena guerra, y que los havian de disfrazar para que nunca fuessen conocidos, ò su daño, que no teniamos obligacion de darles la mercaderia enjuta, y bien acondicionada, puestas las puertas adentro de sus casas, libres de Aduanas, y de todos derechos, y allà se lo huviessen. La ropa blanca tenia buena salida, por la buena comodidad que se ofrecia: las noches en el baratillo ganabase de comer honrosamente, y de todo saliamos bien. De aquel Invierno fueron las aguas tan continuas, que nadie salia de su casa, ni daban lugar à que se la visitassemos: andabamos estrechos de dinero, y como passando por una calle, viese que se havia caìdo toda la delantera de una casa, preguntè cuya era, dixeronme ser de una señora viuda, fuì à su casa, y dixela, que pues allì no havia morador, me diesse licencia para entrarme dentro, y se la guardaria. Ella temerosa, de que no se me cayesse toda encima, dixo, que mirasse bien lo que hacia, porque se venia por el suelo; y respondila, que no importaba, porque allì havia un aposento alto, seguro, en que poderme recoger, que los pobres no tenian que temer, ni que perder, pues traen jugada la vida. Diòme licencia de muy buena gana, y dentro de quatro dias yà no le havia dexado por quitar puerta, ni cerradura: otro dia me fuì à la plaza de San Salvador, y hice pregonar, que quien quisiesse comprar quatro mil, ò cinco mil tejas, que yo se las venderìa. No se hallaba entonces una por ningun precio; vinieron à mi deshalados tres, ò quatro albañiles, y à qual primero las havia de comprar, no faltò sino acuchillarse. Concertèlas à cinco maravedis, y llevandolos à mi casa, les enseñè los tejados, diciendo ser yo el Mayordomo, y que mi ama queria hacer la casa de terrados. A bueltas de los mios, tambien les enseñè algunos de los vecinos paredaños de donde las havian de quitar: me dieron seiscientos reales à buena cuenta de lo que montassen hasta cinco mil, y quedaron de venir por ellas otro dia. Quando tuve mi dinero cobrado, fuìme à la señora de la casa, y dixela, que por què consentia tan grande lastima, que su Mayordomo havia vendido yà las puer-

tas todas, y las tejas de los tejados? Ella se alborotò, diciendo, que no tenia Mayordomo, ni sabia quien tal pudiesse haver hecho. Yo entonces la dixe: Pues para que vuesa merced vea quien lo hace, yà me han mandado salir de ella, y oy me mudo à otra parte, porque mañana por la mañana vendràn à quitar, y à llevar las tejas; mande vuesa merced embiar, ò ir allà, y veràn lo que passa. Con esto me despedì de ella, y otro dia desde lexos, puesto à una esquina, me puse à vèr el alboroto, que fuè muy para vèr, los unos à destejar, la buena señora por defender su hacienda: en resolucion, diò querella del pobre albañil, y no solo no quitò las tejas, empero le pagò las puertas. Con esto passè algunos dias encerrado en casa, con muy gentil brasero, hasta que yà no me buscaban, passado aquel primer movimiento. Haciase un dia de San Agustin una fiesta, y como las tales lo eran para nosotros, acudì à ella, y sentile à un hidalgo bulto de dineros en la faltriquera debaxo de la espada, y al passar por un passo estrecho, levantèsela un poco, y metiendo la garra, dile tumbo en ella, sin que real se me escapase; mas la inquietud me impedia poder sacar la mano llena, que venia colmada, y fuè forzoso caerseme mucha parte de ellos en el suelo. Pues como estaba enladrillado el Clàustro, y hiciessen al caer mucho ruido, dexèlos caer todos, y metiendo la mano en mi faltriquera, allì en un punto saquè de ella un lienzo, y dando voces à la gente que se desviasse, porque por sacar aquel lienzo, se me havia derramado aquel dinero, todos hicieron lugar, y el buen señor, à quien se los havia robado, movido de caridad, oyendo mis lastimas, que decia irlos à pagar à un Mercader, se baxò conmigo al suelo, y me los ayudò à recoger, sin que faltasse blanca; dile las gracias por ello, y fuìme muy contento à mi casa. De aqui le naciò el pico al garbanzo, este hurtillo fuè mi perdicion, siendo el ultimo que hice, y el que mas caro de todos me costò; porque aunque algunas veces me havian tenido preso por semejantes heridas, de todas havia salido à buen puerto, con dineros negociaba quanto queria, y allì no se trataba de otra cosa, sino de buscar de comer cada uno, mas esta vez no me valieron triunfos, que los havia yà renunciado. Como me vì con dineros, quise prevenir primero que se gastassen, de donde valerme de otros; porque siempre que con mi habilidad podia socorrer la necessidad, no buscaba pesadumbres. Yo me hallaba con algunos bolsos de los que havia cortado, y algunas piececillas, que dentro de ellos havia cogido, dì à guarnecer uno, el mejor que me pareciò, y metiendele dentro seis escudos en tres doblones de oro, cinquenta reales en plata, un dedal

de plata, y quatro sortijas, lo llevè à mi madre, y se lo enseñè muy despacio, y aun se lo dì por escrito, que lo fuesse decorando, sin que se le pudiesse olvidar letra, por lo que importaba la buena memoria. Y bien instruida en lo que despues havia de hacer, me fui à la Celda de cierto famoso Predicador, en opinion de Santo, y dixele: Padre mio, yo soy un pobre forastero, vine à esta Ciudad, y estoy en ella muy necessitado; deseo de acomodarme, si hallasse alguna casa honrada donde tuviesse una poca de quietud en el alma, que solo esso pretendo, no repararia en el salario, porque con un honesto vestido, y una limitada comida para poder passar, no tengo, ni quiero mas grangeria. Y aunque me veo tan afligido, y roto, que por mal vestido no hallarè quien de mi se quiera servir, y pudiera muy bien valerme, socorriendo mi necessidad en esta ocasion, tengo por mejor padecerla esperando en el Señor, que condenar mi alma, ofendiendo à su Divina Magestad, en usurpar à nadie su hacienda; no permita el Señor, que bienes agenos me saquen de trabajos corporales, dexandome dañada la conciencia. Yo salì esta mañana de mi casa, para ir à buscar donde trabajar, con que comprar un pan que comer, y me hallè aquesta bolsa en medio de la calle, quise vèr què tenia dentro, y quando sentì ser dineros, la bolvì à cerrar con temor de mi flaqueza, no me obligasse à hacer cosa ilicita, vuessa Paternidad la reciba, y pues el Domingo ha de predicar, la publique, podria ser que pareciesse su dueño, y tener de ella mas necessidad que yo, ayudele Dios con ella, que yo no quiero mas bienes de aquellos con que su Divina Magestad mejor ha de ser de mi servicio. El Frayle quando me oyò, y viò tan heroyca hazaña, creyò de mì ser algun Santo, solo le faltò besarme la ropa, y con palabras del Cielo me dixo: Hermano mio, dadle à Dios muchas gracias, que os ha dado claro entendimiento, y ciencia de lo poco que valen los bienes de la tierra: confiad, que quien os ha comunicado esse tal espiritu, tambien os darà lo que le cuesta menos, y tiene dada su palabra. El que à los gusanillos, à las mas desventuradas, y tristes gusarapas, y sabandijuelas no falta, tambien os acudirà con todo aquello de que os viere necessitado. Esta es obra sobre natural, y divina, que pone admiracion à los hombres, y dà motivo à los Angeles que le alaben, por haver criado tal hombre; dòn suyo es, reconocedselo, y dadle por todo alabanzas, perseverando en la virtud. Yo harè lo que me pedis, y bolved por acà un dia de la semana que viene, que yo confio en el Señor, que os ha de hacer mucho bien, y merced. Quando aquesto me decia, me daba lanzadas en el corazon, porque considerada su

mu-

mucha santidad, y sencillèz, con mi grande malicia, y bellaquerìa, pues con tan mal medio le queria hacer instrumento de mis hurtos, rebentaronme las lagrimas; creyò el buen Santo, que por Dios las derramaba, y tambien como yo se puso tierno. Esto se quedò assi hasta el Domingo, que fue dia de todos los Santos; y quando fue à predicar, gastò la mayor parte de su Sermon en mi negocio, encareciendo aquel acto, por haver sucedido en un sugeto de tanta necessidad: exageròle tanto, que moviò à compassion à quantos alli se hallaron para hacerme bien, assi le acudieron con sus limosnas, que me las diesse. Luego Lunes por la mañana, mi madre fue à la Porteria, preguntò por aquel Padre, diciendo tener que decirle un caso importantissimo; y como la viò el Portero tan angustiada, se le llamò al momento. Quando se viò con èl, asyòle de las manos, y de los habitos, echandose de rodillas por el suelo, hasta querer besarle los pies, y dixole que la bolsa era suya, que se la diesse por un solo Dios. Diòle las señas de todo, como quien bien las tenia estudiadas; y el Frayle se la entregò, conociendo ser verdaderas. Quando mi madre la viò en sus manos, abriòla, y sacando un doblon de los tres, que dentro tenia, se le diò al Padre, que me lo diesse de hallazgo, y quatro reales para dos Missas à las Animas del Purgatorio, à quien dixo, que la tenia encomendada. Cobrò con esto su bolsa, y llevòmela luego à la possada, sin faltar, ni un alfiler de toda ella, que aun con cuidado le metì dentro un papelillo de ellos, porque pareciesse todo ser cosa de muger. Despues de passado esto, de alli à dos dias, Miercoles por la tarde, fuì à visitar à mi Frayle, que yà me tenia un cofre lleno de vestidos, que pudiera bien romper diez años, y dineros que gastar por algunos dias. Diòmelo con alegre rostro, y me mandò que bolviesse otro dia, que tenia una buena comodidad que darme. Fuìme, y bolvì quando me havia dicho, y despues de preguntarme si sabia escrivir, y que le enterè de mi habilidad, me dixo que cierta señora, que tenia su marido en las Indias, buscaba una persona tal, que la administrasse su hacienda en la Ciudad, y en el campo, que si era cosa de mi gusto, le avisasse, para que tratasse de ello. Yo luego despues de darle las gracias, dixe, Padre mio, lo que toca al trabajo de mi persona, la solicitud, y fidelidad que se debe, solo esso podrè ofrecer: empero no soy de esta tierra, ni tengo quien me conozca, si essa señora me tiene de fiar su hacienda, querrà juntamente quien à mi me fie, y nò lo tengo, solo este inconveniente hallo. Vea vuesa Paternidad ahora, lo que fuere servido que haga. El respondiò, que serìa mi fiador, y por aquello no lo dexasse. Acetèlo de buena voluntad, viendo

ir por aquel camino mi negocio bien guiado, que no ay cosa tan facil para engañar à un justo, como santidad fingida en un malo.

CAPITULO VII.

DESPUES DE HAVER ENTRAdo Guzmàn de Alfarache à servir à una señora, la roba. Prendenle, y condenanle à las Galeras por toda su vida.

TANTA es la fuerza de la costumbre, assi en el rigor de los trabajos, como en las mayores felicidades, que siendo en ellos importantissimo alivio, para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen mas duro de sufrir el sentimiento de ellos quando faltan. Quita, y pone leyes, fortaleciendo las unas, y rompiendo las otras; prohibe, y establece, como poderoso Principe, y consecutivamente à la parte que se inclina, lleva tràs de sì el edificio, tanto en el seguir los vicios, quanto en exercitar virtudes: En tal manera, que si à la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder facilmente, y juntandose à lo malo, con grandissima dificultad se arranca.

No ay fuerzas que la venzan, y tiene dominio sobre todo caso. Algunos la llamaron segunda naturaleza; empero por experiencia nos muestra, que aun tiene mayor poder, pues la corrompe, y destruye con grandissima facilidad: si amargo apetece, con tal artificio lo conserva, y endulza, que como si tal no fuesse, lo buelve suave; y acompañada con la verdad, es el Monarca mas poderoso, y su fortaleza inexpugnable. Quien si no ella hace al pobre pastor assistir en los desiertos campos, en la hondura de los valles, en las cumbres de los empinados montes, y sierras, contra las inclemencias de el riguroso Invierno, sufriendo tempestades, continuas lluvias, vientos, y ayres; y en el Verano riguroso Sol, que tuesta los arboles, abrasa las piedras, y derrite los metales. Y siendo su fuerza tanta, que hace domesticarse las fieras mas fieras, y ponzoñosas, refrenando sus furias, y mitigando sus venenos, el tiempo la gasta, con èl se labra, y solo à èl se sujeta: porque para con èl son sus telas de araña, hechas contra un elefante, que si ella es poderosa, èl es prudente, y sabio; y como el ingenio suele sobrepujar à todas humanas fuerzas, assi el tiempo à la costumbre. Sigue la noche al dia, la luz à las tinieblas, al cuerpo la sombra, tienen perpetua guerra el fuego con el ayre, la tierra con el agua, y todos entre sì los elementos. El Sol engendra el oro, dà sèr, y vivifica, de esta manera el tiempo sigue, persigue, y fortalece à la costumbre. Hace, y deshace, obrando sabiamente con silencio, segun, y por el orden mismo que acostumbra ella, con las continuas gotas, cabar las du-

ras piedras. Es la coſtumbre agena, y el tiempo nueſtro; èl es quien le deſcubre la hilaza, manifeſtando ſu mayor ſecreto, haciendo con el fuego de la ocaſion, enſayo de ſus artes. Con experiencia nos enſeña los quilates de aquel oro, y el fin adonde ſiempre vàn ſus pretenſiones encaminadas, y quien conmigo no tuvo alguna miſericordia; pues en breve hizo publico, lo que ſiempre con inſtancia procurè que fueſſe oculto. Todo lo dicho ſe verificò bien de mì, en proprios terminos, y caſos. O quantas veces, tratando de mis negocios, concertando mis mercaderìas, dando mis logros, fabricando mis marañas, por ſubir los precios, vendiendo con exceſſo mas al fiado, que al contado, el Roſario en la mano, el roſtro igual, y con un en mi verdad en la boca (por donde nunca ſalia) robaba publicamente de vieja coſtumbre, y deſcubriòlo el tiempo. Quien, y quantas veces me oyeron, y dixe: Prometo à vueſa merced, que me tiene mas de coſta, y no ganò un real en toda la partida; y ſi la doy tan barata, es porque tengo que dàr unos dineros para el tiempo, y daba otras cauſas, no haviendolas para ello, mas de querer ganar à ciento por ciento, de ſu mano à la mia. Quantas veces tambien, quando tuve proſperidad, trataba de mi acrecentamiento, por ſolo acreditarme, por ſola vanagloria, no por Dios, que no me acordaba, ni en otra coſa penſaba, que ſolamente parecer bien al mundo, y llevarlo tràs de mì, que teniendome por caritativo, y limoſnero, viniesſen à inferir, que tendrìa conciencia, que miraba por mi alma, y hicieſſen de mì mas confianza: hacìa juntar à mi puerta cada mañana una cafila de pobres, y teniendolos alli dos, ò tres horas, porque fueſſen bien viſtos de los que paſſaſſen, les daba deſpues una flaca limoſna, y con aquella no nada, que de mì recibian, ganaba reputacion para deſpues mejor alzarme con haciendas agenas! Quantas veces de mi pan partì el medio (no quedando hambriento, ſino muy harto) y con aquella ſobra, como ſe havia de perder, ò darlo à los perros, lo repartia en pedazos, y lo daba à pobres, no donde ſabia padecerſe mas necesſidad, ſino donde creìa que ſerìa mi obra mas bien pregonada! Y quantas otras veces, teniendo ſangriento el corazon, y dañada la intencion, ſiendo naturalmente puſilanime, temeroſo, y flaco, perdonaba injurias, poniendolas à cuenta de Dios en lo publico, quedandome dañada la intencion de ſecreto; con ſecreto lo diſſimilè, y en publico dixe: Sea Dios loado, ſiendo verdaderamente ofendido, pues maldita otra coſa que impidiò mi verguenza, ſino hallarme inhabil para executarla, porque viva la tenia dentro del alma! Quan abſtinentemente me moſtrè otras veces, què ayunador, y regala-

galado, no mas de por parecerlo, para poder guardar mas, y gastar menos, que quando de agena substancia comia, quando de lo de el proximo gastaba, un lobo estaba en mi vientre, nunca pensaba verme harto! Què continuamente visitaba los Templos, assistìa en las Carceles, por acreditarme con los Ministros Oficiales de ellas, no por los presos, antes por si alguna vez me viesse preso, que yà me conociessen, y mas me respetassen! Si acudì à los Hospitales, anduve romerìas, frequentè devociones, royendo Altares, no faltando à Sermon de fama, en Jubilèo, ni à devocion publica: todos aquellos passos eran enderezados à cobrar buena fama, para mejor quitar al otro la capa. Pues no se me olvida, que hartas, y muchas veces me decian, y supe de algunas cosas muy secretas, que por serlo tanto, quando despues trataba de ellas con sus dueños mismos, aconsejandolos, ò corrigiendolos en ellas, entendian de mì que debia saberlo por divina revelacion; y assi lo daba yo à entender por indirectas, ganando con aquello grandissima reputacion, en especial con mugeres, que tràs esto, y Gitanas corren como el viento, faciles en creer, y ligeras en publicar, de cuyas bocas iban esparciendose mas mis alabanzas. Hartas, y muchas veces, quando algun pobre se quiso valer de mì, como tenia tanta, y tal reputacion, pedia limosna publicamente para èl, à los que me conocian, y juntando mucho dinero, le daba muy poco, quedandome con ello, quitaba para mì la nata, y dabales el suero. Si queria hacer alguna muy grande bellaqueria, lo primero que para ello procuraba, era prevenirme de una muy hermosa, y grande capa de coro con que cubrirla, para mejor disimularla, con santidad, con sumission, con mortificacion, con exemplo, y assolabala por el piè quanto queria. Sino vedlo ahora, con quanta facilidad engañè à este Santo, y no fuè solo este daño el que hice, mas otro mayor se siguiò, que fuè dexarle fallida la opinion, à lo menos pudieralo quedar, quando tambien zanjada no la tuviera, que instrumento havia yo sido, y causa tuve dada de harto perjuicio contra su buena reputacion. Assentòme con aquella señora, creyendo de mì, que la sirviera con toda fidelidad, segun pudo presumirse de los actos que mostrè, de tanta perfeccion. Diòme mucho credito, con el abundante caudal del suyo. Recibiòme con voluntad en su servicio, fiòme su hacienda, y familia, diòme un muy honrado aposento, regalada cama, y todo servicio, acariciòme, no como à criado, mas como à un deudo, y persona de quien creìa que la harìa Dios por mì muchas mercedes. Pediame algunas veces la rezasse una Ave Maria por la salud, y buensuccesso de su esposo. Respondiala à

todo, como un oraculo, con tanta mortificacion, que la hacìa verter lagrimas. Con esto la engañè, la robè, y sobre todo la injurie, ofendiendo su casa, pues teniendo en ella para su servicio una Esclava blanca, que yo mucho tiempo creì ser libre, tal en cautelas, ò peor que yo, me rebolvì con ella: No sè como nos olimos, que tan en breve nos conocimos à pocos dias entrado en casa, no havia orden para poderla echar de mi aposento, cn son de santa para los demàs, y por todo estremo disoluta conmigo, como si fuera criada en la casa mas publica del mundo; y con tal sagacidad, que otro que yo entre todos los criados, ni su ama misma lo alcanzaron à conocer aquel secreto, y con èl me regalaba tanto, que siempre abundaba mi caxa de colaciones, como si fuera una confiterìa. Preveniame de toda ropa blanca, bien aderezada, olorosa, y limpia: su señora gustaba de ello, porque à los dos nos tenia por santos. Dabame dineros que gastasse, sin que yo tampoco supiesse al cierto de donde los havia, quien, ò como se los daba. Bien que se me traslucian algunas cosas, mas por no caer de mi punto, no quise ser curioso en apurarlas; y para nunca perderla, en quanto yo alli estuviesse, y mejor poder obligarla, ibala sustentando con palabras, y esperanzas, que teniendo con què, buscaria manera como ahorrarla, y me casaria con ella. Esto la hacia desvelarse, y enloquecer en mi servicio, porque segun el amor que la fingì, aunque muy astuta, siempre lo tuve por cierto, como si no fuera hombre, y ella esclava. No sabia mi ama de mas hacienda, ni mas posseìa de aquello, que yo la daba. La de la Ciudad estaba en mi mano, y juntamente governaba la del campo, y toda la esquilmaba, porque mi designio era hacer una razonable pella, y dàr conmigo lexos de alli à buscar nuevo mundo. Queriame passar à las Indias, y aguardaba embarcacion, como quiera que fuesse, mas no lo pude lograr, que conociendo mi ama su cierta perdicion, que los caseros decian haverme yà pagado, los pastores, que vendia los ganados, el capatàz, que sacaba los vinos de las bodegas, y que de todo no veìa blanca, porque yo me alzaba con ello: determinòse à comunicarlo à solas con un Hidalgo deudo suyo, dixole la mala cuenta que daba, que le pusiesse conveniente remedio. El, sin decirme palabra, yà quando yo andaba en visperas de alzar las eras, muy descuidado, y libre de tal sucesso, estando durmiendo la siesta con mucho reposo, diò un Alguacil sobre mì, prendiòme, y sin decir por què, ni como, sino que allà me lo dirian, me llevò à la Carcel. Esto se hizo, porque no se alborotasse la casa, ni el barrio, con algunas libertades mias, quando supiesse por cuya

orden me prendian. Iba yo por el camino ſuſpenſo, y mentecato; yà juzgaba ſi fueſſe Requiſitoria de Italia; yà ſi de mis acreedores en Caſtilla, ò ſi de mis nuevos hurtos no purgados en aquella Ciudad. Y aunque de qualquiera coſa de eſtas me peſaba, ſentìa mucho perder aquel peſebre, que con el mal nombre faltarìa mi eſtimacion, y no me acudirian como antes, mas paciencia. Gracias à Dios, que yà eſta deſgracia ſucediò à tiempo, que me hallò de corona, que como mi madre vivia por sì, poco à poco la iba llevando todo quanto recogia, y ella me lo guardaba: deſpues abrieron mi caxa, y no hallaron en ella mas que una bula del año paſſado, y traſtos viejos; acudieron à la Carcel à pedirme cuenta, dila tan mala, como ſe puede preſumir de quien ſolo cobraba, y nunca pagaba. No ay tales cuentas, como las en que ſe reza. Hicieronme terrible cargo, quedòſe la data en blanco. Acudieron al Frayle, dandole cuenta del caſo: èl como prudente, ni condenò, ni abſolviò, haſta dàrme à mi un oìdo, y juzgar deſpues de informado de ambas partes. Vinome à viſitar à la Carcel, neguéſelo todo à pies juntillos, afirmando ſer falſo teſtimonio que me levantaban, y eſtàr tan inocente, que ninguno lo era mas en el mundo de aquel negocio, y aſsi eſperaba en Dios, que como librò à Joſeph, y à Suſana, no ſe deſcuidarìa de mi verdad, ni dexarìa perecer mi juſticia; mas que todo aquello, y caſtigos mayores merecian mis culpas, por otras ofenſas contra ſu Divina Mageſtad cometidas. El buen Religioſo no ſabia à quien dàr credito, quedò perplexo, y en caſo de duda, ſe acoſtò por entonces à la parte del caìdo, ſocorriendo à lo mas flaco. Me eſtuvo conſolando con palabras, prometiendome ſu ſolicitud en mi defenſa, encomendando mis negocios al Señor, que me libraſſe, y tuvieſſe de ſu mano. Deſpidiòſe de mì, fueſe al Oficio del Eſcrivano, para quererme abonar, pidiendole por caridad, que miraſſe mucho por mi cauſa, que me tenia ſin duda por varon ſanto. Mas quando el Eſcrivano le oyò decir eſto, riyendoſe mucho de ello, ſacò los proceſſos, que contra mì tenia; y haciendole relacion de las cauſas, diciendole quien yo era, los hurtos que havia hecho, y embelecos de que uſaba, corriòſe, y con toda la ſencillez del mundo, ſin creer que me dañaba, le contò el caſo que con èl me havia paſſado, y por el orden que me havia conocido, de donde havia reſultado acreditarme tanto, porque no lo tuvieſſen por hombre falto, que ſe movia ſin cauſas en mi defenſa. Quando el Eſcrivano le oyò, ſintiò en el alma mi maldad, que aſsi huvieſſe querido burlar à un tan grave perſonage: indignòſe contra mi de manera, con un corage tan encen-

dido, que si en su mano fuera, me ahorcàra luego. Dexò el Oficio, fuè à casa del Theniente, hizole relacion de palabra, y tal, que lo puso de su misma tinta; y afrentado de ello, como si les huvieran dado poder en causa propria, me cogieron à cargo, haciendome de aquel otro nuevo, y mandandome agravar las prisiones, dixeron al Alcayde, que me tuviera en un calabozo. No me cogiò tan desnudo este dia, que me faltassen dineros con que sustentar la tela, y hacer la guerra; mas es la carcel de la calidad de el fuego, que todo lo consume, convirtiendolo en su propria substancia. Largas experiencias hice de ella, y por mì cuenta hallo ser un molino de viento, y juego de niños: ninguno viene à ella, que no sea molinero, y muela, diciendo, que su prision es por un poco de ayre, un juguete, una niñeria; y acontece à veces traer à uno de estos por tres, ò quatro muertes, por salteador de caminos, ò por otros atrocissimos, y feos delitos. Ella es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de mis amigos, venganza de enemigos, republica confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lagrimas, casa de locos, donde cada uno grita, y trata de sola su locura. Siendo todos reos, ninguno se confiessa por culpado, ni su delito por grave. Son los presos de ella como la parra de ubas, que luego que comienzan à madurar, cargan abispas en cada racimo, y sin sentirse los chupan, dexando solamente las cascaras vacìas, y segun el tamaño, assi acude el enxambre. Quando traen à un preso, le sucede lo proprio, cargan en èl Oficiales, y Ministros, hasta no dexarle sustancia; y quando yà no tiene que gastar, se le dexan allì olvidado, y esto serìa menos mal, respecto de otro mayor que acostumbran, dandole con la sentencia como à pobre, dexandole perdido, y desbaratado. Luego como le entregan al primer Portero, en la puerta principal de la calle, le hacen el tratamiento, que su voluntad merece, que aquel Portero hace como el que compra, que nunca repara en la calidad que tiene quien vende, sino en lo que vale la cosa que le venden; assi èl, no se le dà un real, que sea el preso quien fuere, solo repara en lo que le diere. Quando el caso no es de calidad, ni tiene pena corporal, que nazca de atrocidad, como serìa muerte, hurto famoso, pecado feo, y otros quales aquestos, dexandolos andar por la Carcel, haviendoselo pagado: era mi prision primera, hasta que diera fianzas de estàr à derecho por aquella deuda, yà me conocian, todos nos entendiamos, eramos camaradas, contentèlos, y quedème abaxo con ellos, aunque siempre tuve ojo à si pudiesse con buen seguro coger la

puer-

puerta, y esperaba mejor comodidad para hacerlo. Mas desde que assomè por vistas de la Carcel, y despues de yà dentro de ella, estuve rodeado de veinte Procuradores, que con su pluma, y papel escrivian mi nombre, y la causa de mi prision, facilitandola todos. El uno decia ser su amigo el Juez, el otro el Escrivano, el otro, que dentro de dos horas haria que me diessen en fiado; decia otro, que mi negocio era cosa de burla, que por los ayres me haria soltar luego con seis reales, cada uno se hacia señor de la causa, y decia pertenecerle; aqueste, porque me acompañò desde que me viò traer preso, y se previno comigo del negoco; aquel, porque yo le reguè que me fuesse à llamar à un amigo Escrivano, alli junto à la Carcel; otro, porque fuè quien primero escriviò, y tenia yà hecha peticion para el Theniente: mas de todos ellos entre mì me reìa, porque los conocìa, y sabia su trato, que solo viven de coger de antemano lo que pueden, y despues con dos yuntas de bueyes no les haràn dàr passo, y huvo alguno de ellos, que teniendo poder para defender à un ladron, entrò à pedirle dineros para hacer el interrogatorio, despues de rematado à las Galeras. Estando altercando todos, qual havia de procurar mi negocio, entrò rompiendo por ellos, muy confiado, y hecho señor de èl cierto Procurador, que antes lo havia sido mio en las causas criminales, y dixo: Acà està v.md. dixele que sì, pues me havian preso; y dixome: Pues què ha sido la causa? Y quando se la huve dicho, respondiòme: Riase v.md. de ello, y calle; tiene aì algun dinero, que llevèmos al Escrivano, y darè luego peticion al Theniente, para que le mande soltar con fianzas de la haz, y sino lo proveyere, lo llevarèmos à la Sala mañana, y los Señores lo mandaràn luego. Yo hablarè à uno de ellos, que es gran señor mio, y no estarà v.md. aqui medio dia. Quando los otros oyeron esto, dixeron: Què, què, ò què gentil manera de dàr peticion, estamos aqui veinte hombres dos horas ha trabajando en el negocio, y vienese ahora muy de su espacio à querer escrivir en èl? Mi Procurador les dixo: Señores aunque ustedes huvieran escrito en èl dos meses ha, en llegando yo, havia de ser negocio mio, que aqueste Cavallero es muy grande amigo mio, y despachole yo sus negocios, bien pueden irse con Dios, y dexarlo. Ellos quando le oyeron, replicaron: O què lindito, què gentil manera de negociar, con buena flor se nos viene ahora con sus manos labadas, à querer llevar la causa. Vayase norabuena, que aqueste Cavallero verà la razon, y darà su poder à quien quisiere, no tengamos aqui voces: èl que sì, los otros que no, asyeronse de manera, que se vinieron à decir quienes eran, sin

dexar una mancha por ſacar, y la manera con que roban à los preſos, que fuè un coloquio para quien los oyò, de mucho entretenimiento, por ſer de verdades, y repreſentado al vivo, y es trato comun ſuyo eſte de cada hora, y con cada preſo. Yà quando los huvieron metido en paz, me lleguè à mi dueño viejo, y pedile que acudieſſe à lo neceſſario, que yo lo pagarìa: dile quatro reales, y no le bolvì à vèr en aquellos quince dias. Bien ſabia yo yà lo que havia de hacer, y que por ſolo aquello venia, por aſſegurar la olla del dia ſiguiente, y tener con què ſalir à la plaza, mas fueme forzoſo elegirle à èl, por temor que tuve, que como ſabia mis cauſas viejas, à dos por tres deſcornàra la flor, y me hiciera en dos horas juntar un ciento de ellas. Y ſi aſsi, como aſsi, ò porque callaſſe, ò porque procuraſſe, le havia de pagar, tuve por mejor que fueſſe mi Procurador, aunque aquel no era negocio de muchas tretas, y ſolo conſiſtia en dineros. Mas deſpues, quando me vinieron à encomendar por el embeleco, que ſe vinieron à juntar las cauſas, lo huve bien meneſter. Yà iba el negocio de veras, paſſaronme arriba, y quiſieron echarme grillos, redimilos à dineros, paguè al Portero à cuyo cargo eſtaban, y al mozo que los echa; el Eſcrivano acudia, las peticiones anduvieron, daca el ſolicitador, toma el Abogado, poquito à poquito, como ſanguijuelas me fueron chupando toda la ſangre, haſta dexarme ſin virtud, quedè como el racimo, ſeco en las caſcaras. A todo eſto no es bien paſſar en ſilencio, lo que con mi Dama me paſſaba, pues cada mañana aſsi que amanecia, llovia ſobre mì el manà, en ella hallaba mi remedio, proveyendome de todo lo neceſſario. Y en el rigor de mi priſion haviendome ſentenciado el Theniente à Galeras, me embiò una Carta, que por ſer donoſa, me pareciò hacer memoria de ella, y porque tambien es bien afloxar al arco la cuerda, contando algo, que ſea de entretenimiento; decia de eſta manera:

SENTENCIADO MIO.

LA preſente no es para mas, de que dexeis la triſteza, y tomeis alegria, baſte que yo no la tenga por tì, mi alma, deſde el dia de Santiago à las dos de la tarde, que te prendieron, durmiendo la ſieſta, que aun ſiquiera no te quiſieron dexar acabar de repoſar, y mas la que oy he recibido, con que me han dicho, que yà te ſentenciò el Theniente à docientos azotes, y diez años de Galeras. Malos azotes le dè Dios, y en malas Galeras èl eſtè. Bien parece, que no te quiere como yo, ni ſabe lo que me cueſtas. Diceme Juliana que te diga, que apeles luego, apela veinte veces, y mas las que te pareciere, y no te ſe dè nada, que todo ſe remediarà con el favor de Dios,

Dios, y esse señor Theniente: aun bien que no te has de quedar aì para siempre, que por esta cara de mulata, que se ha de acordar de las lagrimas, que me ha hecho verter, que han sido tantas, que por poco lo huviera dado à sentir à todo el mundo; y mas lo huviera dado à sentir, sino fuera por temor de quedar ahogada en ellas, y despues no gozarte, que à fè que te tengo yà pesado à ellas, y sacaràte à nado de aquesse calabozo, donde tienes mi alma encadenada.

Juliana dirà los cabellos que me saquè de la cabeza, quando me lo dixeron; aì te lleva veinte reales para tu pleyto, y con que te huelgues, porque te acuerdes de mì: aunque yo sè, quando para mì no eran menester estos probervios, y en un momento que me apartaba de tì para echar carbon à la olla, se te hacian mil años. Acuerdate preso mio de lo que te adoro, y recibe aquesa cinta de color verde que te doy, por esperanza que tengo de verte presto libre. Y si para tus necessidades fuere menester venderme, echame luego al descubierto dos hierros en esta cara; y sacame à essas gradas, que yo me tendrè por muy dichosa en ello. Dicesme que Soto, tu camarada, està malo, de que se burlò mucho el Verdugo con èl, hasta hacerle musico: Hame pesado, que un hombre tan principal, aya consentido, que aquese hombrecillo, vil, y baxo, se le atreviese, y que de su miedo aya dicho lo suyo, y lo ageno. Dale mis encomiendas, aunque no lo conozco, y dile, que me pesa mucho; y parte con èl de aquesa conserva, que para tì, bien mio, la tenia guardada. Mañana es dia de amasadixo, y te harè una torta de aceyte, con que sin verguenza puedas combidar à tus camaradas. Embiame la ropa sucia, y ponte la limpia cada dia, que pues yà no te abrazan mis brazos, cansense, y trabajen en tu servicio, para las cosas de tu gusto. Mi ama jura, que te ha de hacer ahorcar, porque me dice, que la robaste; harto mas tiene robado ella à quien tu sabes, yà me entiendes, y al buen entendedor pocas palabras. Si Gomez el Escudero te fuere à vèr, no le hables palabra, que es hombre de dos caras, y se congracia con todos, y es amigo de taza de vino, de todo te doy aviso, y porque aquesto no es para mas, cesso, y no de rogar à Dios, que te me guarde, y saque de aquese calabozo. Fecha en este tu aposento à las once de la noche, contemplando en tì, bien mio. Tu esclava hasta la muerte.

Aquesta mantuvo la tela todo el tiempo de aquel trabajo, porque los gastos eran muchos, y por mucho que havia recogido, todo se deshizo como la sal en el agua. Tambien mi madre, quando viò mi pleyto yà sin remedio mal parado, me dixo que la robaron, y à lo que entendì fuè, que se quiso

que-

quedar con ello; fuème forzoso hacer con los demàs, y andar al hilo de la gente. Mi pleyto anduvo, el dinero faltò para la buena defensa, no tuve para cohechar al Escrivano, estaba el Juez enojado, y echòse à dormir el Procurador, pues el solicitador pajas. Yà no havia substancia en el ajo, fueronse las abispas, dexaronme solo, confirmaron la sentencia, con que los azotes fuessen verguenza publica, y las Galeras por seis años. Quando me vì galeote rematado, rematè con todo al descubierto, jugaba yà mi juego, sin miedo, ni verguenza, como Esclavo de el Rey, que nadie tenia que vèr conmigo; pero muy consolado, que tambien à mi camarada Soto lo condenaron à lo mismo, y salimos en una misma colada; y si como estuvimos en la prision juntos, y en un calabozo, y passamos la misma carrera, quisiera que nos conservàramos, à èl, y à mì nos huviera ido mejor; mas como veràs adelante, saliòme zayno. Era muy gentil asserrador de cuesco de uba, siempre havia de ser su taza de profundis, que hiciesse media azumbre; y esto lo descompuso en el ansia, que por haverse puesto à orza, cantò llanamente à las primeras bueltas. Viendome yà rematado, y sin algun remedio, ni esperanza de èl, quise probar mi ventura, mas no la tuve nunca, y fuera milagro, que no faltara entonces. Hiceme por quince dias enfermo; no salì del calabozo, ni me levantè de la cama, y al fin de ellos, yà tenia prevenido un vestido de mugèr, con una navaja me quitè la barba; y vestido, tocado, y afeytado el rostro, puesto mi blanco, y poco de color, yà quando quiso anochecer, salì por las dos puertas altas de los corredores, que ninguno de los Porteros me hablò palabra, y tenian ambos buena vista, sus ojos claros, y sanos, mas quando lleguè abaxo à la puerta de la calle, y quise sacar el piè fura, puso el brazo por delante del postigo un Portero tuerto de un ojo, que à Dios pluguiera del otro fuera ciego, detuvome, y miròme, reconociòme luego, y diò el golpe à la puerta. Yo iba prevenido de un muy gentil terciado, para lo que pudiera sucederme, quiso mi desgracia que le saquè à tiempo, que yà no me pudo aprovechar; criminòse con esto mi delito, hicieronme bolver arriba; y fulminandome nueva causa, me remataron por toda la vida, y no fuè poca cortesia no passearme con aquel vestido, como se hizo alguna vez con otros. Pensè huir el peligro, y dì en la muerte.

CA-

CAPITULO VIII.

SACAN A GUZMAN DE ALFArache de la Carcel de Sevilla, para llevarle al Puerto à las Galeras: Cuenta lo que le passò en el camino, y en ellas.

GAleote soy, rematado me veo, vida tengo de hacer con los de mi suerte, ayudarles debo à las faenas, para comer como ellos. Hiceme de la vanda de los valientes, de los de Dios es Christo, me puse calzon blanco, mi media de color, jubon acuchillado, y paño de tocar que todo me lo embiaba mi Dama, con esperanzas que aun havia de passar aquel tiempo, y havia de tener libertad. Con esto, y cobrando mis derechos de los nuevos presos, passaba gentil vida, y aun vida gentil, que tal es la de los tales como yo, quando se hallan alli en aquel estudio. Cobraba el aceyte, prestaba sobre prendas, un quarto de un real por cada dia; estafaba à los que entraban, dabales culebras, libramientos, y pesadillas, porque alli, aunque se conoce à Dios, no se teme; tienenle perdido el respeto, como si fueran Paganos, y por la mayor parte los que vienen à semejante miseria, son rufianes, y salteadores, gente bruta, y por maravilla cae, ò por desdicha grande un hombre como yo, y quando sucede, acaso es, que le ciega Dios el entendimiento, para por aquel camino traerle en conocimiento de su pecado, y à tiempo, que con clara vista le conozca, le sirva, y se salve. Huvo en mi tiempo un rufian, que teniendole sentenciado à muerte, y puesto en la enfermeria para sacarle el dia siguiente à ajusticiar, viendo jugar en tercio à los que le guardaban, se levantò del blanco, y se fuè para ellos como pudo, con sus dos pares de grillos, y una cadena; y preguntandole, donde iba? dixo: Acà me vengo à passar el tiempo un rato. Las guardas le dixeron, que se ocupasse rezando, y encomendandose à Dios; y respondiòles: Yà tengo rezado quanto sè, y no tengo mas que hacer, baraxen, y echen para todos, y traygase vino con que se ahogue esta pesadumbre. Dixeronle ser muy tarde, y que yà estaba cerrado en la taberna, y dixo: Diganle à esse hombre, que es para mi, y juguèmos, que juro à Christo, que no entiendo en lo que ha de parar este negocio; à este son baylan todos: Otros ay, que se mandan hacer la barba, y cabello, para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado, y limpio, pareciendoles que aquello, y llevar el vigote levantado, ha de ser su salvacion. Y como en buena Philosophia, los manjares que se comen, buelven los hombres de aquellas complexiones, assi el trato de los que se tratan; de donde se vino à decir, no con quien naces, sino con quien paces. Yà yo

era

era uno de estos, y como barbaro queria ocupar un poco de dinerillo que tenia, en alquilar uno de aquellos Bodegones de la Carcel, mas temiendo el dia, que pudieran tocar al arma, y por no dexar perdido el emplèo, no lo hice, y acertèlo, que como yà huviesse numero de veinte y seis Galeotes, y traxessemos inquieta la Carcel, temiò el Alcayde no le hiciessemos algun guzpataro por donde nos desparecicssemos, hizo diligencia en descargarse de nosotros: Un Lunes de mañana nos mandaron subir arriba, y dando à cada uno el Testimonio de su sentencia, nos fueron aherrojando, y puestos en quatro cadenas, nos entregaron à un Comissario, que nos llevasse nuestro poco à poco, un rato à piè, y otro passeandonos. De esta manera salimos de Sevilla con harto sentimiento de las Hijas, que se iban mesando por la calle, arañandose las caras por su respeto cada una, y ellos los sombreros baxos encima de los ojos, iban como corderos mansos, y humildes; no con aquella braveza de leones fieros que solian, porque no les valia hacerlos. No puedo negar haverlo sentido mucho, acordandome de tanto tiempo bueno como por mi passò, y quan mal supe ganarlo. Vinome à la memoria: Si esto se padece aqui, si tanto atormenta esta cadena, si assi siento aqueste trabajo, y si esto passa en el madero verde, què harà en el seco? Què sentiràn los condenados à eternidad en perpetua pena? En esta consideracion passee las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañò, ni quiso verme, y solo fuì solo entre todos. Caminabamos à espacio, segun podiamos, y era harto poco, porque quando yo iba libre, queria detenerse mi compañero, à lo que le hacia necessario; el otro iba coxo de llevar el piè descalzo, y todos los mas muy fatigados. Eramos hombres, y como tales en sentir, ninguno se nos aventajaba. O condicion miserable nuestra, y à quantos varios, y miserables casos estamos obligados! Llegamos à las Cabezas, y al salir de ellas una mañana, yà que tendriamos andado poco mas de media legua, divisò uno de nosotros à un mozuelo, que venia àcia el pueblo con una manada de lechoncillos de cria, y passando la palabra de unos en otros, nos pusimos en ala, como si fueran las galeras del Turco, y hecho de todos una media luna, les acometimos de tal orden, que cerrando los cuernos delanteros, nos quedaron enmedio, y à bien librar del mozuelo, venimos à salir à lechon por hombre. Bien que diò gritos, haciendo exclamaciones, pidiendole al Comissario, que por un solo Dios nos los mandasse bolver, mas èl se hizo sordo, como quien havia de ser el mejor librado, y nosotros passamos adelante con la presa. Quando à la Venta llegamos à sestear,

tear, quisiera el Comissario que partieramos del hurto con èl, que pues havia sido consentidor, tenia la misma parte, que qualquiera agressor. Mandò que le assassen uno, y sobre qual havia de dàr el suyo, se levantò un alboroto de la maldicion, porque no havia en todos nosotros tres, que tuviessen uso de razon. Quando vì el motin, y que pudiera justamente hacerme à mì mas cargo, por de mas entendimiento, dixe: Señor Comissario, aqui tiene vuesa merced el mio à su servicio, y si gustare de ello (pues ay harta gente de guarda) mande vuesa merced que me deshierren, que yo se lo aderezarè de mi mano, que aun reliquias me quedaron de tiempo de un buen cocinero. Agradeciòme mucho el cumplimiento, y dixome: Verdaderamente, despues que vienes à mi cargo, he reconocido en tì cierta nobleza, que debe de proceder de alguna buena sangre; yo te agradezco el presente, y desearè comerle como dices. Sacòme de la cadena, y encomendandome à las guardas, pedì el recado que fuè necessario, y segun el malo que alli havia, no pude mas que sazonarlo bien de assado, con sus huevos batidos, y sal. Quisierale hacer algun relleno, mas faltò lo necessario, hicele una salsa de los higadillos, que le supo muy bien. Havian llegado en la misma ocasion unos passageros, los quales no poco les pesò de hallarnos alli, por parecerles, que aun las orejas no tenian seguras de nosotros: La mesa en que havian de comer era una banca larga, llegada junto à un poyo, la comida se aderezò para todos junta. El Comissario les hizo cumplimiento; sentaronse los tres à la hila, y el uno de ellos tomò su portamanteo, y poniendolo à sus pies debaxo de la mesa, puso tambien unas alforjas, en que traìa queso, la bota del vino, y un pedazo de jamon: y para poderlo sacar mejor, desviò por delante un poco el portamanteo, dexando las alforjas entremedias de èl, y de sus piernas. Yo quando vì, que tanto se recataba, sospechè que no sin causa, y pidiendole un cuchillo à la huespeda, le metì en el brazo, por entre la manga, y poniendo un barreño grande con agua debaxo de la mesa, y en èl una garrafa de vino à enfriar, para servir al Comissario, cada vez que me baxaba para querer dàr vino, trabajaba un poco en el portamanteo, hasta que haviendole quitado las evillas, y dandole una gentil cuchillada, pegada con la cadenilla, saquè de èl dos emboltorios pequeños, y algo pesados, los quales acomodè por lo prompto en los calzones, y bolviendo à ponerles las evillas, quedò todo cubierto, sin dexarse vèr alguna cosa del hurto. Acabaron de comer, alzòse la mesa, y hecha la cuenta, se fueron los forasteros, y nosotros comenzamos à querer aliñar para tambien hacer lo mismo. Soto mi camarada iba en

otra

otra cadena diferente, que no poca pena me daba no poder ir parlando con èl: mas antes que me herrassen, lleguème à èl de secreto, y dile los dos lios, que me los guardasse, para poder despues en mejor ocasion saber lo que llevaban. Recibiòlos alegremente, y matando su lechoncillo, sin que lo sintiesse alguno, se los metiò en el cuerpo, y abocòle las assadurillas à la herida, de manera que no se cayessen, y mejor pudiesse tenerlos encubiertos. Yà quando me quisieron meter en la cadena, roguèle al Comissario me hiciesse merced en acomodarme con mi camarada, y èl de muy buena gana lo hizo, sacò uno de los de aquel ramal, y trocònos. Ibamos caminando perezosamente, segun costumbre, y à passos andados. Dixele à Soto, què os digo camarada, donde guardastes aquello? El, como sino me conociera, ni le huviera dado alguna cosa, se hizo tan de nuevas, que me hizo sospechar si acaso havria bebido al uso de la Patria, y estaba trascordado, ibale haciendo recuerdos de quando en quando, y èl negaba siempre; y mohino me dixo: Venis borracho, hermano, què me pedìs, ò què me disteis, que ni os entiendo, ni os conozco? No puedo exagerar el corage que alli recibi de semejante ingratitud en un hombre, à quien yo tanto havia regalado siempre, que bocado no comi sin que con èl partiesse, ni un real tuve de que no le diesse medio, y que tambien havia de tener en aquello su parte, que me negasse amistad, y lo que le havia dado, hablando de mala digestion: alborotòse à mis palabras, desentonò la voz con juramentos, y blasfemias, que obligaron al Comissario à quererlo castigar con un palo. Yo confiado en la merced que me hacia, le supliquè lo dexasse, porque iba enojado; y queriendo saber la causa de tanta descompostura, y viendo que yà se queria quedar con todo, hice mi cuenta: Si al Comissario le digo lo que passa, podrà ser, que yà que no todo, à lo menos partirà conmigo, y tocarme algo siquiera, no se ha de quedar este ladron con ello, riendose de mì; determinème à contarle lo sucedido, que no poco se debiò de holgar, por la codicia que luego le naciò de quitarnoslo à entrambos. Mandòle à Soto, que luego diesse lo que le havia dado: negòlo valentissimamente, hizo que las Guardas lo buscassen; hicieron su diligencia, y no le hallaron memoria de ello, creì que tambien èl huviesse hecho lo que yo, dandoselo à otro. Dixele al Comissario, que sin duda lo havia rehundido entre los mas que ibamos alli, porque real, y verdaderamente yo se los dì. El viendo que las palabras blandas, amenazas, ni otro algun remedio era parte à que lo manifestasse, mandò hacer alto, para hacerle dàr tormento; y como alli no havia otros instrumentos mas que cordeles,

les, dieronselo en las partes baxas; y en comenzando à querer apretar, por ser tan delicadas, y sensibles, y èl que siempre fuè de poco animo, confessò donde los llevaba. Luego le quitaron el lechon, que aun tambien se quedò sin èl, y sacados los lios para vèr lo que iba en ellos, hallaron en cada uno un Rosario de muy gentiles corales, con sus estremos de oro, que debian ser encomiendas diferentes. El se los echò en la faltriquera, prometiendome hacer amistad por ello, y darme lo que yo quisiesse. Soto se indignò contra mì, de manera que fuè necessario bolvernos à dividir, porque aun divididos, le pusieron guarniciones à los pulgares, en quanto iba caminando, porque quando hallaba guijarros, me los tiraba. Con este trabajo llegamos à las Galeras, à tiempo que las querian despalmar para salir en corso, y antes de meternos en ellas, nos llevaron à la Carcel, donde passamos aquella noche con la mala comodidad que las passadas, y alli peor, por ser estrecha, y estàr ocupada; mas como tal, ò qual, assi la llevamos, si havia de ser por fuerza, pues no podiamos aunque quisieramos arbitrar, ni escoger. Hablò el Comissario con los Oficiales Reales; vinieron con los de las Galeras, y el Alguacil Real, y haviendonos yà reseñado, y hecho nuestros assientos, dieron su recado del entrego al Comissario, y diciendome que veria, y lo haria muy bien conmigo, tomò su mula, y acogiòse, que nunca mas lo vì. Para querernos passar de la Carcel à las Galeras, antes de sacarnos hicieron en ella repartimiento, y à seis de nosotros nos cupo ir juntos à una, y mis pecados, que assi lo quisieron, el uno de ellos era Soto, mi camarada. Luego nos entregaron à los esclavos Moros, que con sus lanzones vinieron à llevarnos, y atandonos las manos con los guardines, que para ello traìan, fuìmos con ellos. Entramos en Galera, donde nos mandaron recoger à la popa, en quanto el Capitàn, y Comitre viniessen, para repartirnos à cada uno en su banco, y quando llegaron, anduvieronse passeando por crugia, y los forzados de una, y otra vanda comenzaron à darles voces, pidiendo que les echassen à ellos; unos decian, què tenian alli un pobrete inutil; otros, que quantos havia en aquel banco, todos eran gente flaca. Y viendo lo que mas convenia, cupome à mi el segundo banco, delante del fogòn, cerca del banco del Comitre, al piè del arbol; y à Soto le pusieron en el banco del Patron. Diòme pena tenerlo tan cerca de mì, por la enemistad passada, que nunca mas pudimos digerirnos el uno al otro; èl à lo menos, que tenia corazon crudo, porque yo jamàs le neguè amistad, ni le havia de faltar en lo que me huviera menester, mas èl quisiera que como el Comissario se alzò con todo,

do, ſe lo huviera dexado, y lo huviera hecho, ſi tan mal pago creyera que havia de darme. Quando me llevaron al banco, dieronme los de èl el bien venido, que trocara de buena gana por un buen eſcuſado: dieronme la ropa del Rey, dos camiſas, dos pares de calzones de lienzo, almilla colorada, capote de xerga, y bonete colorado. Vino el Barbero, raparonme la cabeza, y barba, que sentì mucho, por lo mucho en que lo eſtimaba: mas acordème, que aſsi corria todo, y que mayores caìdas havian otros dado de mas alto lugar: quitè los ojos de los que iban adelante, y bolvilos à los que venian detràs, que aunque ſea verdad ſer la ſuma miſeria la de un Galeote, no la hallaba tal como mi primer caſamiento, y conſolème con los muchos, que ſemejante tormento quedaron padeciendo. El mozo del Alguacil ſe llegò luego à echarme una calceta, y manilla, con que me aſyò à un ramal de los mas mis camaradas. Me dieron mi racion de veinte y ſeis onzas de vizcocho; acertò à ſer aquel dia de caldero, y como era nuevo, y eſtaba deſproveìdo de gabeta, recibì la mazamorra en una de un compañero. No quiſe remojar el vizcocho, comilo ſeco, à uſo de principiante, haſta que con el tiempo me fuì haciendo à las armas. El trabajo por entonces era poco, porque como ſe concertaban las Galeras, y eſtaban de eſpaldas, no ſervia de otra coſa la chuſma, que dar à la vanda, quando nos lo mandaban, porque no ſe derritieſſe con el Sol el ſebo. Todo el veſtido que metì en Galera lo juntè, y vendì, hice de ello algun dinerillo, el qual juntè con otro poco, que ſaquè de la Carcel; y no ſabia como, ni donde tenerlo guardado con ſecreto, para ſocorrer algunas neceſsidades, que ſe ſuelen ofrecer, ò para hacer algun empleo, con que poder hallarme con ſeis maravedis, quando los huvieſſe meneſter; y como, ni alli no tenia cofre, arca, ni eſcritorio cerrado donde poderlo guardar, me traxo un poco inquieto, ſin ſaber què hacer de èl. En tenerlo conmigo, corria peligro de los compañeros; darlo à tercero, yà tenia experiencia de mala correſpondencia: todo lo vì malo, huve de penſarlo bien, y reſolvime, que no podria darle mejor lugar, y ſecreto, que arrimado al corazon; otros lo tienen adonde ponen ſu teſoro, y puſelo yo al rebès. Buſquè un hilo, dedal, y aguja, hice una landre, donde coſiendolo muy bien, lo traìa pueſto, como dicen al ojo, libre de ſus amigos, enemigos mios, que ſiempre me lo andaban acechando, en eſpecial un famoſo ladron camarada mio de junto à mi, que no fuè poſsible hurtarme de èl, à media noche, y à eſcuras, para guardarlo en aquella parte: porque quando me ſentìa dormido, me viſitaba todo al tiento, y como las alhajas no eran mu-

muchas, eran facilmente visitadas: recorriòme la mochila, el capote, y los calzones, hasta que vino à dàr con el almilla, que mejor la pudiera llamar alma, pues con aquel calor vivificaba la sangre con què la sustentaba. Su cuidado era mucho en robarme, y no menor el mio en recelarme, que si alguna vez me desnudaba, de tal manera la ponia, que fuera impossible, no llevandome acuestas, podermela sacar de abaxo. Con esta solicitud caminaba, y estuve mucho tiempo; en el qual, como considerasse, que donde quiera que un hombre se halle, tiene forzosa necessidad para sus ocasiones de algun Angel de guarda, puse los ojos en que pudiera serlo mio, y despues de muy bien considerado, no hallè cosa que tan à cuento me viniesse como el Comitre, por mas mi dueño, que aunque sea verdad que lo es de todos el Capitàn, como señor, y cabeza, nunca suele por su autoridad empacharse con la chusma, son gente principal, y de calidad, no tratan de menudencias, ni saben quien somos. Tambien porque lo tenia por mas vecino, y como à tal pudiera regalarle con facilidad, y por ser el que tiene mano, y palo. De esta manera me fui poco à poco metiendo de cuña en su servicio, ganando siempre tierra, procurando passar à los demàs adelante, tanto en servirle à la mesa, como en armarle la cama, tenerle aderezada, y limpia la ropa, que à pocos dias yà ponia los ojos en mi. No pequeña merced recibia que se dignasse de verme, pareciendome cada vez que me miraba una Bula, ò indulto de azotes, y que me dexaba con esto absuelto de culpa, y pena: mas me engañè, porque como naturalmente son asperos, y se buscan tales para tal oficio, nunca ponen los ojos para considerar, ni agradecer lo bueno, sino para castigar lo malo. No son personas que agradecen, porque todo se les debe: Matabale de noche la caspa, traìale las piernas, haciale ayre, quitabale las moscas, con tanta puntualidad, que no havia Principe poderoso mas bien servido, porque si le sirven à èl por amor, al Comitre por temor del arco de pipa, ò anguila de cabo, que nunca se les cae de la mano; y aunque sea verdad, que no es aqueste modo de servir, tan perfecto, y noble como otro, à lo menos pone mayor cuidado el miedo. Entre unas, y otras, quando le veìa desvelado, le entretenia con historias, y cuentos de gusto. Siempre le tenia prevenidos dichos graciosos con que provocarle à risa, que no era para mì poco regalo verle alegre la cara. Ventura tuve con èl à cerca de esto, y mereciòlo mi buen servicio, porque yà no queria, que otro le sirviesse las cosas de su regalo sino yo; en especial que tenia sobre ojos à un forzado, que antes que yo le havia servido, porque con tratarle bien, siempre andaba desmedra-

do, y cada dia se iba mas consumiendo, dabale pena verlo, pues con tener mejor vida que los otos, y tanto que le daba de comer de su mismo plato, y de lo mejor, era como los potros de Gaeta, que quanto mas bien los piesan, valen menos, y son peores. Viendonos juntos una tarde, sirviendole à la mesa, me dixo: Guzmàn, pues tienes letras, y sabes, no me diràs ahora, que serà la causa, que haviendo Fermin entrado en Galera robusto, gordo, y fuerte, haviendole procurado hacer amistad, teniendole en mi servicio, no comiendo bocado, que con èl no le partiesse, tanto se desmedra mas, quanto yo mas le acaricio? Entonces le respondì: Señor, para satisfacer à essa pregunta, seràme necessario referir otro caso semejante à este de un Christiano nuevo, y algo perdigado, rico, y poderoso, que viviendo alegre, gordo, lozano, y muy contento en unas casas proprias, aconteciò venirsele por vecino un Inquisidor, y con solo el tenerle cerca, vino à enflaquecer de manera, que le puso en breves dias en los huessos; y juntamente darè à entrambos la absolucion, con otro caso verdadero, y fuè de esta manera.

Tuvo Muley Almanzor (que fuè Rey de Granada) un muy gran Privado suyo, à quien llamaron el Alcayde Buferiz, hombre muy cuerdo, puntual, verdadero, y otras muchas partes, dignas de su mucha privanza, por las quales el Rey le amaba tanto, por la confianza que tenia, que ninguna dificultad en el mundo lo fuera para èl, quando se atravesara de por medio su servicio; y como los que aquesta gloria merecen son siempre embidiados de los indignos de ella, no faltò quien oyendole decir al Rey lo dicho, dixo: Señor, pues para que veas que no sale cierto lo que tanto encareces del Alcayde, pruebalo en alguna dificultad que lo sea; y por la diligencia que para ello pusiere, conoceràs de veras las de su alma para contigo. Fuè contentissimo el Rey con esto, y dixo: No solo le quiero mandar cosa, que sea dificultosa, mas aun serà imposible; y mandandole llamar, le dixo: Alcayde, tengo que encargaros una cosa, que haveis luego de cumplir, so pena de mi desgracia; y es, que os entregarè un carnero bueno, y gordo, el qual tendreis en vuestra casa, dandole de comer su racion entera, como siempre se le ha dado, y mas, si mas quisiere, y dentro de un mes le haveis de dàr flaco. El pobre Moro, que otro no fuè siempre su deseo, que acertar à servir à su Rey, aunque nunca creyò podria salir con un imposible semejante, no por esso desmayò, y recibiendo el carnero, le hizo llevar à su casa, segun se le havia mandado; y puesto à imaginar como saldria con su deseo, tanto cabò con el pensamiento, que vino à dàr en

una cosa muy natural, con que facilissimamente cumpliò con el precepto. Hizo que le traxessen hechas dos jaulas, ambas de fuerte madera, y de igual tamaño, las quales puso cercanas la una de la otra, y en ellas metiò en la una el carnero, y en la otra un lobo. Al carnero le daban su racion cumplidamente, y al lobo tan limitada, que siempre tenia hambre, y assi con ella procuraba quanto podia (sacando la mano por entre las verjas) llegar à donde la del carnero estaba, para sacarlo de ella, y comerselo. El carnero temeroso de verse tan cercano à su enemigo, aunque comia lo que le daban, haciale tan mal provecho, por el susto que siempre tenia, que no solamente, no medraba, empero se vino à poner en los puros huessos. De este modo le entregò à su Rey, no faltandole à lo mandado, ni cayendo de su acostumbrada gracia. Mi cuento sirve al proposito, à cerca de haverse Fermin enflaquecido en la privanza, pues el temor que tiene de vuesa merced, à quien èl tanto desea servir, le hace no medrar. Cayòle al Comitre tan en gracia lo bien que le traxe acomodado el cuento, que me hizo mudar luego de banco, passandome à su servicio, con el cargo de su ropa, y mesa, por haverme siempre hallado igual à todo su deseo. No por aquella merced, que para mì fuè muy grande, haviendo querido escusarme de las obligaciones de forzado, en usar de oficios de Galera, dexè (por solo mi gusto) de acudir à ellos, quise saber de mi voluntad, lo que alguna vez podria obligarme de necessidad.

Enseneme à hacer medias de punto, dados finos, y falsos, cargandolos de mayor, ò menor, haciendoles dos asses, uno enfrente de otro, ò dos seises para fulleros, que los buscaban de esta manera. Tambien aprendì à hacer botones de seda, de cerdas de cavallo, y palillos de dientes, muy graciosos, y pulidos, con varias invenciones, y colores, matizados de oro, cosa que yo solo dì en ello. Estando mi peso en este fiel, fuè necessario salir à Cadiz mi Galera por unos arboles, y entenas, brea, sebo, y otras cosas, que fue aqueste viage la primera cosa en que trabajè, que como era tan privado del Comitre, no me obligaban à mas de lo que yo queria, y como aquesta faena no fuesse à mi parecer trabajosa, por no ir en alcance, ò de huida, donde importan el trabajo y fuerzas; y por entre puertos, de ordinario se boga descansadamente, y sin azotes, como por entretenimiento, fuì aguantando el remo, solo por comenzar à saber lo que aquello era en alguna manera: mas no fue tan poco, ni facil, que à causa de que traìamos, remolcando los arboles, y entenas, quando llegamos à dàr fondo, no viniesse muy bien cansado, y sudado, por no querer apartarme de alli, ni dàr

ocasion à murmuracion, dexando de la mano lo que una vez quise de mi gusto poner en ella. Fuè aquesto causa, que con facilidad aquella noche, despues de acostado mi amo, me durmiesse, dexandome caer como una piedra. Y dilo bien à entender à mis camaradas, pues lo que no me havian oido, me sintieron entonces, que fuè roncar como un cochino. El traydor de mi banco, el primero (como estaba cerca) oyòme, y llamando pasico à otro del mio, muy aliado suyo, le dixo su deseo, y buena ocasion que havia para hurtarme aquel dinerillo: acomodaronse ambos, assi en la manera del partirlo, como del quitarmelo, que huviera salido muy bien con todo, si yo no tuviera el padre Alcalde Me lo quitaron con mucha facilidad, y luego passò banco, pareciendoles, que por haver sido de noche, y no sentidos de alguno, teniendo ambos firme la negativa, se quedarian con ello. Despues de amanecido, recordados yà todos, yo me levantè algo pesado del sueño, pero ligero de ropa, porque aquel peso, que solia tener encima de mi corazon, yà no lo sentia, y pesabame mucho, que no me passasse: mirè, y hallè mi dinero menos, quedè mortal, como un difunto, no supe què hacer, si callaba, lo perdia, y si hablaba, me lo havian de quitar; yà me hallè desposseido de ello de qualquier manera, y entre mi dixe: Si quien me lo quitò no me ha de quedar agradecido, ni por ello tengo de recibir de èl algun beneficio, mejor serà que lo goze, quien yà que se quede con ello, no dexarà de hacerme algun reconocimiento, y juntamente con esto, quedarà castigado el que aqueste daño ha querido hacerme, à lo menos comeràlo con dolor, quando no saque de ello algun otro provecho: Quando el Comitre se levantò de dormir, y le dì el vestido, dixele mi desgracia, como havia sacado aquellos dineros de Sevilla, y juntandolos con lo procedido de el vestido, que metì en Galera, que tenia guardado para socorro de algunas necessidades, que suelen ofrecerse, ò para hacer emplèo en algo, que fuesse de provecho. Enseñèle con esto el balsopeto en que los tenia guardados, que dexaron la señal amoldada, como si fuera cama de liebre, que se havia levantado de ella en aquel punto. Pareciòle al Comitre ser evidente verdad la que le decia, y dandome credito, por solo aquel indicio, con el amor que me tenia, mandò poner en execucion dos bancos de adelante, y seis de atràs, donde viniendo el mozo del Alguacil con el escandalo, le dieron à cada uno cinquenta palos de hurtamano, que les hicieron levantar los verdugones en alto, dexando los cueros pegados en èl. Hacianseles preguntas à cada uno de por sì, de lo que sabian, de vista, ò por oidas, y despues de bien azotados, los lavaban

con sal, y vinagre fuerte, fregandoles las heridas, dexandolos tan torcidos, y quebrantados, como sino fueran hombres. Quando sucediò este hurto, acaso no dormia un forzado Gitano, y quando llegò su vez, que le querian arrizar, dixo que havia sentido à su compañero aquella noche antes levantarse, y echadose sobre el otro banco mio, pero que no sabia para què. Quando el forzado sintiò, que hablaban de èl, y lo cargaban, se puso en piè, diciendo, que se havia enrredado el ramal en los de el otro banco, y que tenia el piè de la manilla torcido, y se havia levantado para desenmarañarla: mas como la razon era flaca, y no tal, que pudiera ser admitida por escusa, y mas de quien tambien los conoce, al momento lo arrizaron, y dieronle muchos palos, mas que à los otros. Y fuè tanto el corage, que cobrò el Comitre con el mozo del Alguacil, porque no se los daba con las ganas, què èl quisiera, que le mandò dàr luego à èl otros tantos, demàs de otros muchos, que le diò de su mano con un arco de pipa. Y con aquella ira bolviò luego à mandar arrizar otra vez al deliquente, à quien bastaran los azotes yà passados; mas quando se viò arrizar otra vez, creyò del Comitre, que le havia de matar à palos hasta que confesasse la verdad, y tuvo por bien decirla de plano, quien, y como tenia el dinero, y la traza que se havia tomado para quitarmelo, escusandose lo mas que podia, diciendo, que estaba bien descuidado èl de ello, sino le incitaran. Fuè muy mejorado en azotes, por su culpa, y me bolvieron el dinero, que fuè de mì muy bien recibido de mano del Comitre, aconsejandome juntamente, que lo empleasse, aprovechandome de èl, que mi comodidad serìa muy de su gusto. Iba creciendo como espuma mi buena suerte, por tener à mi amo muy contento, y queriendo salir las Galeras, que se havian de jutar con las de Napoles, para cierta jornada, salì à tierra con un Soldado de guarda, y empleè todo mi dinerillo en cosas de vivanderos, de que luego en saliendo de alli havia de doblarlo, y sucediòme bien. Hice, con licencia de mi amo, de aquella ganancia un vestido à uso de forzado viejo, calzon, y almilla de lienzo negro ribeteado, que por ser Verano era mas fresco, y à proposito. Yà con las desventuras iba comenzando à vèr la luz de que gozan los que siguen à la virtud; y protestando con mucha firmeza de morir antes, que hacer cosa baxa, ni fea, solo trataba del servicio de mi amo, de su regalo de la limpieza de su vestido, cama, y mesa; de donde viene à considerar, y dixeme una noche à mì mismo: Vès aqui Guzmàn la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad, yà estàs arriba, y para dàr un salto en lo profundo de los infiernos, ò para

con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el Cielo. Yà vès la solicitud que tienes en servir à tu señor, por temor de los azotes, que dados oy, no se sienten à dos dias. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso, y solicito en buscar invenciones con que acariciarle, para ganarle la gracia, que quando conseguida la tengas, es de un hombre, y Comitre. Pues bien sabes tù, que no lo ignoras, pues tambien lo estudiaste, quanto menos te pide Dios, y quanto mas tiene que darte, y quanto mejor amigo es. Acaba de recordar de aquesse sueño; buelve, y mira, que aunque sea verdad haverte traìdo aqui tus culpas, pon essas penas en lugar que te sea de fruto; buscaste caudal para hacer empleo, buscalo ahora, y hazlo de manera, que puedas comprar la bienaventuranza. Essos trabajos, esso que padeces, y cuidado que tomas, y con las grandes veras que procuras el servir à esse tu amo, ponlo à la cuenta de Dios, hazle cargo aun de aquello que has de perder, y recibiràlo por su cuenta, baxandolo de la mala tuya. Con esso puedes comprar la gracia, que si antes no tenia precio, pues los meritos de los Santos todos, no acaudalaron con que poderla comprar, hasta juntarlos con los de Christo, y para ello se hizo hermano nuestro. Qual hermano desamparò à su buen hermano? Sirvele con un suspiro, con una lagrima, con un dolor de corazon, pesandote de haverle ofendido, que dandoselo à èl, jutarà tu caudal con el suyo, y haciendole de infinito precio, gozaràs de vida eterna. En este discurso, y otros que nacieron de èl, passè gran rato de la noche, no con pocas lagrimas, con que me quedè dormido, y quando recordè, hallè otro no yo, ni aquel corazon viejo, que antes dì gracias al Señor, y supliquèle, que me tuviesse de su mano. Luego tratè de confessarme à menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia con que corrì algunos dias, mas era de carne, à cada passo tropezaba, y muchas veces caìa: mas quanto al proceder en mis malas costumbres, quedè mucho de allì en adelante renovado, aunque siempre por lo de atràs mal indiciado, no me creyeron jamàs, que aquesto mas malo tienen los malos, que buelven sospechosas aun las buenas obras que hacen, y casi con ellas escandalizan, porque las juzgan por hypocresìa. Dicen vulgarmente un refràn, que se sacan por las Visperas los dias de los Santos; el que quisiere saber como le và con Dios, mire como lo hace con èl, y facilmente lo sabrà. Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligacion de Christiano, son tus obras de algun merito, conoceràs que recibe Dios tu sacrificio, y tiene puestos los ojos en tì; mira si te trata como se tratò à sì, que señal serà; que tu Señor te ama, quando del pan que come, del vestido que viste, de la

mesa, y silla en que se sienta, del vino que bebe, y de la cama en que se acuesta, no hace diferencia de la tuya, y todo es uno. Que tuvo Dios, què amò Dios, què padeciò Dios? Trabajos, pues quando partiere de ellos contigo, mucho te quiere, su regalo eres, fiesta te hace, sabela recibir, aprovechandote de ella. No creas que dexa de darte gustos, y haciendas, por ser escaso, corto, ni avariento; porque si quieres vèr lo que aqueso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los Moros, los Infieles, y los Hereges; mas à sus amigos, y à sus escogidos, la pobreza, trabajos, y persecuciones son banquetes. Si aquesto supiera conocer, y su Divina Magestad se sirviera de ello, de otra manera saliera yo aprovechado. Hèlo venido à decir, porque verdaderamente quando el discurso passado hice, lo hice muy de corazon, y aunque no digno de poder merecer por ello algun premio, como tan grande pecador, aun aquella migaja de aquel cornadillo, al mismo punto tuve la paga. Luego comenzaron à nacerme nuevas persecuciones, y trabajos; à Dios pulguiera, que como debia, lo considerara. Me sacò de aquel regalo, me comenzò à dàr toques, y aldabadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra, me se secò, naciòle un gusano en la raìz, con que huve de quedar à la fuerza del Sol, padeciendo nuevas calamidades, y trabajos, por donde no pensè, sin culpa, ni rastro de ella: Y son estos para quien sabe conocerlos el tesoro escondido en el campo; y pues hasta aqui llegaste de tu gusto, oye ahora por el mio lo poco que resta de mis desdichas, à que darè fin en el capitulo siguiente.

CAPITULO IX.

PROSIGUE GUZMAN LO QUE le sucediò en las Galeras, y el medio que tuvo para salir libre de ellas.

HUVO un famoso Pintor, tan estremendo en su arte, que no se le conocia segundo, y à la fama de sus obras entrò en su obrador un Cavallero rico, y concertòse con èl, que le pintasse un hermoso cavallo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hizolo el Pintor con toda la perfeccion que pudo, y teniendole acabado, pusole donde se pudiera enjugar brevemente. Quando vino el dueño à querer visitar su obra, y saber el estado en que la tenia, se la enseñò el Pintor, diciendo tenerla yà hecha, y como quando se puso à secar la tabla, no reparò el Maestro en ponerla mas de una manera que de otra, estaba con los piès arriba, y la silla debaxo. El Cavallero quando le viò, pareciendole no ser aquello lo que havia pedido, dixo: Señor Maestro, el cavallo que yo quiero ha de ser, que vaya corriendo, y aqueste antes parece que està rebolcandose. El discreto

Pintor le refpondiò, feñor, v.md. fabe poco de pintura, ella eftà como fe pretende, buelvafe la tabla: Bolvieron la pintura lo de abaxo arriba, y el dueño de ella quedò contentifsimo, tanto de la buena obra, como de haver conocido fu engaño. Si fe confideràran las obras de Dios, muchas veces nos parecerà el cavallo que fe rebuelca, empero fi bolvieffemos la tabla, hecha por el Soberano Artifice, hallariamos, que aquello es lo que fe pide, y que la obra eftà con toda fu perfeccion. Hacenfenos (como poco hà deciamos) los trabajos afperos, defconocèmoslos, porque entendèmos poco dellos, mas quando el que nos los embia enfeñe la mifericordia que tiene guardada en ellos, y los vieremos al derecho, los tendrèmos por guftofos. De quantos forzados havia en la Galera, ninguno me igualaba, tanto en bien tratado, como contento en faber, que daba gufto; defclabòfe la rueda, diò buelta conmigo por defufado modo nunca vifto. Acertò en efte tiempo à venir à profeffar en la Galera un Cavallero del apellido del Capitàn de ella, y aun fe comunicaban por parientes. Era rico, tratabafe bien, y traìa una cadena de oro al cuello à ufo de Soldado, cafi como la que un tiempo tuve. Hacìa plato en la popa, tenia un muy lucido aparador de plata, y criados de fu fervicio bien aderezados, y al fegundo dia de fu embarcacion, le faltaron de la cadena diez y ocho eslabones, que fin duda valian cinquenta efcudos. Tuvofe por cierto lo havria hecho alguno de fus criados; porque quantos entraban en la camara de popa eran perfonas conocidas, carecientes de toda fofpecha. Mas con todo efto azotaron à todos los criados de el Capitàn, en cafo de duda, y no parecieron para èl fiempre, ni fe tuvo raftro de quien, ò como los huvieffen llevado. Y para efcufar adelante otro femejante fuceffo, le dixo el Capitàn à fu pariente, que lo que mas acertado ferìa para el tiempo, que fu merced alli eftuvieffe, dàr cargo de fus veftidos, y joyas à un forzado de fatisfaccion, que con cuidado lo tuvieffe limpio, y bien acomodado, porque à ninguno fe le darìa por cuenta, que fe atrevieffe à hacer falta en un cabello. Al Cavallero le pareciò muy bien, y andando bufcando quien de todos los de la Galera ferìa fuficiente para ello, no hallaron otro que à mi, por la fatisfaccion de mi entendimiento, buen fervicio, y eftàr bien tratado, y limpio. Quando le dixeron mis partes, y fupo fer entretenedor, y graciofo, no veìa yà la hora de que me paffaffen à popa. Llamaron al Comitre, y haviendome pedido, no pudo negarme, aunque lo fintiò mucho, por lo bien que conmigo fe hallaba: echaronme un ramal bien largo, y quando el Cavallero me tuvo en fu prefencia, holgòfe de verme, y de tratarme, porque

correſpondian mucho mi talle, roſtro, y obras; enfadòſe de verme aſydo, como ſi fuera mona, pidiòle al Capitàn me puſieſſe una ſola manilla, y aſsi ſe hizo: De eſta manera quedè mas agil para poderle mejor ſervir, aſsi comiendo à la meſa, como dentro del apoſento, y mas partes que ſe ofrecia de la Galera. Entregaronme por inventario ſu ropa, y joyas, de que ſiempre dì muy buena cuenta: de quien èl, y yo teniamos menos confianza, y lo que mas recelaba, era de ſus criados, porque como yà me huvieſſe hecho cargo de la recamara, con facilidad tendrian eſcuſa en lo que pudieſſen hurtarme à ſu ſalvo. Ellos dormian con el Capellàn en el eſcandelar, y el Cavallero en una banca del eſcandelarete de popa, y yo en la deſpenſilla de ella, donde tenia guardadas algunas coſas de regalo, y baſtimento. Yo me hallaba muy bien, aun que trabajaba mucho, mas erame guſtoſo tener à la mano algunas coſas con que poder hacer amiſtades à forzados amigos; y aunque quiſiera hacerſelas tambien à Soto mi camarada, nunca diò lugar por donde yo pudiera entrarle; deſeabale todo bien, y haciame quanto mal podia deſacreditandome, diciendo coſas, y embelecos del tiempo que fuimos preſos, y èl ſupo mios en la priſion: de manera, que aunque yà yo, quanto para conmigo, ſabìa eſtaba muy reformado, para los que le oìan, cada uno tomaba las coſas como queria, y quando hiciera milagros, havian de ſer en virtud de Bercebut. El era mi cuchillo, ſin dexar paſſar ocaſion en que no lo moſtraſſe, mas no por eſſo me oyeron decir de èl palabra fea, ni darme por ſentido de quanto de mì dixeſſe. De todo ſe me daba un clavo, mi cuidado era ſolo atender al ſervicio de mi amo, por ſerle agradable, pareciendome que podria ſer (por èl, ò por otro, con mi buen ſervicio) alcanzar algun tiempo libertad. Quando venia de fuera, ſaliale à recibir à la eſcala, dabale la mano à la ſalida del eſquife, haciale palillos para ſobremeſa de grandiſsima curioſidad, y tanta, que aun embiaba fuera preſentados algunos de ellos; traìale la plata, y mas vaſos de la bebida, tan limpios, y aſſeados, que daba contento miratlos, el vino, y agua freſca, mullida la lana de los traſpontines, el rancho tan aſſeado, de manera, que no havia en todo èl, ni ſe hallàra una pulga, ni otro algun animalejo ſu ſemejante, porque lo que me ſobraba del dia, me ocupaba en ſolo andar à caza de ellos, tapando los agugeros de donde aun tenian ſoſpecha que ſe pudieran criar, no ſolo porque carecieſſe de ellos, mas aun de ſu mal olor. Tanta fuè mi buena diligencia, tan agradable mi trato, que dexaba mi amo de converſar con ſus criados, y muy de eſpacio parlaba conmigo coſas graves de importancia; pero hacìa en eſto lo

que

que los destiladores, alambicabame, y quando havia sacado la sustancia que deseaba, retirabase, ò por mejor decir, se recelaba de mì, que no las tenia todas cabales, por la mala voz con que Soto me publicaba por malo. Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarle mentiroso, quanto porque yà no havia de tratar de otra cosa, por la resolucion tomada de mì en este caso. Contabale cuentos donosos à la mesa, las noches, y fiestas, procurando tenerle siempre alegre; y en especal havia dado en melancolizarse unos pocos de dias antes, por haver tenido una carta de un personage grave, à quien èl tenia particular obligacion, el qual en su vida se havia querido casar, y apretaba mucho por casarle; y como asi le viesse fatigado, preguntandole la causa de su pesadumbre, me la dixo, y aun me pidiò consejo de lo que harìa en el caso. Yo le respondì: Señor, lo que me parece que se le podria responder, à quien tanto huyò de casarse, y quiere obligar à que otro lo haga, es que vuesa merced lo harà, si le diere por muger à una de sus hijas. A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarle como se lo daba; y passando adelante la platica en quanto se hacia hora de comer, me preguntò le dixesse, como quien dos veces havia sido casado, què vida era, y como se passaba? Respondile: Señor, el buen matrimonio de paz, donde ay amor igual, y conforme condicion, es una gloria, es gozar en la tierra del Cielo; es un estado para los que lo eligen, deseando salvarse con èl, de tanta perfeccion, de tanto gusto, y sossiego, que para tratar de èl, seria necessario referirse de boca de uno de los tales. Mas quien como yo hice del matrimonio grangerìa, no sabrè què responder tampoco, sino que pago aquel pecado con esta pena. Mugeres ay, que verdaderamente reduciràn à buen termino, y costumbres, con su sagacidad, y blandura, los hombres mas perversos, y desalmados, que tiene la tierra; y otras por el contrario, que hàran perder la paciencia, y sufrimiento al mas concertado, y santo. Vease por Job el estado en que la suya le puso, como le persigiò, y quanto le importò asyrse de Dios, para defenderse de ella, mas que de todas las mas persecuciones; y asi, estando en cierta conversacion tres amigos, dixo el uno: Dichoso aquel, que pudo acertar à casar con buena muger. El otro respondiò: harto mas dichoso es el que la perdiò presto, si la tuvo mala; y el tercero dixo: Por mucho mas dichoso tengo al que, ni la tuvo buena, ni mala.

Lo que aprieta una muger importuna, y de mala digestion, digalo el Provenzal, que cansado yà de sufrir la suya, y no teniendo en ninguna manera, orden, modo, ni ciencia para corregirla de sus malas cos-

coſtumbres, y perverſas inclinaciones, por eſcabullirſe de ella ſin eſcandalo, ni que por ninguna via ſe dieſſe nota, acordò de irſe à holgar con toda ſu caſa, y gente à una hacienda, que tenia en el campo, para la qual ſe havia de paſſar por una ladera de un monte, que paſſa por junto del Rodano, rio caudaloſo, que por aquella parte (por ſer eſtrecha, y paſſar por entre dos montes) và muy hondo, y con furioſa corriente, que perece un mar furioſo. Acordò de tener tres dias (que no bebiò gota de agua) una mula en que ſu muger havia de ir; y quando determinò el ir à la recreacion, y llegaron à parte, que la mula divisò el agua, no fueron poderoſos à detenerla quantos alli iban, que baxandoſe por la ladera abaxo, de una en otra peña, procurando con grandiſsima inſtancia el agua, llegò al rio, de donde no ſiendo poſsible bolver à ſubir, ni tenerſe, fuè forzoſo dàr ambos dentro del rio, quedando la muger ahogada, y la mula ſaliò à nado con muy grande dificultad lexos de alli, tan canſada, y ſin tiento, que yà no podia tenerſe ſobre los pies.

Para los que nunca ſupieron del matrimonio, y lo deſean, pudierales traer à propoſito los que les paſsò à los tordos un Verano, deſpues de la cria. Juntòſe una vandada muy grande de ellos, tan eſpeſa, que cubrian los ayres, y hecha compañia, ſe partieron todos juntos à buſcar la vida; llegaron à un Paìs donde havia muchas huertas, con frutales, y freſcuras, donde determinaron quedarſe, pareciendoles lugar de mucha, y abundante recreacion, y mantenimientos; mas quando los moradores de aquella tierra los vieron, como echaron de vèr, que no era coſa que les convenia, dieron orden de ponerles redes, y lazos, y poco à poco, con eſta induſtria, los iban deſtruyendo, y apocando. Viendoſe los demàs que quedaron perſeguidos, y que alli no tenian yà mas que hacer, buſcaron otro lugar, que fueſſe à ſu propoſito, para buſcar ſu remedio, y le hallaron tal, y tan bueno como el paſſado, mas aconteciòles tambien lo miſmo, huyendo de èl con miedo del peligro. De eſta manera peregrinaron por muchas partes, haſta que caſi todos yà gaſtados, los pocos que de ellos quedaron acordaron de bolverſe à ſu natural. Quando ſus compañeros los vieron llegar tan gordos, y hermoſos de ſu jornada, les dixeron: Hà dichoſos voſotros, y miſeros de nos, que qui nós eſtuvimos, y quales veis eſtamos flacos, y voſotros venis, que dà contento el veros la pluma relucida, medrados de carne, tantanto que yà no podeis de gordos bolar à ninguna parte con ella, y noſotros cayendonos de hambre. A eſto les reſpondieron los bien venidos: Voſotros no conſiderais mas de la gordura que nos veis,

que si passasseis por la imaginacion los muchos que de aqui salimos, y los pocos que bolvèmos, tuvierais por mejor estàr con vuestro poco sustento seguros, que nuestra hartura con tantos peligros, y sobresaltos.

Los que vèn los gustos del matrimonio, y no passan de alli, à vèr que de diez mil, no escapan diez, tuvieran por mejor su seguro estado de solos, que los trabajos, y calamidades de los mal acompañados. En esto se llegò la hora de comer, y puesta la mesa, servimos la vianda, segun era costumbre, teniendo yo siempre los ojos puestos en las manos de mi amo, para executarle los pensamientos; mas quando en esto velaba, se desvelaba mi enemigo Soto en destruirme, pues yà (quando mas no pudo) comprò à puro dinero su venganza, solo para hacerme mal. Hizose amigo con un criado, page que era del Capitàn, y tal como èl, pues el interesse lo corrompiò contra mì. Prometiòle unas gentiles medias de punto, que tenia hechas, y dixo que se las darìa, si quando alguna vez pudiesse (sirviendo à la mesa) hurtasse alguna pieza de plata de ella, y la llevasse à esconder abaxo en mi despensilla, sin que yo lo sintiesse, que harìa en esto dos cosas; la primera, que ganarìa las medias, que por ello le ofrecia; y lo segundo, èl, y sus compañeros bolverian en su antigua privanza, derribandome à mì de ella. No le pareciò mal al mozo, y hallandose aquel dia con la ocasion de baxar abaxo, se llevò en las manos un trinchero, el qual escondiò, alzando el tabladillo, en las quadernas. Despues de levantada la mesa, queriendo recoger la plata para limpiarla, hallandole menos, hice diligencia, buscandolo, y como no le hallasse, dì noticia de como me faltaba, para que se hiciesse diligencia en buscarle por los criados de la popa; el Capitàn, y mi amo creyeron à los principios la verdad, mas como era testimonio levantado por mi enemigo Soto, luego passò la palabra, que le oyeron decir que yo, con la privanza, le havria hurtado, y querria echar à los otros la culpa, para quedarme con èl. Ayudòle à ello el mozo agressor, dando de aqui principio à sospecha, me apercibiò mi amo muchas veces, que dixesse la verdad, antes que llegasse à malas el negocio, mas como estaba libre, no pude satisfacer con otra cosa, que palabras buenas. El traydor del page dixo, que me visitassen la despensilla, que no era possible si no que alli le tendria escondido, porque no haviendo salido fuera de la popa, se havria de hallar en mi aposento. Pareciòles à todos bien, y baxando abaxo, y haviendolo todo trassegado, le buscaron adonde le havia metido, y sacandole, dixeron que yà le hallaron, y que le havia yo alli escondido, porque otra persona no era possible haverlo hecho.

Pues

Pues como esto traxesse consigo apariencia de verdad, y à mi me cogieron en la negativa, confirmaron por cierta la sospecha, cargandome de culpa. El Capitàn mandò al mozo del Alguacil, que me diesse cinquenta palos, de los quales me librò mi amo, rogando por mì, que se me perdonasse, por ser la primera; y me advirtiò, que si en otra me cogian, lo pagaria todo junto. Nunca mas alcè cabeza, ni en mi entrò alegria, no por lo passado, sino temiendo lo por venir, que quien aquella me hizo, para mayor mal me guardaba, quando de aquel escapasse; y recelandome de ello, supliquè con mucha instancia, que me relevasse de aquel cargo, que yo queria luego entregar à otro las cosas de èl, y tendria por mejor, que me bolviessen à errar en mi banco: Creyeron que todo havia sido, y nacido de deseo, que tenia de bolver à servir à mi amo el Comitre, y quanto mas lo suplicaba, mas instaban en que por el mismo caso, aunque me pesasse, havia de assistir allì toda mi vida. Pobre de mì, dixe, yà no sè què hacer, ni como poderme guardar de traydores. Hacia quanto podìa, y era en mi mano, velando con cien ojos encima de cada niñeria, y nada bastò, que yà se iba haciendo tiempo de levantarme, y era necessario caer primero. Una tarde, que mi amo vino de fuera, le salì à recibir (como siempre) à la escalerilla, dile la mano, subiò arriba, quitèle la capa, la espada, y el sombrero, dile su ropa, y montera de damasco verde, que la tenia siempre à punto, baxè lo demàs abaxo, poniendo en su lugar cada cosa. Esta misma noche, sin saber como, quien, ò por què modo, porque sino fuè obra del demonio, nunca pude colegir lo que fuesse, que derribando el sombrero de donde le havia colgado, le hallè sin trencellin, el qual tenia unas piezas de oro. El se desapareciò en los ayres, que quando à la mañana le vì sin èl, y de aquella manera, quedè assombrado. Hice quantas diligencias pude, buscandole, y ninguna fuè de provecho: No pareciò, ni de èl huvo rastro, ni memoria. Quando à mi amo se lo dixe, dixo: Yà os conozco ladron, y sè quien sois, y por què lo haceis; pues desengañaos, que ha de parecer el trencellin, y no haveis de salir con vuestras pretensiones. Bien pensais, que desde que faltò el trinchero, no he visto vuestros malos higados, y que andais rodeando como no servirme; pues haveislo de hacer, aunque os pese por los ojos, y haveis de llevar cada dia mil palos, y mas que para siempre no haveis de tener en Galera otro amo, que quando yo no lo fuere, os han de poner adonde merecen vuestras bellaquerias, y mal trato, pues el bueno, que con vos he usado, no ha sido parte para que dexeis de ser el que siempre, y sois Guzmàn de Alfarache, que basta.

No

No sè què decirte, ò como encarecerte lo que con aquello sentì, hallandome inocente, y con carga legitima cargado. Palabra no repliquè, ni la tuve, porque aunque la dixera del Evangelio, pronunciada por mi boca, no la havian de dàr mas credito que à Mahoma. Callè, que palabras que no han de ser de provecho à los hombres, mejor es enmudecer la lengua, y que se las diga el corazon à Dios. Dile gracias entre mì à solas, pedile que me tuviesse de su mano, como mas no le ofendiesse; porque verdaderamente yà estaba tan diferente del que fuì, que antes creyera dexarme hacer cien mil pedazos, que cometer el mas ligero crimen del mundo. Quando se huvieron hecho muchas diligencias, y vieron que con alguna de ellas no pareciò el trencellin, mandò el Capitàn al mozo del Alguacil me diesse tantos palos, que me hiciesse confessar el hurto con ellos. Arrizaronme luego, ellos hicieron como quien pudo, y yo padecì como el que mas no pudo. Mandabanme que dixesse de lo que no sabìa, rezaba con el alma lo que sabìa, pidiendo al Cielo, que aquel tormento, y sangre, que con los crueles azotes vertìa, se juntassen con los inocentes, que mi Dios por mì havia derramado, y me valiessen para salvarme, pues havia yà de quedar alli muerto. Vieronme tal, y tan para espirar, que aunque pareciendole à mi amo mayor mi crueldad en dexarme assi azotar, que la suya en mandarlo, mas compadecido de tanta miseria, me mandò quitar. Fregaronme todo el cuerpo con sal, y vinagre fuerte, que fuè otro segundo mayor dolor. El Capitàn quisiera, que me dieran otro tanto en la barriga, diciendo: Mal conoce vuesa merced à estos ladrones, que son como las raposas, hacense mortecinos, y en quitandolos de aqui, corren como unos potros, y por un real se dexaràn quitar el pellejo; pues crea el perro, que ha de dàr el trencellin, ò la vida. Mandòme llevar de alli à mi despensilla, donde me hacian por horas mil notificaciones, que lo entregasse, ò tuviesse paciencia, porque havia de morir à palos, y no le havia de gozar, mas como nadie dà lo que no tiene, no pude cumplir lo que se me mandaba. Entonces conocì què cosa era ser forzado, y como el amor, y rostro alegre, que unos, y otros me hacian, era por mis gracias, y chistes, empero que no me le tenian; y el mayor dolor que sentì en aquel desastre, no era tanto el dolor que padecia, ni vèr el falso testimonio, que se me levantaba, sino que juzgassen todos, que de aquel castigo era merecedor, y no se dolian de mì. Passados algunos dias, despues de esta refriega, bolvieron otra vez à mandarme dàr el trencellin, y como no le diesse, me sacaron de la despensilla bien desflaquecido, y malo, subieronme arriba, donde me tuvieron grande rato atado

por las muñecas de los brazos, y colgado en el ayre, fuè un terrible tormento, donde creì espirar, porque se me afligiò el corazon de manera, que apenas lo sentìa en el cuerpo, y me faltaba el aliento. Baxaronme de alli, no para que descansasse, sino para bolverme à crugìa; arrizaronme à su proposito de barriga, y assi me azotaron con tal crueldad, como si fuera por algun gravissimo delito; mandaronme dàr azotes de muerte, mas temiendose yà el Capitàn, que me quedaba poco para perder la vida, y que me havia de pagar al Rey si alli peligrasse, tuvo à partido que se perdiesse antes el trencellin, que perderlo, y pagarme. Me mandò quitar, y que me llevassen de alli à la corrulla, y en ella me curassen. Quando estuve algo convalecido, aun les pareciò, que no estaban vengados, porque siempre creyeron de mì ser tanta mi maldad, que antes queria sufrir todo aquel rigor de azotes, que perder el interès del hurto, y mandaron al Comitre, que ninguna me perdonasse, antes que tuviesse mucho cuidado en castigarme siempre los pecados veniales, como si fuessen mortales; y èl, que forzoso havia de complacer à su Capitàn, castigabame con rigor desusado, porque à mis horas no dormia, y otras veces, porque no recordaba: si para socorrer alguna necessidad vendia la racion, me azotaban, tratandome siempre tan mal, que verdaderamente deseaban acabar conmigo; pues para tener mejor ocasion de hacerlo à su salvo, me dieron à cargo todo el trabajo de la corrulla, con protesto, que por qualquier cosa que le faltasse à ello, serìa muy bien castigado. Havia de bogar en las ocasiones, como todos los demàs forzados: mi banco era el postrero, y el de mas trabajo à las inclemencias del tiempo, el Verano por el calor, y el Invierno por el frio, por tener siempre la Galera el pico al viento. Estaban à mi cargo los ferros, las gumenas, el dàr fondo, y zarpar en siendo necessario. Quando ibamos à la vela, tenia cuidado con la orza de abante, y con la orza novela. Hilaba todos los guardines, las sagulas que se gastaban en la Galera; tenia cuenta con las bozas, torcer juncos, mandarlos traer à los proeles, y enjugarlos para enjuncar la vela del trinquete; entullaba los cabos quebrados, hacìa cabos de rata, y nuevos à las gumenas, havia de ayudar à los Artilleros à bornear las piezas. Tenìa cuenta de taparles los fogones, que no se llegasse à ellos, y de guardar las cuñas, y cucharas, lanadas, y atacadores de la artillerìa; y quando faltaba Oficial de Comitre, me quedaba el cargo de mandar à currullar la Galera, y adrizalla, haciendo à los proeles, que traxessen esteras, y juncos, para hacer fregajos, y fretarla, teniendola siempre limpia de toda inmundicia

dicia: hacer estoperoles de las filastras viejas, para los que iban à dàr à la vanda, que aquesta es la infima miseria, y mayor baxeza de todas; pues haviendo de servir con ellos para tan sucio ministerio, los havia de besar antes, que darselos en las manos. Quien todo lo dicho tenia à cargo, y no havia sido en ello acostumbrado, imposible parecìa no errar; mas con el grande cuidado, que siempre tuve, procurè acertar, y con el uso yà no se me hacìa tan dificultoso. Aun quisiera la fortuna derribarme de aqui, si pudieran, mas como no puede su fuerza estenderse contra los bienes del animo, y la contraria hace prudentes à los hombres, tuveme fuerte con ella. Y como el rico, y el contento siempre recelan caer, yo siempre confiè levantarme, porque baxar à mas, no era possible. Sucediòme al punto de la imaginacion: Soto mi camarada no vino à las Galeras porque daba limosnas, ni porque predicaba la Fè de Christo à los Infieles, traxeronle à ellas sus culpas, y haver sido el mayor ladron, que se havia hallado en su tiempo en toda Italia, ni España; una temporada fuè Soldado, sabìa toda la tierra, como quien havia passeadola muchas veces. Viendo que las Galeras navegaban por el Mar Mediterraneo, y se encostaban otras veces à la costa de Berberìa, buscando presas, imaginò de tratar con algunos Moros, y forzados de su vando, de alzarse con la Galera, para lo qual yà estaban prevenidos de algunas armas, èl, y ellos, y assi las tenian escondidas en sus remiches, debaxo de los bancos, para valerse de ellas à su tiempo. Mas como no podia tener su designio efecto, sin tenerme de su vando, porque el puesto que yo tenia en mi banco, y estàr à mi cargo el picar de las gumenas, pareciòles darme cuenta de su intencion, haciendo para ello su cuenta, y considerando, que à ninguno de todos les venia el negocio mas à cuento que à mì, tanto por estàr yà rematado por toda la vida, quanto por salir de aquel infierno donde me tenian puesto, y tan asperamente me trataban. Quisierame hablar para ello Soto, mas no podia, embiòme su mensagero, pidiendome reconciliacion, y favor en su levantamiento. Respondile, que no era negocio aquel para determinarnos con tanta facilidad, que se mirasse bien, considerandolo à espacio, porque nos poniamos à caso muy grave, de que convenia salir bien de èl, ò perderiamos las vidas. Al Moro que me traxo la embaxada no le pareciò mal mi consejo, y dixo, que llevarìa mi respuesta à Soto, y me bolverìa otra vez à hablar. En el interin que andaban las embaxadas, hice mi consideracion, y como siempre tuve proposito firme de no hacer cosa infame, ni mala, por ningun util que de ella me pudiesse resultar, conocì que yà no era tiem-

tiempo de darles conſejo, aſsi por ſu reſolucion, como porque ſi les faltàra en aquello, temiendoſe de mì no los deſcubrieſſe, me levantarian algun falſoteſtimonio para ſalvarſe à sì, diciendo que yo, por ſalir de tanta miſeria, los tenia incitados à ello, diles buenas palabras, y hiceme de ſu parte, quedando reſueltos de ponerlo en execucion el dia de San Juan Bautiſta por la madrugada. Pues como yà eſtabamos en la viſpera, y un Soldado vinieſſe à dàr à la vanda, quando me levantè à quererle dàr el eſtoperòl, dixele ſecretamente: Señor Soldado, digale v.md. al Capitàn, que le và la vida, y honra en oìrme dos palabras del ſervicio de ſu Mageſtad, que me mande llevar à la popa. Hizolo luego, y quando allà me tuvieron, deſcubrile toda la conjuracion, de que ſe ſantiguaba, y caſi no me daba credito, pareciendole que lo hacia, porque me relevaſſe del trabajo, y me hicieſſe merced. Mas quando le dixe donde hallarìa las armas, quien, y como las havian traìdo, diò muchas gracias à Dios, que le havia librado de tal peligro, prometiendome todo buen galardòn. Mandò à un Cabo de Eſquadra, que miraſſe los bancos, que yo ſeñale, y buſcando las armas en ellos, las hallaron. Luego ſe fulminò proceſſo contra los culpados, y por ſer el ſiguiente dia de tanta ſolemnidad, ſuſpendieron el caſtigo para el ſiguiente. Quiſo mi buena ſuerte, y Dios, que fuè de ello ſervido, y guiaba mis negocios de ſu divina mano, que abriendo una caxa para colgar las flamulas de las entenas de el arbol mayor, y trinquete, tanto en hacimiento de gracias, como à honor, y regocijo del dia, hallaron dentro de ella una cama de ratas, y el trencellin de mi amo. Queriendole confeſſar, y pidiendome perdon de el teſtimonio, que me fuè levantado de el trinchero, declarò juntamente como, y por què lo havia hecho, que aunque me havia prometido amiſtad, era con animo de matarme à puñaladas en ſaliendo con ſu levantamiento, de todo lo qual fuè nueſtro Señor ſervido librarme aquel dia. Condenaron à Soto, y à un compañero ſuyo, que fueron las las cabezas del alzamiento, à que fueſſen deſpedazados de quatro Galeras, ahorcaron à cinco, y à otros muchos, que hallaron culpados, dexaron rematados al remo por toda la vida, ſiendo primero azotados publicamente à la redonda de la armada. Cortaron las narices, y orejas à muchos Moros, para que fueſſen conocidos; y exagerando el Capitàn mi bondad, inocencia, y fidelidad, pidiendome perdon del mal tratamiento paſſado, me mandò desherrar, y que como libre anduvieſſe por la Galera, en quanto venia Cedula de ſu Mageſtad, en que abſolutamente lo mandaſſe;

porque assi se lo suplicaban, y lo embiaron consultado. Aqui dì punto, y fin à estas desgracias, rematè la cuenta con mi mala vida, la que despues gastè todo el restante de ella, veràs en la tercera, y ultima parte, si el Cielo me la diere antes de la eterna, que todos esperàmos.

)(§)(

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TA-

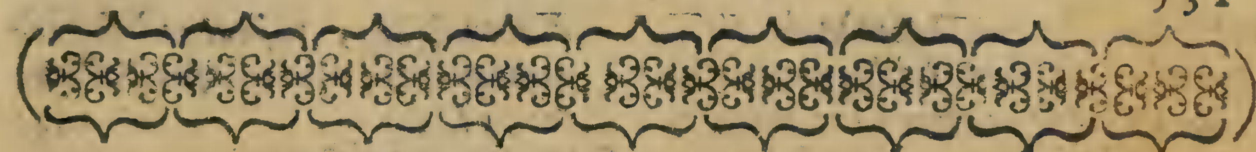


TABLA
DE LOS CAPITULOS,
QUE CONTIENE LA PRIMERA, y Segunda Parte de la vida, y hechos del Picaro Guzmàn de Alfarache.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO DE LA Primera parte.

LIBRO TERCERO.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO DE LA Segunda Parte.

LIBRO TERCERO DE LA
Segunda Parte.

FIN DE LA TABLA.

DE-

DECLARACION PARA LA INTELIgencia de este Libro.

TENIENDO escrita esta Politica Historia, para imprimirla en un solo volumen, en el discurso de el qual quedaban absueltas las dudas, que ahora (dividido) pueden ofrecerse, me pareciò ser cosa justa quitar este inconveniente, pues con muy pocas palabras quedàra bien claro. Para lo qual se presupone, que Guzmàn de Alfarache, nuestro Picaro, haviendo sido muy buen Estudiante, Latino, Retorico, y Griego (como dirèmos en esta Primera Parte) despues dando la buelta de Italia à España, passò adelante con sus estudios, con animo de professar el Estado de la Religion, mas por bolverse à los vicios, los dexò, haviendo cursado algunos años en ellos. El mismo escrive su vida desde las Galeras, donde queda forzado al remo, por delitos que cometiò, haviendo sido ladron famosissimo, como largamente lo veràs en la Segunda Parte. Y no es impropriedad, ni fuera de proposito, si en esta primera escriviere alguna doctrina, que antes parece muy llegado à razon darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras, y castigado del tiempo, aprovechandose del ocioso de la Galera; pues aun vèmos à muchos ignorantes ajusticiados, que haviendo de ocuparlo en sola su salvacion, divertirse de ella, por estudiar un sermoncito para en la escalera.

Và dividido este libro en tres. En el primero se trata la salida, que hizo Guzmàn de Alfarache de casa de su madre, y poca consideracion de los mozos en las obras que intentan, y como teniendo claros ojos, no quieren vèr, precipitados de sus falsos gustos. En el segundo la vida de Picaro que tuvo, y resabios malos que cobrò, con las malas compañias, y ocioso tiempo que tuvo. En el tercero las calamidades, y pobreza à que vino, y desatinos que hizo, por no quererse reducir, ni dexarse governar de quien podia, y deseaba honrarle. En lo que adelante escriviere, se darà fin à la Fabula, Dios mediante.

LAUS DEO.

$4,00

